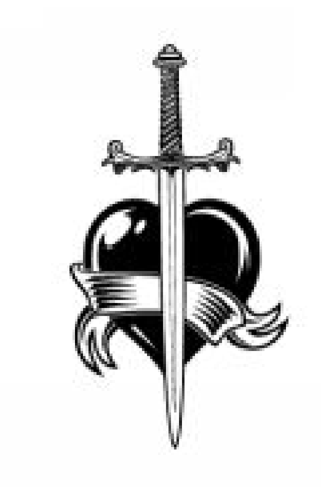

EL GUERRERO
DE
MI DESTINO
Azahara Vega
"Amor, pasión, sueños y deseos...son los ingredientes que
esconden las páginas de El Guerrero de mi Destino,
donde la imaginación de su autora brilla con nombre propio."
Aileen Diolch

EL GUERRERO DE MI DESTINO



Azahara Vega

Segunda edición: Mayo 2014

Imágenes para la portada: depositphotos
Diseño de la portada: © Azahara Vega

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

Esta novela fue escrita desde el cariño y la admiración que sentía y sigo sintiendo por autoras como Julie Garwood y sus Escoceses o Karen Marie Moning y sus Druidas. Cuando leía sus novelas deseé poder escribir una (a mi manera) en la que plasmar mi pasión por Escocia. Por suerte, tuve oportunidad de visitar Edimburgo y quedé enamorada de sus calles, de su cultura, de su comida, de sus gentes.

Espero de corazón poder regresar y recorrer sus calles imaginándome nuevas batallas y aventuras románticas, disfrutando de cada minuto de esa bulliciosa y hermosa ciudad.

Como siempre, quiero agradecer a mi madre su paciencia, su gran apoyo, y que sea mi primera lectora y mi mayor crítica.

A mi padre por apoyarme siempre, pase lo que pase, por hacer de abogado del diablo para animarme a mejorar, a ser mejor persona, mejor escritora, mejor profesional, y como no, mejor hija y hermana.

¿Y cómo iba a olvidarme de mi hermano?, aunque ya no estemos tan en contacto como antes, eres y serás un gran apoyo en mi vida, y gracias a ti y a tu mujer he sido tía del niño más hermoso de la Tierra. Gracias por vuestro apoyo y por animarme a terminar la novela. Muchas gracias por los buenos momentos que pasamos y pasaremos juntos.

Me gustaría dedicársela también a mi novio, quien me anima a continuar con mi sueño que es escribir y publicar, quien consigue hacerme reír, suspirar, sentirme la mujer más afortunada del mundo, porque a tu lado mis sueños se han hecho realidad. TQ Antonio, gracias por todo.

También, quiero agradecerle a Mari Carmen, su amistad, muy valiosa para mí, por haber leído la novela en sus comienzos, cuando no era más que un esbozo de lo que es ahora, por asegurarme que se había enamorado de Gaerth y de Hugh, y que no podía elegir entre los dos. Espero que la novela te vuelva a enamorar.

Quiero agradecerle también a Vikinga, a Claudia Pazos, a Nádia mi gemela malvada, y a las autoras Leila Milá, Chris Axcan, Lorraine Cocó, Carolina March, y Lola P. Nieva por los buenos momentos que paso hablando con vosotras en el Facebook. ¡¡¡Sois las mejores chicas!!! Me dejo en el tintero muchos nombres pero ya sabéis que os tengo aprecio y que os agradezco que estéis ahí, apoyándome, compartiendo tan buenos momentos.

Y por último, y no por ello menos importante, quiero agradeceros a vosotras, mis LECTORAS, por haberme dado una oportunidad con esta novela. Por animaros a leer la historia de Gaerth y Bridgit, y espero de corazón que disfrutéis con cada palabra.

Feliz lectura

GLOSARIO

Am Bard: se les llamaba a los bardos de los clanes. Fue a veces sinónimo de seanachaidh, y era un cargo generalmente hereditario.
Ángeles de Charlie: serie de televisión americana, en la que tres mujeres realizan diferentes misiones de riesgo siguiendo las órdenes de Charlie.

Avatar: La Leyenda de Aang, serie de televisión animada estadounidense producida por la cadena de televisión, Nickelodeon.
Blairth mairdg ulrethr sophror: en lengua Vanior significa: Que las tinieblas avancen y el sueño venza.
Callanish: Las **Piedras de Callanish**, cuyo nombre en gaélico sería **Clachan Chalanais** o **Tursachan Chalanais**, son un conjunto de menhires levantados en la época prehistórica. Están situadas en las cercanías de la población de Callanish en la costa oeste de la isla de Lewis, en las islas Hébridas Exteriores de Escocia.
Contrato de arras: o también conocido como arras en el que el novio pagaba una dote que consistía en la entrega de un patrimonio en tierras, castillos, siervos..., que se fijaba por escrito en un documento legal al que se llamaba «carta de arras»
Champit tatties: es una comida típica de Escocia y consiste en puré de patatas.
Clanes Vanior: son 4 los clanes que dominan la magia elemental. El clan del Fuego, del Aire, del Viento y del Agua. Los clanes están en guerra entre ellos y los ataques entre ellos son habituales. Bridgit pertenece al clan Vanior del Fuego.
Friki: (del inglés: freak, "extraño", "extravagante", "'estrafalario") es un término coloquial para referirse a una persona cuyas aficiones, comportamiento o vestuario son inusuales.
Harley-Davidson: Harley-Davidson, a menudo abreviado como H-D o Harley, es un fabricante de motos de Estados Unidos con sede en Milwaukee, Wisconsin.
Holmes, y Watson: Sherlock Holmes y el Dr. Watson, son personajes ficticios creados por Sir Arthur Conan Doyle
Kelpie: ***each uisge*** en gaélico. Criatura fantástica perteneciente a la mitología celta, según las leyendas vivirían en los lagos, ríos o mares, ya que serían espíritus del agua. Los kelpies se aparecerían ante los seres humanos usualmente tomando forma de caballo, aunque también pueden tomar forma humana

Laird: título hereditario para los propietarios de tierras en Escocia. Título con el que se nombra al hombre o mujer que dirige el clan.
Loch: Un **loch** o **lough** es una masa de agua semejante a un lago, aunque también puede ser un brazo de mar, que puede ser también llamado *firth*, fiordo, estuario o bahía. La palabra «loch» significa lago en gaélico. Los entrantes de mar se suelen llamar *sea lochs*
Pictos: Los pictos eran una confederación de tribus que habitaban el norte y centro de Escocia (al norte de los ríos Forth y Clyde) desde al menos los tiempos del Imperio romano hasta el siglo X.
Plaid: se refiera a una prenda larga sin confeccionar, de unos cinco metros de longitud, que envolvía todo el cuerpo y se ceñía con un cinturón. La tela que quedaba por encima de la cintura se pasaba sobre el hombro y se sujetaba con un broche. Esta porción superior de tela podía colocarse de muy diversas formas alrededor de los hombros en función del clima, la temperatura o la libertad de movimientos requerida, llegando incluso a ser usada como manta cuando dormían a la intemperie.
Potter: Harry Potter, persona ficticio, de la saga de Harry Potter, escrita por J.K. Rowling, un mago con poderes que se enfrentará al mago oscuro que mató a su familia cuando era un bebé.
Sassenach: del gaélico sasanach, término que se aplica a cualquiera que no sea un highlander, en especial a los ingleses.
Seanachaidh: se les llamaba a los genealogistas del clan. Sus funciones estaban asociadas a la de guardar la historia del clan, hacer las presentaciones del jefe en las asambleas, hablar en las ceremonias, y sobre todo, investir al nuevo jefe.
Sporran: es un complemento tradicional del traje típico de las Tierras altas de Escocia. Se le llama así a una especie de bolso plano fabricado con piel de tejón, también llamado escarcela. Están hechos de cuero o pelo, y suelen tener una ornamentación más o menos elaborada de plata. Se lleva colgado de una cadena o cinturón sobre el kilt, normalmente cubriendo las ingles de quien lo lleva.
Tweet: mensaje de 140 caracteres, en la red social Twitter.

PRÓLOGO

Cuentan las leyendas que en la época en que los highlanders corrían libres por sus tierras, la barrera que separaba el mundo de los mortales del mundo mágico, se resquebrajó.

La brecha que apareció permitió el paso entre los dos mundos de los dominadores de la magia, comenzando una era en el que la magia se descubrió en todo su esplendor.

Con el paso de los meses, el tránsito de seres del mundo mágico cesó al cerrarse abruptamente la barrera, quedando irremediablemente atrapados en las Highlands, decenas de hombres y mujeres que dominaban los elementos.

Los líderes de varios clanes de las Highlands no tardaron en ofrecer cobijo a los refugiados. La esperanza de utilizar el poder mágico que presentían en aquellas criaturas para su propio beneficio, nubló sus mentes y sus corazones.

No tardaron mucho tiempo en surgir sangrientas batallas entre los clanes. En cuestión de unos pocos años, centenares de guerreros murieron bajo el filo de la espada enemiga, ensangrentando las fértiles tierras de las Highlands.

Los miembros de la raza mágica, llamados así mismos Vaniors, contemplaron con desolación la destrucción y el caos que imperaba a su alrededor.

No dudaron en tomar una decisión.

En lo alto de una colina se reunieron los dominadores de magia atrapados en este mundo. Miembros de las cuatro casas cooperaron, por primera vez en su historia, para abrir un portal que los alejara de aquella destrucción. Utilizaron todo su poder en debilitar, por unos instantes, la barrera.

El cielo comenzó a llorar cuando la silenciosa procesión de poderosos Vaniors penetró la brecha a su tierra. Detrás dejaron las familias que formaron, para poder seguir manteniendo el equilibrio de poder en este mundo.

Cuando pasó el último de ellos a sus tierras, la brecha se cerró y la magia desapareció de nuestro mundo.

¿O quizás no?

Uno de los cuatro clanes que los acogieron, logró pactar con los Vaniors que vivían en sus tierras. Obtuvieron así unos extraños pergaminos, escritos a mano en la antigua lengua mágica. Se decía de ellos, que poseían tal poder que quien los utilizase tendría el mundo a sus pies.

Pero tan sólo los descendientes de una unión entre un mortal y un Vanior sería capaz de leer lo que en los pergaminos estaba escrito. A través de un complejo ritual, los poseedores de los pergaminos abrirían el puente entre los dos mundos, desequilibrando de nuevo la balanza entre los clanes.

Durante años centenares de guerreros murieron durante la búsqueda de los escritos Se decía que quien los tuviese podría dominar el mundo. Poco les importó si serían capaces o no de leerlos, la leyenda que rodeaba a los pergaminos se distorsionó hasta convertirse en un objetivo que todo avaricioso deseaba poseer. Y este oscuro deseo les corrompió hasta tal punto, que llegaron a matarse entre ellos.

Lo que ninguno de estos desdichados sabían era que aquel que osara

invocar el poder oculto en los textos mágicos tendría que pagar un precio muy alto.

Su alma.

Su corazón.

CAPÍTULO 1

Highlands 1134 d.C, actual isla de Lewis

La tensión se podía palpar en aquella estancia del castillo. Nadie de los presentes se atrevía ni siquiera a toser, permaneciendo atentos al transcurso de la asamblea a la que estaban asistiendo, atraídos por la curiosidad y la expectación.

Todos los que se habían podido librar de realizar sus tareas, se habían acercado hasta el gran salón para poder vivir de primera mano la importante reunión.

Esa tarde se discutía si aceptaban o no, la sugerencia que había expuesto Gaerth McLeod.

El clan estaba dividido. Unos consideraban que el plan era descabellado, y otros, por el contrario, lo veían como la única solución posible a la actual situación.

Sin embargo, se podía decir, sin riesgo a equivocarse, que en lo único en que coincidían los presentes era en que la decisión que se tomase podría llegar a cambiar el destino e incluso la historia del clan. Por ello nadie quería perder ni el mínimo detalle de lo que estaba aconteciendo en aquella estancia.

Al menos debía de haber unas cincuenta personas en el salón, atentas a las expresiones que mostraban los venerados *seanachaidh* al deliberar, después de haber escuchado durante una hora la propuesta del joven heredero.

En medio de aquella gran sala, ignorando las curiosas miradas de los presentes, y a tan solo unos pasos de la mesa que presidían los miembros del Consejo de Seanachaidh, se encontraban de pie y cruzado de brazos el hijo del Laird, Gaerth McLeod protagonista absoluto de esa tarde.

Para los miembros del clan, el guerrero sería el siguiente Laird McLeod Oscuro, al ser el hijo legítimo del actual y por tanto su único heredero.

Los extraños, en cambio, cuando se encontraban cara a cara con él, tan solo veían la apariencia externa que mostraba, la de un hombre frío, que no admitía una traición, y que lucharía a muerte por lo que cree y por su gente.

No se sentían tentados en conocer el interior de la bestia. Para

ellos, el highlander Oscuro apodado por todos el Ángel Caído, tan solo era un hombre de gran envergadura y mirada fría.

Sus cerca de dos metros, hombros anchos y brazos poderosos, capaces de romperle el cuello a un hombre con sus manos, provocaban temor y admiración a partes iguales allá donde fuese, manteniendo alejados tanto a sus simpatizantes como a sus enemigos.

Y esa tarde no iba a ser diferente.

Los presentes a la asamblea mantenían una prudencial distancia en torno al Ángel Caído. Nadie se atrevía a acercarse lo suficiente a él.

Quizás fuese por la expresión terrorífica que mostraba su rostro, capaz de alejar despavorido hasta el más acérrimo y experimentado guerrero, o bien eran por culpa de sus extraños ojos plateados, tan parecidos a la plata fundida siempre fríos y carentes de sentimientos o compasión.

Sólo un joven de largos cabellos azabaches y mirada brillante, vestido de una manera completamente diferente si se comparaba con los demás, se mantenía cerca. Éste parecía no pertenecer a aquel lugar, vistiendo unos ajustados pantalones de cuero oscuro y una camisa de lino blanco bajo un chaleco a juego con los pantalones.

Su postura y gestos arrogantes parecían gritar a los presentes que se atreviesen a increparle por haber osado vestirse a la manera inglesa, en lugar del habitual kilt negro junto con el tartán sobre el hombro derecho, que utilizaban los demás hombres.

El inglés, al contrario que su compañero, sonreía de vez en cuando al observar visiblemente divertido, las miradas desconfiadas y temerosas que les dirigían la mayoría de los presentes.

En otras ocasiones, los grititos de miedo y los temblores que presenciaba en la gente de su alrededor le molestaba. Se sentía insultado cuando los miembros del clan se apartaban de su lado, como si él fuese capaz de alzar su espada contra ellos, cuando lo que juró ante la tumba no consagrada de su madre, era proteger a cada uno de los McLeod Oscuros hasta el día de su muerte.

Pero esta tarde, hacían bien en temerle.

Se sentía como un animal enjaulado a la fuerza siendo observado y juzgado. El que le hiciesen esperar más de una hora, obligándolo a aguantar aquella farsa de asamblea, le estaba volviendo loco. Estaba al límite.

Si no fuera por el trato que realizó con el inglés que estaba a su lado, nunca habría expuesto sus planes ante el Consejo, antes se habría cortado una mano que pedirle ayuda al Laird.

Pero le había jurado a Hugh hacía una semana que iba a mantener las apariencias y las viejas costumbres del clan solicitando una audiencia, encontrándose al límite de su paciencia de tanta farsa.

No dejaba de darle vueltas a la misma idea, tal vez hubiese sido

mejor dejarle vía libre a la creciente lujuria de su hermano pequeño, aunque eso significase borrarle los recuerdos a la mitad de los padres con jóvenes hermosas a su cargo, que le exigían cuentas al sucumbir sus «frágiles e inocentes» hijas a los encantos del bastardo del Laird.

Controlar la fogosidad del joven le estaba resultando una tarea propia de titanes. Le era casi imposible hacerle entender al muchacho que reprimiese el instinto de meterla. ¿Es qué acaso Hugh no podía mantener en buen recaudo su verga por un tiempo?

Durante las continuas peleas verbales que mantenían acerca de este espinoso tema, siempre acababa sufriendo un punzante dolor de cabeza, luchando contra la ira y la incredulidad que sentía cuando su hermano no dejaba de darle la razón mientras sonreía orgulloso y se disculpaba de sus acciones al afirmar que eran las mujeres las que lo acosaban hasta el cansancio en busca de sus "grandes dotes amatorias" atraídas la mayoría de ellas por el peligro que suponía entablar una relación con él.

Al escuchar la sarta de sandeces que salían de la boca del joven, le entraban unas terribles ganas de partirle la cara, y de paso romperle una pierna para asegurarse que mantuviese su «espada» envainada una larga temporada y no saltase de cama en cama en busca de aventuras.

A pesar de que Hugh se había convertido en tan solo cinco años en su mejor guerrero considerándolo muchas veces su mano derecha junto a su amigo Duncan, pocos eran los que olvidaban que era un bastardo. La mayoría de los miembros del clan nunca llegarían a confiar plenamente en él, observando con atención todos sus movimientos esperando encontrar una causa para expulsarlo definitivamente de las tierras de los McLeods Oscuros.

Gaerth suspiró y cerró los ojos.

Quizás hubiese sido mejor no exigirle a Hugh que se mantuviese célibe durante dos semanas a cambio de la audiencia, de todas maneras estaba seguro de que no iba a ser capaz de cumplir su parte del trato, y él en cambio llevaba una hora aguantando los incesantes murmullos que había a su alrededor.

Tanto ruido estaba acabando con él, le estaba destrozando el férreo control que mantenía en su cuerpo, provocándole un insoportable dolor de cabeza.

Siempre era igual, después de que se descontrolase su don, le aparecía un fuerte dolor que se extendía desde los ojos hasta la nuca, sintiendo que le partía el cráneo en dos.

Un don que sólo unos pocos «elegidos» poseían, ya que era rara la capacidad de escuchar los pensamientos ajenos.

Él era uno de los pocos afortunados que podía escucharlos como si fuesen sus propias ideas o pensamientos, si se le podía llamar

afortunado, al pobre hombre que no tenía intimidad alguna dentro de su propia mente.

Cuando el poder se desbordaba era incapaz de mantener la mente cerrada, absorbiendo los recuerdos y sentimientos de los que estaban a su alrededor.

Frunció el ceño dolorido, moviendo la cabeza de un lado para otro en busca de paz, en busca del silencio.

Una tranquilidad que no encontraría mientras permaneciese en una sala atestada de personas. Era imposible que bloquease la mente cuando estaba cansado, rodeado de hombres y mujeres que no dejaban de acribillarlo con sus miradas fijas y penetrantes que acompañaban a la avalancha de pensamientos. En momentos como ese deseaba escapar lejos del castillo y acercarse al mar. No sabía muy bien por qué, pero desde niño el contemplar las aguas del mar le tranquilizaba. El suave siseo de las olas al golpear contra las rocas y el salado olor de la brisa marina le relajaba, vaciándole la mente. Era como si el mar lo purificase de los sentimientos y sensaciones ajenas que hubiese recopilado a lo largo del día. Cuando salía del mar empapado y aterido por el frío, se podía escuchar con total claridad, sin sentir ninguna presencia extraña invadiendo su mente.

Pero no podía escapar de la sala, al menos aún no.

Por todo lo sagrado, que esta maldita farsa finalice pronto. Pensó gritando en su mente para poder llegar a escucharse entre tantos murmullos.

De nada le servía lamentarse, el quejarse no iba a solucionar nada. Ni siquiera le reconfortó saber que casi la totalidad de los presentes, incluyendo también varios miembros respetables del Consejo estaban más que hartos de permanecer en la audiencia, casi tan hartos y cansados como él.

Suspiró agotado y cambió de postura.

A su izquierda sintió el roce de Hugh.

Sobresaltado por el toque del joven, abrió los ojos y le miró.

Su hermano pequeño estaba mirándole a su vez con preocupación, interrogándole con la mirada.

¡Qué perspicaz! Pensó esbozando una sonrisa casi imperceptible. Hugh debía de haber percibido el malestar que estaba sintiendo.

Decidido a tranquilizar al joven y de paso mantenerle callado, negó con la cabeza restándole importancia a su dolencia, fijando a continuación la mirada en los rostros arrugados y tan familiares de los miembros del Consejo. Alguno de ellos, en otra etapa más feliz de su vida, habían sido sus maestros mostrándole las maravillas que había en el mundo a través de las leyendas y los cuentos populares que le narraban al calor de las hogueras.

Fue en ese momento cuando percibió con claridad un extraño

cosquilleo tan suave como el aleteo de una mariposa, golpear repetidamente las barreras de su mente. Ese cosquilleo sólo podía significar una cosa, alguien intentaba de una manera muy poco sutil penetrar en sus recuerdos más profundos, ocultos bajo fuertes barreras mentales.

Miró asombrado a su alrededor en busca del intruso.

Después de unos segundos encontró al culpable.

Como no podía ser de otra manera, el culpable no era otro que un alocado muchacho miembro del Círculo de guerreros mágicos al que él mismo pertenecía desde su adolescencia.

Era el único que conocía que tenía las agallas suficientes o mejor dicho la estupidez extrema de intentar invadir su mente.

¡Hugh Forrester! Maldito demonio. ¡Te exijo que me expliques que haces intentando entrar en mis recuerdos! Vociferó mentalmente tomando al joven por sorpresa.

Hugh lo miró con temor y algo parecido a la admiración reflejado en sus ojos dorados. Visiblemente sobresaltado se apartó casi una zancada de él, intentando esconder el bochorno que sentía al haber sido descubierto, mientras desviaba la mirada de un lado para otro.

A pesar de tener ya veinte años, seguía comportándose como un niño.

Una de las principales reglas del Círculo era no penetrar en las mentes ajenas sin el consentimiento expreso del que iba a ser analizado y definitivamente, no le daría nunca su consentimiento a Hugh para hurgar en sus recuerdos más profundos. El joven estaba cometiendo una falta grave y al ser descubierto no tenía escapatoria alguna.

Sería duramente castigado.

Hugh tenía que seguir las estrictas normas del Círculo si quería seguir viviendo entre ellos, en las tierras de los McLeods Oscuros.

Varios hombres y mujeres de la sala temblaron de miedo al observar la siniestra sonrisa que cruzó el rostro de Gaerth. Los ojos del hijo del Laird brillaban con tal intensidad que parecía que eran ciertos los rumores de que por sus venas corría la magia de la raza maldita de los Vaniors. Más de uno se persignó desviando la mirada, alejándose unos pasos de la alta y oscura figura que estaba parada en medio del gran salón.

Nadie negaba el poder que parecía emanar del joven heredero. Todo en él, era siniestro y puro poder.

Siempre vestido con un *plaid* y un kilt negro como la noche y un *sporran* teñido de un color rojizo oscuro que asemejaba sangre recién vertida.

Su porte era de un antiguo guerrero de gran poder, con el corazón frío como las misteriosas aguas del mar que rodeaba las islas.

Y poderoso era como se sentía en esos momentos al saborear el triunfo.

El motivo, muy simple, Hugh le debía una.

Lo había sorprendido faltando a una de las normas que juró cumplir la noche en que entró a formar parte del Círculo. Se merecía un buen castigo, y ya tenía en mente lo que le iba a exigir. Imaginando como se lo tomaría el joven al escuchar lo que le pediría, fijó su mirada en él y le requirió con voz calmada.

Hugh Forrester. Acércate. Le transmitió mentalmente.

El joven se acercó carraspeando, mirándole fijamente a los ojos.

¿Y ahora que? Vas a mandar que me cuelguen por las orejas de la torre más alta del castillo, o tal vez prefieras "maestro" que me quemen las palmas de las manos y las plantas de los pies con hierros candentes,...o…

¡Pero mira que tenía imaginación el muchacho!

Definitivamente Hugh, era capaz de crear historias asombrosas repletas de batallas sangrientas en cuestión de minutos. Si no fuese tan buen guerrero, lo podía recomendar como *Am Bard* al Consejo.

¡Basta Hugh! sabes tan bien como yo, que en nuestras tierras eses tipos de torturas no se llevan a cabo, por muy tentadoras que suenen en estos instantes. .

El aludido resopló audiblemente ante el tono de burla que utilizó su «querido hermano mayor» al dirigirse a él.

Estaba harto que le hablasen como si fuera tonto, o que aún lo trataran como si fuera un infante. ¡Qué ya tenía casi veintiún años!

De ti me espero lo peor McLeod. Después de todo, el mundo te considera hijo del propio lucifer, y…

Las fuertes carcajadas de Gaerth le interrumpieron.

Hugh le observó atentamente.

Nada en su postura, cruzado de brazos como estaba y con el rostro inexpresivo podía revelar a nadie que por dentro se estaba partiendo de risa, a su costa.

Deja ya de reírte, Gaerth. Maldito seáis todos los highlanders con vuestro retorcido sentido del humor.

Una onda de poder le golpeó con deliberada fuerza en el centro del pecho. Hugh se tambaleó un poco y miró con evidente disgusto a su atacante.

A regañadientes reconoció que se había sobrepasado al acusar de cretinos retorcidos a «todos los highlanders» y meterlos a todos en la misma cuadra. Durante los cinco años en que había vivido en esas tierras lo primero que había aprendido fue que los highlanders eran unos hombres muy orgullosos, siempre dispuestos a defender, con sus puños y el filo de sus espadas, su honor y sus tierras.

Su hermano mayor era un buen ejemplo de ello, un orgulloso montañés que no dudaba en dejar salir a la fiera que escondía en su

interior con tal de defender a sus tierras, y a su clan.

A pesar de que le debía mucho, no se sentía capaz de dar su brazo a torcer. No se iba a disculpar por nada del mundo, o al menos esta tarde no. Si no se imponía, demostrando a todos que ya no era un muchacho, no podría vivir tranquilo entre los orgullosos McLeods Oscuros.

Por mucho que los demás lo creyesen, no estaba ni ciego ni sordo. Podía escuchar con claridad los comentarios denigrantes y malintencionados, que cuchicheaban cuando él pasaba cerca.

Comprendía que no iba a ser uno de ellos, no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que nunca le iban a aceptar.

Lo más irónico era que el verdadero motivo del rechazo no era que fuese un bastardo si no por ser medio inglés.

El que su madre, si se le podía llamar a esa rubia caprichosa que lo trató durante sus primeros quince años de vida, como si de un mozo de cuadra se tratase, fuera inglesa, le había marcado su futuro. Su sangre inglesa siempre le perseguiría, un estigma que le cerraba las puertas a la total aceptación por parte de los miembros del clan.

Sonriendo para sí mismo, decidió enviarle otro mensaje, aprovechando la conexión mental que dejó abierta su hermano.

Le llamarían cobarde e inmaduro, si supieran que prefería atacar que hablar directamente de un tema, o que la actitud desapasionada que mostraba a veces y que daba a entender que no le importaba lo que ocurriese a su alrededor, viviendo como si el mañana no existiera, eran fruto de una infancia destructiva y muy dolorosa.

Gaerth observó los cambios que se veía en el rostro de su hermano, una mezcla de sentimientos desde la sorpresa a la ira e incluso la tozudez. Cuando bajaba la guardia, el rostro de Hugh era como un lienzo recién pintado, mostraba a los que le observaban con detenimiento lo que estaba sintiendo.

Tendría que enseñarle a no manifestar sus sentimientos, a que creara una barrera impenetrable con la que ocultar en lo más profundo de su ser sus pensamientos y sensaciones.

Antes de que pudiese reprenderle le golpeó por sorpresa una imagen enviada mentalmente por éste.

Cerró los ojos y permitió que el mensaje se abriera paso en su mente, pero lo que vio lo dejó atónito, sin palabras y en una encrucijada. No estaba muy seguro de si reír o empezar a gritar todas las maldiciones conocidas y por conocer.

El testarudo de su hermano en lugar de disculparse o utilizar la estrategia de cambiar con sutileza de tema, lo que había hecho era enviarle la imagen de una cerda embarrada de tierra, mordisqueando su plaid encima de su cama.

Luchó contra la risa con todas sus fuerzas pero cuanto más se

contenía, más burbujeante eran las ganas de reírse.

No lo pudo remediar, en cuestión de segundos las profundas carcajadas resonaron por todo el silencioso salón, atrayendo las miradas de los presentes. Todos, sin excepción le miraron como si fuese la mismísima encarnación del demonio puesto que no daban crédito a lo que estaban contemplando.

Nadie podía comprender como el futuro señor, que se suponía que estaba esperando el veredicto, se pudiese estar riendo con fuerza, doblándose en dos presa de fuertes temblores. Sobre todo cuando habitualmente nunca mostraba abiertamente lo que sentía.

¡Era algo inaudito!

Una anécdota que sería recordada y comentada por todos, en los años venideros. Una fabulosa historia cantada por los Am Bard en las noches de frío, relatando a los que quisiesen escuchar como Gaerth McLeod se volvió loco una tarde de Agosto.

A su lado Hugh se reía acompañándolo en el espectáculo que estaban montando.

—Gaerth McLeod, desea comentar alguna cosa más al Consejo —exigió Angus McLeod alzando su rasposa voz para hacerse escuchar.

El viejo hombre era muy respetado por todos, a sus cerca de sesenta inviernos fue testigo del asesinato del anterior señor, a manos de una avanzadilla de soldados MacKenzies. Las malas lenguas contaban que fue el propio Angus quien sostuvo a Alasteir McLeod, acompañándolo en sus últimos minutos de vida.

Lo que si fue cierto, y no fruto de años de chismes, era que desde el momento en que se enterró a Alasteir y se nombró a su hijo Malcom como nuevo Laird, abandonó la espada. Gracias a sus conocimientos de lenguas antiguas y su talento para memorizar la historia del clan y las leyendas locales, logró hacerse un hueco dentro de gremio de los seanachaidh llegando a ser con los años, su portavoz.

En un futuro él sería quien presidiría la ceremonia de nombramiento de Gaerth como señor de las tierras McLeod Oscuros, si la muerte no le había reclamado para ese entonces.

Sus largos cabellos blanquecinos y su apergaminado rostro engañaba a muchos, que se dejaban guiar por el decrépito aspecto del portavoz, subestimándolo, al final, los pobres eran golpeados con el bastón que siempre portaba.

Gaerth entrecerró los ojos al escuchar el tono de reproche que utilizó el anciano para dirigirse a él. Le habría gustado gritarle hasta desgañitarse, pero se contuvo. Obligó a su cuerpo a serenarse, inhalando en pequeñas bocanadas, relajando los músculos y alejando a su vez de su mente la escena que le provocó el ataque de risa.

Cuando se calmó le gritó a Hugh que seguía riéndose a su lado, utilizando la conexión mental.

¡Basta Hugh! Deja de reír.

—Y bien, Gaerth McLeod. Estamos a la espera—reiteró el anciano seanachaidh golpeando la mesa dos veces con su bastón.

Gaerth lo fulminó con la mirada y le contestó con frialdad, acallando la retahíla de maldiciones que le venían a su cabeza.

—Ningún problema—*Por ahora,* pensó—.Prosigan.

Al escuchar a su hermano, Hugh guardó silencio. No podía creer lo que oía. Se había tragado las ganas de exigirle a Angus una respuesta clara, manteniéndose de brazos cruzados y con la cabeza alta mirando fijamente al portavoz ignorando los abucheos que le dirigieron los que estaban en contra de sus planes.

Por todos los demonios que habitaban el infierno, que no sabía que hacer.

Hugh observó, a su vez, a los miembros del Consejo.

No le hacía falta poseer el don de vislumbrar el futuro para conocer la decisión que esos ancianos iban a tomar. Le bastó mirar los rostros encarnados y malhumorados de los doce seanachaidh, para suponer, sin riesgos a equivocarse, que la propuesta les iba a ser denegada.

Suspiró en alto, claramente resignado, le debía mucho a su hermano. Nunca deseó fallarle, pero por desgracia e inconscientemente, lo había hecho.

Dispuesto a animarlo, como fuese, comenzó a comentarle con voz lastimera, bombardeándole con diversas escenas subidas de tono, recuerdos de una noche loca de hacía un año. En ellas, podía ver a un grupo de mujeres de dudosa reputación más que dispuestas a retozar con Hugh.

Hugh sonrió al recordar aquel extraño día.

Aprovechando que Gaerth y los soldados que los acompañaron estaban asistiendo a una reunión de clanes, muy probablemente para discutir que hacer con los ingleses que comenzaban a asentarse en la frontera arrasando los campos de pastoreo, se había alejado del punto de reunión acercándose al pueblo.

No tenía nada en mente sobre lo que podía hacer esa tarde, hasta que las vio, las cuatro mujeres casi le saltaron encima en cuanto lo divisaron. Le invitaron, arrastrándolo literalmente, al pequeño cuarto que compartían para atender a sus clientes.

Sopesó, durante unos…tres segundos, si seguirles el juego o no, al final venció su «espada», a la razón y a la precaución. Puestos a elegir el modo de pasar el día, qué mejor manera que sumergirse en las profundas, deliciosas y húmedas cavernas de las mujeres que vagar aterecido de frío por los senderos del lugar.

Con tanto que hacer, con tanto que disfrutó se le pasó el tiempo volando, y cuando quiso darse cuenta, había pasado cerca de un día desde que se alejó.

Las mujeres casi lloraron cuando le vieron levantarse para recoger sus ropas y prepararse para marcharse, protestando enérgicamente dispuestas a impedir su marcha, hasta que les tiró encima del catre una pequeña bolsita con monedas de oro. Sólo entonces quedaron más que satisfechas con su visita.

El que no estuvo tan contento al verle, fue Gaerth, que nada más divisarle le envió una bola de energía estampándolo contra un árbol. No dijo ni una palabra acerca de su desaparición, sólo esperó a que se levantara del suelo para bramar a sus hombres que se pusieran en marcha, rumbo a casa.

Te aprovechas de tu nivel «Maestro». El único perjudicado en todo esto soy yo.

Gaerth giró la cabeza y le traspasó con la mirada, al tiempo que procuraba borrar de su mente las escenas de sexo que le envió.

¿Perjudicado tú? No me hagas reír de nuevo, inglés. Bramó mentalmente. *Deja de enviarme esos recuerdos tuyos.*

Pero mira que llegas a ser cruel McLeod. Sólo quería que vieses a lo que me vi obligado a abandonar. ¿Acaso no recuerdas el trato que me hiciste aceptar?—suspiró Hugh moviendo la cabeza de un lado a otro—. *Que estragos hace la edad.*

¡Hugh Forrester! Te exijo que dejes de decir sandeces y ten más respeto a tus mayores. Gritó.

Ahora suenas como uno de ellos, Gaerth. Sólo te estaba recordando el trato. Relató Hugh ignorando los gritos de su hermano mayor. *Ese maldito trato por el que tú soportabas esta reunión,…Y yo… dos semanas enteras sin desenvainar mi «espada» ¡Ahhhhhh!* Suspiró trágicamente. *.A lo que me vi obligado a renunciar.*

Gaerth bufó con incredulidad ignorando los comentarios que se escucharon por el salón.

¡El muy libertino! No dejaba de reírse de él.

Escuchándolo, comenzó a sentir unas terribles ganas de golpearle la cabeza con la funda de la espada, que llevaba sujeta con una correa de cuero a su cintura. Estamparle la funda en esa cabeza dura hasta borrarle la absurda sonrisa que mostraba en esos momentos.

Maldita sea la hora en que te escuché, Hugh. Tengo que soportar todo esto, y seguro que mañana retozarás con alguna criada. Masculló entre dientes.

Que poca fe tienes depositada en mí. Lo prometí y lo pienso cumplir.

Te doy tres días, Hugh. No durarás más.

Tendría que ofenderme, por lo que me acabas de decir. Pero, me veo en la obligación de darte la razón. ¡No lo puedo negar! Las mujeres me persiguen, seduciéndome con esas sonrisas tan sugestivas y sus movimientos de cadera tan sensuales… Me acosan. Se rió con fuerza, cuando consiguió serenarse continuó diciéndole. *Y no voy a ser ningún estúpido,*

Gaerth. Con gusto me dejo querer.

Éste resopló audiblemente. Estaba harto. La paciencia se le había agotado.

Por la sangre de mis antepasados que te obligaré a cumplir tú parte del trato. Le amenazó.

Antes de que pudiese replicarle, el portavoz se levantó alzando los brazos exigiendo silencio.

Al momento en que vio como se levantó Angus, Gaerth cortó la conexión, levantando de nuevo las barreras protectoras alrededor de sus recuerdos y de su mente.

Se hizo el silencio en el salón. Todos observaban expectantes al anciano seanachaidh.

—Adelántate Gaerth McLeod, y escucha nuestra respuesta.

Éste dio dos pasos y se cruzó de brazos de nuevo, manteniendo una postura de orgullo.

—Tras deliberar durante largo tiempo tu propuesta hemos llegado a la conclusión que….

¿A que han llegado? ¿Qué han decidido? ¡Demonios! Que lo suelte de una vez. Pensó bufando, cerrando los puños con fuerza.

—Es inaceptable tu propuesta.

Gaerth los miró con la boca abierta.

No lo podía remediar.

Tanto tiempo esperando, debía haber escuchado mal. Tenía que ser eso.

¿Es que acaso no veían lo mismo que él?, ¿el peligro que suponía la desventaja numérica en la que se encontraban?

Muchos de sus guerreros habían muerto luchando valientemente por salvar a sus familias, salpicando las aguas con su sangre derramada.

Como si lo hubiese preguntado en alto, o mostrado con sus gestos su disconformidad, el viejo Angus se explicó:

—El principal motivo de nuestra decisión no es otro que el peligro que entraña el ritual—carraspeó nervioso desviando su mirada de los penetrantes ojos del joven—.Todos sabemos lo que supondría. No es aceptable que expongas a más peligros al clan.

—¡Más peligros!—gritó consternado por las palabras del anciano.

¡Como podían creer que él haría algo en contra de su clan! Era inconcebible, que pudiesen pensar que los dañaría intencionadamente. Si no fuese un hombre mayor le retaría por sus ofensivas palabras. Pensó.

Así que se tragó la indignación y les rugió:

—¡Estamos siendo atacados! Solo lo haría por el clan, por el bienestar de todos nosotros.

—¿Estás seguro de tus palabras joven?—preguntó Angus tomando asiento de nuevo.

—Que insinúa, anciano—replicó rugiendo con rabia en su interior.

—Pasaré por alto tus malos modales, propios de tu edad Gaerth McLeod—le recriminó el seanachaidh—.Como nuestro futuro señor no debes dejarte llevar por los sentimientos— levantó su mano acallando una posible réplica por parte del aludido—.Lo que pretendemos decir, y que conste que hablo en plural pues somos muchos los que opinamos esto, es que todo lo haces en tu propio beneficio, y no pensando en el clan como pretendes hacernos creer.

Gaerth enrojeció de rabia al escuchar las graves acusaciones que profirió el anciano. Cuando se disponía a contestarle, escuchó los gritos de su hermano.

Hugh al ver como estaban acusando a su hermano de esa manera tan atroz, no lo pudo soportar y acabó gritándole a Angus, sabiendo que posiblemente Gaerth le vendría con alguna clase de castigo, que sumando a la que tendría que cumplir por haber intentado hurgar en sus recuerdos, ya se veía castigado sin «deliciosas natillas» al menos durante dos meses.

—¡Cómo se atreve viejo! Retire inmediatamente sus palabras.

—¿O si no que, *sassenach*? ¿Me escupirás?—. Las risas de los presentes acompañaron a la rotunda afirmación del anciano, provocando en el joven Hugh un rubor de rabia que cubrió sus mejillas.

—Con tu patética actuación demuestras lo que todos los highlanders opinamos—. Cogió de nuevo el bastón de madera y golpeando con él en el suelo, alzó la voz y dijo con un deje de recochineo.

—Los ingleses sois unos niños, malcriados e inútiles—. Al ver que iba a responderle el joven bastardo, le indicó—. Estás delante del Consejo. Ten más respeto, tu permanencia en la isla depende de tu comportamiento. Si causas más problemas te irás lejos para no volver jamás. Nunca has sido bienvenido y nunca lo serás. Un highlander nunca olvida. Ni perdona. Que no se te olvide. Tú llevas sangre inglesa por tus venas. Siempre recordaremos eso. No importa el papel que desempeñes en estos momentos. Siempre podemos encontrar un sustituto que acepten los otros guardianes. Tú presencia...

—Ya basta Angus. Es suficiente—le interrumpió el Laird. Se había mantenido en silencio hasta ese momento por respeto al anciano. Pero no podía permitir que la situación llegara a extremos sin retorno.

Gaerth entrecerró los ojos y observó con atención a su padre. Estaba seguro de que el Laird se traía algo entre manos. Debía esperar sacar algún beneficio con su intervención, ya que nunca antes había mandado callar a su estimado amigo y padrino Angus McLeod.

Era la primera vez,... y parecía que él no era el único sorprendido después de la intervención del señor.

Todos los presentes, desde las criadas a los soldados, contemplaban asombrados al Laird, sin poder creerse lo que había acontecido.

Sólo Hugh Forrester, odiado y despreciado por muchos miembros del clan e ignorado por otros tantos se atrevió a poner fin al molesto y tenso silencio que les envolvió, después de la imperiosa orden que profirió Malcom McLeod.

—No hacía falta su intervención, Laird McLeod—repuso con frialdad éste, provocando sofocadas exclamaciones de perplejidad —.Me basto de sobra para defenderme de las viles acusaciones del viejo portavoz—remató al tiempo en que se cruzaba de brazos y fijaba su mirada sobre el rostro del Laird, tan familiar para él. Sin ir más lejos lo veía cada día, al mirarse en el pequeño espejo que le regaló Meg. Las mismas facciones, un estigma que recordaba a todos que, sin duda alguna, era el hijo bastardo de Malcom McLeod.

Angus McLeod resopló al tiempo que en su pálida tez adquiría un extraño color púrpura y las pupilas se le dilataban. En su mano derecha sostenía el bastón con el que golpeaba enérgicamente la mesa.

¡Qué alguien le quite eso! Se quejó Hugh para sus adentros. *Esta ya parece más una actuación de trovadores y músicos que una reunión.*

—¡Cómo se atreve, sassenach del demonio!—bramó de nuevo el anciano golpeando con más brío—.Tenga más respeto hacia sus mayores…—continuó gritando Angus, levantándose de su silla y aporreando la mesa sin fijarse en el lamentable aspecto que estaba comenzando a presentar el bastón— y….

Te dije que sonabas igual que ellos, Gaerth. Murmuró mentalmente Hugh, esperando que su hermano pudiese llegar a captar sus pensamientos a pesar de las fuertes barreras mentales que había levantado.

Ni se te ocurra compararme con ellos.

Hugh sonrió al escucharle, disputas verbales como esas, le alegraban el día.

Unos cinco minutos después, Hugh no se estaba enterando de nada de lo que le estaba gritando Angus, sólo escuchaba como un murmullo algo molesto que aporreaba sus oídos.

—Exijo que sea expulsado de nuestras tierras este cabrón malnacido.

El coro de voces de algunos de los presentes no tardó en hacerse oír.

—Si, tiene razón Angus—gritó un soldado.

—¡Que se vaya el inglés!—bramó un cazador que sostenía en sus manos un cuenco con whisky con el que salpicó a los que lo rodeaban, al alzarlo para enfatizar sus palabras.

Gaerth dirigió su mirada hacia los que en esos momentos gritaban en contra de su hermano, dejando claro su malestar. No podía evitar

sentir cierta decepción al ver la desaprobación que mostraban tan públicamente contra el joven.

Posó su mano izquierda en la empuñadura de su espada, dejando clara la intención de defenderle aunque fuera a la fuerza, y a continuación les dijo con tono gélido y cortante sobresaltando a más de uno por la determinación que mostraba el tono de su voz.

—Nadie expulsará a Hugh, estas tierras son su hogar.

—Te equivocas, es un sassenach, no pertenece a estas tierras—le contestó Donald, la mano derecha de su padre mientras se acercaba hasta donde estaban ellos en dos zancadas—.Es el hijo reconocido del Conde Forrester, el maldito malnacido que se atreve a invadir las tierras de nuestra querida highlands.

Gaerth arqueó una ceja y le dirigió una mirada llena de ira. Acaso el amigo de su padre pretendía burlarse de él. Que fuera joven, no significaba que fuera estúpido, todos sabían que la abuela de Donald McLeod era inglesa, pero parecía que ese tipo de detalles se olvidaban cuando convenía.

Logró reprimir una carcajada, fruto de la ironía de la situación y le contestó con frialdad.

—Olvidemos nuestros antepasados, que oportuno Donald—Sonrió con sorna—.No saquemos secretos sucios a relucir,…pues más de uno caeréis en vuestras propias trampas—les gritó, exigiendo con su profunda voz que le contestasen, pero nadie dijo ni una palabra—.Si llegáis a expulsarlo, exigiré que se busque familia por familia a quienes posean sangre inglesa por sus venas, por muy diluida que esté con el paso de los años, y se cumpla con ellos esta extraña propuesta que queréis aprobar.

—No será necesario, hijo—contestó su padre, acercándose hasta donde estaba, quedando así de espaldas al Consejo, con algo de inseguridad en sus gestos posó una mano en el hombro de su hijo y le dijo con voz firme—.Nadie va a expulsarle, esta noche los ánimos están caldeados. No es momento para gritarnos a la cara nuestras disconformidades—.Se giró y miró a los presentes—.Es mi última palabra. No toleraré discusiones de este tipo.

—Aparta tu mano de mí, señor—murmuró entre dientes al tiempo en que se separaba de golpe de su padre, la mirada que le dirigió hizo palidecer hasta al más valiente. Pero Malcom McLeod ni siquiera se inmutó manteniendo una postura relajada. Cruzado de brazos, sostuvo la fría mirada que le dirigía su hijo.

Tranquilo Gaerth. Le transmitió mentalmente Hugh.

Éste le miró por encima del hombro y asintió, dejando con la palabra en la boca a su padre que se disponía a contestarle. Ignorando los comentarios que provocaron al dar media vuelta, y darle la espalda deliberadamente al Laird y a los miembros del Consejo, comenzó a

caminar con paso firme hacia la salida.

Hugh caminaba a su lado, manteniendo su paso, ambos estaban impacientes por dejar atrás el salón.

Los que estaban apiñados en la entrada se apartaron de inmediato al verles avanzar hacia ellos, dejándoles pasar.

Al cabo de unos minutos y sin darse cuenta ya habían llegado al patio, agradeciendo ambos la brisa de la noche que les enfrió los ánimos.

Gaerth miró al cielo y entrecerró los ojos preocupado al ver lo tarde que era, no disponían de mucho tiempo. No podían perder esta oportunidad.

Al fallarles el plan A, tendrían que amoldarse al plan B.

La luna estaba en lo alto del estrellado cielo, iluminando la noche, la magia se podía notar en el ambiente. Parecía que la diosa fortuna estaba a su favor, como si la magia elemental les llamase, dispuesta a prestarles su ayuda.

Como dirían los Am bard…

"Los cinco bailarían a la luz de la luna, iluminados únicamente por los deseos que colmaban sus corazones. Invocando al protector con el antiguo cántico escrito en el principio de los tiempos en la olvidada lengua de los dioses celtas"

Nada iba a salir mal, o al menos eso esperaba.

Lo tenían todo calculado, someterían al guerrero que apareciese por el portal, y lo utilizarían para que luchase contra sus enemigos. Verían cumplidos todos sus deseos.

Destruirían al clan MacKenzie.

Los malditos MacKenzies pagarían por todo.

No tendrían piedad.

Ojo por ojo. Sangre por sangre.

Los MacKenzies obtendrían lo que repartieron tan libremente.

Sangre, dolor, muerte, destrucción.

Había llegado la hora de la venganza.

CAPÍTULO 2

Los estaban siguiendo.

Gaerth podía percibir con total claridad los caóticos pensamientos del soldado que seguramente les habría puesto el Consejo para vigilarlos. Lo poco que sacó en claro al revisarle la mente era que su nombre era Niall y que era el hijo pequeño de uno de los cazadores.

El pobre se estaba arrepintiendo al haberse presentado como voluntario. Se suponía que los tenía que observar sin ser visto ni oído, e informar al Señor si salían de las murallas del castillo, sin embargo su misión no estaba resultando tarea fácil.

Pobre iluso, pensó, divertido al escuchar los pensamientos del soldado.

Éste se detuvo y silbó una antigua tonadilla utilizada por los guerreros del Círculo para avisar a sus compañeros de un posible peligro.

Al escucharla Hugh, se paró en seco a su lado mirándolo con cara curiosa a la espera de órdenes.

Preguntando a continuación. *Gaerth, ¿sucede algo?*

Hugh todavía tenía que mejorar y mucho sus dones como receptor de pensamientos, si no había conseguido escuchar los entremezclados y caóticos pensamientos del joven Niall.

Un guerrero del Círculo no podía cometer un error de esa envergadura. Despistes como ese le podría costar la vida en un futuro.

Hugh,.. ¿Acaso no has percibido que nos están siguiendo?

¡Qué! ¿Pero desde cuando?

Desde que salimos del salón.

Hugh entrecerró los ojos y se concentró.

Gaerth esperaba que fuese lo suficientemente fuerte mentalmente como para localizar al intruso, sobre todo una vez que se le indicó su presencia.

Nada. No lo siento. Se disculpó. *¿Pero de verdad está cerca?*

Gaerth contó hasta cinco intentando calmarse.

Últimamente tenía que reconocer, que la paciencia no era su fuerte. Por nada que le hiciesen o le dijesen saltaba como una fiera salvaje.

Está muy cerca de nosotros. Observa bien, Hugh. Le dijo al tiempo en que señalaba el lugar de donde procedían los murmullos, con un movimiento de cabeza. Si cerraba los ojos, podía ver a Niall oculto detrás de unos arbustos, a unos metros de ellos, como si de una

lagartija asustadiza se tratase.

¿Se esconde ahí? Preguntó al tiempo en que entrecerraba los ojos, atisbando el lugar señalado.

Hugh, a veces me sorprendes de una manera que… Reprochó con sorna. *Te señalo ese lugar por gusto,.. es que sufro un extraño mal que hace que se me mueva la cabeza a su antojo.*

Hugh carraspeó nervioso, y dijo en voz baja:

—No hace falta que seas tan sarcástico, hermano.

—Pues no me des motivos para serlo, inglés—le contestó Gaerth.

Los dos se sobresaltaron al escuchar con claridad crujidos de ramas a sus espaldas.

Ahora si lo escucho.

—Bravo, inglés—murmuró cruzándose de brazos—.Has sido capaz de localizarlo. Si hasta mereces un premio y todo.

Gaerth, a veces eres odioso.

—Lo que tú digas, Hugh—concedió al tiempo en que se ponía delante de su hermano pequeño y le miraba a los ojos—. Sólo espero que aprendas las lecciones que te imparte el odioso de tu hermano, recuerda que ya no estás en Inglaterra.

Hugh asintió con la cabeza de mala gana.

Gaerth mientras tanto esperaba escuchar la respuesta mordaz que le tendría preparada el joven,…sin embargo no fue la voz de su hermano la que escuchó fuerte y clara en su mente.

Maldición. ¿Dónde estáis? Llevamos esperando más de una hora.

No podía ser… ¿o tal vez sí?

Ante la duda…

¡¿Meg?! Preguntó sorprendido.

No, soy el lobo feroz. Mascullo entre dientes la mujer. *¿Cuándo estaréis aquí? ¿Vais a tardar mucho?*

Gaerth esbozó una sonrisa.

Meg nunca iba a cambiar. Siempre directa, sin pelos en la lengua y con una asombrosa capacidad de doblegar a los demás a su voluntad. Siempre conseguía sorprenderle.

En media hora estaremos ahí. Comentó cortando la conexión a continuación, cabeceando a los lados regresando a la realidad.

Cuando abrió los ojos, se encontró a Hugh parado frente de él, en la misma postura malhumorada en que le dejó.

Mira que suerte, ante él estaba un candidato perfecto para ocuparse del problemilla, dejaría que se ocupase del soldado.

—Hugh, deshazte del problema.

El joven se revolvió inquieto.

—¿Por qué?

—Meg, acaba de contactar conmigo. Están esperándonos a las puertas del viejo templo, bastante impacientes—*Y no les culpo, una*

hora en la intemperie sacaba de sus casillas a cualquiera—.Llevan esperando más de una hora, debemos ir a su encuentro sin demora.

Hugh sopesó durante unos segundos las palabras de su hermano.

Al final, alejó de su mente las posibles réplicas y se concentró en la misión, lo verdaderamente importante esa noche era concluir el ritual sin contratiempos y atraer a este mundo al guerrero, en cuanto a lo demás ya encontraría un momento más adecuado para hablar seriamente con Gaerth.

—Bien—concedió al tiempo en que agarraba con fuerza la empuñadura de su espada—.Dame cinco minutos.

Gaerth sonrió y le miró con un brillo extraño en sus ojos, que bien podía ser considerado orgullo.

—Conociéndote Hugh, con tres minutos tendrás más que suficiente.

—Sí, señor—susurró éste, levemente abochornado por el inusual halago. Espada en mano tomó rumbo hacia el lugar donde se encontraba el soldado.

Gaerth percibió el miedo que sintió en esos momentos Niall al ver avanzar hacia él Hugh con la espada en alto y aullando al viento.

Cerró los ojos y se permitió vagar por la mente del joven soldado.

El pavor que sentía Niall le nubló el sentido, lo presenció todo como si sus ojos fuesen los del soldado.

Los movimientos de Hugh eran fluidos, elegantes, como si se moviese a cámara lenta. Sus cabellos bailaban libres al son de su marcha. Sus ojos celestes relucían como dos piedras preciosas atrayendo la mirada del asustado Niall.

El grito de guerra que profirió su hermano petrificó todavía más al soldado, que temblando visiblemente desenvainó su espada en un vano intento de defenderse de la furia salvaje que mostraba en esos momentos el inglés.

A ojos del soldado, Hugh parecía un antiguo héroe de otros tiempos dispuesto a partirle en dos con su pesada espada.

Todo ocurrió en cuestión de segundos.

El joven soldado alzó su espada intentando defenderse.

Hugh saltó sobre el soldado golpeando con su espada hacia abajo, atacándolo.

El brillo que produjo el entrechocar de las espadas le recordó que el joven soldado no era más que una marioneta en aquella macabra partida de ajedrez. Un peón dispuesto a la guerra, enviado por el rey para asustar y de paso retrasar a los escurridizos caballos, y por todos los infiernos, que no se iba a dejar vencer en esta batalla.

No tardó mucho en captar el ruido del golpe que propinó Hugh al soldado.

Segundos después se escuchó con claridad un segundo golpe seco, producido probablemente al golpear el cuerpo desmayado del soldado

contra el suelo, el problema se había solucionado satisfactoriamente.

Siempre podía confiar en Hugh.

¿Dónde estáis?

Gaerth soltó un suspiro cansado.

Ya vamos Meg, paciencia.

Su respuesta no se hizo esperar.

¡Paciencia! masculló con sorna Meg. *Estamos agotados y prácticamente congelados, con este maldito frío tan húmedo. Maldición, ¡no me siento los pies!*

Gaerth escuchó como la joven resopló audiblemente.

Gaerth. Estamos a punto de…

*Callarte, Meagan. S*entenció la voz de un hombre

¿Duncan? Preguntó la joven. *No te metas en conversaciones ajenas.*

Cuanto ataques de esta manera a nuestro señor Meagan, sí voy a entrometerme.

Con voz furiosa la joven le gritó al llamado Duncan.

Traidor, fornicador tramposo…

Gaerth sacudió la cabeza dolorido y cerró los ojos.

Los gritos que se estaban profiriendo los dos Guardianes, le estaban acribillando la mente, lo más curioso de todo esto, era que seguramente ambos Guardianes estuviesen el uno al lado del otro, esperando en el acordado punto de reunión y curiosamente, estaban utilizando la conexión mental como medio para airear sus trapos sucios.

Arpía venenosa.

Gaerth abrió los ojos y los fijó en la luna.

¿Cómo era posible, en nombre del cielo, que esos dos fuesen pareja? Eran como el día y la noche, siempre discutiendo.

Si algún día decidía buscar esposa elegiría una muchacha callada y obediente, que no le saltase al cuello cada vez que no estuviese de acuerdo con él. Deseaba que le diese la razón siempre al darse cuenta de que las decisiones que él tomase eran las más adecuadas. Tenía muy claro que por nada del mundo se emparejaría con una mujer de lengua afilada y humor llameante.

Cerdo estúpido.

Gaerth suspiró.

Esos dos no iban a cambiar. Los conocía a ambos desde niños. Se crió jugando con ellos en los patios imitando a sus mayores, alzando unos palos como si fuesen espadas, corriendo a todos lados juntos imaginando participar en la búsqueda de fabulosos tesoros, combatiendo en sangrientas batallas contra dragones que tenían prisioneras en sus cuevas a frágiles doncellas atemorizadas por las bestias.

¡Cuantas tardes disfrutó de increíbles aventuras junto a sus tres

mejores amigos! Aunque ahora, veinte años después era más preciso decir sus dos amigos y su amiga, puesto que el escuálido y escurridizo Meg, resultó ser una bella muchacha llamada Meagan.

¡Qué astuta resultó ser la joven!

Ninguno de ellos sospechó nada acerca de la verdadera naturaleza del valeroso Meg. Ciertamente que era más bajito que ellos, y no poseía mucha fuerza física. Pero al igual que ellos, corría despreocupado por los campos y se subía a los árboles sin temor de alcanzar las ramas más altas.

Aprendió a blandir la espada como un guerrero compensando la falta de fuerza con la agilidad y la flexibilidad que poseía, fue uno de ellos, hasta que llegó a la pubertad.

Sólo entonces les sorprendió a todos.

Gaerth no supo que era una mujer hasta que una tarde se acercaron hasta él, Duncan y Meg, ambos cogidos de la mano. Al ver sus rostros relajados por la felicidad que les embargaban asimiló lo que hasta entonces sus ojos no querían dar crédito. Por como se miraban estaba claro que eran pareja, la ternura de su sonrisa le confirió suavidad al ovalado rostro de la joven, enmarcando sus rasgos femeninos.

Había que reconocer que ayudó mucho ver las curvas que mostró, al haber dejado atrás los apretados vendajes que oprimían sus pechos.

Gaerth enseguida aceptó de buen grado tan singular unión.

No se pudo decir lo mismo de los demás miembros del clan.

Muchos fueron los que opinaron que se debía expulsar a la pareja por haber mantenido oculta la verdadera naturaleza de Meagan. Les fue inconcebible que dos de los Guardianes que velaban por la herencia mágica del clan fuesen pareja, y más increíble aún, que uno de ellos fuese una mujer.

Según las normas del clan, y las viejas costumbres, era inaceptable que las mujeres portasen armas o que participasen activamente en las batallas, y Meg luchó varias veces en su corta vida con tal de proteger el pergamino que estaba ligado a su sangre.

Al clan no les quedó otra que aceptar a Meagan como guerrera y Guardiana del pergamino del Sur y a Duncan como su compañero y Guardián del pergamino del Este.

Al fin y al cabo la herencia mágica estaba vinculada con los lazos de sangre.

Los cuatro pergaminos que protegían el clan se pasaban de padres a hijos. Sólo los descendientes de las cuatro familias que firmaron con sangre el pacto original, eran capaces de recibir el poder que transmitía los pergaminos a sus protectores.

Tunante desagradecido, esta noche tú…

No aguantó más esa absurda discusión y acabó explotando, gritándoles a su vez intentando hacerse oír entre tanto insulto y

maldiciones.

¡Callaos los dos! Es absurdo que discutáis por todo, y haced el favor,… para la próxima vez no utilicéis la comunicación mental para deciros lo que pensáis de vosotros. ¡Demonios! Me importan poco vuestras peleas conyugales.

Se hizo el silencio.

En esos momentos, vio como se acercaba Hugh guardando la espada en la funda.

Así que les comunicó a los Guardianes sintiendo que la conexión aún estaba abierta y que tan solo se habían callado seguramente abochornados por su lamentable actuación.

Hugh ya solucionó el problema que nos atrasaba, en quince minutos estaremos a las puertas del santuario. Y, por todo lo que queráis esta noche, comportaos. Nada puede salir mal. Si fallásemos,… podríamos perder nuestras vidas.

Pedimos disculpas por hacerte partícipe de nuestras discusiones, señor— dijo Duncan con voz calmada como si estuviese pensando mucho lo que le tenía que decir. *Mas compréndenos, tenemos los ánimos por los suelos. Estamos impacientes y nerviosos.*

Tened paciencia y guardad vuestras energías para el ritual.

Sí, señor.

Al acabar de responderle, cortaron la conexión. Gaerth se apartó de la roca donde se había apoyado cuando comenzó a escuchar la avalancha de insultos de sus Guardianes en su mente. Cruzado de brazos, esperó a que su hermano llegase hasta donde estaba él.

Antes de que le preguntase dónde y cómo había dejado al soldado pues no quería que el Consejo tuviese una buena excusa para echarle definitivamente, el joven le comentó en voz alta, con un tono agitado:

—Solucionado, le dejé sin sentido detrás del arbusto desde donde nos espiaba. Cayó rendido a mis pies nada más empezar la pelea— movió la cabeza al tiempo en que proseguía—. ¡Qué decepción! Pensé que podría tener una buena pelea antes del ritual para así poder relajarme y quitarme el estrés de encima, y el muy cobarde soltó su espada cuando le acorralé detrás de los arbustos, si casi se meó encima del miedo.

Gaerth entornó los ojos. Que humor más retorcido tenía su hermano. Primero buscaba excusas para no aceptar la misión y luego se lamentaba que no se hubiese alargado más la lucha, que no se hubiese enfrentado ante un buen guerrero con el que poder lucir sus habilidades con la espada.

Inglés caprichoso.

Descruzó los brazos y se acercó hasta el joven, colocando una de sus pesadas manos en el hombro derecho del muchacho. Pudo sentir como saltó sobresaltado, ante la familiaridad de aquel gesto.

Mirándolo a los ojos le dijo:

—En marcha pues, el Santuario nos espera—*Bien hecho hermano.*

Inmediatamente después de decir esto se apartó de él y puso rumbo a las antiguas ruinas que había en una zona de la isla llamada Callanish. En dos zancadas Hugh se puso a su lado manteniendo el ritmo de la caminata. Pasados unos minutos rompió el silencio diciendo con voz apagada sin mirarle a la cara.

—Sigue alabándome de esa manera hermano, que acabaré…—se hizo el silencio entre ambos. Éste se giró y miró el perfil del joven, el titubeo, la confusión que mostraba su expresivo rostro—. Pensando que estás enfermo, Gaerth.

Éste rompió a reír.

—¡Qué!—exclamó Hugh sorprendido por el repentino ataque de risa que le dio a su hermano mayor—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú.

—¡Cómo te atreves a reírte de mí! Nada más y nada menos que en mi propia cara.

—No lo tomes a mal, inglés. No me río en tu cara, me río contigo.

—Estás mal de la vista, montañés—repuso con sorna—.Ya que no estoy riéndome.

—Según lo mires—dijo, aumentando el ritmo de la caminata, subiendo deprisa una empinada cuesta.

—Se...según lo mire,…no...no te comprendo, Gaerth—comentó entre bocanada y bocanada de aire, un poco agotado después de la pelea y al intentar mantener el paso.

—No hables, Hugh. Guarda tus fuerzas para luego. No vaya a ser que te agotes y solo consigas balbucear cuatro palabras mal dichas y en lugar de un guerrero traigamos a una simple mujer, o incluso a un niño.

El aludido rechinó los dientes y aceleró la subida de la cuesta, adelantándole, realizando un esfuerzo sobrehumano con tal de alcanzar antes la cima.

Sonriendo, continuó el ascenso un poco más pausado ahora que no le tenía que marcar el ritmo.

Al llegar a la cima, fijó su mirada más allá del horizonte. Desde donde estaba parado podía ver el castillo iluminado levemente por la luz de la luna y las antorchas que pendían de los puestos de vigilancia en las torres. Más allá de todo ello, estaba el mar. El infinito y oscuro mar. Tan lleno de misteriosas y fabulosas criaturas mágicas.

Dejó vagar la mente, aprovechando que su hermano estaba apoyado contra una roca intentando recuperar el aliento después del esfuerzo que hizo al subir corriendo como un poseso la empinada cuesta.

Al fijar su mirada en las misteriosas aguas del mar recordó lo que le sucedió a los pocos días de haber cumplido los cinco años.

Siempre fue un niño muy inquieto y travieso, un verdadero demonio como le llamaba su niñera, y veinte años después tenía que darle la razón a la buena mujer.

Como muchas otras noches, se había escabullido de su cuarto aprovechando que su vieja niñera estaba dormida, cuando comenzaban los fuertes ronquidos, tenía vía libre para salir del cuarto sin ser descubierto. Sin mucho cuidado se había puesto el plaid y había cogido la pequeña espada de madera que le había regalado su padre por su cumpleaños. Según su padre, había llegado el momento en que se tenía que entrenar junto a los demás jóvenes para llegar a ser un gran líder y guerrero. Estaba deseoso por demostrarle el dominio que tenía con la espada. Bajaría por tanto, al patio, y durante una hora o dos entrenaría duramente para mejorar y así sorprender a su padre.

Una hora después ya no estaba tan contento, y no le parecía que hubiese sido una buena idea el bajar al patio.

Bullía de rabia y de vergüenza al ver en que lamentable estado se encontraba,…y en cambio el maldito muñeco de paja que había colgado en un poste de madera y que se utilizaba para practicar, no hacía más que balancearse de un lado para otro sin el más mínimo rasguño. Estaba intacto moviéndose de un lado a otro por la fuerza del viento que se levantó. Parecía que se estaba burlando de su debilidad, de su falta de fuerza y destreza.

Fue denigrante.

Muñeco 1- Gaerth 0.

Cuando se disponía a sentarse en el suelo para recuperar fuerzas o al menos que le dejasen de temblar las piernas, vio salir a su madre, quien se internó en las sombras de la noche, sin escolta. Al verla escabullirse en la oscuridad del bosque recordó las palabras que repetía sin cesar su padre a sus hombres, cuando estos bajaban el ritmo de las estocadas, cansados tras horas de duro e intenso entrenamiento.

"… debemos ser cada vez más fuertes, más poderosos… En nuestra mano queda la seguridad de nuestras mujeres e hijos. Imaginad que tenéis delante al bastardo que secuestro a vuestra mujer para utilizarla sin remordimientos contra vosotros, como moneda de cambio… Imaginad,.. y golpead con todas vuestras fuerzas….¡ Golpead los sacos con más brío!..."

Decidido a defender a su madre, agarró la espada con más fuerza y comenzó a caminar rumbo al bosque. Estaba decidido, iría tras ella, la buscaría y la pondría a salvo.

Sin darse cuenta y siguiendo siempre las pisadas que había dejado su madre, se encontró en la cima de un acantilado, era de poca pendiente, aunque para un niño de cinco años le parecía que era el más alto del mundo.

Sujetando la espada a su cinturón de cuero que le había regalado su madre bajó con cuidado, y sin buenos resultados el acantilado pues acabó rodando, cayendo encima de unos brezales con espinas, las magulladuras que se hizo esa noche le duraron más de una semana.

Cuando estuvo a punto de saltar a la playa y ponerse a buscar a su madre, unas carcajadas guturales le sobresaltaron.

Antes de aquella noche ya creía en la magia, como cualquier niño de su edad que se había criado escuchando los cuentos y las leyendas que les relataban sus maestros. Pero aquella noche su pequeño mundo se amplió.

Descubrió que los seres mágicos si existían de verdad, que posiblemente todo lo que les contaban los ancianos podía ser verdad. Como en las leyendas, de las frías aguas del mar surgió un ser, que se reía con fuerza al tiempo en que avanzaba hacia la orilla.

Nunca pudo olvidar ese primer encuentro con un ser mágico. Pues ese hombre que había salido del mar completamente desnudo era un *kelpie.* La piel húmeda del kelpie brillaba en tonos dorados bajo los reflejos de la luna, contrastando con el frío plateado de sus largos cabellos que se movían libres acariciando sus hombros y su espalda con cada paso que daba.

Lo que más le impactó no fue su belleza etérea, si no sus ojos, esos espeluznantes ojos completamente blancos, brillantes como dos luciérnagas.

Sólo pudo observarlo desde lejos con la boca abierta y recordando las palabras de su niñera, una mujer muy supersticiosa y religiosa que le contaba también historias de seres fantásticos las noches en que protestaba disgustado por ser obligado a acostarse temprano.

«... si te sumerges tanto tiempo,.. Podrás toparte con una criatura que come humanos,… especialmente mujeres… las atrae con su belleza hipnotizándolas con su mirada y se las lleva hasta las profundidades del mar,.. Saboreando la lenta y agonizante muerte del mortal, para luego comerse sus entrañas y su corazón… los kelpies... son malvados por naturaleza y…»

—Gaerth, continuemos—la voz de su hermano le devolvió a la realidad.

Sacudió la cabeza sepultando en lo más profundo de su mente los recuerdos de aquellos días. Tenía que estar sereno y con el ánimo

calmado si quería que el ritual saliese bien. Los sentimientos nublaban la mente y podían llegar a truncarle sus planes e incluso costarle la vida. Debía centrarse y dejar de soñar despierto.

Tenían una misión que cumplir.

—En marcha.

Quince minutos después estaban llegando a las puertas del lugar sagrado, en *Callanish*, utilizarían la peculiar colocación de las grandes piedras de más de cuatro metros de altura para acumular la energía que irradiaba el suelo. Se decía que el antiguo círculo de piedra era el asentamiento más antiguo de toda las Highlands. Muchos historiadores databan su construcción a los años de los primeros castillos, muchos otros decían que probablemente ya estaban ahí cuando llegaron los romanos a combatir contra los *pictos*. Fuese cual fuese su historia, nadie podía negar que el lugar era mágico.

Las treinta y dos piedras que componían la cruz celta y que formaba parte de este sagrado lugar estaban situadas en un montículo que se asomaba al *Loch Roag*. Trece de las piedras forman un círculo en el interior donde se encuentra el altar de piedra para los sacrificios. En esa piedra tendrían que dibujar los pertinentes símbolos para garantizar la seguridad de todos ellos, pues nunca se estaba del todo seguro de sí lo que se invocaba era pacífico o no. Si la suerte no estaba de su lado, podrían llegar a invocar a un ser mágico de naturaleza tenebrosa, dispuesto a acabar con ellos por haberlo traído a la fuerza a un mundo que no era el suyo.

Para llegar hasta el altar tenían que recorrer un largo pasillo de más de diecinueve piedras, todas orientadas hacia el norte. Este bello lugar fue utilizado según las leyendas, por los hechiceros que vivieron en las islas hace ya más de tres siglos, donde honraban la belleza y la salvaje esencia de la madre naturaleza.

A unos pasos de la piedra que daba la bienvenida al pasillo principal del las ruinas, se encontraban sentados en unos troncos caídos tres figuras oscuras, envueltas en unas capas de un color azabache.

Entrecerró los ojos y los identificó, como suponía ya estaban esperando los tres Guardianes, ocultos con sus capas oscuras para pasar desapercibidos de miradas extrañas.

De los tres, fue Magnus quien les escuchó llegar levantándose al verlos. Llegó corriendo hasta donde estaban, posicionándose al lado de Hugh.

—Al fin llegasteis.

—No presiones, Magnus. No tienes ni idea que tarde hemos tenido —masculló Hugh al tiempo en que le palmeaba la espalda en un gesto de compañerismo.

Ambos jóvenes se conocían desde hacía cinco años y desde el

primer encuentro se habían convertido en inseparables, juraron proteger sus respectivos pergaminos la misma noche, convirtiéndose en los Guardianes más jóvenes de la historia.

La desgracia y la tragedia obligaron a que se tomase esa difícil decisión, el que quedasen malheridos de gravedad los Guardianes de los pergaminos del norte y del oeste aceleró que traspasasen su obligación y el deber de proteger los preciados documentos.

—¿Tenéis todo preparado?

—Eso ni se pregunta, señor—contestó con orgullo el joven Magnus —. En el tiempo que empleasteis en asistir a la reunión nosotros dibujamos con la sal que robamos de las...

—Tomamos prestada, Magnus. La sal que tomamos prestada.

—Lo que digas Hugh—movió su mano restándole importancia—. La sal que «tomamos prestada»—enfatizó—, ya cubre el altar. Si el guerrero se vuelve bravo lo contendrá con su poder.

—Comencemos antes de que alguien venga a interrumpirnos.

Gaerth asintió, cerró los ojos alzando la cabeza hacia el cielo. Respiró lentamente calmando el corazón. Cuando ya estuvo lo suficientemente despejado y tranquilo, gritó al cielo:

—Convoco la niebla que duerme en las profundidades del océano, venid a mí. Cubrid la tierra que piso, la tierra que me rodea. ¡Obedecedme!

Como respuesta a su conjuro un rayo rasgó el cielo nocturno, iluminando el cielo, haciéndoles temblar al percibir la poderosa magia que se arremolinaba en el ambiente.

El viento comenzó a silbar con fuerza, golpeando sin piedad las ramas de las copas de los árboles. Sus capas se movían salvajes, molestándoles, dejando al descubierto sus rostros al caer hacia atrás las capuchas.

A su izquierda, vieron vibrar las aguas del mar y como salpicaban las rocas con fuerza.

Poco a poco surgió una espesa niebla desde las profundidades del agua, avanzando lentamente hacia donde estaban ellos, cubrió las rocas, la playa y el sendero que conducía hasta la cima de la colina donde estaban, dispuesta a envolverlos, a engullirlos.

Los Guardianes la miraron con admiración.

El poder que mostraba, era asombroso, éste no solía usar su magia, en muy contadas ocasiones se vio obligado a recurrir a su don.

Siempre decía que sus poderes eran un regalo, del que no podían abusar, y menos de una manera egoísta. Cada vez que le veían usar su poder se asombraban, era un gran hechicero que podría tener al clan a sus pies, si así se lo propusiese.

No se podía ver nada, ni siquiera las manos que se suponía estaban delante de sus narices, la brillante y blanquecina nada les rodeaba.

—En estas condiciones me niego a trabajar.

—Ja, ja, ja—se carcajeó Gaerth al escuchar el lastimero tono de su hermano—.La niebla perderá intensidad cuando nos adentremos en el Santuario, Hugh.

—Pues, agárrame hermano e indícame el camino hacia las puertas, que no veo por donde piso y seguro que me acabo tirando precipicio abajo—bromeó éste tomando rumbo hacia la entrada al círculo de piedras.

Unos minutos después.

—¡Silencio!—les exigió cansado de la cháchara que mantuvieron los Guardianes durante el trayecto al círculo central del Santuario. Los Guardianes seguían hablando entre ellos ignorando deliberadamente sus palabras.

Gaerth se pasó una mano por el cuello, masajeándoselo. Esa noche se le estaba haciendo eterna.

Entrecerró los ojos, y la divisó, la piedra central. Ya habían llegado. Cerró entonces los ojos y alzó las manos al aire, diciendo a continuación:

—Niebla permítenos ver lo que ocurre a nuestro alrededor, oculta este lugar sagrado solo a ojos extraños.

Nada más acabar de recitar el conjuro la niebla se despejó.

Para que se callasen de una vez de parlotear entre ellos usando la conexión mental que compartían, Gaerth cortó el puente que le unía con sus Guardianes, e hizo temblar la tierra en unas suaves sacudidas, ordenando al mismo tiempo que el viento rugiese con fuerza revolviendo la tierra en suspensión en el ambiente.

Éstos se dieron por aludidos, callando al momento.

En silencio se acercaron hasta la piedra del sacrificio, resguardándose con sus capas del fuerte viento que les golpeaban sin piedad, dificultándoles la respiración.

Sólo Magnus silbaba una tonadilla muy famosa por todos y utilizada por los Am bard durante las fiestas de la cosecha, la marcha de guerra del clan McLeod Oscuro.

Todos se callaron al escuchar esa canción, algo nerviosos, pues se sentían como corderos a punto de ser degollados por el matarife de turno.

Hugh parpadeó varias veces notando como sus ojos lagrimeaban de dolor, la maldita arenilla que les rodeaba le estaba molestando. Con la vista nublada se paró un instante y se restregó los ojos, mascullando en inglés unas cuantas maldiciones de cosecha propia.

Con un movimiento de su mano derecha, Gaerth hizo cesar el molesto viento.

Sus Guardianes sacudieron sus capas al ver que el viento se había parado de golpe.

El primero que rompió el silencio fue el propio Hugh, quien se acercó hasta un montón de piedras que señalaban los puntos cardinales alrededor del círculo, en la zona exterior de la frágil barrera de sal.

—Este es el norte, ¿no?

—Sí—contestó Magnus acercándose hasta él—. Será mejor que nos coloquemos donde nos corresponden y demos comienzo al ritual antes de que se haga de día.

—No exageres Magnus—respondió Meg empleando el tono jocoso que percibió en las voces de los dos Guardianes, mientras se acercaba hasta el montoncito de piedra que señalaba el Sur quedando parada enfrente de Hugh, separados por unas tres zancadas.

En cuestión de minutos los cuatro Guardianes se hallaban colocados en sus respectivos puestos, todos cerraron los ojos al mismo tiempo y dejaron vacías sus mentes. Durante unos minutos sólo se escuchaba el suave respirar de los cinco.

Antes de comenzar el ritual tenían que vaciar las mentes. Debían ser libres de las ataduras que suponía pensar en otra cosa durante la invocación. Cuando comenzasen a murmurar las difíciles palabras del conjuro, escrito en una lengua extraña, olvidada hacía tiempo, debían ser ligeros como plumas, concentrados solo en las palabras, en nada más.

Descuidar ese punto importante del ritual era ponerse en peligro, pues un error podía costarles la vida, y el no llegar a vaciar la mente supondría un escollo grave en el proceso.

Cuando se practicaba la magia, y ellos como Guardianes habían comenzado desde jóvenes a estudiarla y respetarla, se debía aprender a meditar, a ser uno con su poder, a no dejarse llevar por los sentimientos que podían consumirles.

Gaerth les miró durante unos segundos y cerró los ojos, imitándoles, vaciando en cuestión de segundos la mente, manteniendo un ritmo constante tanto en su respiración como en los acompasados latidos de su corazón.

Según los pergaminos era necesaria su presencia y participación en el ritual, él sería quien ligase su sangre con el guerrero que apareciese.

El vínculo de sangre que formasen mantendría atado al *Vanior,* impidiéndole así cometer una acto de venganza al ser reclutado por la fuerza.

Abrió los ojos y se encontró a los cuatro Guardianes preparados y dispuestos. Estos tenían extendidos los pergaminos delante de ellos, esos trozos de papel amarillentos se mantenían en el aire a la altura de sus ojos, impulsados con la fuerza de sus mentes y de los poderes que obtuvieron a través de ellos.

Sus rostros no mostraban duda alguna, con voz monótona

comenzaron a recitar lo que allí estaba escrito. Sólo ellos podían leer sin dificultad las extrañas palabras.

Esperó a la señal de Duncan, su amigo sería el encargado de indicarle cuando debía comenzar a entonar el hechizo que cerraría el ritual.

En cuanto viese la señal tendría que posicionarse entre el norte y el oeste y verter un poco de su sangre con el cuchillo ceremonial y dejar que su cálida esencia manchase el interior del círculo, atrayendo así con la fuerza de sus deseos al guerrero que les salvaría de la destrucción.

Los minutos de espera se le hicieron eternos, escuchando con atención llegó a entender frases sueltas del conjuro.

Os invoco….
Con nuestro poder….
Obedecerás a tu amo y señor…
Venido de otro tiempo…
Con la misión de enmendar nuestros errores…
La sangre es la vital,.. Vínculo de poder…

Ahora mi señor, es su turno. Le comunicó Duncan.

Gaerth se acercó entonces a la barrera. Una vez colocado en su sitio sacó del sporran una daga con la empuñadura de plata enjoyada. Con ella haría el ritual de sangre para sellar el pacto.

Alzó el brazo izquierdo hasta la altura de su pecho y se cortó la muñeca. No le tembló la voz cuando recitó su parte.

Seré vuestro amo, vuestro señor. Vendréis a mí para cumplir mis deseos, …no dudaréis en atender mis necesidades. La vida y la muerte me pertenecen, soy señor y dueño de todo lo que te rodea, de lo que te preocupará. Mis deseos, la fuerza de mi magia romperá las barreras que nos mantienen separados. Atravesarás el puente entre los tiempos y vendrás a mí al escuchar mi voz. Estamos destinados a encontrarnos. Seremos uno en esta vida y en la siguiente, hasta que el contrato que te trajo hasta mí finalice. Obedece, escucha mi voz….

Aparece.

La fuerza de la magia se podía percibir con claridad a su alrededor, acariciándolos, envolviéndolos comprobando si tenían el nivel como para abrir una brecha entre los mundos.

Cuando el fuerte viento cesó de golpe, se sobresaltaron al ver como unas llamaradas surgieron del interior del círculo, el poder que sentían

aparecer poco a poco era inmenso, descomunal. Una magia que parecía no poseer límites. La columna de fuego se elevó con fuerza hasta alcanzar casi el cielo, iluminando la noche.

A pesar de los años de entrenamiento no pudieron ocultar el miedo que les producía la invocación, al abrir brechas entre mundos paralelos, jugándose el pescuezo si no acertaban con el mundo en que moraban los Vaniors. Sin intención alguna podían llegar a abrir las puertas de un mundo de demonios ígneos, o de fantasmas devoradoras de almas.

El fuego parecía que protegía una figura que se comenzaba a vislumbrar entre las llamas, sólo podía significar una cosa, que el guerrero estaba apareciendo ante ellos.

Mantuvieron la mirada clavada en el círculo. El guerrero estaba tumbado en el suelo con el rostro oculto con unos largos cabellos. Lo poco que permitía ver las llamas les mostró a un ser mágico de pequeña envergadura y constitución débil.

Gaerth sacudió la cabeza incrédulo.

¡Cómo era posible que el guerrero de la leyenda fuese tan pequeño!

La impaciencia los estaban consumiendo, querían ver con sus propios ojos si habían realizado correctamente el ritual, por suerte las llamas que envolvían al guerrero se estaban apagando lentamente.

Cuando por fin se apagaron las llamas, lo vieron.

Gaerth gruñó maldiciendo su suerte.

No daba crédito.

El destino era cruel, caprichoso, malicioso. El ritual no había salido bien. En algo habían fallado, eso estaba claro. Delante de ellos, el Vanior se revolvía inquieto sin dejar de temblar.

El guerrero resultó ser una mujer.

Una mujer que estaba tirada en el suelo, una mujer de constitución pequeña y que aferraba con fuerza contra su cara una cosa blanca que tenía el aspecto de una almohada.

En lugar de presentarse un hombre de constitución fuerte cubierto con una brillante y poderosa armadura para el combate, dispuesto para la lucha cuanto antes, se les aparecía una joven atemorizada y medio acostada en la dura piedra.

Gaerth resopló audiblemente incapaz de creer lo que estaba viendo.

Habían invocado a una niña. ¡Una maldita niña!

Pero cuando la joven alzó la cabeza y se lo quedó mirando con sus hipnóticos y brillantes ojos verdes, contuvo el aliento.

Se había equivocado al juzgarla tan rápidamente. Esa Vanior no era ninguna niña, era toda una mujer.

Al moverse nerviosa la joven quedó de rodillas frente a él, entonces se pudo dar el gusto de contemplarla con detenimiento.

El viento removía sus largos cabellos rojizos, que parecían lenguas

de fuego ardiente lamiendo la aterciopelada piel de sus cremosos hombros.

Vestía una tela casi transparente con los hombros al descubierto, el tejido que la cubría tan escasamente era de un color parecido a la sangre y se le pegaba a su cuerpo como si fuese una segunda piel.

Gimió de frustración verla agacharse delante de él permitiéndole ver toda la belleza de sus curvas.

La joven estaba alterada, respirando con agitación, ese cuerpo sinuoso estaba quebrando el control que mantenía sobre su cuerpo.

No podía dejar de mirarla, hipnotizado. Seguía con los ojos el subir y bajar del pecho de la joven que respiraba agitada.

Sin poder contenerse, deslizó su mirada por su cintura, deteniendo su inspección en su ombligo donde brillaba contra la dorada piel del estómago, una perla plateada que se movía si la mujer cambiaba de postura.

Después de observarla con detenimiento estaba muy tentado de deslizar sus manos por el abdomen de la joven y saborear con su lengua la hendidura de su ombligo jugueteando con sus dientes con la extraña perla plateada que mostraba.

Los rápidos movimientos de la joven, que azorada ante el penetrante escrutinio del hombre se tapó con sus manos los pechos, le distrajeron y alzó la vista para mirarla a los ojos.

¡Qué ojos!

Gaerth,.. Esta mujer… ¿es el Vanior que esperábamos?

Carraspeó con fuerza y buscó con la mirada a su hermano.

El joven no despegaba la mirada del cuerpo de la muchacha, no sabía por qué, pero no le gustaba nada la manera tan depredadora en que su hermano la observaba.

Cerró los puños bramándole a la mente de Hugh. *Te exijo que dejes de mirarla de esa manera.*

¿De que manera me dices, hermano?

Como si estuvieses a punto de saltar sobre ella y devorarla. Esa expresión en tu rostro se asemejaba a la de un felino acorralando a un asustadizo ratón.

La risa de su hermano le enfureció más.

Cuando estaba a punto de gritarle a Hugh, fijó su mirada en el enrojecido rostro de ella. Tuvo que luchar con todas sus fuerzas contra la lujuria que le quemaba por dentro y que le había dejado duro como una piedra.

Deseaba saltar al círculo y arrancarle la tela que la cubría y saborearla a fondo.

Aturdido por el rumbo que estaba tomando sus pensamientos, sacudió la cabeza varias veces.

El vínculo de sangre que había creado a través del pacto debía ser

más fuerte de lo esperado pues nunca antes había deseado a una mujer con tal intensidad.

Con solo verla se sentía derretir por dentro, dejándolo tembloroso de pies a cabeza como si de un adolescente inexperto se tratase. Pero no lo podía remediar, toda ella era exquisita, deseable, alimentando su sola presencia la pasión que le abrasaba.

Definitivamente no era como se habían imaginado que sería el elegido.

Su apariencia, su forma de vestir su extraña manera de expresarse sus proposiciones descaradas.

El ritual de invocación no había salido como esperaban.

CAPÍTULO 3

Londres, 2006

A Bridgit Woods no le podía haber ido peor el día, era prácticamente imposible que se le complicaran más las cosas. Sin ir más lejos, esa misma tarde, en solo dos horas, lo había perdido todo.

El cretino de su ex –jefe seguramente apurado por las pérdidas que estaba sufriendo la compañía familiar que dirigía, había decidido realizar un recorte drástico de la plantilla.

Por suerte o por desgracia, había sido una de las «afortunadas» en recibir el gran honor de encontrar encima de la mesa de su despacho la temida carta de despido. Poco importaba que estuviese o no de acuerdo con aquel injusto despido, en cuanto se hizo efectivo se vio obligada a recoger sus pocas pertenencias y a largarse de la empresa sin mirar atrás, sin esperar nada a cambio por los años invertidos y el duro trabajo que le dedicó a la empresa.

En esos momentos, se encontraba esperando a que cambiase de color el semáforo, sujetando contra su pecho la caja de cartón en la que empaquetó sus cosas.

Ésta se removió inquieta en el sitio golpeando sin pretenderlo a las personas que al igual que ella aguardaban para poder cruzar la calle.

Miró hacia el oscurecido cielo, los días se habían acortado, a pesar de ser solo las seis y media de la tarde, el cielo estaba oscuro como si ya fuese de noche, y comenzaba a hacer frío. Un frío que se colaba sin piedad entre la ropa, arañándola con sus gélidas garras.

Y como no podía ser de otra manera, estaba a punto de llover e ironías del destino, no llevaba paraguas.

Al cambiar el semáforo peatonal de rojo a verde, agarró con fuerza la caja pegándola más al cuerpo, y echó a correr haciendo oídos sordos a las protestas de los viandantes que fueron golpeados con la caja.

Sólo tenía una cosa en mente, llegar cuanto antes a la seguridad de su hogar.

Minutos después a las puertas de su casa, la alcanzó la lluvia.

¡Y vaya manera de llover!

Fue cuestión de segundos lo que tardó en abrir la puerta, pero cuando consiguió entrar se encontraba mojada, calada hasta los huesos y tiritando de frío.

Antes de llegar al salón se quitó las botas y las lanzó lejos.

Por nada del mundo iba a estropear la alfombra persa que le había regalado su amiga Sylvia las navidades pasadas.

Encendió las luces del salón y dejó el abrigo en el perchero.

—Adiós al abrigo de lana—musitó al tiempo que revisaba los bolsillos del mismo—. Tendré que llevarlo a la tintorería. Más gastos innecesarios—se quejó cerrando la puerta del perchero—. Y justo cuando estoy sin trabajo.

Después de despojarse de la ropa húmeda y dejarla tirada por el suelo, se dirigió en ropa interior hacia el cuarto de baño.

Con solo pensar en sentir el agua caliente recorrer su espalda, se relajó. Estaba completamente segura que uno de los mayores placeres de la vida era una buena ducha caliente después de un día nefasto.

Abrió el grifo y esperó, mientras se despojó del sujetador y de la braga de encaje que llevaba a juego, y las dejó en el tambor de la ropa sucia.

Tembló sobresaltada al sentir el choque de temperatura, el agua aún salía fría. Castañeando reguló los dos grifos para acertar con la temperatura adecuada del agua.

—¡Ah! Así sí—suspiró cerrando los ojos sintiéndose envolver por el agua tibia.

Se sentía en el cielo, dejó salir todo el malestar y las malas

vibraciones que acumuló durante todo el día. Un pequeño ritual, que le había enseñado su madre, cuando era pequeña.

Al abrir los ojos fijó la mirada en el agua, casi podía jurar que el agua que corría por su cuerpo cambiaba de color al llegar al suelo del plato de la ducha. Amarilla por las envidias ajenas vertidas sobre ella, verde por los proyectos frustrados que vio truncarse de una manera trágica, azul oscuro de su soledad.

Apoyó la frente en los azulejos dejando que el chorro de agua caliente recorriese su espalda dolorida, y soltó lentamente la respiración.

¡Qué gusto!, ¡qué calor!

Era un poco irónico que le aliviase el agua, sobre todo al ser ella una descendiente de la casta de los Vaniors de Fuego.

El fuego era su elemento, la fuente de su energía, su herencia, su pasado.

Cerró los puños con fuerza golpeando los azulejos que tenía en frente. Rechinó los dientes, dolorida por el golpe y por los recuerdos, y enfadada a la vez por bajar las barreras que alzó alrededor de su pasado y permitirle que la acosara de nuevo.

No debía pensar en su niñez, no quería recordar lo que le había sucedido de pequeña en la mansión familiar.

Era demasiado doloroso, pero los recuerdos la asaltaban en cuanto bajaba la guardia. No lo podía remediar, aunque quisiese nunca podría olvidar la mansión en que vivió de niña.

La mansión Vanior era una próspera propiedad de su familia perteneciente a la orgullosa casta de los Woods del norte. El hogar de su infancia, con sus bellos jardines de rosas de todos los colores que impregnaban con su aroma toda la propiedad, no era más que una masa de amasijos de hierros retorcidos en el presente.

Una gran propiedad, destruida y reducida a cenizas en apenas unas horas, junto a decenas de mujeres y niños Vaniors, la noche en que cumplió nueve años.

Miles de recuerdos muy dolorosos acerca de su truncada niñez y adolescencia tomaron forma en su mente, empañando la relajación que había alcanzado minutos antes. Recuerdos que le mostraban el dolor por la pérdida de su familia, el rencor hacia sus asesinos, el miedo por un futuro incierto y la desconfianza ante las puertas que se abrieron con el paso de los años.

Cansada de pensar siempre en lo mismo, cerró el grifo y salió de la ducha, envuelta en la toalla puso rumbo a la cocina dejando una estela de gotitas por el camino. Tomaría un chocolate caliente, se secaría el pelo y se acostaría.

Minutos después se sentó en el sofá con una taza humeante en las manos, apoyó las piernas en la mesa de cristal que tenía delante del

sofá en medio del salón, y encendió la televisión.

Pasó varios canales sin detenerse más de unos minutos en cada canal, no había nada que le llamase la atención. Quince minutos más tarde bostezaba, estaba cansada y aburrida.

Acabó apagando el televisor. Lo mejor era que fuera a secarse el pelo y se fuera a acostar, quedarse en el salón cuando estaba a un paso de dormirse, era absurdo. Cuando se hubo acabado la taza la dejó encima de la mesa y se levantó lentamente, estirándose a continuación.

Es hora de que me sequé el pelo y me vaya a dormir. Murmuró para sus adentros, moviendo la cabeza de un lado a otro, escuchando como le crujían los huesos.

No tardó en secárselo sin detenerse a planchárselo, ya en su dormitorio tiró la toalla que cubría su cuerpo a un lado y abrió un cajón de la cómoda. Sacó uno de esos camisones que le compró su amiga Sylvia como regalo picante en su cumpleaños, y se lo puso. Luego rebuscó en el cajón donde guardaba la ropa interior y eligió unas braguitas blancas de algodón con una puntilla rosa. Caminó hacia el espejo de pie que tenía al lado del armario y se miró, admirando la seda roja que se pegaba a su piel revelando sus curvas.

Dos vistazos más en el espejo, girando hacia un lado y a otro, sonriendo abiertamente al ver que la verdad le quedaba bien, decidió que había llegado la hora de acostarse. Se acercó a la cama y se acostó, tapándose con la sábana hasta el pecho.

Le echó una mirada al reloj que tenía en la mesita de noche. Bien podía quedarse un rato más desvelada, que a la mañana siguiente no tendría que levantarse temprano.

Leería un rato la novela nueva que había comprado, hasta que se cayese de sueño, a ver si sumergiéndose en la historia del atormentado vampiro Rodelsfen que aspiraba a conseguir un alma gracias al amor de una mortal, se olvidaba aunque fuese por unas horas, del nefasto día que había tenido.

Maldito cabrón. Maldijo por adentro al recordar a su jefe. *Mañana tendré que empezar a buscar trabajo, y con la mala suerte que tengo últimamente…* No esperaba encontrarlo.

Fijó la mirada en la novela que tenía intención de leer. Era una apasionada de las historias de vampiros, a pesar de renegar en el amor, le gustaba leer de vez en cuando libros de temática romántica paranormal.

Quizás fuese que ella sabía que la magia existía de verdad, que la existencia de otras razas no eran solo cuentos o leyendas urbanas que se pusieron de moda en Occidente después de aparecer la novela de Bram Stocker.

Para ella, esos seres eran tan reales como ella misma, existían los

licántropos, los vampiros, los fantasmas, las criaturas que habitaban los mares, los brujos, los Vaniors.

Existían y luchaban fieramente por mantenerse en las sombras, por evitar las miradas indiscretas de los humanos, temiendo que regresaran los años en que el temor se volvía en contra de ellos y acababan siendo perseguidos con antorchas y armas que buscaban darles muerte.

Al ver que la única manera de vivir en paz era convencer a los humanos que no eran más que fruto de sus mentes imaginativas, muchos de ellos llegaron a escribir y potenciar el mito fantasioso que les rodeaban.

Por ello, le hacía gracia la manera en que se imaginaban hoy en día las escritoras a esos seres concediéndoles características humanas, como la pasión, el sacrificio, la compasión o incluso el amor, cuando en realidad, muchos no eran más que unos animales salvajes sin sentimientos que se ocultaban en las sombras manteniendo las costumbres de antaño.

O al menos eso era lo que le enseñaron en la Academia de magia a la que asistió junto a los demás niños y niñas Vaniors. Según sus maestros, los licántropos no eran más que animales que vivían en los bosques, que los vampiros optaban por escalar en la sociedad humana acumulando riquezas, que los kelpies se perdieron en el mar ahogando su parte humana no dispuestos a seguir viviendo en un mundo que no respetaba la naturaleza,…

Cerró los ojos y rememoró las mañanas en las que sus maestros le hablaban de las diferentes clases de criaturas catalogadas que moraban en la Tierra.

Eran días llenos de buenos recuerdos en los que lo único que deseaba era que llegara la hora de salida, para poder regresar a casa junto a sus padres y hermanos. Lo recordaba todo como si fuese ayer.

Al cumplir los cuatro años, sus padres la enviaron a la Academia, recordaba con cariño y nostalgia, con cuanta ilusión asistía a esas clases ya que al igual que su padre, o que sus hermanos, quería ser una buena guerrera, una buena cazadora y protectora.

Pero como pasa en la vida real, los sueños no dejaban de ser solo eso, sueños. Sueños de infancia, en la que se veía como una Vanior cazadora siempre dispuesta a salvar a su familia de los ataques de los otros clanes o de cualquier raza inmortal que moraban en las sombras.

Sin embargo, a sus veinticuatro años, ninguno de esos sueños se mantenía ya en pie, ya no soñaba con ser la mejor Vanior, la más poderosa, la que más hechizos supiese.

Sólo quería conseguir un buen trabajo, en el que no se preocupase de si continuaba en el puesto o no, y que con el sueldo que ganase pudiese comprarse un piso en aquella ciudad.

Doce páginas después, estaba quedándose dormida. Dejó el libro a un lado en la cama y se frotó los ojos, llorosos, el cansancio comenzaba a hacer mella en su cuerpo, instándola a que apagara todo y aceptara el abrazo de Morfeo.

Tras restregarse los ojos de nuevo, tomó el libro y lo dejó caer al suelo, a los pies de la mesita de noche, cuando estaba a punto de apagar la lamparilla de noche, sonó el teléfono.

Estuvo tentada a no cogerlo, pero algo en su interior le dijo que atendiese la llamada, y eso fue lo que hizo.

—¿Sí?

Escuchó un grito de alegría al otro lado del teléfono, algo intrigada Bridgit volvió a preguntar:

—¿Quién eres?

—Brie, ¿cómo no me reconoces?

Ésta suspiró y le contestó a su amiga:

—Sylvia como quieres que te reconozca, si lo único que escuché fueron unos gritos de alegría… ¡Podría ser cualquiera!

—Sí,...claro—repuso con petulancia Sylvia.

—¿Qué deseas?... ¿Te pasó algo?

Después de jadear por la sorpresa, ésta le respondió:

—¿Cómo lo sabes? ¡Eres una bruja! Estoy segura.

—Lo que digas, Sylvia—nunca le había hablado de su verdadera naturaleza a su amiga. Nadie sabía que pertenecía a otra raza, que podía dominar la magia que bullía en su interior. Era una Vanior de nacimiento que rechazaba su naturaleza, su herencia, ahogando los gritos del fuego que chisporroteaba dentro de ella y que ansiaba expandirse—. Pero hasta tú lo habrías supuesto,… si yo te llamase cerca de las doce de la noche y con voz llena de preocupación….

—¡Tanto se me nota!

—Sí.

—Bien—carraspeó nerviosa—.Te llamaba porque estoy metida en un buen lío.

—Suelta, que hiciste esta vez—preguntó Bridgit.

Su amiga a pesar de su buen carácter, a veces parecía que se transformaba y podía llegar a ser una fiera. En su juventud ya la habían detenido dos veces a causa de no querer mostrar su documentación a los agentes que se la pidieron y gritarles que era unos abusones y unos comprados.

A saber en qué lío andaba metida esta vez.

Pero nunca en su vida esperó oír lo que Sylvia le respondió:

—Me acosa un sanguinario vampiro, Brie.

Nunca se esperó esa respuesta. Quedó muda, resonando una y otra vez aquellas palabras en su mente.

Me acosa un sanguinario vampiro.

Un sanguinario vampiro.

No lo pudo remediar, se echó a reír con fuerza, de todo lo que le podía decir aquello era lo más descabellado. Los vampiros no se aparecían ante nadie, y menos para acosar a una mujer que trabajaba en la seguridad de un centro comercial.

Era ridículo.

¿O tal vez no?

Después de quince minutos intentando calmar a su amiga, que se enfadó cuando la escuchó reír, Bridgit pudo colgar el teléfono. Le escocía la oreja derecha al llevar tanto tiempo con el auricular pegado a ella.

Apagó la luz de la lamparilla y cerró los ojos, pero no conseguía dormir, estaba preocupada. Las carcajadas se acallaron en cuanto Sylvia comenzó a relatarle lo que le pasaba, tornándose la mofa en preocupación.

Los detalles que describió del ataque que sufrió a manos del vampiro eran demasiado reales para ser solo fruto de la imaginación.

Había descrito con detalle la naturaleza del hombre, su rapidez en movimientos, sus ojos hipnóticos y color plata, un color característico de los vampiros pues todos poseían ojos plateados tras la conversión.

Tras escucharla en silencio, no supo que decirle. ¿Cómo podía explicarle que realmente la acosaba un vampiro? ¿Qué podía estar en peligro al haber descubierto la naturaleza del hombre?

No fue capaz de decirle nada, sólo pudo restarle importancia a sus miedos y decirle que descansara tranquila, que los vampiros no existían.

Le había mentido, pero esperaba que su mentira no la pusiera en peligro. Era mejor que dejara pasar aquello y no siguiese obsesionada, que el vampiro no notara que le había descubierto, porque podía atacarla para silenciarla para siempre.

Se giró y agarró la almohada buscando una postura cómoda para descansar. Golpeó la almohada un par de veces. ¿Cómo iba a dormir cuando su amiga estaba en peligro de muerte?

Desde que la conoció en la casa de acogida en la que coincidieron se habían convertido en inseparables, llegando a quererse como hermanas.

Eran uña y carne, que se llamaban a diario, que celebraban los logros de la otra, que compartían un pasado doloroso que procuraban en todo momento ocultar. Sylvia era un ángel que encontró en medio del infierno y que la acompañaba a diario.

Me acosa un sanguinario vampiro, Brie. Escuchó de nuevo en su mente.

Según recordaba, los miembros de la raza vampírica eran muy recelosos, siempre manteniendo oculta su presencia, su propia

existencia. Quien rompiese el pacto de silencio sería eliminado, si un mortal los viese tenía que ser eliminado inmediatamente.

Cuando amaneciese, saldría con el coche rumbo al apartamento de Sylvia. Utilizarían la ventaja de los mortíferos rayos del sol, a su favor. Durante esas horas diurnas podía ayudarla a empaquetar en cajas las cosas de su amiga y salir pitando antes de que el sol se pusiese.

Algo más relajada, cerró los ojos, lo mejor era esperar a que se hiciese de día, si aparecía a esas horas de la noche y el vampiro merodeaba cerca podía localizarla e identificarla como Vanior, poniendo en peligro a su amiga.

No la atacaría mientras ella no saliese del apartamento, los vampiros no se arriesgaban a entrar en los edificios y causar una masacre que atraería miradas no deseadas.

Solían asaltar a sus presas en callejones oscuros o lugares alejados de los núcleos urbanos. Eran solitarios y muy minuciosos cuando cazaban llegando a merodear a su presa durante semanas antes de decidirse a atacarla, podían esperar un día.

A los pocos minutos el sueño la envolvió sumergiéndola en la oscuridad. Bridgit se dejó llevar, rezando todo lo que se acordaba para que las pesadillas no la acosaran esa noche, y la dejaran descansar.

Cuando el reloj que había colgado en medio de la habitación, cerca del armario empotrado dio la una de la madrugada, se despertó. Toda la habitación se movía, los fuertes temblores sacudían la cama, asustándola.

Medio adormilada se sentó en la cama agarrando con fuerza la almohada, estaba confusa, creía que en aquella zona los terremotos no eran frecuentes. Y si en el telediario no dijeron nada, ¿cómo era posible que hubiese un terremoto así de repente?

No sabía muy bien que hacer. Todos alguna vez habían leído o visto en documentales que en caso de sufrir un terremoto había que cerrar las llaves de gas y de agua, no bajar a la calle en los ascensores, y muchas más normas que se debían seguir pero que a la hora de la verdad no te acordabas ni de la mitad de ellas.

Cuando se iba a levantar para colocarse debajo del marco de la puerta, una intensa luz la envolvió. Cerró los ojos dolorida, la luz la estaba dejando ciega.

Gritó.

Gritó con fuerza pero no escuchaba su voz.

Entreabrió un ojo y vislumbró unas ráfagas de fuego que la envolvían. Ahora sí que estaba aterrada, esperaba que todo fuese un sueño, una mala pesadilla fruto de la preocupación.

Sepultó el rostro en la almohada protegiéndose del fuego que lamía su piel.

De golpe unos cánticos fuertes y claros resonaron en su mente.

Ven a nosotros...

Obedécenos…

Eres mía...

Mía…

Era extraño.

Conocía esas palabras. Nunca las había oído antes, pero en su interior las conocía, como si siempre estuviesen ahí, grabadas en el corazón.

No podía negarse, no podía escapar,...tenía que ir a su encuentro, debía obedecer.

El tiempo pareció transcurrir muy lentamente, en cuanto sintió que los temblores cesaron se aventuró a mirar a su alrededor.

Para su sorpresa ya no se encontraba en su cómodo colchón, sino tirada en el suelo rodeada de fuego que la enjaulaba en una prisión circular.

Con curiosidad estiró la mano y la deslizó sobre la columna, para alegría suya el fuego no la quemaba. Al moverse encontró esparcidos por el suelo unos polvos de un color blanco. Cuando los quiso tocar, se quemó.

Retiró la mano dolorida y miró con recelo, y temor al círculo del suelo. Si no los podía tocar, estaba atrapada.

Alguien la había capturado. Pero si no era un sueño… ¿Por qué no le quemaba el fuego?

Ya dudaba de todo. ¿Era o no un sueño?

¿Estaba siendo secuestrada o solo era un producto de su mente?

Antes de que siguiese torturando con las preguntas que la acribillaban por dentro, el fuego comenzó a chisporrotear.

En cuanto alzó la vista las llamas se apagaron de golpe.

Fue entonces cuando lo vio.

Ante ella se encontraba el hombre más hermoso que había visto en su vida. Parecía uno de esos modelos de ropa interior que contemplabas casi babeando en los folletos de propaganda, preguntándote interiormente si esos hombres eran reales o solo era el resultado de un buen programa de ordenador.

El sex symbol estaba casi desnudo, tapado apenas con una tela negra con rayas blancas, con la que se envolvió la cadera y parte del hombro.

Un dios que debería medir cerca de los dos metros de altura, dueño de unos bíceps que no conseguiría rodear con las manos aunque lo desease. La melena azabache que poseía el hombre se movía al viento, ocultándole por momentos el rostro.

Cuando consiguió verle, se sorprendió al ver la expresión que mostraba, la mueca en su rostro era bastante cómica, con los ojos abiertos como platos, la nariz aguileña fruncida al tiempo en que arqueaba las cejas mientras apretaba la mandíbula con fuerza.

Sólo sus rosados labios se abrían y se cerraban en un movimiento de incredulidad.

¡Qué labios! Pensó, admirándolos, daba gusto contemplarlos, tan rosados y húmedos, que pedían a gritos que los besase, mordisquearlos suavemente hasta hacer enloquecer a su dueño.

Casi rió al verle jadear de sorpresa cuando ella cambio de postura y quedó sentada con las piernas entreabiertas, cara él. Ese hombre pedía a gritos que se le tirase encima y le arrancase con los dientes la ropa que llevaba puesta.

Cerró los ojos y buscó vestigios de magia, la manera en que le alteraba no era normal. Nunca en su vida se había sentido así, a un paso de jadear en alto que lo necesitaba. Que sentía que el deseo la corroía por dentro, a un paso de enloquecerla.

Buscó con desesperación que lo que estaba sintiendo fuese fruto de la magia, del hechizo que ese hombre hubiese realizado para atraparla en aquel círculo, pero por desgracia no halló nada. Así que lo que sentía, ese deseo carnal como nunca antes lo había sentido, era verdad.

Era por culpa de ese hombre, de su aspecto, de su mirada, de sus tentadores labios. De nuevo le miró con atención, buscando esta vez si pertenecía a una raza de la noche, pero no tenía aspecto ni de vampiro, ni de ninguna otra criatura inmortal.

Abrió los ojos de nuevo y le miró fijamente, devorándole sin ocultarlo. ¿Para que hacerlo si la culpa era de él? ¿Si era fruto del magnetismo de su mirada, del espectacular y trabajado cuerpo que poseía?

¡Qué bíceps!…Ummm, que cuerpo…

Pasó la lengua por los resecos labios, humedeciéndolos. De nuevo se escuchó un jadeo por parte del hombre.

Bridgit sonrió traviesa al ver el rubor que cubría sus marcadas y cuadradas mejillas. ¡Qué sorpresa!

¡Lo había avergonzado!

Pero no le dijo nada, siguió en silencio contemplándola con una

mezcla de incredulidad, sorpresa y malestar que no podía ocultar.

Dejó de devorarle con los ojos cuando el sex symbol comenzó a entonar la canción que escuchó en su mente cuando aún estaba en la cama, las mismas palabras, la misma voz.

Se levantó temerosa de lo que iba a suceder, de lo que temía que iba a pasar. Dejó olvidada en el suelo la almohada cuando la magia la tocó por primera vez, reaccionando a las palabras del hombre. Avanzó un paso hacia él y estiró la mano, quería que parase, el calor que sentía en esos momentos era abrasador, más incluso que el deseo y la lujuria que sintió al verle.

Podía sentir como burbujeaba su magia dentro de ella, chisporroteando con furia, exigiendo a gritos en su mente y en su corazón ser liberada. El fuego que la abrasaba por dentro quería que aceptara su verdadera naturaleza, su herencia.

Sacudió la cabeza asustada.

No. No podía. Desde que lo perdió todo había abandonado la magia, le dio la espalda a su pasado, a su herencia. No quería dejarse devorar por las llamas, perder el control sobre su cuerpo, sobre el don que acallaba a diario.

Antes de que alcanzase la barrera invisible que la separaba a él, el pecho le comenzó a palpitar, doblándola en dos por el dolor.

Fue en ese momento cuando comenzó a gritar a pleno pulmón, el tirón que sentía en el pecho aumentaba cada vez más como si estuviese a un paso de que le arrancaran el corazón.

El dolor se sumergía poco a poco en sus carnes abriéndola, dejándola malherida y sollozante ante sus captores. Se dejó caer al suelo, exhausta. Oprimiendo las manos contra el pecho.

No pudo evitar comenzar a sollozar con fuerza.

Estaba perdiendo el control.

No podía…No podía…

De golpe su magia se liberó.

Alzó los brazos al cielo, y gritó hasta que sintió como la garganta se le desgarraba.

De su cuerpo salió una columna anaranjada de pura magia, y a su alrededor chisporroteó las ráfagas de fuego que volvieron a cobrar vida en el olvidado círculo mágico. Las llamas se elevaron hacia el estrellado cielo iluminando la noche, acompañando los temblores que sacudieron la tierra ante tal despliegue de poder.

Ella no sentía lo que sucedía a su alrededor, no percibía nada más que la magia fluyendo a través de cada poro de su piel, permitiendo salir a las llamas que crecían y se expandían en su interior. Solo quería olvidar, sumergirse en la nada. Dejar que el fuego purificase su alma, que la devorara entera, consumiendo los recuerdos del pasado, el dolor del presente.

Que quemara a los que la tenían presa, a los que la dañaron. Y en medio de aquel torbellino de pura magia, no escuchó los jadeos de sorpresa y temor que se elevaron a su alrededor.

Los Guardianes la contemplaban con asombro, y temerosos al haber desatado esa furia mágica. Esperaban que la barrera aguantase ese inmenso poder que se estaba manifestando delante de ellos.

Los segundos que duró aquella demostración de puro poder, fueron eternos. Interminables, en los que la preocupación cubrió cada uno de los corazones de los presentes.

Con un fuerte temblor que sacudió la tierra durante unos segundos, de la misma manera en que se desató la magia, ésta, desapareció de golpe, dejando en el aire un vestigio débil de energía.

No fue hasta que el fuego cesó, cuando Gaerth acabó de recitar la última parte del pacto. Tuvo que cerrar los ojos para poder continuar con el hechizo, y recitar las últimas palabras del ritual que uniría a aquella mujer a la tierra, a su sangre.

Le costó. Con cada palabra el rostro de la joven mostraba dolor, cuando la vio estirando las manos con mirada suplicante y los ojos llorosos, estuvo a punto de dejar de recitar el complicado conjuro y acudir en su auxilio. Se maldecía por dentro al ser el causante de su agonía, de haberla conducido hasta ese lugar para hacerla pasar por aquello.

Él había esperado a un guerrero, curtido en las batallas, con un corazón endurecido y dispuesto a cumplir con la misión que le encomendase. No a aquella hermosa y frágil mujer, que sollozaba y gritaba de dolor.

Aún con los ojos cerrados, le asaltaban la imagen de sus mejillas sonrosadas surcadas por las lágrimas y los gritos de dolor que estaba profiriendo, hasta enronquecer el tono de su voz.

Con mucho esfuerzo, intentó serenarse. Vació la mente y se obligó a pensar que esa mujer solo era un instrumento, un arma para alcanzar sus objetivos, para consumar la venganza.

Recitó los últimos párrafos del ritual, al tiempo en que se cortaba la muñeca con la daga, dejando caer su sangre dentro del círculo mágico.

Aquello cerraba el vínculo que le ataría al Vanior.

Con ese gesto, y las palabras que recitó acabó el ritual, lo que sucedió a continuación, no lo esperaba.

Nada más guardar la daga en su funda, y al igual que la joven minutos antes, un fuerte dolor le sacudió el cuerpo, con la mano sobre el pecho jadeó en alto y buscó con la mirada a la muchacha.

Ésta a su vez le miraba con una súplica silenciosa en sus ojos. Bajó el brazo intentado alcanzarla. Antes de poder rozarla, la mujer calló al suelo desmayada, resonando el golpe en el silencio de la noche. Dio un paso hacia atrás, mientras se aferraba con fuerza el pecho,

arrancándose el *plaid* de un tirón, como si desease que lo que le abrasaba vivo desapareciese de su piel.

Se tambaleó durante unos segundos y cayó, sucumbiendo a la oscuridad.

Antes de que su hermano se golpeara la cabeza con alguna de la rocas que había desperdigadas por el suelo, Hugh corrió hacia su encuentro y le sujetó por los hombros, depositándolo con cuidado en la tierra.

Entonces se levantó y contempló a los demás Guardianes que se acercaron hasta la joven, deshaciendo la barrera de sal con sus botas.

Tenían que llevarles hasta un lugar seguro.

A Gaerth le dejarían en su alcoba. El hombre tenía muy mal despertar, y por el dolor que transmitió su contorsionado rostro, ninguno de ellos querría estar cerca de él, cuando se despertase por la mañana. Se podían ver volando ventana abajo.

¿Y la joven?

Movió la cabeza de un lado a otro, confuso, no sabía muy bien qué hacer con ella. Ya se le ocurriría algo al día siguiente a Gaerth. No iba a decidir nada en aquellos instantes, no después de presenciar el poder excepcional que ostentaba la joven.

En aquellos momentos lo primordial era regresar a casa y descansar. O al menos, intentarlo.

En silencio se repartieron las tareas, llevando a cuestas a los desmayados, dejando olvidado el plaid de Gaerth en el círculo mágico. Comenzaron a descender la cuesta rumbo al pueblo.

Sumergido en sus pensamientos, sonrió al recordar como el envarado de su hermano se había sonrojado al escuchar las palabras de la joven.

Durante el ritual los Guardianes y el propio Gaerth habían mantenido intacto el enlace mental que compartían, llegando a escuchar los caóticos pensamientos de la Vanior cuando ésta le devoró con los ojos. Estaba seguro que esa descarada muchacha iba a causar mucho revuelo en el clan.

A pesar de que su inglés era muy extraño, con un acento que no reconocía, todos habían conseguido entender lo que pensó sobre Gaerth. Había quedado muy claro que pensaba de él que «estaba muy bueno» y que «era un dios del sexo».

Sin dejar de sonreír, siguió avanzando, acompasando su paso con el de Duncan mientras cargaban el pesado cuerpo de su hermano.

Definitivamente, el destino lo dicta una mujer, que no duda en jugar caprichosamente con todos nosotros. Los próximos días van a ser muy interesantes. Pensó mientras se acercaban al castillo cargando con su hermano ayudado por Duncan, y seguido por los otros dos Guardianes,

que custodiaban el tesoro dormido en brazos de Magnus.

CAPÍTULO 4

Highlands, 1134 d.C.

Al día siguiente de la invocación

La luz de la mañana penetraba entre las rendijas de las descosidas y viejas cortinas del cuarto. La austeridad y el orden, imperaban en aquella sombría estancia del piso superior del castillo. Apenas lucía unas pieles de oso como único adorno, extendidas por el suelo amortiguando el frío que penetraba por las tablas de madera que cubría cada rincón del lugar. Al pie de la gran cama matrimonial

había un baúl de madera tallado con motivos florales y lo que parecía el anagrama de un nombre escrito en una lengua extraña.

Cuando los cálidos rayos del sol alcanzaron el rostro del hombre que se hallaba durmiendo en la cama, era cerca del mediodía. La actividad en el castillo era más que evidente, con el ir y venir de las criadas y el alboroto provocado por los soldados que se hallaban en el patio de armas.

Una de las ventajas de tener el dormitorio orientado hacia el patio donde se entrenaban los hombres a diario, era que se podía evaluar, sin ser visto, la actividad de estos y sopesar su nivel, pero en días como ese, Gaerth no encontraba ninguna ventaja el poder escuchar con total claridad el entrechocar de las espadas y los insultos que se gritaban los soldados entre ellos.

El día que conseguía dormir a pierna suelta, sin despertarse sobresaltado durante la madrugada acosado por las pesadillas, le tenían que despertar las maldiciones de unos orgullosos soldados que entrenaban duramente pavoneándose entre ellos, ansiando demostrar quien dominaba mejor la espada.

Definitivamente el mundo se había vuelto en su contra.

—Mandaré quemar esas malditas cortinas comidas por los bichos— se quejó al tiempo en que giraba el rostro para poder quedar de espaldas a la ventana.

Cerró los ojos e intentó ignorar los gritos que provenían del patio y el molesto canturreo de las criadas que paseaban por los pasillos. Un nuevo día le saludaba y lo único que deseaba hacer era despejar la mente y dejarse llevar por la oscuridad, pero por mucho que ansiara seguir durmiendo, desgraciadamente tenía que levantarse e ir en busca de Hugh y los demás Guardianes.

Su mente estaba en blanco, o más bien con partes en blanco. Los recuerdos de la noche anterior, eran borrosos, como si estuviese contemplando una charca en la que el agua estuviese estancada. Después de la quemazón que sintió en el pecho y el dolor agudo que le oprimió el corazón, no recordaba nada más.

Tenía que preguntarle a su hermano si la invocación se había completado. Si la barrera que habían abierto se había cerrado con éxito sin poner en riesgo a nadie.

Suspirando con resignación, se incorporó muy lentamente hasta quedar sentado en la cama, apoyando la espalda contra el cabecero de madera, las sábanas de lino se deslizaron por su cuerpo hasta quedar amontonadas en su cintura.

La imagen que mostraba en esos momentos era salvaje y demoledora. Sus cabellos caían sueltos, desperdigados sobre los hombros y la espalda. Los marcados músculos estaban cubiertos de una fina capa de sudor, recorriéndole muy lentamente pequeñas

gotitas por el abdomen, hasta perderse en el montón arrugado de tela de lino que era la sábana.

Cuando se dispuso a levantarse de la cama lo encontró, sobre el pecho, un extraño símbolo de un color azabache brillante. La forma del dibujo no se podía identificar bien por la falta de iluminación, así que se movió por el lecho hasta quedar sentado sobre una intensa ráfaga de luz.

—¡Un dragón!—exclamó asombrado deslizando los callosos dedos sobre las líneas negras.

Examinó detenidamente la imagen, siguiendo con las yemas de sus dedos el contorno del dibujo. Parecía muy real, como si de un momento a otro fuese a remontar el vuelo extendiendo sus alas.

El extraño dragón mantenía la mandíbula abierta, mostrando sus afilados colmillos, amenazante con las garras rodeándole el pezón izquierdo sujetándose con fuerza en torno al corazón.

Sacudió la cabeza y buscó en su mente si la aparición de marcas en su cuerpo formaba parte del ritual, pero no encontró nada. No recordaba que los pergaminos mencionaran que iba a sufrir cambios físicos, como la aparición de extraños dibujos de criaturas mitológicas.

Abrió los ojos y miró a su alrededor, fijando la mirada en el gran baúl que había a los pies de la cama.

—Poco importa ahora—murmuró apartando las sábanas que le cubrían hasta la cintura y se sentó en el borde posando los pies en el frío suelo.

El que tuviese una marca con forma de dragón, le suponía un pago muy pequeño por haber concluido con éxito la invocación. O al menos, eso esperaba. Que la mujer que apareció a través del portal aceptara el destino que le deparaba al estar atada por la sangre a él, porque no la liberaría hasta que no le ayudase a destruir a los malditos Mackenzies.

Se palmeó la rodilla y se levantó, avanzando hasta la ventana, de un solo tirón descorrió las raídas cortinas y la brillante luz del mediodía le golpeó la cara. Entrecerró los ojos, molesto con tanta claridad parpadeando un par de veces. Dio un paso hacia atrás y relajó los músculos estirándose lánguidamente apoyando a continuación las manos en la cadera.

Entonces fijó la mirada al frente, más allá del patio y de las murallas, se podía vislumbrar el mar con sus aguas azules celestes y brillantes por la luz del sol. Era un espectáculo digno del más hermoso tapiz, un manto azul que brillaba con vida propia.

Era hermoso, el mar siempre conseguía calmarle, proporcionarle una paz que en pocas ocasiones podía saborear plenamente.

Escuchó como alguien abría la puerta. De reojo vio que era una de las criadas que se encargaban de abastecer de leña las habitaciones.

La mujer portaba en sus brazos unos cuantos troncos de madera, por el cansancio que denotaba su agitada respiración y las marcas de hollín y sudor que manchaban su rostro y vestido, se podía deducir que no era el primer cuarto que abastecía.

La observó entrar en la estancia y acercarse a la chimenea, sin prestarle mayor atención.

Pero antes de que ella se agachara ante la chimenea, la joven se percató de su presencia. Con nerviosismo le miró y…

Cuando sus ojos conectaron…El grito estridente que profirió la mujer resonó con fuerza en la habitación, retumbando por las esquinas.

—¡Ahhhhhhh!

Se giró un poco, quedando de lado, apoyado contra la fría piedra de la ventana, mirándola por encima del hombro, la mujer le miraba a su vez con la boca abierta y los ojos desorbitados.

Al bajar la vista la muchacha dejó caer los troncos al suelo, estaba ruborizada, con la mirada clavada en el suelo y se la notaba nerviosa, a un paso de salir corriendo del cuarto.

Él dedujo que su nerviosismo era fruto de que no se esperaba encontrar al futuro Laird completamente desnudo, bañado por la luz del sol.

Su profunda voz la sobresaltó.

—¿Sucede algo?

La criada levantó la cabeza y le miró a los ojos durante unos segundos, desviando enseguida la mirada, abochornada y temerosa. Esos ojos…era…Daban miedo. En esos instantes sí creía que era un Ángel Caído tal y como muchos le llamaban a su espalda.

—Na…nada, se…señor. Ve…venía a dejar los leños y…

Se movió un poco dejando ver su perfil, cansado de mirar por encima del hombro, cruzó los brazos y enarcó una ceja esperando a que la buena de la mujer se decidiese a salir del cuarto.

Tras un jadeo de sorpresa, la mujer continuó diciendo con dificultad.

—Y… ¡Dios mío!..Per…perdone...señor, yo…

Sin mediar palabra, la criada dio media vuelta, recogió las faldas y se escabulló rápidamente de la habitación, dejando la puerta entreabierta, corriendo como si el demonio estuviese detrás de ella, dispuesto a atraparla.

Rompió a reír y sin dejar de carcajearse se acercó a la puerta y la cerró de un golpe, girándose a continuación para ir hasta la cama en busca de una muda del kilt y el plaid. Mejor vestirse, no vaya a ser que alguna otra criada se atreviese a entrar en la habitación para limpiarla y se repitiese la escena de antes.

Una vez vestido fue hasta el baúl de madera que había a los pies de

la cama. Al abrirlo cogió su espada. La ató a la cintura con una funda de cuero y caminó hacia la puerta, saliendo al pasillo.

Después de unos pasos por los silenciosos y oscuros pasillos escuchó el eco de risas a lo lejos. Seguramente fueran los soldados que estaban comiendo en el comedor, los causantes de tal jaleo.

Apuró el paso, estaba hambriento. No tardó en llegar al comedor principal del castillo situado en la planta baja cerca de las puertas de entrada. En cuanto entró, las risas y las bromas que hasta hacía unos minutos retumbaban por todo el castillo se silenciaron de golpe. Todos y cada uno de los presentes le miraban con la boca abierta mostrando una expresión entre el miedo y la incredulidad.

Aquello le molestó, pero después del espectáculo que dio ante los Ancianos la noche anterior, se lo esperaba.

Sorteó varias mesas hasta llegar al sitio que siempre ocupaba en la mesa principal. Desde el lugar que ocupaba podía controlar las entradas y salidas del salón del castillo, le gustaba sentirse seguro y tener la espalda cubierta, al quedar contra la pared.

Alcanzó unos trozos de pan de maíz y jamón de cerdo cocido a fuego lento en el horno con una pizca de sal, un ingrediente muy valioso que en muy contadas ocasiones se empleaba para cocinar pues debían ir comprarlo a tierra cuando se reunían los clanes, de las bandejas que estaban desperdigadas por la mesa.

Los primeros bocados de ese manjar le supieron a gloria, hasta ese momento no se había percatado del hambre que tenía.

Cuando llevaba unos cuantos mordiscos, uno de los soldados se aventuró a preguntar en alto lo que muchos de ellos pensaban en esos momentos y no se atrevían a preguntar:

—¿Qué le ha sucedido, señor?

Sin saber si le preguntaban a él o no, levantó la mirada fijándola en el soldado que estaba a unos pasos de él en una de las mesas centrales, en las que se sentaban los hombres de confianza del Laird.

Para consternación suya, el soldado lo miraba directamente.

¿Se suponía que le preguntaban a él?

¡Era imposible que ya hubiesen descubierto que habían traído a este mundo al Vanior, bueno a la Vanior, se corrigió!

Apenas habían pasado unas horas de la invocación y por lo que conocía a los Guardianes lo que había sucedido la noche anterior lo mantendrían en secreto hasta que él les diese permiso para hacerlo público.

Optó por guardar silencio. Era lo mejor, no tenía ni idea de qué hablaba, lo mejor era guardar silencio y no meter la pata.

A los pocos segundos fue su propio padre quien le sorprendió cuando le preguntó, con tono preocupado:

—Hijo, ¿qué te ha sucedido?

Si ya no sabía a qué se refería el soldado, tras la pregunta de su padre, no supo que contestar. Estaba tan sorprendido que se había quedado mudo. No acababa de asimilar la honda preocupación que notó en la voz de su padre.

El que ese hombre se preocupase por él era algo que no comprendía, después de todo era sabido que desde la muerte de su madre, no se llevaban bien por no decir que apenas mantenían contacto o intercambiaban palabras.

Se mantuvo en silencio, esperando a ver como seguían las cosas, no iba a dar el primer paso. La pose que mostraba con la espalda rígida, y un trozo de cerdo en su mano derecha, aparentaba una tranquilidad que distaba mucho de sentir.

El que no estaba tan tranquilo era el propio Laird, que esperaba que su hijo se dignase a responderle. Al ver que el joven no tenía intención de abrir la boca, Malcom suspiró resignado sepultando la decepción que sentía en el fondo de su corazón.

Parecía que los intentos por acortar la distancia que le separaba de su heredero no servían para nada. Cada vez que decidía a dar un paso hacia una posible reconciliación, lo único que conseguía era ver como su hijo se alejaba cada vez más. Era desesperante ver cómo el muchacho llegaba a convertirse en un completo extraño que sólo se dignaba a responderle cuando era una orden directa, que prefería la soledad o la compañía de los Guardianes a la suya propia.

—¡Contesta a tu Laird!—le interrumpió la potente voz de uno de los soldados.

—Como no sé a que se refiere no tengo por que responder—acabó admitiendo aliviado al ver que las preguntas no se referían a las consecuencias de la invocación. Aún no lo sabían, eso le daba ventaja puesto que tenía que enfrentarse antes a la mujer que traspasó el portal antes de presentarla al clan y al Consejo.

Aquellos hombres le preguntaban acerca de él, de su persona. Por suerte había comprobado antes de traspasar las puertas del comedor que el plaid estuviese colocado adecuadamente sobre el hombro izquierdo ocultando eficazmente el extraño dibujo sobre la piel que descubrió aquella misma mañana. Si le hubiesen visto el dragón, la mitad del comedor estarían a esas horas levantados y gritándose entre ellos como si hubiesen visto al mismísimo demonio.

Otro de los soldados presentes en el comedor se levantó al escuchar sus palabras.

—Estará de broma, ¿no, señor?—dijo mirando al joven heredero con el ceño fruncido.

—Apoyo a Dagan, es imposible que no lo haya visto—gritó otro, golpeando la mesa con la jarra que balanceaba en la mano derecha.

¿Qué no vi lo qué? Se han vuelto todos locos, pensó mirando intrigado

a su alrededor.

Al ver que no iba a sacar nada en claro de todas aquellas preguntas extrañas, decidió que ya había tenido más que suficiente. Lo más sensato era irse, buscar a Hugh y comprobar si todo había salido bien. Si los demás estaban bien tras la noche anterior.

Durante la invocación habían gastado muchas energías, la magia revoloteó alrededor de los cinco, exprimiéndoles para crear el portal por el que entró el guerrero, bueno…la guerrera Vanior.

Sin decir una palabra se levantó y caminó hacia la salida avanzando con rapidez, ya había saciado el hambre que tenía y no iba a perder más tiempo en aquel lugar.

Antes de que llegara a salir, escuchó la voz del Laird:

—Cuando regrese de visitar el molino hablaremos seriamente, hijo.

Sonriendo con burla, se giró y cabeceó afirmativamente, respondiendo para sorpresa de su propio padre:

—Sí, señor. A vuestro regreso hablaremos.

Te presentaré a la Vanior y os expondré mi plan de defensa. Pensó con sorna, esbozando una sonrisa, algo siniestra para los que la contemplaron, ya que los que le vieron se revolvieron en sus sitios y desviaron las miradas, bajando las cabezas a las rebanadas de pan que había en la mesa delante de ellos.

De camino a la cabaña de Hugh, vio como varias mujeres se apartaban de él, ocultando a sus niños en sus casas. Los campesinos le miraban con desconfianza agarrando con fuerza los crucifijos de madera que tallaban con sus propias manos y que llevaban colgados del cuello.

No era normal la actitud desconfiada de los aldeanos.

Fue cuestión de minutos lo que tardó en llegar a la cabaña de su hermano, la pequeña casa de madera en la que vivía Hugh estaba alejada de las demás cabañas de la zona.

Se distinguía sin problemas al ser la única cabaña decorada con unas cortinas de un color indefinido en sus ventanas, hechas de una tela de algodón que le entregaron en el castillo y que muy posiblemente fuera antes una vieja sábana.

Al igual que las demás edificaciones del pueblo que rodeaba al castillo, era una construcción de madera y paja, que apenas poseía espacio para una habitación y un lugar cerca del fuego donde se reunían los que vivían en las cabañas para comer y entablar conversación con los demás miembros de su familia.

Eran pequeñas pero acogedoras, en las que se cambiaba cada quince días la paja del tejado para impedir que en días lluviosos se inundaran las construcciones.

Entró sin pararse a golpear la puerta. Como en los demás hogares del pueblo, no poseía cerradura. El robo era castigado duramente y

ningún miembro del clan se atrevía siquiera a delinquir por temor al destierro.

Con el pomo de la puerta en la mano y medio cuerpo fuera de la cabaña, quedó petrificado ante lo que se encontró.

Para sorpresa suya, su hermano pequeño estaba comiendo, sentado sobre unas pieles de oso esparcidas por el suelo, pero lo que más le sorprendió fue la tranquilidad que aparentaba el inglés, si no encontrarse cara a cara con la guerrera.

La joven estaba sentada muy cerca de Hugh con las piernas cruzadas en una extraña postura. Desgraciadamente, ella seguía vistiendo ese ridículo vestido semi transparente con el que apareció, al menos había tenido la decencia de cubrirse parcialmente con una de las capas de Hugh. Pero aún así, era…

Tentadora.

Atrayente.

Prohibida.

Un bocado exquisito que le tentaba, que le instaba a ser devorado por completo, pero que le estaba prohibido.

La joven exudaba por cada poro de su piel llamaradas de pasión que le provocaban deseos de atraerla a sus brazos y enterrarse en su cuerpo, hasta que ambos explotaran de puro placer.

Maldición. Masculló para sus adentros al ver el rumbo que estaba tomando sus pensamientos.

Esa mujer era peligrosa. Mucho.

No pudo evitar recorrer con la mirada desde el plano vientre que se entreveía a través de la fina tela que la cubría, hasta sus pechos llenos.

Demasiado.

¡Demonios! Maldita mujer.

La deseaba.

Estaba perdido.

Bridgit se sobresaltó cuando entraron en la cabaña sin previo aviso, casi dejó caer la cerveza caliente que estaba bebiendo del susto.

Cuando se había despertado esa mañana, había gritado hasta casi desgañitarse al encontrarse con un par de ojos celestes que la miraban fijamente a escasos centímetros del rostro.

Al hombre que la despertó de esa manera y que luego le comentó con un inglés bastante raro que se llamaba Hugh Forrester, le había llevado más de cinco minutos calmarla y explicarle a grandes rasgos donde se encontraba.

No fue hasta que sintió el ambiente moderadamente caldeado cuando se aventuró a salir de la cama sentándose en una de las pieles

que el hombre había colocado sobre el suelo.

Y cuando por fin, se encontraba relajada y sorbiendo con satisfacción esa especie de cerveza tibia con un sabor extraño, hizo aparición el salvaje, entrando en el cuarto como si fuese un toro bravo dispuesto a lidiar con los que se enfrentasen a él.

Estúpido. Imbécil. Pensó enfadada mientras agarraba con fuerza la jarra hasta casi destrozarla entre sus dedos.

Pero nada de lo que tenía pensado gritarle a ese hombre brotó de su garganta, quedó muda de asombro al verle la cara.

Nadie podía variar así de aspecto de un día para otro. Además en esa época no existía ningún medio físico para cambiar de apariencia sin recurrir a la magia o a la cirugía.

Magia. Era la única opción posible en aquel asombroso cambio.

Le miró fijamente, echándole un vistazo de arriba abajo.

El salvaje no tenía pinta de hechicero o brujo,… lo más probable es que fuera un mestizo que intentaba jugar con su herencia.

Estuvo a punto de reírse en alto. Si creía que le iba a ayudar, o que le iba a enseñar a utilizar sus poderes, lo tenía claro. Ni loca iba a poner sus poderes a su servicio. Hacía tiempo que había enterrado en lo profundo de su ser su herencia mágica, algo que iba en contra de su naturaleza, pero que con el paso del tiempo se convirtió en algo habitual en ella, como el respirar.

Al vivir entre humanos se vio obligada a ocultar su procedencia mágica, y las enseñanzas del pasado se volvieron unos recuerdos amargos que la acompañaban cada día de su vida.

Le miró a los ojos. Ya encontraría la manera de escapar. Siempre había conseguido salir airosa de los problemas que se interpusieron en su camino, y esta vez no iba a ser diferente, por mucho que estuviese en la Edad Media, y rodeada de mestizos con intenciones sobre su persona aún por desvelar.

Gaerth no podía apartar la mirada de ella. Por suerte para él, el kilt ocultaba bastante bien sus atributos que comenzaban a despertar bajo el escrutinio al que estaba siendo sometido por parte de la joven.

Sonrió al verla temblar.

Estaba seguro de que miedo no le tenía, sus ojos desafiantes y su postura rígida y dispuesta al ataque se lo gritaba a la cara. Era como una gata salvaje dispuesta a arañarle si se atrevía a acercarse a ella, pero la mujer temblaba en su presencia y esperaba que esos temblores fueran de placer.

Tan concentrado estaba observándola que no vio como su hermano se atragantó con la bebida después de mirarle a la cara mientras tiraba la jarra al suelo y se levantaba quedando de pie a pocos pasos de él.

Lo que sucedió a continuación pasó muy deprisa.

Hugh se le acercó en dos zancadas, quedando plantado frente a él, le miró con auténtica incredulidad y asombro, y sin previo aviso y tomándole por sorpresa le metió un dedo en el ojo.

Gaerth aulló de dolor echándose hacia atrás, tapando su ojo derecho con la palma de su mano y mirando con rabia al atolondrado de su hermano.

Minutos después

—Pásame la botella. Y deja de murmurar entre dientes, inglés.

Hugh alzó la cabeza y le fulminó con la mirada, mostrando un ojo amoratado. Le palpitaba la zona donde Gaerth le golpeó. Estaba cabreado, su hermano había actuado muy precipitadamente, atizándole de esa manera después de echarse hacia atrás mientras se apartaba tras su metedura de pata.

El puñetazo que le dio le dio de lleno en el ojo, provocándole que un intenso dolor le recorriese de pies a cabeza, y todo por un simple errorcito. Por que eso era lo que había pasado, una simple equivocación, fruto de la curiosidad.

Gaerth en cambio, no mostraba el malestar que sentía. Mantenía un ojo cerrado y por su mejilla derecha aún se percibía un fino rastro de lágrimas, bebía tranquilo sentado cerca de la joven. Por dentro, maldecía a la familia inglesa de Hugh.

Le escocía el ojo derecho a rabiar, le había echo daño al meterle el dedo golpeándole en medio del iris. No estaba seguro de por qué motivo se atrevió a hacer algo tan estúpido su hermano, no tenía ningún sentido.

Al ver el moratón que comenzaba a aparecer en el lado derecho de la cara del atolondrado de su hermano, le calmó un poco los ánimos. De nada le sirvieron a Hugh, las disculpas que escupió entre balbuceos incoherentes después de darse cuenta de lo que había hecho,... esas simples palabras huecas no le iban a apaciguar.

Sin dudarlo le lanzó un buen derechazo tirándole al suelo del golpe.

Ese atolondrado tenía que aprender a comportarse, no podía ir por ahí metiéndole el dedo en los ojos de la gente, sin siquiera pararse a pensar en el daño o el malestar que podía causar.

Curioso por la extraña reacción de su hermano, y algo receloso por las palabras de los soldados y de su padre, decidió hacer la pregunta que le rondaba la mente desde hacía unos minutos:

—En nombre del Cielo, Hugh. ¿Qué te llevó a meter tu dedo en mi ojo?

Pero no fue éste quien le contestó, ya que aún estaba enfurruñado. Quien respondió a su pregunta fue la joven, con una voz melodiosa y algo ronca, que le provocó unos pequeños temblores de excitación.

—El color de tus ojos—comentó Bridgit levantando la vista de su jarra. Extendió la mano y le retiró un mechón de cabello rebelde que le caía encima de la mejilla—. Es diferente al de ayer. Ahora son de un color,..ummm. Mejor míralos tu mismo.

Gaerth la miró desconcertado. ¿Sus ojos? ¿Qué tenían de malo sus ojos?

Al final, decidió seguir su extraño consejo.

Tendiendo su mano hacia donde estaba sentado Hugh bramó con voz autoritaria y potente:

—¡Pásame el maldito espejo que tienes escondido en tu baúl, Hugh!

—No sé de que me hablas, Gaerth.

El futuro Laird siseó bajando su voz, sobresaltando a los presentes.

—No estoy para tus juegos infantiles, hermano. Coge el espejo que te regaló Magnus el verano pasado y dámelo de una maldita vez—bajando la voz acabó murmurando entre dientes—. Quiero ver lo que os sobresaltó a todos.

—Bien, hermano. Como ordenes.

Hugh cumplió la orden, en silencio. Le lanzó el pequeño espejo después de sacarlo del baúl que tenía cerca de la cama y esperó a ver cómo reaccionaba, y conociéndole como le conocía, iba a ser un espectáculo digno de recordar.

Así fue.

El gritó que profirió levantaría hasta los muertos.

Bridgit apuró la copa hasta el fondo, tragando de golpe el dorado líquido.

Hugh esquivó las miradas asesinas que le dirigió su hermano después de mirarse en el espejo.

Y todo por nada,…O eso creía el inglés, ya que…

Estaba asombrado, completamente anonadado, y muy, pero que muy molesto.

Lo que le estaba sucediendo no entraba dentro de sus planes, nadie le había contado qué le podía suceder esto.

Ahora si que no le extrañaba nada que todos cuando lo miraron a la cara se apartaron de él, y que su padre le mirara con esa evidente preocupación.

Con el espejo en la mano contempló de nuevo su reflejo incapaz de asimilar del todo lo que veía. Sus ojos,…ya no eran de un color plateado, herencia de su madre, si no que eran… eran…

—¡Demonios del infierno! ¡Hugh Forrester, cómo es posible que mis

ojos sean rojos como la sangre recién vertida! ¡¡Explícate, inglés!!

CAPÍTULO 5

—¡Hugh! Responde, ¿por qué diablos ha sucedido esto?

Éste se lo quedó mirando con cara de no saber qué contestarle, pues lo único que tenía claro era que posiblemente fuera una consecuencia de la invocación, pero de ahí a saber el por qué…un gran paso…

Al final acabó admitiendo entre dientes:

—Estoy en blanco, hermano, en los pergaminos no se habla de cambios físicos.

Gaerth tiró la taza al suelo, rompiéndola y esparciendo el líquido dorado que contenía.

—¡Maldición! ¿No os dije que nada de sorpresas?—su hermano asintió con la cabeza. Ciertamente no se habían embarcado a ciegas en la tarea de invocar a un guerrero Vanior a través del portal, lo habían estudiado con minuciosidad, hasta el punto de casi memorizar cada

palabra de los pergaminos.

Había algo que no le habían comentado a Gaerth, pero era…algo… insignificante ¿O tal vez no? Ahora no le tenía muy claro

—Y bien, ¿cómo definirías entonces lo que me ha pasado?, Hugh.

Tras unos segundos de silencio el joven, contestó:

—Un cambio muy favorecedor, hermano. Esos ojos rojos van a juego con tu funesto sentido de humor.

—Mi funesto…—barbotó al tiempo en que se levantaba y se acercaba a la mesa frente al fuego, quedando apoyado en ella—. No estoy para bromas estúpidas, Hugh. Se suponía que debíais revisar a fondo los pergaminos, hasta el último de los párrafos, en busca de posibles trampas para no encontrarnos con sorpresas desagradables,.. pero no… Os tenía que quedar algo por revisar.

Hugh se removió incómodo bajo su escrutinio.

—Juro que revisamos a fondo los cuatro pergaminos, los leímos a conciencia, y en ninguno de ellos aparecía nada de posibles cambios físicos, a no ser que…

Se calló de golpe desviando la mirada, visiblemente nervioso.

Gaerth contó hasta tres antes de gritarle a su hermano, sospechando que lo que le ocultaba era muy importante en todo lo que le estaba ocurriendo, la pieza clave del enigma.

—¿A no ser qué, Hugh? Continúa, ¡maldición!

El joven visiblemente nervioso, se pasó la mano por la frente, y a pesar de que en la cabaña no hacía demasiado calor, no paraba de sudar. Miraba a todos lados como si buscase una vía de escape de esta extraña situación en la que se veía envuelto por no contener su lengua. No debía de haberle insinuado nada, era el último que se debía de haber enterado de todos los entresijos de la invocación.

—Soy hombre muerto—acabó murmurando para sí mismo.

Con una cadencia en la voz que no presagiaba nada bueno, Gaerth contestó:

—Aún no, Hugh... aún no,… pero si saborearás el filo de mi espada si no me cuentas en este preciso instante lo que con tanto empeño parece que deseas ocultar.

Hugh cerró los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho, su hermano mayor le había arrinconado. Estaba perdido, cuando a Gaerth se le metía algo en la cabeza no había nadie ni nada que le sacase las ganas de saber la verdad.

Si no se lo contaba ahora, le perseguiría durante días hasta alcanzar el objetivo, saber toda la verdad.

Después de suspirar derrotado, abrió los ojos y alzó la cabeza mirándole directamente a los ojos quien no dejaba de observarle a su vez con fijeza.

—Está bien—repuso con voz cansada—. Romperé el pacto de

silencio—alzó una mano para acallar las preguntas de su hermano, había detalles que sólo los Guardianes de los pergaminos debían saber, nadie más, y a pesar de que le insistiera había detalles que no le iba a revelar bajo ningún concepto ya que Gaerth no era, ni sería nunca un Guardián—. Entre los cuatro pergaminos encontramos un extraño papel de un color blanquecino y que no parecía muy antiguo. Las palabras que tú recitaste ayer a la noche, provenían de ese quinto pergamino. Y…—dudó en continuar, pero la mirada enfurecida de su hermano le amenazaba que si no seguía le lanzaría algo a la cabeza—. Por desgracia, no leímos todo lo que estaba escrito en ese nuevo pergamino, no dispusimos del tiempo necesario, además que algunas palabras y símbolos eran muy extraños y no comprendimos del todo su significado.

Gaerth le miró con la boca abierta, mudo de asombro. No podía dar crédito, era imposible que se hubiesen arriesgado tanto,… y lo peor de todo era que no le dijeron ni una palabra. Cuando consiguió hablar de nuevo le gritó, enfurecido:

—¡En nombre del cielo!, si no sabías que contenía ese pergamino, ¿por qué lo acabé recitando? ¿Es que acaso era esencial para la invocación?,.. No sabías el peligro que nos podría haber traído y…

Un carraspeó intencionado interrumpió la cháchara de Gaerth, haciéndole mirar hacia donde provenía ese ruido. Se encontró con la mirada enfurruñada y sarcástica de la joven Vanior, que seguía cruzada de brazos y sentada en el suelo cerca de la chimenea. La joven no tardó mucho en sorprenderle con sus audaces palabras.

—Ejem,.. Ustedes disculpen, pero de invocación nada de nada, lo que hicisteis fue un secuestro en toda regla.

¡Secuestro! ¿Pero esta mujer de que habla? Pensó Gaerth.

El pasar de un mundo a otro la debía de haber provocado delirios si se atrevía a acusarlos de "secuestro". Un highlander nunca secuestra, sólo toma aquello que desea, aunque fuera a la fuerza.

Ella no fue sustraída de su mundo, apareció en el círculo de piedras, que discutiese con los de su especie por haberla elegido como guerrera.

Ahora era suya, y así se lo hizo saber, al decirle:

—Muchacha, no te hagas la víctima en esta historia. Nosotros realizamos una invocación siguiendo las instrucciones de unos antiguos pergaminos y en el círculo debía aparecer un guerrero Vanior, y al final y para consternación de todos, sólo apareciste tú. ¡Maldita sea! En todo esto los únicos perjudicados fuimos nosotros.

Bridgit quedó muda de asombro al escuchar aquellas palabras, y el caso es que parecía que aquel salvaje estaba convencido de llevar la razón. Estúpido. No sabía si reír o llorar, arrancarle los ojos con las manos, o…estaba confundida, confusa, anonadada delante de un

salvaje montañés que se enfurruñaba como un niño pequeño, si se discutía con él.

Lo que le estaba pasando era digno de convertirse en un buen guión para una película de ciencia ficción de bajo presupuesto o para una novela romántica de esas que tanto le gustaban.

A pesar de que conocía la existencia de otras razas, y de que sabía a ciencia cierta que la magia si existía de verdad y no solo eran trucos para entretener a la gente, seguía estando perdida, sin saber cómo salir de aquella situación en la que se vio envuelta sin desearlo.

Lo último que recordaba era que se había acostado después de ducharse, hubo un terremoto mientras estaba tumbada en su blandita cama y luego,.. ¡plaf!, estaba en otro siglo y a cargo de unos bárbaros testarudos y prepotentes.

Admitía al menos, que tenía una ventaja sobre las demás mujeres que pudieron ser víctimas de estos secuestradores de pacotilla, su mente era más abierta y gozaba de conocimientos de magia y de historia de razas y culturas no humanas, que le sería muy útil para hallar respuestas a todos sus problemas.

No quería ni pensar lo que le habría sucedido si en lugar de ser ella, fuera su amiga Sylvia la que apareciese por el círculo. Estuvo a punto de sonreír por lo absurdo de aquello, Sylvia la habría armado con sus gritos, golpes y exigencias. Conociéndola, habría revolucionado a esos hombres, hasta el extremo de hacerles desear lanzarla al mar para que se perdiese con las olas.

Al pensar en su amiga recordó algo que la dejó preocupada, se revolvió en el sitio y dejó la taza de madera en el suelo a un palmo de ella.

¡Ostias! Sylvia. Murmuró dentro de ella. *Había quedado con ella para recogerla a las siete de la mañana, y si no me equivoco deben ser las tres de la tarde. ¿Estará bien? ¿Se habrá librado del vampiro? ¡Demonios! Si le sucede algo será culpa mía. Debo encontrar pronto la manera de regresar a casa.*

Bridgit decidió actuar.

Si luchando no conseguía lo que pretendía, optó por seguir otra táctica para conseguir regresar a su siglo. Así que, tragándose parte de su orgullo combativo, que le gritaba que le saltase al cuello a ese hombre y le demostrara que ella no era una mujer que siguiese las órdenes ciegamente, decidió quitarle hierro al asunto de su secuestro para mantenerle contento. Aunque le molestaba reconocerlo necesitaba que el montañés estuviera de su lado, que estuviera de acuerdo con enviarla de vuelta a su casa.

—Llama como desees al modo en que me trajisteis a este siglo —*Secuestrador de pacotilla, maldito testarudo.* Pensó para sus adentros, sonriendo falsamente—. Ahora bien, al menos debes decirme qué

debo hacer. ¿Qué motivo os llevó a secuest… Ejem… —carraspeó nerviosa, continuando una vez calmada—… a convocarme?

Durante los segundos que ella habló, Gaerth no atendió ni media palabra de lo que dijo.

Al mirarla a los ojos su mente se nubló y sólo podía pensar en pasar sus dedos por sus largos cabellos y saborear con sus labios el rostro aterciopelado de la mujer.

A pesar de sus esfuerzos por combatir el creciente deseo que le invadía cada vez que estaba cerca de ella, no conseguía disminuir los pensamientos lujuriosos que le provocaba. Estaba a su merced, navegando por un mar de pasión sin rumbo fijo.

Estremeciéndose involuntariamente, pensó consternado. *¿Qué me sucede? Aleja de tu mente toda tentación. Es una simple mujer.* Su voz no sonó muy convencida en el silencio de su mente.

Eso no es del todo correcto, hermano. Ella es diferente, cualquier tonto lo puede ver. Es completamente única. Recuerda que proviene de otro mundo y además es de otra raza.

¡¡Hugh!!¿Cómo es que estás en mi mente?

Por qué te sorprendes tanto, ésta no es la primera vez que invado tus pensamientos, y seguro que no será la última. Comentó muy seguro de sí mismo. *Aunque tengo que reconocer hermano, que esta vez traspasar tus barreras mentales ha sido más difícil que de costumbre. ¿Estás bien?*

¿Qué si estaba bien?

Se giró y quedó de espaldas, puesto que no deseaba que lo viesen confundido, perplejo.

Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y bajó la cabeza.

Era irónico que hasta ese momento en que su hermano le preguntó si estaba bien no se hubiera percatado de lo que le sucedía, o más bien de lo que no le pasaba. Como si aquel silencio que sentía por dentro fuera algo habitual en su vida, cuando no había un solo día en que no necesitara alejarse de todos para hallar paz en su mente.

Hoy era la primera vez que se levantaba y no escuchaba nada, ningún murmullo resonando dentro de él.

Ni imágenes, ni recuerdos. Nada que luchara con sus propios sentimientos y pensamientos para hacerse un hueco en su cabeza. No escuchaba nada, sólo…silencio.

Rió de gusto, sorprendiendo a los demás que le observaban en silencio.

Por primera vez en su vida se podía escuchar a sí mismo con claridad sin necesidad de escapar de todo. ¿Qué si estaba bien? Estaba mejor que nunca, completamente sólo en su cabeza y eso si que era una delicia.

Hermano, ¿qué te sucede?, no estás solo, sabes. Ahora casi no se te escucha… pero a pesar de que no entiendo el por qué te alegras con esos

pensamientos tan funestos. Quiero que sepas que siempre estaremos a tu lado, somos tus Guardianes.

Gaerth le miró gratamente sorprendido, no esperaba que el joven se preocupase tanto por su salud mental y anímica.

Con una sonrisa en los labios le contestó:

—¡Ahhh! Hugh, a veces me dan ganas de abrazarte. No te preocupes tanto, hermano, que desfiguras tu rostro por la preocupación y luego tendrás a decenas de mujeres suspirando angustiadas por ti.

—No cambies de tema. Te sucede algo y quiero que me lo cuentes —siguió insistiendo Hugh, preocupándose por momentos al ver su extraña actitud.

Gaerth se rió exultante, orgulloso de la determinación que mostraba el joven en esos momentos.

—Aprendes rápido, muchacho.

Hugh se movió unos pasos acercándose hacia donde estaba él, y sin dejar de mantener el contacto visual insistió nuevamente, elevando el tono de voz:

—Dime que te sucede, no es normal cómo te estás comportando.

—Y yo que pensaba que estaba loco de por sí, y ahora resulta que es por momentos—dijo la joven con sarcasmo, iniciando así una discusión con el Guardián que no iba a permitir que se insultase de esa manera a Gaerth y menos delante de él.

Gaerth, mientras tanto, les observaba a ambos.

Ni siquiera las palabras hirientes y malintencionadas de la joven le iban a estropear el buen humor del que gozaba en esos instantes. Aquella paz dentro de su mente, era una agradable sorpresa que esperaba que durase, hacía años que no tenía esa privacidad de pensamientos, esa sensación de auténtica soledad dentro de su mente. Y era algo digno de disfrutar.

Pasados unos minutos y al ver que esos dos no se iban a callar si no se les daba un pequeño empujoncito, les interrumpió alzando la voz:

—¡Silencio!—cuando consiguió que se callasen, continuó—. Contestando a tú pregunta Hugh, estoy tranquilo al no escuchar nada —al ver la expresión extrañada de su hermano, se señaló la cabeza con un dedo y continuó—. Aquí,… en mi cabeza estoy solo, me escucho sin problemas. Ningún murmullo ajeno hace mella en mis pensamientos.

Una pena que no existiese nada que consiguiese guardar para la posteridad la cara que puso en esos momentos su hermano, pues era digna de un buen retrato a todo color.

El joven cuando consiguió asimilar lo que había escuchado cerró la boca y enarcó las cejas, preguntándole muerto por la curiosidad:

—¿Pero cómo es posible? Eso es…

—Una de las sorpresas que aparecen cuando no se ha leído el pergamino nuevo, y para suerte tuya, el principal motivo por el que no te retuerza tu cuello inglés.

Después de soltar unas exclamaciones de alegría, Hugh se le acercó sonriente, palmeándole la espalda con efusividad.

—Alegra esa cara, Gaerth. Hoy es un día para celebrar.

Éste lo fulminó con la mirada, haciéndole retroceder un paso y le contestó con voz sarcástica:

—Sí, para celebrar que hoy el Consejo conocerá a nuestra…— desvió la vista y la fijó en la joven que lo miraba a su vez con una sonrisa forzada en sus labios. Era evidente que le estaba desafiando, como si le dijera con sus gestos que se atreviese a calificarle de "invitada" o algo parecido en todo el asunto cuando ella había calificado la invocación como un secuestro en contra de su voluntad— …ummm…—dudó unos segundos y al final dijo—. Le presentaremos a nuestra visitante especial.

Se arrepintió al momento en que recapituló a favor de ella. La mujer le pertenecía, iba a convertirse en el instrumento para llevar a cabo su ansiada venganza. Sólo debería importarle el sacar el mayor provecho del poder que veía bullir en el interior de ella, y no perder el tiempo en contemplaciones hacia su persona, en permitirle que se saliese con la suya.

Pero, ¡qué demonios!, cuando la joven le sonrió con aire de triunfo al pensar que había ganado esa primera batalla verbal, sintió que la garganta se le secaba y el corazón le bombeaba desbocado, como un caballo salvaje a la carrera.

Sí que era hermosa, con esa mirada pícara y muy segura de sí misma, daba ganas de echársela al hombro y conducirla a su cuarto para jugar un rato con ella. Un buen rato, en el que el mundo podía irse al Infierno mientras ella estuviese en sus brazos.

¡Maldita fuera!

Era anormal la intensa atracción que sentía hacia ella, el deseo que le abrasaba por dentro debía ser otra consecuencia no deseada de la invocación, pues nunca antes se había descontrolado tanto por culpa de una mujer. Nunca había estado así de distraído, con la pasión rugiéndole en los oídos y a un paso de jadear como un muchacho inexperto cada vez que la veía moverse y revelar más carne de la que debiera.

Esa mujer era peligrosa, muy peligrosa.

Antes de que pensara más en su mala suerte, hicieron acto de presencia los otros tres Guardianes.

¡Y de qué manera!

Duncan se había levantado tarde, después del ritual disfrutó largo y tendido de su mujer, hasta que el amanecer despuntó en el horizonte, sólo entonces con los primeros rayos del sol se permitió dormir, completamente agotado.

Le había costado mucho levantar a Meagan y cuando por fin lo consiguió, la convenció para ir a visitar a Hugh. Quería hablar con él de unos pequeños detalles de la invocación, pero cuando se encontró con Magnus escuchando detrás de la puerta de entrada del inglés se dio cuenta que no era el único que deseaba hablar con Hugh.

Cuando quiso preguntarle por qué estaba espiando de esa manera a su amigo, éste le hizo unas señas con las manos para que se callara.

Movido por la curiosidad se acercó también a la puerta de madera y pegó el oído en ella. Se escucharon gritos enfurecidos, palabras malsonantes, luego expresiones de alegría y sarcasmo. ¿Qué estaba pasando ahí dentro?

Pasados unos minutos la curiosidad salpicó a los tres que se revolvían incómodos en el lugar cada vez que pasaba alguien cerca de la cabaña y los miraba con sorpresa al verles escuchar detrás de la puerta. A esas horas, la mitad del clan pensaría que estaban locos al espiarse entre ellos.

Avergonzados del espectáculo que estaban montando entraron en la cabaña sin llamar.

Lo que vieron los dejó con la boca abierta.

La Vanior estaba sentada en el suelo, Hugh paseaba nervioso por su cabaña y Gaerth, bueno…. su jefe era tema aparte.

Duncan fue el primero en reponerse de la impresión y preguntó sin rodeos a Gaerth:

—Señor—dudó unos segundos. No encontraba las palabras para expresar lo que estaba viendo, el cambio tan evidente que sufrió el futuro Laird del clan—. ¿Qué le ha pasado a sus ojos?

Tras reírse unos segundos, éste le respondió:

—Eso mismo os debería preguntar yo, Guardián. Según parece no todo estaba previsto en el ritual.

—Pe...pero es imposible, revisamos todos los párrafos de los cuatro pergaminos y…

Gaerth le interrumpió con un movimiento de su mano derecha y después de mirar los rostros sorprendidos de sus amigos, les preguntó:

—¿También los del quinto pergamino?—al ver que tenía la completa atención de los tres recién llegados, continuó—. ¿Lo revisasteis a fondo?

Los tres Guardianes a la vez fulminaron con la mirada a Hugh,

parecía que estaban a punto de saltarle al cuello por haber roto el pacto que hicieron.

Hugh en cambio, cuando sintió las duras miradas de sus amigos se encogió de hombros, al fin y al cabo Gaerth se habría enterado pasado un tiempo, no sabía cómo pero al final siempre se enteraba de todo lo que acontecía en el clan.

—Él me obligó a contárselo. Ya sabéis como se pone cuando le interesa algo.

—No digas estupideces, Hugh—repuso enfurecido Duncan a un paso de agarrarle del cuello y sacudirle. Los tres habían pactado que guardarían silencio en torno al quinto pergamino. Aquel extraño documento lo habían encontrado con los pergaminos mágicos que custodiaban. Habían conseguido descifrar más de la mitad del texto, pero era evidente ante los cambios físicos de Gaerth que había partes que por desgracia eran importantes. Aunque poco importaba. El daño ya estaba hecho.

—Se iba a enterar de todo, tarde o temprano, Duncan.

—En eso te equivocas, él no sabría nada si tú…

—¡Basta!—les interrumpió, alzando la voz—. Ahora ya no importa cómo me enteré, o porqué deseabais ocultármelo. Lo único que me importa en estos momentos es llevar a cabo nuestros planes, que los MacKenzies paguen por cada muerte, que sufran en sus carnes el dolor de nuestra gente y su desesperación.

Todos callaron al escuchar sus palabras.

Los Guardianes bajaron las cabezas, sintiéndose internamente avergonzados, no se atrevían a mirarle a la cara. La palabra de un highlander era su honor y una de las normas que movían a su gente era la completa lealtad hacia su Laird, en este caso hacia Gaerth, quien, y estaban seguros de ello, no dudaría ni un segundo en entregar su vida por ellos.

Al haberle ocultado una parte importante de la invocación habían cometido traición hacia su señor, y podían haber alterado de tal manera la invocación que tuvieron suerte de que nada hubiera salido mal. Se sentían avergonzados por haberse mantenido en silencio, ocultando la presencia del quinto pergamino, pero habían sopesado los riesgos y por suerte acertaron con sus predicciones.

Gaerth se había enlazado con éxito a través de su sangre a la guerrera Vanior, y mientras ésta estuviese atada a su sangre, tendría que obedecerle.

Los tres estaban sumergidos en sus pensamientos hasta que la clara voz del futuro Laird retumbó en sus mentes.

Escuchadme atentamente, esto es lo que vamos a hacer…

Bridgit los miró con curiosidad.

Parecía que estaba presenciando una película antigua, sólo le faltaban las palomitas saladas y un buen sofá en el que tumbarse. Ante ella los cinco se miraban entre ellos, sin decir palabra, aquello le confirmó lo que sospechaba, que todos y cada uno de ellos poseía un atisbo de magia que les permitía comunicarse mentalmente.

Era alucinante que aquellos mortales hubiesen dominado de esa manera su poder sin un Maestro que les mostrase el camino de la magia, porque el que seas poseedor de un núcleo mágico no era más que una pequeña chispa que debías avivar con conocimiento, experiencia y mucho entrenamiento, hasta que la chispa se convirtiera en un fuego controlado que podrías manipular a tu antojo.

Al menos ahora no gritaban enloquecidos los unos a los otros, se miraban en silencio y…

En ese momento, la miraron a la vez.

Bridgit sintió un escalofrío. Algo iba mal.

¿Por qué la miraban de aquella manera? Las sonrisas que mostraban eran tan…falsas.

¿Qué planeaban hacer con ella esos cinco?

CAPÍTULO 6

¿Por qué se lo había preguntado?

Era como si al cuestionártelo, atrajeses a la mala suerte.

¿Qué por qué pensaba así? Muy simple, la llevaban colgada al hombro como un saco de patatas a la vista de los campesinos que salían de sus cabañas atraídos por sus gritos.

—Suéltame, energúmeno. ¡Imbécil!—gritó una vez más Bridgit, golpeando la espalda del hombre con las palmas de sus manos.

Gaerth curvó los labios sonriendo al escucharla. Caminaba con seguridad sin importarle el espectáculo que estaban dando y que habían atraído a decenas de hombres y mujeres que dejaron sus quehaceres para acercarse a ver qué sucedía.

—Salvaje, déjame en el suelo.

Gaerth rió con fuerza palmeándole con suavidad las nalgas.

—Pronto mujer, en cuanto lleguemos al castillo.

Bridgit dio un grito ahogado y rechinó los dientes reprimiendo las ganas de morderle el hombro. Miró a los acompañantes que rodeaban al hombre y que no hacían nada por detener aquella humillación pública a la que estaba siendo sometida.

Esos cuatro intentaban mantener una apariencia de seriedad pero el brillo de sus ojos y el temblor en sus labios revelaban que hacían un esfuerzo sobrehumano para aguantarse las ganas de echarse a reír.

Se vengaría de todos ellos, les haría pagar con creces el bochorno que estaba sintiendo. Nunca en su vida pasó tanta vergüenza, ni cuando quedó sin la parte de arriba del biquini al ser engullida por una ola y tuvo que recorrer media playa hasta su toalla con los pechos al aire.

Mira que había leído en alguna novela escenas parecidas a la que estaba viviendo, en ese momento con el libro en su regazo y una buena tarrina de helado de chocolate de medio litro cerca, le había parecido muy romántico el que el hombre llevase a la mujer sobre sus fuertes y poderosos hombros hasta depositarla en la suavidad de una gran cama de matrimonio. Pero…

Miró a su alrededor, donde se encontró con los rostros sorprendidos de los campesinos, las muecas de burla de los hombres y la mujer que rodeaban al salvaje, la incomodidad de la postura, el roce de la rugosa tela que la cubría en su piel.

La realidad daba asco.

No había nada de romántico, el ser transportada como si fuese una

mochila de viaje. Los pechos le dolían al estar aplastados contra los duros hombros del salvaje, los cabellos del hombre le rozaban la cara haciéndola estornudar y las manos le escocían después de golpear varias veces su espalda para ver si conseguía que la soltase.

Un último intento. Pensó con renovadas energías.

Se revolvió con fuerza consiguiendo quedar medio sentada sobre los hombros del hombre.

Gaerth se sorprendió cuando la joven se levantó apoyando las palmas en su espalda y haciendo palanca consiguió quedar sentada sobre sus hombros, entonces la soltó para no dañarla.

Bridgit gritó al ver que se caía hacia atrás, el hombre la había soltado y ya no tenía apoyo donde sujetarse.

Cuando ya se veía estampada contra el suelo consiguió agarrarse y recuperar el equilibrio.

—Por poco—murmuró Bridgit exhalando un suspiro de alivio.

—Demonios mujer, has debido arrancarme un mechón de pelo.

Sobresaltada dirigió su atención a dónde se había agarrado, sonriendo con sarcasmo al ver que el largo cabello del salvaje era el que la había librado de una buena caída.

—No te quejes tanto machoman, ¿acaso quieres que me suceda algo malo?

Gaerth rechinó los dientes, rumiando para sus adentros lo que le deseaba contestar a esa descarada.

Una azotaina es lo que mereces, pequeña.

—Wuaaaa. ¡Qué pedazo de castillo!

Gaerth fijó su mirada al frente, sonriendo con orgullo al divisar en lo alto de la colina el castillo McLeod Oscuro. Intentó imaginar cómo sería para un forastero la primera impresión al ver a lo lejos su hogar, recortando el horizonte. Tenía que reconocer que imponía respeto con sus altas torres y sus oscuras fosas que protegían a los que moraban entre aquellas paredes.

Debía ser el único castillo en todas las highlands que sus piedras eran del color de la noche.

Según las leyendas el fundador del clan había tardado nada más y nada menos que diez años en llevar a cabo su sueño. El castillo tenía que ser tal y como lo había soñado, una espléndida y magnífica construcción de piedra brillante y oscura como el emblema del clan.

Y tras muchos años de esfuerzo, y a pesar de que muchos de sus vecinos le tildaron de loco, Roderick McLeod alcanzó todas y cada una de sus metas, comenzando así la leyenda de los McLeods Oscuros, amantes de las fuerzas ocultas de la naturaleza y dueños de unos corazones fuertes y audaces.

La visión de unos pechos turgentes protegidos por una extraña tela de un color oscuro, devolvió a la realidad a Gaerth que quedó mudo

de asombro sin despegar la mirada de aquellos apetitosos senos.

—¿Ahí es donde vives?

No obtuvo respuesta.

El salvaje que la sujetaba por las piernas para que no se escurriese, permanecía silencioso mirando a un punto fijo, irritada con ese hombre le golpeó con suavidad en la cabeza al tiempo en que le gritó:

—¿Estás sordo o te lo haces? Contéstame, ¿ahí es donde vives?—intrigada bajó más la cabeza quedando medio retorcida—.¡Qué miras! —con una enigmática sonrisa el hombre, le respondió:

—A ti, preciosa.

Bridgit perdió el habla.

No se esperaba esas palabras. Y menos…, como las dijo. El tono de voz que utilizó destilaba dulzura, totalmente diferente a como la había tratado hasta ese momento, con una dureza y fiereza propia de los salvajes.

Con curiosidad miró hacia donde posaba los ojos el hombre, encontrándose con la vista de sus pechos que sobresalían por la capa que llevaba sobre los hombros y que en lugar de cubrirla lo único que conseguía era que pareciese más sensual.

Abochornada desvió la vista y se irguió.

Se sentía confusa, cuando le había dicho que la miraba sólo a ella casi había gritado de alegría ya que hacía tiempo que no se sentía deseada. En su época, los hombres no se paraban a mirarla dos veces y con el paso de los años se fue haciendo a la idea de que viviría sola, sin nadie con el que compartir su vida. Y de golpe, ese pedazo de hombre la miraba con un brillo de anhelo en los ojos que le hizo temblar de pies a cabeza.

Era inaudito.

Debía mantener la calma, no precipitarse ni aunque se le pusiese a tiro. No podía permitirse enamorarse, ni siquiera podía entablar una relación puramente sexual con ese hombre, ni con ningún otro de aquella época.

Ella no pertenecía a aquel lugar, poco importaba que fuese el tipo de mujer que les gustaba a esos bárbaros, su destino estaba en el siglo veintiuno, no en el siglo…

¿En qué año estamos? Pensó, maldiciéndose por dentro al no haber caído en ese pequeño pero fundamental detalle. *Estoy perdida y ni siquiera sé en qué siglo. Esto es asombroso.*

Pero su presencia en aquella época no era pura casualidad, ella no creía en las casualidades, en su mundo nada era fruto de la suerte, si no del destino, su vida estaba escrita desde mucho antes de que naciese. Por desgracia así era, y nada ni nadie podían cambiarlo.

Estaba allí por algún motivo y se encargaría de averiguar el por qué.

Era imposible que esos humanos, aunque fueran mestizos fuesen capaces de crear una brecha entre los tiempos. El poder que percibía en ellos, era muy tenue, apenas la magia de unos niños Vaniors.

Debía averiguar cómo habían podido romper las barreras del espacio y el tiempo, descubriría sus secretos, y en cuanto los tuviese, los utilizaría para encontrar el camino de vuelta a casa.

Carraspeando cambió de tema de conversación preguntándole al causante de su turbación:

—¿No crees que va siendo hora de que me dejes caminar por mi cuenta?—sin esperar que le contestase, continuó—. ¡Deposítame en el suelo!

—Me voy a arrepentir—murmuró Gaerth para sí mismo agarrando a la joven por la cintura y depositándola a continuación en el suelo delante suyo, no sin antes detener el descenso cuando los pechos de ella quedaron a un palmo de su vista. Sonriendo al ver el rubor que cubría las mejillas de la joven, le susurró al oído—. Bonita vista, fierecilla.

—¡Serás bastardo!—gruñó en alto abochornada, cubriéndose con las manos el pecho.

El camisón que llevaba puesto le hacía sentir desnuda, ojala pudiese vestirse con uno de esos pantalones que había visto en el cuarto de Hugh, pero cuando le había pedido uno de ellos el joven había puesto el grito en el cielo ya que era necesario cortar los bajos para que no los arrastrase y él no estaba dispuesto a estropear de aquella manera su vestuario.

Apretando contra su cuerpo la capa de piel, masculló entre dientes, fulminando con la mirada al hombre que estaba delante de ella:

—Canalla, no eres quien para echarme en cara el modo en que visto.

—Muchacha, más bien el modo en que no vistes ese cuerpo tuyo. La visión de tanta piel sin cubrir puede provocar disputas entre los hombres—respondió con autoridad dejando ver el malestar que sentía ante la visión del cuerpo semidesnudo de ella.

Esas curvas, la suavidad de su piel, el fuego que se percibía en sus ojos, la plenitud de sus pechos, su fina cintura, la redondez de su cadera, todo en ella, lo tentaban.

Y él había caído en la magnética llamada de esa bruja deslenguada y de largos cabellos color del fuego.

Al mirarla se sentía arder. Le quemaba la piel incomodándole el plaid y el kilt que llevaba puesto. Lamentablemente estaba seguro que sólo el dulce néctar de la joven podría saciar su sed y borrar la pasión que ardía en su alma.

Pero, por desgracia no era el momento ni el lugar para dejarse llevar por instintos primarios, debía concentrarse, contener a la fiera

salvaje que llevaba dentro y que le exigía que la liberase.

Miró al castillo.

Llegó la hora de la verdad. El Consejo nos espera.

Pasó un brazo por los hombros de la mujer.

Sonrió al sentir como se sobresaltó.

Así que también se altera con mi presencia, me alegra comprobar que no soy el único.

Y que lo digas hermano, hasta un ciego vería las chispas que saltan cada vez que os enfrentáis. Es bastante gracioso.

Hugh Forrester, te ordeno que no vuelvas a entrar en mi mente sin mi permiso. Unos segundos después, preguntó llevado por la curiosidad. *¿Qué quieres decir con eso de las chispas, inglés?*

Las carcajadas del joven se escucharon fuertes y claras en su mente.

Gaerth cabeceó varias veces, moviendo la cabeza hacia los lados.

Tardaría un tiempo en acostumbrarse a esa soledad, a ese silencio, era extraño, siempre se había quejado de que las voces de los que le rodeaban le volvían loco, que quería poder escucharse, estar solo en su mente y ahora, cuando lo había conseguido, las echaba de menos hasta cierto punto.

Al menos cuando le invadían todos esos pensamientos no se podía escuchar, no se concentraba en sus propios sentimientos, como si viviese ajeno al mundo sin que le importase nada de lo que sucediese a su alrededor. Pero ahora, ya no había excusa para no pensar en sus problemas, para sentir aquello que no quería sentir.

Exasperado por no obtener la respuesta que esperaba, le exigió a su hermano elevando la voz en su mente.

¡Contéstame Hugh!

Pero lo que le contestó su hermano no fue lo que había esperado, sus extrañas palabras lo dejaron más confuso e irritado.

Sois iguales, sonáis igual. Es como si fuese tu versión, pero en mujer. Va a ser muy divertido ver como vais a luchar por ocultar vuestro corazón del otro.

¿Qué has bebido que te ha sentado mal? No tengo ningún interés, salvo lo que concierne a la próxima batalla contra los MacKenzies. Puntualizó.

Si te lo repites unas cuantas veces más, igual hasta llegas a creértelo. Bromeó Hugh.

Dejémonos de bromas estúpidas, inglés. Repuso Gaerth. *Centrémonos en lo que nos espera.*

Lo que tú digas hermano, lo que tú digas.

Cortando la comunicación con Hugh, avanzó hacia las puertas del castillo arrastrándola consigo.

Saludó con la mano libre a los vigías que los miraban con curiosidad desde las torres, estos sonrieron con picardía haciendo gestos obscenos con las manos y las caderas. Aquellos hombres eran

de confianza, se entrenaban a diario con él y por suerte hicieron como si no hubiesen visto el evidente cambio físico que sufrió y que estaba seguro que era el chisme de la semana del clan, que todos a aquellas horas conocían su nuevo color de ojos.

—Buena moza has encontrado, señor—vociferó uno de ellos mientras miraba ávidamente a la Vanior, mientras se relamía los resecos labios con lascivia.

Poco a poco los demás miembros de la guardia se unieron a la conversación.

—Ya iba siendo hora que trajeses una moza que te calentase el lecho hasta que no consigas esposa—bromeó otro de los guardias dejando de lado su espada, y apoyándose en la muralla de piedra desde donde miraba el horizonte en busca de enemigos.

En ese momento resonaron en el aire unas fuertes carcajadas provenientes de una de las alacenas que daban al norte.

—Buen consejo Reinneir, aunque para cuando se case no hace falta que deje a esa moza, si le complace como a él le gusta—gritó otro de los guardias al dejar de reír con fuerza. Contemplando a la mujer que mantenía a su lado el futuro Laird, y remató después de silbar con admiración al percibir sus curvas y su llameante cabello—. Buen cuerpo, sí señor.

Bridgit escuchó los gritos de los hombres con los ojos desorbitados y el corazón latiendo con furia en su pecho. Comenzó a temblar de indignación, pero es que ¿acaso tenía pinta de prostituta?

Si no fuese por el leve apretón en el hombro que la atrajo más hacia él, y la suavidad de sus caricias con sus dedos, habría saltado enfurecida, gritándoles a esos desgraciados todo lo que pensaba de ellos, de sus familias y hasta de sus antepasados. Pero la presencia del salvaje, por mucho que le resultara irónica y hasta hilarante, la tranquilizó.

En silencio avanzó, manteniendo el apresurado paso de su peculiar secuestrador, observando con curiosidad todo lo que la rodeaba, desde los pesados y espectaculares tapices que decoraban las paredes hasta los escudos de armas y las espadas que relucían con la luz de las llamas de las antorchas.

Aquello no se correspondía en nada con la idea que tenía de un castillo, en los libros de historia y en las novelas los describían de una manera que no se acercaba para nada a la realidad.

No había grandes ventanales y el aire que se respiraba era pesado y viciado. Las antorchas que pendían de las paredes eran las únicas encargadas de iluminar el vasto interior de aquel lugar. Hacía frío y estaba húmedo. No era para nada acogedor.

Durante un breve espacio de tiempo, permitió volar su imaginación, al mirar los oscuros pasillos del castillo y al escuchar los murmullos y

los ecos de las personas que allí moraban.

¿Cuántas batallas habrían ocurrido en aquel lugar? Todo el castillo vibraba de nostalgia, de melancolía como si se quejase silenciosamente de que hubo unos tiempos mejores en la que la propiedad brillaba en todo su esplendor.

Sumergida como estaba en sus pensamientos no se dio cuenta del momento exacto en el que se detuvieron.

Fue cuando escuchó la voz de un anciano.

—Joven Gaerth, ¿qué es lo que os trae ante nosotros?

Bridgit miró hacia donde provenía la rasposa voz, encontrándose con la suspicaz mirada de un enjuto anciano.

A pocos metros de donde se habían detenido se encontraban unos once ancianos que permanecían silenciosos y con sus miradas clavadas sobre ellos.

Sentados como estaban detrás de una mesa enorme de madera, imponían. Un poco. Bueno…un poco mucho, pero no iba a mostrar la perturbación que sentía en esos momentos al ser objeto de sus miradas.

Aunque debía admitir que la puesta en escena estaba muy bien currada, esos once parecían un tribunal y el anciano que habló seguramente sería el juez.

En el interior del gran salón, todos permanecían callados a la espera de que el heredero respondiera a Angus. Escudriñaban con curiosidad a la joven que se revolvía incómoda al ser el centro de atención.

Los miembros del Consejo se temían lo peor, el rostro decidido de Gaerth era prueba más que suficiente para sospechar que algo había sucedido, y aún así se sorprendieron cuando escucharon lo que les expuso el futuro Laird.

Minutos más tarde Bridgit estaba asistiendo a una batalla encarnizada, en la que los oponentes se gritaban a la cara todo lo que opinaban del contrario. Quienquiera que se atreviese a interrumpir a los dos combatientes lo iba a tener claro.

¿Por qué me suceden estas cosas? Pensó intentando alejarse un paso más del salvaje que en esos momentos vociferaba improperios contra uno de los ancianos que no dejaba de aporrear la mesa con un deteriorado bastón.

Primero perdía el trabajo, la llama su única amiga y familia murmurándole lo que parecían en principio incoherencias fruto de varios martinis bien cargados, y cuando pensaba que iba a tener una noche muy larga en la que pretendía descansar para enfrentarse al día siguiente a un posible vampiro que seguía de cerca de Sylvia, se

encontraba en medio de unas tierras salvajes a manos de un hombre que parecía salido de una revista porno para mujeres, que no dejaba de llamarla mujer, sobre todo cuando se enfadaba con ella.

En este siglo todo el mundo está loco, ese viejo de ahí se debe creer que es el batería de una banda de rock.

Suspirando con cansancio cambió de postura cruzándose de brazos.

A su lado Gaerth la miró de reojo, con el ceño fruncido, como si estuviese a un paso de regañarla por portarse mal.

Reprimiendo las ganas de enseñarle la lengua para burlarse de él, miró hacia otro lado. Observó con atención el lugar en el que se encontraba, descubriendo en ese momento que no estaban solos, además de los amigos de su secuestrador y los ancianos beligerantes, debía de haber al menos una veintena de personas que miraban hacia donde estaban ellos con un brillo extraño en los ojos.

Dudó unos segundos.

Acaso. ¿La miraban a ella?

Comprobó hacia donde dirigían sus miradas los presentes.

No había duda, la miraban a ella con cara de terror.

Bravo, que buen comienzo. Toda esta tropa me teme, no sé si debo alegrarme o preocuparme. Tantos enemigos en mi contra... Involuntariamente tembló.

Apretando más contra ella la rugosa capa de piel, buscando un consuelo que estaba segura que no iba a encontrar.

No tenía ni idea del motivo que le llevó a Gaerth invocarla a su época, o qué esperaba de ella. Y ahora estaba perdida, en un siglo que no era el suyo, rodeada de salvajes que jugaban con poderes que se les iban grandes, a un paso de volverse loca por lo que estaba sintiendo, deseo, miedo, pasión, esperanza, temor, su magia pulsando dentro de ella exigiéndole que la liberase de nuevo y…curiosidad, porque ante todo quería saber el motivo que le había llevado a su secuestrador a invocarla.

Éste la sacó de sus pensamientos al acercarla más a él, dejándola semirecostada contra su pecho, con la cabeza a la altura del corazón.

Bridgit ahogó una exclamación de sorpresa, no podía explicarlo, pero se sentía relajada, segura. Era un poco irónico que la persona que le transmitía esa seguridad fuese la misma que la había atrapado en aquel mundo.

Pero poco duró la tranquilidad.

Esta vez fue el propio salvaje quien estropeó el momento al decir en alto:

—Esta mujer es nuestra mejor baza en esta batalla. La utilizaremos para vencer.

Bridgit se revolvió, pero no pudo liberarse de su abrazo posesivo.

Debía de haber escuchado mal.

¿Acaso se suponía que la habían secuestrado para utilizarla como arma en una batalla de la que nada sabía?

Ella pensaba que la habían llamado como maestra, para que les mostrase la manera de sacar el mayor potencial mágico, nunca se esperó que se atreviesen a invocarla con el propósito de obligarla a luchar en una guerra que no era la suya.

Sonrió a su pesar. Eran unos inútiles esos humanos. Que poco informados estaban, las reglas de su raza eran muy estrictas, los Vaniors no se involucrarían nunca en asuntos de otras razas.

Ella no podría ayudarles aunque quisiese. El que atacase a otros humanos sería como cometer un delito muy grave entre los suyos, en el que la pena podría llegar desde el exilio hasta la muerte. Y siendo sincera al exilio no temía, puesto que su hogar había desaparecido hacía décadas, pero a la muerte, sí.

No podía arriesgarse, porque podían localizarla y acabar con ella, los Vaniors se contaban en miles y regían sus vidas con normas muy estrictas que se debían seguir, o serían cazados y eliminados, sin importar el país o…Bridgit miró a su alrededor.

Sin importar el año en que te encontrabas, si habías cometido un delito castigado con pena de muerte, irían a por a ti y acabarían con tu existencia. Era un recuerdo de su pasado que había quedado olvidado en un rincón oscuro de su mente, pero cuando era niña había escuchado que existía una unidad que se dedicaba a dar caza a los Vaniors que rompían las normas de los clanes, repartiendo justicia sin importar sobre quien recaía.

Pobre chico, que disgusto se iba a llevar cuando se enterase que por nada del mundo le iba a ayudar a ganar una guerra que no era la suya.

Intentó por todos los medios aguantarse la risa nerviosa que le producía el no saber qué le iba a deparar el futuro, la tensión sexual que percibía cada vez que le miraba a los ojos, cada vez que la tocaba o llegaba a escuchar el timbre grave de su voz.

No pudo aguantar mucho tiempo.

Al final…

—Ja, ja, ja, ja—rompió a reír atrayendo la atención de los presentes, que guardaron silencio al escucharla carcajearse con fuerza, y sin un motivo aparente.

El viejo del bastón fue el que consiguió acallarla, al gritar mostrando un rostro enrojecido por la furia:

—Nos has condenado Gaerth al invocar a una poseída. Y se supone que esa…—la señaló con el bastón—...mujer va a vengarnos.

Bridgit rompió a reír de nuevo, doblándose en dos por las fuertes carcajadas que sacudían su cuerpo, dejándolos a todos estupefactos.

Gaerth la dejó ir de su lado, estaba confuso y enfurecido por su alocada actuación. No comprendía por qué demonios se estaba

portando como una trastornada, riéndose de esa manera, aferrándose a la capa de Hugh.

Fue cuestión de minutos en que la aparente calma que había, se rompiera en miles de pedazos, en cuanto los presentes, desde Duncan hasta Angus comenzaron a hablar al mismo tiempo.

Bridgit mientras tanto no dejaba de reír, los nervios habían podido con ella, y el saber que la habían sacado de su época para acabar con un clan enemigo, le resultaba irónico y a la vez hilarante.

Irónico porque ella presenció como un clan enemigo destruyó por completo a su familia, a sus amigos, a sus maestros y por nada del mundo iba a arrebatarle la vida a un humano. E hilarante porque ya se imaginaba la cara que iba a poner su secuestrador cuando se enterase que no tenía intención de mover un dedo por ellos.

No tenía ni idea de qué iba a ser de ella. Pero…

No iba a estar tan mal después de todo su estancia en ese lugar.

Sobre todo si eso le permitía ver la cara de sorpresa del mandón de Gaerth.

CAPÍTULO 7

Se le acercaron antes de que llegase siquiera a desmontar del caballo, quedando a un palmo de él para no alterar a su montura. Malcom McLeod no se esperaba ese recibimiento, estaba cansado y sudoroso. En tres palabras, le dolía todo. El viaje hasta el viejo molino, situado al otro lado de la isla le había llevado más tiempo de lo que en un principio esperó.

Sólo deseaba dejar su caballo en las caballerizas e ir a su despacho para disfrutar de la soledad que le confería esas cuatro paredes.

El sonido de griterío llegaba hasta el patio. Algo malo sucedía en el interior del castillo.

Desmontó del caballo de un salto y se acercó hasta su viejo amigo Angus que le esperaba inquieto moviéndose de un lado para otro a unos pocos pasos de donde estaba él.

Esperaba que esa semana no hubiese más incidentes en el clan pero se había hecho ilusiones en vano. ¿Es qué acaso los McLeods Oscuros estaban destinados a guerrear entre ellos?

—Respira, amigo mío—le aconsejó Malcom—. Cuéntame lo que ha sucedido.

Entre jadeos Angus balbuceó palabras incoherentes:

—Tú…tú hijo… ha… bruj…bruja….

—¿Mí qué?—exclamó confuso sin saber muy bien de lo que hablaba —. No comprendo que quieres decir, Angus.

El anciano golpeó con fuerza el suelo con su bastón manifestando su furia. Con voz más calmada, contestó:

—Tu hijo ha convocado a una bruja.

Gaerth,… ¿Pero qué has hecho? Pensó, tomando rumbo al interior del castillo.

Se le hicieron eternos los metros que separaban el patio del salón de reuniones. Los recorrió como si su vida dependiese de ello. Abrió las puertas del salón de un manotazo y paseó la mirada por el lugar, buscando a su hijo.

Cuando lo encontró cerca de la mesa donde se sentaban los Seanachaidh suspiró de alivio. No había rastro de brujas. El viejo Angus debía de haber exagerado.

Cuando se iba a adelantar para acercarse hasta su hijo, se quedó quieto en el sitio al verle gritar.

No era el único sorprendido al ver a su hijo tan nervioso, muchos eran los que miraban la escena con una sonrisa bailando en los labios

y disfrutando del espectáculo.

Ser McLeod Oscuro era sinónimo de continuas sorpresas e imprevistos, al parecer.

—Tú no me mandas, estúpido.

Miró con curiosidad a la mujer que en esos momentos le gritaba a pleno pulmón a un enrojecido y alterado Gaerth. Esa joven tenía la altura de un muchacho y si no fuese por la extraña vestimenta que llevaba puesta bien podría hacerse pasar por un joven escudero.

Cambió de parecer cuando la vio mover los brazos gesticulando para darle énfasis a sus protestas, las curvas que se vio con claridad por unos instantes dejaban muy claro que era toda una mujer.

¡Y qué mujer!

Hacía frente a su hijo sin amedrentarse, sin dar un paso atrás a pesar de los gritos y los gestos que hacía éste.

—Silencio, mujer—la cortó Gaerth alzando una mano para acallarla—. Eres mía—afirmó con rotundidad sin atisbo de duda en su voz o en sus gestos—. Harás lo que te ordene.

Mal hecho hijo. Pensó Malcom, cruzándose de brazos a la espera de la respuesta de ella.

Su instinto, que pocas veces le fallaba, en aquellos instantes le decía que aquella mujer podía llegar a ser peligrosa. Hasta un ciego vería que esa muchacha estaba acostumbrada a mandar, a vivir como a ella le gustaba sin tener que obedecer ciegamente las órdenes de nadie.

La acalorada discusión de esos dos parecía no tener fin, así que lo mejor era dar por finalizada aquella reunión.

Con esa idea en mente, se interpuso entre los dos y les gritó con voz autoritaria:

—¡Silencio! No sacareis nada en claro discutiendo de esta manera.

Gaerth apretó la mandíbula con fuerza haciendo rechinar los dientes. Se calló a regañadientes desviando la mirada de la mujer que tanto le alteraba para posarla en el risueño de su hermano.

¿De qué te ríes? Le preguntó enfadado, volcando su furia sobre él.

De ti. Le contestó Hugh simplemente, sorprendiendo a Gaerth al reconocer sus propias palabras en esa sencilla frase.

El roce de una mano fuerte posada en su brazo le devolvió a la realidad.

Cerró su mente a Hugh y se concentró en su progenitor. Se sorprendió al ver la chispa de alegría brillar en los ojos de éste. Sin duda alguna ese hombre debió de haber presenciado la humillante discusión que mantuvo con la joven Vanior.

Tenía que hacer algo para recuperar el control de su vida si no quería seguir haciendo el ridículo.

A su lado la oyó suspirar, y la miró de reojo. Estaba con los labios apretados y mirando fijamente a su padre. Al parecer no era el único

en que se sorprendió al ser acallado de esa manera.

Una vez conseguido el deseado silencio, Malcom se alejó de su hijo acercándose hasta la mesa de los Consejeros.

Se giró y apoyó la cadera en el borde de la mesa, después de barrer a los presentes con la mirada, comenzó a hablar:

—No me esperaba que cometieras un acto tan estúpido, Gaerth, si lo que me han informado es correcto.

Éste le sostuvo la mirada con orgullo, sin ceder posición. No se arrepentía de lo que había hecho, y de volver al pasado lo haría mil veces, el clan estaba en peligro y haría lo que fuese necesario para proteger a su gente.

Ante el silencio de su hijo y su postura rígida, Malcom suspiró internamente y continuó su discurso:

—El error fue mío no obligaros a confesar cuando presencié vuestro cambio físico—le miró a los ojos, estos eran rojos, de un color que le recordaba a la sangre recién vertida—. Os habéis atrevido a invocar a una bruja—se cruzó de brazos y observó a los compañeros de su hijo que en ningún momento se alejaron de éste—. A pesar de que os ordenamos que no hicieseis nada seguisteis con esa estúpida idea de utilizar a un ser mágico para vuestro beneficio—haciendo oídos sordos al resoplido poco femenino que soltó la nombrada mujer, continuó—. Debería expulsaros del clan.

Gaerth sonrió con sorna.

—Nos necesitáis, Laird. Somos los Guardianes del pacto.

Malcom cerró los ojos por unos segundos, pasando una mano por sus cabellos. Su hijo tenía razón, aunque quisiesen no podrían echarlos del clan, no había otros guerreros a los que confiar la protección de los sagrados pergaminos.

Eran pocos los que poseían el poder necesario para dominar la magia de los legados mágicos, por ese motivo se cedían de padres a hijos, cerrando un vínculo que la magia iniciaba. Como clan no podían mostrar debilidad, que los otros clanes que conocían la existencia de los escritos mágicos creyesen que podrían luchar por hacerse con ellos.

Como indicó su hijo, tenía las manos atadas. Por mucho que los miembros del clan votasen que querían el exilio para ellos, no podría hacerlo.

Cuando ya creía que lo tenía todo perdido, se le ocurrió una idea. Le vino como un susurro del destino en el mejor momento. Sonrió con antelación al imaginarse la cara que iba a poner el testarudo de su hijo.

Así aprenderá a pensar, antes de actuar.

—Malcom, ¿cuál es tú decisión acerca de este lamentable asunto?—inquirió Angus, respaldado por varios miembros de la mesa.

El Laird sintió las miradas de los presentes sobre su persona. Todos los que se congregaron en aquella sala estaban pendientes de sus palabras.

Dejó pasar unos segundos en silencio, para que los murmullos se acallasen, y entonces dejó caer la «buena» noticia.

—Viendo la situación que habéis provocado me temo que sólo hay una posible solución…—segundos de silencio para crear tensión en el ambiente—. Gaerth tendrás que hacerte cargo de la Vanior—y puntualizó—. La mujer dormirá en vuestra alcoba, no le quitaréis la vista de encima, seréis su sombra…

—Mi señor, esa orden no es un castigo adecuado para…—protestó enérgicamente un miembro del Consejo llamado Ewan levantándose de la silla.

No esperó a que terminase de protestar el anciano, con un gesto le interrumpió dando por finalizado su intervención. Al menos había esperado que le apoyasen pero según parecía nunca iba a estar de acuerdo el Consejo con las decisiones que tomase.

Clavó los ojos en la mirada preocupada de Ewan, contó hasta tres y dijo con evidente tono autoritario:

—Cuando hablo no acepto interrupciones de ningún tipo, además el daño ya está hecho. Nada podemos hacer para remediar que los Guardianes trajesen a una Vanior, sólo podemos esperar que este hecho no se nos vaya de las manos.

—Les concedes demasiadas libertades—vociferó Angus apoyando el bastón en el suelo aliviando de esta manera la rigidez de sus piernas.

No pudo negar tal afirmación, era cierto. De ser otro, estarían fuera del clan, expulsados. Pero había que ser realista, Gaerth era su único hijo, al menos el único que iba a reconocer. A pesar de ser distante, testarudo y muy dado a saltarse las normas del clan, estaba seguro que iba a ser un gran líder.

Era un hombre que se preocupaba por su gente, que veía una injusticia y no dudaba en mancharse las manos para solucionarla, no como otros Lairds que nunca cabalgaban delante de sus hombres en las batallas optando permanecer en un lugar seguro y ver desde lejos como morían sus gentes para proteger aquello que un líder juraba proteger el día en que toma el mando del clan.

Tenía las esperanzas puestas en su hijo, cuando las fuerzas le fallasen o se embarcase en la aventura que era la otra vida, le aliviaba saber que Gaerth estaría ahí para proteger al clan, para perpetuar su apellido, su historia.

La orden que tomó beneficiaría a todos. No tendrían que preocuparse por perder a los Guardianes de los pergaminos, y él no tendría que ver enviar lejos a su heredero.

La presencia de la Vanior entre ellos les causaría muchos problemas

con los otros clanes, que podrían pensar que era un signo de que se estaban preparando para una guerra de poder, pero al mismo tiempo, el tener en sus tierras a un ser mágico, ahuyentaría a los que quisiesen atacarlos. Esa mujer bien podía ser la salvación o la condena de su gente. El tiempo lo diría.

—Amigo mío, no esperaba que aceptases de buena gana mi decisión —*Si llegaba a ocurrir, sería una señal de que se acerca el fin del mundo. El día en que todo el clan esté de acuerdo*….pensó con ironía para sus adentros—.Pero es una orden directa, nadie atacará a la mujer. Será nuestra invitada, Gaerth cuidará de que nada le suceda... —…*y que no se le ocurra desatar el infierno en la tierra por haberla traído a la fuerza a este mundo*—.Desde hoy…—miró directamente a su hijo—. Te harás cargo de la Vanior.

Esperaba que gritara, que llegara a refutarle la orden. Pero nada sucedió. El joven miraba a un punto del salón detrás de la mesa de los seanachaidh. Parecía confuso, como si en su interior estuviese librando una batalla.

Estuvo a punto de sonreír, sus sospechas no estaban mal encaminadas. Su hijo era un hombre testarudo, le costaba dar su brazo a torcer y el orgullo que sentía por su gente y por su herencia recorría sus venas incendiándole.

Pero lo que era cierto, es que cuando el destino se interponía en tu camino, tenías dos opciones, o te dejabas llevar o luchabas contra corriente

Gaerth tendría mucho que batallar contra su mayor enemigo: él mismo.

CAPÍTULO 8

Gaerth permanecía en silencio mirando uno de los tapices que colgaban detrás de la mesa. Nunca se habría esperado que el señor de los McLeods Oscuros fuese tan indulgente con ellos.

Cerró por unos momentos los ojos, y se concentró en sus sentimientos. Se sentía exultante, como si hubiese ganado una feroz batalla, en lugar de recibir un «perdón» a medias de su padre. Bien sabía el viejo que si llegaba a utilizar el poder que ostentaba con su cargo para expulsar o castigar severamente a uno de los Guardianes los demás miembros del Círculo seguirían por su propia voluntad el destino que le impusiesen al condenado, y de ser necesario dejarían atrás las tierras que les vieron nacer.

Pero eso no era lo que más le confundía, si no la extraña sensación que persistía en su pecho. Al escuchar que tendría que hacerse cargo de la mujer algo en su interior se rompió, bullendo con fuerza.

Se vio en la necesidad de pensar en otras cosas para no perder el control sobre el cuerpo al golpearle escenas de la mujer casi desnuda y rogándole que la empalase…Era absurdo que en aquellos instantes, en que se estaba tomando una decisión vital que cambiaría para siempre la historia del clan, él estuviese pensando en saborearla a fondo, emborrachándose con su dulce sabor, en que el fuego que prendió la noche anterior cuando sus ojos se encontraron pervivía en su interior.

Definitivamente, las noches junto a ella iban a ser muy largas. Demasiado. Una perpetúa tortura y un ataque directo contra su férreo control.

No ha salido tan mal como pensábamos, hermano.

Éste esgrimió una sonrisa, que provocó más de un comentario malintencionado entre los presentes, sobre todo entre los miembros del Consejo.

Razón no te falta Hugh, el viejo nos ha sorprendido a todos. Mira qué cara tienen los Consejeros. Se burló, riéndose para sus adentros.

Hugh suspiró, alzando los hombros para dejarlos caer a continuación.

Se irán ablandando con los años. Comentó con ironía, consiguiendo que los Guardianes que escuchaban la conversación mental que estaban llevando a cabo sus amigos, se echaran a reír en alto.

Después de unos segundos, el primero en romper la «magia» del momento fue Magnus al decirles con la voz aguda por la burbujeante risa.

Siento interrumpir, pero juraría que llegamos tarde a una reunión.

Gaerth masculló una maldición sobresaltando a sus amigos.

—Diablos, debemos irnos—no se percató que lo había dicho en alto, hasta que la grave voz de su padre le devolvió a la realidad.

—Acuérdate de llevar a la joven guerrera contigo, hijo.

Gaerth asintió con la cabeza.

—Ir yendo chicos, llevaré a nuestra «invitada» al cuarto—*No permitiré que pasee vestida de esta manera, atraerá la atención de los guerreros.* Rechinó los dientes al pensar en eso.

No le gustaban las miradas que le echaban los hombres que estaban en la sala, por mucho que intentaran disimular, se veía con claridad que estaban devorándola con la mirada, que bien disfrutarían con tumbarla en el suelo y empalarla hundiendo su espada hasta la empuñadura.

En silencio, la agarró de la mano y comenzaron a caminar hacia su alcoba. Dejó atrás a su padre y a los Consejeros. La mujer lo acompañó sin decir palabra, sumergida en sus pensamientos. Ni siquiera intentó ignorar los murmullos y los cotilleos de los criados al verlos pasar de la mano camino a la planta superior del castillo, podían hablar todo lo que quisiesen, él tenía muy claro los objetivos que quería alcanzar. Pero antes… encerraría con llave a la mujer en su alcoba, hasta que encontrara una vestimenta apropiada con la que cubrirla de pies a cabeza.

Una vez en el dormitorio, comenzó a buscar una capa de tartán para dársela a la joven que lo esperaba con infinita paciencia en el marco de la puerta.

Abrió baúles, tiró ropa al suelo. Pero no encontró nada que fuese aceptable. Que la cubriese completamente.

—Demonios—masculló lanzando al suelo con rabia unas pieles para la cama—. ¿Dónde estarán los viejos plaids?

—¿Tan necesario es ahora cubrirme, escocés?—le dijo con burla Bridgit—. Me trajiste al castillo como un saco y no te importó que me viesen medio desnuda los guardias y los campesinos.

Sí que me importó. Pensó mirándola con detenimiento. *Pero todos podían ver que eres mía. Te llevaba en mis brazos, dejaba claro que nadie te podría tener.* Se calló de golpe. Estaba sorprendido por el giro que estaban tomando sus pensamientos. Ya no lo podía negar, el deseo que le provocaba la sola visión de esa joven iba en aumento, conquistando poco a poco la razón. *Hace unas horas que te conozco y ya me traes problemas, mujer.*

Y no era para menos, ya que todo su cuerpo respondía a la urgente necesidad de hacerla suya, de marcarla con su esencia, de sentirla bajo él, sudorosa y temblorosa.

Un plaid con urgencia. Maldita sea, necesito uno. Si no tapo el cuerpo

de esta arpía, me volverá loco.

Bridgit carraspeó varias veces intentando ganarse la atención del hombre, sin éxito. Él seguía revolviendo en los baúles que había en el cuarto, tirando la ropa al suelo y luego al ver que no era lo que estaba buscando, la volvía a meter dentro sin orden alguno, creando unas montañas de ropa revuelta que amenazaba con impedir el cierre del baúl.

No te hagas el despistado conmigo, majo. De esta no te escapas. Decidida a hacerse notar, caminó hasta quedar parada frente de él, y golpeándole con fuerza el hombro, le repitió gritándole a la cara al sorprendido escocés:

—No te hagas el sordo, grandullón. Me debes una disculpa por el mal trago que me hiciste pasar tanto cuando me trajiste al castillo como ahí abajo con toda esa gente rara, ¿o te crees que voy a olvidar las últimas horas?

Gaerth le agarró la mano con la que le golpeó, y la sostuvo entre las suyas. Tenía una mano pequeña, con una tez blanca, carente de cicatrices, rojeces por el sol o callosidades. Era una mano suave, al igual que el resto de ella, una mano que le indicaba que no realizaba trabajos de esfuerzo. Con una leve sonrisa le prometió, jurando en alto:

—No volverán a dirigirse a ti de esa manera, lo juro—*Me encargaré personalmente de ello. Nadie se atreverá a insinuar que eres una mujer de vida alegre.*

Bridgit quedó muda unos instantes, incapaz de decir una palabra. No sabía muy bien explicar cómo se sentía en esos momentos, bueno sí, podía decir que estaba confusa. No se esperaba aquel juramento, la verdad.

A pesar de todo lo que había pasado, que la había tratado como un saco, que no dejaba de gritarle como si fuera su criada, y que por su culpa se encontraba en aquel tiempo…que la llamaran estúpida, o lo que fuese, confiaba en él, algo dentro de ella, le decía que podía creer en ese hombre, que a su lado nada malo le iba a pasar, y esa seguridad era reconfortante, extraña, y a la vez maravillosa.

—Sí, está claro, ahora me vas a defender—se cruzó de brazos, con un gesto inconsciente—.Después de soportar que me llamasen puta ahora quieres convertirte en mi caballero andante de…bueno, con brillante tela escocesa, dispuesto a clavar tú espada a quienes osen importunarme. Voy yo, y me lo creo.

Gaerth tragó con fuerza. Al cruzar los brazos la joven había dejado al descubierto sus senos que se movían agitados con cada movimiento. La tela que los cubría los realzaba, dejándolos expuestos a él. La boca se le secó y el impulsó de rozarla con sus dedos casi venció la batalla. Estaba tan cerca de él. Sólo hacía falta alzar el brazo, y la tocaría.

Tragando varias veces con dificultad, se controló y dio un paso hacia atrás, alejándose de la tentación.

Bridgit no atendió a los signos, no se percató que estaba alterándole físicamente, que por su culpa estaba a un paso de estallar en llamas. Seguía despotricando contra él sin advertir la lucha interna que estaba llevando a cabo. En uno de los movimientos bruscos que realizó la capa que la cubría cayó al suelo, fue en ese instante cuando escuchó el jadeo involuntario del hombre. Y ahí sí, se dio cuenta, de que él estaba visiblemente excitado y con la mirada clavada en sus pechos.

La joven tembló ante aquella mirada depredadora. Instintivamente, se cubrió con los brazos. Esos ojos rojos brillantes por el deseo la ponían muy nerviosa, le hacía sentir extraña.

Gaerth era la viva imagen del deseo descontrolado. Sus cabellos azabaches caían sobre sus hombros desnudos, el pecho subiendo y bajando rítmicamente, realzando la fuerza que transmitía su atlético cuerpo. Las fosas nasales se abrían y se cerraban con cada bocanada de aire. Sus brazos caían a ambos lados del cuerpo y mantenía los puños cerrados con fuerza, hasta que sus nudillos se pusieron de una tonalidad blanquecina.

Un salvaje gruñón que conseguía ruborizarla con sus sonrisas y dejarla húmeda y expectante con aquellas intensas miradas.

Durante unos segundos ninguno de los dos se movió, mirándose en silencio.

Con voz grave, le exigió:

—Ven aquí, muchacha.

Bridgit no supo porqué, pero le obedeció.

Gaerth le sorprendió al desvestirse delante de ella y colocarle el tartán que momentos antes le cubría el pecho, quedando vestido únicamente con el kilt.

No sintió como la cubría, ni sintió el roce de sus dedos sobre su piel, demorándose más de la cuenta en vestirla apropiadamente. Era consciente que se estaba comportando como una estúpida, porque le estaba mirando con la boca seca el pecho.

Los músculos del escocés se marcaban como una tableta de chocolate, posiblemente producto de intensos entrenamientos. La verdad es que, ni en sus mejores sueños eróticos se había encontrado cara a cara con unos pectorales tan bien formados. En ningún momento levantó la mirada, no vio como le sonreía, al verla ruborizada y encantada con sus «atributos».

Cuando hubo terminado de colocarle el plaid correctamente, se alejó un paso para mirarla vestida con sus colores. Le gustó verla con su tartán. Había intentado ocultar lo que su cuerpo le exigía a gritos, pero ya no más. El deseo por esa joven era demasiado fuerte, demasiado poderoso. Ya no había vuelta atrás, estaba perdido, caería

de cabeza en la trampa. Gustoso se dejaría cazar por la pasión. Al verla con sus colores, su destino estaba sentenciado.

Esa mujer iba a ser suya.

—Ya estás preparada.

Abrió los ojos al escuchar la voz ronca del hombre. Ni siquiera se había percatado de que los había cerrado, encontrándose con una hambrienta mirada que parecía querer devorarla en ese mismo instante.

Y eso fue lo que ocurrió.

Gaerth no pudo reprimir más el deseo, era algo que le superaba, que no podía desoír por más tiempo. El fuego que comenzó a arder en su interior en el instante en que la vio por primera vez en el círculo mágico, rugía en su interior, arañándole la piel desde dentro. La sujetó con fuerza, atrapándole la cintura con un brazo y la pegó a él. Estuvo a punto de sonreír al notar sus agitados latidos. Le alteraba, podía notar el mismo deseo que le estaba devorando por dentro a él en los intensos ojos de ella. El mundo podía derrumbarse a su alrededor en aquellos instantes, porque él…, la besó.

Al principio fue apenas una caricia. Pero en medio del torbellino de sentimientos encontrados que le acosaban, se sobresaltó al ser rodeado por sus finos brazos. Ella se apretó ardientemente, presionando los pechos contra él, y se contoneó como una bailarina, jadeando contra su boca. Aquello le excitó todavía más. Gimió con fuerza cuando le succionó la lengua, sorprendiéndole gratamente.

Le gustaban las mozas fogosas, no las que temblaban con virginal temor. Movió las caderas contra ella rozándole con su excitado miembro. La rugosa tela que lo mantenía alejado se estaba volviendo un obstáculo molesto en su camino. Una barrera que pronto, se iba a encargar de eliminar.

Quería tumbarse encima de ella, sumergirse en su interior y bombear con fuerza hasta alcanzar la cima, hasta derramar su simiente dentro, marcándola como suya.

La necesitaba. Ansiaba saborearla, perderse en su sabor, ver el deseo explotar en sus ojos, escuchar sus gemidos de puro placer.

La levantó del suelo, sujetándola de las nalgas y la llevó hasta la mesa de madera que había cerca de la ventana. La depositó en la fría superficie, acariciándole la cintura, las nalgas, los muslos, deleitándose con sus curvas, con la suavidad de su piel. Sin dejar de besarla, de mordisquearle el labio, inspiró con fuerza. Excitándose. Olía a mujer, a fuego de otoño, al eterno amanecer.

Siguió besándola jugueteando con su lengua, disfrutando de su suavidad, de su sabor. Con una mano la mantuvo apretada contra él, agarrándole la cintura. Con la otra, comenzó a acariciarle un pecho, abriéndose paso a través del plaid y de la fina tela que la cubría.

Cuando sus dedos atraparon su excitado pezón, no pudo contenerse más. La necesitaba ya. Tocarla por completo, saborearla a fondo, poseerla hasta que el mundo explotara para ambos. De un tirón arrancó la extraña tela que los mantenía presos y que había conseguido mover para poder tocarle el pezón. No quería que nada se interpusiese en su camino.

—Ahhh—gimió Bridgit entreabriendo los labios enrojecidos por los besos, tomando aire. Con el corazón desbocado y el deseo ardiendo en su interior, miró con asombro como el hombre había conseguido desgarrar el sujetador de un tirón.

—Me vuelves loco—susurró con voz ronca besándole el cuello con avidez, sin dejar de acariciarla, después de dejar caer al suelo la frágil tela que destrozó.

Bridgit sonrió, una sonrisa orgullosa, candente.

—Grandullón, espero que no caigas ante mí ahora, porque te aseguro que no me puedes dejar así. No te lo voy a consentir—se burló, antes de lamerle el cuello, para luego darle un pequeño mordisco, sonriendo de nuevo al escucharle gruñir por sus osadas caricias.

—Demonios—masculló separándose de ella. Necesitaba tomarse un respiro o acabaría antes de lo que esperaba. Quería saborearla a fondo, pues ya que iba a caer en la tentación no sería un revolcón rápido, si no que la degustaría lentamente, hasta saciarse de ella.

Estaba disfrutando al saber que él estaba así por su culpa. Le invadieron las ganas de echarse a reír. Que un hombre como ése estuviese deseoso de hacerla suya era algo que no comprendía del todo, en su época ella no era mirada dos veces por los que se cruzaban en su vida, y en cambio en ese siglo, en medio de bárbaros, se sentía especial, hermosa. Una sirena capaz de doblegar a un orgulloso guerrero que no la dejaba de acariciar como si venerara su cuerpo.

Pestañeó varias veces y acarició con delicadeza las mandíbulas apretadas del hombre. *Eres un sueño,…grandullón… mi salvaje escocés….Me traerás problemas si sigues siendo tan dulce. Aunque seas un cabezota y un bruto hay algo en ti que me llama, que me atrapa.* Pensó sin dejar de tocarle.

Pero no iba a pararse a pensar en nada, ahora sólo quería disfrutar del momento, de lo que estaba sintiendo. Más tarde se arrepentiría de lo que allí ocurriese, pero en esos momentos sólo deseaba disfrutar.

Bridgit suspiró, se echó hacia delante y le abrazó, arañándole con suavidad las anchas espaldas.

Si te hubiese conocido antes…de que….Antes de que pudiese recordar el pasado…y

—Pe…pero…¡Tú que miras, imbécil!—gritó Bridgit sobresaltándose al ver por encima del hombro del guerrero a Hugh. El joven estaba

parado en la puerta, apoyado en el marco, mostrando una mueca de burla en su rostro—. Maldito estúpido—murmuró, fulminándole con la mirada, a la vez que el hombre al que abrazaba se tensaba en sus brazos.

—Ah… el amor… qué bonito es—se burló Hugh, cruzándose de brazos y acercándose a la parejita. Le hacía gracia que aquella mujercita tuviese la misma mirada de asesina que Gaerth.

Aquellos dos eran más parecidos de lo que creían, y encontrarlos así de pegaditos, a un paso de follar como conejos sin importarles que la puerta estuviese abierta, era toda una sorpresa, algo digno de recordar más adelante cuando no estuviesen a un paso de fulminarle con la mirada.

Gaerth cerró los ojos y aguantó las ganas de lanzar maldiciones contra cierto joven imprudente que se atrevía a aparecer en su vida cuando menos se le precisaba. Haciendo acopio de fuerzas, y deseando por todo lo sagrado que la maldita erección que pugnaba por hacerle la vida insoportable desapareciese de un plumazo, masculló con evidente malestar:

—¿Acaso deseas morir joven?, inglés.

Hugh se carcajeó, negando con la cabeza. Le conocía bien, estaría cabreado por haberle fastidiado su «encuentro especial» con la guerrera, pero por primera vez se estaba comportando con madurez, convirtiéndose en la molesta voz de la conciencia, recordándole que había cosas que hacer por mucho que en esos momentos quisiese hundir su espada en el trofeo.

—Sabes bien que no, hermano. Aún tengo mucho que ver y mucho que vivir. Pero tengo que reconocer que verte en ese estado... es,… inesperado—*sorprendente, sobre todo porque te dejaste la puerta abierta. Has bajado la guardia ante esa mujer, y eso hermano nunca lo has hecho hasta este momento. La guerrera te afecta más de lo que crees, y no sólo por ser el instrumento en tu venganza.*

—Maldito seas, Hugh. Ni se te ocurra difundir nada de lo que viste en este cuarto—le gritó, molesto consigo mismo por haber sucumbido a la pasión, por haber permitido que aconteciese eso, que su propio hermano le encontrara a un paso de levantarle la falda…bueno de arrancarle el plaid a la joven. Se separó de ella, y se dio la vuelta, enfrentándose a su hermano pequeño.

Hugh se revolvió inquieto ante la mirada de su hermano, no se acostumbraba a ver esos ojos rojos sangre, tan brillantes,…tan peligrosos.

—Como si no me conocieses, hermano—suspiró pesadamente y le tiró a la cara el plaid que traía—.Vamos antes de que los demás vengan a ver qué es lo que te tenía tan bien agarrado—se giró, y le guiñó un ojo cómplice a la joven—.¡Ah, se me olvidaba! Te

recomiendo que lo uses o serás la comidilla de los chismes de las mujeres por tu brillante pecho—miró fijamente el pecho de éste a la altura de donde se suponía que se encontraba el corazón, el dragón que se veía era sorprendente. *Nunca se sabe lo que nos depara la magia*. Pensó para sí mismo, antes de salir del cuarto silbando y dejándoles solos.

Maldito entrometido, estoy seguro que me echará en cara esto cada vez que cometa una locura. Pensó colocándose el plaid que le lanzó, ocultando estratégicamente el extraño tatuaje que le apareció aquella mañana.

Pero no lo hizo a tiempo, ya que Bridgit lo vio antes de que lo pudiese ocultar.

Ese símbolo…Le sonaba mucho. Demasiado. Le era muy familiar. El dragón formaba parte de su herencia, de su pasado y el verlo tatuado en el pecho de Gaerth, la sobresaltó. La unión que había entablado el hombre con ella era más profunda de lo que en un principio sospechó.

Tembló. Por todos los demonios del infierno, estaba perdida de ser verdad las sospechas que estaban pasando por su mente. La noche anterior no había visto ningún símbolo en su pecho cuando la «recibió» en el círculo de fuego, además, dudaba que en esa época fuesen capaces de hacer tatuajes con esa claridad, con un realismo que daba miedo.

Si lo que estaba comenzando a sospechar era verdad…le iba a resultar difícil escapar. Bridgit cerró los ojos con fuerza, estaba atrapada en un siglo que no era el suyo, estaba en manos de un hombre que quería usarla como un arma, que la excitaba con sólo mirarla, y del cual temía su reacción cuando se percatase que ella no estaba dispuesta a ayudarle con su magia.

Al menos esperaba que él no conociera el significado del tatuaje. De los tatuajes, porque ella misma lucía uno en lo bajo de la espalda, y que descubrió aquella misma mañana antes de ponerse la camisa que le lanzó Hugh. El picor que sintió en esa zona fue lo que le hizo que revisara aquella parte de su cuerpo, y cuando lo descubrió… *¿Pero por qué no había pensado en el tatuaje hasta ese momento?* Se preguntó a sí misma. *Tal vez porque has sido arrastrada por el pueblo, expuesta como el ganado ante un grupo de viejos con mala leche y a punto de abrirte de piernas a Gaerth sin importarte que estuviese o no abierta la puerta del dormitorio. ¿A que son motivos más que suficientes?*

El hecho de que los dos mostrasen tatuajes después de haber realizado una invocación, era preocupante, al menos para ella, que no tenía ni idea de qué ritual habían realizado, si lo habían seguido al pie de la letra, o si algo se les había escapado a su control.

La magia era peligrosa y tenía muchos posibles caminos, si te equivocabas un poco podías acabar en un callejón sin salida que no te

esperabas.

Y si sus sospechas eran ciertas…

¡Quién le iba a decir que su vida iba a cambiar tan drásticamente en apenas un día!

Malditos fuesen sus antepasados al dejar a los humanos los votos de compromiso de los Vaniors, por culpa de esos incompetentes...

Si sus sospechas eran ciertas, y con las pruebas que disponía en ese momento (como los tatuajes, y la atracción fatal que sentía hacia él, el cambio de color de sus ojos adoptando el tono del fuego que ardía en su interior…)

Todo le indicaba que estaba casada con ese bárbaro.

Sólo esperaba que éste no se enterase. Tenía que seguir ocultando el estrecho lazo que los unía, no podía permitir que el hombre consumase el matrimonio, si lo hacía ya no habría vuelta atrás, el matrimonio estaría sellado y ya no podría regresar a casa, a su época.

A no ser…abrió los ojos con fuerza. Si encontraba los pergaminos con los que realizaron el ritual tal vez encontraría la manera de romper el lazo que los unía. Debía aferrar sus esperanzas a esa opción, si no,.. quedaría atrapada en esa época.

Estaba asustada, sorprendida y temerosa a un paso de ponerse a llorar, porque…

Al mirarle a los ojos, a esos ojos rojos, la idea de quedarse al lado de él…no le resultaba tan mala.

CAPÍTULO 9

Gaerth la esperaba con el brazo extendido cerca de las rocas que conducían a la playa. Bridgit sintió un vuelco en el corazón al ver como la miraba con confianza, ofreciéndole la mano para ayudarla a bajar por las rocas hasta la playa. ¡Cómo había cambiado su vida en tan poco tiempo! En un instante estaba deseando arrancarle los ojos a ese malnacido que la había traído a la fuerza a ese siglo, y ahora al saber que estaba unido a ella por la magia de su pueblo, lo deseaba.

Eso lo explicaba todo, el intenso deseo que sentía hacia ese hombre, debía ser cosa del enlace, de la magia antigua con la que habían jugado para atraparla en ese tiempo.

—Vamos muchacha—la instó moviendo la mano con impaciencia.

Bridgit sonrió, extendió el brazo y agarró esa mano con fuerza. Se sobresaltó al sentir la calidez que transmitía, la electricidad que le recorrió la mano y subió por el brazo hasta extenderse a lo largo del cuerpo. Le iba a resultar difícil resistirse a él, la unión mágica que tiraba de ellos se estaba fortaleciendo, enterrándose en sus mentes, en sus corazones. Instándoles a consumar la unión.

Un conjuro antiguo utilizado por familias nobles de Vaniors para fortalecer las herencias mágicas, y que misteriosamente había sido transmitido a unos humanos de un siglo de la época medieval.

¿Cómo era posible que tuviesen aquellos escritos mágicos? ¿Qué había pasado en esa isla para que aquellos humanos tuviesen poderes y fuesen capaces de descifrar la lengua Vanior? Debía investigar más acerca de esos pergaminos. No podía permitirse ir a ciegas.

En completo silencio le siguió, sumergida en sus pensamientos pero a la vez atenta al camino porque no estaba dispuesta a caer de bruces. Antes de llegar a la arena se paró en seco al ver a más de dos docenas de muchachos y muchachas correr por la playa haciendo conjuros de magia. Utilizaban la magia con tal facilidad que casi no creía que fuesen simples humanos mestizos, más bien parecían jóvenes Vaniors ejercitando sus poderes.

Se giró y miró con curiosidad al que hasta hace nada era su captor. Éste no la miraba a ella, contemplaba a los jóvenes con evidente orgullo. El color de sus ojos se aclararon llegando a parecer sangre recién vertida, y las comisuras de sus labios se torcieron en una sonrisa de orgullo que relajó los músculos de su rostro, mostrándole a un hombre relajado, de una belleza masculina que le quitaba el aliento.

—¿Cómo es posible esto?—murmuró sin darse cuenta.

Para nada esperaba obtener una respuesta, pero aún así la tuvo.

—Porque somos descendientes de Vaniors. Sólo un puñado posee la capacidad de hacer magia, de realizar conjuros sencillos que han pasado de padres a hijos, pero sólo cinco somos los que poseemos el poder para proteger al clan, para proteger los pergaminos mágicos—sus palabras mostraban el orgullo que sentía hacia su gente, hacia su herencia.

Bridgit tomó aliento con fuerza y lo dejó salir con lentitud, relajando los músculos, o al menos intentándolo, mientras asimilaba aquellas palabras. ¡Eran descendientes de Vaniors! Aquellos humanos habían conseguido mantener viva la magia en sus vidas, en sus cuerpos, asimilándola como propia, adaptándola a su estilo de vida, creencias y debilidades, pues el cuerpo humano era más frágil que el Vanior.

Pero no pudo seguir analizando más aquel descubrimiento. El sentir tanta magia a su alrededor la estaba poniendo nerviosa. Una parte de ella anhelaba unirse a ellos, dejar salir su legado que se removía ansiando ser liberada, pero los recuerdos del pasado, de las muertes que presenció cuando apenas era una niña, desterró el orgullo que sentía al ser una Vanior sepultando no sólo su poder, si no el deseo de liberarlo.

No podía permanecer por más tiempo ahí, siendo lamida, reconocida por los núcleos mágicos de aquellos humanos. Su propia poder quería salir, rebelarse a su deseo de mantenerla oculta, de alejar su herencia para vivir como una mujer normal, para ocultarse entre los humanos y evitar la muerte si los Vaniors del agua daban con ella. Sentía unas ganas locas de salir corriendo, de alejarse de todos ellos. Pero estaba segura que él no se lo iba a permitir y como dejó claro el jefe de aquellos salvajes, su peculiar carcelero no podía dejarla sola. Tendría que…

Gaerth se preocupó al verla paralizada a un paso de la arena, sobre todo después de que él le dijera que eran descendientes de su raza. Sosteniéndole con fuerza la mano, marcándole con sus uñas. Se la veía temerosa, frágil, y verla así le sorprendió y le preocupó. No quería verla así, deseaba que regresara la mujer que se le enfrentaba con cada palabra, que le desafiaba con sus gestos con su peculiar manera de ver lo que estaba aconteciendo.

—Vamos, no perdamos más tiempo—le murmuró al tiempo en que la tiraba hacia él, acercándola un paso más a la arena.

Ella le miró a los ojos. Gaerth maldijo por dentro, le miraba como un cervatillo antes de enfrentarse a la muerte. Debía haber supuesto que le iba a resultar difícil permanecer con ellos. Por lo que había atendido a sus palabras, ella se consideraba secuestrada, traída a la

fuerza a aquellas tierras para servirle. Quizás creía que iba a exigirle que le enseñara más hechizos a los suyos, que compartiera sus conocimientos con ellos, pero no iba a hacerlo. Eran conscientes de las limitaciones que tenían en cuestión a la magia, podían usarla pero no era más que un eco en sus cuerpos, en sus corazones que les susurraba que a su alrededor existía un mundo que estaba vetado para la mayoría de los humanos. Le había jurado que nadie le haría daño, y por Dios que lo iba a cumplir.

—No te sucederá nada, pequeña. Y nada te exigiremos. Sólo has de permanecer cerca—*a mi lado*.

Era una estúpida. Todo el miedo que revoloteaba en su interior se esfumó y ¿tan sólo por una simple frase? Era una completa estúpida, que estaba cayendo en un agujero del que no podría salir con facilidad.

Con evidente nerviosismo, Bridgit se burló, después de todo, la vida le había enseñado que cuando eras débil o te encontrabas en inferioridad de condiciones, lo mejor era atacar a ser atacado.

—Sí, amo.

Él se agachó y le susurró al oído, provocándole que los cabellos se le erizasen.

—Ya quisieras tú, muchacha, porque este amo iba a ser muy cuidadoso con su presa.

Bridgit tragó con fuerza y desvió la mirada, ruborizada. De cazadora a presa, así es cómo se sentía ante esas palabras, ante la reacción de su cuerpo. Estaba a un paso de lanzarse a sus brazos y a exigirle que acabara lo que había comenzado en su cuarto.

Por suerte, él no esperó su respuesta y la llevó hasta la arena, donde le indicó que se sentara a la sombra de una gran roca, y esperara.

Porque si llegase a esperar una respuesta….El día se habría hecho noche, porque su mente quedó en blanco y su traicionero cuerpo lo único que deseaba era sentirle sobre ella, dentro de ella, abrazándola, besándola, acariciándola, aplastándola contra la cama, empujando hacia arriba cuando ella estuviese cabalgándole….era…

Desquiciante.

Le deseaba con locura.

Y saberlo la volvía loca.

Dos horas después, seguía apoyada contra la roca, agradeciendo la sombra que la protegía del intenso calor. Estiró el brazo por encima de la cabeza y escuchó cómo le crujió la espalda. Estaba agotada, aburrida y a un paso de quedarse dormida.

No soportaba estar parada por mucho tiempo, era una mujer activa que disfrutaba de cada minuto, y por eso la tarde le estaba resultando eterna. Hacía un buen rato que se había quitado los zapatos, o más bien esas tiras de cuero que le entregó Hugh en su cabaña, y mantenía los pies enterrados en la arena.

Cerró los ojos y relajó el cuerpo. A lo lejos escuchó las risas de los niños que corrían por la playa y los gritos de los adultos que les ordenaban que se centrasen en los ejercicios que les mandaban. Sonrió al tiempo en que abría los ojos y buscaba al causante de que estuviese ahí, entre esa gente, observando fascinada como unos humanos conseguían dominar hechizos básicos.

Le encontró cerca de un grupo de niños que le miraban con orgullo y admiración ver como hechizaba el aire consiguiendo provocar un pequeño remolino a sus pies. Contemplar a Gaerth enseñar a esa tanda de nerviosos críos era algo digno de ver. Fue todo un descubrimiento ver la infinita paciencia que mostraba con esos muchachos. Y con sinceridad, le sorprendió verle sonreír con esa ternura a los niños que correteaban nerviosos a su alrededor.

Soltando un suspiro, se acostó como pudo contra la roca, buscando de nuevo la sombra. El sol ya no pegaba tan fuerte, pero aún hacía calor, y ese bochorno la estaba adormeciendo. Luchó unos minutos contra el sueño. Pero al final…, perdió la batalla y acabó profundamente dormida.

Más tarde, Gaerth dio por finalizada la instrucción. A su señal, los pequeños tomaron rumbo a sus casas y los Maestros les acompañaron para asegurarse que no se desviaban del camino. Sólo quedaban en la playa los Guardianes, él y…miró hacia donde había dejado a la guerrero Vanior.

La joven estaba acostada en la arena, a la sombra, durmiendo plácidamente. Se acercó hasta ella y la contempló fijamente. Así dormida parecía un ángel, no la arpía que se le enfrentaba a cada paso. Su cuerpo cubierto con sus colores le calentó, pero consiguió reprimir el intenso deseo que sentía cuando sus ojos se posaban en ella.

—Hermano, deberíamos llevarla al castillo—Hugh se le acercó dispuesto a levantar a la mujer del suelo y llevarla él mismo.

Al imaginarla en brazos de su hermano los celos le nublaron la razón, aquella mujer era suya y ningún hombre iba a tocarla. Antes de que el inglés llegara a tocarla, soltó un gruñido y le apartó con un empujón, tomándola en brazos, alzándola sin problemas, como si no pesara nada.

Ignoró deliberadamente la cara de sorpresa que se le quedó a su hermano pequeño y subió la cuesta rumbo al castillo, dejando atrás a unos sorprendidos Guardianes.

Con pasos rápidos puso rumbo al castillo, disfrutando internamente del calor que desprendía la joven dormida en sus brazos. La miró fijamente unos segundos y suspiró con resignación. Por mucho que lo negara, por mucho que luchara contra los sentimientos que experimentaba cuando la tenía cerca, algo le hacía desearla con desesperación, que la viese como su mujer, como suya, el único con derecho a tocarla, de colmarla, de protegerla.

Esa mujer había atravesado el círculo mágico por culpa del fallido hechizo, invocó a un guerrero Vanior para que les ayudase en su venganza contra los MacKenzies, pero… ¡Maldita sea la estampa de los ingleses!, porque era incapaz de sacarle los ojos de encima, por ponerse duro cada vez que su mirada se encontraba con los suya. ¡Por todo lo sagrado! Había sido embrujado por una hechicera pelirroja de explosivo carácter.

—¿Qué me has hecho?—murmuró acariciando la suave y enrojecida mejilla de ella.

Se creía hechizado por sus encantos, y no era el único que pensaba así, todo aquel que lo vio esa tarde acarrearla en brazos opinó lo mismo. Por primera vez en la historia, Gaerth McLeod, el Ángel Caído, había sido vencido sin haber presentado batalla contra una muchacha de largos cabellos color del fuego.

No era consciente de cuánto tiempo durmió. Cuando abrió los ojos era ya de noche. Desorientada, Bridgit se incorporó y se apoyó contra el cabezal de la cama. Tardó unos segundos en reconocer el cuarto.

Era el dormitorio de Gaerth, donde la había llevado cuando fue a buscar algo para vestirla. Miró hacia la puerta que estaba cerrada, al tiempo en que palpaba la cama. Estaba sola. No se le veía por ningún lado. La oscuridad en el cuarto era asfixiante, por suerte en varios puntos del dormitorio había velas que producían un resplandor casi fantasmagórico y que el ambiente oliese a cera quemada.

Pero al menos dan algo de luz. Pensó, echando de menos la electricidad. La comodidad de estirar la mano y encender la lamparilla de noche, iluminando todo el cuarto. *Mejor no recordar cómo son los retretes aquí.* Se estremeció al recordarlo, porque era una experiencia que era mejor olvidar. Cuando la había conducido hacia la playa tuvo que hacer una parada obligada por las necesidades fisiológicas, y a punto estuvo de quedarse con las ganas de mear porque cuando vio el agujero maloliente donde se suponía que tenía que hacerlo, casi se

desmayó del susto y del penetrante y asfixiante olor.

Pero o lo hacía o reventaba y al final claudicó, cerrando los ojos y alejando el desagrado buscando relajar el cuerpo. No quería ni pensar cómo sería cuando tuviese que hacer cosas mayores….tal vez lo mejor era salir del castillo y meterse en el bosque,..con algún paño con el que poder limpiarse porque ni loca tocaba la paja seca que había en aquel cuartucho con el agujero en el suelo. No se iba a limpiar con eso. No quería morir por una infección, o estar plagada de bichos.

Tocó las pieles que cubrían la cama. Antes no estaban. Alguien debió cogerlas del baúl y la había cubierto con ellas para que no pasase frío.

¿Alguien? Resonó en su mente. *Bien sabes que ha sido ese salvaje*. Su mente era traicionera y le soltaba lo que no quería oír. Con cada gesto, con gestos como ese, con sus miradas, su roce…Gaerth estaba consiguiendo que bajara el escudo con el que se protegió a lo largo de su vida. *Tan bien influye la magia del enlace que te está instando a que lo fortalezcas a través de la unión física*. Cierto, aquello era cierto. Por mucho que le sorprendiese lo que le gustaba sentirse deseada por un hombre así, por sentir su fuerza, la capacidad de dejarla muda con su sola mirada, que le llamase mucho la atención su cuerpo (por no decir otra cosa…), la magia latía entre los dos, llamándoles, incitándoles, dándoles pie para que se uniesen carnalmente, para que fortaleciesen el vínculo que se inició la noche de la invocación.

Al moverse la sábana se le escurrió por el cuerpo, revelándole que…

—¡Ostias! Estoy desnuda—exclamó en alto alarmada con los ojos abiertos como platos. Miles de preguntas cruzaron su mente. ¿Quién la había desnudado? ¿Le habían hecho algo? ¿Dónde estaba la ropa que le había entregado el salvaje?

Una risa profunda y masculina la sobresaltó, devolviéndola a la realidad. En un acto reflejo se tapó con las pieles hasta el cuello, dejando olvidada la sábana de lino enrollada en su vientre, y buscó con la mirada a quien se reía.

No tardó en encontrarlo. A pocos metros de ella, sentado en el alfeizar de la única ventana de cuarto, la miraba un divertido Gaerth McLeod. Estaba cruzado de brazos con la cabeza ladeada y las cortinas descorridas rozándole el hombro. ¿Cómo era posible que no le hubiera visto antes?

Porque no has mirado hacia la ventana. Se te pasó por alto esa parte del cuarto y eso que estaba a un paso. Pero te quedaste mirando las velas que hay encima de la mesa con cara de tonta, como una mariposa mirando la luz. Escuchó una voz dentro de su cabeza que le escupía cada palabra con ironía.

Con nerviosismo le miró a los ojos y en ese momento el mundo se

detuvo unos segundos. El corazón le bombeaba con fuerza, y sentía como si tuviese miles de mariposas revoloteando en su interior. Estaba sentado en una postura relajada, con el kilt entreabierto, un adonis que la tentaba, que le provocaba que lo desease salvajemente. Fijó los ojos en el trozo de tela de un color oscuro llamado kilt, una falda escocesa que la estaba tentando a levantarse y comprobar si era verdad o no que no llevaban nada por debajo. ¡Cómo le gustaría averiguarlo! Acercarse hasta él y meter la mano bajo aquella falda escocesa… Pero si cedía a sus instintos más primarios ya no tendría modo de conseguir la libertad que tanto ansiaba. No podía fortalecer el enlace que estableció el guerrero cuando la invocó a través del círculo mágico, si lo hacía sin saber cómo era el hechizo, sin encontrar un punto flaco en el ritual, no tendría modo de romperlo, de liberarse de él.

Dios, luchar contra la magia va a ser difícil. Murmuró para si misma. La magia…y él, porque nunca en su vida conoció un hombre igual, fuerte, decidido, con una mirada que te provocaba escalofríos, con unas rudas y callosas manos que le quemaban cuando la rozaban, con una sonrisa que la derretía al ser la de un ángel caído.

Se maldijo por dentro al notar cómo estaba cayendo poco a poco, cómo se dejaba llevar por la química que los unía cada vez más. Debía buscar algo con lo que alejar los candentes pensamientos que pugnaban por invadir su mente. Lo mejor era que se centrase en otra cosa para no acabar cometiendo una locura que más tarde lamentaría.

—¿Dónde está mi ropa?—preguntó finalmente tras un tenso silencio entre los dos.

Gaerth sonrió mostrando todo su encanto.

Maldito. Con esa sonrisa las tendrás de calle. Masculló apretando la manta entre sus manos, a un paso de casi rasgarlas.

—¿Para que deseas ropa? Así estás muy bien.

Enrojeció ante su mirada de deseo. El salvaje parecía un depredador a un paso de saltarle encima…y devorarla por completo.

—Yo...tengo…—se avergonzó al notar que su voz sonó ronca y titubeante. Le sorprendía y la confundía ver que ese hombre la deseaba, que la devoraba con sus ojos. Fue ella la que desvió la mirada y tras carraspear ruidosamente, murmuró más como excusa que como realidad—…Tengo…hambre. Sí eso, tengo hambre. Y me gustaría poder bajar a las cocinas a por algo de picar, y la verdad es que no quiero hacerlo en pelota picada, por eso quiero mi ropa.

Gaerth alzó las cejas, le sorprendía su manera de expresarse. A pesar del acento extraño que tenía, era capaz de comprender qué decía,…a veces, porque había palabras y expresiones que le resultaban confusas y en ocasiones hilarantes.

Aún así, no estaba dispuesto a darle el plaid, no cuando la tenía

desnuda en su cama, gloriosamente desnuda entre sus sábanas, acariciándolas con su aterciopelada piel. La sola idea de que eran sólo las mantas que extendió sobre la cama para que no pasara frío lo que le separaba de ella, de su desnudo cuerpo le ponía duro, excitándole ante la posibilidad de estirar el brazo y retirar las mantas, para emborracharse de su belleza.

Estuvo a punto de gruñir en alto cuando recordó el momento en que la despojó del plaid para acomodarla sobre la cama. Nada más llegar de la playa la condujo hacia su cuarto, para que siguiese descansando. Sólo la dejó un instante a solas, cuando se acercó a las cocinas, pero no tardó en regresar, para vigilarla, para contemplarla mientras dormía, algo que le sorprendió al sentir que podría hacerlo el resto de su vida.

Le temblaron las manos cuando la despojó de las prendas que vestía, cuando la contempló desnuda por primera vez. Era hermosa, con un cuerpo que llamaba al pecado, con unos pechos que ansiaba lamer, acariciar, mordisquear, unas caderas anchas para acogerle y un...

Apretó los dientes y alejó los recuerdos de su mente, pues no estaba dispuesto a evidenciar el deseo carnal que surgía en su interior cada vez que la veía, cada vez que rememoraba ese instante en que la tuvo en sus manos desnuda. Le avergonzaría estar duro todo el rato, a un paso de jadear por el rugoso contacto de la tela contra su verga.

En silencio, y manteniendo a la bestia lujuriosa alejada de la razón, se alejó de la ventana y se agachó cerca del baúl que había a los pies de la cama para tomar el sporran rojizo que dejó ahí a su regreso de las cocinas.

Sin quitarle los ojos de encima a la joven, se acercó a la cama y se sentó en la orilla, tendiéndole entonces el sporran después de abrirlo, al tiempo en que le decía:

—Come.

Bridgit contempló con recelo el contenido de aquella extraña bolsa rojiza de piel. Era una mezcla extraña de una especie de migas de pan y una cosa rara de un color indefinido. La sola visión de aquella pasta le revolvió las tripas. Si ya antes no tenía hambre y sólo dijo lo que dijo como excusa para recuperar su ropa y no sentirse tan expuesta a él, ahora sí que se le esfumaron de golpe todas las ganas de alimentarse.

Tragó con dificultad, conteniendo las arcadas. Sin poder dejar de mirar ese contenido extraño, se excusó:

—No…, ya… no tengo hambre. Gracias.

Gaerth entrecerró los ojos y la contempló en silencio. La joven miraba con asco los *champit tatties* que le había subido desde las cocinas, negándose a comer como si fuese una niña pequeña. Era

ridículo que una mujer como ella se comportase de aquella manera tan infantil. En cualquier otro momento habría pasado por alto su negativa, pero esta noche iba a obedecerle.

El paso de un mundo a otro a través de la barrera la había debilitado, sólo ver que se había quedado dormida en la playa sin haber realizado ningún ejercicio extenuante. Si quería que le ayudara con su poder a vencer a los malditos MacKenzies, era necesario que estuviese fuerte, y para ello necesitaba descansar y alimentarse correctamente. La obligaría a comer aunque tuviese que abrirle la boca, embutirle una cucharada de champit tatties y presionarle el puente de la nariz para que tragase.

—Vas a comerlo todo, mujer. Lo comerás, te gustará y me agradecerás que te haya subido la comida de las cocinas—le dijo acercándose unos centímetros a ella, con un tono que no aceptaba réplicas.

Bridgit lo fulminó con la mirada, disgustada ante el tono de voz que empleó. Su voz sonó como si no aceptase un no por respuesta, y eso, la puso nerviosa. Enfurruñada y no dispuesta a darse por vencida, contestó:

—No lo voy a comer. Y por cierto, deja de llamarme mujer o muchacha, mi nombre es Bridgit. Espero que lo recuerdes. Tampoco es tan difícil, ¿no crees?

Ella sonrió cuando vio que su negativa y sus palabras, provocaron un leve temblor en el párpado izquierdo del escocés. ¿Qué se creía el salvaje? ¿Qué era una débil que iba a dejarse zarandear de un lado a otro a su antojo? Lo tenía claro el bárbaro este. Desde que lo perdió todo la noche en que atacaron la mansión familiar no aceptaba que nadie se interpusiese en su camino, que le dijera lo que tenía o no tenía que hacer. Era libre y lucharía con uñas y dientes por seguir siéndolo.

Ponte todo lo nervioso que quieras macho, pero ni loca como este potingue.

—Lo vas a comer…Bridgit.

Porque tú lo digas. Se burló sin poder evitar sonreír al escuchar su nombre en los labios de ese perturbador hombre. *Un punto para mí, nene*. Pensó mientras se apoyaba de nuevo contra el cabecero de la cama y mirándolo directamente a los ojos, le retó:

—Ni loca. Así que… si quieres que lo coma…Oblígame.

Que grave error cometió, no debió haberle retado. Pero no podía contener la lengua, o más bien su carácter independiente y respondón. Era fuerte y se enfrentaba a quien la intentase obligar a hacer algo, por desgracia nunca se enfrentó con un hombre como Gaerth McLeod.

El escocés no era como los hombres que había tratado en su vida hasta el momento. Éste no se amedrentó al escucharla como solía

ocurrir, todo lo contrario le sonrió de una manera perversa y se sentó más cerca de ella. Sin apartarle la mirada, cogió con una mano un poco de aquella pasta y…. Para sorpresa suya en lugar de obligarla a comer, Gaerth comió el nada apetitoso bocado.

—Pero que pretendes hacer… tú….

Quedó muda al verle agacharse y acercar su rostro al de ella. Sin mediar palabra el salvaje escocés presionó sus labios contra los de ella consiguiendo que los abriese al sentir la calidez que desprendían. Fue en ese momento cuando él aprovechó para introducir con su lengua la masa de puré en su boca.

Gimió de sorpresa al sentirlo dentro de su boca. No se lo podía creer, la estaba obligando a tragar utilizando el deseo como aliado.

Maldito cabrón.

Gaerth sonrió al ver como los cristalinos ojos de la mujer comenzaron a brillar de rabia. De rabia enmascarando el deseo con el que le respondió al beso cuando entreabrió los labios, pero en esos momentos debía refrenar la pasión, lo importante era que se alimentara, que recuperara las fuerzas.

Gruñendo se separó y sepultó en lo profundo de su ser la inquietante voz que le gritaba que la tumbara sobre la cama y la devorara por completo, perdiéndose en su dulce sabor. Se levantó y se apresuró a acercarse hacia la ventana, apoyándose contra la fría piedra, contemplando el horizonte.

No se movió cuando él se alejó hacia la ventana. Se quedó silenciosa, sorprendida, confusa, molesta, observándole con los ojos entrecerrados y a través de sus largas pestañas caobas, sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Estaba molesta consigo misma al haber reaccionado así cuando sintió sus labios sobre los suyos, al no haberle golpeado cuando le mordisqueó los labios antes de separarse de ella.

Se le quedó mirando, tragando con dificultad el bocado que le introdujo en su boca. Debía reconocer que no sabía tan mal, pero en esos momentos era incapaz de tragar. Sentía un nudo en la boca del estómago fruto del nerviosismo, de la confusión, del miedo, de la rabia, del deseo.

Gaerth no fue testigo de la lucha interna de la joven, seguía escudriñando el horizonte, escuchando a lo lejos el susurro de las olas golpeando las rocas de la costa. Las aguas del mar brillaban como perlas reflejando los tenues rayos de la luna. Era una noche mágica en la que el encanto se podía sentir en el aire, envolviéndolos, invitándolos a disfrutar de la calma que precedía a la tormenta.

Soltó un suspiro y miró al cielo. Las miles de estrellas centelleaban dibujando extrañas figuras en el firmamento.

Que tranquilidad. Por desgracia…. Esto no va a durar…

No hacía falta ser adivino para saber que la batalla en la que uno de

los clanes quedaría destruido, no tardaría en llegar. Era cuestión de tiempo en que los MacKenzies se atreviesen a invadir sus tierras cruzando el mar que los separaba. Las incursiones que sufrieron varias noches a lo largo de ese año eran pruebas suficientes para confirmarle sus sospechas.

Los MacKenzies estaban dispuestos a derramar sangre de inocentes, sobre todo si esta sangre era McLeods Oscuros.

Por San Ninián, que no iba a permitirlo. Lucharía hasta sus últimas fuerzas por mantener a salvo a su gente, al clan. No iba a permitirles a los MacKenzies que saliesen vencedores en esa guerra silenciosa. Se volvió y observó a la mujer que le puso en su camino el caprichoso destino. Fue testigo del inmenso y devastador poder que poseía, ¡y por Dios, que iba a ayudarles a vencer, a destrozar a sus enemigos!

Lucharás con nosotros cuando nos enfrentemos a los MacKenzies.

Como si le hubiese escuchado, ella le miró con una expresión interrogante en sus ojos.

Notaba su extraña mirada sobre ella y esperaba que no fuese lo que temía. Si ese hombre esperaba que le ayudase en su guerra iba de culo, una de las normas de su clan era no entrometerse en los asuntos de los humanos y no iba a romperla por nadie.

—¿A qué esperas para comértelo todo?

La grave voz de él la sobresaltó. Entrecerró los ojos y miró de reojo la bolsa rojiza de piel que le señalaba con un gesto el hombre desde su rígida posición al lado de la ventana.

—No puedo tragar, ya no tengo hambre—estuvo tentada a darle un manotazo a la bolsa pero no le pareció correcto además de ser un gesto infantil por su parte, en cambio le dijo—. Gracias por traerme la comida, pero no puedo comer nada.

Gaerth entrecerró los ojos a su vez y se cruzó de brazos apoyándose contra la fría piedra de la pared.

—Te aconsejo que lo comas todo, pues estás débil como un infante recién nacido—*Y no me sirves débil, así no podrás luchar contra los MacKenzies*—. Por mucho que disfrute teniéndote en cama todo el día. Debes recuperar fuerzas.

Tenía razón. El madito cabezón tenía razón. Con su actual estado no podría huir, ni encontrar el modo de romper el hechizo y conseguir regresar a su monótona pero real vida. Lo mejor era que se obligase a comer un poco para no sentirse como si le hubiese pasado un tren por encima, a un paso de jadear exhausta por dar dos pasos.

Estiró el brazo y cogió la bolsa. El primer bocado le costó tragarlo, pero los siguientes los disfrutó gratamente, devorando el contenido en apenas unos minutos.

—Buena chica—dijo, a un paso de romper a reír al ver el gesto obsceno que le dirigió la joven sin dejar de comer. Verla comer era

una delicia…pero también una tortura, sobre todo cuando se chupaba los dedos con deleite soltando esos gemiditos. Era una tortura que le estaba pasando factura.

Maldijo en voz baja. El deseo de poseerla crecía rápidamente en su interior, era un demonio que le gritaba que la tomara, que la hiciera suya. Cerró los ojos con cansancio. La lucha que estaba librando le estaba pasando factura, le estaba agotando mental y físicamente, llegando a rozar el dolor, por no liberarse de las cadenas que impuso la razón. Era consciente de que se contenía porque no era correcto lanzarse sobre ella y hacerla suya, aquella mujer estaba para ayudarles a vencer, no para calentar su cama.

Estaba librando una batalla perdida, en la que nadie saldría victorioso, pues de caer en la tentación, la situación se complicaría entre los dos. De hacerla suya, ¿cómo iba a enviarla a una batalla en la que podría salir herida? ¿Cómo podría soportar las miradas de los demás hombres sobre ella?

Por San Ninián, ¿qué locura que me ha invadido? Esa mujer es una Vanior llegada de otro mundo para ayudarnos, no para ser mi mujer, debo comenzar a controlarme.

Pero que sencillo sonaba en su mente, luego la realidad era dura, demasiado dura. No estaba acostumbrado a desear con tal explosiva necesidad a nadie, era la primera vez que se sentía morir por una mujer, que le torturaba con su sola presencia, con el deseo de saborearla, de emborracharse con sus besos, con sus caricias, con los temblores de su cuerpo cuando alcanzara la cima de placer.

Se sentía confuso, perdido, como si estuviese enloqueciendo por momentos, a un paso de lanzarse en los brazos de la locura y cometer un error que lamentaría el resto de su vida.

Y si no la haces tuya también lo lamentarás. ¿Cuánto tiempo crees que aguantarás sin tocarla? ¿Sin volver a probar sus labios? ¿Qué harás cuando llegue la noche y tengas que velar su sueño?

Apretó los dientes, y abrió los ojos mirando a la mujer que trastocaba su vida, quien en esos momentos se estaba lamiendo los dedos con una expresión de puro placer, mientras que con la mano libre se palmeaba la barriga, un gesto que le indicó que estaba saciada y que al final la comida le gustó más de lo que ella esperaba.

Mírala, ¿cuánto más vas a estar sin hacerla tuya?

No tenía una respuesta. No cuando la razón le gritaba que sería un error que lamentaría, que era lo más absurdo que podría hacer. Pero… ¡joder! Aquella mujer era una tentadora con un cuerpo salido de sus más oscuros sueños calientes y una cara de ángel siempre dispuesto a ponerlo cara a la pared cuando no estaba de acuerdo con él.

—Mmmm que rico estaba todo.

Gaerth se tensó al escucharla gemir. Aquel gemido ronco, profundo

le excitó hasta el extremo de ponerse duro. Quería volver a escucharlo pero esta vez con las piernas de ella entrelazadas a su cintura y embistiéndola profundamente hasta que el mundo estallara para ambos.

Es una batalla perdida. Reconoció internamente. *Me estoy engañando cuando me digo que sólo la voy a usar como un arma, si hasta verla lamer sus dedos me excita, o escucharla gemir. Soy un estúpido con menos cabeza que mi hermano pero la deseo. Quiero hacerla mía, marcarla con mi olor, con mis besos, con mi esencia*.

Dios era un tonto, que sólo pensaba con la verga…

Para que luego le digas a Hugh que no salte de cama en cama de las hijas de los campesinos. Se burló de sí mismo. Porque aquello era lo único que le quedaba por hacer, burlarse de su debilidad, maldecir al destino y…sucumbir al deseo, ansiando que una vez saciado no lo siguiese consumiendo de aquella manera y pudiese pensar con claridad y centrarse en lo que realmente importaba: la venganza.

La comida no había estado tan mal, a pesar de su aspecto un tanto extraño, estaba rica. Y hasta el tercer o cuarto bocado no se percató del hambre que tenía. No recordaba cuando había sido la última vez que había ingerido alimentos sólidos, quizás el día que fue despedida del trabajo a la hora de comer, pero en aquellos momentos nada de esos importaba.

Lo único que quería era disfrutar de cada bocado de aquel puré con pinta de haber sido tragado y escupido, que pese a todo estaba riquísimo, y sabía un poco a champiñones o algún tipo de hongo.

Con gula, siguió comiendo aun cuando ya estaba saciada, no iba dejar nada. Gaerth tenía razón cuando le dijo que tenía que recuperar las fuerzas, no podía seguir así, a un paso de caer si la brisa soplaba muy fuerte.

—Mmmm que rico estaba todo—murmuró saciada y feliz, mientras se palmeaba la tripita, era una mujer con carne sobre los huesos y pese que a muchos le resultara desagradable e incluso le insinuaran que debía comenzar a hacer una dieta estricta, ella estaba feliz con sus kilos de más. Por nada del mundo se iba a privar del placer que era la comida, sobre todo si sabía tan bien como lo que acaba de comer.

Una vez saciada, dejó a un lado la bolsa rojiza y se recostó sobre la cama, fue entonces cuando lo sintió, una mirada punzante sobre ella, como si estuviesen examinándola fijamente, una sensación horrible que no experimentaba desde su época de estudiante cuando el profesor intentaba ver si llevabas o no chuletas con las que copiar.

Abrió los ojos y miró hacia donde estaba él. Se sorprendió al ver

como la estaba mirando, con unos ojos brillantes que le produjeron un escalofrío.

—¿Qué es lo que miras?—preguntó al tiempo en que agarraba con más fuerza las pieles cubriéndose hasta el cuello con ellas, ocultando hasta los brazos bajo esas calentitas mantas.

La estaba poniendo muy nerviosa. La estaba mirando con una intensidad que era alarmante, que la estaba alterando.

¿Habré hecho algo mal? ¿Qué querrá ahora? Se preguntó, desviando la mirada, hasta posarla sobre sus finos labios que en esos momentos eran una línea blanca en su cuadrada mandíbula.

Estaba tenso y era evidente que ella era la causante de su estado. Ahora bien, ¿qué es lo que le haría? ¿Qué es lo que le pediría?

Temía averiguar las respuestas a esas preguntas.

—¿Qué miras?

La voz de ella rompió el hechizo que lo embrujó obligándole a mirarla fijamente, maravillándose de su salvaje belleza, de la sencillez de sus gestos, del fuego que ocultaba su piel.

A ti. Por todo lo sagrado, desde que te vi por primera vez sólo tengo ojos para ti. Nunca una mujer me alteró como lo haces tú.

La cara de sorpresa que mostró la joven cuando le vio cubrir el espacio que los separaba y abalanzarse sobre ella, le mostró que en lugar de verle como un loco buscando la salvación en sus brazos, ella lo que esperaba era una respuesta.

Pero ahora que iba a sucumbir al deseo, las palabras sobraban entre ellos.

—Pero que haces…—consiguió decir Bridgit, después de reponerse del susto al verle acercarse en tres zancadas hasta la cama con cara de trastornado, como uno de esos guerreros que salían en las películas cuando se lanzaban hacia la muerte—. ¿Te has vuelto loco o qué? ¿Qué es lo que quieres?

Gaerth gimió en alto, mirándola con ferocidad al tiempo en que tiraba de las pieles hacia abajo, y descubría el tesoro que estaba ansioso por explorar.

—Sí, estoy loco—susurró con voz ronca, devorándola con ojos enfebrecidos por el deseo—. Loco por tu cuerpo, por tu fuerza, por tu belleza, por tu deslenguada manera de enfrentarte a mí. Me has trastornado, guerrera.

Si ya antes estaba perpleja ahora estaba entre húmeda por el deseo y a un paso de saltar de la cama y salir corriendo como alma que persigue el diablo. ¿Cómo que ella le volvía loco? Si era él quien la trastornaba con ese cuerpo esculpido y esa voz ronca y afrodisíaca.

Era el sueño de cualquier mujer, un poco tosco y vistiendo una falda escocesa, pero un pecado que te ponía el destino en tu camino para ver y no tocar, pues hombres como ese no se giraban para mirarla dos veces.

Sí, claro, loco por mi cuerpo. Este lo que quiere es un polvo rápido, un aquí te pillo aquí te mato y luego nada. Ironizó Bridgit para sus adentros removiéndose en el sitio intentando sacárselo de encima. Se asustó cuando escuchó sus pensamientos. ¿Es que acaso quería algo más que un polvo rápido? ¿Qué es lo que esperaba? ¿Un anillo? ¿Una promesa? ¿Era tonta o qué? ¿Cómo iba a pretender algo más serio con él si ella pertenecía a otra época y tenía la intención de regresar a un mundo en el que él no sería más que una mota en la historia?

Frustrada y enfurecida consigo misma, acabó gritándole, golpeándole con fuerza el amplio pecho con las palmas de las manos:

—¡Quítate de encima, orangután! No quiero tener nada contigo. No te deseo, no te…

En lugar de hacerle caso, él se recostó completamente sobre ella rozándola con la áspera tela del kilt, aplastándola con su peso. Era absurdo que dijera que no le deseaba cuando sus pupilas se habían agrandado y podía percibir el dulce aroma del deseo femenino en el aire. Cuando sus cuerpos quedaron unidos sobre la cama, sonrió al escucharla gemir.

Su boca podría decir que no, que no le deseaba, pero su cuerpo se removía debajo de él sacudido por pequeños temblores, y el corazón le bombeaba con fuerza, esperando su siguiente paso, ansiando más de aquello que le estaba ofreciendo.

Bridgit no pudo evitar aguantar la respiración y estremecerse cuando sintió el cálido aliento de él sobre su rostro, una suave caricia que la excitó, enviándole pequeños temblores desde los pies hasta la cabeza.

Quería luchar contra él, contra lo que estaba a punto de hacer, fortalecer la unión mágica que entabló con ella la noche de la invocación, pero lo que estaba sintiendo, el puro deseo que la estaba abrasando desde dentro la dejó paralizada.

En sus brazos se sentía segura, como en casa, a un paso de tocar el cielo. No quería que nadie ni nada la separase de él, ni siquiera la cruda realidad que cuando todo pasase se iba a arrepentir de lo que iban a hacer. Sobre todo cuando tuviese que encontrar los pergaminos para poder romper todo lazo con aquella época, con aquel cálido hombre que la estaba acariciando en esos momentos con una delicadeza que la estaba derritiendo.

En esos momentos iba a dejarse llevar, a disfrutar de lo que estaba sintiendo, de la calidad que le estaba infundando con cada caricia, con cada beso, del fuego que los lamía ambos llamado deseo.

Iba a ver esa experiencia como uno de esos sueños que tanto anhelas que se produzca, pero cuando te despiertas te golpeas contra la dura realidad. Un sueño que para ella se le estaba cumpliendo e iba a quedar grabado en su mente y en su cuerpo para siempre.

Sus manos callosas la acariciaban con lentitud, excitándola, recorriendo su cuerpo desnudo como si estuviese memorizando cada rincón de ella. Eran reverenciales, como miles de besos sobre su piel, caldeando su corazón, provocando que su cuerpo ardiese de deseo.

Cerró los ojos y arqueó la espalda jadeando cuando le sintió como le acariciaba el interior de los muslos, entreabriéndole las piernas un poco. Estar expuesta a él, completamente desnuda, a su merced era una sensación que la excitaba porque sabía que en sus manos estaba seguro, a salvo, que él sólo buscaba el placer de ambos, no le haría daño.

Cuando sintió sus labios sobre su cuello, mordisqueándole y lamiéndole luego la piel, marcándola como suya, Bridgit jadeó en alto abriendo los ojos. Ya no podía quedarse quieta, necesitaba tocarle a su vez, pasar sus manos sobre su sedoso cabello, por su ancha espalda, por su cuidado y marcado abdomen, por sus nalgas, por todo su cuerpo.

Así lo hizo. Ambos comenzaron a acariciarse y a besarse con lentitud, saboreando al otro, disfrutando de aquellos minutos previos a lo que ambos deseaban.

Se quejó cuando él se separó, pero sus quejidos murieron en su boca cuando contempló cómo se desvestía lentamente sin dejar de mirarla a los ojos. Por ella. Así le indicaba orgulloso con su pose, con sus posesivos ojos, por ella estaba en ese estado. Duro, excitado, a un paso de correrse si ella le llegaba a tocar siquiera. Por ella se sentía en el Infierno, y ansiaba saborear el cielo que encontraría entre sus brazos.

El colchón crujió cuando Gaerth se retiró el kilt y lo dejó caer al suelo. Le gustaba la mirada de ella, deseosa, hambrienta, orgullosa. Ella le devoraba con los ojos y cuando los fijó en su erguida e hinchada verga no pudo evitar jadear en alto. Sonrió con orgullo masculino.

Era habitual que los hombres se bañaran en el mar tras un duro entrenamiento, por tanto sabía que no era pequeño, pero ver la sorpresa dibujada en el rostro de aquella mujer, sus pupilas dilatas por el deseo y que sus pezones se endureciesen…era un regalo que iba a atesorar, y que le llenaba de orgullo porque ella disfrutaba con lo que estaba viendo.

Mío, gritaba su mirada y aquello le encendió más a un paso de desear correrse sobre ella para luego colmarla de placer y volver a correrse en su interior marcándola completamente como suya, como

su mujer.

No iban tan mal acertadas sus suposiciones, porque Bridgit sí que le estaba devorando con los ojos.

Mi esposo. Pensó excitada, lamiéndose los labios con anticipación. *Este pedazo de hombre es mi esposo, aunque él no tiene por que saberlo.*

Por qué seguir negando los hechos, la realidad. Estaba unida mediante un enlace mágico con ese mestizo, con ese adonis con mirada de demonio lujurioso. Los lazos que los unían se estrecharían con el paso de los días, hasta que les fuese imposible resistirse al impulso de unirse, lo que estaban a punto de hacer tarde o temprano habrían acabado sucumbiendo. Pecaría con aquel hombre, y luego ya se arrepentiría y buscaría los pergaminos para arreglar aquel desaguisado.

—¡Oh, Dios!—jadeó Bridgit cuando le rozó los labios exteriores totalmente depilados. Aquella simple caricia íntima la encendió ansiando sentirlo de una vez por todas dentro de ella, moviéndose sobre ella, empujándola más allá del límite.

Movió las caderas hacia arriba, buscando que metiera sus dedos entre los mojados pliegues y la tocara íntimamente, que la torturara con sus caricias, que la volviera loca jugueteando con su clítoris, con su húmeda entrada, con sus sensibles pliegues.

Gaerth sonrió satisfecho, orgulloso de la efusiva y ardiente reacción de ella, estaba entregada por completo a sus caricias, jadeando en alto con cada roce, moviéndose hacia arriba suplicándole silenciosamente que continuara con aquella deliciosa tortura.

—Voy a hacerte mía—*borraré la presencia de otros hombres en tu vida, si los hubo*. En esos momentos poco le importaba si era pura o no, sería el primero en marcar con su presencia su cuerpo, su mente, su corazón, de intoxicarla hasta el punto que cuando otro hombre se atreviese a tocarla ella no pudiese dejar de pensar en él. Estuvo a punto de gruñir cuando le pasó por la mente la imagen de ella en brazos de otro hombre. Por Dios que lucharía contra el mundo de ser necesario para que aquello no sucediese. Ella le pertenecía, y aquella noche iba a hacerla suya, hasta que ambos explotaran de puro placer.

—No tardes…quiero…quiero…—su voz era jadeante, rota, ronca, ansiosa. Si fuese por ella le tumbaría sobre la cama y lo cabalgaría hasta estallar en miles de pedazos.

Él soltó una carcajada, que como respuesta obtuvo un mordisco en el hombro.

—¡Eh!—se quejó, mirando el lugar donde le había mordido. Se veía rojo, con las marcas de sus dientes, le iba a quedar marca, por suerte era donde iba cruzado el plaid sobre su hombro, podría ocultarlo.

—Te lo mereces, por reírte de mí. Parece que soy la única que quiero que me la metas de una vez.

Lo había dejado sin palabras. Mudo de asombro con la mirada clavada en sus ojos. Que la llamase descarada, pero ya estaba caliente, húmeda y con muchas pero que muchas ganas, ahora quería que sus cuerpos se uniesen de una vez, sentirle dentro con fuerza, hasta el fondo, que perdiese el control.

El beso que recibió como respuesta fue duro, salvaje. Sus labios fueron crueles, marcándola, excitándola con su exigencia, con su dominio. Sin dejar de besarla, le agarró uno de sus pechos y lo estrujó sin ejercer mucha fuerza, jugueteando luego con su erecto pezón, enviándole miles de electrificantes sensaciones por el cuerpo.

Cortó el beso y descendió por el cuello depositando pequeños besos y mordiscos. Ella le había exigido que la tomara de una vez por todas, pero él no se lo iba a conceder por mucho que sintiese que le iban a reventar las pelotas. Primero la volvería loca, que estuviese a un paso de explotar con sus besos y caricias para luego poseerla en alma, cuerpo y corazón. Porque aquella deslenguada que le volvía loca iba a ser suya, completamente suya.

El muy cabrón la estaba torturando. La estaba besando, acariciando, mordisqueando, excitándola con sus caricias y luego se paraba y volvía a empezar. Era un círculo vicioso que no deseba que terminase pero que quería que diese un paso fuera de ese círculo y le diese lo que estaba esperando con una necesidad que la abrumada, la confundía y temía.

Quería que la llenase por completo, que la tomara con fuerza en aquella cama, que se tumbara sobre ella y bombease con fuerza, hasta que la quebrase por dentro de puro placer.

Le daba miedo la intensidad de aquella necesidad, pero en esos momentos no podía pensar en otra cosa que no fuese las tortuosas sensaciones que experimentaba con cada caricia, cada beso, cada mordisco.

Cuando ya creía que alargaría aquella tortura, éste la sorprendió al levantarle las piernas.

—Mantenlas así—ella enrojeció al ver que le estaba diciendo que abriera las piernas, las doblara y quedara expuesta—. Sujétalas para que pueda tener acceso—más roja no podía estar, aún así hizo lo que le pidió, pasó las manos por debajo de sus muslos y apretó con fuerza, para que no se cerraran pasara lo que pasara. La postura era un poco incómoda, con las rodillas cerca de sus hombros, y abierta como estaba, pero a la vez también era excitante y estaba ansiosa de ver qué haría él ahora—. Voy a saborearte.

Oh, Dios y todo lo sagrado. Gimió cuando le vio arrodillarse entre sus piernas, levantarle la cadera y enterrar su cara frente a sus húmedos pliegues. Tensó el cuerpo y esperó. Los segundos que tardó en llegar el primer beso le parecieron horas.

—Ah, ah, ¡más! ¡Más!—jadeó cuando él comenzó a besarla y lamerla, probando su sabor.

Con la mano libre, pues la joven apenas le suponía un esfuerzo alzarla con una sola mano, entreabrió los pliegues y gruñó cuando contempló la flor que protegían. Sonrosada, perlada con los jugos que brotaban de su interior, palpitante y…pasó su lengua muy cerca del botoncito enrojecido, deliciosa. Adictiva. Cuando comenzó a lamer, chupar y mordisquear ya no pudo parar. El autocontrol que ejerció sobre su cuerpo se quebró y se lanzó a beber de ella como un sediento, excitándose con cada jadeo, con cada temblor, con cada imperceptible movimiento de cadera.

Bridgit no podía dejar de gemir. Cerró los ojos y se dejó llevar por lo que estaba experimentando, una explosión de sensaciones que se arremolinaban en su vientre, condensándose de tal manera que parecía que de un momento a otro iba a explotar.

Al verla tan entregada, con el rostro enrojecido, los labios húmedos y entreabiertos, hinchados y enrojecidos por los besos, las mejillas sonrosadas, sus pechos bombeando arriba y abajo cuando ella se movía inconscientemente buscando más profundidad en aquellas íntimas caricias, tuvo que luchar contra la imperiosa necesidad de alejarse de aquel bocado exquisito y hundirse completamente, para perder el control y enterrarse en ella como si no existiese un mañana hasta derramar su semilla. Pero en aquellos momentos quería que fuera ella la que explotara, la que perdiese el control de su cuerpo, la que se entregara por completo.

Atrapó entre los dientes el palpitante botón y tironeó hacia arriba, provocando un jadeo sorprendido y de puro placer, repitió el gesto dos veces antes de chuparlo con avidez, al tiempo en que la penetraba con un dedo, sorprendiéndose de la calidez y la estrechez de su interior.

Mía. Pensó mientras chupaba el pequeño botón sonrosado escondido entre los pliegues que palpitaba con fuerza. *Eres mía, guerrera. Eres mía, Bridgit.*

Seguro que de escucharle ella le habría soltado una de sus frases burlonas, pero en esos momentos se derretía en sus brazos, gimiendo sin control.

Así era, Bridgit estaba sorprendida y perdida por lo que estaba sintiendo, y no era para menos pues estaba teniendo el mejor sexo de su vida. Con su lengua y sus dedos, la estaba conduciendo a pasos agigantados al orgasmo. El cosquilleo de aviso de que estaba a punto de alcanzar el cielo se extendía con rapidez, como el fuego sobre la maleza, por su cuerpo. Le faltaba poco,….muy poco.

—¡Oh, dioses! Ga…Gaerth. Más, más, ¡más fuerte!

Sí, pequeña, sí. Grita mi nombre.

Y el fuego que creció en su interior explotó, fragmentándola por

dentro en miles de pedazos. El deseo recorrió velozmente su cuerpo, convulsionándola, dejándola exhausta y jadeante.

Definitivamente, el mejor orgasmo de su vida.

Perdida en medio de la vorágine del placer, gritó una y otra vez el nombre de Gaerth, desgarrando las sábanas de lino al tirar con fuerza de ellas, soltando las piernas que si no fuese porque él las mantenía apresadas habrían caído a ambos lados, como si fuesen de plomo.

El orgasmo duró segundos, pero fueron unos segundos llenos de puro placer, en el que a través de sus ojos cerrados pudo ver como el fuego de su interior danzaba extasiado, rodeándola, extendiendo sus protectores y cálidas lenguas de llamas por su cuerpo, potenciando el placer que estaba saboreando. La magia le reconocía, le estaba dando la bienvenida.

Éste no dejó de saborearla, hasta que las convulsiones cesaron, hasta que dejó de temblar en sus brazos, cayendo exhausta sobre la cama, con los brazos y las piernas lánguidas, como una muñeca de trapo. Esperó a que abriese los ojos para incorporarse y posicionarse encima de ella, quedando cara a cara y con una de sus rodillas entreabriéndole los muslos.

—Ahora vas a ser mía, por completo—dijo con voz ronca. Pero no se movió, esperó a que ella diese el primer paso, a que le confirmase que quería que la hiciese suya.

—¡Oh, Dios sí! Hazme tuya—jadeó Bridgit sin ser muy consciente de lo que decía. Sólo quería sentirle dentro de ella, y poco le importaba que tuviese que suplicar, más tarde se lamentaría por lo que estaba diciendo o haciendo, pero en ese momento sólo quería que la penetrara, que la llenara con su polla de gran tamaño, gruesa y palpitante.

Aquello era lo que estaba esperando, que fuese ella la que se lo suplicara, la que abriese más las piernas y le mirase a los ojos con el deseo brillando en sus pupilas. Echó mano del poco control que le quedaba, y presionó lentamente en la humedecida entrada. Cerró los ojos, apretando los labios mientras avanzaba lentamente, sumergiéndose en la calidez que estaba a punto de volverle loco.

—¡Oh, Dios!—murmuró esta vez Gaerth con voz ronca. Estaba tocando el cielo.

Bridgit entreabrió los ojos, y al ver la cara contorsionada del hombre preguntó con voz susurrante:

—¿Estás bien?—temía que su magia se descontrolase y lo estuviese quemando, pues la cara que mostraba parecía que estaba sufriendo dolor.

Gaerth rió, moviendo todo su cuerpo por los temblores, acariciando cada rincón de ella con su fuerte y palpitante miembro. Habían sido creados el uno para el otro, amoldándose a la perfección, como la

vaina de una espada con la afilada arma. ¿Qué si estaba bien? Estaba en la gloria, hundiéndose centímetro a centímetro en el paraíso.

—Ah, Bridgit, eres única. Estoy bien—abrió los ojos y buscó los de ella—. Ahora, si estoy bien—ya estaba dentro, por completo, llenándola, estirándola con su longitud y grosor—. No podré por más tiempo mantener el control.

Ella le abrazó con las piernas y los brazos, acariciándole la espalda. Ya estaba hecho. Eran uno. La magia se fortalecería entre los dos, pero siempre quedaba una vía de escape, siempre había una puerta de atrás con la que escapar, pero en esos momentos…sólo iba a centrarse en él.

—Tampoco quiero que te controles, lo quiero duro, fuerte.

No hubo más palabras entre ellos dos. Aunque le hubiesen amenazado de muerte, no podría haber dicho una palabra. Quedó mudo ante aquella petición y agradecido, pues no podía contenerse por más tiempo. Comenzó a moverse lentamente al principio, pero al sentir como ella levantó las caderas en una muda súplica y le arañó la espalda comenzó a cabalgarla con dureza.

Los jadeos rompieron el silencio de la noche, el crujido de la cama los acompañaba, y Gaerth seguía luchando contra la imperiosa necesidad de dejarse llevar, de correrse dentro de ella e inundarla con su semilla. Quería que durase, deseaba seguir sintiendo su estrechez que le abrazaba con avidez, que le quemaba con su calor. La penetró con fuerza, una y otra vez, llegando a golpear un punto dentro de ella que la hizo jadear en alto y abrir los ojos sorprendida.

Intentó seguirle el ritmo elevando las caderas, pero no lo consiguió. Cada vez que se sumergía dentro de ella la clavaba contra el colchón, se deslizaba por su interior con fiereza, pero excitándola, marcándola, pero humedeciéndola, provocando que el fuego que explotó se avivara y la amenazara con volver a estallar.

—Tan prieta—murmuró sin dejar de bombear—.Tan caliente.

Bridgit le tiró de los cabellos y le obligó a agachar la cabeza, sonrió al ver que él no dejó de moverse. Quería besarle. Y así lo hizo. Con su beso le mordió los labios, bebió sus roncos gemidos, le dio a beber los suyos. Jugaron uno con la lengua del otro, maravillándose al sentir que siempre habían estado destinados a encontrarse, a unirse de aquel modo.

El primero en cortar el beso fue él, necesitaba respirar y ya estaba a un paso de explotar, quería más duro, más fuerte…, aceleró el ritmo, exigiendo que ella lo diese todo, que sintiese todo lo que él sentía. Quería que gritara su nombre de nuevo mientras se perdía en la bruma del deseo, que recordase aquel día, que no lo pudiese olvidar jamás.

El orgasmo sorprendió nuevamente a Bridgit que gritó el nombre de su esposo, sin importarle que los demás habitantes del castillo los

escuchasen. Su mente quedó en blanco y su cuerpo cayó exhausto sobre la cama, tembloroso.

Gaerth embistió dos veces más antes de sucumbir. Las paredes de la vagina atraparon su miembro bombeándolo, estrujándolo con fuerza. Echó la cabeza hacia atrás y gruñó roncamente, descargando su semilla en su interior.

Aquella unión les cambió a ambos, pero a la vez les recordó que aquello no era más que un sueño que en nada tendrían que despertar.

CAPÍTULO 10

Cuando Bridgit despertó, aún no había amanecido. Intentó moverse pero unos brazos la atraparon nuevamente, acercándola a un cálido cuerpo. Miró por encima del hombro y le vio. Gaerth McLeod descansaba a su lado, abrazándola con posesividad, transmitiéndole calor con su cuerpo.

Cerró los ojos y se movió, acercándose más a él. Bajo las pieles los dos estaban desnudos, y olían el uno al otro. Los recuerdos de la noche anterior acudieron a su mente, sorprendiéndola por su entrega, por el placer tan intenso que experimentó. Debería sentirse arrepentida, pero la verdad era que se sentía descansada, como si hubiese dormido varios días, y para sorpresa suya, feliz.

Pero el sueño que era aquella paz que sentía, aquel sentimiento de auténtica felicidad, podía quebrarse en cualquier instante, sobre todo cuando la dura realidad se impusiese en su vida, mostrándole la crudeza de su situación, que no era más que un instrumento en la venganza del hombre que la abrazaba tan cálidamente.

Sintió un pinchazo en el corazón. Le dolía pensar aquello, aunque fuese verdad.

Más tarde ya pensaré seriamente en lo que hice, ahora sólo quiero disfrutar de estos minutos de paz. Pensó al tiempo en que se giraba quedando frente a él.

Le contempló en silencio, sintiendo como la tranquila respiración del hombre la acariciaba la piel.

Alzó una mano y le rozó la mejilla.

Eres mi esposo. A tu lado me gustaría olvidar mi pasado. Se que podría hacerlo, a tu lado lo olvidaría todo. Se dijo sin dejar de acariciarle, procurando no despertarle. *Pero si te acepto en mi vida, no podré regresar, me quedaré atrapada en este tiempo. ¿Y realmente es eso lo que quiero? ¿No sé qué hacer? ¿Qué puedo hacer?*

Apenas fue una caricia, pero suficiente para despertarle. Gaerth se removió en el sitio, no deseando despertarse del todo, queriendo por primera vez en su vida quedarse un poco más en el sueño que había tenido a lo largo de la noche, un sueño en el que la paz le colmó de pura felicidad. Una suave caricia le sacó de las brumas del sueño, y con algo de somnolencia en el cuerpo, abrió los ojos, encontrándose con la mirada brillante de la mujer que había trastocado su vida.

El murmullo que brotó de los carnosos labios de ella, le despertó del todo.

—Buenos días, escocés.

Aquella voz le provocó que sufriese un vuelco en el corazón. La pasión que le había cegado la noche anterior, aún persistía dentro de él, con intensidad, a flor de piel.

La atrajo con un brazo, apretándola contra su cuerpo, depositando a continuación un beso en sus entreabiertos labios.

La contempló en silencio sonreír tras su beso, mientras le acariciaba distraído la desnuda espalda de ella.

Bridgit cerró los ojos de puro gusto. Estar así, sin hacer nada, sólo disfrutando de la calidad del hombre, de sus suaves caricias, de su ardiente mirada. Sonrió abiertamente, antes de murmurar:

—Podría acostumbrarme a esto.

Esta vez el que sonrió fue Gaerth, quien disfrutaba al verla tan relajada en sus brazos.

—Te acostumbrarás—estarás a mi lado, para siempre. Se prometió no dispuesto a dejarla marchar. Más tarde ya pensaría en las consecuencias de sus actos, pero en esos momentos, la quería cerca. Confiaba en ella, y más tarde, aquella misma noche la colmaría de placer, disfrutando de nuevo de su adictivo cuerpo—. Pero ahora, es hora de levantarse. El sol ya hace rato que salió—musitó mirando hacia la ventana, desde donde se podía percibir a través de las raídas cortinas los tenues rayos del sol—. Dentro de poco comenzará el entrenamiento y no podemos llegar tarde.

—¿Es necesario levantarse?—preguntó con voz adormilada Bridgit. No quería levantarse, ni enfrentarse al día, ni a la idea de que se había condenado por el momento a permanecer en aquella época…, ni al temor a su reacción al sentir que no le parecía tan mala idea cuando estaba en brazos de Gaerth—. Se está tan bien dentro de cama…

Gaerth soltó una carcajada, antes de palmearla el culo un par de veces, levantándose de la cama. Bridgit se quejó cuando se alejó de ella.

—¿No podíamos quedarnos un ratito más en cama?—preguntó mientras le devoraba con los ojos. Él estaba sentado a un paso de ella, y no podía evitar comérselo con los ojos, desde su ancha y marcada espalda, al prieto culo que mostraba los arañazos que le hizo la noche anterior.

Sin dejar de buscar el plaid que lanzó al suelo en medio de la pasión, Gaerth le respondió:

—Si lo prefieres, puedes quedarte hasta la hora de la comida. Te hará bien descansar—encontró la oscura tela palpando bajo la cama. Se levantó y se vistió de espaldas a la cama, desde donde percibía la intensa mirada de ella.

Bridgit lamentó que tuviese que esconder ese pedazo de cuerpo tras esa holgada tela oscura, pero fuera de esas cuatro paredes no quería

que nadie lo viese como ella lo había visto la noche anterior. Era suyo, y sólo ella podía verle desnudo.

—¿No podías quedarte un ratito más?—se tapó con las pieles hasta el cuello. Sabía que era una petición que él iba a rechazar, pero no podía evitar preguntárselo.

Gaerth se giró para mirarla a la cara, colocándose esta vez el sporran y la funda de la espada.

—No puedo, por mucho que lo desee.

Bridgit sonrió al ver el pesar en sus ojos, con una sonrisa ladeada, se destapó un poquito, dejando al descubierto el escote, pero sin llegar a mostrar lo que realmente volvía loco al hombre, sus pechos.

—¿De verdad que no puedes?

Gaerth gruñó con los ojos clavados en las suaves curvas que se percibían entre las mantas.

—Tentadora—masculló entre dientes, luchando contra el deseo—. Por mucho que quiera devorarte, no puedo quedarme. Mis hombres me esperan para entrenar, y no puedo…

Bridgit, bajó un poco más la sábana hasta dejar al descubierto esta vez si, sus pechos.

Volvió a gruñir en alto, poniéndose duro al instante.

—¿De verdad de la buena?

—Maldita tentadora—su voz sonó ronca, desesperada, a un paso de romperse. Estaba a punto de echarse encima de ella, sumergirse en su interior, una y otra vez hasta que el mundo explotara. Pero no podía sucumbir, no podía permitirse perder el control y permitir que el deseo gobernara su vida.

Pero sin ser consciente dio unos pasos hacia la cama, se arrodilló y atrapó esos labios que le tentaban, dándole un beso largo, húmedo, caliente. Cuando se separó de ella, estaba duro y jadeante, a un paso de romperse, pero con el poco control que aún tenía, se puso de pie al lado de la cama y le murmuró:

—Tendrás más de esto esta noche. Te voy a devorar por completo, gritarás mi nombre, tocarás el cielo, y este beso es para que me recuerdes hasta esta noche, para que recuerdes cómo te corriste cuando me tenías dentro, cómo disfrutaste cuando te devoré—dio otro paso hacia atrás, y miró por encima del hombro hacia la puerta, donde tenía apoyada la espada contra la pared. No era habitual que dejara la espada tan a desmano en su cuarto, pero con una «invitada» especial en el cuarto no quería arriesgarse a tenerla cerca—. Pero no será hasta esta noche—sentenció, a pesar que muy dentro de él quería desoír aquellas palabras y comenzar a devorarla por completo.

El muy maldito la había dejado sola y excitada, a un paso de tocarse para desahogarse. Estuvo a punto de echarse a reír al ver en que estado estaba, maldiciendo a un hombre que la había secuestrado

y llevado a un siglo en el que la limpieza corporal brillaba por su ausencia, los retretes eran un agujero en la roca, y el entretenimiento de las mujeres era coser y obedecer al marido, estaba a un paso de pellizcarse para ver si aún estaba soñando o no, porque no se reconocía.

Temía lo que estaba sintiendo, que podía dejar todas esas comodidades, todos esos lujos por la sensación que experimentó cuando despertó y le vio a su lado. El escocés era peligroso, lo supo desde que lo vio en el círculo mágico, y ahora tras esa apasionada noche de puro placer, en el que saboreó los orgasmos de su vida, le confirmaron que Gaerth había cambiado su vida.

Ahora bien… ¿aceptaría lo que estaba sintiendo? ¿O ganaría la razón?

Gaerth no estaba en mejor estado, desde que abandonó el dormitorio tuvo que luchar contra el deseo con todas sus fuerzas. Ni siquiera fue capaz de desayunar a gusto, indispuesto por las acusatorias miradas de los presentes, la sonrisa autosuficiente de su padre y la imagen tentadora de la mujer que aparecía por su mente, cuando menos se lo esperaba.

—Hermano. ¿Qué te sucede? Estás más… ¿cómo decirlo? Estás más cabrón que de costumbre—la voz de Hugh le devolvió a la realidad. Miró al joven a la cara y pasó por alto sus duras palabras, él era el único que podía decirle eso sin sufrir su ira, sin acabar desmayado en el suelo. La relación que tenían como hermanos era de confianza. No podía ser de otra manera. Hugh había sufrido mucho en su corta vida, y se ganó su admiración cuando se le enfrentó el día en que fue a conocerle.

Se apartó del poste donde descansaba apoyado después de batirse con dos soldados, y se acercó hasta Hugh. Su hermano se mostraba preocupado y la verdad, siendo sinceros, su actitud ese día no era el habitual.

Había destrozado a los soldados que se enfrentaron a él, no había tenido medida, tuvieron que soltar la espada para dar por terminada aquella batalla de entrenamiento. Nadie tenía culpa de que estuviese tenso, a un paso de gritar, frustrado, y todo por culpa del deseo que le acosaba, de una mujer que se le ofreció y que aún seguía tumbada en su cama, o al menos así se la imaginaba.

—Bridgit. Eso es lo que me pasa—aceptó a confesar finalmente. No podría ocultarlo por mucho tiempo.

Hugh asintió con la cabeza. Era lo que se temía.

—Si que te ha dado fuerte, hermano.

—Exacto—envainó su espada y se cruzó de brazos—. La deseo. Sólo Dios sabe con qué intensidad—apretó los puños con fuerza hasta que los nudillos quedaron blancos. Estaba permitiendo que el deseo carnal nublara su mente, gobernara su vida. Era un tonto que sólo estaba pensando con su polla.

Hugh podía ver con claridad la lucha interna de su hermano. Se sorprendía que estuviese así por una mujer, casi…se parecía a él tras una semana sin disfrutar de los placeres de la carne. Gaerth nunca fue golpeado de esa manera por una mujer, dejándole como un ogro con sus hombres, que gruñía cuando alguien se equivocaba, o cuando alguien tiraba la espada a sus pies no dispuestos a seguir destrozándose el brazo con cada mandoble que propinaba el frustrado hombre.

Lo mejor es que piense en otra cosa, en que no permita que los demás vean lo alterado que está, que sigan creyendo que es por la decisión que tomó el Consejo, en la que nos impedían atacar a los malditos MacKenzies.

—Desenvaina tu espada viejo, que esta vez te voy a ganar.

Gaerth se sorprendió y por poco no esquiva el mandoble de su hermano pequeño. Soltando una carcajada, desenvainó la espada y comenzaron a luchar, resonando los golpes en el silencio del patio del entrenamiento.

Los demás soldados dejaron de entrenar y se quedaron mirando la lucha de los dos hermanos. Se movían como depredadores dando golpes certeros que detenían con agilidad, eran guerreros que admiraban y deseaban imitar, y en esos momentos disfrutaban del espectáculo que estaban ofreciendo.

No fueron los únicos que los observaban. A lo lejos, Malcom McLeod miraba a sus hijos con orgullo. Los años le pesaban en el alma, y la culpa por lo que sucedió en el pasado le quitaba el sueño por las noches. Desde la muerte de su esposa ahogó el dolor en la guerra, batallando contra los ingleses y contra los clanes enemigos.

Estuvo ausente de su hogar años, dejando el cuidado de su hijo a las nodrizas y a los dos soldados que ordenó seguir al joven heredero para protegerlo. Durante años no se preocupó por su hijo hasta que fue demasiado tarde y el odio y el rencor había enraizado en su joven corazón, alejándole de él.

Gaerth le trató con frialdad, manteniendo la distancia, asegurándole que le odiaba y luchando por ser el mejor, alcanzando la fama del Ángel Caído. Con pesar recordaba con claridad el día en que su heredero apareció con un mugriento muchacho inglés. Cuando iba a reprocharle su larga ausencia y la audacia de llevar consigo a un inglés, se quedó sin palabra al ver la cara del muchacho, pues…Su rostro era el suyo.

Era su hijo. No había duda.

Nacido de un desliz, del que se arrepentía cada día de su vida, y que fue el causante de la muerte prematura de su esposa. Por todo eso, odió a ese muchacho. Desde el primer instante en que su hijo le aseguró que si no le aceptaba en el clan se iría con él sin mirar atrás.

Con su presencia, su heredero le torturaba, recordándole cada vez que veía al inglés su culpa. Con el paso de los años llegó a respetar el coraje del joven, que luchaba fieramente por encontrar su lugar en aquella tierra, aún a pesar de sus orígenes.

Ahora se arrepentía de haber sido tan distante con sus dos hijos. A sus cuarenta y cinco años, los recuerdos y la nostalgia invadían sus sueños. A pesar de los escarceos con varias mujeres, nunca encontró otra como su esposa, una joven hermosa por dentro y por fuera, con una herencia mágica que en lugar de asquearle le atrajo por la fuerza que mostraba y su coraje. Pero por una estupidez, una noche en la que pecó, perdió a su único amor.

Sólo espero que algún día me perdones, mi querida esposa, allá donde estés. Pues él no creía que su amada esposa estuviese en el Infierno, no se lo merecía. La culpa la tenía él, por llevarla a la desesperación, por ser el causante de su desdicha, de su muerte atroz. *Mi corazón se quebró el día de tu muerte.*

Gaerth se detuvo un segundo, antes de detener una estocada de Hugh. Levantó el brazo y lo bajó de golpe, entrechocando las espadas, logrando desarmarlo.

—¿Qué me ibas a ganar, eh? Sigue practicando Hugh, aún te queda mucho para desarmarme, niño.

Al ver a su hermano guardar su espada en la funda, se extrañó. Gaerth solía ser el último en abandonar el patio de entrenamiento tras una dura jornada. Acabó preguntándole:

—¿Ya te rindes, hermano? ¿No continúas el entrenamiento?

Éste no le respondió, así que insistió muerto por la curiosidad, y más cuando divisó al Laird al fondo del patio muy cerca de las puertas de entrada al castillo. Le miró unos segundos a la cara al hombre que le dio la vida, pero que le repudió cuando estaba aún en el vientre de la zorra de su madre, provocando que naciera como un bastardo fruto de una infidelidad en Inglaterra.

El Duque de Forrts se vio obligado a aceptarlo, aunque lo trató como a un mozo de cuadra. Apretó los dientes con rabia, su vida había sido una mierda, llena de humillación, de insultos, de golpes, y todo por ese hombre. Por ese maldito escocés que jugó con su madre, que le dio la espalda cuando ella quiso entregarle aún antes de nacer, cuando le repudió por segunda vez el día en que le salvó la vida al

traerle a la isla.

Le odiaba, no podía remediarlo, ni ocultar el rencor que le tenía. Su única familia eran Gaerth y los Guardianes, los únicos por los que derramaría su sangre.

Cuando vio como el Laird entró en el castillo, sin mirar atrás, Hugh se giró y miró a su hermano. Éste también estaba contemplando al padre de ambos.

—¿Gaerth? Me molesta sobremanera cuando no se dignan en responderme. ¿A dónde te diriges con tantas prisas? Aún no terminó el entrenamiento. No es normal en ti que seas el primero en salir de la liza.

Conocía muy bien a Hugh, su hermano era capaz de insistir hasta la saciedad con tal de salirse con la suya, lo mejor era responderle o le tendría pegado a su culo el resto del día.

—Voy a hablar con Magnus. Él es el que tiene los pergaminos y preciso leer el que me ocultasteis.

Hugh ya esperaba que Gaerth tarde o temprano, más temprano que tarde conociéndole, se decidiera a investigar por su cuenta. Confiaba en ellos, pero su deber como el vinculado en el ritual era informarse de todos los aspectos del mismo, de los pequeños detalles que podrían ser detonantes de sorpresas inesperadas que no sería muy conveniente experimentar. Lo que sí le sorprendió fue averiguar que éste supiese quien era el que tenía los pergaminos, quien de los cuatro Guardianes era el que los mantenía ocultos a buen resguardo.

—¿Cómo es posible que sepas que quien tiene los pergaminos es Magnus?

—Simple deducción—se encogió de hombros al tiempo en que desarrollaba su teoría—. Él es el único sensato de vosotros cuatro—ignoró la mueca de burla de su hermano y continuó—, y todos confiáis en él—Sonrió al ver la expresión que puso Hugh ante sus palabras—. Pero ahora no es momento de hablar, hermano. Te veré más tarde. Continúa ejercitándote—le gritó mientras se alejaba del patio, pasando por alto las miradas extrañadas de los soldados.

No despegó la mirada de la espalda de su hermano hasta que lo vio desaparecer de la muralla que rodeaba al castillo, rumbo al pueblo. Masculló entre dientes varios insultos hacia el destino y hacia su propia sangre escocesa y decidió regresar al entrenamiento para desquitarse con un arte que llegó a admirar y dominar la lucha de espada.

Llamó a uno de los soldados que estaban cerca y agarró con fuerza la empuñadura de su espada, más tarde le preguntaría a Magnus qué es lo que Gaerth había descubierto, eso si conseguía descubrir algo. Le habría gustado acompañarle, pero le conocía muy bien, no le habría dejado, o más bien, y tal y como hizo, le ordenaría que…

—Sigue entrenando—masculló entre dientes—. Sigue entrenando, como si fuese un maldito crío.

Dio el primer mandoble, que fue detenido sin dificultad. Sonrió. Le gustaban los retos y los escoceses adoraban batallar. Que mejor combinación para un hombre que no tenía futuro, ni un apellido al que aferrarse y una reputación que le precedía y le cerraba las puertas a una posible familia.

—Maldito bastardo—estuvo a punto de reírse de sí mismo al darse cuenta de lo que había dicho, pues el único bastardo reconocido de aquellas tierras era él. Los demás se le quedaron mirando cuando echó a reír en alto, sin dejar de batallar con el soldado. El destino era una zorra que les gustaba jugar con los hombres y cada día estaba más seguro de ello.

Gaerth salió del patio y se dirigió hacia la cabaña de Magnus. El Guardián compartía cabaña con un soldado a las órdenes del Laird. Cuando Hugh se había enterado de que compartía la cabaña con el «enemigo» le había retirado la palabra durante semanas, hasta que Meagan consiguió que los dos reanudasen la amistad.

Atrás quedaron los recelos iniciales de Hugh contra el compañero de cabaña de Magnus. Después de tres años, éste le trataba como un miembro más de su familia, yendo con ellos dos de caza y a tomar unos tragos en la única posada de la isla situada en el puerto, al sur.

No tardó en llegar, atravesando medio pueblo. La cabaña estaba apartada de las demás, al igual que los hogares de los demás Guardianes. Al llegar, golpeó la puerta antes de abrirla, sin esperar la respuesta de Magnus. Pero no debía de haber entrado de esa manera, sin avisar. Con la mano sobre el pomo de la puerta, se quedó parado en el umbral, con la boca abierta, y mudo del asombro. Tardó unos segundos en reponerse, segundos que pasaron muy lentamente y fueron acompañados de un tenso silencio. Carraspeó un par de veces, buscando tranquilizarse, y se disculpó por la intromisión, cerrando la puerta, quedando parado frente a la cabaña, con cara de tonto, de sorpresa y a un paso de boquear como un pez.

No podía creer lo que había presenciado. Era tan…tan… Nada más entrar se encontró a Magnus en la cama con Elriec, en una postura comprometedora y gimiendo de placer. No había modo de equivocarse tras aquella estampa.

Las pruebas eran más que suficientes para demostrarle que aquellos dos estaban jugando con fuego, había escuchado rumores de relaciones entre hombres, pero nunca las había presenciado. Ahora

comprendía los enfados del Guardián y su reticencia a acompañarlos a las casas de mala muerte en busca de compañía femenina.

Los ruidos en el interior de la cabaña atrajeron su atención. Era como si alguien estuviese corriendo de un lado a otro como un caballo desbocado. Antes de lo que se esperaba, la puerta se abrió, dando paso a un ruborizado Magnus, que tartamudeó al invitarle a pasar a su hogar.

—Tenemos que hablar, Gaerth. Lo que viste….

—Está bien, Magnus—le acalló recordando que estaban rodeados de chismosos que podrían tomarse muy mal la relación que mantenía con otro hombre—. Entraré y hablaremos con calma.

Magnus se hizo a un lado permitiéndole pasar, se había vestido apresuradamente, sin llegar a atarse el plaid correctamente. Pasó por alto su desaliñado aspecto, y nada más entrar, Gaerth enrojeció al ver las sábanas revueltas y a Elriec sentado cara al fuego con evidente tensión en el cuerpo. Si él hubiese sido interrumpido en medio del acto sexual habría matado al intruso.

—Gaerth, yo… no sé por donde comenzar—Magnus caminaba de un lado a otro, lucía nervioso. El kilt y el plaid estaban torcidos, y tenía el rostro rojo, visiblemente alterado y avergonzado.

—No tienes que contarle nada, Magnus—Gaerth se sobresaltó ante el tono mordaz de Elriec. El soldado se levantó y atravesó la cabaña, para abrazar a su pareja. Le abrazó desde atrás, depositando un beso en su cuello, desafiando con la mirada a Gaerth. Se estaba arriesgando con aquel gesto pero no iba a perder a su compañero, no cuando por primera vez en su vida era feliz.

—Pero…yo….él…Le debo una explicación Elriec, compréndeme.

Gaerth en ese momento decidió intervenir. Al ver el intercambio entre los dos, no pudo menos que sorprenderse al no haberse percatado antes de la relación que mantenían. Esos dos hombres se amaban. Sus gestos, sus palabras, la confianza que depositaban en el otro, se lo confirmaba. Él no era quien para reprocharles su conducta. Eran libres de amar a quienes quisiesen, de entregar sus corazones a la persona que eligiesen.

—Tu compañero tiene razón, Magnus—notó como Elriec se relajaba, borrando de su rostro la preocupación que sentía al ser descubiertos—. Eres libre de amar a quien desees. Eso sí, que yo acepte tu relación no significa que el clan llegue a aceptarla. Sabes bien que no son bien vistas las relaciones entre hombres.

—Somos conscientes de eso, Gaerth—contestó Magnus, agradeciéndole el apoyo—. Pero no puedo dejar de amarle. No puedo alejarme de él, de lo que me hace sentir—rodeó con los brazos a Elriec y le miró con adoración, sonriendo.

Le había costado aceptar lo que estaba sintiendo por aquel soldado.

A los dos le costó. Habían sido criados desde niños con la idea de un día encontrar una buena moza con la que esposarse y tener hijos. Por tanto les había resultado una abominación el deseo que surgió entre los dos.

Pero con el paso de los días, de las semanas no pudieron seguir negando lo que sus corazones gritaban con desesperación. Se amaban. Y nada ni nadie les separarían. Eran conscientes que tendrían que mantener su relación en secreto, pero no por ello no iban a disfrutar de cada día, por estar al lado del que querían, de despertarse a su lado, de poder refugiarse en sus brazos cuando no pudiesen soportar más la dureza de la vida.

—Le amo, y asumiré las consecuencias de mi decisión.

Elriec bajó la cabeza y besó con ternura los labios de Magnus, sin importarle nada.

Gaerth los observó fijamente, después de superar la sorpresa inicial al ver dos hombres besarse, esos dos hacían buena pareja. Elriec era enérgico, un guerrero poderoso y valiente, de constitución fuerte, que le sacaba una cabeza al atlético Magnus.

Al ver que el beso no finalizaba, si no que por el contrario se volvía peligrosamente fogoso, Gaerth carraspeó en alto para romper «el mágico momento»:

—Esperad a estar solos de nuevo para continuar con lo que estabais.

El que rompió el beso precipitadamente fue el Guardián, quien volvió a enrojecer hasta el cuello al ver que estuvo a un paso de dejarse llevar, de devorar por completo a su pareja. Con voz titubeante, respondió, avergonzado:

—Yo... lo siento me olvidé que estabas aquí y…

Gaerth soltó una carcajada.

—Eso ya lo vi, amigo mío. Eso sí, os aconsejo que la próxima vez que intiméis, atrancad la puerta.

Después de reír de nuevo al ver como Elriec y Magnus enrojecían al escuchar el consejo, Gaerth se sentó con ellos alrededor del crepitante fuego de la chimenea y les pidió que le mostrasen los pergaminos.

Magnus no dudó en dárselos, preguntando por su repentino pedido. Gaerth sólo le contestó que buscaba algo, que no le cuestionase nada más.

Sospechaba que en aquellos pergaminos había más de lo que esperaban en un principio cuando invocaron al guerrero. El cambio en el color de sus ojos, el tatuaje en su pecho, la explosiva necesidad de tener cerca a la Vanior, de tocarla, de probar su sabor, de hacerla suya,…

Temía que lo que no habían podido descifrar los Guardianes por falta de tiempo o capacidad, había alterado su futuro. Y por todo lo



sagrado, que él iba a recuperar el control sobre su vida, sobre su destino.

CAPÍTULO 11

Con la ayuda de Magnus leyeron los cinco pergaminos, comentando de vez en cuando lo que iban descubriendo.

Fue un ritual que les pudo haber costado la vida y que pudo llevarse a cabo no porque fueran los Guardianes de los mismos como creyeron en un principio, si no porque cada uno de ellos poseía un núcleo mágico diferente y único que tocaba los cuatro clanes Vaniors: agua, fuego, tierra y aire, cuatro elementos que vivían y alimentaban a cada guerrero Vanior a lo largo de su vida. Gaerth ya sabía que el núcleo mágico de su hermano era herencia directa del padre de ambos, una herencia que lo vinculaba a su elemento, al Fuego.

También descubrieron que cada elemento elegía a quien pertenecer, pues cada uno de ellos potenciaba las cualidades del Elegido.

El Norte, correspondía con el elemento del Fuego, un elemento que era una balanza en la que te daba fuerza, pasión, pero al mismo tiempo te exigía sacrificio.

El Oeste, por otro lado se correspondía con el Agua, un elemento esencial para la vida, para la continuidad, pero que te pondría a prueba a lo largo del desarrollo desde la niñez.

El Aire tenía como punto Cardinal el Este, y dotaba al Elegido de una capacidad para transmitir mensajes, para el descubrimiento del conocimiento, pero al igual que los demás elementos te exigía un sacrificio.

Y el que creían que era el último elemento, la Tierra tenía como punto Cardinal el Sur, y te dotaba de energía, de vitalidad, de sueños premonitorios, de oscuras predicciones. Hasta ese punto ya eran conscientes de toda esa información, pero lo que no sabían era que existía un quinto elemento o energía mágica, y que en el ritual fue representada por Gaerth, el Espíritu.

En el quinto pergamino, el que tendrían que haber estudiado con detenimiento, era donde se señalaba las características de los cinco elementos, los dones que concedían pero también las duras pruebas que te pondrían en la vida para saber si eras digno poseedor, para recordarte que cuanto más te cueste mayor era la recompensa, mayor era la satisfacción.

Cuando terminaron de leer el último párrafo del quinto pergamino, los tres quedaron en silencio, inmersos cada uno en sus pensamientos pues lo que habían descubierto cambiarían el rumbo de las acciones a tomar, el rumbo de sus vidas.

El primero en romper el silencio fue Gaerth, quien masculló con tono afectado y voz enronquecida:

—Necesito un trago.

Magnus se levantó y buscó la botella de whisky que tenían oculta debajo de la cama para abrir en ocasiones especiales.

—No me extraña nada, señor—comentó Elriec palmeando la espalda de éste, quien seguía consternado por lo que acababan de descubrir—. Si me enterase que estoy desposado de esta manera querría emborracharme hasta perder el conocimiento.

—Te haría el favor de golpearte hasta perder el sentido, si me enterara que te has casado—bromeó Magnus tendiéndole una jarra con whisky a cada uno de ellos, para luego servirse así mismo otra.

Elriec aceptó la jarra con una sonrisa, y bebió un trago. Verse en medio de esa situación le ponía nervioso. Tenía un secreto que podría romper la relación que mantenía con Magnus, una relación que no esperaba y que le sorprendió y le golpeó con rotundidad, volviéndole humilde y agradecido al destino.

Desde un principio su presencia en aquella cabaña se debió a una estratagema de Malcom, a quien servía, pues el Laird le pidió que se infiltrara entre los Guardianes para poder informarle de cada paso. En un principio se negó, pues además de sentirse un intruso con una misión que no valoraba como soldado, no quería llegar a conocer al hijo del Laird o a sus Guardianes.

Era de los que creían que Gaerth no era más que un prepotente que disfrutaba poniendo al límite a su Laird, escudándose tras su condición de heredero. Pero una vez que lo conoció directamente ayudado por su pareja, tuvo que morderse la lengua y reconocer que el famoso Ángel Caído no era más que un hombre con cicatrices en su alma que se negaba a permitir que los demás le dañaran de nuevo, y que daría su vida por los suyos sin dudarlo, con tal de protegerlos.

Por todo esto, encontrarse consolando al que se suponía que debía vigilar era un arma de doble filo, que le estaba pasando factura.

—¡Estoy casado!— murmuró antes de beber el whisky que le sirvieron, de un solo trago—. Aún no puedo creerlo. Desposado con una Vanior—levantó la mirada de la jarra vacía y les miró a los ojos, mostrándose abiertamente sorprendido, alterado—. ¿Lo sabrá ella?

Magnus cogió el pergamino donde encontraron el párrafo en el que explicaba que la ceremonia que habían realizado pensando que era para mantener atada a la Vanior y así asegurarse que no los atacasen, no fue más que una ceremonia de unión, en la que los Guardianes hicieron de padrinos en una boda mágica, y lo tendió sobre la mesa de madera que había frente a la chimenea donde en aquellos momentos estaban sentados los tres ante el fuego.

Las palabras allí escritas les sorprendieron a los tres, pero al que

más a Gaerth, y éste no salía de su estupor. Ya tenía pensado hacerla suya, pero descubrir de esa manera que ya estaban desposados mágicamente le había sorprendido. ¿Qué tipo de unión era esa? ¿El deseo que sentía hacia ella era por culpa de la unión o era algo que realmente sentía? ¿Se sentía morir cuando se la imaginaba en brazos de otro hombre por culpa de la magia? No sabía las respuestas a esas preguntas, y la verdad, temía hallarlas. No quería creer que todo lo que sentía era fruto de la magia, de un maldito hechizo.

Se levantó de golpe, arrastrando el taburete en el que estaba sentado.

—Tengo que comunicárselo a Hugh.

—Y a Duncan, y a Meagan, no te olvides de ellos—le recordó Magnus.

Elriec carraspeó logrando la atención de los dos:

—Creo que primero tendrías que decírselo a tu afortunada esposa.

—¡Demonios!—soltó Gaerth—. Tienes razón. Primero tengo que informarla a ella, explicarle esta nueva situación—que le llamaran desconfiado, pero desde el día en que se enteró que fue su propio padre quien lanzó a la muerte a su madre por su traición, ya no confiaba en nadie, o más bien tan sólo en sus Guardianes y estos le demostraron que bien podían ocultarle pequeños detalles por su bien, según ellos.

La cuestión es que esos pequeños detalles por lo que pudo ver no lo eran tanto, y ahora se encontraba enlazado mágicamente con una mujer, a la cual deseaba con locura y no sabía si ese deseo nacía en lo profundo de su ser, o era fruto de la magia.

Debía preguntarle a ella, enfrentarse a la guerrera para saber si sabía algo. Si conocía el ritual por el que apareció en su mundo. Debía hacerlo, por mucho que no deseara saber la verdad, pero no podía quedarse con la incertidumbre

—Le preguntaré a ella si lo sabía, si lo sospechaba—dejó el vaso en la mesa y caminó hacia la puerta con resolución—. Es una Vanior, tendría que saber que el conjuro era de enlace.

—No tiene porque—fue Magnus quien le respondió al tiempo en que lo acompañaba hasta la puerta—. Al fin y al cabo ella no leyó los pergaminos y es la víctima en todo esto. Fuimos nosotros quienes la arrancamos de su mundo, no tiene porque saber del enlace mágico que os une.

—¿Estamos hablando de la misma guerrera que nos mostró su descomunal magia?—preguntó con ironía. No quería desconfiar de ella, pero no podía evitarlo. No cuando ella era una criatura mágica que no lucía asustada, y se enfrentaba a él en cada paso que daban. *¿Y no desconfiabas cuando temblabas en sus brazos?* Resonó una voz dentro de su mente. Cierto.

Sería hipócrita si ahora ignoraba la noche de locura y desenfreno que habían pasado juntos, el intenso deseo de hacerla suya, pero una parte de él, una, que desde niño se manifestaba cuando alguien le traicionaba no podía evitar murmurarle si aquella pasión, aquel deseo sin control era fruto de la magia, era producto del enlace que lo unía a ella. No quería creerlo, no cuando en sus brazos se sentía el hombre más dichoso de la tierra, pero no podía evitarlo.

—No deberías desconfiar tanto, Gaerth. No todo lo que sucede en la vida es fruto del engaño—por suerte ninguno de los dos miró hacia donde estaba Elriec, pues se habrían sorprendido al ver la expresión de dolor que mostró ante esas palabras.

—Cierto Magnus, pero la vida también me ha confirmado que los más allegados son los que tienen el poder de dañarnos, de apuñalarnos por la espalda. Sólo quien te amó te puede hacer verdadero daño—tras estas palabras que eran más para él que para su Guardián, salió de la cabaña, dando un portazo.

Estaba confuso, enfurecido con el destino. No quería que nadie le impusiese los pasos que debía dar. Él había sucumbido al deseo, al delicioso cuerpo de la joven que le esperaba en su cuarto, él decidió hacerla suya para siempre, pero ahora…. Ahora…la magia se interponía.

No podía saber si lo que sentía era real o no, si todo fue un golpe de mala suerte que lo había condenado, si aquel hechizo provocó que se saliese de su plan inicial que era acabar con los MacKenzies, con el clan que los atacaba por rencor, por el pecado que cometió su padre, por la muerte de su madre, por… negó con la cabeza, no quería pensar en nada en esos momentos, si lo hacía acabaría perdido por las dudas, por la desconfianza, y si eso sucedía no habría modo de despejarlas si no era enfrentándose a la verdad, cara a cara, con la mujer que había trastocado su vida, y que esperaba por lo más sagrado que no fuese consciente de nada.

Magnus se quedó mirando la puerta, boquiabierto. Estaba sorprendido por la rabia y la incertidumbre que mostraron los ojos de Gaerth, al despedirse de ellos.

—Pero… ¿qué le sucede?—preguntó consternado. No entendía ese radical cambio de humor. No, cuando lo había visto entrar en su cabaña luciendo relajado y salía como si le persiguiesen los demonios.

Elriec le abrazó, desabrochándole el nudo del plaid que le pasaba por encima de su hombro derecho, la única prenda que le cubría.

—Será la conmoción del recién casado, supongo—le intentó quitar importancia a la explosiva salida del heredero del Laird. Con suavidad

besó el cuello de su pareja, acariciándole el pecho al mismo tiempo. Magnus gimió al sentir sus manos sobre su vientre, bajando peligrosamente hacia su entrepierna—. Sólo espero que ella no supiese nada del enlace, o conocerá la furia de un hombre necio.

Aquellas fueron las últimas palabras que se escuchó en la cabaña. Nada más importó a la pareja, no cuando sus cuerpos comenzaron a arder de nuevo.

Magnus se giró y correspondió a las caricias y a los besos de su compañero, olvidándose de todo. En aquellos momentos sólo eran ellos dos, el mundo podía derrumbarse a su alrededor que mientras estuviesen en brazos del otro, poco les importaba. Su relación podía tener los días contados si los descubrían, vivían cada día como si fuese el último.

Era un amor prohibido que hasta la propia Iglesia tachaba de pecado, pero para ellos era su única debilidad, su única razón para levantarse cada día, y enfrentarse a un mundo duro y cruel que destruía todo aquello que no comprendían.

Sus gemidos se escucharon por la cabaña, y el colchón de una de las camas crujió cuando soportó el peso de los dos. Se deseaban, se amaban, necesitaban al otro como el aire que respiraban.

El fuego explotó entre los dos, emborrachándose del sabor del otro, de su calor, de su olor, disfrutando del placer de la carne. Para luego abrazarse en completo silencio, besándose cálidamente y disfrutando esta vez de la tranquilidad que seguía a la tormenta.

Una tranquilidad que… por desgracia no iba a durar por mucho tiempo.

Las personas que se cruzaron en su camino se apartaron al ver su expresión furibunda. No tardó en dejar atrás el pueblo y atravesar la puerta principal del castillo, sin dejar de darle vueltas a las preguntabas que le acosaban. ¿Era real lo que sentía? ¿La mujer lo sospecharía y se lo ocultó? ¿Y ahora qué podía hacer?

Cruzó el patio de entrenamiento, pasando al lado de sus hombres que le miraron con curiosidad, y subió las escaleras de dos en dos, rumbo a su dormitorio, donde esperaba encontrarla.

Se plantó delante de la puerta de su cuarto, y suspiró pesadamente. Iba a enfrentarse a la verdad, a la mujer que le había robado la cordura. Tomó aire y lo soltó antes de abrir la puerta del todo, entrando en el cuarto. Nada más entrar, la buscó encontrándola sentada en el suelo bajo la ventana que daba al patio.

Bridgit saltó sobresaltada ante el portazo. Estaba sentada en el suelo bajo la ventana, cubierta con una de las pieles de la cama. Estaba ya cansada de estar en la cama. Nada más salir Gaerth se quedó dormida y no despertó hasta que el sol estaba en lo más alto en el cielo, a falta de reloj dedujo que era la hora de comer por el rugido de su estómago.

Pero no se atrevía a salir sola del cuarto, a enfrentarse a los demás, a que le echaran en cara su presencia, o la miraran con el odio y la mofa con la que la miraron el día anterior. No quería estar sola, pero el maldito del salvaje no daba señales de vida.

La tarde fue aburridísima y cubierta con la manta paseó por el cuarto, curioseando. Abrió el baúl sin atreverse a remover el contenido. Quería ver que ocultaba ahí pero no se atrevía a hacerlo, no cuando lo consideraba una intromisión en su intimidad. A ella no le gustaría que se lo hiciesen.

Al final acabó sentándose bajo la ventana, cerrando los ojos y dejándose llevar por el ruido que provenía del exterior.

Gaerth…susurraba de vez en cuando, deseando verle, deseando más de sus besos, de sus caricias, del fuego que bullía entre los dos, puede que se estuviese condenando, pero si aquello era el Infierno gustosa se dejaría quemar para siempre.

—Al fin llegas—sonrió de alegría, hasta que le miró a la cara. Se mostraba serio, frío, distante. Aquello la preocupó. Cuando salió del cuarto a la mañana se despidió con una sonrisa y una promesa de puro placer, no comprendía cómo era posible que regresara…así, como si fuese otro hombre. Un hombre duro, sin sentimientos, frío por dentro y… que la miraba fijamente de arriba abajo, poniéndola más nerviosa de lo que ya estaba—. ¿Qué ha sucedido?—preguntó finalmente tras tragar un par de veces con dificultad, sujetando con fuerza las mantas que cubrían su cuerpo desnudo.

Era una tortura estar frente a ella. A un paso de aquella hechicera con largos cabellos del color del fuego que ansiaba acariciar, con esos labios carnosos que le gritaban que los mordiese, que los besase con pasión, marcándolos como suyos. Pero tenía que saberlo. Si ella le había engañado, si ella había jugado con él.

—Dime que no sabías que la ceremonia de la invocación nos ha enlazado, que es la magia la que tira de nosotros para unirnos, que esto que me atormenta es fruto de la magia, que los dos estamos casados según las leyes de tu gente—al ver su silencio, rugió—. ¡Dímelo!

No sabía que responder. Quedó muda ante la fuerza de sus palabras, ante la rabia que percibía en sus ojos, como si le hubiese traicionado.

Bridgit cerró los ojos. El corazón le dolía, no comprendía aquel ataque. Ella era la única que lo había perdido todo, que la habían sacado de su hogar para llevarla a ese mundo, a esa época, encontrándose atada mágicamente a él. Ella no fue la que realizó un ritual que no conocían, con el que rompieron las normas de los Vaniors.

Si ella le ocultó lo que sospechaba, que se había enlazado a él la noche en que su sangre salpicó el círculo mágico, era porque no quería darle otra baza con la que jugar en su contra. Temía que cuando él lo descubriese hallase el modo de mantenerla presa en esa época, era lo que más miedo le daba.

Quedarse encerrada en un mundo en que ella era la enemiga, un medio de mover la balanza a su favor en una guerra en la que ella no pintaba nada. Pero el temor se evaporó por completo cuando halló el paraíso en sus brazos, cuando sintió su magia dentro de ella, cuando la unión que se inició la noche en que apareció en esa parte del mundo se cerró, haciéndole sentir la mujer más dichosa del mundo, completa, fuerte, sin importarle el pasado, los recuerdos, las pesadillas que poblaban su vida.

Le deseaba, no sólo por el fuego que estallaba entre los dos cuando se miraban, cuando se tocaban. Le gustaba su fuerza, la lealtad que veía en sus ojos cuando miraba con orgullo a su gente. Que se enfrentase a ella en todo momento, sin importarle que pudiese ser brocheta a la brasa si la llegaba a enfurecer demasiado. El salvaje la trataba como a una igual, encendiéndola con su mirada, colmándola con sus besos, con sus caricias.

No sabía qué responderle, si debía decirle la verdad o no.

No quería…perderlo. Perder lo que le hacía sentir. A su lado era fuerte, una mujer hermosa que podía someterle con su cuerpo, con su fuerza. No quería… ¿Qué podía hacer?

Ante su silencio, Gaerth perdió los nervios. Quería una respuesta. Aunque temía enterarse que ella le había mentido, le había traicionado, había potenciado una unión que era provocaba por la magia, que podía no ser real.

Explotó, gritándole a un paso de ella. No se iba a acercar más, no cuando temía perder el poco control que aún mantenía sobre su cuerpo, no quería sucumbir a la llamada de esa hechicera.

—¡Responde de una maldita vez!

No sabía si era el tono de su voz, exigente, suplicante, confusa, esperanzada, llena de rabia, o el dolor que percibió en sus ojos lo que provocó que le dijera la verdad, que no pudiese ocultarla con falsas palabras.

—Yo…—Bridgit desvió la mirada, los ojos rojizos de Gaerth la ponían nerviosa. No quería ver por más tiempo ese dolor, esa traición

grabada en su cara—. No voy a mentirte. Sí que lo sospeché cuando vi el tatuaje que tienes en el pecho—de reojo vio como él se rozaba el plaid que ocultaba la muestra de la unión—. Me sorprendió ver el dragón, pues es el emblema de mi clan, de mi familia—la voz se le rompió al recordar a su gente.

La muerte le había acompañado desde que era niña, conduciéndola a los brazos de la soledad, del miedo y ahora, cuando creía…, cuando comenzaba a pensar seriamente si debía aceptar el regalo que le había ofrecido el destino quedándose con él, éste la miraba como si fuese la bruja mala del cuento, como si le hubiese apuñalado en el corazón.

—Era una niña cuando comencé mi entrenamiento como Vanior. Recuerdo que algunos miembros de mi clan se unían a través de un ritual de intercambio de sangre, experimentando cambios físicos y enlazando sus núcleos mágicos.

Zorra. Pensó, furioso consigo mismo al haber confiado en aquella mujer. Sus sospechas se confirmaban. Ella había jugado con él. Se había asegurado el modo de atraparle entre sus redes. Era como las demás mujeres, que buscaban satisfacer sus crueles caprichos sin importarles los demás, dispuestas a jugar con él con tal de conseguir lo que más deseaban, el control sobre su vida, un título al que optar, una posición en la que conseguían prestigio, reconocimiento y fortuna.

Pudo sentir su odio, su rabia como si fuese suya y estuvo a un paso de dejarse caer al suelo por el dolor. Le dolía el corazón, como si se lo hubiesen estrujado entre sus manos. No pudo soportar la mirada de odio que le dirigió. Prefería que explotara y le gritara lo que le angustiaba de esa manera, que le preguntara más acerca de la unión, que le preguntara si lamentaba haber sido secuestrada para ser llevada a sus brazos.

Pero no tuvo respuesta alguna, sólo la miró con odio y dio media vuelta saliendo del cuarto sin mirar atrás, dejándola en silencio, despreciándola con aquel gesto, con aquella salida llena de rabia, de odio, de preguntas sin respuestas, de deseos quebrados y angustia y reproches al verse sola de nuevo, al ver como su sueño de no estar sola se quebraba en miles de pedazos.

—¡Gaerth!—gritó reaccionando al shock inicial de verse despreciada de esa manera—. ¡Espera! Tengo que explicarte porque no te conté lo que sospechaba—le siguió hasta la puerta, arrastrando las pieles que la cubrían—.Necesitaba tiempo para decidir, pero ya…

—¡Tiempo!—bramó girándose, quedando cara a cara con ella a un paso de la puerta abierta de su cuarto, por suerte a esas horas no había nadie en el pasillo o habrían sido testigos de aquel brutal intercambio de miradas. Reproche por parte de él por parte de ella, por no permitirle explicarse, por ser condenada de un delito que nunca cometió y todo por el orgullo de un hombre—. ¿Necesitabas

tiempo para qué? ¿Para romper nuestro matrimonio? ¿Para encontrar la manera de abandonarme después de que tu magia me haya hechizado de esta manera?—gruñó al ver que ella le iba a contestar. En esos momentos no quería escucharla, sólo quería alejarse de ahí, del castillo. Tranquilizarse y pensar seriamente en todo lo que había averiguado tras leer los pergaminos. No podía permitir que aquella mujer interfiriese por más tiempo en su vida, en su misión por destrozar los MacKenzies—. No acepto tus excusas. No quiero ni oírlas.

Y sin más, la dejó ahí plantada, en medio de un silencioso pasillo por el que se alejó sin rumbo fijo, sin mirar atrás.

Bridgit apretó los dientes con rabia. Se sentía una estúpida. Una imbécil que había añorado a aquel hombre a lo largo del día, que deseaba sus besos, sus caricias, lo que le hacía sentir, pero ahora…. Sus llamas la rodearon, cubriéndola completamente, su magia respondía a su corazón.

Ahora, tenía ganas de largarse de aquel lugar, de devolverle la patada que le había dado sin permitirle explicar lo le llevó a tomar la decisión de mantener en secreto sus sospechas. Cerró las manos hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Tendría que haberle gritado, golpearle, dejarle claro que nadie se iba a burlar de ella, pero tantos años ocultando su carácter, su magia, viviendo día a día en la soledad, en la oscuridad de una vida en la que se levantaba por las mañanas por inercia, sin llegar a saborear lo bueno y lo malo que apareciese en su camino, la mantuvo en silencio, bullendo por dentro, a un paso de explotar.

Antes de que nadie la encontrase en el pasillo, desnuda y cubierta tan solo con una quemada piel, y a un paso de romper a llorar de la rabia, dio media vuelta y entró corriendo al cuarto, cerrando la puerta de un portazo. Nada más entrar dio dos pasos antes de caer de rodillas al suelo, rompiendo a llorar sin poder controlar los espasmos que sacudían su cuerpo.

Todo el dolor, la angustia, la rabia, la incertidumbre, el pesar, las ilusiones quebradas y los sueños infantiles que nunca se cumplieron explotaron dentro de ella, dejándola temblorosa y derramando lágrimas amargas que le acariciaban las mejillas.

Se odió por mostrarse así de débil, por permitir que el dolor se impusiese en su vida, por haberse ilusionado ante la perspectiva de dejarlo todo por un hombre, un salvaje que le había dado la espalda sin escuchar sus razones, sin haberle dado la oportunidad de explicarse, de volcar en él sus preocupaciones, sus miedos, sus inseguridades. Tan sólo oyó lo que quiso, y la abandonó, sin mirar atrás.

—Maldito cabrón descerebrado—murmuró con voz rota,

abrazándose con sus brazos temblorosos, bajo el calor de la piel que la cubría—. Ni me has dado la oportunidad de hacerte ver mi posición ante esta unión—agarró con fuerza los bordes de la manta, manteniéndolos pegados a su pecho—. ¿Cómo es posible que se haya enterado de la unión? Alguien se lo habrá dicho o…—se le ocurrió al instante, algo que debía haber tenido en cuenta—. Lo ha leído de los pergaminos, de esos famosos pergaminos de los que tanto hablan los que lo siguen.

Se limpió la cara con las manos con rabia, no iba a llorar más, por mucho que le doliese el corazón no iba a derramar una lágrima más por ese hombre.

—Tengo que encontrar esos pergaminos y leerlos, no voy a ser la única que no sepa que hicieron esos mestizos, no quiero encontrarme con más sorpresas—además….si Gaerth se mostraba así de rotundo por estar enlazado con ella, tan…furioso, debía ser realista. Los leería para encontrar la manera de romper la unión mágica, y así por mucho que le doliese, alejarse de esa época y olvidar todo lo que vivió a manos de ese salvaje. Le costaría pero lo lograría, ya había sobrevivido a la muerte de su familia, por supuesto que le olvidaría, le enterraría en lo profundo de su corazón—. Esta noche iré a por ellos—no iba a esperar ni un día más. No quería seguir sufriendo, si no la querían en esa época, si el hombre por el que estuvo dispuesta a abandonarlo todo la rechazaba, ¿qué la ataba a ese lugar? Nada. Absolutamente nada.

El primero que se cruzó en su camino, fue Hugh. Se lo encontró mientras bajaba las escaleras. Su hermano notó su enfado nada más verle. No hizo falta que le dijera nada, simplemente le siguió en silencio atravesando el castillo, a la par. Gaerth se lo agradeció. En aquellos momentos no podría decir nada, ni aunque le amenazaran de muerte. Se había quedado mudo por la rabia, por el amargo sabor de la traición.

Caminaron uno al lado del otro hasta llegar a la playa. A esas horas estaba desierta, sin rastro de los entrenamientos mágicos que allí acontecían. En esos momentos estaban solos, a un paso del embravecido mar que los acunaba con su magnético sonido.

Tras unos minutos contemplando el ir y venir de las olas en silencio, Hugh se armó de valor y preguntó:

—¿Qué ha sucedido hermano?—*¿Qué ha pasado para que cambies tanto?*—¿Has descubierto algo grave en tu reunión con Magnus?

No hacía falta que le dijera a qué se refería, los dos sabían que estaban hablando de los pergaminos, de los causantes de aquella inesperada prueba en su destino.

Tomó aire y lo soltó con calma. Necesitaba serenarse, pero por mucho que observara el mar, por mucho que ejercitara sus músculos,

o se emborrachara hasta perder la noción del tiempo y del lugar, no iba a calmarse. Lo que sentía era duro. La traición era un bocado amargo que lo estaba envenenando.

—Sí que descubrí algo.

Hugh se extrañó ante su silencio. ¿Es que lo iba a dejar así? ¿Tanto le había afectado que ahora tendría que sacudirle para que le contara todo?

—¿Y?—insistió, no dispuesto a que su hermano se cerrara en banda. Iba a descubrir lo que le había pasado tarde o temprano, pero prefería que fuese el propio Gaerth quien se lo contara y no tener que acudir a Magnus—. ¿Qué es lo que te alteró tanto?—seguía sin responder. Optó por otra estrategia, el humor. Con sus bromas siempre sacaba de quicio a su hermano y conseguía llevarlo a donde él quería—. ¿No me digas que has descubierto que los cambios irán a más y acabarás con unos cuernos?

Esta vez sí que consiguió su total atención. Hugh sonrió por dentro. Las bromas pesadas no fallaban. Su hermano siempre caía.

—No digas estupideces, inglés, no tienes ni idea de lo que he descubierto.

—Si no me cuentas lo que te sucede seguiré especulando, y como bien me has dicho en numerosas ocasiones, tengo una mente muy imaginativa. Quieres que te comente lo siguiente, ¿un cambio de sexo, tal vez? ¿Te saldrán unos pechos como los de la de la hija del herrero?

—Estoy casado.

Bien, eso era lo que menos se esperaba. Con esas dos simples palabras consiguió dejarle boquiabierto. Hugh parpadeó y le miró a la cara en busca de algún signo que le mostrase que estaba bromeando con él. No lo encontró. Su hermano estaba serio, y sus ojos lucían angustiados, apagados.

—¿Casado?—repitió con voz incrédula—. Estás de broma, ¿no? ¿Cuándo te has casado? ¿Cómo no me invitaste?

—No, no estoy de broma. ¿Te parezco que bromeo? Y sí estabas presente en el enlace, porque me casé la noche de la invocación—antes de que Hugh le interrumpiese, continuó—. Con la ayuda de Magnus leí los cinco pergaminos. Al acabar de analizar el quinto, descubrimos que cuando invoqué al guerrero volcando mi sangre en el círculo, me enlacé mágicamente con ella.

Hugh sólo atinó a decir:

—Mira el lado positivo de esta situación—Gaerth alzó una ceja esperando su respuesta—. Te enlazaste con una mujer, imagínate que hubiese aparecido un hombre por el portal.

—¡Serás necio!—le golpeó la cabeza, haciendo que Hugh rompiese a reír.

—Vamos hermano, no dramatices. Todos hemos visto que la mujer

te atrae, que no la dejarías marchar—Gaerth apretó los labios. Era duro escuchar la verdad—. Realmente, ¿qué es lo que te enfadó?

—¿Qué la magia puede influir en mis decisiones? ¿En lo que siento cuando la tengo en frente? ¿Qué ella lo sabía y no me dijo nada? ¿Qué es un enlace que no se puede romper?

Hugh asintió en cada frase de su hermano. Comprendía sus dudas, pero le parecían absurdas.

—No seas necio, hermano. La magia no hace que se te ponga tiesa por una mujer, si la deseas es porque es tú igual, la mujer que puede que aguantes cada día calentándote el lecho. ¿Y qué si ella lo sabía? ¿En su lugar tú se lo dirías a tus captores? Porque recuerda hermano, que ella viene de otro mundo y no está aquí por placer, la trajimos nosotros.

—Lo sé—masculló éste pasándose una mano por los cabellos—. Y eso es lo que más miedo me da.

Hugh sonrió internamente. Ahí estaba el problema.

Además de la traición que sintió al no tener la confianza de ella, al dudar de lo que sentía, lo que más miedo le daba a su hermano era…

—¿Temes que ella al tener ese conocimiento pueda usarlo para alejarse de ti? ¿Regresar a su mundo?

Las preguntas de su hermano le dejaron sin habla. Es duro escuchar la verdad, y más cuando te la sueltan a la cara. Temía perderla, que todo lo que sentía, todo lo que vivió fuese mentira, fruto de la magia, que ella le ocultara más cosas, que le traicionase como lo hizo su padre a su madre.

Pero en aquellos momentos no deseaba enfrentarse con la realidad, sólo quería ahogar sus penas en el alcohol, beber hasta perder el sentido. Iría a la costa a cazar para luego acabar en una taberna, y perdería el sentido copa tras copa, desvirtuando la realidad, el daño que había hecho, la lucha de sentimientos que sufría.

—Hugh, ¿vienes de caza?

El joven inglés alzó las cejas en un gesto de picardía.

—Te refieres a cazar, o a cazar—alargó la última palabra dándole un toque de sarcasmo mientras hacía un gesto de índole sexual con un movimiento de cadera—. Si querías celebrar tu última noche antes de atarte toda la vida con una mujer, habla claro hermano.

Gaerth negó con la cabeza. Lo que menos quería era estar entre los muslos de otra mujer. Sólo había una que le volvía loco, que lo excitaba hasta rallar la locura y esa mujer estaba en el castillo, en su cuarto.

—Por San Ninián, tú no tienes remedio, Hugh. Iremos a cazar. Necesito un día fuera de estas tierras.

—¿Y dónde dormiremos? Porque me niego dormir en la intemperie teniendo una buena cama que me espera aquí.

Gaerth rodó los ojos.

—Lo que tú necesitas es una temporada fuera de esta isla para que aprendas a que no siempre tendrás tu cabaña en la que refugiarte. Pero por hoy dormiremos en la posada que encontremos cerca de la costa—ante la sonrisa picarona de su hermano, se vio obligado a puntualizar—. Mantén tus pantalones subidos mientras estemos en la posada, hermano. No quiero tener problemas con los aldeanos por tu fogosidad.

Hugh se quejó. El que estaba atado a una mujer era Gaerth, no él. Adoraba a las mujeres, a todas ellas, sobre todo cuando yacía con ellas y aceptaban que sólo podía ser un hombre de una noche, que no sería un buen partido para ser el padre que ellas ansiaban para su futura progenie, pero finalmente aceptó.

—Como ordenes. No me bajaré los pantalones mientras estemos en la posada.

—Me temo que estoy cometiendo un error al llevarte—dijo en voz baja siendo incapaz de creerle. Pero necesitaba tiempo para pensar y un guardián que se asegurase que no cometiese una locura de la que luego se arrepintiese—. Buscaremos una barca en el puerto que nos acerque a la costa.

Caminaron hasta el puerto al sur de la isla, en completo silencio. Cada uno sumergido en sus pensamientos. Gaerth necesitaba alejarse cuanto pudiese de la isla, pensar seriamente en todo lo que había sucedido, lo que tendría que hacer, el papel de la Vanior en su vida. Le llamaban el Ángel Caído, y en aquellos momentos se sentía así. Un ángel que había caído de rodillas ante una mujer de largos cabellos color del fuego y mirada ardiente.

Un día no era tanto tiempo y estaba seguro que Magnus informaría de lo que habían descubierto, a los demás Guardianes y su padre se encargaría de que la joven no saliese del castillo. Era una decisión cobarde alejarse, pero en esos momentos no podía enfrentarse a sus sentimientos, a lo que más temía, al futuro que le tocaba vivir, aunque se sintiese una marioneta en manos de la hiladora, de la anciana que hilaba el tapiz de la vida de cada humano, una metáfora muy acertada para indicar que la vida era muy fina que se entremezclaba con los diferentes sucesos que te golpeaban con fuerza, dibujando un tapiz que cada uno debía afrontar el día de su muerte.

En cuanto llegaron al único puerto de la isla, encontraron una barca disponible y la tomaron anotando su nombre y el propósito del uso en el registro que llevaba el vigilante, un anciano afable que residía en una pequeña cabaña cercana, y se lanzaron con la barcaza al mar, remando contra corriente hasta alcanzar la costa.

Con cada sacudida de la barca, no dejaba de mirar el castillo, se sentía un maldito cobarde alejándose de esa manera. Un maldito necio

como lo llamó ella, pero un necio que necesitaba tiempo, que necesitaba pensar en lo que había sucedido. En lo que más temía, y en su incapacidad para confiar en nadie que no le fuese leal hasta la muerte.

Su madre había muerto por culpa del amor que sentía hacia su padre, por culpa de su traición. Por mucho que le doliese era incapaz de confiar en ella, aún no. Podía notar la rabia en su interior, la rabia que sentía por haber sido traicionado, por haber sido un juguete en manos de aquella mujer, que tenía tal poder sobre él que le nublaba la mente.

Un día. Era lo que necesitaba para poner en orden sus pensamientos, para afrontar con fuerza lo que le deparase el destino.

CAPÍTULO 12

Como temía, Gaerth no regresó.

Una parte dentro de ella había esperado que diera media vuelta y volviera al cuarto para hablar y solucionar aquello que lo atormentaba, permitiéndole explicar sus miedos, sus motivos. Pero el salvaje la había defraudado cuando llegó la noche cerrada, se hizo el silencio en el castillo, y él seguía sin aparecer.

La discusión que tuvieron le quitó el apetito, llevaba todo el día sin probar bocado, sólo bebiendo el agua que encontró en una jarra limpia, cuando estaba preocupada era incapaz de probar bocado y en esos momentos se sentía a un paso de romperse, de probar de nuevo el amargo sabor de las lágrimas.

¡No! Se gritaba cuando sentía las lágrimas asomar en sus enrojecidos ojos, no iba a derramar una lágrima más por ese necio. Iba a encontrar los pergaminos por su cuenta, los leería y después buscaría el modo de alejarse de esa época, para refugiarse en la suya. Le olvidaría, ignoraría todo aquello que había vivido en ese castillo, y no sería más que un mal recuerdo del pasado que enterraría en lo profundo de su corazón.

Esperó en silencio al lado de la puerta, después de ponerse una camisa de lino blanca y unos pantalones de cuero dos tallas más grandes al que tuvo que doblar los bajos y que encontró en el arcón a los pies de la cama.

Esperó con paciencia hasta que la actividad en el castillo se detuvo y el silencio imperó en el lugar. Sólo entonces se decidió a escabullirse del cuarto, y recorrer los angostos y oscurecidos pasillos del castillo en busca de la salida.

No tardó en salir, y se sirvió de las sombras para no ser vista por los soldados que estaban vigilando en lo alto de la muralla de la puerta de la entrada principal.

Cuando llegó a la aldea, invocó a un vigía que le indicase el camino que la llevase hasta los pergaminos, hacía años que no hacía uso de su magia, pero fue como respirar, como si lo hiciese todos los días. Dejó fluir su poder, abriendo las puertas al mundo mágico, donde se decía que permanecían los Maestros de los Vaniors hasta que las barreras se rompiesen y pudiesen pasear por la tierra de los mortales, como en los tiempos antiguos.

La brecha que se formó ante ella distorsionaba el paisaje, apenas era una grieta de unos centímetros pero fue más que suficiente para

que una pequeña luz de un color rojizo la atravesara, esta luz se plantó frente a ella.

Parpadeó un par de veces ante la intensidad de aquella luz, que poco a poco fue menguando hasta tomar la forma de un pequeño humano con alas.

¡Lo había conseguido! Sonrió con orgullo, sintiéndose la mujer más fuerte del mundo. ¡Había conseguido atraer al mundo de los humanos a un vigía, a un ser del mundo mágico!

—Muéstrame dónde esconden los pergaminos mágicos.

La criatura cabeceó afirmativamente, sin dejar de aletear con fuerza, miró a su alrededor volando por encima de su cabeza.

Bridgit se removió incómoda, recordando viejos tiempos. Cuando era niña los invocaba varias veces al día para jugar con ellos, siendo regañada por sus padres al usar sus poderes de una manera tan despreocupada, no dejaban de repetirle que la magia podía llegar a ser peligrosa si no se respetaba.

El silbido que producía el aleteo de las alas le devolvió a la realidad, el hombrecito estaba revoloteando delante de su rostro, a escasos centímetros.

—¿Ya los encontraste?

Casi podía jurar que vio a la pequeña criatura sonreír y palmear las manos con alegría, era nostálgico tener tan cerca de ella a un ser mágico, era como si nada hubiese pasado, como si…

Se sobresaltó cuando sintió una pequeña mano rozándole la mejilla, aquel gesto la devolvió a la realidad. Se quedó mirando al hombrecito y le sonrió para calmarle pues le notaba algo alterado, nervioso, como si fuese capaz de percibir sus confusos sentimientos.

—Gracias por preocuparte por mí, estoy bien—sonrió al ver que sus palabras consiguieron que el hombrecito se moviese de un lado a otro, como si bailase. Eran criaturas muy sensibles que podían notar los cambios de humor del invocante, algo que podía tornarse peligroso si se trataba de una invocación para el ataque, pues podía volverse contra el Vanior que lo convocase—. Muéstrame donde se encuentran los pergaminos.

En silencio le siguió, mirando por donde pisaba, a pesar de que aquella noche la luna brillaba en el firmamento apenas se podía ver, por suerte el hombrecillo tintineaba y le proporcionaba algo más de luz.

Pasados unos largos minutos, en el que avanzaron en silencio atravesando el pueblo, se detuvieron ante las puertas de una de las cabañas que se encontraba en la periferia.

La miró con curiosidad, aquella cabaña le recordó a la del joven inglés en la que se despertó, era pequeña y estaba alejada de las demás, la única ventana que tenía estaba tapiada con madera y la

puerta parecía firmemente cerrada, pero sabía que no tenía cerradura, sólo había un pomo con forma de herradura.

—¿Están ahí dentro?—preguntó más que nada para verificar lo que ya sabía, las criaturas mágicas no se equivocaban ni engañaban, si se había detenido ahí es porque percibía la magia de los pergaminos.

El ser mágico revoloteó arriba y abajo, afirmativamente a un palmo de su cara. Luego se detuvo a la altura de sus ojos, sin dejar de aletear con fuerza las alas, se le veía expectante, y no era para menos, pues una vez que cumplían la misión del invocante debían ser liberados para poder regresar al mundo sobrenatural, si no lo eran se quedarían atrapados para siempre en la tierra de los mortales.

Mostrando una sonrisa agradecida, le concedió la libertad:

—Regresa a tu hogar, y muchas gracias por tu guía.

Con una leve inclinación el hombrecito de luz desapareció en medio de un fuerte destello.

Una vez sola, pegó la oreja contra la puerta, intentando escuchar los sonidos de su interior. Cerró los ojos para poder concentrarse mejor y esperó. Sólo escuchó ronquidos y siseos, de al menos dos personas durmiendo.

Se separó de la puerta y murmuró:

—No puedo entrar sin ser detectada. Podrían despertarse—buscando una manera de entrar sin despertar a los ocupantes, repasó velozmente los conocimientos de magia que aprendió durante su niñez. Los recuerdos se agolparon e intentó encontrar algo que le pudiese valer en aquellos momentos, sonrió cuando recordó un sencillo hechizo para cubrir un espacio pequeño con una niebla que inducía al sopor—. *Blairth mairdg ulrethr sophror.*

No hubo necesidad de esperar para ver si surtía efecto o no, aquel conjuro lo que provocaba era que los durmientes no se despertasen ante ruidos extraños, y permaneciesen en el mundo onírico hasta que el sol despuntase en el horizonte. Además, presenció como en cuestión de segundos la niebla avanzó con rapidez hacia la puerta atravesándola.

Abrió la puerta con cuidado, siendo recibida por un fino chirrido. Suspiró aliviada al haber conjurado un hechizo para inducir el sopor porque si no lo más seguro es que los que estaban dentro se hubiesen despertado.

Observó con curiosidad el interior y…tuvo que ahogar un grito de sorpresa al ver lo que vio. Al fondo de la pequeña estructura estaba la cama, la única cama por lo que pudo ver, en la que encontró a dos hombres durmiendo abrazados.

Recordó las lecciones de historia que abarcaban la Edad Media en la que las relaciones homosexuales eran tabú, eran un pecado que conducía directamente al Infierno, llegando incluso a ser quemados

como brujos o condenados a tortura. El que esos dos hombres se atreviesen a mantener una relación sentimental, era una apuesta arriesgada por el amor.

Los miró con atención, reconociendo a uno de ellos. Era Magnus, uno de los Guardianes, al otro no le conocía.

Espero que no os descubran o si lo hacen que os acepten. Pensó, negando con la cabeza, pues era una pena que hubiesen nacido en esa época tan oscura en la que las creencias se imponían a la razón y a los derechos. De haber nacido en el siglo de ella, su relación no habría resultado tan peligrosa, ni siquiera sería algo excepcional si no algo natural pues el corazón no entiende de género, de edad ni de posiciones sociales.

Desvió la atención de la durmiente pareja, para comenzar a buscar los pergaminos. No debía perder el tiempo, se acercó al baúl que encontró cerca de la cama y revolvió en su interior, luego fue directa hacia los troncos apilados al lado de la chimenea, bajo la mesa,… nada. No los encontró.

—¿Dónde los habrá escondido?

Miró a su alrededor a un paso de maldecir en alto, ya no se le ocurría donde podían estar.

¿Y por qué no los buscas con la magia? Murmuró una voz dentro de ella. De nuevo la razón se impuso.

—¡Pues claro! Nada más entrar es lo que debería haber hecho.

Pero tantos años evadiendo hacer uso de su magia le había convertido en una Vanior que pensaba antes con el corazón que con la cabeza, al negarse a emplear la magia que por derecho le fue dada.

Concentrándose en su núcleo de magia, abrió la mente y buscó indicios de residuos mágicos, cuando ya pensaba que no tendría éxito, los encontró ocultos bajo una piedra en una de las paredes. Se dirigió hacia ahí y apartó la piedra, cogiendo el paño amarillento que encontró.

Una vez que los tuvo en su poder salió de la cabaña, no sin antes colocar en su lugar la piedra como si nada hubiese ocurrido.

Corrió hacia el monte donde fue invocada, y que se veía a lo lejos desde la cabaña en la que estuvo, y se sentó en el altar, desenrollando el paño, encontrándose con los pergaminos.

Buscó el primero y lo desenrolló con cuidado.

La luz de la luna iluminaba levemente, pero conjuró una llama de fuego que flotó sobre ella.

Por mucho que le hubiese gustado conjurar una fuente de luz mientras corría por el pueblo siguiendo la criatura mágica era imposible para ella, pues los hechizos que recordaba eran para iluminar en un espacio muy pequeño y estático, no para que la acompañara y la ayudara a avanzar con seguridad.

La lectura de los pergaminos, que narraban cómo lograr hacer una invocación correctamente, fue tediosa. Era todo teoría. Unas leyes que aprendió de niña y que recordaba vagamente, pero cuando comenzó a leer el último pergamino, el llamado oscuro, jadeó de sorpresa.

Ese pergamino fue escrito hacía relativamente poco, si se comparaba con los otros. Según lo que allí había escrito fue un antepasado de la madre de Gaerth quien con la ayuda de un kelpie escribió el pergamino del enlace como último recurso para evitar una masacre, sólo se podría utilizar cuando la oscuridad se cerniese sobre el clan McLeod y se precisase una unión mágica para evitar su final.

Los autores del pergamino volcaron sus esperanzas en el enlace, escondiendo el documento entre los otros.

Dejó de leer, masajeándose el puente de la nariz.

—Esto es impresionante—murmuró—. He pasado de ser un arma a ser la última esperanza para salvarlos—sintió como las lágrimas se deslizaban silenciosas por sus mejillas. Una vez más estaba siendo utilizada. Unida a un hombre que creía que le había traicionado, perdida en un siglo que no era el suyo, y a las puertas de una batalla inminente—. ¿Pero quién me salvará a mí?

Muy lejos de allí, en la aldea del clan McInner, al sur de las tierras MacKenzie.

La posada estaba llena a aquellas horas de la noche. Los soldados que obtuvieron el permiso de su Señor se acercaron con las monedas que ganaron para gastarlas en compañía de las mujeres que alternaban en aquel lugar bajo las órdenes de Agnes McInner.

—Alegra esa cara hermano, que estás asustando a las mujeres.

Gaerth McLeod bebió un trago de aguardiente, que le quemó la garganta, a su lado Hugh Forrester observaba desde su asiento a las mujeres que trabajaban en la posada para complacer a los hombres que acudían a beber. Su mirada era como la de un halcón a punto de saltar sobre su presa.

Gaerth acabó la jarra y la dejó en la mesa.

—Hugh no tienes remedio, sólo piensas con una pequeña extensión de tu cuerpo.

El joven rió en alto, atrayendo las miradas de las féminas que lo devoraron con los ojos.

—Pequeña te puedo asegurar que no es, además la vida es corta, hay que aprovechar cada momento que se nos presente—se apoyó

contra la silla ladeando la cabeza y utilizando su mejor sonrisa, contestó—. Esta noche no deberías estar aquí. Teniendo una mujer como la que tienes, deberías estar celebrando tu noche de bocas, no ahogando tus penas en alcohol.

Gaerth golpeó con el puño la mesa.

—No sabes nada, inglés. Ella ya sabía que estaba unida conmigo y…

—No te dijo nada, ya lo sé—le cortó moviendo una mano como si le quitase hierro al asunto—. Me lo has dicho unas seis veces mientras veníamos hacia aquí, y te contestaré lo mismo, hermano. Eres un estúpido cabezota que está cegado por el orgullo.

Éste gruñó, mostrándose iracundo, estaba claro que no opinaba igual que él.

Hugh suspiró y movió la cabeza de un lado a otro, estaba harto de la cabezonería de su hermano. Era frustrante ver cómo podía arruinar su vida por el orgullo, por tomar una decisión y no bajarse del burro, debía comprender de una vez que no todo era negro o blanco si no que la vida estaba llena de matices de grises que conseguía que cada día fuese una sorpresa agradable o no que nos concedía la vida.

Optó por plantarle cara, por escupirle lo que opinaba realmente de todo aquello, no se iba a morder la lengua, no cuando veía que su hermano estaba jodiéndose la vida.

—Estoy harto de decirte que no debes aferrarte a una idea o a un falso acto que lo disfrazas de orgullo. Debes aceptar que habrá ocasiones en que te equivocarás. En este caso el destino te ha puesto delante de ti a una mujer increíble, que con el poder que tiene podría habernos matado a todos y se ha mantenido a nuestro lado, protestando un poco eso sí, pero no ha usado su magia contra nosotros. Realmente creo que no estás furioso con ella…si no que lo estás contigo—éste le miró con furia, sus ojos rojizos brillaron con intensidad—. Piénsalo bien. Ya antes de descubrir que estabais enlazados ibas a hacerla tuya, el deseo que sentías por ella no ha mermado desde que sabes que estáis enlazados, sabes bien que un hechizo de amor se rompería si se descubre que estás hechizado. Además…sería absurdo para ella lanzarte un hechizo para seducirte si ha sido como ella dice, habiendo sido secuestrada de su mundo. Descansa esta noche pero mañana regresa y habla con ella, no te niegues el ser feliz.

No iba a esperar una respuesta de su hermano, ya le había dicho lo que pensaba y ahora le tocaba a él tomar una decisión. Sin decir palabra, se levantó y pasó por su lado. Antes de dejarle en la posada para que continuara bebiendo, le dijo palmeándole el hombro:

—No la pierdas por tu orgullo, recuerda que ella no es como las mujeres que conocemos. Es una guerrera. No le rompas el corazón o

conocerás su furia.

Gaerth no miró atrás cuando su hermano salió de la posada acompañado por dos mujeres que le siguieron soltando unas risitas de felicidad al haber sido elegidas por el apuesto hombre.

Las palabras de Hugh resonaron una y otra vez en su mente. Sabía que tenía razón, pero por todos los demonios del infierno no era capaz de dejar de pensar que Bridgit le traicionaría y le abandonaría dejándolo destrozado.

—Que sencillo es decir que olvide mi reticencia, mi…—*temor*. Murmuró para sus adentros, siendo incapaz de decir esa palabra en alto. Le costaba aceptarlo, pero temía ser rechazado, ser abandonado o traicionado como le sucedió a su madre—, y corra junto a ella—tomó la jarra que dejó a medias Hugh y bebió su contenido de un solo trago, haciendo una mueca ante el áspero sabor del alcohol—. Te olvidas hermano que dejé de confiar en las personas desde que mis propios padres me traicionaron—. Buscó con la mirada a una de las camareras y le gruñó que le sirviese otra jarra.

Esa noche bebería hasta olvidarlo todo, lo necesitaba.

La camarera al reconocer al hombre que le exigía otra jarra no tardó en atenderle, todo el mundo conocía la fama que tenía el Ángel Caído y nadie deseaba verle enfurecido.

Y aquella noche parecía verdaderamente un ángel caído a un paso de aventurarse al Infierno.

CAPÍTULO 13

—Despierte mi señor. ¡Despierte!

Gaerth se revolvió bajo las mantas y saltó de la cama, en busca de su espada. Cuando escuchó el jadeo de sorpresa de una mujer, dejó de buscar su arma y enfocó su atención en la criada, era una muchacha de baja estatura y complexión delgada, con cabellos castaños recogidos en un tosco moño. La joven no aparentaba más de quince años y se veía que estaba nerviosa, retorciendo el sucio delantal entre sus manos, sin mirarle a la cara.

—¿Qué sucede mujer? ¿Por qué entras de esta manera en mi recámara?—entrecerró los ojos al no obtener respuesta a sus preguntas—. Ya le dije a la dueña que no deseo compañía femenina—puntualizó ya que aquella taberna era frecuentada por hombres que buscaban un lecho en el que dormir en buena compañía.

La joven pareció reaccionar ante sus últimas palabras y con el rostro enrojecido, balbuceó con voz trémula:

—No es eso, mi señor. No vine para satisfacerle en el lecho.

—Entonces, ¿a qué se debe tu visita?

La criada dejó de retorcer el delantal y posó sus manos sobre su vientre, buscando un consuelo en su futuro bebé que crecía con fuerza en su interior fruto de su amor con el mozo de las cuadras con el que se casó hacía cinco meses.

Era peligroso que trabajara en la posada, pero no tenía otra opción, no poseía una gran dote, ni su marido poseía tierras que trabajar.

Fue su marido quien la avisó de los movimientos sospechosos de soldados MacKenzies, estaban muy cerca de la aldea y antes de que estallase una batalla entre los McLeods y los MacKenzies, se decidió a avisar al Ángel Caído.

—Mi señor, se han visto soldados MacKenzies a las afueras de la aldea, por este motivo me he aventurado a invadir vuestra intimidad, lo siento mucho.

Gaerth masculló una maldición en alto, asustándola. Los rumores acerca de los cambios en el hijo del Laird McLeods Oscuro, eran ciertos.

Después de unos segundos, en los que calmó su mente, contestó lanzándole una moneda de oro a la muchacha, una de las muchas que

guardaba en su sporran.

—Se agradece la información, mujer.

Recuperada de la impresión al ver una moneda de oro en su poder, la joven criada murmuró agradecida:

—Mil gracias mí señor— con aquella moneda podrían comprar comida, y con lo que sobraba ahorrarían para comprar una pequeña parcela en la que formar una familia, le costaría años poder reunir el dinero que necesitaban pero no iban a cejar en su empeño por cumplir sus sueños. Antes de salir del cuarto para ir a mostrarle la moneda que aseguraría que tuviesen las despensas llenas a su marido, le comunicó al Ángel Caído—. Su acompañante se hospeda en el dormitorio al final de este pasillo.

No perdió tiempo y nada más salir la muchacha, buscó el plaid y se vistió, agarrando la funda de la espada antes de salir en busca de Hugh.

Al llegar al cuarto señalado, entró sin llamar encontrándose a un dormido Hugh abrazado a dos mujeres, en un gesto de impaciencia se pasó una mano por los cabellos revolviéndolos.

—El que iba a controlar su lujuria—murmuró con sarcasmo al mirar la estampa que presentaba su hermano acompañado por las mujeres.

Al ver que en el pasillo comenzaban a reunirse curiosos que se despertaron por el ruido de pasos por el pasillo, Gaerth entró en el dormitorio cerrando de un portazo la puerta.

—¿Qué sucede? ¡Nos atacan!—Hugh gritó saltando de la cama tropezando con las mantas y cayendo estrepitosamente al suelo, despertando con sus gritos a sus acompañantes.

Gaerth rió al ver en qué postura había quedado su hermano, de rodillas con la cara pegada al suelo y con el trasero al aire, no fue el único que se rió, las mujeres soltaron unas risitas desde la cama.

—Hugh estás haciendo el ridículo. Levántate del suelo y vístete, es hora de regresar a casa.

Éste se restregó con una mano la cara que comenzaba a enrojecer por el golpe.

—Infiernos, escocés, no me vuelvas a despertar así. Creí que nos atacaban.

—Si seguimos en el pueblo, los MacKenzies que vienen hacia aquí no dudarán en desenvainar sus espadas en cuanto nos vean.

Hugh soltó una palabrota cogiendo la espada y colocándose las tiras alrededor de la cintura.

Se quedó boquiabierto mirando como su hermano se dirigía con decisión a la puerta.

—¿A qué esperas? Vamos a patear unos cuantos culos MacKenzies.

Gaerth movió la cabeza de un lado a otro. Hugh era increíble,

estaba orgulloso de él pero en momentos como ese le avergonzaba su precipitada actitud. En ocasiones se comportaba como un muchacho alocado.

—Sería buena idea hermano si no fuese porque sólo somos dos y se han avistado varios MacKenzies, y segundo sería aconsejable que te vistieras primero. ¿O es que acaso vas a vencer a los MacKenzies blandiendo tus dos espadas?—ironizó señalando con un gesto su evidente desnudez.

Hugh tuvo la decencia de lucir avergonzado. Con gesto nervioso se dirigió hacia la cama mientras se desabrochaba la tira de cuero y dejaba la espada sobre el colchón a un palmo de las mujeres.

Cuando se agachó a recoger los pantalones del suelo, Gaerth cerró los ojos.

—Maldición inglés, la visión de tu blanco trasero me ha quitado el apetito. Tienes tres minutos—dio media vuelta y abrió la puerta. Antes de salir del cuarto, le dijo—. Te espero abajo.

Hugh tardó menos de cinco minutos en aparecer corriendo escaleras abajo. Le esperaba apoyado contra la barra de la posada, había rechazado el ofrecimiento de un whisky caliente con leche que le tendió la joven criada a la que le había recompensado en el cuarto con una moneda.

La joven no había tenido tiempo en buscar a su marido, la dueña de la posada la instó a que atendiera la barra mientras ella acudía al mercado a comprar víveres para ese día. Tendría que esperar a que regresara para ir buscar a su esposo y entregarle la moneda de oro que el hijo del Laird le había entregado como pago.

Su hermano por el contrario tomó la jarra y bebió el contenido sin respirar, agradeciendo el calor que introdujo la cálida bebida en su cuerpo.

—Si ya estás listo Hugh, es hora de tomar una barca—*Por mucho que me tiente la idea de quedarme y patear traseros como dices, no ha llegado aún el momento de enfrentarnos a los MacKenzies. Aún no*.

Su llegada a la isla fue acogida con sorpresa por parte de los soldados que paseaban por el puerto vigilando la costa. Gaerth les mostró la libreta donde anotó la salida, y donde apuntó ante los testigos la llegada, apenas eran unas marcas en dos columnas pero que ayudaban a tener un control del acceso al muelle y a las dos barcas que les conectaban con tierra. Era el procedimiento habitual al salir de una isla en la que todos los habitantes se conocían.

Después de ayudar a los soldados a subir la barca a tierra para una revisión, caminaron hacia el castillo. Ninguno de los dos dijo nada,

estaban agotados físicamente, después de remar con fuerza para llegar a las tierras McLeods sin ser detectados, ni interceptados por la avanzadilla de soldados MacKenzies.

En cuanto llegasen al castillo debían informar al Laird de la proximidad de sus enemigos, debían estar alerta ante un posible ataque.

Hacia allí se dirigieron, siendo interceptados por los Guardianes de los pergaminos que suspiraron aliviados al verlos, a la entrada del castillo.

—¿Dónde estabais?—preguntó con ansiedad Meagan apoyando las manos en la cadera. Aquella mañana vestía unos pantalones de cuero marrones y una camisa de lino blanca, similar a la vestimenta que utilizaba Hugh.

—Recuerda con quien hablas, mujer, un respeto a tu futuro Laird—la corrigió Duncan, posicionándose a su lado. Su tono era severo pero a la vez lleno de cariño, adoraba a esa pequeña mujer que le volvía loco cada día de su vida, consiguiendo que su existencia fuera una aventura de la que no quería despertar.

Meagan bufó, cruzándose de brazos.

—Antes que mi futuro Laird, es mi amigo—desvió la mirada de su esposo a Gaerth quien mostraba una sonrisa relajada—. Al no veros anoche me preocupé muchísimo, no debéis alejaros así, sin avisarnos.

Gaerth amplió la sonrisa con auténtico cariño.

Cuando la tenía frente a él, regañándole de aquella manera no podía evitar recordar los veranos que pasó jugando junto a ella, acompañados de los demás Guardianes, descubriendo las maravillas de la isla, buscando tesoros perdidos en las playas o bailando bajo la luz de la luna en el círculo sagrado. Eran recuerdos que guardaba con cariño en su interior.

—No hubo tiempo para comunicaros nuestra marcha. Fuimos a las tierras de los McInner a tomar un trago.

Hugh asintió, esbozando una pícara sonrisa.

—Sí, fue una gran noche.

—Seguro, una GRAN NOCHE—ironizó Meagan—. Cuando será el día en que dejes de pensar con tu...con tu…

—Meagan cariño, te recomendaría que te abstengas de mencionar partes impúdicas de otro hombre en mi presencia.

Ésta se rió al ver la expresión de su esposo, lucía celoso. Aquello la sorprendió pero al mismo tiempo la embargó de una agradable sensación de orgullo y de amor.

Por su labor como Guardianes y protectores de Gaerth, por mucho que éste se negase a ser protegido, no disponían de mucho tiempo para su relación, ni se veía con buenos ojos las demostraciones públicas de su amor. Ver que su esposo la amaba de tal manera la

llenó de alegría.

Con una sonrisa le acarició la mejilla, una suave caricia que apenas duró unos segundos, y respondió:

—No te preocupes esposo mío, la única parte impúdica que deseo ver es la vuestra.

Esta vez fue el turno de los demás en reírse al ver la cara de bochorno que puso Duncan.

Mientras, Gaerth miraba hacia su ventana, cuando ya iba a retomar la atención en los Guardianes vislumbró una sombra, aquello sólo podía significar una cosa, Bridgit estaba en su alcoba.

La noche anterior había sido todo un desastre, por no decir otra cosa. Se dejó llevar por los miedos que tenía arraigados en su corazón, obnubilándose, desconfiando de la mujer que atravesó el espacio y el tiempo y llegó a su vida.

Sería mejor que hablara con ella, que averiguara si había sido engañado, escucharla y así tomar una decisión. No podía seguir de aquella manera, a un paso de volverse loco, loco por el deseo, por el rencor, por la necesidad imperiosa de volver a verla, de sentirla, y deseando que no fuera todo fruto de la magia.

Respiró profundamente, antes de alejarse de sus Guardianes y tomar rumbo a su dormitorio. Cuanto antes hablara con ella, antes se libraría del demonio que le gritaba en su interior.

—¿Pero qué le sucede a Gaerth?—preguntó Meagan boquiabierta al ver que pasaba por su lado sin dirigirle una mirada, como si no percibiese su presencia—. ¿A dónde va con tantas prisas? Si ni siquiera nos ha contado por qué motivo os fuisteis tan precipitadamente ayer a por la noche.

Los únicos que sabían el motivo eran Hugh y Magnus. Estos dos sonrieron al verle entrar en el castillo con evidente prisa y nerviosismo, esperaban que solucionase las cosas y aceptase de una maldita vez lo que el destino le había puesto en su camino.

Sonriendo pasaron un brazo por los hombros de sus compañeros, Hugh con Duncan y Magnus con la joven Meagan, y los arrastraron hacia el comedor para almorzar algo sustancioso, dejando Hugh de lado temporalmente el aviso al Laird de la cercanía del enemigo, esperaría a que fuera el propio Gaerth quien se acercara a su padre y le informara, pues él no iba a hacerlo, ni siquiera le iban a dejar tener una audiencia con el Laird, era un bastardo que cada día se enfrentaba a la amenaza del exilio.

Duncan se revolvió, apartando el brazo de Hugh. Se quedó quieto y le preguntó bruscamente:

—Si sabes algo inglés, suéltalo.

Hugh se apoyó contra la pared en la entrada del comedor. Había llegado el momento en que les informara a los demás. Ya quería ver

sus caras cuando se enterasen.

—Felicitadme porque desde ayer soy oficialmente cuñado.

Magnus se echó a reír ante las caras que pusieron Duncan y Meagan. Ambos se mostraron sorprendidos. Como ya esperaba de Hugh lo había soltado de una manera que rallaba la burla.

—He debido de escuchar mal, inglés—repuso Duncan con fingida calma, una calma que por cierto no sentía, pues por dentro era un mar en tempestad—. ¿Nos estás diciendo que Gaerth se ha desposado?—al ver que Hugh asentía con la cabeza, preguntó—. ¿Con quién se ha casado? ¿Y cuándo lo hizo?

Meagan se mostró enfadada.

—¡Es un traidor!—los hombres la miraron sorprendidos por su arranque—. Él me juró que sería su testigo en su boda, y se ha casado sin avisarme. No es justo.

—Por Dios mujer, esa no es la cuestión, además el testigo suele ser el clérigo mientras se firma el contrato de arras, nuestro señor te aseguró que serías una invitada de honor, no la testigo de boda, Meagan—Duncan regresó su atención a Hugh, preguntando nuevamente—. Dinos quien es su esposa.

Pero no fue Hugh quien le contestó, en ese momento Magnus decidió intervenir:

—Su esposa es la Vanior. Y antes de que preguntéis, se casaron la noche de la invocación. El conjuro que realizó resultó ser un viejo hechizo de unión practicado entre Vaniors para enlazarse mágicamente, y Meagan, sí fuimos los testigos de su boda, sus únicos testigos—apostilló.

La única mujer Guardiana rompió el silencio que siguió a esas palabras:

—¡Asistí a una boda en pantalones!—Duncan resopló rodando los ojos. Meagan le golpeó el brazo al ver su gesto—. ¡Eh, no es nada estúpido! Ni se te ocurra burlarte de mí. Yo quería asistir a su boda vestida de gala.

—Si aún no tienes un vestido de gala—comentó su esposo mirándola con un brillo de alegría en sus ojos.

Meagan se mostró ligeramente avergonzada, aquello era cierto, aún no tenía un vestido puesto que solía usar pantalones, pero eso no significaba que no le habría gustado vestir elegantemente en la boda de su mejor amigo.

—Aún no tengo el vestido porque se suponía que nos avisaría con antelación. La boda del futuro Laird se celebra con todo el clan. Él fue nuestro testigo ante el sacerdote, y nos prometió que seríamos los suyos—con fingido dramatismo dijo—. Me casé en pantalones y fui partícipe de una boda en pantalones, sólo me quedas tú, Hugh. Cuando te cases iré con vestido, así que…—golpeó con un dedo el

pecho del joven inglés—. Estás avisado.

Todos rompieron a reír, fue en ese instante en que Hugh recordó el motivo que les llevó a regresar tan precipitadamente a la isla.

—Lo olvidaba, cuando estábamos en la posada avisaron a Gaerth de que un grupo de soldados MacKenzies se acercaban al pueblo, debemos estar atentos, no podemos bajar la guardia.

—Deberíamos avisar al Laird y…

Hugh interrumpió a Duncan:

—Tienes razón pero prefiero que lo haga Gaerth, a mi no me escucharían y lo sabes.

Ninguno dijo nada pues aquello era cierto, así que sólo les tocaba esperar.

Oculto tras una columna, a sólo unos metros de los Guardianes un soldado leal al Laird estaba escuchando con atención y preocupación, la conversación.

Nada más escuchar que Gaerth se había enlazado con la Vanior, se alejó de su escondite y corrió hacia donde entrenaba el Laird junto a los soldados más jóvenes. Cuando despuntaba el sol por el horizonte y los gallos cantaban, el castillo se llenaba de vida. Así había sido desde siempre y así seguiría por muy duro que fuese levantarse cada día en cuanto se vislumbrase el amanecer y se acostaran en cuanto el sol desaparecía en el horizonte, no podían permitirse desaprovechar la luz natural que disponían a lo largo del día.

Al divisarlo, pasó entre los soldados y lo interrumpió:

—Mi señor, es urgente.

Malcom guardó su espada y siguió al soldado hasta un extremo sur del patio, alejándose de la vista de los soldados que pararon de entrechocar las espadas durante unos segundos al verle desaparecer, antes de continuar con el entrenamiento a una señal de éste.

Tras hacerles una señal con la mano a sus hombres a que continuaran, le preguntó al hombre que le alejó del entrenamiento:

—¿Qué es lo que ha sucedido Elriec?

Elriec McLeod era uno de sus soldados más hábiles, capaz de manejar la espada con las dos manos, una habilidad que muy pocos hombres poseían. Le vio crecer y le entrenó durante años mejorando sus habilidades combativas, convirtiéndole en uno de los soldados en los que confiaría su propia vida.

—Mi señor, lamento interrumpirle, pero es acerca de su hijo.

Malcom se puso en alerta, cada vez que le tenían que comunicar algo acerca de Gaerth siempre acababa lamentando el no haberse quedado ese día en cama.

—¿Qué ha hecho esta vez?
Elriec meditó unos segundos la manera de comentarle la nueva noticia a su señor. Después de unos segundos decidió que lo mejor era decírselo directamente, sin rodeos. Alejó la culpa al descubrir al amigo de su pareja y dijo:
—Su hijo se ha casado. Acabo de escuchárselo a los Guardianes.
Malcom parpadeó con fuerza un par de veces. No se lo podía creer.
¿Qué se ha casado? Es imposible. No puede referirse a Gaerth.
Para salir de dudas, le preguntó:
—¿Gaerth se ha casado?
Elriec alzó una ceja.
—Acaso tiene otro hijo reconocido, mi señor.
Malcom se abstuvo de contestarle de malos modos, de todos era sabido su relación sanguínea con el inglés, un hijo bastardo que no reconocería pues de hacerlo aceptaría un error del pasado por el que perdió todo lo que apreciaba en su vida, y prefirió informarse más acerca de la nueva noticia.
—¿Cuándo se desposó? ¿Con quién?—antes de que Elriec dijese algo, soltó una palabrota—. De ser cierto mi hijo ha estropeado una oportunidad de paz entre los clanes.
La tarde en que descubrió que Gaerth le había desobedecido y había invocado al guerrero Vanior, había conseguido una entrevista con un miembro del Consejo MacKenzie, en la que acordaron unir a su propio hijo y a la hija pequeña del Laird MacKenzie en sagrado matrimonio, y asegurar así la paz entre los dos clanes. Pero una vez más Gaerth se había encargado de arruinar sus planes, casándose a escondidas.
—¿Cómo pudo casarse? ¡Maldición! ¿Y quién es la que le atrapó?
—Es la guerrera Vanior, mi señor. Según escuché a los Guardianes, su hijo se unió a ella cuando la invocó.
Malcom se quedó pensativo.
Su hijo se había unido a una mujer de otro tiempo mediante un enlace mágico. Si antes pensó que la precipitada acción de Gaerth traería como consecuencia una guerra abierta entre los dos clanes, ahora al ser el esposo de una Vanior provocaría que los clanes que los acogieron hace décadas, se levantaran en armas en busca del poder que se asociaba a estos seres mágicos.
El enlace que tenía previsto ahora ya no podría celebrarse, algo que alteraba por completo sus planes. Debería pensar en cómo comunicarle al Laird MacKenzie la nueva hora.
—No hay otra opción—Elriec le miró con cara interrogante, pues no sabía de qué hablaba su Laird—. Interceptaré a la hija del MacKenzie, y la mantendré oculta.
—¿Pero mi señor, va a secuestrar a la hija del Laird MacKenzie?

¿Cree que secuestrándola solucionará algo?—se atrevió a preguntarle Elriec, haciéndose una idea de lo que había sucedido.

El hijo del señor se había adelantado a sus planes, rompiendo un enlace con el clan enemigo sin saberlo ni pretenderlo, y ahora el Laird se veía en una encrucijada, ¿qué hacer con la hija del enemigo que acudía al clan para desposarse con el hombre apodado el Ángel Caído?

Secuestrarla. O al menos eso era lo que pretendía hacer el Laird.

Malcom se pasó una mano por el cuello. No. Sinceramente no creía que solucionase el problema retrasar la llegada de la joven MacKenzie, pero si llegaba a la isla en aquellos momentos con la Vanior en sus tierras y la reciente unión de la mujer con su hijo, los problemas entre los clanes se agravarían. Por un lado tendrían a una Vanior cabreada y por otro un Laird del clan enemigo que exigiría su cabeza.

—Es la única opción que tenemos en estos momentos, la joven MacKenzie no puede llegar a la isla. La retendré en las tierras de los McInner y la convenceré de que lo mejor para todos es que se despose con otro heredero, que se una en matrimonio con otro clan.

Elriec carraspeó en alto un par de veces antes de insinuar:

—La joven MacKenzie podría casarse con otro heredero McLeod, si lo hubiese—puntualizó.

Malcom rechinó los dientes. Por supuesto que había barajado esa posibilidad, desposar a su otro hijo con la joven, pero no iba a hacerlo, no era posible. Nunca aceptaría a Hugh como hijo, no podía y los MacKenzies nunca consentirían tener un yerno inglés, la sangre inglesa que corre por sus venas era un estigma que le marcaría durante su estancia en las Highlands. Un highlander nunca olvida, y el odio que todo hombre y mujer de aquellas tierras altas sentía por los ingleses estaba muy arraigado en sus corazones.

—Esa opción no es factible, Elriec. Yo sólo tengo un hijo, un heredero, Gaerth McLeod—éste asintió con la cabeza. Lo aceptaba—. Reuniré a un grupo de soldados y esperaremos a la muchacha en el puerto McInner. La mantendré oculta al menos cinco días. Ese será el tiempo que tardará el MacKenzie en enviar un mensajero a la isla, en busca de respuestas. Hasta ese momento, vigilad a mi hijo hasta mi regreso, antes de que llegue el mensajero estaré de vuelta.

Elriec aceptó de buen grado las órdenes de su señor, le agradecía que no le enviase junto a los demás soldados tras la MacKenzie.

Ya se sentía mal al haber traicionado a su compañero al haber descubierto las noticias referentes a Gaerth, como para abandonarle durante días sin poder indicarle el verdadero motivo de su ausencia.

Malcom deslizó la mirada por el patio, seleccionando los soldados que se llevaría de viaje aquella misma tarde. No había tiempo que perder, los MacKenzies a esas horas podían estar llegando a las tierras del clan McInner, debía darse prisa.

Antes de girarse e ir a comunicarles a sus hombres los cambios de planes, Malcom, dijo:

—Regresa a tu puesto Elriec. No dejes de vigilar a mi hijo.

Elriec esperó a que el Laird se alejase para regresar a su cabaña.

Fue gracias a que Malcom le ordenó vigilar a Gaerth el que conociese a Magnus, como el heredero no se relacionaba con nadie que no perteneciese a su círculo interno –al menos no más de lo necesario, pues todo su confianza estaba puesta en sus Guardianes, en nadie más-, Malcom planeó cómo hacer que Elriec se colase en ese círculo de confianza. Le ubicó en la cabaña de uno de los Guardianes.

Al principio fue el propio Elriec el que se negó rotundamente a vivir bajo el mismo techo de uno de los mestizos, él se crió con la creencia que los mestizos estaban embrujados, que eran unos seres malditos que sólo traían desgracias al clan.

Pero cuando conoció a Magnus, tan silencioso al principio, con sus miradas perspicaces y su atlético cuerpo contoneándose alrededor de él, no pudo contenerse.

Acabó perdidamente enamorado.

Al entrar en la cabaña no se sorprendió de encontrar a los Guardianes reunidos alrededor del fuego, hablando animadamente entre ellos.

Cuando Magnus levantó la cabeza y le miró con una sonrisa dibujada en los labios, se sintió mal. Un maldito traidor.

Algún día le tendría que contar como fue que llegó a vivir bajo el mismo techo que él, pero no se atrevía a confesárselo por temor a perderlo.

—Siéntate con nosotros Elriec—Hugh se hizo a un lado dejando libre la silla que estaba al lado de la de Magnus, cogiendo un tocón de madera para sentarse.

Sonriendo débilmente, sintiéndose un intruso en su propio hogar, Elriec se sentó al lado de Magnus, luchando contra las ganas de tomarle las manos y besarle, volcando en ese beso promesas de una noche de intenso placer.

—Me parece Elriec que vas a ser el primer hombre fuera del círculo que sepa esta novedad—Hugh sonrió ante la cara de sorpresa del hombre—. Felicítame compañero, porque soy cuñado.

Si ya antes se sentía mal ahora parecía que el mundo se había abierto a sus pies para tragárselo.

Era un traidor, un hombre enamorado que podía perderlo todo por culpa de la verdad. Pero todo el mundo sabía que la verdad siempre se descubría y algún día iba a perder…

Miró a su alrededor, sorprendiéndose al notar que aquella estampa tan hogareña con los Guardianes en su hogar le era familiar, parte de su vida.

Lo puedo perder todo… ¡Oh, Dios! Si Magnus se entera…

No quería ni pensarlo. No podía perderle. Pero no siempre los deseos se cumplían.

CAPÍTULO 14

Los pasos resonaban en el silencioso cuarto, la luz del día comenzaba a despuntar en el horizonte otorgándole una languidez al lugar que parecía mágico. Bridgit paseó la mirada fijándose en cada pequeño detalle de aquella habitación, sintiéndose cada vez más cabreada. Estaba furiosa, cansada de estar encerrada entre esas cuatro paredes, llevaba allí desde que Gaerth la dejó, ni siquiera bajó a comer algo, seguro que acaba perdida en aquel castillo o la atacarían pues ya había quedado claro que su presencia no era muy aceptada, por no decir que si pudiesen la lanzaban de cabeza al lugar de donde vino sin dudarlo ni un segundo.

Apenas había conseguido descansar unas cuatro horas ya que en cuanto cerraba los ojos le veía, al salvaje furioso como nunca antes le vio, proyectando una mirada que rayaba la rabia y en ese momento despertaba sudada y con el corazón latiéndole furiosamente contra el pecho.

Con cada hora que pasaba, o minuto, no tenía una noción de tiempo y de noche poco podía averiguar mirando hacia las estrellas, la furia que sentía hacia el highlander crecía en su interior.

El muy bastardo la había sentenciado sin escucharla, tomando por válida sus absurdas acusaciones que bien podían servir para el guión de una película de conspiraciones. Se había alejado sin mirar atrás, resquebrajando la felicidad que pudo rozar con la punta de los dedos en sus brazos.

Cansada de dar vueltas por el sitio, sin nada qué hacer, se sentó muy cerca de la ventana y cerró los ojos, fue entonces cuando escuchó pasos y murmullos que provenían de fuera.

Muerta de la curiosidad se levantó y se asomó con cuidado por la ventana, deseando no ser descubierta. El corazón galopó velozmente cuando divisó al hombre que le robaba el sueño y el hambre, y le hizo desear una y otra vez regresar a su tiempo, a su época, alejarse de aquel lugar y olvidar todo lo que había sucedido para no sentir el dolor que estaba sintiendo, la sensación de vacío que la devoraba por dentro.

Se le secó la boca y el corazón parecía que iba a salírsele del pecho, pero la rabia que sentía por ese hombre no era acallada por el intenso deseo que la provocaba. La magia era fuerte cierto, pero la unión que se había establecido entre los dos no podía silenciar la sensación de traición que sentía.

La había traicionado, sin ver que ella era la víctima en aquella extraña ecuación, que había sido secuestrada y lanzada a una época llena de guerras, dolor y muerte, que la había seducido con sus palabras, con el ardor que sentía cada vez que la miraba, la tocaba y ahora… ¿qué tenía ahora?

Una mezcla de rabia, culpa y el tirón mágico de su núcleo que la instaba a volver a unirse carnalmente a él, era lo que sentía por dentro, además estaba atrapada en un siglo en el que podía ser condenada a muerte por brujería si la desterraban del clan, o asesinada por los Vaniors que controlaban que no se rompiese una de las sagradas normas que regían su raza: no viajar en el tiempo.

—Mire por donde mire mi futuro es muy negro—murmuró tras apartarse de la ventana.

Se volvió y apoyó la frente en la fría piedra buscando un consuelo que sabía bien que no encontraría.

Ni siquiera se volvió ni se sorprendió cuando escuchó cómo se abría la puerta. Cerró los ojos y esperó, no iba a ser ella la que diese el primer paso, no cuando lo único que sentía era la intensa necesidad de golpearle, de partirle la cara por cabrón, por todo lo que le había hecho pasar.

Los últimos metros fueron los peores, ya podía vislumbrar la puerta de su alcoba al fondo del pasillo y Gaerth se sentía a un paso de romperse por dentro por la presión.

Se plantó ante la puerta, respiró hondo y la abrió. Todo lo que tenía pensado preguntarle se borró de su mente, quedó en blanco, en cuanto la vio, de espaldas a él cerca de la ventana. Silenciosa, hermosa, vistiendo su camisa blanca de lino que le llegaba hasta la cadera, dejando al descubierto sus esbeltas y blanquecinas piernas, acompañada por el plaid que le cubría los hombros. Estaba mal anudado como si se lo hubiese echado por los hombros como una manta.

Estaba ante él y su garganta se negó a articular palabra.

Ya se estaba cansando de tanto silencio, podía notar la penetrante mirada de él fija en ella, pero el muy maldito no le decía nada. Bridgit abrió los ojos y los fijó en la fría piedra. Tenía tanto que recriminarle que no encontraba las palabras con las que comenzar a mostrarle el daño que le hizo.

Pero no podía seguir así, aquella mujer no era ella. Había sufrido pero con cada golpe que le dio el destino se levantó más fuerte, siempre mirando a la cara a los pesares y luchando con fuerza para

sobrevivir. Era fuerte, no aquella mujer que esperaba ansiosa sus palabras.

Se giró decidida y le miró a los ojos, sin poder evitar sentir como un escalofrío le recorría de pies a cabeza, la unión que compartían era fuerte y la instaba a unirse de nuevo a él, a que reforzara la magia que compartían, al fuego que les quemaba cada vez que se tocaban.

—¿Qué haces aquí?—le recriminó volcando parte de la rabia que sentía, el tono de su voz lo indicaba así, era evidente que estaba furiosa con él—. ¿Vas a echarme del castillo para que deje de hechizarte?—La simple idea de quedarse completamente sola la aterrorizaba, sobre todo porque si quería regresar a casa debía quedarse en aquellas tierras, examinar de nuevo los pergaminos y hacer un recorrido por su memoria para ver si encontraba cómo romper la magia que la unía a él y poder embarcarse en un viaje en el tiempo hacia el futuro.

Pudo ver su dolor, estaba ahí, oculto bajo una gruesa capa de rabia. Gaerth se maldijo por dentro, a causa de sus miedos, por la barrera que alzó alrededor de su corazón por culpa de su pasado, la había hecho daño.

La Vanior estaba orgullosamente parada a unos metros de él, con la barbilla en alto, mirándole fijamente sin ser consciente de la agitación de su pecho y el visible dolor que transmitían sus expresivos ojos.

No pudo evitar sentir orgullo por ella, aunque la voz que le envenenaba por dentro siguiera gritándole que ella lo sabía todo, que podía engañarle, que podía abandonarle dejándole solo con sus recuerdos.

Pero si no lo hablas con ella la perderás igual. Se dijo a sí mismo, dando un paso hacia delante, tomando una decisión con los agónicos gritos del corazón, haciendo oídos sordos a la razón. Comenzó a desabrochar la tira de cuero que rodeaba su cintura y con la que mantenía sujeta la espada, agarró la espada cuando la tira quedó floja y la dejó encima del baúl que había a los pies de la cama.

—Respondiendo a tu primera pregunta, mujer—la llamó así a sabiendas que iba a enfurecerla, era mejor enfrentarse a su furia, no podría enfrentarse a su dolor, quedaría desarmado si la veía llorar—, este es mi alcoba. Y…

Bridgit rechinó los dientes, mientras cerraba los ojos. Ya se imaginaba que no iba a pedirle perdón, pero no esperaba que siguiese actuando tan despóticamente contra ella, como si la culpa fuese suya y el verdadero culpable de todo esto era él mismo al jugar con fuerzas sobrenaturales. Al enamorarla con su sonrisa para después despreciarla.

—Entonces soy yo la que sobro aquí—le interrumpió con voz tensa al tiempo en que tomaba la decisión de irse del cuarto, se refugiaría

en el círculo de piedras hasta que consiguiese encontrar un hechizo con el que liberarse de todo aquello, o tal vez iría directamente a los Guardianes de los pergaminos para pedirles que rompieran las cadenas que la unía a ese tiempo.

Esperaban que ella les ayudara en su guerra de clanes, pero no podía, ni aunque lo quisiese, –cosa que nunca lo haría, la vida era preciada y ella no se veía capaz de robársela a nadie.

—Nunca te he visto como una cobarde, ahora no me muestres que estaba equivocado.

Fue un golpe bajo. Aquellas palabras la dejaron muda y sin saber qué hacer, bueno sí, si que lo sabía. Sin mediar palabra atravesó la distancia que les separaba y le cruzó la cara. No se consideraba una mujer violenta pero ya no podía aguantarlo más, aquel hombre había jugado con ella y lo seguía haciendo.

Cuando dio un paso hacia atrás, separándose de él, se quedó mirando la marca de sus manos en la mejilla.

Él la miró a su vez y la sorprendió al decirle:

—¿Ya estás más calmada? ¿Satisfecha?

La calma que mostró fue el detonante que perdiera el control, soltando un grito se lanzó hacia él dispuesta a repetir, a volcar su furia, la rabia que la había carcomido durante el día que estuvo sola, comiéndose la cabeza por los remordimientos, por la culpa y por los dolorosos recuerdos que tenía con él.

—¡Eres un bastardo! ¡Desgraciado!—Intentó golpearle la cara de nuevo pero él le sujetó las manos, acercándola a su cuerpo, quedando cara a cara—. Por tu culpa, por tu culpa…

La razón ya le podía gritar lo que quisiese, que el dolor que estaba mostrando ella en esos momentos, era muy real, no podía negarlo, y el culpable era él.

Debía aceptar lo que había hecho, lo que iba a perder si no lo arreglaba.

—Lo sé—acabó murmurando.

Era un hombre de pocas palabras, y en momentos como ese se sentía impotente. Quería pero no podía, ansiaba pero era incapaz de mostrarle todo lo que se le había pasado por la cabeza cuando descubrió que estaban enlazados mágicamente. Aún temía que lo que sentía fuese fruto de la magia, que ella se aprovechara de eso para alejarse de él y destrozarle con su ausencia, pero tendría que aprender a confiar, a abrirse, a aceptar que para ser feliz había que arriesgar el todo por el todo, esperando que la apuesta fuera la buena.

—Lo sé—repitió de nuevo mirándola a los ojos, siendo testigos de la lucha interna de ella—. Cuando averigüé que estábamos enlazados por la magia enloquecí—admitió, entrecerrando los ojos por la vergüenza, vergüenza por su debilidad.

—De nada me valen tus excusas, no fui yo quien secuestró a una persona y le lanzó un hechizo sin saber qué era. El que provocó que estemos unidos por la magia eres tú, sólo tú. Me has seducido y luego te largaste echándome toda la mierda a mí. Eres un imbécil que lo único que mereces es que te caiga un rallo encima por estúpido.

La estúpida era ella por no desear alejarse de él, por no gritarle que lo iba a hacer, que se iría sin mirar atrás tal y como él hizo, pero es que no podía. No podía decírselo, sus ojos la tenían esclavizada, y el toque de sus manos le provocaba un intenso deseo de golpearle por estúpido y luego curarle las heridas. La magia era poderosa, pero más poderoso era el amor que sentía por él.

Nunca en su vida creyó en el amor a primera vista, es más se reía de quien aseguraba que existía, que era posible enamorarse de una persona con sólo verla, pero ahora no podía negar que era posible y es más le había sucedido a ella.

Estaba enamorada de ese salvaje, de sus ojos, de sus caricias, de lo que le hacía sentir cuando la miraba con deseo, con orgullo, de la sensación de plenitud que sintió cuando despertó en sus brazos.

—Tienes razón, Bridgit—Otra vez humedecida por escuchar su nombre en labios de él, era algo que ya le había pasado con anterioridad que cuando le escuchaba llamarla por su nombre el deseo brotaba de su interior—. Ahora no son más que excusas, el daño ya está hecho, pero quiero que veas que a pesar de sentir que iba a ser traicionado por ti no quería que me abandonarás—Se atrevió a confesarle, jugándoselo todo a una sola carta.

—No me harás cambiar de opinión con tus palabras, me has hecho daño y…

La besó con una languidez y cariño que la desarmó, sus labios la acariciaron con suavidad antes de saborearla por completo cuando sus lenguas se encontraron. Con aquel beso se sintió derretir por la candidez y el ardor que experimentó con el juego de sus lenguas y las caricias de sus manos. Apenas fueron unos segundos en los que el mundo dejó de existir para los dos y sólo se sentían el uno al otro.

—Si intentas comprarme con tus besos te aviso que no estás teniendo éxito—susurró con voz enronquecida por la emoción, la rabia que sentía se había apagado un poco en su interior, pero aún persistían las cenizas. Tendría que hacer mucho más para conseguir que olvidase el dolor que experimentó cuando la abandonó de esa manera, cuando la hizo sentir como la culpable de todo lo que había sucedido entre los dos.

Él sonrió apenas, una sonrisa que no llegó a sus ojos, comprendía la reticencia de ella por perdonarle, a él mismo le costaba desprenderse de la sensación de traición que pesaba sobre su corazón, pero había asimilado, gracias a las palabras de su hermano y al haber pensado

una y otra vez en todo lo ocurrido hasta la fecha, que los dos habían sido víctimas del destino y de la magia.

La miró a los ojos asombrándose al notar cómo su corazón reaccionó a ella, acelerándose. Se sentía lleno de energía, como si estuviese a punto de entrar en batalla, y todo por culpa de una mujercita que le miraba con una mezcla de desconfianza y deseo.

No la iba a dejar escapar. Bien era cierto que aquella mujer era una Vanior que poseía un poder mágico que abrumaba, que su sola presencia podía causar estragos entre los tratados de paz con los otros clanes con descendencia mágica, o que la unión que sentía cada vez que la miraba o la tocaba y que le provocaba el intenso deseo de hacerla suya podía ser fruto de la magia, pero si aquello no era real… ¿cómo era posible que sintiese un vacío por dentro cuando se le pasaba por la cabeza la idea de que le iba a abandonar?

Tendría que confiar en que ella no le dejara, no le rompiera el corazón como hizo su propio padre a su madre, o que el destino les brindara su protección y les concediese una larga y fructífera vida a ambos en la que recordarían cada instante de pura felicidad en el ocaso de sus vidas.

Si le quedaba alguna duda de que había caído en las redes de aquella mujer se evaporó por completo cuando se percató que ya estaba pensando en morir al lado de ella, en rememorar la vida que deseaba pasar con Bridgit.

La volvió a besar, atrapándola en sus brazos, apretándola contra su cuerpo, no iba a soltarla jamás. Era suya, el destino la había puesto en su camino y no iba a permitir que su pasado le impidiese ver aquel regalo.

—Mía—murmuró con voz enronquecida, depositando pequeños besos por sus ruborizadas mejillas

—No—susurró a su vez ella, negándose a sucumbir al deseo que crecía en su interior—. No voy a perdonarte tan rápido por lo que me hiciste—lo dijo de tal manera que parecía que se estaba convenciendo a sí misma.

Gaerth soltó una carcajada, sincera, refrescante, sólo ella era capaz que se abriera como nunca antes lo hizo.

—Pues tendré que esforzarme para que borres esos recuerdos de tu mente—comentó sin dejar de acariciarla, deteniéndose unos segundos en sus redondeadas nalgas.

Ésta se sobresaltó e intentó apartarse con fingida molestia, le gustaba que la acariciara, que recorriera su cuerpo con sus ardientes y callosas manos, pero no en esos momentos cuando quería dejarle claro que le había hecho daño, que necesitaría más que una disculpa para que le perdonase.

—¡Eh! ¡No te he dado permiso para que me toques!

Gaerth esbozó una sonrisa pícara.

—Porque eres mi mujer, guerrera, no me hace falta tú permiso para hacerte mía.

La prepotencia y el orgullo que percibió en la postura del salvaje, en sus brillantes ojos, la enfureció.

—¡Eres un troglodita sin cerebro! Me importa un pimiento que seas un salvaje de la Edad Media, si una mujer dice no es NO—puntualizó muy molesta por las palabras de él.

Él la miró sin saber muy bien a qué se refería, había palabras como troglodita o Edad Media que no comprendía, pero la implicación de lo que ella dejó caer le molestó, nunca en su vida había forzado a una mujer, las que habían acudido a su lecho lo hicieron de buen agrado y por voluntad propia.

—Ignoraré lo que intentas otorgarme, pues nunca he forzado a una mujer y nunca lo haré, quien acude a mi lecho es porque lo desea. Mis amantes han sido mujeres que se lanzaron a mis brazos en busca de una aventura, sabían lo que podía darles y lo que no, y como dices si una mujer me dijo que no deseaba mis placeres no la forzaba a satisfacerme.

Pudo ver la verdad en sus ojos en sus palabras, le creyó.

—Si es así, lo siento, es que me da rabia cuando una mujer sufre abusos de cualquier tipo por un hombre.

Gaerth asintió con la cabeza, lo comprendía y admiraba su fuerza.

—No hace falta que te disculpes, Bridgit, admiro tu fuerza de voluntad, y quiero que nunca te disculpes conmigo, puedes decirme a la cara todo lo que desees, en privado por supuesto—puntualizó, puesto que no iba a permitir que sus hombres le perdiesen el respeto, y por mucho que a ella no le gustase, su mundo era cruel en el que los hombres debían proteger a los más débiles, y las mujeres debían esperar en sus hogares a que el destino estuviese de su lado y regresaran con vida—. Cuando esté con mis hombres te agradecería que te abstuvieras de imponerme tu criterio.

Estuvo a punto de gritarle a la cara unas cuantas cosas, pero recordó las lecciones de historia en las que narraban cómo era la vida en la Edad Media, por mucho que le doliese los derechos de las mujeres brillaban por su ausencia, los hombres eran los que gobernaban, los que tenían el poder, los que dictaban las sentencias, quienes decían quien vivía y quien moría.

Lo aceptaría, se mordería la lengua cuando él estuviese con sus hombres, o al menos lo intentaría, porque dudaba mucho que pudiese contener su carácter por mucho que comprendiese que él era un hombre de un siglo machista y turbulento.

—No puedo asegurarte que siempre me contenga de contestarte cuando estés reunido con tus soldados, pero te prometo que si me

respetas te respetaré.

El silencio se impuso entre los dos, aquellas palabras parecían un juramento que marcaba un antes y un después en su tempestuosa relación.

Bridgit no sabía qué le deparaba el futuro, dentro estaba echa un lío pues por un lado deseaba regresar a su época y por otro lado quería disfrutar de lo que tenía junto a él, junto a su salvaje que la volvía loca con sus miradas, con sus palabras, con sus caricias.

La vida era dura y cruel, de niña ya lo descubrió cuando vio morir a su familia por los Vaniors enemigos a su clan, y ahora cuando su felicidad pendía de un hilo.

La unión que la mantenía atada a ese hombre podía llegar a romperse, podía llegar el día en que la dejara de lado y se buscara una mujer más acorde a esa época, que la rechazara cuando se enterase que no iba ayudarles a destruir a sus enemigos.

Le abrazó sorprendiéndole con su gesto, enterró su cara en el hueco de su cuello, notando como le raspaba la rugosa tela que cubría su pecho, y cerró los ojos embriagándose con su olor picante, dulzón y fuerte.

—Te recordaré tus palabras cuando me discutas frente a mis hombres—bromeó él, disfrutando de esos minutos de intimidad que estaban compartiendo, sin dejar de acariciarle la espalda.

Bridgit abrió los ojos y sonrió, no iba a olvidar tan pronto todo lo sucedido pero amar traía consigo perdonar cuando el corazón te indicaba que podías hacerlo, y en este caso, le gritaba una y otra vez que tenía que seguir adelante, que si quería un futuro al lado de ese hombre tenía que abrirle el corazón y confiar en él.

Se separó de él y buscó sus ojos.

—¿Por qué supones que voy a romper mi palabra? ¿Qué voy a discutir contigo frente a tus soldados?

Gaerth compartió una sonrisa sincera con ella, su mirada transmitía mucho, en esos momentos era un hombre relajado, abrazando la posibilidad de ser feliz en brazos de una pequeña mujer que le volvía loco.

—Porque te conozco, no olvides que eres mía, mi mujer.

El corazón de Bridgit saltó enloquecido, las mariposas de su estómago revoloteaban con furia y la emoción que se agolpaba en su garganta la acalló durante unos segundos. Le amaba, se había enamorado de ese hombre que la había secuestrado y atado a él por un ritual que le podía haber costado la vida a los dos. Era una tonta que había caído en la trampa del amor, la que siempre había renegado abiertamente del amor a primera vista y ahora era víctima de sus palabras.

Sus manos seguían recorriéndole la espalda, relajándola con su

toque, pero al mismo tiempo avivando las llamas del deseo, de la pasión que saltaba a la vista cuando estaban juntos, él tensaba su magia y la expandía a límites insospechados.

Con voz aguda y llena de emoción, le respondió finalmente:

—Entonces demuéstramelo, hazme tuya.

CAPÍTULO 15

—Entonces demuéstramelo, hazme tuya.

Gaerth soltó un rugido ronco y buscó sus labios para devorárselos, pasándole un brazo por la cintura para apretarla contra su cuerpo. Sabía a fuego, a llamas de pura pasión que le quemó por dentro, y en aquel ardiente beso ambos perdieron la noción del tiempo.

Con la mano libre la agarró de la nalga izquierda, gruñendo sin romper el beso. Estaba caliente, deseoso de hundirse en su interior una y otra vez hasta que el mundo explotara a su alrededor. La apretó de nuevo contra él, restregándose sin pudor, estaba duro y a un paso de jadear en alto como un adolescente sin experiencia.

Rompió el beso y le aseguró con voz enronquecida:

—Te deseo con una intensidad que me abruma, que está a punto de doblegarme, de postrarme de rodillas ante ti para suplicarte que te entregues sin restricciones.

La que estuvo a punto de caerse de rodillas al suelo fue ella ante esas palabras. La mirada que le dirigió él, la tensión palpable en su cuerpo, la evidente muestra de su excitación presionando contra ella, provocó que el fuego que ardía en su interior explotara y borrara todo rastro de dudas, sumergiéndola en una vorágine de pasión que amenazaba con consumirla.

No podía pensar, estaba a un paso de suplicarle que la tomara ahí, de pie, sin esperar a nada más, que la alzara del suelo y se sumergiera de una estocada en su interior llenándola por completo, que la condujera a la cima con sus embestidas.

Pero aún no, no quería dejarse llevar por el intenso deseo que a abrumaba, quería sentirle, que la colmara de besos, de caricias, quería saborearle y disfrutar de ese mágico momento, grabándolo a fuego en su mente y corazón.

Con voz temblorosa, bromeó con lo primero que se le pasó por la mente:

—Si que tienes labia para llevártelas a la cama—al momento sintió una rabia que la corroyó por dentro al pensar en Gaerth en brazos de otras mujeres.

Se arrepintió de sus palabras pero ya no podía borrarlas, quería un respiro para poder pensar con claridad, no para angustiarse al imaginarse el pasado de su salvaje.

—La única que llena mi mente—*y mi corazón*, pensó a su vez, sin llegar a decirlo en alto, pues aún no se sentía preparado para aceptar

públicamente sus sentimientos, la deseaba, quería que nunca se alejara de su lado, era lo único que tenía claro en esos momentos y lo que iba a confesar si alguien le preguntaba—, eres tú. A la única que deseo es a ti—Le tomó una mano y la posó sobre su excitación—. Mira cómo estoy por tú culpa.

Bridgit tragó con dificultad, sentir la palpitante dureza en la palma de su mano la excitó más de lo que esperaba, ya estaba húmeda y necesitada, con unas ganas locas de sentirlo sobre ella, bajo ella, en todas las posturas que acordasen adoptar. Sin dejar de mirar hacia donde estaba su mano, la movió con curiosidad arriba y abajo, apreciando un poco el grosor y la longitud que bajo la rugosa tela se podía vislumbrar.

—Pues tendré que responsabilizarme por esto—Apretó levemente la palpitante excitación, provocando unos gemidos de placer por parte de él.

—Dios, así espero—dijo con voz estrangulada moviendo la cadera hacia delante buscando más contacto.

Le esperaba con muchas ganas, y más cuando ella le sorprendió muchísimo cuando metió la mano entre los pliegues del kilt y le rozó con suavidad su erección.

Apretó los dientes y estuvo a punto de tomarla en brazos y tumbarla en la cama para poseerla por completo, pero iba a batallar al ritmo que ella impusiese.

Le rozó apenas unos segundos maravillándose por su tamaño y grosor antes de abarcarla con su mano, cerrando los dedos para poder acariciarla por completo. Quería arrancarle ese pedazo de tela para poder verle, para devorarle con la mirada mientras le acariciaba, deseaba ver cómo se corría en su mano.

Comenzó a mover la mano procurando abarcar toda la longitud de su pene, moviéndola de arriba abajo, apretando levemente los dedos cuando llegaba a la base. Siguió unas cuantas veces más antes de levantar la mirada y buscar sus ojos.

Gaerth tenía los ojos entrecerrados clavados en ella, brillando con una intensidad que prometía el cielo y el infierno cuando le tocara a él, mantenía los labios apretados como si acallara los gemidos que pugnaban por brotar de su garganta, era la viva imagen del deseo contenido, disfrutando de las caricias de ella.

Verle disfrutar de aquella manera, avivó su propio deseo. Podía sentir un picor muy dentro de ella a la altura de su ingle. Estaba mojada, temblorosa y a punto de jadear en alto que la tomara allí mismo.

Le apretó un poco más fuerte a la altura de la base, rozando los pelos que coronaban la erección, y murmuró con voz enronquecida:

—Quítate esta maldita falda antes de que te la arranque.

Gaerth soltó una carcajada sorprendido por la intensidad de la mirada de ella, por sus palabras, le gustaba aquella faceta suya, que no se mordiese la lengua cuando estuviese con él, le gustaban guerreras y que disfrutaran junto a él en el lecho.

Y en esos momentos los recuerdos de las otras mujeres que hubo en su vida se borraron para siempre, grabándose a fuego en cambio la dulce y ardiente mirada de ella y sus suaves y excitantes caricias.

—Sí, ríete todo lo que quieras escocés, pero aún sigues vestido—le dijo mirándole a los ojos, estaba disfrutando de aquellos minutos, de aquella intimidad.

Éste la devoró a su vez con los ojos mientras se desvestía lentamente, dejando caer al suelo el kilt. Sonrió internamente al ver el orgullo, el placer y la sorpresa grabados en el rostro de ella, era un hombre orgulloso de su cuerpo, de su hombría y más cuando la mujer que le derretía por dentro le miraba con un hambre que avivaba las llamas del deseo.

—Eres…grande—murmuró para sí misma, ruborizándose al escuchar las carcajadas de él.

—Me alegra ver que estás satisfecha con lo que estás viendo, muchacha.

Ésta le golpeó el hombro y le recordó:

—Nada de muchacha, ni mujer, ni mierdas de esas, llámame Bridgit, mira que te lo he dicho un montón de veces.

—Como ordenes, mucha…Bridgit—se corrigió a tiempo, tomándola entre sus brazos y apretándola contra él.

—Eso, eso, como yo ordeno, así que ya sabes, a la cama, ¡ahora!—sonrió al ver la mueca de sorpresa que puso el hombre antes de tumbarla en la cama.

El colchón crujió cuando se acostó sobre ella, con una de sus rodillas entre sus piernas y las manos apoyadas a ambos lados del sinuoso cuerpo de la mujer. Con una sonrisa nerviosa y auténticamente feliz, le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él hacia abajo, buscando sus labios.

Le besó, jugueteando con su lengua, mordisqueándosela, chupándosela antes de separarse de él, soltando un suspiro.

—Por San Ninián mujer, con un solo beso consigues que arda en el Infierno—masculló éste totalmente erecto, a un paso de ponerse a suplicar que le permitiera sumergirse en su interior, que se entregara a él en cuerpo y alma, hasta que ambos tocaran el cielo con sus manos.

Por una vez le dejó pasar que de nuevo la llamó mujer y se centró en lo que conseguía hacerle sentir, estaba nerviosa, temblorosa, humedecida y con la respiración jadeante. Necesitaba sentirle dentro, empujando con fuerza, borrando los malos recuerdos del pasado, del futuro incierto, deseando que aquellas horas en sus brazos durasen

para siempre, se grabasen a fuego en su corazón.

Entreabrió un poco más las piernas permitiéndole que se acomodara contra ella, ahora lo único que les separaba era la fina tela de la camisa que llevaba ella puesta.

—Eso espero, guerrero—murmuró antes de mordisquearle el mentón, logrando que éste soltara un gruñido de placer—. Después de todo, tú si que me vuelves loca—armándose de valor y acallando la vergüenza que sentía, le animó con voz enronquecida—. Y si me tocas ahora podrás comprobarlo.

Esta vez fue él quien la devoró con sus labios al tiempo en que la acariciaba por encima de la camisa, antes de romperla de un tirón, descubriendo sus gloriosos pechos.

—Oh Dios, tan hermosa—murmuró con voz enronquecida por el deseo.

Con una de sus manos comenzó a acariciarle un pecho mientras se agachaba y tomaba entre sus labios el pezón erecto del otro pecho. Succionó con fuerza antes de mordisqueárselo y tironearlo hacia arriba, sonriendo internamente al escuchar los gemidos de placer que brotaban de la garganta de ella.

Siguió chupándola y acariciándola alternando los pechos, hasta que ambos pezones estuvieron erectos y sonrosados por las caricias, y la joven gemía sin control removiéndose bajo él.

—Quiero…quiero…

Gaerth se separó y la miró a los ojos, se quedó sin aire ante la visión de su mujer. Su guerrera era hermosa, con largos cabellos esparcidos por la almohada, labios entreabiertos y enrojecidos, ojos brillantes fijos sobre él, pechos turgentes y llenos que devoró con gula y un vientre liso que llamaba a lamerlo hasta perderse entre sus piernas donde ansiaba probar su dulce sabor.

—¿Qué es lo que deseas, mi guerrera?

A ti, por completo, lo quiero todo, pensó ella perdiéndose en sus rojizos ojos, respirando con agitación y sintiendo las llamas lamerla desde el interior.

—Quiero sentirte, necesito sentirte—puntualizó removiéndose bajo él, alzando la pelvis llegando a rozarle la dolorosa erección que palpitó ante el suave toque.

La acarició con suavidad el vientre, maravillándose de su reacción, de cómo temblaba bajo sus dedos, y se le erizaba la piel.

—Ya me estás sintiendo—la acarició alrededor del ombligo, llegando a rozarle el interior con suavidad, sorprendiéndose al escuchar el ronco gemido de ella—. Tu piel es suave como el cuero, ardiente como el whisky caliente, y dulce como las fresas del verano.

Bridgit abrió mucho los ojos al ver cómo se movía por la cama hasta quedar entre sus muslos. Sus palabras la alteraron, no eran los

halagos que esperaba pero sin duda eran sinceros, llenos de sentimientos y viniendo de él fueron música celestial para sus oídos y para su ego.

En sus manos se sentía la mujer más hermosa y deseada del mundo, algo de lo que nunca estaba acostumbrada, una sensación que le hacía olvidar la vergüenza y desear disfrutar al máximo de su cuerpo, de lo que prometía con sus gestos, sus caricias, sus besos.

—Si que sabes convencerlas—bromeó con voz jadeante, entreabriendo más las piernas, gimiendo interiormente al verle acariciar el interior de sus muslos con la mirada clavada en su monte de Venus.

Levantó la mirada y buscó la ella, antes de responderle:

—De nuevo te repito que a la única que quiero complacer, a la única que quiero devorar por completo es a ti, mi guerrera—Sin dejar de mirarla a los ojos le acarició la suave piel de su monte de Venus para luego introducir dos dedos en su húmeda y palpitante entrada, quien lo acogió con gula, apretándole con ligeros temblores—.Estás tan mojada—murmuró a un paso de posicionarse sobre ella y hundirse en una estocada profunda antes de perder el control y empalarla una y otra vez hasta explotar de puro placer, controlarse era una agonía que lo estaba matando—. Dime que me deseas muchacha, que no quieres que me detenga—le suplicó con voz ronca, recordando sus palabras, cuando indicó que odiaba que se abusaran de las mujeres.

Quería que se entregara a él, que le abriera los brazos y el corazón, aceptando la unión que compartían.

—Oh, Dios, sí, sí—gimió con voz entrecortada al sentir cómo la penetraba con los dedos, como la acariciaba lentamente, humedeciéndola más, enviándole miles de maravillosas sensaciones por todo el cuerpo de puro placer.

Envalentonado por la buena reacción de ella, introdujo un tercer dedo, moviéndolos hacia arriba para tocar un punto que conseguiría que su mujer gimiera en alto, temblara con su toque y alzara la pelvis para sentirlo más adentro.

—Tan hermosa—murmuró sin dejar de acariciarla observando con satisfacción cada pequeño temblor, cada reacción del femenino cuerpo.

El miedo, la vergüenza, todo quedó olvidado mientras permanecía con las piernas entreabiertas a su merced, en sus manos se sentía hermosa, sensual y liberada, disfrutando de cada roce, de cada caricia íntima.

Bridgit entreabrió los ojos y le buscó con la mirada, jadeando en alto al verle entre sus muslos, acariciándola y penetrándola con sus dedos. Era hermoso, un guerrero al que temían pero que en esos momentos, a su lado, era puro fuego. No pudo evitar cerrar los ojos un

par de veces mientras jadeaba sin control por el placer que estaba experimentando con sus habilidosas manos, pero quería mirarle, emborracharse con su imagen.

Recorrió con sus ojos su cuerpo, desde sus anchos hombros tensos por el rígido control que estaba ejerciendo sobre su cuerpo, su marcado abdomen, sus largos cabellos que le cubrían parte del rostro, su ardiente mirada fija en su vientre, y su palpitante y gran erección que ansiaba sentir, saborear, poder tocar.

Le deseaba. ¡Oh, Dios cómo le deseaba!

Un nuevo toque en ese lugar muy dentro de ella que la hacía ver las estrellas, la alejó de la realidad durante unas milésimas de segundos, para luego centrarse en murmurar que ya no podía soportarlo por más tiempo.

Él se detuvo al escucharla gemir y murmurar, retiró los dedos y esperó a que abriese los ojos para mirarla a la cara. Tenía que preguntárselo, su cuerpo le decía a gritos que estaba lista para recibirlo, pero ansiaba escuchárselo de su boca, que fuera ella quien se lo dijese.

—Si te sientes incapaz de continuar, sólo dímelo y me detendré— *No te tomaré hasta que me lo supliques, hasta que esté seguro que te entregas en cuerpo y alma*.

—Si no continuas con lo que estabas haciendo te mato—respondió ella llanamente—.Te deseo, que te quede bien claro, me gusta cuando me tocas, cuando me besas, pero ahora quiero sentirte dentro, no quiero esperar más—le aseguró con voz aguda y entreabriendo más las piernas. En esos momentos no había lugar para la vergüenza, le deseaba y no iba a perder aquella oportunidad de disfrutarle, de hacerle suyo por culpa de sus miedos.

Pero una cosa era pensarlo y otra muy distinta aceptar la realidad una vez que se había lanzado de cabeza a la piscina. Nunca había sido una mujer que hablara abiertamente de su vida sexual, ni siquiera cuando su amiga se ponía a exponerle sus más secretas fantasías, por eso le resultaba tan difícil mantener una expresión que esperaba que fuera sensual ante la intensa mirada de él.

Quiso removerse sobre la cama y buscar la sábana que había enrollada a sus pies para taparse, pero ocultó en lo profundo de su mente la incipiente timidez fruto de los nervios, y le sostuvo la mirada, deseando que se decidiese de una vez.

Además, ahora por qué le salía con que si no se sentía capaz se detendría. ¿Capaz de qué? ¿De no estar a la altura? ¿De no ser una buena amante? ¿De no complacerle?

¡No!. Gritó por dentro, no era momento de ponerse a pensar, de comerse la cabeza con sus dudas, con sus miedos. Le había asegurado que la deseaba y esperaba que se espabilara, reaccionara y se lo

demostrara.

—¿Me has oído?—le preguntó de nuevo ante el tenso silencio que se hizo entre los dos—. Te quiero ahora.

Gaerth soltó un gruñido y le atrapó las piernas, separándoselas más. Estaba a un paso de derramar su semilla sin llegar a sumergirse en su interior. La deseaba con un frenesí que le dolía. Tenía los genitales tensos, a un paso de explotar, y no veía la hora de sentirla acogiéndole, apretándole con sus estrechas y ardientes paredes.

—¡Oh, Dios mujer! Si no te tengo ahora, me muero—gruñó con voz enronquecida, devorándola con la mirada, acariciándole el interior de sus muslos, luchando contra el impulso de introducirse dentro de ella con una sola estocada—.Me vuelves loco.

—Eso espero nene, eso espero, porque si te llego a ver con otra te la corto—le aseguró sin ser muy consciente de lo que le había dicho, pues no podía asegurar totalmente que el lazo que los unía no se quebrase o si la relación que mantenía con él no fuese más que un espejismo que se esfumase cuando se enfrentase a la realidad.

Ya no podía esperar más, se posicionó entre sus muslos y tanteó la húmeda entrada, antes de sumergirse por completo.

—Mía—murmuró entre dientes, acostándose sobre ella, sin llegar a aplastarla al apoyar sus codos a ambos lados—.Eres mía, no lo olvides —el tono que empleó no dejaba hueco para la discusión, así lo sentía, aquella pequeña mujer que trastocó su vida le pertenecía, la protegería con su vida y se aseguraría que no se alejara de su lado.

—Gaerth, por favor—se movió bajo él gimiendo al sentirlo más adentro. La llenaba por completo y quería que comenzara a moverse de una vez—. Más, quiero más. Se supone que esto consiste en que te muevas, no que sólo me mueva yo—movió las manos hasta sus nalgas, arañándoselas, instándole a que se moviese.

Éste gruñó cuando sintió como le arañaba, aquello le gustó y por mucho que disfrutara sintiendo como le apretaba, comenzó a moverse. Hundiéndose lentamente, marcando un ritmo que les volvió loco a los dos.

Ella cerró los ojos y se dejó llevar, arañándole la espalda, quería sentirlo encima, aplastándola contra el colchón, intentando seguir el ritmo que impuso, alzando la cadera en cada embestida.

Sus cuerpos se amoldaron y se movieron al unísono, rompiéndose el silencio del cuarto con sus gemidos con el rechinar del colchón cuando él se sumergía con fuerza entre sus húmedos pliegues.

Era una danza ancestral como el tiempo en el que los dos sentían el cuerpo del otro, en el que las caricias y los besos se acallaban por los gemidos que eran incapaces de silenciar. El ritmo que impuso Gaerth se volvió frenético, hundiéndose con estocadas secas y precisas con las que pulsaba un punto dentro de ella que la estaba conduciendo al el

límite.

La fricción entre los dos cuerpos aceleró el corazón de ella, la humedeció y la hizo saborear de un placer intenso, limpio y ardiente que la estaba devorando por dentro, estaba a un paso de rozar el cielo con los dedos, de romperse en miles de pedazos mientras sentía como el hombre que la había conquistado en cuerpo y alma se movía sobre ella con fuerza, dominándola con su fuego, con sus suaves caricias y posesivos besos.

Bridgit gritó su nombre cuando llegó al clímax, apretándole con fuerza, temblando sin control bajo él. Cuando la sintió cómo sus paredes le succionaron con gula, él no pudo contenerse más, dejándose llevar por el placer, derramando su semilla en su interior antes de separarse y abrazarla, acunando a la temblorosa mujer.

Su mujer.

Una guerrera que se le había entregado por completo, que le había acogido en su interior con una pasión que igualaba la suya propia.

Apenas podía controlar los temblores que sacudían su cuerpo, estaba exhausta, con una sensación de vacío dentro de ella, como si estuviese a punto de volar, se sentía exultante, sin poder evitar sonreír abiertamente y deseando acariciar al hombre que la había llevado al cielo.

Se giró y le miró sin dejar de sonreír, él estaba tumbado a su lado, acunándola entre sus brazos, acariciándole distraídamente la espalda.

—Ha sido genial, creo que podría acostumbrarme a que cada vez fuera así—comentó con voz melosa acariciándole con un dedo la mandíbula, delineando una línea imaginaria desde su rostro hasta su fuerte y trabajado pecho.

—No sé si tomármelo como un halago o como un insulto, muchacha.

Bridgit le golpeó juguetonamente en el pecho, al tiempo en que le regañaba:

—¡Eh! Acuérdate que me aseguraste que me ibas a llamar por mi nombre, nada de muchacha, o mujer. Además, tómatelo como un halago, siempre consigues llevarme al cielo.

Aquella frase llevaba consigo la implicación de que otros hombres la tocaron, que otros hombres fracasaron al colmarla de placeres, y era algo que le estaba matando por dentro. Sentía unas terribles ganas de levantarse de la cama y tomar su espada para salir de caza, acabaría uno a uno con los hombres que se atrevieron a tocarla. Ahogó los celos que se negaba a reconocer como tales y le gruñó, apretándola contra su pecho—. Te prohíbo que recuerdes el pasado. Eres mía, que no se te olvide. Soy y seré el único en tu vida.

Verle en plan cavernícola debería haberla enfadado pero lo que provocó fue que se derritiese por él, que sintiese que aquella era la

manera de mostrarle que la había aceptado en su vida, que estaba dispuesto a permanecer a su lado hasta que el destino los separase.

Bridgit rió, besándole el pecho, lamiendo la base de su clavícula hasta llegar a su barbilla donde alcanzó sus labios, después de compartir un beso rápido y húmedo le comentó en voz alta:

—No te preocupes, mi guerrero. Créeme cuando te digo que eres único, nunca antes he disfrutado tanto. Después de todo si que eres un dios del sexo tal y como pensé cuando te vi por primera vez.

Gaerth acalló esta vez la sensación de orgullo que sintió cuando la escuchó decir que era un dios del sexo. Disfrutaba en sus brazos y ansiaba que ella también lo hiciese, que alcanzara la cima cada vez que estuviesen juntos, que no acallara sus gemidos y se mostrara como la guerrera que era en la cama, sin temor, sin miedos, sin pudor.

—Por supuesto, Bridgit. Soy tu esposo, que no se te olvide—le tomó la mano que le acariciaba el pecho y le repitió—. Te prohíbo que recuerdes tu pasado, no lo volveré a repetir—agregó dispuesto a ser el único en su corazón. Su dueño, en cuerpo y alma, no quería que recordara lo que había dejado atrás, que llegara un día que se olvidara de él y regresara a su mundo.

—¡Ei, tú no me mandas! Soy libre, recuérdalo. Además, si vas a ir por ahí, también te prohíbo que recuerdes a otras mujeres que tuviste, porque te la corto.

La bravura de sus palabras hizo que se sintiese orgulloso de ella, su mujer era una guerrera, valerosa, fuerte que solo se mostraba indefensa ante su esposo. Si alguien le hubiese dicho hacía una semana que estaría casado y satisfecho de su repentina condición, le habría roto una pierna por atreverse a sugerir esa tontearía. Pero ahora, al tener a aquella mujer en sus brazos, solo era capaz de darle gracias a Dios al ponerla en su camino y rezar para que el destino no los separase.

—Juro que no olvidaré tus palabras pues estoy muy orgulloso y familiarizado con mis partes, no quiero perderlas.

—Haces bien, porque tampoco quiero cortarte nada, pero si llegas a engañarme te enterarás de quien soy. Eres mío, no lo olvides.

Escuchar sus palabras en boca de ella le llegó al corazón y le hizo sentir una emoción que le dejó sin palabras. Sólo pudo besarla con pasión, batallando con su lengua, encendiendo un fuego que hacía muy poco que ambos habían apagado.

Pero aquel no era el momento para una segunda ronda, apenas había comido nada y dudaba que ella hubiese acudido al salón del castillo a comer, se sintió culpable ante este hecho. La había desatendido, se había alejado de ella dejándola sola en el castillo a merced de los demás, de sus enemigos dentro del clan, de la soledad.

Nunca más. Se juró a si mismo, mientras se alejaba de ella y salía de

la cama.

—¿A dónde vas?

Se volvió mientras se colocaba el plaid sobre los hombros.

—A por comida.

Bridgit se echó hacia atrás, tumbándose completamente, sin dejar de mirarlo le aseguró con voz apenada fingida:

—Me abandonas por comida, y yo que pensaba que lo haríamos de nuevo.

Él soltó una carcajada y se acercó a la cama para darle un beso rápido.

—Di la verdad preciosa, también lo deseas.

Bridgit se lamió los labios donde aún sentía el sabor de su esposo.

—¿El qué?

—Comer—se rió de nuevo ante la expresión de ella—.No tardaré mucho y cuando regrese lo comerás todo sin protestar y…

—¡Ei!—protestó ella cruzándose de brazos inconscientemente, provocando que sus turgentes y llenos pechos se alzaran tentándole—. Que yo como bien, pero aquí tenéis unas comidas muy raras, prefiero que me traigas algo de pan y queso, nada de esa mezcla de aspecto extraño que me trajiste la última vez, los tamties o algo así—No recordaba el nombre de la comida que le había obligado ingerir la última vez que él acudió a las cocinas a por comida.

—Bien que disfrutaste con los champit tatties, pero haré lo que me dices, traeré algo de pan y queso para comer y recuperar fuerzas, pues las necesitarás, te voy a devorar hasta que pierdas el sentido por el placer.

Cuando la puerta se cerró tras él, Bridgit seguía en la misma posición y con la misma expresión de sorpresa y vergüenza, tenía las mejillas enrojecidas, el corazón latiendo furioso contra su pecho y un conocido cosquilleo comenzó a aparecer en su vientre, donde la humedad se hacía presente entre sus sensibles pliegues. Aquel hombre era un dulce del que podía hacerse adicta.

Antes de que llegara a pensar en lo que podía perder, rememoró el placer que sintió en sus manos, aumentando la necesidad de sentirlo dentro de ella, empujando con fuerza, ensanchándola y volviéndola loca con cada centímetro que la conquistara, con cada movimiento que hiciese.

—No voy a pensar en nada, me niego, ahora sólo quiero disfrutar, recuperar el tiempo perdido, sentirme mujer—y tras sus palabras, tras la ardiente mirada y la promesa de horas de auténtico placer, ya ansiaba que comenzara. Se le había quitado el hambre, ahora quería… sólo le quería a él—. No puedes negarlo, te has pillado por ese hombre —murmuró para si misma, buscando la sábana que seguía enrollada en sus pies, sin querer reconocer el miedo que le daba esta realidad.

Saber que había entregado su corazón a un hombre que bien podía pisotearlo.

Confianza. Se suponía que las parejas se basaban en el respeto y la confianza, pero ¿cómo podía confiar en un hombre que según su tiempo había nacido en la Edad Media? ¿Qué la había dejado atrás cuando descubrió la unión? ¿Qué podría volver a hacerlo cuando él se enfureciese al descubrir que ella no iba a ayudarle en su venganza contra el clan enemigo?

Negó con la cabeza y agarró con fuerza la sábana, cubriéndose hasta la barbilla. No podía evitar pensar en todo lo malo que podía salpicar la relación que mantenía con él, no habían comenzado con buen pie, unidos por un enlace mágico, en una época de guerras y traiciones, y separados por varios siglos de nacimiento.

El sonido de la puerta la sobresaltó, había perdido la noción del tiempo mientras pensaba una y otra vez en todo lo malo que podía separarla del hombre que en esos momentos entraba luciendo una gran sonrisa y sosteniendo un paquete en sus manos.

—¿A qué se debe esa expresión que luces, muchacha? —preguntó éste extrañado por el silencioso recibimiento.

No. No lo haría más. Debía dejar de pensar en lo malo y centrarse en lo que tenía en esos momentos, la vida era demasiado corta como para amargarse por lo que podía suceder dejando de lado lo que le estaba pasando.

Esbozó una sonrisa abierta y abrió los brazos, haciendo que la sábana cayera contra su abdomen, se había sentado en la cama y desde esa postura sus pechos se mostraban llenos, con los pezones erectos, y el cuerpo luciendo una tonalidad sonrosada.

—Se debe a que te echaba mucho de menos, a que no quiero comer ahora, y que prefiero hacer un poco más de ejercicio.

Gaerth dejó caer la bolsa que traía sobre el baúl a los pies de la cama y se lanzó sobre ella, ninguno de los dos habló, no hacía falta, ambos deseaban lo mismo, devorarse, conocer el cuerpo del otro, hacerle gemir y explotar de puro placer. Y así sería….hasta que las fuerzas se lo permitiesen.

Con sus cuerpos mostraban lo que estaban sintiendo, lo que se negaban a admitir en voz alta, lo que temían revelar para no ser heridos, pues el amor en ocasiones era una debilidad que los enemigos aprovecharían de buen agrado si se enteraban.

Y él por mucho que se negara a admitir, había caído en los brazos de una hechicera, que se había hecho con su alma, con su corazón.

CAPÍTULO 16

Malcom McLeod miró los rostros de los guerreros que iban a acompañarle en la misión, quince hombres armados y dispuestos a seguir sus órdenes con total lealtad, únicos testigos del futuro secuestro y posterior retención de la joven MacKenzie. Podía confiar en ellos, llevaban luchando a su lado décadas, desde que entrenaban juntos cuando no eran más que unos muchachos.

De entre los soldados dispuestos vio como uno de ellos se separó del grupo y se acercó a él con pasos rápidos y decididos. Era su amigo de juventud Jason McLeod, de metro ochenta, largos cabellos caobas, barba de tres días y unos ojos azules celestes que mostraban abiertamente la preocupación que oscurecía sus rasgos.

Cuando estuvo frente a él, le miró a los ojos y golpeó el pecho con el puño a la altura del corazón, antes de comunicarle:

—He reunido a los hombres que solicitaste, Malcom.

Pocos eran los hombres que tenían permiso para dirigirse a él por su nombre y Jason sin duda era uno de ellos, crecieron juntos, fue testigo de sus errores, de sus logros, apoyándole a pesar de todo.

—¿Y las provisiones?—preguntó a su vez, asintiendo con la cabeza. Lo que estaba a punto de hacer podría calificarse de locura, pero no encontraba otra solución a corto plazo, retendría a la joven y la convencería para que solicitara a su padre un nuevo enlace.

—Preparadas, tal y como nos dijiste, llevaremos provisiones para al menos tres días—aún no comprendía porque no podían cazar, a pesar de que fue el propio Malcom quien le comentó que debían pasar completamente desapercibidos en el bosque.

Sabían como hacerlo, como borrar las huellas de las trampas, o del fuego, pero no iba a ser él quien discutiera las órdenes de su amigo. Al final había acudido a las despensas del castillo para aprovisionarse de queso y pan, miel y pescado ahumado para varios días.

Señaló con un gesto de la mano una de las dos barcas que esperaban en el muelle. Miró hacia donde señaló su amigo, comprobando con satisfacción los bultos atados con cuerdas a una de las tablas que servían de asientos, para no perderlas por si el mar se volvía bravo durante la corta travesía a tierra firme. El viaje iba a ser más largo de lo acostumbrado pues los soldados que irían en la barca con las provisiones se dirigirían a un refugio en medio de las tierras McInner que pocos hombres conocían su ubicación.

Los hombres que navegasen en la segunda barcaza donde los

caballos relinchaban ansiosos al percibir los movimientos de las olas bajo sus cascos, acompañarían al Laird a la posada de la aldea del puerto comercial de las tierras McInner, un lugar conocido por ser el centro neurálgico de los negocios entre clanes y la única zona donde los MacKenzie y los McLeods guardaban sus armas, manteniendo la promesa de no agresión que les hizo jurar el Laird McInner.

—Perfecto—Malcom contemplando una vez más las dos barcas antes de girarse para quedar frente a su amigo antes de responderle—. Tú comandarás el grupo que irá al refugio, confío en que llegaréis sin contratiempos y prepararéis nuestra llegada.

Éste asintió barajando varios nombres en su cabeza, para poder llevar a cabo la misión debía escoger muy bien los hombres que le acompañarían, pero antes de elegirlos el Laird tenía que otorgarle la libertad de decisión.

Así que se lo preguntó directamente:

—¿Puedo escoger a los soldados que me acompañarán?

Malcom cabeceó mientras descruzaba los brazos y apoyaba una mano sobre su espada.

—Es lo que esperaba, Jason, elige los hombres que consideres oportunos para esta misión, tendréis que salir antes para no despertar curiosidad entre los miembros de nuestro clan o los McInners. En cuanto os perdamos de vista saldremos rumbo al pueblo. No podemos fallar.

Siguiendo las órdenes del Laird, Jason se volvió y se acercó de nuevo a los hombres, eligiendo a seis de ellos para que le acompañaran, los demás irían con Malcom a por la chica. No hubo necesidad de más palabras, en silencio se montaron en la barca y remaron con fuerza alejándose del muelle rumbo al sur.

El resto de soldados esperaron a que sus compañeros desaparecieran de la vista para subir a la segunda embarcación, acomodándose en el reducido espacio que quedaba entre los nerviosos caballos, que a pesar de realizar la ruta por mar varias veces al año no podían dejar de mostrarse temerosos al alejarse de tierra. Los animales se calmaron al escuchar las voces de sus amos, manteniendo el bote estable.

Malcom mantuvo en todo momento la vista clavada en el castillo, mientras acariciaba a su caballo, un hermoso ejemplar llamado Dante de pelaje grisáceo y ocho años que resoplaba y le mordisqueaba las ataduras del plaid.

—Estarán bien, Laird. Confía en las capacidades de tus…de tu hijo —escuchó la voz de Liam, uno de los guerreros que le acompañaría en la misión, y quien por suerte se corrigió a tiempo, ya que estuvo a punto de decir tus hijos, y aquello le habría enfurecido. Carraspeando para alejar el nudo en el estómago que se instaló al percatarse que

estuvo a punto de cometer un error imperdonable, continuó—.Y si algo malo sucediese el Consejo le informaría a Elriec de nuestra posición para que pudiese acudir a avisarnos.

Liam tenía razón, se alejaban del clan tras haber deliberado con el Consejo, si hubiese algún incidente de relevancia enviarían a varios soldados para alertarles, pero a pesar de esto no podía evitar presentir que algo malo sucedería.

Sólo espero que todo quede en eso, en una simple corazonada, que esta vez no suceda nada, pensó.

Se giró, dejando atrás su hogar. Con expresión solemne se quedó contemplando el horizonte, las tierras de los McInners se veían con claridad. En cuanto pisase aquellas tierras, debía dejar a un lado los asuntos que le preocupaban y centrarse únicamente en el secuestro de la joven MacKenzie y en el siguiente paso a seguir, para evitar una guerra abierta entre los dos clanes, donde moriría mucha gente.

Cerró los ojos y rezó, un hábito que adquirió desde el entierro de su mujer. Antes nunca le dedicó más de tres segundos a la idea de que después de la vida había algo más, se dedicaba a vivirla plenamente cada día sin preocuparse del mañana. Luchaba, bebía, dormía con su mujer, hasta que cometió el error de engañarla con una inglesa a la que dejó preñada.

Su vida fue perfecta hasta que aparecieron los mensajeros procedentes de las tierras de los Forrester, portando un bebé y una carta. El destino se la jugó cuando su esposa presenció la llegada del mensajero y escuchó las palabras escritas en esa misiva.

Arrugó la frente en un gesto evidente de dolor, el dolor físico del golpe que recibió por parte de la única mujer que le robó el corazón apenas duró unos minutos, pero el recuerdo de sus lágrimas y sus palabras, le acompañaría siempre, atormentándole por las noches cuando la soledad le acosaba sin piedad.

¿Por qué? Recordó la voz temblorosa de su esposa. *¿Por qué?*

El corazón le dolía al recordar lo que sucedió después de que su esposa escuchase el contenido de la carta. Por desgracia, no fue el único testigo de aquello, su propio hijo lo presenció todo, oculto en una esquina del salón principal, y fue él también quien vivió de primera mano la caída de su madre desde la alacena norte del castillo.

Ante los gritos de su hijo no tardó en llegar a la alacena seguido de varios soldados, lo primero que se encontró fue a su hijo hecho un ovillo en el suelo llorando abiertamente, aferrando con fuerza el plaid entre sus pequeñas manos.

Sus palabras fueron lo que le alertaron de la desgracia, pues sólo murmuraba, mamá, mamá, una y otra vez en una letanía que encogía el corazón de quien lo escuchara.

Los pasos que dio desde la entrada hacia al borde de la alacena le

parecieron eternos. Cerró los ojos unos segundos y tragó con fuerza, antes de asomarse, rezando por dentro que lo que temía fuera verdad.

Cuando se asomó, apoyando las manos en la fría piedra, el corazón se le detuvo unos segundos. Su mujer, su amada esposa…

Malcom cerró los ojos ante la fuerza del recuerdo, habían pasado años desde aquel fatídico día y aún sentía con fuerza el dolor que le consumió cuando vio el cuerpo destrozado de su mujer entre las rocas. Gritó, maldijo a Dios, a sí mismo, a la puta que le tentó y con la que había tenido a su bastardo, pero nada era capaz de acallar la voz que le susurraba que el único culpable era él mismo, que había conducido a la muerte a su joven esposa, quien no pudo soportar la traición y se había lanzado hacia el vacío apagando la llama de su vida.

Abrió los ojos e intentó ahogar la culpa, el dolor, la rabia que aún sentía, ese día no sólo había perdido a su esposa, si no que también perdió a su hijo y su corazón.

Condéname si así lo deseas, esposa, bien sé que lo merezco. Pero te suplico que ayudes a nuestro hijo. Le solicitó mentalmente a su mujer.

Nada más le podía pedir, la culpa pesaba dentro de él como una losa que le sepultó en vida. Era un hombre amargado que vivía por y para defender a su clan, no esperaba nada más que el perdón de su hijo, algo que estaba seguro que no iba a suceder, pero no podía dejar de sentir esperanza de recuperar el cariño de éste. Era lo único que le quedaba en la vida, lo único que ansiaba recuperar, pues la muerte no era un enemigo al que pudiera enfrentarse.

CAPÍTULO 17

En cuanto los Guardianes abandonaron la cabaña, dejándolos solos, Magnus comenzó a ordenar la cabaña en silencio sin dejar de mirar preocupado a su compañero, quien permanecía inmóvil al lado de la ventana. Durante el tiempo que le llevó recogerlo todo, Elriec no dejó de mirar la madera que tapaba la ventana, cruzado de brazos y apoyado contra la pared.

Le preocupó su pasividad, verle tan apagado con la mirada perdida, aquel no era el soldado que conocía, del que se sentía orgulloso y por el que sentía que el fuego de la pasión y del amor le consumía por dentro cada vez que le miraba a los ojos.

Se acercó hasta él para hablar, pero éste no se percató de su presencia hasta que le preguntó en alto qué le sucedía, rompiendo el tenso silencio.

Elriec no contestó, sólo se giró y lo retuvo contra su cuerpo, rodeándolo con los brazos.

Aquel abrazo le sorprendió, pero lo agradeció cerrando los ojos y envolviendo a su vez con sus brazos el cálido cuerpo de su amante.

No fue testigo de la lucha interna por la que estaba batallando Elriec, quien se sentía culpable, un traidor por haberle contado todo lo que había descubierto a su Laird, poco importaba que fuera siguiendo órdenes, le debía también lealtad a su pareja y la había roto cuando se fue de la lengua.

Era incapaz de responderle, tenía la garganta seca y el corazón en un puño, soportando el peso de la culpa contra el pecho, necesitaba su perdón, poder borrar la sensación de traidor que le acosaba, y para lograrlo debía contárselo todo.

Además, es muy posible que se entere de todo, pensó temiéndose lo peor, pues le aterraba el día en que su pareja descubriera que había sido reubicado en aquella cabaña para mantener vigilado a Gaerth, y cuando ese día llegase…

Cerró los ojos con fuerza, gritando por dentro. Temía su abandono, que cuando descubriese todo le diese la espalda, convirtiendo su existencia en un vacío insondable en el que la soledad le atormentaría cada día de su vida. Amaba a ese hombre, quería envejecer a su lado, o al menos vivir el tiempo que Dios le permitiese vivir, y temía que por culpa de una mentira, por culpa de su silencio le abandonase.

Tenía que contárselo, no podía vivir un día más con la culpa

acribillándole el pecho, era cierto que le aterraba que Magnus lo dejase, pero tenía que hacerlo.

Había caído rendido a los encantos de aquel muchacho, enamorándose de él hasta el punto de no poder imaginarse una vida sin su presencia, le necesitaba a su lado como al aire que respiraba, y aquel amor que sentía por él le debilitaba, reduciéndole a un ser que se avergonzaba de su debilidad.

La voz de su pareja le devolvió a la realidad:

—Elriec? ¿Qué te pasa?

Éste se apartó de su compañero, dando dos pasos hacia delante, acercándose a la cama.

Se volvió tras tomar aire y le miró a la cara, los expresivos ojos de Magnus le observaban con preocupación. Resistió a la tentación de besarle, de probar sus labios una última vez.

Carraspeó nervioso, y buscó las palabras con las que empezar a contarle todo.

—¿Elriec?—repitió nervioso el Guardián, visiblemente preocupado ante su continuo silencio, ante sus extrañas miradas.

Después de soltar el aire lentamente, Elriec comenzó a narrarle todo con voz ronca por el miedo contenido.

No se olvidó nada, ya que si había decidido a ser sincero con él se lo iba a contar todo, desde el verdadero motivo de su llegada a la cabaña, hasta lo sucedido ese día.

En todo ese tiempo fue testigo de los cambios de humor de su amado, desde la sorpresa, la rabia, la decepción, el dolor…sus ojos le delataban gritándole que cada palabra que le estaba contando le estaba haciendo daño.

Una vez que finalizó su discurso, esperó su respuesta, pero ésta no llegó.

Magnus se giró y echó a correr, saliendo de la cabaña precipitadamente, dejándole atrás.

Por primera vez en su vida, sintió ganas de llorar.

Había perdido para siempre al hombre a quien entregó su corazón, por su culpa, por las mentiras que le dijo cada día, detalles que ansiaba ocultar para no perderle, para no alejarle de su lado.

Muchos le llamarían loco, sobre todo sus difuntos padres si estos aún estuviesen vivos, pero no le importaba ni lo que pensasen los demás, ni las dificultades y tabúes que conllevaba tener como compañero a una persona de su mismo sexo.

Él sólo veía a Magnus cuando cerraba los ojos, cuando el deseo le recorría el cuerpo, cuando la brizna de esperanza por un futuro en pareja asomaba a su conciencia.

Si estaba condenado al Infierno, se quemaría gustoso con tal de poder vivir una vida al lado de Magnus.

Se dejó caer en la cama y enterró el rostro entre sus manos.

Lo había perdido.

Oh, Dios mío. Si pudiese comenzar de nuevo, si pudiese…

Las palabras se acallaron dentro de él por culpa de la rabia, en aquellos momentos se odiaba a sí mismo.

El temido día en el que volvería a estar solo había llegado.

—Magnus—susurró con voz rota incapaz de contener las amargas lágrimas.

Un hombre no llora nunca, un hombre dará su vida por su Laird, un hombre tomará una buena mujer y llenará la casa de niños, un hombre…

Las palabras de su padre le golpearon con fuerza, atormentándole más.

No esperaba el perdón de sus padres allá donde estuviesen por no ser el hijo que ellos desearon, sólo ansiaba el de un joven que llenó su vida de luz, de alegría, que consiguió que se sintiese en familia cada vez que regresaba a la cabaña.

—Espero que me perdones, mi amor—murmuró para sí mismo, apartando las manos de la cara, restregándolas con fuerza contra el kilt—. Por que yo no puedo hacerlo—Le había hecho daño y se culparía el resto de su vida.

Había perdido a su amor por culpa del deber.

CAPÍTULO 18

—Despierta, dormilona—murmuró Gaerth tras unos minutos contemplándola en silencio. No había dormido nada, no quería cerrar los ojos y que cuando los abriese todo hubiese sido un sueño.

Cuando había regresado de las cocinas, la bolsa con comida quedó olvidada a los pies de la cama. A quien devoró por el contrario fue a la mujer que trastocaba su vida, quien le enfrentaba a su mayor temor, al muro con el que se protegía del mundo.

La saboreó por completo dos veces más antes de que ella quedara exhausta y se durmiera en sus brazos, luciendo una sonrisa satisfecha y de pura felicidad en su hermoso rostro.

—Despierta, pequeña, es hora de levantarnos—le dijo esta vez elevando un poco el tono de la voz y acariciándole la mejilla, apartándole un mechón de pelo.

Adoraba su larga y hermosa cabellera, era seda de puro fuego entre sus manos.

Bridgit se movió en sueños, abriendo lentamente los ojos, aún media dormida enfocó su mirada sobre la persona que la despertó, sonriendo al reconocerle.

—¿Me quedé dormida?—preguntó con voz somnolienta.

Él sonrió abiertamente ante esta pregunta. Dios, como la adoraba, si no fuese porque tenía que hablar con los Guardianes y con su padre se quedaría a su lado el resto del día para hacerla suya por completo, para perderse en su sabor, para sucumbir a la pasión una y otra vez hasta que las fuerzas le impidiesen moverse.

—Eso es obvio, pequeña—. Ella se sentó, cubriéndose con las sábanas hasta el mentón, se sentía cohibida ante la presencia de Gaerth. Tenía que reconocer que su actitud era un poco ridícula, sobre todo después de haberse acostado con ese hombre, pero sentía vergüenza. No estaba acostumbrada a pasearse desnuda ante nadie—. Pero te perdono mujer, después de todo no estás acostumbrada a tanto….ejercicio, a tanto placer.

Bridgit le golpeó el brazo, ante sus palabras y la mirada socarrona que puso.

¿A tanto placer?

—Serás vanidoso—le respondió evitando sonreír a su vez ante su mirada pícara con la que le decía sin palabras que no le hacía falta ser vanidoso si no que estaba más que seguro que ella había disfrutado plenamente del encuentro…varias veces.

—Vanidoso no, muchacha, soy realista. Te derretiste entre mis manos.

De nuevo le golpeó con un manotazo en el hombro, provocando que él se riese en alto. Aquello la enfureció y la avergonzó más.

—Serás bastardo, ni que fueras Casanova. No estuvo mal, pero tuve noches…

No pudo terminar la frase, él la atrapó entre sus brazos y la tumbó en la cama posicionándose encima, aplastándola con su peso.

—Ni se te ocurra hablar de otros hombres en nuestra cama. Eres mía, no lo olvides. Tu cuerpo me pertenece, tu corazón, tus recuerdos, quiero que borres de tu mente cualquier otra presencia de hombres. Soy el único que estará en tus sueños, en tus anhelos, el único que te tocará o disfrutará de tu visión desnuda.

Tras un largo beso en el que deseó marcarla con su esencia, para que otros hombres nada más verla viesen que era suya, que nadie más osara siquiera desearla, él continuó, esta vez bajando el tono de voz:

—Y para tu información pequeña, mis padres estaban casados cuando me concibieron. El único bastardo es Hugh—Bridgit abrió los ojos sorprendida. Era la primera vez que él se dirigía de esa manera sobre el joven inglés. Se podía ver el disgusto que le producía la palabra bastardo—. Y le romperé el cuello a quien se atreva a llamarle así, nadie es culpable por lo que hagan sus padres. Hugh es mi hermano sin importar el lugar en el que nació o la zorra de su madre, le protegeré con mi vida si es necesario.

El silencio que siguió a sus palabras fue incómodo. Bridgit notó que estaba tenso, tocando un tema que le hacía daño, que le provocaba rabia.

Le acarició la mejilla antes de responderle:

—Lo siento, no quise llamarte bastardo—él la miró sin comprender muy bien lo que estaba queriendo decir. Sí que le había llamado bastardo—. Bueno, sí que te lo llamé, pero en mi mundo es una palabra que se usa como insulto.

—Aquí también.

Bridgit asintió, sin dejar de acariciarle la mejilla, deseando que a través del tacto pudiese expresar todo lo que sentía en esos momentos por él.

—Sí, lo sé, me lo imagino. Lo que te quiero decir es que quise insultarte, pero no a tu hermano. Hugh me cae bien, y no comprendo cómo vuestro padre lo niega, o el resto del clan. Es tu hermano, es su hijo, salta a la vista, ¿por qué lo niega?

—El Laird nunca reconocerá a Hugh como su hijo, es fruto de un escarceo con una inglesa, fue la causa del final de su matrimonio de la muerte de mi madre, no lo va a reconocer aunque todo el mundo vea con sus propios ojos que es su hijo, que son tan parecidos que parece

su reflejo en aguas cristalinas.

Ella titubeó al preguntar, no deseando sumergir el dedo muy hondo en la herida, sus ojos eran muy expresivos mostrando que la muerte de su madre, lo que hubiese pasado le marcó a fuego. No le preguntaría hasta que él estuviese preparado, o hasta que fuese él quien iniciase la conversación. Ella más que nadie sabía lo doloroso que era el pasado, lo difícil que era hablar de él, aceptar lo que se perdió, lo que una vez tuviste y nunca más ibas a tener.

—Pero… ¿no le duele a Hugh ser rechazado?

Gaerth se apartó, sentándose a su lado, clavando la mirada a la pared de frente.

—Sí, aunque él lo negará, desde que nació Hugh sólo ha conocido el dolor, el rechazo y la soledad. Fue tratado como un esclavo por su propia madre. La muy perra se lo entregó a su hijo mayor, fruto de su matrimonio con el Duque de Forrts. El inglés lo humilló, le golpeó y le hizo trabajar en las cuadras. Cuando le conocí estaba en los huesos y por más que intenté odiarle no pude—Cerró los ojos y recordó la noche en que se presentó delante de él, dispuesto descargar todo el dolor y la rabia que acumuló durante su vida contra la figura del hijo bastardo que condujo a su madre a la locura, pues representaba el fruto prohibido que provocó la muerte de ella—. Me presenté a él de noche, lo acorralé en las cuadras. Supuse que temblaría de miedo, al igual que hacen los ingleses cuando nos tropezamos en su camino, pero me sorprendió. Se enfrentó a mí con la pala de recoger los excrementos de los caballos—sonrió al recordar la escena.

—¿Y qué pasó después?—preguntó Bridgit curiosa.

Gaerth se golpeó una rodilla con una mano, soltando una estruendosa carcajada, ladeó la cabeza, y fijando su mirada sobre la de ella, contestó:

—Tras golpearle las manos para que soltara esa pala, le di en la cabeza para noquearle y lo cargué al hombro. No iba a dejarle ahí, era mi hermano, me lo iba a llevar con o sin su consentimiento a casa, no sin antes darle su merecido al inglés por supuesto, el que se jactaba de ser su hermano mayor, que era su dueño y por tanto decidía en la vida de Hugh. Tenías que haberle visto, ese pavo real se meó encima cuando le amenacé con mi espada—Rió durante unos segundos, antes de continuar—. ¡Ingleses! Son todos unos cobardes. Unos afeminados que prefieren ocultarse tras esas pesadas armaduras en lugar de enfrenarse con honor en una batalla.

—No todos lo son—Gaerth la miró alzando una ceja sorprendido por su respuesta—. Hugh no es cobarde—aclaró finalmente tras unos segundos en los que se perdió en sus magnéticos ojos.

Él depositó un beso en sus labios, antes de levantarse y caminar hacia la comida, completamente desnudo.

—Lo que le salvó a Hugh es que por su cuerpo corre sangre de un guerrero highlander, muchacha—Antes de que Bridgit preguntase algo más acerca del pasado o le recordase que dejara de llamarla muchacha, éste le dijo mientras levantaba del suelo la bolsa que trajo de las cocinas—. Levántate y come. Debes recuperar fuerzas.

—Pero si no estoy cansada—farfulló ella levantándose de la cama y tirando de las sábanas para enrollarlas sobre su cuerpo. No tenía a mano ninguna prenda de ropa y no iba a desayunar desnuda.

Lo que no contó fue con tropezar con la tela y caer de bruces al suelo, él hizo un amago de ir a ayudarla pero al recordar lo orgullosa que era, se quedó quieto al lado del baúl, aguantando las ganas de reírse al verla pelear contra las sábanas para poder levantarse.

Después de soltar unas cuantas maldiciones y retorcer la tela, se la quitó de encima, poniéndose en pie fulminando con la mirada al causante de su humillación.

—Mierda de sábana.

—No les eches la culpa, pequeña. Además no entiendo por qué motivo has de ocultar tu cuerpo, no hay rincón de él que no conozca, que no hay besado o acariciado.

Bridgit se giró cabreada, sobre todo consigo misma, se estaba comportando como una niña, pero todo era por culpa de ese salvaje que conseguía hacerla ruborizar con sus miradas y sus gestos.

—No voy a pasearme en pelotas por el cuarto. ¡Por quien me has tomado!

—Por mi mujer—respondió simplemente mientras caminó hacia ella sin dejar de devorarla con los ojos. Lucía tan hermosa, con las manos en la cadera, sus pechos rebotando con cada movimiento que hacía, sus mejillas enrojecidas. ¡Por San Ninián, como la deseaba!

De nuevo la sensación de hambre fue apagada por el intenso deseo que sentía por esa mujer cada vez que la veía.

Esbozó una sonrisa ladeada que llegó a sus ojos, la miraba como un halcón antes de abalanzarse sobre su presa y por Dios que es lo que iba a hacer.

Iba a devorarla, a saborearla de nuevo emborrachándose de su dulce sabor.

Sin mediar palabra avanzó los metros que le separaban de ella y la atrapó entre sus brazos, conduciéndola sin miramientos a la cama, donde la tumbó boca abajo.

—¿Pero qué haces? ¿Qué te pasa? ¿No íbamos a comer? —preguntó con voz entrecortada, muriéndose de la vergüenza.

Estaba boca abajo, con un hombre que la volvía loca y que en esos momentos se tumbaba a su lado, sin dejar de acariciarle la espalda, desde la nuca hasta el inicio de sus nalgas.

Jadeó en alto cuando sintió como le acarició las nalgas antes de

susurrarle:
—Sí, voy a comerte entera. Tu sola visión me ha provocado hambre, y querida vas a ser mi plato principal.
Si ya antes se ruborizó ante la mirada de él ahora estaba completamente roja, y…mojada, deseosa de que él cumpliese sus palabras.
Estuvo a punto de responderle, pero las palabras se agolparon en su garganta cuando sintió como le acarició las nalgas una vez más antes de meter la mano entre sus húmedos pliegues para tocarla profundamente, rozando una parte de su cuerpo que estaba muy sensible y a la vez muy ansioso.
Jadeó en alto sin control, moviendo la cadera hacia atrás, deseando que siguiera con aquella deliciosa tortura. Desde aquella postura se sentía expuesta, una presa de un cazador que no tendría piedad, que la conduciría a la locura una y otra vez antes de que el orgasmo la colapsara y la colmara plenamente.
Sin dejar de tocarla, de rozarle con un dedo el inflamado clítoris, Gaerth se agachó y le lamió la nuca, sonriendo internamente al escuchar los gemidos entrecortados de ella.
La mordisqueó un par de veces para luego lamerla, sintiéndose orgulloso de marcarla, de hacerla gozar, moviendo enérgicamente su mano entre sus húmedos y ardientes pliegues buscando el placer de ella.
Quería que explotara, que gimiera su nombre, que su cuerpo se convulsionara de puro placer antes de tomarla en aquella postura, ansiando sentir como sus ávidas paredes le succionaban con gula hasta que su semilla la inundase por completo.
—Oh, Dios sí—gimió con los ojos cerrados, con las manos agarrando con fuerza las sábanas a un paso de desgarrarlas, la cadera contoneándose hacia atrás buscando más contacto, y sintiendo que el calor del placer se arremolinaba en su vientre a un paso de expandirse por el resto de su cuerpo—. Más…más…
No tuvo piedad, la acarició manteniendo un ritmo constante y deteniéndose unos segundos cuando notaba que el cuerpo de ella se ponía tenso a un paso de estallar.
—No.... Más…, más.... ¡No pares!—protestó varias veces Bridgit al notar que él detenía aquella deliciosa tortura.
—Di mi nombre, esposa, di mi nombre—exigió con voz ronca haciendo acopio de todo su control para detener aquellas íntimas caricias y sumergirse en su interior de una estocada perdiéndose en su ardiente estrechez.
Bridgit tragó con dificultad antes de decir con voz temblorosa:
—Gaerth…, Gaerth…
Éste se agachó de nuevo y le mordió la nuca una vez más antes de

responderle:

—No lo olvides, mi guerrera, eres mía, mi mujer.

No lo podría olvidar ni aunque lo quisiese. Nunca en su vida sintió lo que sintió por ese hombre, el hambre por su cuerpo, por sus caricias, por sus besos, por sus miradas, la necesidad de sentirlo cerca de ella, protegiéndola, enfrentándola, el orgullo que veía en sus ojos, la rabia que percibía en su corazón pero que fue capaz de mostrarle en parte dándole muestras de una confianza ciega,…todo…

¿Cómo podría olvidarle?

¿Cómo podría vivir sin él?

El orgasmo la sorprendió y alejó de su mente sus preocupaciones. No pudo acallar los gritos de placer que brotaron de sus temblorosos labios y el cuerpo se tensó para luego relajarse y caer rendido sobre la cama.

Tenía la respiración agitada, el corazón bombeando con agitación contra el pecho y temblando levemente por los espasmos residuales de placer.

Gaerth lamió la mano con la que la acarició, rozando por unos segundos la locura, a un paso de lanzarse sobre ella y hacerla suya. Sabía dulce, un elixir que le embriagaba y le hacía desear más. Nunca podría saciarse de ella.

Tras unos segundos en los que sólo quería recuperar el aliento, ella se giró un poco para mirarle a la cara antes de decir con voz temblorosa:

—Eso ha sido…impresionante.

El orgullo masculino explotó dentro de él, ver a su esposa saciada con las mejillas ruborizadas, los labios enrojecidos y entreabiertos, los ojos brillantes y llenos de felicidad y el cuerpo tembloroso.

Mía. Gruñó. *Mía, completamente mía*.

Bridgit le sonrió y bajó la mirada por su fornido cuerpo hasta detenerse en su hinchada y erecta verga, se relamió los labios deseando probarle, chuparle con gula hasta ser ella la que probase esta vez su sabor.

Quería marcarle, hacerle suyo, mirarle a los ojos para ver cuando explotara, para contemplarle cuando alcanzara el orgasmo.

Se movió en la cama para acercarse hasta él, pero sus manos la detuvieron y la volvieron a tumbar boca abajo.

—¿Pero qué…? ¡Iba a chuparte un poco!

Gaerth se rió ante el tono de reproche de ella, no dejaba de sorprenderle.

—Ya lo harás otro día muchacha, ahora quiero poseerte, quiero sentir como me aceptas en tu cuerpo, como anhelas mi semilla.

Ella jadeó en alto sin poder romper la mirada que compartía con él.

—Sabía que eras caliente, un dios del sexo, pero…maldición, si que

sabes qué decir para ponerme cachonda.

De nuevo rompió a reír posicionándose tras ella, de rodillas en la cama.

—Me alegro que te exciten mis palabras, pequeña, las recordaré para decírtelas más adelante, no dudes que te deseo con una intensidad que me ahoga, y ahora…—le acarició las nalgas y le dio un cachetazo en una de ellas—. Ponte de rodillas preciosa, porque voy a tomarte hasta que pierdas el sentido.

En silencio y con el corazón bombeando con fuerza, se movió, colocándose de rodillas en el colchón, enterrando la cara entre sus manos manteniendo la cabeza pegada a la sábana.

Con los ojos cerrados y el corazón en un puño, escuchó como el colchón crujió cuando él se acercó a ella, pudo sentir sus manos en sus nalgas separándola, como la cabeza de su verga se posicionaba en su húmeda entrada y como…, entró lentamente unos centímetros para luego separarse.

Bridgit abrió los ojos y giró la cabeza para mirarle de reojo.

—¿A qué esperas? ¿Una invitación?

Gaerth sonrió con orgullo al ver la fuerza de su guerrero en su mirada, sin romper ese contacto visual, se introdujo profundamente, rozando el cielo con sus manos.

Esta vez fue él quien cerró los ojos para contenerse, para no derramar su semilla en ese instante.

—¡Muévete!

Apretó los dientes y abrió los ojos para fijarlos en la erótica visión de su esposa a su merced, completamente entregada a él.

—¡Oh, Dios Gaerth, muévete!

Así lo hizo, comenzó a penetrarla una y otra vez sin control, con embestidas profundas y rítmicas con las que rompió la calma de la joven que empezó a jadear y a disfrutar de cada una de ellas.

Sujetando con fuerza las nalgas, apretándolas para sentir como le oprimía con sus cálidas y mojadas paredes.

Estaba a un paso de estallar, de correrse dentro de ella, luchaba contra el placer, contra la vorágine de puro fuego que ardía en su interior que comenzaba a expandirse desde su vientre al resto de su cuerpo. No quería correrse, aún no, quería seguir disfrutando de su calidez, de su estrechez, de cada espasmo interno, de cada gemido.

Sujetó con fuerza las nalgas y calmó un poco el ritmo, embistiendo con profundas y controladas estocadas, buscando un punto que lograba hacerla jadear en alto.

Al notar cómo bajaba el ritmo, como se movía más lentamente Bridgit se movió hacia atrás, buscando más contacto. Lo quería fuerte, sentirle muy dentro de ella, expandiéndola, conquistando cada centímetro con su fuerza, conduciéndola de nuevo a la locura.

Abrió los ojos y miró de reojo. Gimió internamente al verle con el pecho cubierto de una fina capa de sudor, con el abdomen tenso, las manos agarrándole las nalgas, los ojos cerrados, la boca entreabierta y los cabellos sueltos acariciándole los hombros.

Era una imagen que gritaba: SEXO. Un hombre que la estaba llevando al orgasmo por segunda vez con sólo sus embestidas, con sólo sentirle dentro, grande, con un grosor que la estremecía, con una fuerza que la derretía y la expandía de puro placer.

—Sí, sí, más, más—gimió con voz rota, una y otra vez.

A lo largo de los minutos en los que su esposo la tomaba no dejó de murmurarle, de animarle o exigirle que no se detuviera, de moverse contra él cuando notaba que bajaba la intensidad, de morderse los labios para acallar los jadeos, para luego lamerlos en busca de aire.

Estaba a un paso de caer en el vacío, y así se lo dijo con voz enronquecida y suplicante. Lo quería fuerte, que perdiera el control, que la marcara con sus embestidas.

Gaerth estuvo a punto de eyacular cuando la escuchó susurrar que se diera prisa que estaba a un paso de alcanzar el éxtasis. Su esposa lo trastocó con sus palabras y le alentó a perder el control sobre su propio cuerpo.

Así lo hizo. Sin dudarlo, manteniendo los ojos cerrados, sujetando con más fuerzas las nalgas, hundiéndose en su interior una y otra vez hasta la empuñadura, hasta que el cuerpo de ella se tensó y le estrujó.

Sólo entonces permitió que el placer le inundara y le ahogara por completo, llenándola con su semilla, corriéndose dentro de ella gruñendo en alto antes de separarse y acostarse a su lado.

Los dos se quedaron mirando en silencio, compartiendo una sonrisa cómplice, sin ser conscientes que con sus acciones habían afianzado la unión mágica que los enlazó, cambiando el destino de sus vidas y de los que les rodeaban.

Como decía la profecía de los antiguos Vaniors…

Aquel que osara invocar el poder oculto de los textos mágicos pagará un precio muy alto…su alma, su corazón.

¿Serán capaces de pagar el precio que el destino les iba a imponer?

CAPÍTULO 19

A las afueras del pueblo McInner

La muy zorra le había partido el labio.

Malcom escupió al suelo antes de pasarse una mano por la dolorida boca asombrándose al ver sangre. La misión no estaba saliendo cómo había esperado, primero estuvieron a punto de perder la vida dos veces al ponerse nerviosas las monturas a un paso de volcar la barcaza y segundo cuando llegaron a tierra tuvieron que apresurase en atrapar al grupo de MacKenzies que según los aldeanos estaban llegando al pueblo.

—No me vais atrapar, malditos.

La voz de la mujer le devolvió a la realidad, sacándole de los recuerdos acontecidos apenas unas horas antes. Alzó la cabeza de entre los arbustos donde aterrizó al caer del caballo, después de ser golpeado con una rama que tomó la mujer, quien le miraba amenazante a un metro de él, blandiendo el palo como si fuese una espada.

No había esperado para nada que la joven McKenzie fuera una jovencita con un carácter fogoso y una lengua viperina.

—¡Qué el demonio te lleve, mujer!—bramó levantándose del suelo y encarándose con la enfurecida joven.

Eireen MacKenzie no se amedrentó ante la postura furiosa del hombre. No estaba en esas tierras por gusto, había sido obligada por su padre para cumplir un pacto entre clanes enemigos para buscar una paz que estaba segura que no iba a suceder. El odio que sentían las gentes de su clan por los McLeods estaba arraigado en sus corazones, un enlace a través de una boda no iba a borrar este sentimiento.

Por mucho que intentó razonar con su padre no hubo manera, acabó siendo escoltada por dos soldados desde la mañana hasta la noche para evitar que cometiera una locura como por ejemplo escapar lejos, para no cumplir el destino horrendo que le depararía la boda.

Era consciente que algún día tendría que desposarse, pero le habría gustado que fuese ella quien eligiese a su esposo, y no ser una moneda de cambio en un tratado que pendía de un hilo, que por cualquier excusa se rompería y conduciría a los dos clanes a una locura sangrienta.

Pero cuando llegó a las afueras del pueblo McInner, lo que menos se esperó fue ver al Laird McLeod en persona esperándola con varios

soldados. Le pareció extraño aquel recibimiento, pero esbozó con mucho esfuerzo una sonrisa y condujo su propia montura hasta donde la estaban esperando, siempre con la guardia que le había impuesto su padre a unos pasos de ella. Lo que nunca esperó fue ser testigo del intento de secuestro más patético de la historia por parte del temido Laird McLeod.

—El único demonio que hay aquí eres tú, maldito secuestrador.

Malcom esbozó una sonrisa de medio lado, alejando las ganas de acortar la distancia que lo separaba de la joven y estrangularla con sus propias manos.

Al final optó por acallar su vena asesina y devolverle sus palabras:

—Mujer, estás más que equivocada, si aún no te he secuestrado.

Eireen boqueó varias veces, antes de recuperar la voz y gritarle:

—Y aún tienes el descaro de admitir que ibas a secuestrarme. ¡Serás…hijo de…!

—Eh, eh…chiquilla, cuida esa lengua—le recriminó, quitándose del plaid unas hojas secas que se adhirieron a la prenda al estamparse contra el suelo desde el caballo.

Soltando un chillido, la mujer se lanzó contra él levantando el brazo para descargar la rama contra su dura cabeza. La guardia que la protegía se encontraba en el suelo, sin conocimiento a unos metros de ellos, atados con gruesas cuerdas a unos árboles. Estaba sola ante el enemigo y no iba a amedrentarse. No comprendía porque el Laird estaba dispuesto a cometer una estupidez como era secuestrarla cuando ya se había acordado su unión con su hijo. Algo debía haber pasado y ella iba a descubrirlo.

Malcom no iba a permitir que le sorprendiera de nuevo. Alzó el brazo y detuvo el golpe, rompiéndose la rama contra sus duros músculos.

—¡Infiernos!—maldijo tocándose donde había recibido el golpe. La joven era fuerte, le había roto una rama contra el brazo sin pestañear, sin mostrar temor ante él. Miró hacia abajo, mientras controlaba que ella estaba petrificada en el sitio mirándose las manos como si no se creyera que él aún siguiera de pie tras el golpe. A sus pies se veían los restos de la rama—.La gatita resultó ser una loba—susurró al tiempo en que movía el brazo hacia arriba, maldiciéndose por dentro. Ya no era joven y estaba seguro que en poco tiempo vería como se le hinchaba el brazo y le cambiaba de color allí donde le golpeó.

—Ni gatita, ni loba ni nada, ni te atrevas a compararme con un animal—al verle dar un paso hacia delante se movió hacia un lado mirando hacia atrás de reojo para sopesar las posibilidades reales que tenía en huir. Con el pesado vestido que llevaba puesto no podría correr y en la caída del caballo había perdido su saga. Sólo le quedaba golpearle con las piedras del camino, y esperaba que esta vez acertara

y le diera en la cabeza. Le vio dar otro paso, exponiendo las manos a ambos lados de su cuerpo, con las palmas hacia arriba—. ¡Ni se te ocurra acercarte más o me pongo a gritar!

Malcom soltó una carcajada sincera.

—¿Más? ¿Gritarías más fierecilla?—antes de que le asegurara que nadie iba acudir a auxiliarla la joven le sorprendió al ponerse a gritar a pleno pulmón pidiendo ayuda.

Apenas fueron dos pasos y la tuvo entre sus brazos. Le tapó la boca con la mano y se la quedó observando con atención. Aquella mujercita le había sorprendido, mostraba un coraje que no era propio de los MacKenzies.

Debe ser que sólo corre por las venas de sus mujeres. Se burló para sus adentros, sin dejar de pasear sus ojos por el curvilíneo cuerpo de la joven.

Aquella mujer iba a ser la mujer de su hijo. Iba…porque Gaerth ya se había desposado y ahora tenía que idear un plan de emergencia para convencer a la fierecilla de que hiciese lo que él le dijese.

Y era…

Cerró los ojos unos segundos aguantando los movimientos bruscos de la joven que intentaba liberarse, y se maldijo por dentro al percatarse que no tenía un plan que seguir. Se suponía que debía convencerla para que se desposara con otro heredero de clanes vecinos, pero no sería sencillo y más que ella convenciera a su padre que mantuviese el débil tratado de paz.

Abrió los ojos y los fijó en los azules de ella. Era hermosa, no podía negarlo. Se veía pequeña en sus brazos, pero la furia en sus ojos y el como se le enfrentó eran pruebas más que suficientes para asegurarle que era una mujer con carácter, que no se dejaría doblegar por nada ni por nadie.

Estuvo a punto de sonreír al fijarse en su naricilla respingona la cual le daba un aire de picardía que aumentaba la sensualidad que desprendía su hermoso cuerpo. Estuvo a punto de jadear al ver sus rojizos y carnosos labios, pero no pudo contener el gruñido de excitación cuando sus ojos llegaron a sus pechos, en la postura en la que estaban podía sentir el calor que desprendía el cuerpo de la joven, sus redondeadas nalgas presionando su ingle, y…la tela de su vestido tensa a la altura de su pecho.

¡Por Dios que me estoy excitando por una chiquilla! Y nada más y nada menos que por una MacKenzie. Y pensar que en un principio creí que sería sencillo retenerla.

Debería haber supuesto que el destino le tenía deparada una sorpresa. La joven se removió entre sus brazos resucitando una parte de su cuerpo que hacía tiempo que no usaba. El deseo que estaba experimentando era intenso, inesperado y totalmente inoportuno.

Al momento sintió como la joven se tensaba y se quedaba quieta entre sus brazos.

Debió notar mí…

En ese momento ella desvió la mirada con las mejillas enrojecidas.

Sí que notó mi erección. Se dijo por dentro, pensando el siguiente movimiento por hacer.

Convencerla que se mantuviese calladita y llevarla al pabellón de caza el tiempo que fuese necesario para que la joven hiciera lo que él le propusiese.

Casarse con otro.

Le sorprendió sentir rabia al pensar en verla en brazos de otro hombre, pero no pudo seguir analizando sus sentimientos al notar como ella le daba un pisotón fuerte consiguiendo liberarse.

—¡Auxiliooooooo!

Por Dios que iba a ser una tarde muy larga, y quien le iba a decir que era más difícil atrapar a una chiquilla, que a todo un rebaño de vacas de los MacKenzies.

CAPÍTULO 20

—Inglés, detente, no puedes entrar en su cuarto sin permiso.

Hugh miró hacia atrás, con la mano suspendida en el aire, a pocos centímetros del pomo de la puerta de color dorado y con forma de herradura. A su lado estaban los demás Guardianes, agotados por la carrera desde su cabaña hasta el castillo, a la puerta de su hermano.

—Lo que debemos contarle a Gaerth es suficiente motivo para interrumpirle, sin importar su reacción o las posibles repercusiones.

—¿Y si nuestro Señor está ocupado?—Duncan alzó las cejas con una sutil sugerencia, no hacía falta decir nada más, todos daban por echo que estaba en aquellos momentos junto a su esposa.

Hugh hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—Lo comprenderá—*Y si no lo hace que se joda. Él me interrumpió varias veces mientras estaba con mis amantes.* Pensó sonriendo en su interior.

No lo dudó más, giró el pomo y tiró hacia fuera, abriendo la puerta por completo. Se quedó momentáneamente paralizado en el rellano ante lo que vio, impidiéndole a los restantes Guardianes la entrada.

—¿Qué sucede? ¿Por qué te quedas parado? Entra de una vez en el cuarto—le recriminó de nuevo Duncan, empujándole para entrar. Ya que se habían atrevido a molestar a su Señor debían llegar hasta el final, enfrentarse cara a cara a Gaerth y contarle lo que habían descubierto.

Hugh le hizo caso, se hizo a un lado, y todos pudieron ver lo que le sorprendió.

Gaerth McLeod estaba recostado contra el cabecero de la cama, picando de la bandeja de madera que había encima de la cama. A su lado, la guerrera Vanior comía y reía. Se la veía dichosa, radiante. Su sonrisa parecía que iluminaba la habitación, la joven estaba tumbada de lado, vistiendo una camisa blanca de algodón dejando al descubierto sus largas y estilizadas piernas. Ambos estaban estirados perezosamente en la cama, acariciándose mutuamente de vez en cuando, compartiendo gestos de complicidad y cariño.

Era una estampa que no esperaban ver.

Gaerth lucia sereno, como si disfrutase plenamente de aquella extraña comida.

Duncan fue quien carraspeó en alto al notar que su Señor no se había percatado de la intrusión.

Fue entonces cuando él se sobresaltó y maldijo en alto:

—¡Maldición! ¡Por San Ninián! ¿A qué se debe vuestra presencia?

Hugh se cruzó de brazos y sonrió ladeando la cabeza, a su lado Duncan miraba el suelo claramente avergonzado, y tras ellos los demás Guardianes ahogaban las sonrisas al ver azorado al siempre huraño Gaerth.

—Qué buen recibimiento, hermano, menos mal que no tienes a mano la espada porque si no…—se burló haciendo un gesto como si le cortara la garganta. La mirada que le estaba dirigiendo en esos momentos el futuro Laird congelaría el mismísimo Infierno.

—No me des ideas, Hugh, no me des ideas—.Contestó en alto, para luego transmitirle mentalmente. *Decidme lo que vinisteis a contarme y luego largaros, como podéis ver estoy ocupado*.

Ya, ahora se dice que estás ocupado, lo anoto hermano, en otra ocasión te diré lo mismo. Se burló de nuevo Hugh transmitiéndole varias imágenes de las veces que le interrumpió cuando estaba con una o varias amantes.

Al ver que de Hugh no iba a conseguir nada en corto plazo, optó por girarse y preguntarle directamente a Duncan:

—¿Qué es lo que ha sucedido Duncan? Debe ser grave para que aparezcáis todos los Guardianes en mi alcoba—a una hora en la que se suponía que debían estar enseñando a los más jóvenes del clan.

¿Cómo iban a contárselo? Los Guardianes se miraron entre ellos en silencio antes de que Duncan carraspeara en alto visiblemente nervioso. Iba a ser difícil explicarle todo lo que habían descubierto pero Gaerth debía saberlo, los problemas se acercaban y debía estar preparado.

Pero cuando iba a contarle lo ocurrido, Magnus se le adelantó:

—El traidor de Elriec me contó que el Laird…—le falló la voz, la rabia que sentía le corroía por dentro como un ácido a punto de destrozarle. No podía creerlo, no quería creer que su pareja les hubiera traicionado de esa manera, que se le había acercado para vigilarlos, para espiarlos. Cerró los ojos y tomó aire, al tiempo en que tragaba buscando aliviar el nudo que sentía en su garganta. Abrió los ojos y mirando alternativamente a Gaerth y a Bridgit comenzó a contarles todo.

Sólo se escuchaba la tensa voz de Magnus en el cuarto, nadie se atrevía a interrumpirle mientras narraba con evidente dolor todo lo acontecido en ese día.

—Y por último vuestro padre os prometió en matrimonio con la heredera del clan MacKenzie.

—¿Qué hizo qué?—explotó Gaerth golpeado con el puño la pared. Estaba anonadado. ¡Cómo se había atrevido a formalizar un contrato matrimonial sin su consentimiento, utilizándolo como moneda para una alianza entre los dos clanes!—. ¡Maldito bastardo! ¡Cómo se

atreve!—bramó con rabia.

Hugh dejó caer los hombros con gesto de indiferencia.

—Puede hacer lo que le plazca, después de todo es el Laird. Además no sé porque te extrañas, las alianzas a través de esponsales son habituales, lo anormal es que te desposes por amor siendo el heredero.

Magnus intervino nuevamente antes de que Gaerth se enzarzara en una discusión con su hermano, alzando la voz para hacerse oír. El futuro Laird no dejaba de murmurar improperios contra su padre.

—Eso no es todo, amigo, ha llegado un mensajero del puerto, los MacKenzies están en la isla. Han desembarcado y están siendo retenidos por nuestros hombres y como nuestro Laird está ausente tienes que encargarte de ellos.

Gaerth soltó una maldición, pasándose una mano por la cara, sin dejar de dar vueltas por el cuarto como un animal enjaulado.

—Esto no puede ser. ¡Maldición! Las cosas no tenían que salir de esta manera.

Fue en ese momento en que Bridgit decidió intervenir, se le acercó y le posó una mano sobre el hombro al tiempo en que le dijo:

—La realidad es que no siempre ocurre lo que deseamos. Si no, mírame a mí, escocés. No pedí ser secuestrada, pero ahora, no me arrepiento y agradezco que lo hicieses. No cambiaría nada de mi destino.

—Tienes razón pero…

Para aligerar el ambiente Bridgit bromeó:

—¡Ves! Vas aprendiendo mi salvaje, que te quede claro que siempre tengo razón en todo—el tono de su voz dejaba claro que estaba de broma y así fue como se lo tomaron los demás que estallaron en carcajadas.

Gaerth fue el único que no rompió a reír pero mantuvo su mirada fija en los chispeantes ojos de ella. Cada minuto que pasaba aquella pequeña mujer a su lado era un regalo que atesoraba en su corazón, y por ¡San Ninián! que no iba a permitir que nadie le separase de ella. Su deber era protegerla y atesorarla y así lo haría, aunque tuviese que luchar contra su padre.

—Ya temía que sucediese esto, hermano—se sumó a la broma Hugh, golpeándole el brazo de un manotazo—. Mucho decir que no caerías en las garras del amor para convertirte en un esclavo de…

No pudo terminar la palabra pues Duncan le asestó un puñetazo que le dejó dolorida la nariz.

—¡Maldición Duncan! ¿Te has vuelto loco?

—No sabes cuanto estamos rezando inglés para que te encuentres con una mujer que te baje los pantalones.

Hugh alzó las cejas con burla antes las palabras del Guardián, y respondió esbozando una ladeada sonrisa:

—Todas quieren bajarme los pantalones, no hace falta que recéis por mí, mi vida amorosa es amplia y variada.

Meagan se adelantó acercándose a su mujeriego amigo. Todos le tenían cariño por mucho que a veces desearan romperla la cara como había hecho Duncan.

—El gruñón de mi marido no se ha explicado bien Hugh, lo que deseamos para ti es que encuentres una mujer que te ponga en tu lugar, que no caiga rendida a tus pies y que seas tú el que tenga que luchar por tenerla.

Hugh cruzó los brazos sobre el pecho.

—Pides un imposible Meagan, no hay mujer que no se me resista.

—Vaya…tú no tienes abuela, ¿no?

Todos se giraron y se quedaron mirando a la guerrera vanior, sin comprender aquella extraña afirmación.

—¿Qué importa si tengo abuela o no? Mi única familia son Gaerth y los Guardianes…y…—dio dos pasos hasta quedar frente a Bridgit, quien estaba de pie al lado de su esposo. Atrapó una de sus manos entre las suyas y le besó la muñeca con delicadeza, mostrando su mejor sonrisa—…tú preciosa.

—Aparta tus manos de mi mujer—gruñó Gaerth fulminándole con la mirada.

Hugh echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada profunda, llena de diversión.

—Oh, vamos, el mundo se acaba, Gaerth celoso.

Bridgit sonrió al ver como su marido se mostraba avergonzado por su arrebato contra su hermano, pero comprendía su sensación de posesividad, si en esos momentos le veía de la mano de otra mujer le arrancaría los pelos uno a uno, a él y a la arpía que se atreviese a acercársele.

Ese salvaje escocés era suyo, únicamente suyo y daba gracias al destino por unirles.

—Será mejor que enfrentemos de una vez a esos malditos cobardes —dictaminó Gaerth mirando a cada Guardián, quien asintió dándole la razón. No podían permitir que los MacKenzies se quedaran por más tiempo en la isla. Se giró y fijó sus ojos a los interrogantes de su esposa—. Tú permanecerás en el cuarto, no quiero arriesgarme a que te encuentren y te usen contra mí.

Por primera vez en mucho tiempo estaban de acuerdo. Bridgit no iba a salir del cuarto, ni siquiera le atraía la idea de espiar la reunión que tendría lugar en el salón del castillo. Cuanto más lejos de los problemas mejor, sólo lamentaba no poder estar cerca de él para protegerle, pero confiaba en su fuerza y tras verle entrenar sabía que podría con todos.

—Sí, amo—susurró con voz ronca e intencionadamente sexy, sin

importarles que no estaban solos en el cuarto, en esos momentos sólo eran un hombre y una mujer que disfrutaban de sus primeros días de unión.

—Eres una hechicera descarada, mi guerrera—le susurró al oído tras compartir un beso abrasador que la dejó temblando entre sus brazos—.Y esta noche pagarás tu descaro.

Con los ojos entrecerrados y luchando contra los temblores que sacudían su cuerpo, Bridgit le susurró, acercando su rostro al de él:

—Espero que esta noche cumplas tu promesa, escocés. No dudes que te lo voy a recordar.

Soltando una carcajada alegre se soltó del agarre del hombre y caminó hacia la cama, sentándose en ella.

Iba a seguir su consejo. No saldría por nada del mundo. Ahora que había conseguido tomar entre sus manos un pedazo de felicidad, no iba a perderla por romper las normas, o por verse en medio de un secuestro por venganza.

Gaerth soltó un suspiro desanimado mientras cogía la funda de su espada, para luego acompañar hasta la puerta a su hermano y a sus amigos. Antes de salir, se giró y la contempló, deleitándose de la belleza de su mujer.

—No hará falta que me lo recuerdes, Bridgit. Soy un hombre de palabra y créeme cuando te digo que voy a emplear toda la noche para…asegurarme que no olvides lo que te voy a mostrar—le guiñó un ojo consiguiendo que la joven enrojeciese.

Había comprendido su mensaje.

Iba a devorarla a la noche, por completo, haciéndola gemir y volverse loca de placer.

Con la imagen de su pequeña guerrera ruborizada, bajó a la planta baja del castillo para esperar a los mensajeros MacKenzies.

La tarde iba a ser muy larga. Demasiado.

Sólo esperaba no ser testigo de nuevas sorpresas.

CAPÍTULO 21

La presencia de los MacKenzie en la isla alteró a los McLeods que esperaban ansiosos en el salón del castillo en un tenso silencio roto por algunos murmullos.

Gaerth McLeod llevaba diez minutos esperando de pie, rodeado por el Consejo en el lugar que le correspondería al Laird, frente a la gran mesa del salón. Su pose era orgullosa y sus ojos mostraban claramente la rabia que sentía y que bullía en su interior. No aceptaba la presencia de esos rastreros en sus tierras, pero un ataque directo a los mensajeros avivaría los problemas entre ambos clanes. La Ley no escrita entre clanes le obligaba a recibir a los mensajeros y atenderles, aunque tuviera la tentación de desenvainar la espada y partirles en dos.

De haber una batalla directa entre clanes sería en un lugar abierto donde sólo se enfrentaran cara a cara los guerreros, evitando en lo posible las bajas de inocentes.

Miró a su derecha, encontrándose a Angus McLeod quien le sorprendió al esbozarle una nerviosa sonrisa más parecida a una mueca de dolor. Esperaba que el anciano no interfiriese, quedaba claro que no estaba muy conforme con que ocupara el lugar de Laird, pero no habían localizado a su padre por ningún rincón de la isla. Nadie sabía a donde había ido, y ahora tendrían que soportar los miembros del Consejo y apoyarles con su silencio que fuera él quien se encargara de aquella tensa reunión.

Ante el aumento de cuchicheos, Gaerth ordenó acallar a los presentes con un gesto de su mano.

Las puertas del salón se abrieron en ese instante y comenzaron a entrar los MacKenzies. En silencio los presentes contemplaron la odiaba procesión de hombres. Gaerth paseó su mirada contando veintiséis hombres armados. Definitivamente no eran mensajeros.

Estuvo a punto de gruñir en alto cuando entre aquellos hombres reconoció a su primo, el hijo mayor del Laird MacKenzie. ¡El muy bastardo se había atrevido a pisar el castillo después de todo lo que había hecho! Él había robado varias veces el ganado McLeods que pastaba en las tierras McInners que el clan vecino había cedido para mantener los montes limpios. Había herido a varios hombres y….

Apretó los dientes con fuerza al recordar el día en que vio como su

hermano se desmayaba por la pérdida de sangre. La herida de flecha marcaría su torso hasta el día de su muerte. Había sido el blanco de los MacKenzies y estuvo a punto de perder la vida, por suerte lo atendieron a tiempo y cauterizaron la herida, convirtiéndole en un hombre muy afortunado que estuvo quejándose durante tres semanas en cama mientras se recuperaba del ataque.

¿Qué hace él aquí? Se preguntó Gaerth, abriendo las barreras mentales para comunicarse con sus hombres y avisarles de aquello, sobre todo a su hermano, si se enteraba que entre aquellos hombres estaba el que ordenó su ataque podría perder el control y comenzar una guerra que tendría un final incierto. Por suerte no conocía el aspecto de su primo, sólo que el que orquestó la emboscada era uno de los hijos del Laird MacKenzie.

Hugh ni siquiera se inmutó cuando percibió la entrada de Gaerth en su mente, le permitió la entrada abriendo completamente la conexión.

Hugh, atiende. Avisa a Broiderk y los suyos que vigilen de cerca a ese hombre, el de cabellos rojizos y ojos castaños y la cicatriz en la mejilla, el que se mantiene atrás deliberadamente.

Buscó al hombre que le describió su hermano, encontrándolo medio oculto en la segunda fila intentando aparentar ser un soldado más, pero su postura y su mirada indicaban lo contrario. No era uno más, estaba acostumbrado a mandar, a que le obedecieran cada una de sus órdenes.

¿Lo ves, Hugh? Preguntó.

Sí, lo veo. El cobarde que se esconde tras las faldas de sus soldados. Ya aviso a Broiderk, no podemos permitir que hagan alarde de su poderío en estas tierras. Malditos cabrones que se han atrevido a traspasar las puertas del castillo, no comprendo cómo es posible que te plantes ahí delante y los atiendas.

A eso hermano, se le llama tratos entre clanes. Si no los atendiese podían recurrir a los demás clanes acusándonos de ofenderles y comenzar una batalla que no nos interesa.

¿Y cuándo nos va a interesar? ¿No es tu sueño ver a todos los MacKenzies muertos?

Gaerth suspiró internamente y negó las palabras de su hermano.

No, Hugh, no a todos, las mujeres y los niños son inocentes, a los MacKenzies a los que quiero ver muertos son a la familia de mi madre. Esos bastardos atacaron al clan cuando mi madre falleció matando a inocentes. Un highlander ni perdona, ni olvida, recuérdalo hermano.

No podría olvidarlo, Gaerth, no dejáis de repetírmelo. Se burló intentando quitar un poco de tensión al ambiente, podía sentir la furia que ahogaba a su hermano, que le oprimía por dentro, la muerte de su madre era una pesada losa sobre su corazón que le acompañaría hasta el día de su muerte.

¡Basta de cháchara y vete a por Broiderk! No pierdas tiempo.

Tienes razón, pero antes de irme, ¿qué *tiene ese hombre de especial?* Preguntó muerto por la curiosidad.

Gaerth se cruzó de brazos y dio un paso hacia delante, quedando frente a los MacKenzie tomando el control de la situación e indicando con un gesto que avanzara el mensajero y comunicara lo que venía a transmitir.

Ahora no es momento de preguntas, Hugh. Ve a por Broiderk y no pierdas el tiempo, si deciden atacar deberemos estar preparados para poner a salvo a las mujeres, a los niños y ancianos y enfrentarnos a esas ratas para acabar con ellas.

Hugh se mordió la lengua para no responder de mala manera a su hermano, porque comprendía que no era el momento adecuado para mantener una conversación sobre todo cuando había más de una veintena de hombres armados que claramente estaban a un paso de atacarles.

Más tarde, cuando estuvieran a salvo y esos bastardos más allá del mar, le preguntaría a qué venía ese odio visceral hacia el hombre que le señaló. Tenía una sospecha que era un miembro de la familia de la madre tal y como indicó que era a los que quería ver muertos, pero necesitaba saber cuál de ellos era, pues tenía una deuda pendiente con un MacKenzie en particular. Estuvo tentado a acariciarse el pecho a la altura del corazón donde lucía una marca blanquecina de aspecto irregular por donde le extrajeron la punta de la flecha, que estuvo a punto de matarle. Algún día descubriría cual de los hijos del Laird MacKenzie ordenó su muerte, y sería él quien le enviara al infierno con sus propias manos.

Avisaré a Broiderk y mantendremos los ojos bien abiertos. Avísanos en cuanto nos necesites, estaremos cerca. Hugh salió de detrás de la columna donde se ocultó para presenciar la inesperada reunión como los demás miembros del clan que se habían acercado a esas horas al castillo, y puso rumbo al fondo de la sala, cerca de la puerta de entrada a las cocinas. Allí estaba Broiderk junto a otros tres Guerreros del Círculo que se encargaban de enseñar a los más jóvenes del clan que mostraran algún signo de poseer poder mágico. Eran unos hombres silenciosos, que sabían ocultarse para no ser ni vistos, ni descubiertos. Estaban acostumbrados a vigilar y analizar a la gente, aprendiendo a leer sus gestos, averiguando si mentían o no. Gaerth confiaba en ellos y, a regañadientes, Hugh debía admitir que eran los mejores para esta misión. Serían los ojos de Gaerth y ante la mínima señal de agresión atacarían sin dudarlo.

Broiderk alzó una ceja cuando vio al hijo bastardo del Laird a su lado. El inglés miraba a todos lados menos a él. Si pretendía con ese gesto pasar desapercibido no lo estaba consiguiendo. Se veía a leguas

que pretendía obtener algo de él.

Sin perder más tiempo le preguntó en alto, con evidente molestia:

—¿Qué es lo que quieres?—.Su presencia era tolerada, pero no aceptada. Gaerth había traído a ese inglés imponiendo su presencia los demás miembros del clan sabedor que su padre no iba a exiliarle al no tener más herederos al que legarle el mando. Pero a pesar de verle todos los días por el castillo o por la isla, no llegaban a aceptarle, deseando internamente sin llegar a decirlo en alto, que regresara a Inglaterra.

Hugh decidió pasar por alto la desconfianza que percibió en la mirada de Broiderk, así que tomó aire y lo soltó despacio, calmando sus ánimos, antes de decirle:

—Gaerth os ordena que vigiléis desde las sombras al pelirrojo con la cicatriz en la mejilla—lo señaló con la mano unos segundos antes de disimular, moviendo el brazo en círculos como si tuviera un tirón.

Broiderk memorizó el aspecto del hombre señalado antes de regresar su atención al mensajero del futuro Laird, quien en esos momentos se estaba alejando de él.

Le alcanzó y se puso delante, para preguntarle, no dispuesto a quedarse con la palabra en la boca, a no saber a quien debía vigilar:

—¿Quién es ese hombre?

Hugh sonrió de una manera consciente que iba a alterar al iracundo highlander que tenía frente a él y le respondió con sorna:

—No tienes porqué saberlo, Guerrero. Tú solo limítate a seguir las órdenes de Gaerth.

Además, por mucho que le preguntara no podría decirle quien era, pues no tenía ni idea, pero por nada del mundo iba a reconocerlo, antes se cortaba una mano.

Broiderk apretó los puños con fuerza, conteniendo las ganas de romperle la cara. Hugh no perdió detalle de su expresión furibunda disfrutando al haberle alterado de aquella manera.

Así aprenderás, maldito hijo de perra. Nadie se ríe de mí. Pensó Hugh poniendo rumbo a la salida del castillo. Iba a vigilar las salidas del castillo por si los MacKenzies se la jugaban a su hermano. Entonces él los cercaría, atrapándolos cuando quisieran escapar, en el salón ya había suficientes guerreros como para apoyar a su hermano de haber un ataque.

No se fiaba de esos bastardos, algo dentro de él le gritaba que iba a pasar una catástrofe que les iba a marcar a todos.

Esperaba que su intuición fallara y no pasara nada, pero por si acaso les observaría desde fuera del castillo, por si se atrevían a entrar sin ser vistos para atacar a los que estaban presentes en el salón.

De unas ratas sin honor se podía esperar cualquier cosa, y temía que sus temores se cumplieran y algo malo sucediese aquel día.

Ojala me equivoque. Murmuró apostándose ante la puerta de entrada, antes de comenzar su vigilancia alrededor del castillo. *Espero equivocarme*.

Pero temía que todo se truncara, pues el destino no siempre se presentaba como uno esperaba, y él por desgracia lo había aprendido por las malas.

CAPÍTULO 22

—¿Dónde está el Laird McLeod?

Gaerth entrecerró los ojos. Al preguntar el portavoz de los MacKenzies por Malcom le había desairado públicamente.

Sus ojos brillaron peligrosamente, provocando temblores en los presentes que comprobaron con sus propios ojos por qué al hijo del Laird McLeod se le apodaba el Ángel Caído. Su postura era arrogante y segura, mantenía los brazos cruzados sobre el pecho, la barbilla en alto y el entrecejo fruncido. Sus cabellos caían libres a ambos lados de la cara, atrayendo la mirada de todos, pues el intenso color azabache contrarrestaba con el magnético y terrorífico rojo de sus pupilas.

—¿Qué os trae por mis tierras?—preguntó a su vez, rechazando contestar la pregunta del MacKenzie.

Al ver que nada conseguirían por las malas, el portavoz del grupo MacKenzie, un soldado de gran envergadura, con anchos hombros y melena cobriza al igual que su barba, comentó esta vez modulando correctamente, procurando no mostrar malestar en el tono de su voz:

—Venimos por la boda que se va a celebrar.

El silencio que siguió a esas palabras duró unos tensos minutos, ambos se mantuvieron las miradas, al final el futuro Laird puntualizó, recalcando el verbo en pasado:

—Se iba a celebrar.

Callum MacKenzie se sobresaltó, sorprendido ante el nuevo giro de los acontecimientos.

¿Cómo que no iba a celebrarse? ¿Qué había sucedido? ¿Acaso Gaerth se atrevía a rechazar a su hermana? Estuvo a punto de gritarle que se explicara, pero se contuvo y recordó el papel que estaba actuando. Estaba aparentando ser un soldado más, permitiendo que su mano derecha hiciera de portavoz, de esa manera podía observar desde otra perspectiva a sus enemigos.

—¿Cómo que se iba a celebrar?—. Bramó el portavoz—. Se firmó un tratado de paz entre los dos clanes con un enlace entre un McLeod y una MacKenzie.

Gaerth se guardó para sí el hecho que desconocía el trato que firmó su padre a sus espaldas y por el que se veía obligado a cambiar radicalmente los planes para destruir a sus enemigos.

—Desgraciadamente…—ironizó—…el trato no puede llevarse a cabo, ya que estoy casado.

Callum MacKenzie ahogó un grito de indignación. ¿Cómo que ya

estaba casado? ¿Desde cuándo? ¿Sería una trampa preparada minuciosamente para tener un rehén, utilizando a su hermana como moneda de cambio en la batalla?

Las sospechas que se implantaron dentro de él cuando encontraron a los soldados que tenían como misión acompañar a su hermana en su corto viaje a tierras McLeod amordazados y desmayados en las tierras McInners, se estaban confirmando. Al principio temió que los hubiese asaltado ladrones de caminos, pero una vez liberados los hombres, le habían contado que había sido el propio Laird quien se llevó a su hermana. En un principio creyó que el McLeod hizo aquello por la aversión de su gente a los MacKenzie, negando de esta manera la entrada de los soldados. Pero ahora, al no ver a su hermana ni al Laird por ningún lado, temía por su vida.

En esos momentos Gaerth iba un paso por delante de él, pero no iba a ser así por mucho tiempo. Con una idea rondándole la cabeza, se giró y con un gesto de su mano derecha le ordenó a uno de los soldados que permanecía a su lado, que se acercara. Éste así lo hizo y se plantó frente a él, esperando sus órdenes, inclinándose ligeramente.

En voz baja, Callum le ordenó que saliera discretamente del castillo y buscara dónde se encontraba la mujer de Gaerth McLeod, para que luego al cabo de unas horas le esperara en la costa en el lugar por donde entraron la última vez en la isla cuando la asaltaron. No hizo falta que especificará más, el soldado asintió y se escabulló, saliendo de la sala de reuniones y posteriormente del castillo, dispuesto a cumplir con la misión. Aquel soldado era muy especial pues poseía el don de ocultarse en las sombras para no ser descubierto, convirtiéndose en un espía muy eficaz que cumplía a la perfección las misiones que le ordenaran. Iba a salir del castillo para invocar su poder y así moverse sin ser visto por los alrededores del castillo, escuchando, pues sabía de primera mano que los mozos de caballerizas tenían la lengua muy larga y estaba seguro que iba a averiguar más de lo que lo haría en un salón infestado de soldados.

Al verle salir, Callum esbozó una cruel sonrisa. Su primo, el apodado Ángel Caído no iba a poder con él. Al rechazar a su hermana y enviar a su padre a capturarla había ganado una batalla, pero cuando él secuestrara a su mujer y la encerrara en uno de los calabozos de su castillo, destruyéndola al dejarla a manos de sus libidinosos soldados, ganaría la guerra.

Después de escuchar los comentarios despectivos del portavoz de los MacKenzie durante varios minutos, Gaerth McLeod soltó un rugido, acallando a todos. Estaba harto. Su fuerte nunca fue la

diplomacia y aquella noche lo dejó muy claro al ordenar a los soldados que estaban en la sala que escoltaran a los MacKenzie hasta el puerto, y que se quedaran ahí hasta que estos pusieran rumbo a la costa en las barcas que alquilaron en el puerto McInner.

Ya no iba a soportar por más tiempo los improperios de los malditos MacKenzies, era suficiente contener las ganas de atravesar la sala y degollar con su puñal a su primo. Pero no era el momento de enfrentarse a ellos, no cuando estaban en sus tierras entre su gente. De hacerlo sería en campo abierto hasta que la sangre de esos malditos salpicara el suelo.

Por primera vez, el Consejo estuvo de acuerdo con la decisión del heredero expresándolo en alto, golpeando con sus bastones el suelo provocando un ensordecedor ruido que entorpeció los murmullos de los presentes.

Los MacKenzie protestaron mientras eran escoltados fuera del castillo, los murmullos que siguieron a la tensa comitiva se entremezclaban con los gritos y las maldiciones de los expulsados. Pero a pesar de sus protestas fueron sacados por la fuerza de la isla.

En una de las barcas Callum MacKenzie ordenó que se detuvieran. Los hombres que iban en la segunda barca acercaron el bote al de él.

El futuro Laird silenció a sus hombres con un gesto y les dijo:

—Esta noche regresaremos con la misión de hacernos con la mujer del McLeod. Mientras ese bastardo nos gritaba que nos largásemos de sus tierras, uno de los nuestros se escabulló entre su gente y nos esperará en el puerto para indicarnos dónde se encuentra la esposa de Gaerth McLeod.

Sus hombres soltaron un grito al unísono, levantando el puño al aire. Estaban dispuestos a seguir a Callum hasta el mismísimo Infierno, muchos de ellos habían perdido a seres queridos en los ataques por sorpresa de los McLeod y llevaban años deseando vengarse de ellos, y aquella noche iban a golpear a Gaerth McLeod donde más le dolía.

En su orgullo masculino.

Callum sonrió, torciendo el labio en una mueca macabra de puro odio.

Al fin me vengaré. Esta noche cuando tenga a esa zorra en mi poder vengaré la muerte de mi tía y de mi prometida. Sufrirás primo lo que yo pasé al perder a la que fue como una madre para mí y a mi amada, mi hermosa prometida. Pagareis muy caro vuestras perversas acciones.

Las carcajadas que brotaron de sus labios se convirtieron en una promesa oscura de dolor. Le heriría donde más le dolía y disfrutaría



cada minuto de su agonía.

CAPÍTULO 23

Delante del baúl que había a los pies de la cama Bridgit McLeod, anteriormente conocida como Bridgit Woods, revisaba con franca curiosidad su contenido. Estaba sentada con las piernas cruzadas y a su alrededor, había esparcida ropa de bebé de tacto suave y aspecto envejecido.

Además encontró una espada de madera mellada del tamaño de un periódico enrollado y un vestido de novia. Aquello la sorprendió. Con cuidado sacó el vestido y se puso de pie delante del espejo para ver cómo le quedaba.

Debió ser de su madre. Pensó observando con atención cada detalle de aquella hermosa prenda.

El tejido del vestido era brillante, parecido a la seda, con perlas incrustadas. El corte era clásico con mangas largas y finas, sin volantes, con escote bajo y cuadrado. La cintura estaba marcada con unas puntadas a ambos lados del corpiño de un color dorado que lo más seguro es que fuera oro.

—Qué hermoso es—susurró sin dejar de acariciarlo, sorprendiéndose por la suavidad de su tacto—. Parece mentira que fuese cosido a mano—pasó una mano por la falda del vestido, estaba un poco arrugado al haber estado en el baúl, sólo le hacía falta plancharlo, y estaría perfecto—. Su madre debió de ser muy delgada—murmuró tallando la cintura con una mano.

Con aquella prenda en las manos sintió un nudo en el estómago al saber que estaba sujetando el vestido de boda de la madre de Gaerth, de la mujer que había perdido la vida al descubrir la infidelidad de su esposo.

El matrimonio era una promesa de amor eterno que no siempre se cumplía, ella siempre renegó del amor no dispuesta a sufrir por un hombre, pero ahora no podía dejar de pensar en cómo había cambiado su vida, en cómo se había entregado por completo a un hombre que la había secuestrado de su tiempo.

Esbozó una sonrisa melancólica recordando todo aquello que dejó atrás, su vida, sus amistades, el bienestar que te rodeaba en el siglo XXI sin que te dieras cuenta, y todo por un hombre, contradiciendo el juramento que se había hecho a si misma que nunca se entregaría a nadie, que no caería en las garras del amor.

Pero había caído, y de qué manera.

Si hasta su boda no había sido precisamente muy convencional. Se

casó en camisón y a través de un hechizo que le produjo un dolor insoportable mientras aparecía en su cuerpo la marca del enlace, un tatuaje.

No es que soñara con casarse en una iglesia llena de flores y con la música del órgano resonando por todo el sagrado lugar, pero al menos le habría gustado desposarse con testigos vestidos adecuadamente y que tanto ella como el novio no se desmayasen después del ritual.

Soltó unas carcajadas. Ella que en un principio odió su situación de secuestrada por bárbaros de otro siglo y ahora estaba más que feliz por su condición de esposa de Gaerth McLeod.

Atrás quedaron las ganas de buscar una manera de regresar a su siglo. En su época no le esperaba más que ruido y soledad, bien es cierto que los lujos y comodidades del siglo veintiuno los iba a echar de menos, desde su sofá mullido delante del televisor plano, la nevera que siempre estaba llena de comida, hasta los helados de chocolate y nata. Y como no, echaría terriblemente de menos a su amiga, quien para ella era parte de su familia, acompañándola en los buenos y malos momentos, siendo un pilar esencial en su vida.

Apretó el vestido contra su pecho y cerró los ojos.

Por él lo dejo todo atrás. No deseo regresar a casa. Estaré a su lado hasta el día de mi muerte.

Le dolía no volver a ver a Sylvia, pero al lado de Gaerth se sentía completa afortunada, deseaba despertarse a su lado cada día, y disfrutar de cada faceta de su esposo, recordando en todo momento que el destino les había unido y que debían agradecerlo.

Un ruido seco a su espalda la alertó. Se giró esperando que fuese Gaerth, pues no le había visto desde que llegaron los Guardianes y se lo llevaron para atender la inesperada llegada de mensajeros del clan escocés rival, pero el hombre que había accedido al cuarto no era su esposo.

Sobre el alféizar había un hombre vestido con un kilt azul oscuro y verde, haciendo equilibrios para no caer de la precaria tabla de madera que era el marco de la ventana.

Soltó el vestido al tiempo en que gritaba por la sorpresa y corría hacia la puerta, pero antes de llegar a girar el pomo, el intruso la alcanzó y la tiró al suelo, cubriéndola con la sábana de la cama, enrollando la rugosa tela alrededor de ella.

El hombre le cubrió la boca con una mano y se le sentó encima.

—Tranquila mujer, si no te resistes todo te irá bien.

Callum MacKenzie no daba crédito a la suerte que tuvo al encontrar a la esposa de Gaerth sola, sin vigilancia y entretenida con un trapo.

Cuando se encontró con el espía, éste le informó que los mozos de los establos comentaban acerca de la belleza de la mujer del heredero, de la suerte que tenía al desposarse con una potranca como aquella. Pudo averiguar también que se alojaba en el cuarto del heredero en la primera planta, la alcoba que daba al patio de entrenamientos. No pudo evitarlo, tenía que ser él quien la tomara del castilla, quería ser el primero en ver el temor grabado en sus ojos, así que acompañó al soldado hasta el castillo y ahora…

Sonrió mientras disfrutaba al tenerla debajo de él, al estar sentado sobre la esposa de su peor enemigo. *Has cometido un grave error primo, y pagarás por ello.*

—Pesas como una gorrina, mujer—masculló entre dientes cuando la levantó del suelo. El echársela al hombro le resultó difícil, pero era la única manera de sacarla del castillo sin ser visto. Saldría por donde había entrado, por la ventana.

En el patio que se divisaba desde el marco de la ventana lo esperaba el soldado al que ordenó vigilar el castillo desde las sombras para que averiguase donde ocultaba a su esposa Gaerth McLeod.

Los golpes que recibió contra el suelo la dejaron aturdida. El dolor comenzaba a traspasar la barrera del miedo y de la sorpresa ante la llegada de ese hombre y no pudo evitar gemir cuando la alzó del suelo y la colocó sin miramientos contra el hombro, cargándola como un saco de patatas y burlándose de ella.

Cerró los ojos intentando calmar la respiración que la tenía agitada y acallada por la rugosa tela con el que la tenía envuelta y le cubría la boca. Quería acceder a su núcleo mágico y calmarlo, pues de seguir así iba a perder el control y quemaría al hombre que la estaba cargando. Por desgracia no podía usar su magia para protegerse, no en aquella época en la que sería localizada por los suyos y condenada por revelar su poder ante mortales. Era una Ley absurda que en esos momentos estaba maldiciendo por dentro al verse desprotegida, pero de liberar su poder y encontrarse cara a cara con otros vaniors sería separada por siempre de Gaerth y de aquel siglo en el que descubrió el amor.

Se revolvió con fuerza buscando caer del hombro y poder tener una posibilidad de huida. Debía valerse de su fuerza y no emplear su poder.

Callum estuvo a punto de caer al suelo ante las convulsiones de la mujer. La golpeó sin miramientos en las piernas al tiempo en que le gritó:

—¡Puta, quédate quieta!

Bridgit gimió de dolor con cada golpe, recorriéndole las lágrimas por las mejillas, pero a pesar de los golpes no dejó de mover las piernas hacia un lado y otro para liberarse, y de gritar contra el trapo que le cubría la boca.

—Maldita zorra—masculló Callum golpeándole esta vez en la cabeza, hasta que la mujer dejó de moverse.

No podía permitirse llevarla a rastras cuando se revolvía salvajemente de esa manera, no cuando la tenía que descolgar por la ventana para que la recogiera el soldado que le esperaba en el patio.

Sólo esperaba que sus golpes no la mataran, pues deseaba que sufriera, que se quebrara a manos de sus hombres para que cuando Gaerth se reencontrara con su mujercita viera un muñeco roto y sufriera al saber que no pudo hacer nada por ella, por salvarla del Infierno que le deparaba en los calabozos de su castillo.

Se acercó a la ventana y silbó atrayendo la atención del soldado. Por señas con la mano libre le indicó que iba a comenzar a descender, que estuviera atento a lo que le rodeaba por si veía soldados McLeods. Debían andar con ojo, estaban en tierras enemigas, no podían descuidarse ni un segundo si no querían acabar muertos.

Agarró la cuerda con la que subió y tiró hacia arriba comprobando que la púa con la que enganchó la cuerda contra la madera del alfeizar de la ventana, soportaba los fuertes tirones.

Había llegado el momento de la verdad.

Soltando el aire, comenzó a descender con cuidado, procurando en todo momento que el cuerpo de la mujer no se escurriera de su mano. Bajar por una cuerda con una sola mano requirió toda su fuerza y cuando llegó al suelo estaba agotado, dolorido y con los músculos tensos y palpitantes, pero valía la pena el esfuerzo.

En sus brazos tenía el cuerpo desmayado de la mujer que iba a equilibrar la balanza.

Gaerth McLeod lamentaría el día en que le dio la espalda a su madre, en el que llevó a la muerte a su prometida y atacó a su clan.

Había esperado largo tiempo verle destruido, pero al fin había llegado el día en que iba a verle destrozado cuando le tirara la mujer a sus pies después de que ésta pasara un tiempo con sus soldados.

Con una oscura sonrisa dejó caer la cuerda que le abrasó la mano y se embarcó hacia la costa donde les esperaban una barca, acompañado en todo momento del soldado.

Los McLeod Oscuros solo merecían la muerte y él, se la concedería.

CAPÍTULO 24

Gaerth no se movió del sitio hasta que vio salir al último de los MacKenzies del salón. No perdió de vista a su primo quien fue de los primeros en escabullirse entre sus hombres.

Cobarde. Masculló para sus adentros, apretando los puños ahogándose con las ganas de estrangularle con sus propias manos. *Maldita rata*.

A su espalda escuchó las voces de los Consejeros quienes no acallaban lo que pensaban de la misiva del clan rival. Por una vez, estaban de acuerdo. Los MacKenzies se habían extralimitado con sus palabras y sus gestos, llegando incluso a tocar sus espadas como si estuviesen a un paso de desenvainarlas.

Se giró y habló con los Consejeros preguntándoles acerca de la ausencia de su padre. Éstos no pudieron responderle y se mostraron tan sorprendidos como él de que Malcom no se encontrara en la isla.

Intercambió unas cuantas frases más con los miembros del Consejo mientras esperaba a que los soldados que envió para acompañar a los MacKenzies regresaran y le verificaran que se habían ido de la isla sin causar mayor problemas que sus exabruptos y maldiciones que gritaron antes de salir del castillo.

Hugh, junto a los otros Guardianes atravesaron las puertas del salón y avanzaron hacia la mesa principal seguidos de los soldados que escoltaron a los MacKenzies.

Al ver a su hermano, Gaerth bramó en alto para despejar el lugar:

—Los MacKenzies se han ido de nuestras tierras, mantendremos vigilada la costa. La reunión ha finalizado, volved a vuestros quehaceres.

Renuentes las mujeres y hombres que estuvieron en la reunión despejaron el salón, echando miradas furtivas a los que quedaban, muchos aún no comprendían qué es lo que había acontecido en aquel lugar. Les extrañó no ver al Laird en la reunión y que fuera su heredero quien atendiera la misiva de los MacKenzies y más cuando hacía unos días había discutido con el Consejo quienes se negaron a avalar la ayuda que quería solicitar Gaerth a los vaniors.

—Ya se han largado esos cobardes—Hugh se posicionó frente a su hermano, cruzándose de brazos e ignorando deliberadamente la desaprobación que percibió en los gestos y miradas de los Consejeros.

—Perfecto—Gaerth asintió y miró a los soldados que esperaban pacientemente sus órdenes—.En grupos de dos peinad la isla, no

podemos bajar la guardia con esas ratas.
—Sí, señor.
—Como ordene, señor.
—Así lo haremos.
Los soldados fueron respondiendo uno a uno sus órdenes, emparejándose para iniciar la vigilancia de la isla. Todos tenían muy presente las incursiones de los MacKenzies, tanto en la isla como en las parcelas que tenían en tierra. Habían hecho mucho daño, al ganado, a los campos de cultivo y a las vidas truncadas de los inocentes que se interpusieron en su camino.
Gaerth asintió y se volvió para hablar con los ancianos.
—Cuando el Laird esté en la isla avisadme, tengo que hablar con él.
Angus movió la cabeza asintiendo y golpeó el bastón contra el suelo enfatizando sus palabras:
—Así se hará, es necesario que se arregle el problema con los MacKenzies, no podemos permitir que esos traidores acudan al Consejo de clanes acusándonos en falso, iniciando una guerra en la que nos enfrentaríamos a quienes se pusieran de su lado.
—Los McInnes lucharían de nuestro lado—argumentó otro miembro del Consejo.
—Cierto—afirmó Angus, mirando de reojo al anciano que habló—. Pero bien sabes que los MacKenzies lucharían con los MacKay y los Munro, los clanes que limitan sus tierras, tienen intereses comerciales y no dudarían en destruirnos.
—Puede ser—aceptó apretando los puños, era conocedor de esos intereses, él mismo había visto el precario pacto que tenían esos clanes, pero los McLeods Oscuros lucharían junto a sus hermanos de sangre, los McLeods que residían en la costa al lado de las tierras de los McInners si así se lo pedían—. No te olvides del juramento entre los McLeods, si se lo pedimos nuestros “hermanos” alzarían sus espadas por nosotros.
Angus negó con la cabeza, mirándole directamente a los ojos.
—Lo que he aprendido con la edad es que los viejos juramentos son precarios y que en numerosas ocasiones se desvanecen en el aire. No podemos arriesgarnos a una batalla entre clanes, no cuando los MacKenzies tienen poderosos aliados.
—Mejor no adelantar nada, esperemos que haga acto de presencia el Laird y que arregle este desaguisado que ha montado al desposar por palabra a su hijo con la hija de los MacKenzies—Hugh se hizo oír entre las voces de los presentes que tras las palabras de Angus comenzaron a exponer sus diferentes posturas y visiones del posible conflicto.
Por mucho que odiaran la presencia del inglés en la isla, debían aceptar que sus palabras reflejaban la realidad, pues sólo el Laird

podía deshacer el juramento con los MacKenzies.

—Será mejor que descansemos y esperemos a que el Laird se decida a aparecer mañana, si no tomaré medidas en este asunto acudiendo al Consejo de clanes para exponer el problema, antes de que los MacKenzies se atrevan a calumniarnos ante los demás—expuso dando un paso hacia delante, acercándose a su hermano, interponiéndose entre las miradas asesinas de los miembros del clan—. Acompáñame a mi alcoba hermano—alzó la voz cuando pronunció esto dejando claro que siempre sería parte de su familia, que aquel joven estaba bajo su protección—*Debes informarme si acudiste a Broiderk tal y como te pedí.*

Por supuesto que si que me acerqué a ese cabrón orgulloso, ¿por quien me tomas? Además, hablando de esa rata MacKenzies, aún me debes decir porqué tu interés en ese hombre en particular.

Había desatado a la bestia. Cuando Hugh se le metía algo entre ceja y ceja no había modo de alejarle de esa idea, al final tendría que contarle que Callum fue quien ordenó su muerte.

En ocasiones como esa odiaba la política y diplomacia que se esperaba que los Lairds y futuros herederos tuviesen con los otros clanes, no podía acudir simplemente a las tierras de los MacKenzies y obligarle a luchar hasta la muerte ante la ofrenda de sangre contra su hermano, no cuando Callum era el heredero de su clan. Si no quería una guerra abierta entre ambos clanes debía sortear la diplomacia con pequeños ataques, aunque interiormente deseara acabar con todos ellos de un plumazo y ver como sus tierras ardían hasta consumirse por completo.

—Esperaremos pues al regreso de vuestro padre—concedió Angus sabedor que por el momento no podían hacer nada más, tenían las manos atadas.

Gaerth se despidió del Consejo y atravesó el salón rumbo a la planta de arriba del castillo seguido de Hugh, al pasar cerca de los demás Guardianes les dijo:

—Id a descansar, os necesito mañana a primera hora para idear un contraataque contra los MacKenzies, debemos adelantar nuestro plan inicial, derrotarlos en campo abierto y golpearles donde más le duele. Además, tenemos a varios de nosotros recorriendo la isla por si esos malditos se atreven a aventurarse en nuestras tierras—*Callum, el heredero, cortar la cabeza a la serpiente*—. Será conveniente también enviar un mensajero a las tierras McInners y McLeods para asegurarnos su ayuda en una posible confrontación entre clanes, debemos estar preparados para todo.

—Así se hará Gaerth, me parece lo más correcto, no podemos alargar por más tiempo el conflicto con los MacKenzies, llegó la hora de acabar con ellos y de sus sangrientos ataques.

Las palabras de Duncan fueron ovacionadas por su esposa y por los

demás Guardianes, pues era lo que todos sentían. Odiaban a los MacKenzies, quienes les habían arrebatado a sus familias, la sensación de seguridad que gozaban en la isla y les habían empobrecido al acabar con su ganado y sus campos de cultivo.

—Cuanto con vosotros.

—Eso siempre, Gaerth, sabes que siempre estaremos a tu lado—le respondió Meagan esbozando una sincera sonrisa. Él era parte de su familia, lucharía codo con codo cuando él se lo ordenara.

Apoyó su mano en el hombro de la joven y le devolvió la sonrisa con calidez.

—Ya lo sé, Meg, y os lo agradeceré siempre—miró a los restantes Guardianes deteniéndose unos segundos en Magnus—. Ve a hablar con él, que se explique y luego decide, alguien me dijo que la vida es corta y en cuanto menos te lo esperas se puede truncar, no pierdas tiempo con la rabia, por mucho que deseemos partirle la cara por el daño y la traición que ha cometido con todos pero sobre todo contigo.

Dejó atrás a los Guardianes y subió al piso de arriba acompañado de Hugh, tenía que hablar con él, ponerle en antecedentes y pedirle que fuera él en persona quien comandara a las partidas que vigilaban la isla, por su hermano pondría la mano en fuego en todo momento, por los demás….no.

Apenas tardaron unos minutos en llegar al cuarto, y mucho antes de que abrieran la puerta se sorprendieron ante el silencio que imperaba en el lugar.

Con el corazón bombeando con nerviosismo en el pecho, tiró del pomo de la puerta y la abrió, ahogando el rugido que pugnó por brotar de su garganta.

El cuarto estaba revuelto, el baúl estaba abierto y la ropa que guardó su madre con cariño estaba tirada en el suelo, la cama estaba revuelta y la manta estaba apilada en una esquina como si alguien la hubiera apartado de mala manera.

Se movió por el cuarto revisando cada detalle, desde la falta de la sábana, las marcas en el alfeicer de madera y…la ausencia de su mujer.

Apretó los puños y bramó con rabia y dolor:

—¡¡¡Callum, te voy a matar!!!

Hugh le siguió en silencio al interior del cuarto, observando los mismos detalles que su hermano. No cabía duda que la joven vanior había sido secuestrada. Ahora bien, ¿cómo podían haber entrado en el cuarto sin ser vista? ¿Cómo habían hecho para sacarla de la isla si habían visto como se alejaban en las barcas?

Bien es cierto que hacía horas que había acabado la reunión, que se habían quedado en el salón discutiendo los pormenores de una posible guerra entre clanes, pero ese lapsus de tiempo no era suficiente como

para que los MacKenzies dieran media vuelta, atracaran en la costa y secuestraran a la mujer de Gaerth cuando todos estábamos en el salón.

Pero las pruebas eran más que evidentes. Sí que habían sido capaces, es más, lo habían hecho tan eficientemente que nadie se había percatado ni había escuchado nada.

—Gaerth, yo…

Éste se giró acallándole. No sabía muy bien que decirle, podía comprender el dolor y la rabia que mostraban sus enrojecidos ojos. En esos momentos tenía ante él al Ángel Caído no al hermano que le salvó de una muerte segura cuando lo fue a recoger a Inglaterra. Gaerth era una bestia que había sido liberada y que no dudaría en destrozar con sus propias manos a sus enemigos.

—¡Voy a matarle!

—Lo haremos juntos, hermano, recuperaremos a tu mujer.

Gritó de rabia, sujetando con fuerza la empuñadura de su espada. Se odiaba por no haber previsto aquello, por dejar desprotegida a su esposa, por haberle fallado cuando le juró que la protegería.

Callum te voy a matar, voy a destriparte. Voy a…

—Bridgit—susurró con dolor. Temía por ella, por su pequeña guerrera. Si le pasaba algo se rompería por dentro, no podría soportar que por su culpa dañaran a su mujer.

Hugh se acercó a su hermano y le tocó el hombro, intentando reconfortarle. Era consciente que su gesto era en vano pero quería dejarle claro que estaría a su lado, que juntos liberarían a Bridgit.

—No le harán nada hermano, si lo hacen…—tragó saliva al ver la mirada que le dirigió Gaerth, mostraba puro odio, contra los MacKenzies que le habían robado lo que más amaba y en esos momentos se daba cuenta de eso—…tendrán a los clanes en su contra, habrán cavado su propia tumba.

—Cavar o no su propia tumba les da igual, Hugh, sólo buscan dañarnos—*herirme de muerte*—. Bridgit corre peligro.

—No es tú culpa Gaerth, ni siquiera te atrevas a pensarlo. Encontraremos a tu esposa y acabaremos con los MacKenzies.

Gaerth le echó un último vistazo a su alcoba, deteniéndose unos segundos en la revuelta cama, rememorando cuando la tenía entre sus brazos dormida y se sentía el hombre más afortunado de la tierra por tenerla a su lado. Le dolía pensar en lo que estaría pasando Bridgit, en el terror y el miedo, en el…

Cerró los ojos y sintió como le desgarraban por dentro al imaginar que otro hombre la tocaba, la….

¡No! No puedo dejarme llevar por la rabia, si lo hago pondré a mis hombres en peligro. Han secuestrado a mi esposa por mi culpa, y lo pagarán muy caro.

—Lo juro.

Hugh no preguntó el porqué juraba su hermano en alto, sólo le siguió en silencio fuera del cuarto.

No podían perder más tiempo, buscarían a los otros Guardianes y a los soldados disponibles para acudir a las tierras McInners y desde ahí seguirían a los MacKenzies.

Les atraparían y cuando lo hiciesen… no tendría piedad con ellos.

CAPÍTULO 25

Los guardias se acercaron hasta la celda donde dormitaba la prisionera. Esa misma noche había sido llevada por el propio Laird quien les ordenó que la encerraran y la vigilaran. Delante de las barras de metal que impedían que la prisionera se escapara, miraban con deseo como las prendas que vestía la mujer se pegaban a su cuerpo. La sábana con la que la cubrieron yacía olvidada arremolinada entre sus piernas, dándole un aspecto demasiado tentador para los dos hombres.

Durante el trayecto desde la isla de los McLeod a las tierras del clan MacKenzie, la mujer estuvo todo el trayecto desmayada. Después de desembarcar en el puerto, los soldados junto a Callum, tomaron los caballos que dejaron al cuidado de las cuadras del herrero del pueblo y cabalgaron velozmente hacia sus tierras, más allá del límite del clan McInner.

Uno de los guardias pasó su lengua por sus labios, excitado ante el sinuoso cuerpo. La mujer mostraba carne y a él le gustaban así, con carne en los huesos, que pudiese agarrar mientras se empalaba con fuerza hasta partirla en dos.

— Leight, vigila si viene el relevo. Voy a hacerle una visita a la señora McLeod, hay que ser hospitalarios.

El otro soldado protestó, no dispuesto a esperar, él también quería yacer con la mujer del Ángel Caído, hacerla suya, ver el miedo en sus ojos mientras la penetraba. Que esperara el otro, porque él no iba a hacerlo.

—Vigila tú, Alderiz, yo también deseo catar el cuerpo de esta bruja.

El llamado Leight mostró sus dientes en una horrenda mueca mientras se palpaba la dolorida erección. Ya estaba excitado con la sola idea de humillar a esa mujer. El Laird había sido muy claro, debían vigilar a la mujer del famoso Gaerth McLeod, y ellos iban a hacerlo muy pero que muy bien.

—Soy tu superior—al ver los ojos entrecerrados de su compañero, decidió apaciguarlo—. Está atada. Por suerte podremos joderla los dos al mismo tiempo.

—Que así sea, pues no estoy dispuesto a ver como te la follas mientras tengo que estar a la espera de si llegan los otros para relevarnos.

Leight buscó las llaves de la celda y abrió la puerta, el chirrido se escuchó por todo el lugar. La humedad era abrumadora y el olor a cerrado y a rancio se colaba por cada poro.

—La mujer del Ángel Caído…—murmuró con lascivia dejando la puerta abierta. No iba a escapar de ellos, entre los dos la someterían y la harían suya una y otra vez hasta romperla, hasta ver el miedo en sus ojos y el dolor.

—Toda nuestra—finalizó la frase Alderiz, sonriendo mostrando la falta de dientes.

Bridgit se despertó al sentir como la zarandeaban. Entreabrió los ojos y se asustó al ver el rostro de un hombre a escasos centímetros de ella. Intentó gritar pero le taparon la boca con una mano.

Lo último que recordaba era estar luchando contra su secuestrador. No tenía ni idea de cuanto tiempo había pasado, o donde estaba. Miró a su alrededor de reojo, luchando contra las arcadas, el olor del lugar era nauseabundo y se entremezclaba con el que desprendía el hombre que tenía sobre ella. Era una mezcla espantosa que le recordaba a una pocilga.

Intentó respirar para calmar la angustia que comenzaba a formarse en su corazón, pero la fuerte mano le tapaba la boca y la nariz, y el penetrante olor a suciedad, comenzaba a afectarla seriamente. Estaba a punto de marearse, o más bien desmayarse, y por más que luchaba por alcanzar su núcleo mágico y librarse de esos hombres aunque tuviese que enfrentarse a una horda de vaniors, no lo logró, como si una barrera invisible la separase de su magia.

Tenía miedo. Mucho miedo. Las intenciones de ese hombre eran más que claras, podía sentir su erección contra su vientre, recordándole con cada movimiento que iba a poseerla a la fuerza.

No iba a permitírselo. No iba a ser violada. Antes acabaría con ese hombre, pero su magia no estaba respondiendo como ella esperaba, era incapaz de sentirla.

El soldado que la mantenía presa debió interpretar sus movimientos desesperados porque soltó una fuerte carcajada que resonó en el silencio de la celda y que le puso de los pelos de punta.

—No podrás hacer nada bruja, hemos sellado tus poderes. Esa pulsera que llevas puesta te impedirá embrujarnos. Ahora se buena—pasó su lengua por su cuello asqueándola—. Y ábrete de piernas, ya verás como acabas suplicando por más. Las perras como tú siempre acaban gimiendo como putas.

Bridgit negó con la cabeza, luchando por levantarse. No, no la violaría, lucharía contra él con todas sus fuerzas. No sólo era una

vanior con afinidad hacia el fuego, también había aprendido defensa personal y era capaz de tumbar a un hombre de una patada. Por desgracia aquellos salvajes tenían el doble de tamaño que los hombres de su época, y sus cuerpos estaban curtidos por las batallas, entrenando duramente desde la infancia.

Al sentir como la mano del soldado se posó bruscamente por su vientre, gritó hasta sentir como la garganta le dolía por el esfuerzo, pero no se escucharon sus alaridos, tenía cubierta la boca con una gruesa tela con un sabor extraño y un olor a moho penetrante.

Lucharía hasta el final. Con esa idea, cerró con fuerza las piernas, cruzando los tobillos. El soldado se rió ante su gesto, golpeándola con la palma de la mano en su muslo derecho, provocando que su carne enrojeciese.

—Lucha cuanto quieras, que lo único que vas a conseguir es que disfrute cuando te someta.

—La sometamos—le recordó Alderiz quien se agachó junto a ella quedando a la altura de su cabeza. Le cogió los brazos y los mantuvo pegados contra el suelo por encima de su cabeza, exponiendo más sus turgentes pechos—. Recuerda que seremos los dos quienes la follemos, no voy a esperar a que termines.

Bridgit siseó jurando venganza, mirando con odio a ambos hombres, intentando no ahogarse con el miedo que se instaló en su vientre.

Contra dos no podría hacer mucho, no cuando la tenían sujeta contra el suelo.

—Que piel tan suave tienes, bruja—el soldado pasó su lengua por sus labios, en un gesto obsceno—. Esta noche te partiremos en dos—incluyó al otro intencionadamente para no tener más problemas.

Os voy a matar cuando esté suelta, malditos bastardos. ¡Hijos de puta! Tiró de su cuerpo hacia arriba, empujando al sorprendido hombre que cayó a un lado.

La satisfacción de ver al hombre tirado en el suelo le duró poco, se esfumó del todo cuando el que le sujetaba las manos se las soltó para asestarle un puñetazo en la cara.

El dolor hizo que cerrara los ojos y se retorciera en el sitio. Al ver que tenía los brazos libres instintivamente se los llevó hasta la cara donde sentía como le palpitaba donde había recibido el golpe.

—Maldita puta—Alderiz le sujetó de nuevo los brazos y los tiró con rabia hacia arriba, sonriendo al ver la mueca de dolor que cruzó el blanquecino rostro de la joven—. Ya te dije que no hay que fiarse de las mujeres, son todas unas zorras que te sacarán los ojos cuando menos te lo esperas.

—Si la hubieras sujetado bien no me habría golpeado.

—Si no te hubieras parado a hablar con ella y fueras directo al

grano nada de esto sucedería. Agárrala de una maldita vez de las piernas y rómpele la ropa, la tumbaremos de lado y así los dos podremos follarla a la vez.

Bridgit negó con la cabeza sintiendo el sabor de su sangre.

No, por Dios, no. No podía ser verdad, iba a ser violada por dos hombres en una húmeda celda en la que la encerró el enemigo de su marido.

Cuando el soldado que lanzó al suelo se abalanzó sobre su cuerpo y comenzó a rasgarle la vestidura, supo que ya nada podría salvarla.

Cerró los ojos y murmuró para sus adentros.

Perdóname, Gaerth.

Sintió las manos sobre su cuerpo, tocándola indecentemente, pellizcándola y arañándola. Las arcadas la ahogaban y el dolor se agolpaba en su pecho como lava ardiente.

*Gaerth, Gaerth…*Susurraba una y otra vez mientras sentía como los hombres jadeaban a su alrededor, mientras la desprendían de la ropa.

Ya no tenía escapatoria. Por mucho que se revolvía, que intentaba mantener las piernas cerradas, su destino estaba escrito.

Iba a ser poseída salvajemente por esos dos soldados, destrozándola por dentro.

Gritó, humedeciendo la mortaja que le cubría la boca con sus amargas lágrimas.

Antes de que fuera mancillada dolorosamente por los soldados, una llamarada de fuego quemó a los hombres hasta reducirlos a cenizas que se esparcieron por las frías y húmedas baldosas del suelo.

Durante unos segundos no pudo reaccionar, se quedó estática, mirando hacia el techo, mientras el penetrante olor a carne quemada la envolvía.

Parpadeó un par de veces, alejando las lágrimas que brotaban de sus enrojecidos ojos sin piedad, mientras se levantaba con dificultad y buscaba los trozos de tela de lo que fue su camisa, cubriendo parte de su desnudo cuerpo después de haberse quitado la mortaja que le cubría los labios. Temblaba de pies a cabeza, sus dientes castañeaban y el frío fruto de la impotencia y el asco, le heló la sangre y recorrió cada rincón de su cuerpo. La horrible sensación de haber estado a punto de ser violada la caló hasta los huesos y estaba segura que durante un tiempo sería incapaz de librarse de ella.

—¡Bridgit! No puedes ser tú. ¿Cómo es posible? ¿Qué haces aquí?

No podía ser. Era imposible. Su mente le estaba jugando una mala pasada. Enfocó la mirada y jadeó sorprendida al reconocer al dueño de aquella voz.

El hombre permanecía de pie ante la entrada de la celda, mirándola con los ojos desorbitados.

Con voz titubeante y resquebrajada, susurró:

—¿Hermano?

CAPÍTULO 26

Jymes Woods se arrodilló delante de la temblorosa joven y cubrió su cuerpo con el plaid que vestía, dejando al descubierto su torso cubierto de cicatrices.

¿Cómo es posible que estés en esta época, Brie? Se preguntó, ayudándola a levantarse, mientras la sujetaba con fuerza, apoyándola contra su cuerpo. *¡Te creí muerta! Pensé que te había perdido la noche que atacaron nuestro hogar, el fatídico día que perdimos a nuestra madre y hermanos*. Al ver que la joven trastabilló y cayó hacia delante, la cogió en brazos, y salió de la celda, pasando por encima de los restos carbonizados de los soldados.

No podía seguir atormentándose por la culpa al ver a su hermana viva, malherida y él...Cerró los ojos y se maldijo por dentro. Si la hubiese buscado, si al menos hubiese tenido un atisbo de esperanza de encontrarla con vida…su pequeña hermana no habría pasado el infierno que debió pasar.

Abrió los ojos y continuó el camino rumbo a la salida, los demás le estaban esperando fuera. A esas horas debían de haber capturado al vanior al que estaban persiguiendo, la batalla que encontraron en aquel lugar y la presencia de su hermana, eran sorpresas inesperadas pero muy bien avenidas.

Antes de llegar a la salida, se encontró de frente a varios soldados MacKenzies, que se volvieron al escuchar pisadas.

Hay que joderse, vaya suerte la mía. Mí tapadera se ha ido a la mierda. Apretó el cuerpo de su hermana contra su pecho, y la miró unos segundos antes de posar nuevamente sus ojos sobre los sorprendidos soldados que intuyeron en seguida su traición y desenvainaron las espadas, dispuestos a atacarle. Llevaba varios días conviviendo con ellos con la excusa de comerciar, pero ahora su tapadera se había roto completamente, no sólo por su presencia en aquella parte del castillo, si no por los restos carbonizados de los guardianes y que llevara a la joven en sus brazos.

Por suerte había seguido a sus instintos. Cuando le llegó el rumor de que habían capturado a una bruja no pudo evitar inmiscuirse, en aquella época acusaban a las mujeres que mostraban alguna cualidad que las diferenciaba de las demás, si no, sólo hacía falta recordar lo que había sucedido con la Inquisición. Cual sería su sorpresa cuando se encontró que era su hermana, su querida hermana pequeña a la que creía muerta, la bruja a la que iban a ajusticiar al día siguiente ante

todo el clan.

Se suponía que esta misión era sencilla, entrar por el portal del tiempo, buscar a los vaniors traidores que escaparon de nuestro siglo a este, y llevarlos de vuelta para ser condenados. Pero nada ha salido tal y como lo planeé. ¡¡Puta mierda!! Aún no he encontrado a los traidores y mi tapadera como comerciante se ha caído.

—No saldrás vivo de este lugar, bastardo.

Jymes estuvo a punto de soltar una carcajada ante lo absurdo de las palabras de uno de los soldados. Disfrutaba de cada una de las misiones que le confiaban, vivía por y para cazar a los vaniors que rompían las estrictas normas de los cuatro clanes, y esta en particular, pese a la sorpresa inicial de encontrarse con su hermana a la que creía muerta, se había convertido en la que le iba a marcar de por vida.

Los vio moverse como una colmena hacia él, Jymes no iba a perder tiempo luchando contra ellos, así que invocó su poder y lanzó llamas contra ellos.

Apenas tardaron unos segundos en quemarse por completo, en convertirse en un montón de cenizas esparcidas por el suelo.

Jymes las miró unos segundos, sin sentir piedad o remordimientos por lo que acababa de hacer. No eran más que humanos, marionetas de sus jefes que no dudaban en cumplir cada una de las órdenes que le diesen. Hombres que estuvieron a punto de romper a su hermana en cuerpo y alma, doblegándola por la fuerza.

Pasó por encima de las cenizas, sin mirar atrás, llevando en todo momento el cuerpo desmayado de su hermana con cuidado, como si fuera un tesoro frágil que temía perder.

Avanzó hacia fuera, agradeciendo internamente haber memorizado los diferentes pasadizos de aquel laberíntico lugar. El olor a moho y a humedad era asfixiante, estaban en un edificio anexo al castillo del clan, cavado en el frío suelo, en el que hicieron una serie de celdas para contener al enemigo y celdas donde pendían del techo diferentes cuerdas y aparejos claramente de tortura.

Bárbaros. Pensó, agarrando con fuerza a Bridgit. Todos ellos eran unos bárbaros que si por él fuese los reduciría a cenizas, comenzando por aquel lugar.

No tardó en salir al exterior, respirando hondamente ante el cambio de temperatura y agradeciendo la brisa de la noche que eliminó el asqueroso olor a rancio que llevaba pegado al cuerpo, a sus fosas nasales.

Miró a su alrededor y se sorprendió al ver el caos que reinaba en aquellas tierras. Soldados empuñando espadas atacando con rabia a otros hombres, los colores de los plaids se confundían en la noche, pero pudo percibir que al menos había dos diferentes.

Bien, bravo por mí, hoy precisamente tenía que haber una lucha entre

clanes. Joder, qué suerte la mía.

—¿Jymes?

La voz de su hermana le devolvió a la realidad. Al ver que se estaba despertando caminó hacia unas rocas que se encontraban a unos metros de ellos. La depositó en el suelo y se arrodilló frente a ella, procurando en todo momento estar atento a lo que sucedía a su alrededor. No le quedaba más remedio que esperar a que sus compañeros activaran el portal de regreso a su tiempo. Como sucedía en aquellas misiones de captura y/o en algunos casos de eliminación, había un grupo de vaniors que eran enviados para infiltrarse y ser los encargados de cumplir la misión con rapidez y eficiencia, y otro que se quedaba en La Base, en el siglo XXI para abrir el portal cuando se cumpliera la hora fijada como límite para una misión.

Jymes tendría que esperar a que el colgante que llevaba al cuello vibrara, momento en que le avisaba que el portal del tiempo estaba a punto de abrirse ante él.

Había llevado tiempo mejorar la técnica de los viajes en el tiempo y el espacio, pero al ver que muchos vaniors tras las sanguinarias guerras de clanes se escaparon empleando esta técnica, se vieron obligados a perfeccionarla para no cometer errores.

Un grupo avanzaba siglo a siglo rastreando la presencia de vaniors, y cuando los localizaban y reconocían, analizaban cómo capturarlos en La Base o si era mejor eliminarlos en la época en la que saltaron y borrar todas sus huellas.

En este caso se había dictado que debían ser eliminados, los que saltaron a este siglo habían entablado relaciones profesionales con los hombres y mujeres del clan en el que se encontraban.

Encontrarse a su hermana fue una sorpresa que agradecería eternamente, y las preguntas que le tuviese que hacer llegarían más tarde, era necesario que averiguara cómo era posible que se encontrara ahí cuando se le había dado por muerta.

—¿Jymes?—la voz de ella sonó más fuerte, sus ojos se encontraron con los suyos—. ¡Eres real! ¡Estás aquí!

Éste sonrió abiertamente, acariciándole la mejilla. Las marcas de los golpes que recibió eran evidentes, marcando su piel que mostraba un tono rojizo muy parecido al vino tinto.

—Sí, hermanita, estoy aquí y soy real. No te preocupes, ahora estás a salvo, en nada se tiene que activar el portal y regresaremos a casa—miró de reojo el colgante con forma de dragón que llevaba al cuello. Esperaba que sus palabras se cumplieran, el plazo de la misión estaba a punto de finalizar, sólo esperaba que no se retrasaran los del otro lado o les iba a cortar los huevos cuando regresara a La Base—. Pero antes que nada—giró la cabeza de un lado a otro observando todo con atención, a lo lejos se veía la lucha de clanes, como los soldados se

atacaban entre ellos entrechocando las espadas, creando un ensordecedor ruido que clamaba venganza y dolor—. ¿Cómo es posible que estés viva y en este siglo? ¿Cómo has llegado aquí?—*Espero que no hayas sido tú quien abrió el portal si no tendré que darte caza, Brie*.

—Lo mismo tendría que preguntarte, hermano. Te di por muerto, creí que todos habíais muerto en la mansión.

A los dos le dolía recordar esa noche, en la que la mansión Wood fue atacada por el clan del agua, siendo asesinados sin piedad mujeres y niños que eran los que se encontraban esa noche en ese lugar, los hombres y las mujeres soldados estaban fuera de misiones. Los del clan del agua aprovecharon la brecha de debilidad que mostró el clan más temido y envidiado de los cuatro, para atacarles dónde más le dolía: en sus familias. Esa noche murieron centenares de inocentes en una masacre fruto de la venganza, buscando debilitar y destruir un clan poderoso, que resurgió de las cenizas de lo que fue su hogar con crueldad, atacando sin piedad a su vez a los otros clanes, una guerra entre clanes que los llevó a la extinción de la raza vanior.

Fue entonces, cuando la sangre de su raza fue derramada por venganza cuando decidieron firmar una tregua en la que trabajar juntos los cuatro clanes, levantando un edificio al que se llamó La Base, ahí vivirían los encargados de hacer cumplir las reglas, no dispuestos a permitir que otra guerra cruenta diezmara a los suyos.

En La Base residían muchos de los sobrevivientes a la matanza del clan Wood y por mucho que interiormente desearan destrozar a los del agua, debían aceptar que ahora estaban obligados a convivir, a luchar juntos para volver a ser una raza poderosa y dejar atrás los recuerdos de las noches de terror en los que muchos perdieron a sus familias. Era una lucha diaria, por no decir casi imposible olvidar, pero al menos habían logrado una paz en la que volvieron a ver nacer nuevas generaciones de vaniors que merecían una vida plena y crecer sin temor a ser atacados de noche por el clan contrario.

Nunca podría perdonarse no haber podido salvar a su madre y a sus dos hermanos pequeños, al menos la culpa y los remordimientos que sentía se volvían un poco menos pesado al ver viva a su hermana pequeña.

—Perdóname, Brie—murmuró con voz ronca, mostrando el dolor que pesaba sobre su corazón.

Bridgit le acarició la mejilla, antes de ponerse a toser. Le dolía todo el cuerpo, se sentía como si le hubiera atropellado un tren, aún así intento cortar la tos para poder responderle.

La contempló en silencio maldiciendo por dentro no poder hacer nada. Él no había estudiado las artes de la magia curativa, se dedicó en cuerpo y alma a cultivar su poder destructivo, a ser capaz de matar

con sólo una mirada, ansiando interiormente hallar placer en la venganza. Ahora lamentaba no poder ayudar a su hermana, sólo podía sostenerla mientras se convulsionaba con la tos, para luego caer laxa contra la roca, cerrando los ojos unos instantes antes de abrirlos y decirle:

—No tienes que pedirme perdón, hermano, esa noche todos perdimos a nuestra familia. Lo que me habría gustado era que no me dejaras atrás, haber luchado a tu lado, haber podido hacer algo para ayudar a nuestra madre y hermanitos—cerró los ojos con pesar, recordando como si hubiese sido ayer la noche en que lo perdió todo, en la que su vida quedó destrozada para siempre—. Lo último que recuerdo es que te gritaba que me dejaras ir contigo, quería acabar con los que estaban atacando la mansión, poder defender a nuestra familia—abrió los ojos y le miró directamente, mostrando el dolor y la culpa que la carcomía a ella por dentro. Cada vanior tenía un demonio dentro que le susurraba cada día lo que tuvieron, lo que perdieron, el dolor que les acompañarían siempre—, pero tú me golpeaste en la cabeza, después de eso no recuerdo nada, no sé que sucedió. Cuando desperté, estaba en medio de los escombros, con el cuerpo de nuestra madre sobre mí, protegiéndome y pude ver a nuestros hermanos a unos metros, ahogados, con los ojos….esos ojos….—abiertos, sin vida, apagados, una imagen que la aterrorizaba, que le recordaba lo inútil que había sido, que ella sobrevivió pero su familia no—. No pude hacer nada por ellos, murieron para protegerme, ni siquiera pude sacar sus cuerpos de la mansión, el fuego avanzaba con rapidez y sólo pude salir cojeando, como pude. Dios—tembló abiertamente, rodeándose el pecho con sus brazos en un intento desesperado de un abrazo—, aún recuerdo el olor a quemado—se sentía dolorida y agotada, le costaba pronunciar cada palabra pero lo necesitaba, necesitaba decirle todo lo que guardó dentro de ella, por tanto tiempo.

—Lo siento mucho, Brie, te golpeé porque no podía permitirte que murieras frente a mí, eras muy pequeña para defender la mansión, era mi deber protegeros y…

—¡Sólo me llevabas tres años! ¡Y qué coño de protegernos! ¡Pues mira que bien lo hiciste! Nuestra madre murió ahogada al igual que nuestros hermanos pequeños. ¡No hiciste nada¡ ¡NADA! —estaba a un paso de vomitar, se sentía mal, pero el dolor por los golpes no era nada comparado con el dolor que sentía en el corazón, en el alma. Estaba agotada, a un paso de desmayarse pero no podía acallar los gritos de rabia que brotaban de las heridas que rasgaban su alma.

Las lágrimas que derramó tras sus palabras sabían amargas, llevaba mucho tiempo ocultando el dolor, el dolor de la pérdida, de la traición de su hermano quien no contó con ella para defender a la familia, siempre le quedaría la espina de no haber hecho nada.

La culpa era una carga muy pesada que la ahogaba, ¿por qué ella fue la única que sobrevivió? Ni sus hermanos pequeños ni el bebé que estaba esperando su madre habían tenido una oportunidad, murieron por culpa de los vaniors del agua que los ahogaron hasta la muerte. Sólo ella sobrevivió porque su madre cubrió su cuerpo con el suyo, entregando su vida por ella.

Cada palabra de su hermana fue una flecha envenenada directa a su corazón, no podía responderle, era incapaz, pues lo que dijo era verdad. No pudo hacer nada por su familia, cuando regresó a la mansión en busca de ellos se encontró con que el fuego lamía cada rincón del lugar, borrando toda huella de vida.

—Lo sé, no pude hacer nada, pero creí que nuestra madre os pondría a salvo, que…

No pudo seguir hablando, no había llorado desde aquella noche, cuando cayó de rodillas ante lo que fue su hogar acompañado de los vaniors sobrevivientes que salieron del edificio para defender a sus familias y vieron en silencio como las llamas la devoraban sin piedad, sin que pudieran apagarlas a pesar de ser vaniors del fuego.

—Ella lo intentó, pero la sorprendieron, me desperté en la entrada de los pasadizos de emergencia. Sobreviví porque el cuerpo de madre me cubría y cuando desperté salí por el pasadizo al exterior. Vagué durante días buscándote a ti y a padre, creí que habíais muerto, fue entonces cuando la policía humana me localizó y me capturó, entré en una casa de acogida. Fue entonces cuando decidí ocultar lo que era, no podía contárselo a nadie, mostrar mi poder, temía que hubierais muerto todos y los del agua vinieran a por mí.

—Lo siento mucho, Brie, no sabes cuanto—quería abrazarla pero no se atrevía, no quería ver el rechazo en los gestos o en la mirada de su hermana, de la única que le quedaba.

Bridgit comenzó a toser de nuevo, doblándose en dos por el dolor, cada vez que tosía le dolía el pecho y respiraba con dificultad. Los golpes que recibió le debieron de romper algo, o al menos debía tener alguna fisura en una de sus costillas.

—Lo sé, hermano, no fue tu culpa, siento mucho haberte atacado, no eras más que un niño que tuvo que luchar como un adulto, esa noche la culpa fue de los del agua, esos bastardos nos atacaron sin piedad.

Jymes asintió con la cabeza, cuando iba a responderle el colgante comenzó a vibrar.

—Más tarde te pondré al día con todo lo que sucedió después de esa noche, Brie, pero ahora debemos encontrar un campo abierto, lejos de esta batalla, el portal está a punto de abrirse—se levantó y la agarró por el pecho con cuidado alzándola del suelo, al ver que se tambaleaba la sujetó contra él no dispuesto a dejarla marchar—.

¡Vamos! No perdamos tiempo, en nada estaremos a salvo en casa.

¿En casa? ¡Si ya estoy en casa! Murmuró para sus adentros Bridgit, intentando zafarse del agarre de su hermano.

No quería irse, en el siglo XXI no le quedaba nada, bueno, esto no era cierto, tenía un alquiler que pagar, una amiga a la que quería como una hermana, un hermano reencontrado pero…

Su corazón le pertenecía a Gaerth, no quería dejarle, por mucho que echara de menos a la familia que tenía en el futuro. Por una vez quería ser egoísta y dejarse llevar por lo que deseaba, por lo que le gritaba su corazón que hiciese.

Quedarse con Gaerth, vivir a su lado y amarle más allá de la muerte.

Al ver que su hermano la estaba llevando casi a volandas lejos de la batalla, intentó detenerle gritando:

—¡Espera, espera! No quiero irme, no voy a regresar.

La respuesta de ella fue un susurro que a duras penas escuchó Jymes.

—¿Cómo que no regresas conmigo a casa? ¡Tú estás loca o qué! ¡No puede ser verdad que desees quedarte en este siglo! ¡Es la Edad Media, joder! Aquí no hay más que montones de mierda y barro.

—Ahora no me vengas con que quieres hacer el papel de hermano, estuve quince años sola, si quiero quedarme, me quedaré, no puedes llevarme a la fuerza. Estoy aquí por el destino, y he encontrado a alguien que…

No pude decir nada más, Jymes lanzó una bola de fuego a los soldados que corrían con las espadas en alto hacia ellos. Las llamas estallaron a los pies de los soldados, lanzándolos por el aire, estampándolos a varios metros del ataque, despejando el camino hacia el campo abierto, donde esperaba que se abriera de una maldita vez el portal.

—Vas a ir conmigo quieras o no, Brie, no voy a dejarte en esta época. ¡Joder!—vio a varios soldados subir la cuesta hacia ellos, con un rugido de rabia se giró y lanzó otra bola de fuego. Esperaba que sus compañeros de misión hubiesen capturado a los vaniors a los que habían ido a cazar, porque él no iba a soltar a su actual presa, la pondría a salvo costase lo que le costase.

El estallido hizo temblar la tierra, debía tranquilizarse, si no podría quemar todo a su alrededor con sus llamas.

—Que no voy Jymes, no puedo, estoy casada y…

Bridgit quedó con la boca abierta al ver aparecer una brecha en el aire, frente a ella que se fue expandiendo poco a poco hasta formar una especie de puerta de un aspecto neblinoso.

El colgante que llevaba al cuello vibraba con fuerza, a un paso de quemarle el pecho. Desde el colgante se extendía un fino hilo casi

imperceptible al ojo humano que era la llave para el portal.

—¡Vamos! ¡El portal permanecerá abierto unos segundos, debemos cruzarlo ahora!

El corazón le latía furiosamente, no podía irse, no quería hacerlo. Luchó contra su hermano, pero estaba débil, por más que intentó liberarse Jymes avanzó con pasos firmes arrastrándola con él.

—¡Espera! No puedo irme, estoy casada con un hombre de esta época, no quiero irme, por favor hermano, por favor, no me lleves, no….

—¡BRIDGIT!

Ella se giró y buscó al dueño de aquella voz, le vio a lo lejos. El corazón se le detuvo un instante. Gaerth estaba ahí, había venido a por ella. Tiró con fuerza del brazo que le sujetaba su hermano.

—¡Gaerth!—gritó a su vez, llamándole.

Jymes vio el intercambio de miradas, y sintió rabia. No iba a dejar a su hermana en esa época, en la que podía morir en cualquier momento de una enfermedad, por la suciedad, por las batallas que había entre clanes. Era una etapa de la historia de la humanidad oscura, llena de dolor y muertes prematuras. La llevaría consigo y con el tiempo olvidaría el amor que percibía en los ojos de su hermana por ese hombre. Era lo mejor. No iba a perderla, no podía hacerlo. Era su hermanita pequeña, su única familia junto a su padre.

—Lo siento, Brie, espero que lo entiendas—murmuró antes de lanzarle un hechizo para dormir, tomando el cuerpo laxo de su hermana antes de que cayera al suelo sin conciencia.

—¡NO! ¡BRIDGIT!

Jymes no miró atrás después de noquearla, aunque los gritos del hombre al que su hermana miró con pura adoración le acompañaron mientras traspasaba el portal hacia el futuro.

La vida era dura, un camino de mierda pero por más que te embarrases debías continuar luchando por avanzar.

Y él no iba a permitir que ella se quedara allí, estaría a salvo en la mansión con los suyos, no en un siglo lleno de oscuridad y muerte.

Espero que me perdones Brie, pero es lo mejor para ti.

Con ese convencimiento se internó completamente en el portal, siendo engullido por la niebla, sintiendo como el cuerpo se expandía hacia el futuro.

La misión había sido una auténtica mierda, pero regresaba a casa con el mayor de los tesoros.

Su hermana.

CAPÍTULO 27

—Esta noche saborearemos la victoria, hermano, la salvaremos—dijo Hugh posando una mano sobre el tenso hombro de Gaerth, que se giró quedando cara a cara con él—. Tendrás de regreso a tu mujer, y los MacKenzies lo pagarán con su sangre.

Los ojos de Gaerth brillaron peligrosamente, agradeciendo la presencia de los Guardianes. Nada más salir de su cuarto corrió hacia las cabañas de sus amigos para contar lo sucedido y tener su espada cuando acudiera a las tierras MacKenzies a acabar con ellos.

—Cuenta con todos nosotros, amigo—Magnus le apoyó asintiendo con la cabeza.

—Y con los guerreros del Círculo—apostilló Duncan mirándolo con atención, el hombre se veía furioso, pero la furia gélida que le corría por dentro, era como una estatua silenciosa que se movía con un único objetivo, acabar con sus enemigos—. En cuanto lo ordenes iremos a reunir a los demás guerreros para que nos acompañen a atacar a esos malditos. No tendremos piedad.

—Parece que lo estaban buscando—comentó Hugh casi para sí mismo, aún así le escucharon.

—¿Buscaban el qué, Hugh?—participó en la conversación Meagan, quien desde que Gaerth apareció en la puerta de la cabaña que compartía con su marido y les contó lo sucedido, el secuestro de la vanior no lo dudó ni un segundo dispuesta a coger su espada para ayudarle a recuperar a su mujer.

Hugh miró a la joven antes de responder:

—Un motivo para iniciar la guerra, con el secuestro de la mujer de Gaerth ya no hay excusas que valgan, esta noche derramaremos la sangre de esos malditos y nadie podrá decirnos que actuamos fuera de la Ley, incumpliendo los pactos entre clanes.

Meagan sacudió la cabeza con pesar. Las palabras de Hugh eran ciertas, ellos mismos buscaron el apoyo del Consejo para atacar a los MacKenzies, el odio que sentían hacia el otro clan estaba arraigado en su sangre, en sus corazones. Tal vez los esponsales de Gaerth con la hija del Laird habrían creado una tregua por muy frágil que fuese, pero con el secuestro había sido un ataque directo al corazón del clan, al mismo heredero. No podían pasar por alto aquella afrenta.

—Poco importa ya inglés, quien lo comenzó, sólo importa que esta noche terminaremos con todos ellos.

Gaerth se había mantenido en silencio desde que informó a los

Guardianes, mientras los escuchaba, informó a varios guerreros del Círculo, a través del vínculo mental que poseían todos tras un pacto de sangre con él a través del ritual de iniciación, que se prepararan para la batalla y se acercaran con sus caballos al puerto. No estaban las barcas pero crearían un camino de hielo hasta la costa por el que avanzarían rápidamente en sus monturas.

—Vaya Meagan que sanguinaria eres—se burló con cariño Hugh, sonriendo abiertamente intentando aligerar el ambiente.

—No estamos para bromas, inglés—respondió Duncan poniéndose al lado de su esposa, mirando de reojo a Gaerth. Podía percibir que estaba enviando mensajes mentales, aunque hubiese cerrado el canal para que no le escuchasen los Guardianes, percibía un suave aleteo en su cabeza que le indicaba que estaba hablando mentalmente con otros del Círculo.

Una vez que terminó de informar a los soldados elegidos para la misión, Gaerth les miró a todos y dijo:

—Los demás ya están preparados en el muelle, iremos con nuestros caballos—antes de que le interrumpiesen para recordarle que las barcas se las llevó el Laird cuando abandonó la isla, continuó, informándoles de su plan—. Crearemos un camino de hielo para llegar a tierra.

—Hacerlo nos agotará, Gaerth—comentó Magnus. Mantener el agua congelada mientras pasaban los caballos iba a consumirles sus energías, era un conjuro avanzado por el que necesitaban concentrarse y enfocar su poder en todo momento, pues de producirse una pequeña desviación se quebraría el hielo bajo sus pies.

—No hacerlo nos dejará varados en la isla, Magnus, las barcas no están y por tanto no hay otro modo de llegar a tierra.

—Me parece bien, no será difícil, somos cuatro Guardianes los que podemos conjurar el hechizo, además de ti, podremos mantenerlo estable para que podamos pasar todos y…

—Tú no irás, Meagan—la interrumpió Gaerth, mirándola directamente a los ojos.

—¿Y se puede saber por qué no?—le espetó claramente enfadada. Había luchado toda su vida para ser aceptada, vistiendo como un niño cuando era pequeña, ocultando su condición de mujer, hasta que el amor que le profesaba a Duncan le hizo confesar su secreto que con tanto celo guardó. Él fue el primero en saber que en realidad se llamaba Meagan y era mujer. Ahora no iba a aceptar que la dejaran de lado, si los Guardianes iban a la batalla, ella iría también—. Voy a ir con vosotros y nadie podrá impedírmelo—sus palabras eran arriesgadas y sabía que si se lo llegaba a ordenar él, no le quedaba otra que permanecer en la isla, pero quería dejar claro que deseaba luchar, que estaba dispuesta a tomar la espada para salvar a la mujer

de su amigo, de su futuro Laird.

Éste asintió mirándola directamente a los ojos, agradeciendo la fiereza con la que estaba dispuesta su amiga a enfrentarse al enemigo por él, por la mujer que amaba, pero no iba a ponerla en peligro, no ahora que la magia de ella le confirmaba lo que ya sospechaba.

—Te agradezco tu apoyo Meagan, sabes que confiaría mi vida a tus habilidades con la espada, recuerda que crecí a tu lado junto con Duncan y conozco la fuerza de tu puño cuando te enfadas—sonrió compartiendo la sonrisa con ella al recordar un suceso del pasado en el que la joven le asestó un puñetazo, tras pelear con él.

—Entonces, ¿por qué no puedo ir con vosotros?

—Porque no voy a poner en riesgo tu vida ni la de niño que está creciendo en tu vientre, te quedarás en la isla y protegerás los pergaminos, pero no te llevaré a una batalla en la que puedes acabar malherida.

El silencio reinó entre ellos, tras las palabras de él. Se miraban entre ellos mostrando confusión y sorpresa.

Duncan fue el primero en reaccionar. Todos los demás se mantuvieron callados, pendientes de cada palabra.

—¿Niño? ¿Qué niño?

Gaerth buscó sus ojos, éste lucía sorprendido, y a la vez nervioso, como si no hubiera esperado escuchar aquello. Bufó internamente. Si llevaba casado más de cinco años con aquella mujer, el que ella estuviera embarazada no debía ser un motivo de sorpresa.

—Amigo, no creo que sea necesario que te recuerde como se crean los niños, ¿no?—alzó una ceja enfatizando el tono burlón de sus palabras—. Vuestro hijo crece sano y fuerte en su interior. Su magia es poderosa y reaccionó cuando la toqué.

Duncan tartamudeó, mostrándose por primera vez en mucho tiempo descolocado y perdido.

—No..., no puede ser.... Si ella estuviese embarazada me lo habría dicho—dejó de mirar al futuro Laird y posó sus ojos en su esposa, que lucía igual de asombrada y temerosa que él. Había estado a punto de ir a la guerra y poner en peligro no sólo su vida, sino también la de su hijo—. ¡¡Por qué no me lo dijiste!! ¿Ibas a ir a luchar estando en cinta? ¿Cómo se te ocurre? ¡Podías perder a nuestro hijo!

Meagan chilló a su vez, molesta por el tono de su marido.

—¡¡Por que no lo sabía!! ¿Cómo puedes pensar que pondría en peligro a nuestro hijo deliberadamente? Desconocía que estoy en estado, es más no me noto extraña,... ¡maldición! aún sangro—enrojeció al reconocer esto último en alto, delante de todos.

No fue la única que se mostró públicamente incómoda ante el inesperado rumbo que tomó la conversación, los hombres mostraban una actitud que bien dejaba claro que no sabían dónde meterse.

Hablar de la sangre que expulsaba la mujer cada mes desde que dejaba atrás la etapa de la niñez, era un tema tabú, algo que todo el mundo sabía pero que no se mencionaba en alto. Los hombres no se metían con los asuntos de las mujeres, ignorando deliberadamente esos días del mes, el parto y las cuarenta noches que no podían tocar a la mujer después de que ésta tuviese un hijo.

El primero en romper el silencio fue Hugh, sorprendiendo a todos con sus palabras:

—Creo...—éste carraspeó incómodo antes de continuar—...haber oído que hay mujeres que no sufren nada durante el embarazo, que siguen…manchando a pesar de llevar un niño en su vientre.

Ser él quien tuviese que comentar esto en alto fue bochornoso, pero por su larga experiencia con mujeres casadas de las aldeas vecinas sabía que había una posibilidad de que Meagan realmente estuviese embarazada y al mismo tiempo manchar con la sangre mensual que las mujeres expulsaban.

—¿De verdad?

Hugh asintió con la cabeza.

—De verdad, Meagan, tuve mujeres en mis brazos que estaban en cinta y aún sangraban—él no era de los hombres que se alejaba de una mujer cuando estaba sangrando, sabía por experiencia que en esos días del mes las mujeres se volvían más fogosas y receptivas, sobre todo cuando sus maridos se alejaban de ellas y las dejaban por largo tiempo solas.

La joven se tocó la tripa con ambas manos, cerrando los ojos, sonriendo abiertamente tras las palabras de su amigo. Recuperada del shock inicial, se sentía dichosa. Siempre quiso ser madre y descubrir que su ilusión se había cumplido era un sueño hecho realidad.

—Voy a ser madre…—susurró con voz emocionada, sin dejar de acariciar su plano vientre. Aún no había evidencia de su nuevo estado pero confiaba en la palabra de sus amigos, Gaerth era poderoso y si captó la magia de su hijo era que estaba ahí, que era cierto. No era la primera vez que lo hacía, a otra mujer del clan le indicó que estaba embarazada y que cuando su hijo comenzara a andar lo tenía que llevar a la playa a iniciar sus estudios para dominar la magia que percibió en él.

Duncan se acercó y la abrazó con posesividad, la besó con pasión y susurró cuando cortó el beso:

—Vamos a ser padres, amor. Gracias por este regalo.

Gaerth sonrió al igual que los demás Guardianes ante la felicidad de la pareja, pero interiormente sufría y gritaba de puro dolor.

Mi guerrera. Susurró por dentro. *Mi amor*.

Temía que el maldito MacKenzie la hubiese dañado, la hubiese roto para vengarse de él.

Las manos le temblaron de pura rabia. Debía contenerse, no podía acudir a la batalla sintiendo esa rabia pura, candente, feroz, pues podía volverle loco y convertirle en un blanco fácil para ser abatido. La furia era necesaria pero con cabeza, sin perder el control de la razón.

Los ojos se le oscurecieron por la rabia y el corazón le bombeó con fuerza contra el pecho.

Iba a matar al MacKenzie con sus propias manos y a recuperar a su mujer, y cuando estuviese a su lado la haría suya para siempre.

Su guerrera era suya hasta que la muerte los separase.

CAPÍTULO 28

Gaerth miró hacia atrás, asintiendo con la cabeza al ver que los soldados que solicitó para que le acompañasen en esa misión estaban listos y a la espera.

—Llegó la hora—susurró haciéndose oír por Duncan y Hugh, quienes le ayudarían a crear el puente de hielo que uniría sus tierras con las de sus aliados. Magnus iba a quedarse en la isla protegiendo los pergaminos junto a Meagan, por si los MacKenzies se atrevían a atacarles mientras iban a por su mujer. Era una posibilidad, que fuera una trampa para dejar desprotegida la isla, ante la ausencia del Laird y del heredero.

El hechizo no era complicado en sí, debían enfocar la magia hacia el agua ordenándole que se cristalizara convirtiéndola en hielo, pero la dificultad consistía en que debían mantenerlo mientras pasaban los soldados en sus monturas.

Tú te quedarás atrás Hugh, serás quien cierre el hechizo. Le transmitió mentalmente, sin cortar el conjuro que murmuraba junto a los Guardianes.

Éste asintió sin responder en voz alta, no hacía falta. Haría lo que su hermano le ordenase, al igual que los soldados que les acompañarían aquella noche crucial en sus vidas. Se enfrentarían a los MacKenzies, y la sangre salpicaría las tierras de sus enemigos.

Media hora después

La llegada a la tierra de los McInners los alivió y aligeró los ánimos de los futuros combatientes, pues a lo largo del camino temieron que el hielo que formaron los Guardianes congelando el agua, se rompiera.

El conjuro debilitó a Gaerth, y también a los Guardianes, pero no se detuvieron ni un segundo para descansar. No podían. Sentía que cada segundo que tardaba en llegar junto a su mujer aumentaba el peligro, no podía apartar de su cabeza la imagen de su guerrera ensangrentada y tirada en el suelo con los ojos vacíos, sin vida.

Azuzaron los caballos atravesando con rapidez las tierras de los McInners tras preguntarle al dueño de la posada donde trasnochaban siempre que quedaban en las tierras de sus aliados, si había visto u oído alguna noticia referente a los MacKenzies. No tardó en relatarle

cómo vieron aparecer una comitiva atravesando el pueblo rumbo a las tierras que los vieron nacer. Por desgracia no pudo puntualizar si llevaban a una mujer en alguno de los caballos.

Cerró los ojos un instante mientras agarraba con fuerza las bridas del caballo. Bridgit estaba viva, debía estarlo. No podía soportar la idea de perderla.

Abrió los ojos y se centró en lo que tenía por delante, se acercaban cada vez más a las tierras de sus enemigos, en algún punto tendrían que dejar atados los caballos y continuar a pie, pues estaba seguro de que ellos los esperaban, con toda seguridad habían apostado guardias alrededor de sus tierras.

Apretó los dientes acallando las ganas de rugir en alto, se sentía como un animal enjaulado, malherido al perder a su compañera, y dispuesto a matar con sus propias manos a los que se interpusiesen en su camino.

Dos horas después

—Gaerth, ya tenemos el camino libre, el guardia que encontramos no nos molestará, está atado a un árbol, amordazado y desarmado.

Éste se giró y miró a su hermano. En cuanto llegaron a las tierras MacKenzies habían dejado los caballos a buen recaudo y habían continuado a pie, observando con cuidado todo lo que les rodeaban, en busca de enemigos a los que abatir.

En total redujeron a cinco soldados, seis si contaban con el soldado del que se había encargado Hugh.

—Bien—asintió la cabeza, al tiempo que paseaba la mirada por los hombres que esperaban sus órdenes. Estaban agazapados, ocultos en el bosque procurando hablar lo más bajo posible y en contra del viento para no alertar a los habitantes del pueblo, o a sus animales con su presencia. Los perros eran empleados para alertar cuando alguien se acercaba, gracias a su buen olfato eran muy buenos avisando cuando un animal salvaje se atrevía a adentrarse en el pueblo, o en este caso un grupo de soldados armados—. Avanzaremos en grupos de dos, quiero a cuatro de vosotros al otro lado del pueblo para impedir la huida de esos bastardos. Nos moveremos rápido y no dudéis en acabar con los soldados. Nuestro principal objetivo es localizar a mi mujer, y hacerles el mayor daño posible.

Duncan asintió. Si su Meagan fuese secuestrada, se volvería loco de dolor y rabia, no dudaría en alzar su espada contra el enemigo y a pesar de estar bañada con su sangre, no se sentiría complacido. La venganza era una sensación que te corrompía por dentro y te

convertía en un animal salvaje sin sentimientos, sin compasión.

Y como él, los demás seguirían hasta la muerte a Gaerth, dispuestos a entregar sus vidas para salvar a la mujer de su señor y vengarse de los malditos MacKenzies dejando salir los años de puro odio que ocultaban en sus corazones.

No tardaron en agruparse en grupos de dos, alejándose hacia los puntos que Gaerth les señaló, internándose en el bosque que rodeaba el poblado. Si eran sorprendidos o sucedía algo se comunicarían con su señor a través del vínculo mental que dejó este para poder captar sus pensamientos.

A ambos lados de Gaerth la espada de Hugh y de Duncan le protegían, pues se negaron a separarse de él, no dispuestos a dejarle desprotegido, ya que de ser descubiertos, al primero que intentarían atrapar los MacKenzies, sería al heredero McLeod Oscuro.

Avanzaron en silencio, hasta que rodearon el poblado, Gaerth junto a los otros dos, se escabulleron hacia el castillo donde esperaban encontrar prisionera a la vanior.

Antes de que llegaran a atravesar los portones fueron descubiertos por el vigía. Al ver aparecer a varios soldados por el patio del castillo, desenvainaron las espadas y se dispusieron para la lucha. Estaban preparados para batallar y nadie los iba a detener.

Los gritos de los soldados alertaron al resto de la guardia del poblado, y la batalla se extendió por todo el lugar, enfrentando a muerte a los dos clanes. Luchaban con rabia, con ferocidad, buscando la muerte de su enemigo. Los heridos se alejaban del tumulto, para luego lanzarse de nuevo no dispuestos a permanecer impávidos ante la batalla que se estaba librando. Los habitantes del pueblo salieron despavoridos de sus cabañas adentrándose al bosque, buscando refugio, dejando atrás todas sus pertenencias y sus animales.

Gaerth atravesó con su espada el hombro del soldado que se lanzó contra él, empujándole de una patada contra el suelo, al ver que no se levantaba pasó de largo, sin dejar de observar a su alrededor con ojos depredadores. Además de comprobar que no le atacaban por la espalda como harían los cobardes, buscaba a un hombre en concreto, a su primo, al que estaba dispuesto a sacarle la ubicación de su mujer a golpes.

A unos pasos de él vio a Duncan luchando contra dos soldados al mismo tiempo, confiaba en la habilidad de su amigo y sabía que era capaz de hacer frente a dos hombres pero al ver que se le acercaba un tercero por la espalda, rugió de rabia y corrió hacia él, dispuesto a atravesarle con su espada.

Espalda contra espalda lucharon juntos, acabando con los tres soldados, pasando al lado de sus cuerpos inertes para continuar con la búsqueda de la mujer del heredero del clan y comprobar si los demás guerreros McLeods estaban de pie y luchando contra el enemigo. En una batalla las bajas, aunque dolorosas, eran esperadas, por mucho que les pesara sobre el corazón cuando luchabas podían caer muerto bajo la espada enemiga.

Cuando encontraron a Hugh, quien en esos momentos estaba limpiado su espada contra el kilt del enemigo caído, escucharon unas explosiones a lo lejos y sintieron como la tierra tembló bajo sus pies.

—¡BRIDGIT!—gritó Gaerth reconociendo la huella mágica del ataque, se podía percibir en el aire, era como un cosquilleo que le recorría el cuerpo y le instaba a encontrarla.

—Vino de aquel lugar—bramó Hugh haciéndose oír entre el ruido de la batalla, señalando con la espada hacia la derecha, donde se percibía a lo lejos una columna de humo negro que se alzaba hacia el cielo.

—Te cubriremos la espalda. Ve a por ella—le señaló Duncan, levantando la espada hasta llevarla cerca del corazón.

No perdieron tiempo, corrieron al lugar donde se habían producido las explosiones, y donde percibían restos de magia vanior, pura, sofocante y destructiva. En cuanto llegaron vieron varios cuerpos carbonizados en el suelo y Hugh se adentró en el lugar, gritando desde dentro que ahí no estaba.

Gaerth rugió con rabia al ver que llegaron tarde. Aquellos soldados estaban muertos por el fuego, quemados en vida, y era capaz de reconocer la magia que aún palpitaba a su alrededor, aunque era…a la vez diferente, más cruda, más salvaje, pero no podía descartar que no fuese de su mujer.

Duncan le apretó el hombro con la mano libre y le dijo:

—La encontraremos, no pierdas la cabeza ahora, ella acabó con sus captores—no hacía falta decir que estaba viva, debía estarlo o Gaerth no se recuperaría del golpe.

—No puedo…—*perderla*. Esto último no fue capaz de decirlo.

Duncan le apretó de nuevo el hombro, intentando transmitirle fuerza y confianza, y volvió a repetir:

—La encontraremos, ten fe.

Estuvo a punto de reírse. ¿Fe? La fe no le podía salvar de una muerte en vida si perdía a su mujer, pero optó por callarse al ver aparecer a Hugh.

—Ahí dentro sólo hay cenizas, pero en una de las celdas encontré esto—mostró un mechón de cabello rojizo que los otros dos reconocieron al momento. Era de Bridgit.

—Esos malditos…—rechinó los dientes Gaerth, atrapando el

mechón entre sus dedos, acariciándolo antes de guardárselo en su sporran. No podía dejarse llevar por la bestia de la venganza que rugía en su interior ansiando ser liberado, debía vaciar la mente y concentrarse en localizar el rastro de magia de su mujer e ir a por ella —. No perdamos más tiempo, su rastro mágico es reciente, lo seguiremos y…

—Mataremos a todos los MacKenzies que se interpongan en nuestro camino—se carcajeó Hugh, limpiándose la mano libre en sus pantalones, un gesto que hacía inconscientemente cuando estaba nervioso, limpiando la espada o sus manos cuando veía que estaban sucios.

Gaerth encabezó la comidilla de rastreo, siguiendo la huella mágica de su mujer, golpeando sin piedad a los soldados enemigos que se ponían delante de él, avanzaba con rapidez, serpenteando los grupos que batallaban entre ellos, alejándose del pueblo, comprobando que avanzaban hacia un claro fuera del poblado.

Estaban cada vez más cerca, podía sentirlo, su núcleo mágico vibraba dentro de él como si gritara llamando a su mujer. La tierra tembló de nuevo a sus pies y a lo lejos, un destello de luz plateada iluminó la noche, fue cuando la vio, a su mujer, siendo arrastrada por un hombre que vestía un kilt desgarrado que no reconocía. Se acercaban a una especie de portal mágico que serpenteaba en el aire como si fuera una lengua de fuego plateada.

El miedo le detuvo unos segundos. No encontraba respuestas a sus preguntas, ¿quién era ese hombre? ¿Por qué estaba arrastrando a su mujer? ¿A dónde llevaría el portal?

Pero la única respuesta que conocía era que de atravesar su mujer aquel portal, la perdería para siempre. No poseían los conocimientos para traerla de vuelta de allá a donde fuesen, ni el poder para hacer frente al hombre que en esos momentos tenía atrapada a su pequeña guerrera. Pudo percibir que el núcleo mágico que estaba siguiendo provenía de ese hombre, era un guerrero vanior como Bridgit, y estaba llevándosela a la fuerza hacia el portal.

Moriría por ella, lo tenía claro, por mucho que no pudiese enfrentarse mágicamente contra un vanior, lo haría en el intento.

—¡BRIDGIT!—gritó corriendo más rápidamente hacia el portal, rezando a un Dios que lo había abandonado hacía tiempo, en el que no creía, pero que esperaba que de existir, le ayudara en esos momentos.

Su mujer se paró y le miró. Cuando sus miradas se encontraron, el tiempo se detuvo, pudo ver alivio, miedo y amor, mucho amor en sus hermosos ojos.

—¡GAERTH!

Escuchar la voz de ella le dio fuerzas, forzando su cuerpo al

máximo, atravesando velozmente los metros que los separaban.

Estaba a punto de llegar hasta ella y luchar a muerte contra el que se atrevía a arrastrarla, cuando la vio caer inerte en los brazos del hombre, se asustó.

Con rabia bramó y levantó la espada por encima de la cabeza, dispuesto a cortar en dos a ese maldito.

Pero antes de que pudiese atraparlo, éste atravesó el portal, desapareciendo de su vista.

—¡Nooo, BRIDGIT!—bramó mostrando la desesperación que en esos momentos lo ahogaba por dentro.

No podía ser verdad, la había perdido.

Cuando llegó al lugar donde el portal estuvo abierto, cayó de rodillas al suelo, donde se percibía las marcas de las llamas plateadas; gritó de pura rabia mientras las lágrimas silenciosas se deslizaban por sus mejillas.

Duncan y Hugh permanecieron a unos pasos de él, sin poder mirarle, era la viva imagen de la desesperación y él agradecería más tarde los minutos de privacidad que le concedieron, al no presionarle para alejarse del lugar, y reagruparse con los demás guerreros para regresar a la isla. No podían permanecer por más tiempo en las tierras MacKenzies, se arriesgaban a que el Laird apareciese con su ejército llegado de las tierras del norte del clan donde vivía aislado al no poder residir cerca de su hijo por diferencias con él.

Dejó caer la espada al suelo y golpeó la tierra con sus puños, hiriéndose en los nudillos, sin llegar a notar el dolor. En esos momentos era un hombre destrozado que había perdido el corazón, la mujer de su vida, la que lo sacó del pozo en el que se encontraba, desde que las mentiras y la traición acabaron con los sueños de su niñez.

Había perdido a su esposa, a la mujer con la que quería pasar el resto de su vida, levantarse cada día a su lado y perderse en sus ojos sintiéndose el hombre más afortunado de todas las Highlands, por culpa de un MacKenzie.

No, la culpa es mía, debí haberla protegido mejor, ¿cómo pude dejarla desprotegida en nuestra alcoba? Gruñó por dentro, ahogándose en la culpa y el dolor que sentía en esos momentos. Nunca podría perdonarse. Viviría con la carga de haber perdido a la mujer que devolvió la luz a su vida.

Agarró la espada y se levantó. Ahora sólo le quedaba una misión por cumplir, encontrar a Callum y despedazarlo lentamente.

CAPÍTULO 29

—¿Quién coño era ese que gritaba y parecía a punto de arrancarte la cabeza?

Jymes se giró y quedó cara a cara con su técnico y amigo de infancia, Jeremy Wodivers. Éste vestía una bata de color negro, a juego con el traje que llevaba bajo ésta y portaba en sus manos una carpeta que contenía las últimas fotos de la presa que les fue asignada a ellos.

Jeremy tenía la obligación de mostrarle las fotos para comparar el rostro del objetivo marcado como criminal en busca y captura, y la persona que trajese por el portal. Una mera formalidad que pocos llevaban a cabo, pues aquellos que traspasaban la puerta del tiempo capturados por los vaniors eran ejecutados al día siguiente, sin importar si finalmente eran inocentes de la condena que pesaba sobre ellos. La sola causa de encontrarles en un tiempo que no era el suyo les condenaba a muerte.

Siguiendo el protocolo, miró a la joven que sostenía su amigo y abrió la carpeta con nerviosismo, un gesto absurdo más propio de los nervios, pues era claro que no era el hombre al que debía capturar Jymes. Sus ojos mostraron la sorpresa que sintió al ver que su amigo no cumplió la misión por la que fue enviado al pasado. La pregunta acerca de la identidad de la mujer quedó olvidada ante la gravedad de la situación, pues los que fallaban eran castigados, y era más que evidente que la habían jodido, pero a base de bien.

—Dime cómo cojones te has podido equivocar, Jymes. Esta mujer no es Brainar Falders. ¡Joder, es una mujer! Y tú tenías que capturar a un hombre. Y ahora cómo le presento a nuestro superior este informe. ¿Qué tengo que poner en el recuadro de incidencias?—entrecerró los ojos alzando la voz, estaba a un paso de olvidar que era un hombre racional y golpearle hasta que no quedara más que un montón gimiente y ensangrentado de amigo en el suelo—. El viajante la cagó trayéndose a una perra de otro tiempo, olvidándose a un asesino en el pasado. Abrió el puto portal porque le dio la gana, malgastando el viaje y todo por una…mujer— se burló, cerrando la carpeta de golpe, agarrándola con fuerza, al punto en que sus nudillos se pusieron blanquecinos.

Jymes rechinó los dientes pasando al lado de su amigo. No tenía tiempo para discutir con él, quería llevar a Bridgit ante un sanador para que la revisara.

—Deja tu discurso para luego, tengo que ir a ver a los sanadores.

Jeremy resopló al ser cortado bruscamente. Odiaba cuando le ignoraban o le dejaban con la palabra en la boca, y más cuando él era el que tenía razón. Porque en esos momentos nada de lo que le dijera el hijo de puta de su amigo le iba a hacer cambiar de opinión, la había jodido pero bien, y ambos iban a ser castigados por no capturar al objetivo que le marcaron.

No dudó en hacerle ver lo cabreado que estaba.

—¡A la mierda Jymes! Estoy a un paso de romperte la cara, por gilipollas. Sabes bien que al fallar seremos castigados. ¿Os es que el estar días en el pasado te ha hecho perder memoria? ¡Joder! Si solo fueses castigado tú no diría nada, pero también me van a joder a mí, y no estoy dispuesto a ser amonestado por tu culpa, no cuando lo que traes es una mujer. ¿Es que acaso te enamoraste de esta perra y la traes para que sea tu nueva amante?—le recriminó con rabia, mostrando durante unas milésimas de segundo los celos que sentía contra las mujeres que pasaba por la ajetreada vida amorosa de su amigo. Era un tonto por estar enamorado de él, y más sabiendo desde jóvenes que nunca le miraría de otra manera que no fuese su hermano de batalla, su amigo de toda la vida, pero no podía acallar lo que sentía. Era superior a él.

Jymes rió entre dientes, abriendo de una patada la puerta que comunicaba la sala de recepción de los viajeros en el tiempo y las salas de los sanadores. A través de varias misiones habían aprendido que no siempre regresaban de una pieza y a los primeros que debían visitar era a los vaniors sanadores.

—Gracias amigo, ya veo lo que me aprecias, si me hundo yo solito que me den por culo, pero como nos castigarán a los dos te estás portando como una mujer con la regla.

—Sigue hablando, que te tendrás que buscar otro compañero de misión—amenazó a punto de rechinar los dientes de pura rabia. El muy maldito parecía que no le importaba la seriedad de la situación, o ella era su amante o tenía pensado convertirla muy pronto, si no, no le encontraba explicación a que arriesgara tanto por ella—. Y mejor que te metas tus chistes malos por el culo, porque el papel de víctima no va contigo. Por si no lo has notado, ya que estoy pensando seriamente que te has dejado el poco juicio que tenías en el pasado, nuestra actual situación es seria. Fallaste en la puta misión. Así de simple, y va a tener duras consecuencias. PARA LOS DOS—apostilló elevando la voz y alzando las cejas—.¿Tan complicado era atrapar a Brainar?—no pudo evitar preguntar esto último, necesitaba saberlo.

Jymes se encogió de hombros y acabó confesando, tras depositar a la joven con sumo cuidado en una de las camillas de la habitación.

—Pues la verdad es que sí. Los informes indicaban que estaba

escondido en el clan MacKenzie, pero por más que lo busqué no lo encontré. Así que nos queda la opción de echarles las culpas a los Observadores, fueron ellos los que cometieron un error al no localizar eficazmente a nuestro objetivo.

—Repítelo tres veces más, e igual te lo llegas a creer.

Los dos se mantuvieron en silencio, eran conscientes que no podrían culpar a los Observadores, dentro de la Unidad de captura de criminales a través de los tiempos, estos eran muy apreciados por sus capacidades adivinatorias, y hasta el momento no había ni un dato que indicara que habían fallado en sus localizaciones. Ellos anotaban todo lo que descubrían de los objetivos a capturar y les pasaba la información a sus Superiores quienes la trasladaban a los técnicos de viajes, que eran los que controlaban y cuidaban de los Guerreros, los únicos vaniors con permiso para traspasar el portal del tiempo. Y por si esto no fuese suficiente motivo para no acusarles, la enemistad entre los Observadores y los Guerreros era legendaria, saliendo a relucir cada vez que alguien fallaba en la misión.

—No creo que se lo traguen. Hace cuatro meses que culpamos a los Observadores al fallar en la misión del siglo XVII, y no coló. Esta vez no será diferente, tu padre te cortará los huevos por fallar—rompió el silencio Jeremy, fulminando con la mirada Jymes quien parecía ido, mirando hacia fuera del cuarto, como si buscase a alguien.

Enseguida supo a quien buscaba, pues en cuanto vio pasar a uno de los sanadores, le llamó a gritos ordenándole que entrara en el cuarto y se hiciese cargo de la mujer.

El sanador que se les acercó era Nathan Smither, uno de los sanadores más jóvenes del clan al haber conseguido un puesto de importancia dentro de la Unidad con tan sólo veintitrés.

—¿Sucede algo?—preguntó éste, mientras se limpiaba las manos en la bata blanca que llevaba y la cual lo distinguía como sanador.

Estoy rodeado de gilipollas. ¿Cómo es posible que me pregunte si me pasa algo? ¿Es que acaso no la ve? Pensó Jymes alzando las cejas.

Cuando le iba a contestar empleando el sarcasmo volcando parte de la rabia que bullía dentro de él, Jeremy se le adelantó:

—¿Por dónde comienzo? Quizás por el hecho de que regresó con una mujer en lugar de con el objetivo, o que parece que le importa una mierda el castigo que nos van a poner, que parece que le han castrado en el pasado y ha vuelto más gilipollas de lo que estaba o que….

—Ya, ya, corta el rollo Jeremy, ahora eres tú quien se está portando como una Reina del drama, no es para tanto, además la traje por un motivo—miró de reojo al sanador, confiaba en su amigo, sabía que pese a sus palabras daría su vida por él, pero no podía decir lo mismo del sanador. No quería revelar la identidad de su hermana, no cuando

no quería que nadie supiese que la había traído del pasado, pues pese a todo recaería sobre ella una condena a muerte.

Nathan desvió la mirada de los hombres hacia la mujer malherida, tras un primer vistazo rápido se le acercó corriendo soltando un grito de pura sorpresa entremezclada con la preocupación ante lo que vio. Pero necesitaba comprobarlo, no podía ser verdad, era imposible…ese conjuro había quedado obsoleto hacía siglos además de ser considerado como un delito con pena de cárcel entre los vaniors si alguien se atrevía a usarlo. No tardó en ponerse a revisarla.

—No perdamos tiempo con vuestras discusiones o reproches. Las constantes vitales de esta mujer son muy bajas. Por suerte su magia actuó como un escudo protegiéndola, cerrando sus heridas. Pero lo que me preocupa es…

—Que pena me daría si se desangra—ironizó Jeremy consiguiendo que él le fulminase con la mirada.

El sanador les ignoró a ambos y encendió los aparatos que había en la sala y que empleaban para examinar y determinar las heridas de los pacientes, moviéndolos por la sala hasta acercarlos a la camilla en la que descansaba la joven.

—Lo primero que voy hacer es cerrar sus heridas—estaba acostumbrado a relatar lo que iban a hacer paso a paso, los técnicos a veces se comportaban como mamás gallinas con sus Guerreros y no hacían más que gruñir y quejarse de que no estaban haciendo nada cuando estaban atendiendo a sus compañeros de misión—,y luego le haré una transfusión sanguínea, es urgente que le reponga líquidos o entrará en hipotermia—le tocó la piel, ésta se mostraba unos grados más fríos de lo habitual, un signo de que estaba comenzando a presentar signos de que los órganos internos podían estar a un paso de colapsar.

—Si le hace falta sangre puedes tener la mía.

—Pasen y vean, al imbécil de Woods cuidando de su puta—masculló Jeremy en alto sin poder contenerse.

Nathan estuvo a punto de tirar la bandeja con el instrumental médico al escuchar el odio que se percibía en la voz del técnico. Observó con disimulada atención a ambos hombres, sorprendiéndose al ver como el Guerrero avanzaba con visible furia hacia el otro, a quien le asestó un puñetazo en plena cara, rompiéndole el labio y el tabique nasal a simple vista.

El sanador suspiró con cansancio. Otro paciente a tratar. Invocó una silla con su poder mágico y se la señaló al herido. El técnico estaba quejándose de dolor, presionando sus manos contra las fosas nasales intentando detener la hemorragia, mientras insultaba a su amigo en varios idiomas.

—Siéntate en esa silla y espera tu turno. Mantén la cabeza

agachada—trasladó mentalmente una palangana de las estanterías para dejarla enfrente de la silla—. No la levantes, deja que la sangre fluya y procura que caiga dentro, odio cuando me ensucian el suelo.

Jeremy se sentó donde le indicaron, visiblemente furioso y escupiendo sangre.

—¡Me voy a desangrar! Maldito hijo de puta, voy a escribir un informe aconsejando que te hagan un análisis psiquiátrico, ¡estás loco! —se quejó retirando un instante las manos. Pero al ver la sangre y sentir como fluía de la nariz hacia el mentón, volvió a presionar. Le asqueaba la sangre, le traía muy malos recuerdos, por ello se había hecho técnico y no Guerrero, evitaba en lo posible la violencia.

Nathan bufó con sorna en alto.

—Sobrevivirás. Por ese golpe tu familia no tiene que empezar a preparar tu funeral.

Jeremy resopló, murmurando entre dientes, maldiciéndose por dentro al dejarse llevar por los celos.

—¡Vaya, que suerte tengo, me tocó un sanador con ínfulas de comediante!— le fulminó con la mirada, mientras éste permanecía al lado de la camilla con los brazos cruzados sobre el pecho sin inmutarse, los nudillos de la mano con la que le asestó el puñetazo estaban enrojecidos y manchados de sangre—. Y tú, jodido traidor, lo único que mereces es que nuestros Superiores te den por culo, uno a uno.

Éste mostró los dientes y gruñó, alzando la voz furioso, parecía un animal a punto de destrozar a su presa.

—Al que deberían dar por culo es a ti, maldito hijo de puta, si te hubieses fijado un poco te habrías dado de cuenta que esta mujer comparte mi huella mágica.

Jeremy hizo lo que le recriminó, mostrándose sorprendido al comprobar que era verdad, la esencia mágica que percibía en la joven era muy parecida a la de Jymes.

—¿Pero cómo es posible?

Éste gritó, explotando finalmente. Estaba cansado y por mucho que se negara a admitirlo en alto atemorizado al ver la expresión preocupada del sanador. Su hermana a esas horas debía haber despertado del conjuro del sueño que le lanzó, pero en lugar de eso permanecía fría e inmóvil en la camilla, como si estuviese luchando contra la muerte cada segundo que pasaba.

—¡Por que ES MI HERMANA!

Jeremy boqueó un par de veces antes de gritar, levantándose de golpe de la silla:

—¡¡Encontraste a Bridgit!!

Jymes asintió con la cabeza.

—Pero...pero... ¿Cómo es posible? ¿No había muerto la noche del

ataque?—balbuceó mirando a la joven que era atendida por el silencioso sanador que a pesar de guardar silencio no se estaba perdiendo detalle de la conversación. Todos conocían la historia de la desaparición de la familia del Soberano. La noche en que sufrieron el ataque a la anterior mansión todos perdieron algún miembro de la familia, él mismo perdió a sus padres. Recordar el pasado era doloroso, por tanto los desaparecidos aquella noche se borraron de los archivos familiares, quedando únicamente sus recuerdos en sus corazones. Finalmente, tras unos segundos de tenso silencio, preguntó en voz baja—. ¿Qué hacía Bridgit en el pasado?

—No me importa el motivo por el que mi hermana pequeña estaba en ese siglo. Lo único importante, es que la encontré y nada ni nadie va a separarme de ella. No pude protegerla en el pasado y ahora lucharé por ella—aunque tuviese que ocultar lo que descubrió en el pasado, que se había enlazado con un escocés del siglo XII.

Pero lo que no contó fue que el sanador descubriese durante la revisión de los niveles mágicos de ella que su núcleo de poder había sido enlazado con otro, un ritual peligroso para ambos enlazantes ya que si uno de los dos fallecía debilitaría a su pareja hasta el punto de que ésta podía perder su magia, y con el tiempo su vida. Era un conjuro que quedó olvidado en el tiempo y que muy pocos llevaron a cabo por los peligros que conllevaba estar atrapado hasta el último aliento de tu vida a otra persona, en cuerpo, alma y magia.

Después de todo lo que escuchó, Nathan creyó conveniente comentar lo que descubrió al hermano, pero antes tenía que estabilizarle el núcleo mágico y sanarle las heridas abiertas que mostraba el magullado cuerpo de su paciente.

—Ojala todo fuese tan sencillo Jymes—comentó Jeremy tocándose la dolorida nariz que no dejaba de sangrar, sentándose de nuevo en la silla—, recuerda que las normas son muy estrictas en cuestión a los viajes en el tiempo sin autorización, lo vas a tener muy complicado para poder librarla de las garras de los jefazos en cuanto éstos se enteren de donde la trajiste.

—Pues ya le pueden dar por culo a todos, porque nadie me va a separar de mi hermana, no puedo fallarle una segunda vez, no puedo —apretó los puños con fuerza hasta que sus nudillos se mostraron de un color blanquecino. Aunque fuera cierto las palabras de su amigo no quería aceptarlas, no iba a quedarse de brazos cruzados mientras los jefazos condenaban a muerte a su hermana y todo porque la encontró en el pasado, sin importarles qué o quien la llevó a esa época.

Era un estúpido, pero había crecido al lado de Jymes, él era su único amigo, al que podía confiarle su vida a ciegas sin temor a ser traicionado, por tanto…. Jeremy cerró los ojos y soltó el aire con lentitud, tomando la decisión que estaba seguro que iba a cambiar su

vida.

—Te ayudaré a ponerla a salvo—abrió los ojos y buscó los de su sorprendido amigo—. ¿Por qué me miras así? Ostia, seré un capullo integral pero aún tengo mi corazoncito, y recuerda que crecí a vuestro lado, conocí a Bridgit cuando era pequeña. Te ayudaré a sacarla de aquí.

—¡La quiero a mi lado! Yo…

Jeremy vio como Jymes apretó los puños y los abría una y otra vez, mientras rechinaba los dientes con rabia. Comprendía su furia, él también había perdido a toda su familia aquella noche, una fecha que quedó marcada para siempre en los corazones de los Vaniors de Fuego que sobrevivieron, una época en la que la sangre de los cuatro clanes salpicó el mundo entero llegando al punto de convertirles en una raza a punto de la extinción.

Pero debía aceptar que no podía quedarse ahí con ellos, la pondrían en peligro de muerte.

—No podemos arriesgarnos a esperar la aceptación de los jefazos, sabes que ellos harán lo que sea necesario para mantener el orden entre los clanes, y si para ello han de dar un castigo ejemplarizante no le temblarán las manos cuando firmen la sentencia de muerte de Bridgit.

Gritó de pura rabia. Lo sabía, pero no quería reconocerlo, aceptarlo, vivía en una sociedad que se regía por duras normas que cuando se quebraban los que lo hicieron eran duramente castigados. Gracias a estas normas, los cuatro clanes comenzaban a recuperarse de las pérdidas que hubo en el pasado, renaciendo de las cenizas una raza orgullosa y poderosa que estuvo a punto de destruirse a sí misma.

—Lo sé, tienes razón pero…no puedo perderla, no puedo…

Jeremy se levantó y le sujetó del hombro, agarrándoselo con fuerza, apoyándole.

—No lo harás, podrás hablar con ella, recuperar el tiempo que perdisteis cuando creísteis que el otro estaba muerto, tenéis un futuro por delante, pero para ello debemos sacarla de aquí cuando el sanador la estabilice, no podemos arriesgarnos.

Ante esas palabras, Nathan decidió intervenir, pues con tanto ruido no era capaz de concentrarse y su paciente le necesitaba en esos momentos, el núcleo mágico de la joven estaba inestable y muy débil y le iba a ser muy difícil estabilizarla, hasta el punto en que ella despertara del coma mágico en el que se sumergió al ser roto el enlace con su alma gemela.

—Tú, siéntate aquí—le indicó al malherido, esperando pacientemente a que éste le obedeciera. Cuando lo hizo se le acercó y le tocó la nariz, recolocándole el hueso y enviando una honda de energía curativa para acelerar la sanación. Al escuchar los quejidos de

dolor y al ver cómo se revolvía bajo su toque, le recriminó en alto—. No se queje tanto que esto no es nada, apenas estás magullado.

Curarle le llevó apenas unos minutos, en los que observaba de reojo a su principal paciente, y quien le preocupaba. No había modo de estabilizarla sin comprometerla, al estar enlazada mágicamente poco podía hacer por ella.

—Ahora si hacéis el favor de iros los dos de mi sala, os estaría más que agradecidos, ella es mi prioridad ahora y vuestra presencia no hace más que enturbiar la calma que necesito para estabilizar su núcleo mágico.

—¿Te atreves a echarnos?—vociferó Jymes golpeando con un puño la pared, haciéndose daño. Ignoró el dolor físico, en aquellos momentos lo que más le preocupaba era su hermana y en cómo sacarla de la mansión sin ser vistos—. ¡A mi nadie me echa, sanador!

Éste contó hasta tres antes de contestarle al hijo del Soberano, utilizando el mismo tono que empleó el Guerrero:

—Pues siéntete afortunado, pues estás siendo echado en este preciso momento. ¡Largo de mi sala! Sus gritos me están desconcertando y ahora debo estabilizar la magia de la mujer.

Jymes iba a responderle cuando fue agarrado por Jeremy, quien prácticamente lo sacó del cuarto a rastras. Su amigo le conocía muy bien, habían estado juntos desde niños, y ahora trabajaban codo con codo cada día investigando y entrenando para cazar a los culpables de las muertes de sus familias, a los condenados por los jefazos. Por eso, cuando vio la mueca que le puso al sanador cuando éste le gritó que debía abandonar la sala, supo que no presagiaba nada bueno, y lo mejor era una retirada a tiempo en lugar de presenciar su explosivo carácter cuando perdía los estribos.

Se soltó del agarre cuando la puerta de la sala se cerró mágicamente tras ellos, aislando del bullicio al sanador y su paciente.

—¿Por qué le obedeciste? Nadie me va alejar del lado de mi hermana, no ahora que la he encontrado.

—¿Se te han muerto las dos únicas neuronas que tenías al pasar el portal?— se burló sin hacer caso sus furibundas miradas—. Si quieres tener a tu hermana de vuelta, lo mejor es dejar al sanador que haga su trabajo sin interrupciones. Además tiene razón, hemos sido un culo ahí adentro.

Jymes optó por el silencio. No iba a darle la razón, por más que éste la tuviera. Sin decir nada, se acercó hacia los ventanales transparentes por los que podía ver como el sanador murmuraba contra la boca de su hermana mientras le sujetaba con ambas manos sus mejillas. Él ya había presenciado ese ritual para normalizar el núcleo mágico una vez, cuando su padre llegó en unas condiciones horrendas a la mansión y tuvo que ser atendido de urgencias. Él, a

pesar de la prohibición de su tutor y maestro de estar presente durante el ritual de sanación, consiguió eludir su vigilancia y se mantuvo cerca de la sala donde curaron a su padre, saltando sobresaltado y muy preocupado cada vez que escuchaba los gritos de dolor que profería su progenitor. Era un adolescente de quince años que temía volver a quedarse solo, si su padre moría.

Dioses, ¿tan mal estabas hermana? Se preguntó pasándose una mano por los cabellos, anotando mentalmente que tenía que cortárselos. *No debí tardar tanto en regresar, ni pararme a discutir. Si no te recuperas será por mi culpa.*

—¡Jymes!—susurró, agarrándole de los hombros y sacudiéndole para sacarlo de ese estado, en el que se perdía en su mente y se alejaba de la realidad. Pero su voz se rompió la segunda vez en que le llamó por su nombre al ver el hombre que estaba detrás de éste, a un paso de ellos mirándolos con furia en los ojos—¡Jymes!

Jymes giró la cabeza y le miró a los ojos.

—¿Qué es lo quieres? Maldita sea, deja de sacudirme como a un saco de patatas.

Pero no fue éste quien le respondió, éste permanecía mudo y con el rostro blanco como el papel.

—Quería avisarte de mi presencia, hijo. Pero tú amigo no es muy inteligente.

Jymes maldijo en voz alta antes de girarse y enfrentarse con el último hombre al que quería ver en esos momentos. A su padre. Al Soberano Woods, a quien admiraba cuando era niño, odió cuando lo perdió todo pero siguió a su lado temiendo la soledad más que a cualquier otra cosa.

Quien tenía el poder en sus manos, la capacidad de gobernar a los habitantes de la mansión y temía enfrentarle cuando se enterara de la presencia de Bridgit, pues muy dentro de él una voz le gritaba que antes que padre iba a comportarse como Soberano dando ejemplo con su propia hija.

Apretó los dientes antes de enfrentarse a su mirada, manteniéndosela.

No iba a ceder esta vez, se enfrentaría a quien se interpusiese en su camino, aunque fuera su propio padre.

CAPÍTULO 30

—¿Qué haces aquí, hijo?

—Acabo de llegar de una misión del pasado.

William alzó una ceja.

—De ser así, ¿por qué motivo no estás junto a los demás viajantes entregando a tu prisionero?

Jymes carraspeó. Volvía a sentirse un chiquillo siendo a punto de ser capturado en medio de una travesura.

Su padre a pesar de tener cincuenta y cinco años no aparentaba más de cuarenta. Era un guerrero que seguía entrenándose tres horas diarias, endureciendo el cuerpo y la mente, canalizando su magia convirtiéndose en el vanior más poderoso de los cuatro clanes.

Después de perder a su mujer, no volvió a casarse. Aunque no significara que no tuviera sus romances, cada vez que terminaba una relación todo el clan se enteraba pues las mujeres aireaban los problemas y su disgusto de no convertirse en la esposa del Soberano.

William Woods era un hombre que no podía considerarse hermoso, pero su presencia era atrayente al género femenino. Sus cabellos los mantenía largos por debajo de los hombros, de un color castaño oscuro. Sus ojos habían perdido el brillo que tuvieron cuando su familia llegó a aquel país desde EEUU. El perder a su mujer y a sus hijos pequeños le causó un hondo dolor en su alma que lo marcó para toda la vida.

Se le quedó mirando con atención. Había escuchado que se parecían físicamente, tal vez era verdad. Ambos tenían los ojos azules, eran altos y de complexión fuerte. Pero emocionalmente, eran completamente diferentes.

Él nunca se había enamorado y nunca lo iba a hacer. No quería perder el corazón como lo hizo su padre.

Él no creía que era mejor haber conocido y perdido, que nunca haber conocido. No le veía sentido a ese refrán, pues si el haberse enamorado y perder a la persona que amabas te dejaba en el estado en que se encontraba su padre desde el momento en que enviudó, él no quería saber nada del amor.

Lo mejor será decírselo directamente. No se lo puedo ocultar. Al final se enterará.

Cuando iba a confesarle la verdad acerca de su presencia en aquel lugar, se escuchó un fuerte ruido procedente de la sala de sanación, y su padre se giró quedando de cara a los cristales. Paseó la mirada por

aquella habitación, y abrió los ojos al máximo al reconocer a la mujer que estaba tumbada en la camilla.

William trastabilló murmurando en voz baja:

—Bridgit. Mi pequeña.

Se colocó al lado de su padre, y fijó su mirada sobre el cuerpo de su hermana.

—¿Dónde estaba? ¿Cómo la encontraste? Creí que estaba…

Muerta. Pensaron los dos al mismo tiempo, sin ser capaces de decirlo en alto.

Los dos llevaban grabados en sus corazones el dolor de aquella noche, al igual que el resto de los supervivientes, quienes optaron por olvidar, o aferrarse a los recuerdos como un salvavidas ante la agonía de una guerra cruenta entre clanes.

Escogieron decirle toda la verdad, o al menos una verdad disfrazada para no comprometer más a su hermana.

—La encontré en el pasado. Al traerla de vuelta perdí de vista al objetivo, pero en cuanto me recupere del viaje regresaré a por Brainar y….

—¡Poco importa ese malnacido! Ya recibirá su castigo, no podrá seguir oculto en el pasado, lo encontraremos. Ahora lo único que me interesa es averiguar cómo llegó mi pequeña al pasado y dónde estuvo durante todo este tiempo en que la creímos muerta—apoyó una mano sobre el cristal que lo separaba de su hija, la única niña que nació de su matrimonio con la hermosa Kresley —. Creí que había muerto junto con tu madre y Phillipe.

Jymes negó con la cabeza, rechazando recordar el rostro sonriente de su hermano pequeño, quien no dejaba de seguirle por todos lados gritándole que iba a ser cómo él cuando creciese, un guerrero. El dolor que sentía por su pérdida aún pesaba sobre su corazón.

—Desconozco donde estuvo durante todos estos años, por lo que pude deducir de nuestra conversación—*o más bien cuando ella me echó en cara su soledad, todo el rencor que guardaba dentro desde esa noche fatídica en la que todos perdieron una parte de ellos junto a sus familias*—, es que ha estado sola todo este tiempo. Y en cuanto llegó al pasado, la encontré presa por los MacKenzies, por suerte llegué a tiempo antes de que los soldados la violasen. La tenían en un calabozo a la espera de ajusticiarla por bruja, al día siguiente.

William apretó los dientes con fuerza por la rabia. Su magia hizo acto de presencia, causando pequeños apagones en las bombillas de los pasillos. El cristal que tocaba con sus manos vibró a un paso de romperse, antes de que todo se calmara a su alrededor como si nada hubiese sucedido.

Jymes admiraba ese poder. Salvaje, puro. Que se manifestaba cuando su padre perdía el control, capaz de mostrar su crudeza y

potencial sin necesidad de palabras o de invocaciones.

Desde siempre su meta fue convertirse en un Guerrero implacable, admirado y temido entre los clanes, luchó muchísimo para ver cumplido su sueño, llevando a su cuerpo hasta la extenuación en las largas jornadas de entrenamiento. Pero aceptaba que aún le quedaban años de dura lucha para igualar a sus maestros, y entre ellos, a su padre.

—¿Por qué está en la sala de curas? Si tal y como me dijiste llegaste a tiempo para salvarla de esos bárbaros—*malditos hijos de puta*—, ¿qué le sucede?—percibía el núcleo mágico de su hija y era apenas el aleteo de una mariposa, débil.

Jymes siguió mirando hacia delante, a pesar de sentir los ojos de su padre sobre él.

—La libré de la violación, padre, pero la habían golpeado y la tenían presa en un sótano húmedo y maloliente, sin comida ni agua. Cuando el portal se activó, y llegamos a nuestra época, busqué al sanador para que la revisara. Antes de que nos echaran de la sala, nos dijo que ya estaba estable.

William asintió con la cabeza. Sabía que su hijo le estaba ocultando algo, había muchas lagunas en su historia, pero aquel no era el momento ni el lugar para interrogarle. Más tarde, cuando se encontraran a solas, le exigiría que le contara hasta el más mínimo detalle de su reencuentro con Bridgit en el pasado.

Pero antes…

—Hablaré con el sanador, quiero que sea él quien me explique qué es lo que mantiene a mi hija en ese estado, que hace que su magia esté tan débil—se giró, manteniendo el contacto en todo momento con el rostro de su hija, deseando volver a ver sus hermosos ojos que le recordaban el regalo tan grande que había tenido el día en que la tuvo por primera vez en sus brazos nada más nacer—. Jymes, ve a tu superior e informa que perdiste a tu objetivo, que salga en su búsqueda un equipo de Rastreadores y Observadores. No podemos permitir que ese cabrón siga en libertad.

Quiso negarse, pero era una orden directa. No podía hacerlo, por mucho que estuviera tentado a responderle que él no quería alejarse de su hermana, que necesitaba verla despierta y poder asegurarle que nadie iba a hacerle nada, que estaba al fin a salvo.

—Así haremos, padre—dudó unos segundos antes de pedirle—. Cuando despierte, avísame, aún tengo una conversación pendiente con ella.

Éste no respondió, sólo asintió con la cabeza sin desviar la mirada del cuerpo de su hija.

Se fue con Jeremy a la sala de reuniones para hablar con sus superiores quienes supervisaban las cacerías. Iba a ser una reunión

tensa, que esperaba que no se alargara más de lo necesario. El castigo lo tenía asegurado pero no quería que le salpicara a Jeremy o incluso a su hermana.

El silencio que se impuso entre los dos hombres fue roto por Jeremy, quien al llegar al ascensor comentó en alto:

—Joder, creí que me iba a mear encima. Pero no salió tan mal, ¿no crees? Al menos no nos ha castigado.

—Aún—le respondió antes de que las puertas se cerraran, y el ascensor descendiera hasta el nivel -3, donde se encontraba la sala en la que iban a enfrentarse a los jefazos.

En el momento en que las puertas se abrieron de nuevo y salieron al largo pasillo que les conduciría a la sala, Jymes suspiró y se pasó una mano por los cabellos, revolviéndolos con rabia.

—Tú espera a que mi padre salga del shock que le dejó encontrarse con su hija perdida.—dejó en el aire la promesa que el se encargaría personalmente de castigarles a ambos al no llevar a cabo la misión.

De eso estaba seguro, como Soberano tenía que dar ejemplo, aunque fuera a costa de su propia familia.

William golpeó la puerta de la sala de curación, y entró sin esperar el permiso del sanador.

Nathan se quedó momentáneamente sin palabra al ver quien era el que había atravesado la puerta, pero se recuperó cuando éste le preguntó con ansiedad impresa en el tono de su voz:

—¿Cómo está mi hija?

Nathan se relajó, y comenzó a explicarle las novedades en las constantes vitales y en el núcleo mágico de la joven, entablando su primera conversación directa con el Soberano, quien las malas lenguas tenían razón. Imponía con su sola presencia.

¿Y ahora cómo le digo lo que acabo de descubrir? Se preguntó, mirándole de reojo mientras le aseguraba que había estabilizado su debilitado núcleo mágico, y que había sanado correctamente sus heridas.

CAPÍTULO 31

—¡Malditos imbéciles! Cabrones de mierda.

Jymes sonrió ante los improperios que estaba mascullando su amigo entre dientes, mientras caminaban hacia el ascensor para regresar a la sala donde quedó Bridgit.

—No te alteres tanto, de nada te va a servir. Ya escuchaste lo que dijo los jefazos, tenemos que encargarnos nosotros de encontrar a ese maldito de Brainar y traerlo de vuelta para ser juzgado, y luego ya decidirán el castigo que según ellos "merecemos".

Jeremy resopló golpeando repetidamente el botón del ascensor, a un paso de destrozarlo por la rabia.

Estaba enfurecido a un paso de ponerse a gritar y golpear un saco de boxeo hasta que se destrozara o se destrozaran sus nudillos, había llegado a su límite. Una hora con los jefazos, escuchando las gilipolleces que escupían por sus bocas, y maldiciendo por dentro a su amigo pues si estaba en ese berenjenal era por culpa de él, su paciencia había llegado a su fin.

Se sentía como una bestia rabiosa, pero sabía que a pesar de quejarse y desearle desde un ataque de hemorroides doloroso, a un infarto a los jefazos, él estaría al lado de Jymes, siempre. Apoyándole en todo lo que podía.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron y comenzó a moverse, Jeremy volvió a la carga maldiciendo en alto:

—Putos cabrones, para llenarse la boca con tantos insultos que sean ellos los que salgan de cacería, y que luego nos cuenten qué tal les fue. Mierda de tablas y estadísticas y ejemplos con otras cacerías, como si todas fuesen iguales.

—Tranquilo Jeremy, es mejor que te muerdas la lengua, y recuerda que las paredes tienen oídos, y hay muchos buitres que se alegrarían de nuestra caída. Además, poco importa lo que digan los jefazos, mi prioridad no es encontrar a Brainar, si no mantenerla a salvo.

Jeremy se apoyó contra el panel de botones del ascensor, asintiendo con la cabeza:

—Tienes razón, lo mejor es sacarla de la mansión, por mucho que no pudiesen acusarla de nada pues ella estaba retenida en el pasado, no podemos arriesgarnos, como bien dices no dudarán en ponernos como ejemplo y castigarla como lo hacen a quienes son capturados en una época que no les corresponde, ya sea en el pasado o en el futuro.

Jymes cerró los ojos unos segundos ante las palabras de su amigo.

Eso es lo que crees, o al menos lo que te hice creer. Pero ella estaba más que dispuesta a quedarse en el pasado, lo iba a dejar todo por un hombre, por ese salvaje.

El timbre del ascensor indicando que habían llegado a la planta seleccionada, sacó a ambos hombres del silencio que los envolvió.

—Jymes—éste se detuvo y miró por encima del hombro a Jeremy, quien aún seguía en el ascensor sujetando las puertas con las manos para que no se cerraran—. Me ocultas algo—no era una pregunta, era una afirmación. Estaba más que seguro que le ocultaba algo.

Cuando le iba a responder, miró hacia atrás, revisando el entorno en el que se encontraba, una costumbre adquirida tras varias misiones de captura al pasado, y estuvo a punto de gritar de rabia al ver las puertas de la sala de sanación abiertas de par en par.

Le dejó con la palabra en la boca y sin respuestas, cuando salió corriendo hacia la sala, con el corazón en un puño, bombeando con fuerza contra el pecho. Temía que la hubiesen localizado, que alguien que les vio llegar del pasado se hubiese chivado y la capturaron para ajusticiar.

No, no puede ser, no puedo perderla, no de nuevo. Gritaba para sus adentros, sintiendo una opresión en el pecho de puro dolor que le desgarraba en dos.

Al llegar a la entrada de la sala, buscó la camilla donde hasta hacía una hora el sanador estaba atendiendo a su hermana, pero no encontró nada. La sala estaba vacía, completamente vacía.

—¿Dónde están?—gritó—.¡¡¿Dónde cojones están?!!

Jeremy se puso a su altura y revisó a su vez la sala, preocupándose al encontrarla vacía. ¿Y si la joven había sido llevada a los calabozos a la espera de juicio? No, no podía ser verdad, ya que habría sido su propio padre el que llevase a su hija a una muerte segura. Pero…, conociendo al Soberano…

No. Negó con la cabeza. No podía ser verdad. Por mucho que una parte de él le gritara que William Wood era capaz de eso y mucho más, no quería creerlo.

—¡¡Tú!!…—Jymes atrapó a un sanador que pasaba en esos momentos al lado de ellos, y le asustó ante la mueca de furia que mostraba—. ¡¡Contéstame!! ¿Dónde está el sanador que atendía a la joven en esta sala?

El hombre tragó con dificultad ante la ira que percibía en los ojos de él, y con gran nerviosismo, acabó contestando:

—Se encuentra en la tercera planta, siguió a vuestro padre con la joven que atendía.

Jymes soltó un gruñido, dando media vuelta, sin mediar más palabra, seguido de cerca de Jeremy quien no se despegó de su lado hasta que llegaron a la tercera planta, ya que le ordenó que se pusiera

a buscar a su hermana puerta a puerta del pasillo izquierdo, mientras él se encargaba de las del pasillo derecho. Aquella planta estaba mayormente vacía, apenas ocupada ocasionalmente cuando llegaban invitados a la mansión.

Por suerte no tardaron en hallarla, en la cuarta puerta a la derecha, al ver salir al sanador quien la atendió nada más traspasar el portal y que fue interceptado por un preocupado Jymes, que prácticamente estuvo a punto de estamparle contra la pared para recriminarle el haberse llevado a su hermana sin comunicarle nada.

—¿Por qué la trajiste aquí? ¡Dímelo!—le exigió con voz oscura, llena de promesas de venganza. El vuelco que le dio el corazón al no encontrar a su hermana donde la había dejado estuvo a punto de partirle en dos por dentro, no podía volver a perderla. No podía.

Nathan tartamudeó intentando recuperar el aire, el Guerrero mantenía sus manos muy cerca de su cuello, apretando con fuerza la tela de la bata, hasta cerca de asfixiarle.

—La he traído aquí porque me lo ha ordenado vuestro padre. Él no quiere que nadie sepa que su hija ha regresado a casa, si la joven seguía en la sala de sanación, no tardarían en descubrir su existencia el resto del clan.

Tuvo que morderse la lengua para no soltar en alto una retahíla de maldiciones contra su padre. Él no había previsto cómo ocultar a su hermana, hasta que salió de la reunión y vio que no podría dejar que los demás averiguasen que Bridgit estuvo en el pasado, rompiendo una de las normas del clan de no viajar en el tiempo a no ser con los permisos que concedían los Jefazos para capturar a los vaniors que quebraran las Leyes y se ocultaban en otros tiempos.

—¿Cómo está mi hermana? ¿Ya ha recuperado el sentido?—se arrepentía de haberla desmayado, pero en ese momento fue lo único que se le ocurrió al ver que corría hacia ellos el escocés, y que ella parecía más que dispuesta a salir a su encuentro.

Nathan agradeció el cambio de conversación, centrarse en los temas médicos le tranquilaba y le daba confianza para continuar.

—Ya está fuera de peligro—*Por suerte para mí.* Pensó—, su magia se ha normalizado y ahora sólo queda que despierte. Su padre fue a su despacho y me dijo que esperase en el cuarto hasta que aparecieses. Ahora iba a buscar un café…—se disculpó al ver como Jymes alzó una ceja con un gesto interrogativo—, pero ya que estás aquí, podré regresar a mi trabajo. Esta noche estoy de guardia.

Jymes asintió, abriendo la puerta del cuarto y echando un vistazo, comprobando aliviado que su hermana estaba acostada en la gran cama que había en medio de la habitación. Apenas estaba decorada con una cama, una mesita de noche y un armario todos de un tono caoba oscuro, al igual que el resto de las habitaciones de aquella

planta.

—Ya se puede ir, sanador. Le agradezco la atención hacia mi hermana.

—Es mi deber—respondió éste dando otro paso hacia atrás, permitiéndole la entrada al amigo del hijo del antiguo Soberano del clan del Fuego.

—Recuerde que nadie debe saber que ella está aquí.

Nathan cabeceó, sin responderle nada a esto pues no hacía falta. El padre de la joven ya le había aconsejado que por su bien mantuviese silencio ante lo que había visto.

Al ver que no le iba a preguntar nada más, se atrevió a darle un consejo, pues temía por la vida de ella.

—Os daré un consejo, Guerrero, la joven no puede quedarse en la mansión, no es seguro para quien le de cobijo bajo estas paredes, ni para ella o el hijo que lleva en su vientre. Si deseáis ponerla a salvo, hacedlo antes de que todo explote.

Jymes quedó en shock. Su hermana… ¿Estaba embarazada?

—¿Está embarazada?—preguntó, deseando interiormente que se hubiese equivocado o que hubiese escuchado mal, pero la contestación del Sanador le confirmó sus peores temores.

—Sí, de apenas unos días, pero su hijo se aferra con fuerza a la vida gracias a la magia de su madre, pero si el enlace que une el núcleo mágico de ella no se repara lo perderá.

¡Mierda! Aquello lo complicaba todo. ¡Y de qué manera! Era preciso sacarla cuanto antes de la mansión, pues no estaba dispuesto a ver como la juzgaban por un delito que no cometió.

Pero al final te voy a perder. Masculló por dentro con dolor, sintiendo como el corazón se le encogía ante este hecho, pero era lo mejor para ella, y prefería ver cómo se alejaba de él a verla morir.

A Jeremy la noticia que Jymes iba a ser tío no le afectó de igual manera. Por fuera no mostró sentimiento alguno, pero por dentro se estaba muriendo de los celos. Jymes estaba mostrándose muy cariñoso con la joven y a pesar de saber que esa mujer era su hermana pequeña, algo en su interior bullía de rabia, como si fueran….celos.

Ay, joder. Tengo celos de su hermana. Su mente respondió con sarcasmo. *Y ahora te enteras chico.*

Durante mucho tiempo supo la verdad, pero nunca estuvo dispuesto a aceptar lo que realmente sentía por Jymes. Era imposible ser correspondido y por tanto lo mejor era guardar en lo más profundo de su corazón bajo capas de compañerismo y amistad los confusos y fuertes sentimientos que le provocaban la sola visión de él.

Nathan aprovechó el silencio que se impuso entre los hombres, para dar media vuelta, y alejarse sin mirar atrás, escuchando antes de llegar a los ascensores un portazo, que le indicó que habían ingresado

en el cuarto para estar con la joven.

Espero, que por el bien de ella, hagan lo correcto. Pensó, al tiempo en que pulsaba el botón del piso inferior donde le quedaban ocho horas de guardia antes de que pudiese ir a su alcoba a descansar.

Por años le ayudó, siendo su mano derecha en todas las misiones que le encomendaban, sufriendo cada vez que lo veía regresar lleno de heridas. Pero ahora, cuando bajaba la guardia, descubría parte de su locura, poniendo en peligro la amistad que los unía. Le amaba, de una manera sentimental y llena de pasión que acallaba con fuerza para no perderle, como no podía tenerle prefería estar en su vida como su amigo, como su hermano.

—Bridgit—Jymes entró en el cuarto y se sentó sobre la cama—. Has entrado de nuevo en mi vida como un huracán, como cuando eras pequeña y me seguías a todas partes. Sólo espero que me perdones por haber sido egoísta y traerte conmigo—le tomó la mano y se la apretó antes de soltársela, viendo con pesar cómo le temblaba el pulso. Aquella mujer era su hermanita, y pese que perdería una parte de su corazón la ayudaría a regresar junto al hombre con el que enlazó su núcleo mágico.

Jeremy no soportó por más tiempo ver aquello y se marchó, rumbo a su dormitorio. A pesar de que le doliese, ayudaría a su amigo, y aquella misma noche se pondría a ello para así de esa manera despejar su mente, y librarse del recuerdo de Jymes mirando con cariño el rostro dormido de su hermana.

Estuvo a punto de reírse de sí mismo cuando las puertas del ascensor se cerraron llevándole al primer piso donde residía, sentía celos, una sensación enfermiza que se estaba necrosando en su interior y todo porque deseaba a su amigo, le amaba con una intensidad que le dolía y le desgarraba en dos.

Pero aquel secreto se lo iba a llevar a la tumba, pues Jymes era heterosexual y él era más que realista, no creía en los cuentos con finales felices, la vida se lo había demostrado una y otra vez.

Su amigo adoraba a las mujeres y saltaba de cama en cama sin estar dispuesto a atarse a una para el resto de su vida, y él..., seguiría soñando con sus caricias y se mantendría a su lado como su amigo y hermano.

Así era la vida…

Los sueños no siempre se cumplían.

CAPÍTULO 32

Dos noches después

Bridgit tardó unos minutos en despertarse del todo. Entreabrió los ojos pero los volvió a cerrar, le dolía la cabeza con intensidad y sentía como si un tren le hubiera pasado por encima.

Cuando reunió las fuerzas necesarias, los abrió de nuevo, y se incorporó hasta quedar sentada en la cama. Miró a su alrededor con curiosidad y con el corazón latiendo con fuerza contra el pecho. No reconocía el cuarto en el que se encontraba, pero lo que si reconoció era que ya no se encontraba en el siglo XII. La televisión de plasma de treinta pulgadas era prueba suficiente para confirmarle que estaba de nuevo en su siglo. De alguna manera su hermano había conseguido llevarla de regreso a casa, aun a pesar de que ella le dijo que se negaba a dejar a su esposo.

Al incorporarse vio que estaba vistiendo un pijama de algodón de color verde oscuro, dos tallas más grandes. Estiró el brazo y observó como la tela adquiría unos tonos azulados entremezclándose con el verde oscuro a la luz de la luna.

¿Qué es lo que había sucedido? No recordaba nada, tenía una laguna en la mente que le impedía acceder a lo que había sucedido desde que dejó el pasado.

¿Quién le había desnudado? ¿Dónde estaba?

Paseó la mirada por el cuarto, antes de girar la cabeza y mirar los grandes ventanales que cubrían la pared derecha desde donde podía ver el cielo estrellado y la luna llena que iluminaba levemente el dormitorio.

¿Cuánto tiempo había pasado?

Odiaba sentirse así, perdida, sin saber qué había sucedido o cuánto tiempo había pasado. Se sentía de nuevo aquella niña que salió de la mansión en llamas, malherida y manchada con la sangre de su familia, sin saber a dónde ir, o qué le deparaba su negro futuro.

—Al fin despiertas hermanita.

Ahogó un gemido de sorpresa al escuchar la voz de su hermano, quien en ese momento entraba por la puerta abierta portando una bandeja con comida, y una bolsa negra colgada al hombro.

—¿Jymes?—preguntó en alto, asombrándose al escuchar su propia voz, ya que estaba ronca como si se hubiera quedado afónica.

Él debió ver el gesto de incredulidad ante el tono de su voz, porque

le aseguró:

—No te esfuerces, Brie, llevas dos días durmiendo, durante un tiempo sonarás como una rana. Prueba a comer algo, no tenemos mucho tiempo y tienes que recuperar fuerzas.

Ésta intentó preguntar a que se refería, pero su voz falló y sólo emitió unos gruñidos que no se entendieron.

En ese momento, Jeremy apareció por detrás de Jymes y le quitó la bandeja de las manos, depositándola sobre el regazo de la joven.

—Si dejaras de hablar como un loro y actuaras más, ella ya estaría lista para el viaje.

Abrió la tapa del tazón de sopa y le tendió la cuchara.

—Intenta comer algo, Bridgit—ella cogió la cuchara y la sumergió en el humeante tazón de sopa, probándola después—. Así me gusta. Tal vez no me recuerdes pero soy Jeremy—la tos que le sobrevino a ella después de escuchar su nombre, le hizo reír —. Veo que si me recuerdas. Te lo hice pasar muy mal siendo niña—*Eran celos los que sentía, espero que algún día me perdones.* Repitió en su mente incapaz de decirlo en alto.

Jymes observó en silencio el intercambio entre esos dos, manteniéndose apartado. Estaba a punto de cometer un delito al escapar de la mansión con su hermana, pero no le importaba nada. Se jugaría la vida por ella, por ponerla a salvo y asegurarse que regresara al pasado para que el niño que crecía en su interior pudiese nacer. Ya no había vuelta atrás, esa noche se lo jugarían todo a una carta, en cuanto su hermana terminara de cenar y se vistiera.

—Trae la bolsa con la ropa Jymes, tu hermana ya ha acabado de cenar—la voz de su amigo le devolvió a la realidad.

Le miró a los ojos y asintió, tendiéndole la bolsa negra que llevaba al hombro. Esperaba que le valiera a su hermana, y si no, que al menos no se quejara como lo hacían las mujeres cuando algo no les gustaba, porque no tenía tiempo que perder para buscarle un vestidito mono. Si no la sacaba esa noche de la mansión corrían el riesgo de perder la cabeza, literalmente. Ya llevaban dos días esquivando preguntas como podían de los Jefazos, y gracias a la ayuda de su padre no habían sido castigados por no haber capturado al objetivo que tenían que haber traído del pasado. No podían permitirse un día más, no cuando tenían a media mansión tras sus culos observándoles cada paso que daban.

Minutos después, estaba lista para acompañarles, vestida con ropas oscuras y con los cabellos atados en una coleta alta. Debajo de la ropa permanecían los moratones que le recordaban lo que le pasó en el pasado, cuando estuve presa en aquella prisión malolienta a punto de ser violada por unos soldados.

Con algo de dolor y sintiendo como sus músculos crujían y se quejaban con cada movimiento que hacía, siguió de cerca a los hombres que caminaban por unos pasadizos ocultos tras unos paneles, que conectaban varias zonas de la mansión y que sólo unos pocos conocían su existencia. Tras salir del cuarto habían atravesado todo el tercer piso hasta llegar al final, a una alcoba que siempre permanecía cerrada y en la que no había muebles dentro, tan sólo un gran espejo que ocultaba la entrada a los pasadizos. Desde ahí entraron en los túneles y dejaron atrás el tercer piso.

No se detuvieron hasta llegar a los garajes y montar en uno de los coches mercedes que poseía Jymes. Por una vez su afición, o su vicio como lo llamaba Jeremy le salvaría de levantar sospechas, pues nadie se percataría que faltaba uno de sus coches al haber tres más en los garajes. Su amigo por el contrario, se dirigió a su moto, negándose a montar en el coche.

—Iré detrás vuestro, pero no me pidas Jymes ir en esa carcasa con ruedas. Sólo me fío de mi preciosidad—dijo acariciando el manillar de su *Harley-Davidson*.

—Como quieras, *friki*, pero no nos pierdas de vista.

Éste bufó, sin dejar de acariciar su amada moto:

—Nadie ha sido capaz de jugármela, y no serás tú el primero en dejarme atrás. Serás tú quien me esté besando el culo durante todo el trayecto.

Jymes soltó una carcajada entrando en el coche, seguido de su hermana, quien sonreía pero se mantenía en silencio. Aquellos dos habían formado parte de su niñez, crecieron con ella, pero ahora no eran más que extraños con rostros de los niños que se burlaban de ella, quienes la protegían o le enseñaban nuevos hechizos a escondidas de sus padres. Era una mezcla extraña la que estaba sintiendo, entre nostalgia y asombro, conociendo de nuevo a su hermano y a su amigo, pero anhelando regresar al lado de Gaerth aún sabiendo que nunca más volvería a estar al lado de su familia.

Gaerth… Sólo pensar en su nombre le provocaba un estremecimiento en el alma, que su magia reaccionara buscando la de él, deseaba abrazarle, mirarle a los ojos, decirle cuánto lo amaba y que quería vivir a su lado hasta que la muerte los separase. *Pronto estaremos juntos…*

O al menos eso esperaba, no podía vivir sin él. Debía encontrar la manera de regresar a su lado, de atravesar el velo del tiempo.

Jeremy fue el primero en salir de los garajes activando el mando, y tomando rumbo a la carretera nacional que los alejaría de las propiedades del clan.

Jymes encendió el coche y tomó la misma ruta que él, y a su lado, Bridgit miraba a su alrededor con expresión ausente.

—Se que tienes muchas preguntas, hermana. Dispara.

Ésta salió de su mutismo, preguntándole directamente:

—¿Por qué me trajiste a este siglo? Te dije que no quería separarme de mi esposo. Si mal no recuerdo te grité que me había casado con un hombre del pasado y que no quería regresar a esta época.

—Sí, lo sé, pero no podía dejarte ahí, Brie, entiéndeme—apretó con fuerza el volante, antes de continuar—, no me podía creer que estabas viva, era un milagro. Y no podía perderte, no de nuevo—*Además, el fruto que crece con fuerza en tu interior es una muestra de vuestra pasión. No hace falta que me digas que no querías separarte de él, hermanita.* Murmuró para sus adentros, mirándola de reojo antes de fijar sus ojos sobre la carretera.

Comprendía su dolor, en su lugar no sabría qué habría hecho, pero ahora esperaba que no la defraudara y la ayudara a viajar al pasado para reencontrarse con Gaerth.

Optó por cambiar de tema, y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

Agradeció el cambio de conversación, no quería hondar más en la herida, sabiendo que en cuanto encontrara el modo de enviarla al pasado, la perdería para siempre.

—Dos días, ya te lo dije antes. Tus niveles mágicos tardaron en estabilizarse.

Bridgit asimiló aquello con rapidez, teniendo en cuenta que no todos los días te dicen que estuviste dos días en coma. Pero antes que eso, le urgía saber por qué motivo la habían sacado de la mansión.

—¿A dónde vamos? ¿Por qué me sacaste de la mansión?— miró hacia atrás, despidiéndose de la mansión que apenas se veía a lo lejos como un punto pequeño. La propiedad que rodeaba el edificio era extensa, protegida por fuertes barreras mágicas que impedía el paso de los humanos y de otras criaturas mágicas que no fuesen los vaniors.

—A un lugar seguro. Es necesario que nos alejemos de aquí, se castiga con la muerte a quien viaje al pasado o al futuro sin autorización—contestó, acelerando y saliendo de la propiedad, atravesando los portones donde se extendían las barreras mágicas que rodeaban toda la finca.

Ninguno de ellos se percató que la luz del dormitorio del Soberano estaba encendida, y que el hombre se despedía de su hija con un vaso de vino en la mano, y una silenciosa lágrima resbalando por su mejilla.

Durante los dos días que estuvo inconsciente acudía a verla, viendo dormir a sus dos hijos, uno sentado en una silla tomando la mano de su hermana. Aquella visión le llenó de orgullo, de calor, pero también de dolor, de nostalgia, añoraba los días en que fue feliz, en que aún tenía un corazón en el pecho, ahora no era más que una sombra del hombre que fue.

No quiso verla despierta, no quería despedirse de ella, mirarle a los ojos y ver su dolor, su traición, su rabia, pues era lo que más temía, quería llevarse de recuerdo a la tumba el rostro dormido de su querida hija, no su mirada de odio por no haberla buscado, por no haber salvado a… La mano le tembló y rompió la copa, esparciendo el vino por el suelo, junto con la sangre de los cortes que se hizo con los cristales.

Sé feliz, mi niña. Pensó con dolor, despidiéndose en silencio de lo que quedaba de su familia, viendo marchar el último pedazo de su corazón.

Lo que restó de viaje, Bridgit se mantuvo silenciosa, adormecida por el cansancio y la calefacción del coche. La música de la radio sonaba bajita, y el silencioso motor del mercedes rugía sólo cuando Jymes pisaba al acelerador.

Al pasar cerca del cartel de la carretera N.307-A, debían girar a la derecha en la siguiente intersección y seguir por ese camino durante unos veinte minutos, antes de llegar a su destino.

Jeremy fue quien consiguió la dirección de los actuales dueños de los pergaminos que precisaban para enviar de regreso a su hermana. Quizás sólo era un rumor que circulaba entre los vaniors, la existencia de unos pergaminos entregados a los humanos en los que redactaban los más oscuros secretos de los clanes, para ganarse la confianza de estos. Pero en los libros que habían revisado en la Biblioteca no encontraron nada, sólo la mención de los cinco pergaminos inmortalizados con sangre de los cuatro clanes y los que tenían el poder para unir dos almas aún a pesar del tiempo. Tras leer aquello habían sospechado que el enlace que unía a su hermana muy posiblemente fue fruto de un conjuro de esos pergaminos, si realmente existían. Porque temían que no era más que un rumor, o una leyenda que los humanos extendieron a lo largo de los siglos, o que los propios vaniors esparcieron como miles de leyendas que tenían en su mitología. Pero no perdían nada con ir a investigar, con acercarse al lugar donde el oráculo indicó que se encontraban. Donde su informante les señaló.

Sólo perderían una noche si no los encontraban y al menos Bridgit

estaba a salvo, fuera de la mansión, lejos de la mirada de los demás vaniors.

Al ver que ésta dormía, Jymes la sacudió con suavidad, soltando un instante la mano izquierda del volante.

—Brie, despierta. Estamos a punto de llegar.

Con voz adormilada, ésta preguntó:

—¿A dónde?

—A la mansión Forrester. Los actuales dueños de los pergaminos. Estuvimos mirando en la mansión y sólo encontramos que o bien te llevábamos al pasado con los portales, algo que quedaba fuera de nuestro alcance porque están vigilados las veinticuatro horas del día, o probar suerte con la leyenda de los pergaminos entregados a los humanos que son capaces de traspasar el tiempo.

Bridgit se giró para poder mirar el perfil de su hermano, por su derecha les adelantó la moto que conducía velozmente Jeremy, que se dedicaba a adelantarles y dejar que Jymes le adelantara como si estuvieran jugando en la carretera. Lo que no podía saber Bridgit era que Jeremy estaba rastreando la zona, analizando cada coche que se cruzaban en su camino.

—¿Por qué haces esto, Jymes?—tuvo que preguntarle.

—Vaya pregunta más tonta, Brie. Por que eres mi hermana pequeña, y a pesar de no estar de acuerdo con tu decisión, la respeto. Así que te ayudaré a regresar al pasado, para que estés junto a ese loco vestido con falda.

—Eh, no le llames así. Gaerth es perfecto para mí, si lo conocieses te encantaría—le recriminó golpeándole el hombro con fuerza.

—Sí, ya seguro, me caería super guay el hombre que aleja a mi hermana de mi lado y que de paso parecía a punto de partirme en dos con su espada cuando te llevé por el portal.

—Él me quiere, hermano, y yo a él, con todo mi corazón. Le necesito.

Y ahora más que nunca, hermanita, al estar embarazada de ese hombre, has unido tu magia a la suya y si pasas mucho tiempo alejada de su lado morirás. Pero eso no es necesario que lo sepas, aún no.

—Lo sé hermana, y por eso te voy a ayudar a regresar a él.

Por suerte para él, su hermana tomó en serio sus palabras, y se abalanzó para darle un abrazo fuerte.

—¡Muchas gracias, Jymes! ¡Gracias!—chilló feliz.

—¡Eh, suelta! Que podemos matarnos, no sorprendas abrazando de esta manera al conductor, que puede perder el control—le riñó Jymes, escondiendo la sonrisa que se le formó en los labios al ver feliz y radiante a su hermana. Deteniéndose ante el STOP, dándole luces a Jeremy que le esperaba a unos metros, observando con atención a su alrededor. No podían fiarse de nadie, podían haberle descubierto y en

esos momentos estar vigilándoles, o…

Una voz que no reconocieron tras un seco golpe al cerrarse la puerta trasera del coche, les sorprendió a ambos, quienes se giraron al mismo tiempo, con la magia chisporroteando a su alrededor.

—Tu hermano tiene razón, niña. No se puede hablar al conductor ya que puedes distraerlo, menos mal que cumple las normas de tráfico y se ha detenido en el STOP, o habrías conseguido que estrellara el coche.

CAPÍTULO 33

Soltando un alarido asustado, Bridgit lanzó una llamarada al intruso que estaba sentado en los asientos traseros del coche. Las llamas impactaron de lleno contra el cuerpo del hombre.

Éste se quejó en alto al tiempo en que apagaba las llamas con las manos:

—Ay que joderse, uno quiere ayudar, ¿y qué recibe como premio?, el placer de ser convertido en un pollo asado.

En ese momento antes de que Bridgit atacara de nuevo acompañado de su hermano quien estaba convocando a su fuego interior para carbonizar al intruso, la puerta trasera del coche se abrió de nuevo y apareció una mujer que los sorprendió a todos.

—Es lo que te mereces por asustarles—se rió en alto. Una risa cristalina acompañó a las maldiciones que profirió el extraño al ver quemado su camiseta—. Quedamos que le ayudaríamos, no que intentaríamos matarlos de un susto.

Bridgit la reconoció al instante. ¿Cómo no iba a hacerlo si la conocía desde hacía años? Con nerviosismo, desabrochó el cinturón de seguridad del coche y se giró quedando de rodillas en el asiento, con las manos apoyadas en el reposacabezas.

—¡¡Sylvia!! ¡Eres tú! ¿Estás bien?—observó con intensidad y curiosidad a su amiga, encontrándole algo extraño que no sabía definir, pero en esos momentos no le importaba, lo único que le importaba era que estaba a salvo, y a su lado de nuevo. Aunque una voz dentro de ella le preguntaba cómo era capaz de suceder esto, si Sylvia vivía muy lejos de ahí—. ¿Qué haces aquí?

—¿A qué pregunta te respondo antes?—se burló con cariño, tomándole las manos entre las suyas, alegrándose de estar nuevamente con ella.

—¡A todas!—gritó a su vez soltando una carcajada de pura felicidad, Bridgit. La había echado muchísimo de menos, y aunque regresara al pasado, su amistad la acompañaría siempre. Era su amiga, su hermana, quien la apoyó cuando el mundo se volvía en su contra, quien la animó a mejorar, quien la hacía reír con sus locuras.

Sylvia asintió, sonriéndole a su vez, a su lado sentía como su marido le enviaba una oleada de amor, apoyándola. Él sabía que le iba a resultar difícil separarse de su amiga, pero por el bien de ella la ayudaría a regresar.

—Vine a ayudarte. Cuando desapareciste me volví loca, estuve a

punto de ir a la policía, pero mi amorcito.

El hombre que la acompañaba gruñó ante aquel apelativo. No le gustaban los diminutivos, ni que le llamara con esos apodos absurdos que usaban los humanos con sus parejas. Él era su compañero eterno, el dueño de su alma, de su corazón, de su vida al igual que ella era la única que podía hacerle feliz, quien tenía en sus manos su destino.

Sylvia le miró de reojo y estuvo tentada a sacarle la lengua, burlándose de él. Lo amaba con locura, aunque parecía fruto de una mala novela romántica, pero aquel buenorro era todo suyo y por nada del mundo lo iba a dejar escapar. Y aunque no lo quisiese reconocer, una parte de ella siempre temería que la dejara, que se cansara de ella, por mucho que él le jurara que ahora estaba atada a él por toda la eternidad, que su unión los enlazaba mágicamente, y no se podía romper por nada de mundo.

—Como iba diciendo antes de que este aguafiesta nos interrumpiese con sus gruñidos amenazantes—ignoró la mirada de…"cuando estemos solos te la voy a devolver, te voy a devorar y hacer que me supliques que te haga mía", y también el cosquilleo que se posicionó en su vientre anhelando que "el castigo" fuese aquella misma noche, y continuó—. Mi esposo me aconsejó que lo mejor era dejar a los policías de lado—sobre todo después de que estos me aseguraran que la próxima vez que me detuviesen gritando en la calle que me perseguía un vampiro me iban a dejar en el calabozo tres días para que aprendiese a no hacer la loca en la vía pública. Sonrió internamente, pues al final ella había tenido razón. Un vampiro la perseguía y ahora era ella la que no quería alejarse de él—. Así que con sus contactos fue capaz de localizar a tu familia—miró al hombre que estaba tras el volante, observándola a su vez con atención, y con una mirada que dejaba claro que sabía lo que era y que la iba a quemar viva si veía que ponía en peligro a su hermana—. Y estuvimos en la finca esperando a que aparecieses.

—¿Cómo sabías que iba a aparecer en la mansión?—había algo que se le escapaba, ¿desde cuando la alocada Sylvia se había convertido en Holmes?

—Elemental, mi querida Watson—Bridgit abrió los ojos desmesuradamente al escuchar aquello. ¿Ahora leía su mente?—. Y si, puedo leer tu mente, pero es que aún no puedo controlarlo, no es intencional, aunque hay partes como….ummm esa faldita si que le queda bien a tu churri.

El hombre que la acompañaba se abalanzó sobre ella y la besó con furia, marcándola con sus labios, abrazándola con una necesidad animal que le carcomía por dentro. El ver cómo estaba disfrutando con las imágenes de otro hombro lo alteró y quiso mostrarle que ella era suya, solo suya.

El beso se cortó cuando Bridgit carraspeó en alto temiendo que su amiga acabara arrancándole la ropa al hombre por como se estaba poniendo de caliente el coche.

—Si no te importa Sylvia, me estabas contando qué pasó, y la verdad es que no creo que quieras que veamos como lo acabas violando contra el asiento trasero—se burló riéndose al ver las mejillas azoradas de su amiga, quien se separó enseguida del hombre, con la respiración agitada y los ojos vidriosos de placer.

—Eh, sí, sí, tienes razón—se giró y golpeó en el hombro a su pareja —. Es culpa tuya, no me vuelvas a besar hasta que estemos solos, que consigues que me olvide de todo lo que me rodea.

Dimitri sonrió con orgullo masculino iluminando sus cinceladas facciones, aquella mujer era suya y los días que había pasado tras ella habían valido la pena. Lo que en un principio fue una obsesión por su parte desde el día que la vio por la calle, se convirtió en una necesidad, pues sin ella no era capaz de seguir adelante. Su alocado duendecillo se había convertido en lo más importante de su vida, su compañera eterna.

—Eso pretendo cuando te beso, que sólo pienses en mí, y recuerda —. *Cuando estemos solos te voy a hacer pagar que te hayas excitado con otro hombre, eres mía, duendecillo, no lo olvides.* Le susurró con voz candente a su mente, sonriendo internamente al ver cómo ésta se ruborizaba. Iba a lamerla, a poseer su cuerpo hasta que se desmayara de puro placer.

El sonido del crepitar del fuego los devolvió a ambos a la realidad, que se giraron y miraron con sorpresa al hermano de Bridgit quien mantenía una bola de energía en la mano, con la clara promesa en sus ojos de lanzarla.

—Muy bonito todo, pero no estamos aquí para presenciar un culebrón romanticón, si no para poner a salvo a mi hermana, y si vuestra explicación no me satisface os voy a freír hasta que no quede nada de vosotros, chupasangres, y si intentáis algo—con la cabeza señaló hacia la derecha a la altura de la puerta del acompañante tras el conductor donde estaba parado Jeremy sentado con una pose de tranquilidad sobre su moto pero con la clara intención de intervenir si lo creía conveniente—. Mi amigo se asegurará que no salgáis vivo de aquí.

Antes de que Dimitri respondiera con rabia a su amenaza, Bridgit golpeó en la cabeza a su propio hermano, gritándole a su vez:

—Nada de magia, atontao, que ella es mi amiga y pongo mi mano en el fuego por ella. Así que deja de mear a nuestro alrededor para marcar territorio, que no hace falta. Confío en ellos, y…—en ese momento resonó con fuerza una palabra que pronunció con odio su hermano en su mente, con cara de sorpresa la repitió en alto,

deseando saber qué más le había sucedido a su amiga, para que…—. ¿Eres una vampiresa? ¿Cómo es posible? ¿De verdad te perseguía un vampiro?

Sylvia rompió a reír con fuerza, doblándose en dos.

—Sabías que cuando te pones nerviosa pones así los ojitos, es super gracioso—la imitó, achinando los ojos, a un paso de bizquear. Al ver que ella iba a replicarle, continuó—. Y si a todo, me perseguía un vampiro, al final me acabé casando con él y si, estoy aquí porque quiero ayudarte a regresar al pasado, por mucho que me den ganas de darte una patada en el culo por dejarme así. Pero gracias a los poderes de mi amorcito—otro gruñido que le hizo reír—, pudimos averiguar por tus vecinos que la noche que desapareciste hubo un terremoto, y él notó la magia que se percibía en tu cuarto, así que o bien habías estallado o habías sido secuestrada y existen muy pocos hechizos para transportar así a una mujer lejos de su habitación. Y tras averiguar que eras una bruja…

—Vanior, cielito—esta vez la que gruñó fue Sylvia, odiaba esa palabra, cielito, era como la zorra de la ex de su esposo le llamaba cuando se le colgaba del cuello cada vez que lo veía. Un día de estos la iba a estrangular con sus propias manos si no dejaba de colgarse así de él y de restregarse como si le picara algo y quisiese que él la rascase, por mucho que fuese su prima hermana—. Las brujas no existen, ella es una vanior, al igual que estos dos.

Con un gesto de la mano le restó importancia. ¿Qué importaba que se llamara vanior a la raza de Bridgit? Para ella eran brujos capaces de dominar los elementos, punto, en plan *Potter* con una mezcla de *Avatar*.

—Da igual, amorcito—. *¡Toma esa! Yo también puedo jugar guapete, no me pinches mucho o acabaré mordiéndote*—. Y ahora si no te importa quiero contarle toda la historia sin más interrupciones—ladeó la cabeza de un lado a otro, con las palmas de las manos hacia arriba, mirando directamente a su amiga—. Para que luego digan que nos enrollamos solas, si es que la culpa es de ellos, que no nos dejan hablar sin dejar caer sus comentarios. Chist—le dijo a ver que su esposo iba a responderle, y sonrió internamente al ver que por el momento iba a permanecer calladito, aunque estaba segura que cuando estuviesen solos se la iba a hacer pagar. *Y eso espero*. Susurró con deseo, pues Dimitri siempre la colmaba de un gran placer, adorándola con sus manos, con su lengua, con sus ojos, con sus palabras, con su…cuerpo—. Buen vampiro—no pudo contenerse a decirle, sonriendo al ver su cara cada vez más enfadada—. Pues a lo que iba, cuando averiguamos que eras una vanior fuimos a la propiedad más cercana de vaniors que resultó ser ésta y Dimitri localizó a este hombre y a otro más viejo que huelen como tú.

Bridgit se giró y miró a su hermano quien estaba tenso, saber que una raza de inmortales los había estado espiando no le alegraba el día para nada, es más le preocupaba, ¿dónde había quedado la seguridad de la propiedad? ¿Es que acaso los vampiros se habían vuelto tan poderosos cómo para traspasar las barreras mágicas sin sufrir daños?

La voz de su hermana lo sacó de sus pensamientos.

—¿Nuestro padre está vivo?—*¿Por qué no fue a verme? ¿Acaso me odia?*

—Sí, lo está, y no pongas esa cara, Brie, si por él fuese no te dejaría moverte de su lado, pero teníamos que sacarte de la mansión o acabarían descubriéndote y nuestro padre por mucho poder que tenga no podría evitar tu muerte al romper nuestras Leyes. Y sí, te vio, se preocupó que fueses atendida y estuvieses cómoda, él…—sus ojos se oscurecieron al recordar el pasado—, no es el mismo desde aquella noche, ninguno lo somos.

Bridgit asintió en silencio, sintiendo como las lágrimas se deslizaban por las mejillas, le habría gustado poder abrazar a su padre, mirarle a los ojos una última, pero debía aceptar lo que él había decidido.

—Está bien, Jymes, lo comprendo.

Éste la miró agradecido, asintiendo con la cabeza.

—Que guay tía, si al final tenías razón y tu familia sí que te esperaba y te quería.

Bridgit se sobresaltó ante la voz de su amiga, hacía tiempo que no recordaba esas palabras, cuando las decía en los centros de acogida cuando algún niño se burlaba de ella echándole en cara que era una huérfana de mierda y que no había nadie que la quisiese.

—Sí, es cierto, y tengo que agradecer también tenerte, Sylvia—le tendió la mano y sonrió cuando se la apretó con fuerza, dándole confianza—, siento no haber estado ahí cuando…—miró de reojo al vampiro quien sonreía orgulloso, cruzado de brazos. Era un hombre alto, con aspecto peligroso, cabello corto de un color que le recordaba al oro, y unos ojos azules como el cielo que brillaban peligrosamente, aunque nada en su postura indicase lo contrario—…Que coño, ¡te eché de menos Sylvia!

Ésta se rió en alto, había temido el día en que se reencontrase con su amiga, después de todo lo que había sucedido temía que la rechazara por convertirse en una vampiresa.

—Yo también, y ahora no perdamos más tiempo, vamos que no me voy a despegar de ti hasta que tengas que regresar junto a tu churri.

Ambas miraron a los dos hombres que permanecieron en silencio ante la verborrea de ellas, quienes se encogieron de hombros y dijeron:

—Por mí bien, pero si hacen un movimiento en falso, los…

—Nada, no vas a hacerles nada, Jymes, que ella es mi amiga y él su pareja, ¡narices! Confío en ellos, ¿cuántas veces te lo tengo que repetir?

—Son vampiros, Brie—dijo éste como si con eso lo dijera todo.

—¿Y? Y nosotros vaniors, ¿qué importa eso? Además sabes que sólo se alimentan de humanos o de sus compañeros, así que no te preocupes, que no van a morderte tu culo.

—Puaj, no, niña, ni aunque fuera la única fuente de alimento de todo el Universo, por los Dioses, que ahora no puedo borrarme esa imagen de la cabeza, que asco por Dios.

—Mi amorcito, que exagerado eres—se rió Sylvia sentándose muy cerca de él, acariciándole la mejilla, maravillándose ante lo que sentía cuando estaba a su lado. Amor. Puro, salvaje, eterno.

Un golpe en la ventanilla del conductor les sobresaltó a todos. Jymes bajó la ventanilla y Jeremy no perdió tiempo.

—Si ya habéis acabado, viejas cotorras, ¿podemos ponernos en marcha? Tenemos que llegar cuanto antes, recordad que vamos con una proscrita, dos vampiros y dos gilipollas que están rompiendo la Ley de su clan, y por si no os habéis dado cuenta estamos parados en medio de la carretera y me gustaría ver que cara ponéis si llega una patrulla de policías a ver qué sucede.

Le dieron la razón y se pusieron en marcha. Bridgit feliz, agradeciendo la compañía de su amiga a quien la acribilló a preguntas acerca de su nueva vida, que ésta respondía con una sonrisa, mostrándole lo feliz que estaba, y los hombres…mirándose de reojo uno desde el espejo retrovisor y el otro desde el asiento trasero, envidándose juramentos de sangre, desconfiando del otro.

En todo momento, a lo largo del trayecto, la moto de Jeremy serpenteaba por la carretera buscando indicios de presencia de vaniors, pues temía que los hubieses seguido y no quería más sorpresas por aquella noche.

La presencia de esos dos vampiros era más que suficiente sorpresas por un día.

CAPÍTULO 34

—Así que él te llevó tres veces a la cárcel.

Sylvia enrojeció ante las palabras de Bridgit, y negó con la cabeza.

—La verdad es que la culpa de acabar en los calabozos fue mía, cada vez que lo veía gritaba como una posesa que era un vampiro, hasta una vez en medio del IKEA lo ataqué con una pata de un armario que estaba expuesta—al ver la mirada de Brie que le decía claramente "¿pero tú te volviste loca o que?", confesó—. Tenía miedo de él, pero sobre todo de lo que me hacía sentir cada vez que estaba cerca de mí, así que intenté empalarle con una estaca, y a falta de estaca cogí una pata de madera y…—negó con la cabeza no queriendo recordar más esos días, en los que saltaba por nada, en los que miraba hacia atrás todo el rato creyendo que él estaba cerca—…acabé en los calabazos por mi culpa.

Esta vez Bridgit se giró y miró hacia donde estaba el vampiro en silencio, mientras Jymes conducía con una sonrisa disfrutando de la imagen del chupasangre atravesado por una pata de madera en medio del IKEA.

—Así que tú la acosaste hasta que te aseguraste que ella iba a aceptar ser tu compañera y tú lo perseguías con una "estaca"—apuntilló con los dedos, un gesto que hizo en el aire sonriendo abiertamente—, por media ciudad. Sois tal para cual.

—Eso sí, él me hace muy feliz, Brie, es todo lo que soñé y mucho más, aunque tenga una familia retorcida que dan ganas de abandonar en una isla desierta. ¿Te puedes creer que cuando me llevó a su casa su familia intentó hacerle entrar en razón para que me dejara? ¿Para que no me mordiese una tercera vez y así no me transformase? Según ellos y son palabras textuales… Esa humana mantenla como comida, como tu juguete, pero búscate a una vampiresa de sangre pura para bla bla bla. Serán imbéciles esos…

—Poco debe importarte lo que te digan mi familia, Sylvia, desde el primer momento en que te mordí, no…desde mucho antes, desde que te vi, supe que eras mía. Poco me importa lo que mis padres, mis hermanos o el resto de la familia me diga, nada ni nadie te va a separar de mí.

—Sabes que te quiero, ¿no?

Dimitri le acarició la mejilla con ternura y adoración.

—Por supuesto que si, mi amor, recuerda que puedo sentir lo que sientes, escuchar tu voz interior, y acariciar tu alma.

Sylvia se echó a reír, besándole la palma de la mano, antes de negar con la cabeza divertida mirando esta vez a su amiga quien los contemplaba con cariño y alegría.

—¡A que es el mejor!

—No si al final tanto quejarte que te iba a morder el vampiro y acabas casada con él—se burló Bridgit, alegrándose por ella. Quería a Sylvia como su hermana y le alegraba verla feliz, dichosa, segura al lado de un hombre.

Ambas echaron a reír, rompiendo la tensión del ambiente y consiguiendo que los dos hombres que las acompañaban en el coche, sonriesen.

El resto del viaje transcurrió con calma rota solo por las preguntas de las dos, que querían saberlo todo de sus nuevas vidas, para ellas el tiempo no había pasado, era como cualquier sábado que se reunían para desayunar juntas y pasar un día de chicas, aunque tenían el tiempo contado en el momento en que encontraran el modo de enviarla al pasado.

El coche perdió velocidad en un momento hasta detenerse completamente frente a una reja alta de forja que rodeaba una gran extensión de terreno.

—Ya hemos llegado—dijo Jymes apagando el coche, y viendo como Jeremy aparcaba la moto a su lado, haciendo un gesto con la mano indicando que todo bien, que no había vaniors a los alrededores.

Bridgit se giró, sentándose bien, y se quedó mirando con la boca abierta la impresionante mansión que había ante sus ojos. El viejo edificio de piedra tenía tres plantas, rodeada de bellos y perfumados jardines, que en esos momentos se veían apagados iluminados levemente por la tenue luz de la luna. Un paraíso en el que vivían los actuales dueños de los pergaminos mágicos, y que estaba rodeado por una verja que debían atravesar para poder acceder a la propiedad.

—Llegó la hora de la verdad—continuó Jymes, guardándose la llave de su amado coche en uno de los bolsillos del vaquero, y abriendo la puerta para salir, siendo seguido por los demás ocupantes del coche.

El aire de la noche le hizo temblar, pero no sintió frío, ni siquiera notó como Sylvia se puso a su lado y le tomó del brazo, acercándola a ella. Bridgit mantenía la vista clavada en aquella mansión, en la que el destino les diría si la información que consiguió su hermano era cierta o sólo fruto de las leyendas y el paso del tiempo.

Gaerth… Murmuró dentro de ella, con dolor. Temía que su orgulloso guerrero hubiese caído en la batalla a manos del enemigo.

No. No quería pensarlo, su escocés tenía que estar vivo y tenía que tener la esperanza que esperaba su regreso, que deseaba volver a verla, abrazarla y vivir una vida que les fue privada por su hermano, por el destino, por una venganza en la que estuvo a punto de ser ajusticiada como bruja.

—Ya verás como todo va a salir genial, Bridgit, ten fé—ésta se giró y miró a su amiga quien le sonreía con cariño, percibiendo así los colmillos de un tamaño más grande de lo normal.

En poco tiempo las dos habían visto como sus vidas cambiaron completamente, una convirtiéndose en vampiresa al lado de un hombre que pasó de ser su pesadilla al esposo de sus sueños, y otra, viéndose transportada al pasado en el que descubrió lo que es entregarse por completo a otra persona, y obteniendo el mayor de los regalos a cambio: un amor sincero, puro, y pasional, que viviría más allá del tiempo y el espacio, y por el que iba a dejarlo todo, a luchar por regresar a él, a su amado Gaerth.

—Eso espero Sylvia, no puedo vivir sin él—murmuró sin esperar que los demás la escuchasen.

—Y que razón tienes niña—Dimitri intervino, agradeciendo a ver claudicado cuando su duendecillo le pidió investigar la desaparición de su amiga. Adoraba verla feliz, y en esos momentos su compañera lucía segura y orgullosa, apoyando a su "hermana" hasta el final—. Si no regresas a él, morirás.

Bridgit se sobresaltó y se soltó del enganche de Sylvia quien la dejó ir, mientras le lanzaba una mirada de "tú estás mal, cómo le dices eso" a su esposo.

—¿Lo qué? ¿Cómo que me voy a morir si no regreso junto a Gaerth?

¿El enlace mágico era tan fuerte? Creía que si no daba con el modo de regresar como mucho perdería su magia, al no ser alimentada por la magia de su escocés, pero de ahí a perder la vida, un gran paso, y muy grande la verdad.

—¿No te lo han dicho?—preguntó Dimitri, mirando a los dos vaniors que lucían avergonzados y molestos por su intervención.

—No, aún no le hemos dicho nada, no hubo tiempo, además no es el lugar para informarle de algo así, ¿no crees? Pero vaya, no sabíamos que los vampiros fuesen tan marujas, y con la lengua tan larga—intervino Jeremy defendiendo la actuación de los dos, pues habían decidido contarle lo del embarazo antes de enviarla al pasado para que procurara que no se metiese en líos y fuese informada de su nueva situación. Pero no antes, no quería preocuparla, y si no encontraban la manera de enviarla al pasado, ella misma se enteraría de todo cuando abortara al pequeño antes de marchitarse poco a poco por falta de la magia de su compañero de alma.

Quizás se hubiesen equivocado pero lo que no aceptaban era que un vampiro lo soltase de esa manera.

—¿Qué teníais que informarme? ¿Qué es lo que sucede?—paseó sus ojos de Jeremy quien lucía nervioso y molesto, lanzándole miradas al vampiro que si pudiesen mataban, a su hermano quien suspiró, y respondió finalmente:

—Que estás embarazada, hermanita, y por culpa del hechizo con el que te enlazaste al salvaje ese, si no regresas perderás al bebé y luego tu vida. Es necesario que regreses al pasado para que puedas vivir, y mi sobrino o sobrina pueda nacer sano y fuerte.

Bridgit quedó sin aire, y estuvo a punto de caer al suelo de la impresión, por suerte Sylvia seguía a su lado y la sujetó con fuerza.

—¿Estoy...?

—Es cierto, Bridgit, puedo escuchar los latidos de tu bebé, está creciendo fuerte en tu interior así que no te preocupes, además vamos a encontrar la manera de devolverte junto a tu explosivo churri, así que nada de malas caras o reproches—la conocía muy bien, y sabía que podía acabar en medio de un ataque de nervios contra su hermano reprochándole que la hubiese arrastrado por el portal sin pensar en lo que ella le pedía. No quería que su amiga dijera cosas que luego se arrepintiese de haberlas dicho—. Toca saltar esa verja e ir a por los pergaminos. ¡Te lo puedes creer Bridgit! Vamos a cometer allanamiento de morada y robo—rompió a reír palmeando la espalda de ésta—, vamos a ser cómo los *Ángeles de Charlie*.

—Duendecillo—la amonestó Dimitri, cabeceando negativamente, pero mirándola con orgullo y adoración. Su alocada compañera le había salvado de una eternidad de soledad y vacío. Era su vida, la mujer que podía salvarle o condenarle con su sola presencia, pues si le llegaba a dejar un día perdería su motivo para seguir viviendo. La vida de un vampiro era larga, demasiado si no tenías a tu lado a quien le entregases tu completa confianza y tu corazón, y por suerte para él, la había encontrado al lado de esa hermosa mujer.

—¿Qué?—miró a su marido, a la vez que éste sonreía negando con la cabeza—. No me seas aburrido, Dimitri. Vamos a entrar en esa casona y a robar, ¡eso es excitante! Como si fuésemos espías.

—Tienes que ver menos televisión, esa caja atonta la mente.

Ésta bufó ante las palabras de su marido, y cruzándose de brazos le respondió:

—Ya, y me lo dice un adicto al *twitter*, el señor espera que estoy escribiendo un *tweet*. Quien me iba a decir que los vampiros son adictos a las redes sociales.

—No somos adictos, sólo nos gusta mantenernos al tanto de las nuevas tecnologías.

—Ya, vaya excusa barata que empleáis para no avergonzaros por

ser adictos al twitter, al facebook y no digamos al instagram, pero si tienes más fotos ahí colgadas que en toda tu casa.

La salvó de seguir despotricando contra la adicción de su marido a las nuevas tecnologías al escuchar la voz de su amiga, que sonaba sorprendida:

—¡Estoy embarazada! Es….

—Si dices imposible, Brie comenzaré a pensar que estás de broma con nosotros, o hace falta que te expliquemos cómo se hacen a los niños—ironizó Sylvia, acercándose a ella.

Ésta la fulminó con la mirada, antes de sumergirse en su mente y recordar cada uno de los momentos que compartió con Gaerth, sonriendo abiertamente.

Sí, oh, momentos hubo para quedarse embarazada. Posó las manos sobre el vientre, lo tenía un poco redondito pero era porque le gustaba comer, y la buena comida, no era de las que se pasaban los días a lechuga y haciendo ejercicio hasta que no pudiesen más. La comida era un vicio y ella disfrutaba a gusto, sobre todo con los dulces, y el chocolate.

Oh, el chocolate. Eso si que lo iba a echar de menos, pero valía la pena, con tal de estar al lado del hombre al que amaba con locura.

Jymes rechinó los dientes al ver los cambios de humor que pasaron por el rostro de su hermana. Imaginarla siendo poseída por un hombre era un pensamiento que le producía malestar. Desviando la mirada de ella, la paseó por los presentes, dos vaniors en plenas facultades y dos vampiros, un buen equipo para tomar por la fuerza la mansión y buscar por todos los rincones los pergaminos.

En ese momento, escuchó el sonido de la alarma de su reloj. Era la hora. Había puesto la alarma para que sonara a las doce de la noche, momento en que tenía pensado llegar a aquel lugar y entrar en la mansión en busca de los pergaminos. Tenían cinco horas hasta que el poder de la noche propiciase el ritual para abrir las puertas del tiempo, o al menos era lo que ponía en el libro que encontraron y que hablaban de los mágicos escritos que permitían a los mortales con sangre vanior en sus venas pudiesen realizar magia.

Por suerte, los calmantes que le dieron a Bridgit dejaron de hacer efecto hacía horas o si no tendrían que haberla arrastrado hasta aquel lugar y enviarla dormida al pasado.

—Ya es la hora, no podemos perder más tiempo. Así que dejaros de tanta tontería y pongámonos en marcha—acabó diciendo en alto, interrumpiendo la cháchara de las mujeres que estaban hablando entre ellas de bebés.

Jeremy y Dimitri agradecieron la interrupción, incómodos al escuchar los comentarios de las mujeres acerca de bebés, nacimientos, y demás.

Jeremy porque al aceptar que se sentía atraído por Jymes le recordaba que su amigo algún día llegaría a casarse y formar una familia, y él sería testigo de todo, amando desde las sombras a un imposible, sintiendo como el corazón se le estrujaba cada vez que viese el rostro de los niños que tuviese su amigo.

Dimitri, porque no estaba dispuesto a tener un hijo en los próximos doscientos años, ya que deseaba disfrutar plenamente de su esposa, la quería sólo para él, podía sonar egoísta pero había tardado una eternidad en encontrarla y ahora no quería compartirla con nadie.

Al ver que disponía finalmente de la atención de todos, Jymes expuso su plan para entrar en la mansión, por suerte, nadie protestó y se dispusieron a seguir sus órdenes.

Así que, éste acabó saltando saltó por encima de la reja de seguridad, y destrozó con bolas de fuego las cámaras de seguridad de la finca que quedaron a su vista nada más tocar el suelo. Detrás de él, aparecieron uno tras otro, quedando al cabo de unos minutos todos de pie en la propiedad.

Jeremy comprendió el mensaje corporal de Jymes y se alejó hacia la mansión para revisar si había más cámaras de seguridad, y destrozarlas con su poder.

Atravesaron media finca, mirando en todo momento a su alrededor, buscando indicios de que habían sido descubiertos, temían que había sido demasiado fácil colarse en la propiedad, y nunca era de más tomar todas las precauciones posibles con tal de no ser sorprendidos por el enemigo, o en este caso por el dueño de aquellas tierras.

Antes de llegar al edificio, se encontraron con seis doberman que les gruñeron y les mostraron los dientes, protegiendo su hogar. Los animales eran hermosamente salvajes, de un color oscuro y ojos brillantes, con unas hileras de dientes de gran tamaño. Eran perros que intimidaban y que se utilizaban para proteger las propiedades, lo que no significara que fueran peligrosos, a no ser que fueseis unos intrusos con la intención de entrar por la fuerza en la mansión para robar.

Cosa que así eran.

Y ninguno de ellos quería dañar a esos hermosos animales, a no ser que fuese la única opción que les quedase para poder llegar hasta la casa.

Así que, en esos momentos si que tenían que tener cuidado con los perros…, o poner un vampiro enfadado delante de ellos.

Dimitri no tardó más de tres segundos en ahuyentar a los animales y sólo necesitó mirarles a los ojos.

Les mostró a los doberman quien mandaba, imponiendo su liderazgo y dejando salir parte de su esencia animal. El instinto de obediencia y sumisión ante otro macho de mayor poder estaba

impreso genéticamente en cada criatura, y los perros entendieron el velado mensaje del vampiro, retrocediendo y regresando a sus casetas, con las orejas caídas y los hocicos agachados a punto de tocar la hierba de la finca.

—¡Dimitri, eres el mejor!—exclamó orgullosa Sylvia echándose en sus brazos.

Los vaniors los dejaron atrás, al ver que los vampiros se perdieron el uno en el otro mirándose con adoración, como si el mundo que les rodeara no tuviese nada que ver con ellos.

Los metros que los separaban del edificio se hicieron cortos y cuando quedaron debajo del balcón del primer piso, Jymes expuso su plan de escalar por la fachada y entrar en la mansión utilizando la puerta de la habitación que daba al balcón y que estaba entreabierta.

Bridgit miró hacia arriba y se asustó al comprobar que debía haber unos seis metros entre el balcón y el suelo, y ella hacía años que no se entrenaba en las artes de la escalada y el sigilo. Lo tendría difícil para seguir a los otros. Además que se sentía cansada, y el cuerpo le dolía un poco, como si estuviese acatarrada.

Jymes iba a ser el primero en acceder al balcón, pero los vampiros se le adelantaron, saltando desde el suelo y quedando de pie sin dificultad en la barandilla del balcón.

—Los mortales sois patéticos si no sois capaces de saltar esta distancia—dijo Dimitri con una expresión socarrona en el rostro.

Jeremy fue el que le contestó, con los ojos llameantes.

—Tenéis suerte, porque si lo hiciésemos estaríais a dieta estricta, chupasangre.

Antes de que Dimitri respondiera, Sylvia le golpeó en el hombro, al escuchar sus gruñidos amenazantes. Éste la miró con una ceja levantada:

—¿Qué sucede ahora? La culpa es de él, ten por seguro que no voy a permitirle que nos insulte—le respondió ignorando la mirada de advertencia de su mujer.

Sylvia bufó, saltando dentro del balcón y abriendo la puerta de la habitación con cuidado.

—No te hagas el inocente conmigo, Dimitri. Te conozco muy bien, esta vez empezaste tú, y te recuerdo que vine para ayudar a mi amiga, y despedirme de ella, no para molestar a nadie, o amenazarles con desangrarles.

Dimitri soltó un suspiro.

—Por ahora aceptaré esta situación, Sylvia. Por ti. Pero que esos dos se aparten de mi camino—saltó al suelo y agarró de la cintura a Jeremy que contuvo el aliento al sentir la frialdad que desprendía el cuerpo del vampiro—. Aunque si sois del grupo B podéis cruzaros en mi vida cuantas veces queráis. Me encanta el amargo sabor de ese

grupo sanguíneo.

Con otro salto llevó a Jeremy hasta el balcón y procedió a buscar al siguiente vanior, pero una voz los interrumpió:

—Si ya habéis dejado de jugar, podéis entrar en la casa. Estoy cansado de esperar por vosotros, y no queda mucho tiempo para realizar el ritual.

Bridgit se giró y quedó boquiabierta al encontrarse con un hombre en el resquicio de la puerta de la planta baja. A su espalda se veía el salón iluminado por la luz de la chimenea, y varias lámparas colgadas del techo con formas de arañas. Los muebles del cuarto eran de un color caoba claro, con filigranas de oro, haciendo juego con las oscuras alfombras que cubrían los suelos de piedra.

Parecía que llevaba tiempo observando la actividad de los intrusos, disfrutando del espectáculo. Para salir de dudas, se lo preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que sabes que estamos nosotros aquí?

El hombre abrió del todo la puerta y salió afuera.

—Desde el momento en que llegasteis. Tengo sensores de movimiento y cámaras de seguridad en los caminos que rodean mi propiedad, durante la noche las activo todas, y si alguna suena y estamos todos en casa, llamamos a los guardias de seguridad que viven en una de las casetas al norte de la finca. Pero esta noche no necesitamos más testigos. El ritual puede llevarse a cabo con sólo cuatro personas y aquí somos más que suficientes. Eso si, me debéis las cámaras de seguridad, no hacía falta que las destruyerais. Como ladrones no tenéis mucho futuro, entrasteis como una estampida de elefantes, hicisteis demasiado ruido.

Jymes se pasó una mano por los cabellos, un gesto que solía repetir cuando estaba nervioso.

—¿Cómo es posible que supieráis que llegaríamos esta noche?

—No estaba muy seguro si llegarías esta noche o si vendrías dentro de veinte días, es necesario la fuerza de la luna y la alineación de los astros para que los pergaminos actúen. Pero no hablemos más aquí fuera, hace un poco de frío y he encendido la chimenea. ¡Pasad!—se apartó y señaló con una mano el cálido interior de la mansión. Después miró hacia arriba y gritó para que los que estaban en la primera planta le escuchasen—. Bajad al salón, la primera puerta a la izquierda.

Le siguieron al interior, y los que estaban en el primer piso entraron en la habitación y buscaron el salón, donde se reunieron todos juntos alrededor de la chimenea sentándose en amplios y cómodos sofás de cuero negro.

—¿Ahora si nos lo vas a contar?—preguntó de nuevo Jymes, rechazando con un gesto de cabeza la copa que le ofreció el anfitrión.

H. Jacques Forrester, se quedó de pie apoyando la espalda contra el

muro de piedra al lado de la chimenea. Desde niño había sido entrenado para aquella situación en la que se encontraría con los vaniors y les ayudaría a pasar al otro tiempo, pero nunca le dijeron que además de los seres mágicos se encontraría cara a cara con dos vampiros.

—Por donde puedo comenzar….

El vampiro le interrumpió:

—Por el principio humano, no es tan difícil contar una historia.

Dimitri recibió un golpe en el hombro de su mujer.

—¡Ya basta! ¡Compórtate! No puedes ir por ahí marcando territorio, intentando atemorizarles, somos sus invitados, nada de gruñirle, o mostrarle los dientes o amenazarle con beber su sangre, además, en él percibo magia así que debe ser descendiente de los bruj…esto, de los vaniors—corrigió a tiempo, no deseando que su amado esposo le explicase la diferencia entra los brujos de la ficción como Harry Potter y los vaniors—, y como tal no podemos morderle, ni alimentarnos de ellos, tú mismo me lo has repetido hasta la saciedad.

El silencio que siguió a esas palabras fue roto por Jeremy quien comenzó a reírse en alto, doblándose en dos.

—Te tiene atado por los huevos, eh tío. ¿Dónde está el vampiro malo ahora?

Sylvia se evaporó en el aire para aparecer delante de Jeremy quien saltó hacia atrás sorprendido, apenas fue un segundo lo que tardó la joven en moverse a través del cuarto, su velocidad era impresionante.

—También va por ti, basta de vuestras tonterías de machos dominantes, que ya parecéis gorilas en celo sin más cerebro que el instinto de meterla.

—¿Siempre ha sido así?—se aventuró a preguntar Dimitri a Bridgit quien sonreía con nostalgia, su amiga nunca cambiaría, puro volcán que no dudaba en decir todo lo que pensaba a la cara.

—¿Tú que crees? Sylvia es cien por cien sincera, acéptalo.

—Y si no te gusta, te jodes, estas atado a mi vampiro, asúmelo—se enfadó Sylvia mirando de mala manera a su esposo. Ya lo que faltaba que le pidiese que cambiase, cuando lo había dejado todo para irse con él a la dimensión en la que vivían los vampiros, un mundo paralelo en el que acudían cada día a descansar sin temer que los humanos apareciesen en sus casas portando antorchas y guadañas para acabar con ellos.

H. Jacques decidió que era el momento de intervenir, de narrar su historia, así que después de mirar fijamente el contenido de su copa durante unos segundos, comenzó a narrarles la historia, eligiendo muy bien las palabras.

—En mi familia hay una leyenda que se transmitió de padres a hijos desde hace siglos, acerca de una valerosa guerrera que viajó en el

tiempo para conquistar las tierras del norte. Y esta leyenda indica que algún día esa guerrera vendría a nosotros, los últimos Guardianes, para recuperar su destino. Desde hace siglos hemos guardado a buen recaudo los cinco pergaminos, a la espera de tu llegada—finalizó, mirando fijamente a Bridgit

Ésta se mostró sorprendida y algo incómoda revolviéndose en el sofá. Se mostraba tan seguro, como si cada día fuese de lo más normal que tres vaniors del fuego y dos vampiros apareciesen por su casa con la intención de abrir un portal hacia el pasado.

—Y… ¿cómo sabes que soy la mujer de la leyenda?

H. Jacques sonrió abiertamente, mostrando a las mujeres del salón que era un hombre hermoso, con una belleza que atraía al género femenino con solo respirar. Su porte era de un Rey orgulloso de sus éxitos, del poder que residía en sus manos y sus ojos eran sinceros, llenos de picardía y sabiduría.

Se esperaba esa pregunta. La verdad es que le sorprendía que no le preguntara más cosas, pero optó por mantenerse callado, si ella no quería saber más acerca de los anteriores Guardianes lo mejor era permanecer en silencio, además no influiría en la historia, ni en el futuro ritual que esperaba que se llevara a cabo esa misma noche.

Para poder responder su pregunta, presionó una piedra a la altura de sus ojos, que había a un lado de la chimenea y abrió el panel oculto que había encima de ésta.

Bridgit jadeó al ver la imagen del tapiz.

—Soy yo—murmuró consternada. La mujer que se veía pintada en aquella vieja tela era ella, con unos cuantos kilos de más, algunas canas en la cabeza, y unas cuantas arrugas fruto del paso del tiempo, pero seguía siendo ella.

H. Jacques asintió.

—Tu esposo lo mandó pintar para colgarlo en su despacho, y pasó a mi familia como prueba de la verdad de la leyenda, para que no se perdiese en el tiempo, así llegó a mis manos cuando cumplí la mayoría de edad y me convertí en el actual Guardián de los pergaminos. Estaba escrito que en este mes iba a aparecer la guerrera a la que tendría que ayudar a viajar al pasado, a la época que le deparó su destino para que se reuniese con su marido.

Bridgit preguntó una vez que recuperó su voz.

—¿Quién es tu familia?

H. Jacques sacó un pequeño libro de su chaqueta lanzándoselo a ella quien lo cogió en el aire.

—Creí que ya lo habrías supuesto, guerrera. Pero si aún desconoces quien es mi antepasado, abre el diario. Lo escribió el primer Duque de Forrst, uno de los antiguos Guardianes de los pergaminos.

Con algo de ansiedad, Bridgit abrió el diario, que no era más que

una serie de pergaminos doblados en dos y cosidos a mano con una tapa de cuero. El papel estaba amarillento pero en buen estado, de un grosor mucho mayor que el papel actual y que desprendía un olor a incienso y a piel que le revolvió un poco el estómago.

Cuando llevaba varios párrafos leídos, exclamó en alto:

—¡Es imposible! ¡Eres descendiente de Hugh!

—Imposible no, guerrera. Hugh se vio forzado a casarse y tuvo familia. Soy descendiente de la hija mayor de Hugh, quien heredó las tierras y el título de su padre, aún cuando aquello no era lo usual en esa época, pero Hugh insistió en que su hija estaba más que capacitada para gobernar las tierras y regentar la fortuna familiar. Y ella fue quien se convirtió en la Guardiana de los pergaminos, entregándoselos a su vez a sus hijos y así hasta que llegaron a mis manos cuando cumplí la mayoría de edad—contestó Hugh Jacques Forrester, dejando la chimenea para buscar los pergaminos en la caja fuerte del salón, detrás de un cuadro, al otro lado del salón.

Bridgit pasó varias páginas del diario de Hugh, escrito a lo largo de su vida desde los recuerdos de su dura infancia, su vida en las Highlands y cuando se vio obligado a regresar a Inglaterra, dejando a su familia atrás.

Llegó a esa parte en la que pudo leer.

“Muerte al Rey Inglés al haberme obligado a abandonar las tierras de los McLeods y todo porque murió el bastardo del Forrester y su hijo, dejándome a mi como su único heredero de la fortuna familiar. Espero que se estén retorciendo en el Infierno al ver que el hijo bastardo será ahora el dueño de todo. Estoy tentado a prender fuego a sus tierras, quiero ver como las llamas borran aquellos muros, en los que crecí como un esclavo, como el más humilde de los criados”

Hugh Jacques se arrodilló ante Bridgit y le cerró el diario.

—No tengas prisa en leer su vida, ahora es tuyo, quédatelo. Así podrás ayudarle a tomar las decisiones correctas cuando llegue la hora. Ahora no hay tiempo para que lo leas detenidamente— mostró los pergaminos que sostenía con la mano izquierda. Éstos estaban envueltos en una tela de algodón para preservarlos—. Llegó la hora que regreses junto al McLeod.

CAPÍTULO 35

Tierras McLeod, una semana después de la desaparición de Bridgit.

Tiró la botella vacía al suelo, estallándola, con la mirada fija en los pedazos de los cristales que quedaron esparcidos por el suelo, y como el dorado líquido comenzó a extenderse por la zona, lentamente, como si se burlara de él.

Llevaba dos noches encerrado en su alcoba, bebiendo hasta perder el conocimiento, intentando por todos los medios olvidar las últimas noches que pasó junto a su esposa, el tiempo que pasó a su lado, su olor, su presencia, que lo atormentaba cada minuto del día y que intentaba ahogar con el alcohol.

Hugh intentó que saliera de la alcoba varias veces, alegando que no era un buen lugar para olvidar, pero él se resistía a abandonar el lugar donde vivió los mejores momentos de su vida junto a su guerrera. Se estaba torturando, pues quería olvidarla para no sentir el dolor que le corroía por dentro, pero al mismo tiempo se negaba a abandonar su recuerdo, al contrario se aferraba a él con desesperación, como si fuera lo único que conseguía que siguiese respirando.

No podía dejar de recordarlo. Una y otra vez. Como el hombre arrastraba a su mujer por el portal, desapareciendo en medio de la niebla, convirtiéndolo en la sombra que era ahora, un hombre amargado y sumergido en el dolor a punto de ahogarse ante la ausencia de la mujer que le robó el corazón.

Nada más desaparecer ella, gritó su nombre, una y otra vez, hasta que la garganta le dolió y la voz se le rompió. Tuvieron que ser sus propios hombres quienes le arrastraron de vuelta a las barcas, porque él no quería dejar el lugar donde ella desapareció. Se negaba a dejar las tierras de los MacKenzies.

Y cuando llegó a la isla, acudió con presteza hasta la cabaña de Magnus para buscar en los pergaminos, el modo de hacer regresar a su guerrera.

Durante un día se negó a moverse de la cabaña, leyendo minuciosamente cada palabra de los escritos, desesperándose al no encontrar nada, pues en los textos se describía la manera de invocar a un guerrero, pero no cómo traerlo de regreso cuando éste traspasaba la puerta de los tiempos para regresar a su época, una vez finalizada la

misión o porque consiguió liberarse del trato.

Estuvo tentado en patear los restos de los cristales de la botella al recordar la infernal semana que pasó, en la que veía pasar los días, y la esperanza por recuperar a su esposa se desvanecía en el aire.

—Malditos sean todos, por alejarte de mi lado, mi guerrera, mi compañera, la dueña de mi alma y mi destino. Cada vez que me miro en un espejo o veo mi reflejo en el agua me acuerdo de ti. Tu presencia me atormentará siempre, el color de mis ojos me acompañará eternamente, siendo una muestra de nuestra unión, al igual que este dragón que ruge encima de mi pecho vacío.

Cerró los ojos y se dejó caer al suelo cerca de los restos de la botella de whisky, intentando recordar le rostro de ella aún en medio de la neblina del alcohol que embotaba su mente.

Al escuchar ruidos de pisadas a lo lejos, apretó los labios, y se levantó, apoyando las manos en la mesa, agradeciendo ese punto de apoyo porque la cabeza le daba vueltas.

Nada más abrirse la puerta, suspiró hondamente al escuchar la voz de su hermano:

—Gaerth, es preciso que hablemos. Esto no puede seguir así, no puedes seguir ahogándote en la bebida. Recuerda que eres el heredero del Laird.

—Por San Ninián, Hugh, cuantas veces tengo que decirte que no quiero que me interrumpan. Y ni se te ocurra volver a echarme en cara mi cargo en el clan, lo he dado todo por salvar a mi gente, he derramado mi sangre, he…—*la perdí por mi culpa, por menospreciar al enemigo*. Era todo por su culpa.

Hugh pasó por alto el tono de amenaza de Gaerth, y caminó hacia él, quedando frente a frente.

—Esto es importante hermano, si no te habría dejado ahogándote en tus penas, porque es lo que te mereces por abandonar la búsqueda de tu mujer tan pronto.

Gaerth explotó, cogiéndole por las solapas de la camisa blanca, zarandeándolo.

—¡Quien te crees que eres para hablarme así! No entiendes lo que estoy pasando. Nadie puede hacerlo—*Es como si me hubiesen desgarrado por dentro.*

Hugh resopló, soltándose del amarre de éste.

—Tienes razón, no puedo comprenderlo, ni siento lo que tú estas sintiendo en estos momentos, pero lo que sí sé es que llevas varios días bebiendo como un trastornado, vaciando las reservas de alcohol del castillo, y todo porque aún no encontraste la solución a tu problema.

Gaerth gruñó. Su hermano tenía razón. Él nunca se había rendido, pero esta vez había perdido el corazón. El daño que le produjo ver que

habían secuestrado a su mujer no fue nada comparado al ver cómo desaparecía ante sus ojos a través del portal de los tiempos. Pues, aunque invocasen de nuevo al guerrero con el ritual de los pergaminos no necesariamente aparecería Bridgit. Tenían que saber la época y el lugar de procedencia de la vanior, para poder dar con ella, para poder invocarla sin equivocación y traerla de regreso.

Pero, nadie sabía el año exacto, ni la ciudad de procedencia de Bridgit, y él no podía dejar de culparse por ello, por no interesarse acerca del pasado de ella.

No querías que recordara lo que dejó atrás, que se arrepintiese de haberte elegido por encima de todo. Escuchó una voz en su mente, al recordar que no quiso indagar acerca de su pasado para no alentarla a abandonarlo, para no perderla.

—Dime lo que has averigado, y lárgate.

Hugh resopló, cruzándose de brazos, mirando con asco la desordenada habitación en la que se veían decenas de botellas tiradas por el suelo, y el intenso olor a alcohol impregnaba cada rincón. Aquel no era su hermano, no era más que un hombre que se ahogaba en su dolor, dándole la espalda al mundo, ignorando los consejos de quienes lo apreciaban y se preocupaban por él. Si seguía así el clan podría darle la espalda, obligar al Laird a que elija otro heredero que estuviese capacitado para defenderlos, para protegerles con todas sus fuerzas.

—Como quieras Gaerth. Te lo contaré para que sigas hundiéndote en tu propia mierda, porque parece que es lo único que quieres hacer. ¡Mírate por Dios!, éste no eres tú. Tienes que enfrentarte al destino, luchar por lo que quieres, por…—ignoró la mirada de advertencia de su hermano y continuó, pero omitiendo hablar directamente de la guerrera que consiguió conquistar el corazón de Gaerth—. Encontramos algo en el pergamino oscuro.

—¡Eso es imposible! Yo mismo lo revisé de arriba abajo y no encontré nada.

Hugh le fulminó con la mirada, antes de responderle de malas maneras, harto de tanto pesimismo por parte de él.

—Pero tú no eres su Guardián. Los pergaminos sólo revelan a sus Guardianes sus mayores secretos, y el pergamino oscuro me lo desveló esta noche.

—¿Y cuál es ese secreto? ¿Y por qué ha tardado tanto en mostrartelo?

—Si dejases de interrumpirme cada minuto podría acabar de contarte lo que descubrimos. Este lugar apesta y quiero poder respirar bien sin sentir náuseas. Además no tengo ni idea de por qué tardó tanto en mostrarme lo que me mostró, ¿Quién tiene control total sobre la magia? Yo no, al menos—Gaerth asintió, dándole a entender con un

gesto de cabeza que continuara, que por mucho que tuviese miles de preguntas no le iba a interrumpir—. Según las palabras del pergamino, si tu mujer no regresa junto a ti se debilitará y morirá, ya que su magia se unió a la tuya cuando consumasteis la unión.

Gaerth estuvo a punto de perder la respiración de la impresión.

No podía ser verdad. Su mujer no podía estar en peligro de muerte, no quería creerlo. Porque de ser verdad, Bridgit estaría debilitándose hasta el punto de rozar con sus dedos la muerte, si no regresaba a su lado. Cerró los ojos con fuerza, y maldijo por dentro al destino, uno que había elegido separarlos, someterles a esa tortura.

Cuando la perdió y tuvo que reconocer con dolor que no podría traerla de vuelta, se ahogó en la pena pero al menos le consolaba la idea de que ella le olvidara y llegara a ser feliz, aunque le desgarrara por dentro la sola idea de verla en brazos de otro hombre.

Pero no quería que ella se estancara en una vida de soledad, en el que la muerte fuera su única salvación. Deseaba que al menos fuera feliz en su siglo, en su mundo.

Cierto que la separación era dolorosa, pero la sombra de su muerte lo hacía insoportable.

Apretó los puños con intensidad, hundiendo las uñas en su carne. Tenerla de nuevo a su lado era lo que más deseaba. Durante dos noches buscó incansable la manera de traerla de regreso, pero no halló nada. En ninguno de los pergaminos explicaba el modo de hacer regresar al guerrero. Los Guardianes le ayudaron a buscar alguna posibilidad de esperanza, releyendo los pergaminos. Hugh al finalizar el suyo, sugirió que se hiciese de nuevo la invocación para probar suerte y ver si traían de regreso a Bridgit. Pero ninguno votó su opción, pues las posibilidades de que apareciese la joven por el portal de nuevo, eran más bien escasas. Podía ser que atrajesen a otro guerrero, y tuviesen que lidiar con un nuevo problema.

Y con el paso de los días se dio por vencido, aceptando que no podría traerla de regreso, que se enfrentaba a una existencia sin la mujer que lo liberó de la soledad, que consiguió hacerle sentir completo cuando la tenía entre sus brazos. Y fue cuando decidió que ella merecía ser feliz, que esperaba que lo olvidara y reanudara su vida, aunque a él le rompiera por dentro la sola idea de esta opción.

—Debo encontrar la manera de traerla de vuelta. ¡Ella no puede morir!—bramó, deseando tener algo que golpear de la rabia que sentía por dentro.

—Menos mal que has entrado en razón, hermano. Llevas unos días compadeciéndote. Bebiendo hasta perder el conocimiento, y lamentando tu pérdida sin luchar.

Gaerth abrió los ojos y agarró la empuñadura de su espada, pasando al lado de las botellas vacías de whisky sin siquiera mirarlas.

Nadie podía reprocharle en cara lo que había hecho, que se pusiesen en su lugar, que sintiesen lo que él sintió cuando vio a su mujer desaparecer por el portal, y cuando viviesen lo que él pasó, que le contaran cómo se enfrentaron a este gran golpe del destino.

—Guarda tus comentarios jocosos y tus recriminaciones para después, ahora llévame a dónde están los demás Guardianes. Muy pronto, Bridgit McLeod estará de nuevo entre mis brazos. De alguna manera la traeré de vuelta.

Su guerrera sólo tenía un destino, estar a su lado.

CAPÍTULO 36

Bridgit esperó, sentada encima de una roca, a que el círculo de sal estuviese listo y que los presentes que iban a participar en el antiguo ritual, finalizasen sus tareas. Paseó la mirada por el lugar, memorizando la imagen de su hermano ya que en cuanto traspasase el portal, nunca más lo vería. Aquella sería la última noche que estaría junto a su familia, y por más que quisiese contarle todo a su hermano, desde su angustia al ser abandonada en un orfanato después del ataque, su adopción por parte de un matrimonio de maestros que dejaron de hacerle caso en cuanto nació su primera hija, y como la entregaron al primer centro de acogida que encontraron, hasta la alegría de ser la esposa de Gaerth, pero no había tiempo.

Me habría gustado abrazar a mi padre por última vez. Murmuró para sus adentros, cerrando los ojos y notando el picor de las lágrimas que pugnaban brotar y deslizarse por sus mejillas.

El carraspeo de un hombre atrajo la atención de Bridgit que abrió los ojos, y miró a Hugh Jacques Forrester, que se sentó a su lado.

—¿Por qué me has regalado el diario?—le preguntó, interesada en la respuesta. Si ella era enviada al pasado con un documento en el que se detallaba sucesos del futuro podría causar una distorsión en el tiempo, si caía en malas manos. Aquel documento era un don peligroso.

Además, el actual Forrester no la conocía, y sin embargo le había confiado un secreto de familia que podía cambiar el futuro.

Hugh Jacques se encogió de hombros, un gesto que le recordó al hermano mujeriego de Gaerth. Ambos compartían muchos gestos, y rasgos faciales, ahora que lo miraba bien, que lo tenía cerca de ella. Por momentos parecía que estaba hablando con Hugh, y no con su descendiente. Era una sensación extraña.

—Cuando leas el diario, sabrás porqué tomé la decisión de entregártelo—las enigmáticas palabras del hombre la intrigaron tanto que deseó tomar el diario y ponerse a leerlo hasta acabarlo, en esos mismos momentos—. Mi antepasado necesitará tu ayuda y la de su familia escocesa. Se embarcará en una aventura que le podrá costar su vida, si no elige bien el camino a seguir. Durante su vida escribió todo lo que vivió, y lo que pudo haber pasado si hubiera seguido sus instintos. Dejó claro que fue su familia quien le ayudó a tomar el camino correcto, por este motivo estoy seguro que junto a tu esposo le ayudaréis a enfrentarse a su destino. Él también lo creyó, supo que lo

manipulasteis pero se alegró por ello, pues tuvo una larga vida junto a su familia, a la que protegió y amó hasta el final de sus vidas. Fueron tus palabras y las de su hermano las que lo ayudaron, y para dejar constancia escribió el diario y mandó proteger el retrato. Para que el pasado se cambiase como debía ser.

Bridgit asintió, apoyando el mentón en sus rodillas, apretando éstas contra el pecho, abrazando sus piernas.

—Si te soy sincera, no sé si seré capaz de ayudarle.

—No tienes que preocuparte, ya lo has hecho y el diario es testimonio de ello—le contestó él, manteniendo un tono de voz calmado y grave.

Bridgit sonrió, relajándose. Sus palabras la tranquilizaron. Confiaría en él, en lo que leyó en el diario. Regresaría junto a su marido, viviría una larga vida a su lado y serían felices, compartiendo los problemas que surgiesen, y asegurándose que el alocado hermano de su marido cumpliera el destino que le estaba escrito.

La risa de Sylvia interrumpió sus pensamientos. Bridgit alzó la cabeza cuando ésta se puso delante de ella, con las manos en la cadera. La joven vampiresa la miraba con fingido enfado.

—¿Qué haces vagueando, Brie? ¡Ayúdanos a preparar el círculo mágico! Esos tres no hacen más que tirar sal por el suelo mientras discuten y así no acabaremos nunca—señaló a su esposo y a los vaniors que discutían entre ellos, con los saleros en las manos, y esparciendo sal por el suelo sin percatarse.

Bridgit soltó una carcajada, levantándose de la roca seguida del descendiente de Hugh.

—Está bien Sylvia, os echaré una mano. Aunque se supone que el vanior que atravesará el portal no puede crear el círculo, para no interferir con su magia en el ritual.

Sylvia echó hacia atrás un mechón de pelo, mirando de reojo a su marido que siseaba abiertamente al hermano de su amiga.

—Eso ya lo sé, Brie. Pero al menos pon paz entre esos dos locos que no dejan de picar con sus palabras a mi marido.

Bridgit negó con la cabeza, divertida.

—¿Y quién detendrá al vampiro?

Sylvia le guiñó un ojo, cómplice.

—Mi esposo es asunto mío. Él come de mi mano, hace caso a cada palabra que digo.

O eso espero. Susurró en su mente, acercándose a su compañero, interponiéndose entre éste y los humanos, obteniendo unos gruñidos de advertencia al ponerse en peligro.

Bridgit señaló con su mano dónde Hugh debía tirar sal al suelo, formando un círculo protector que les ayudaría a abrir el portal. Al verla trabajar, su hermano cesó de discutir y se le acercó.

—¿Qué haces, hermana? Deberías descansar, aún no estás recuperada del todo de tus heridas.

Bridgit se cruzó de brazos y le miró con una ceja alzada.

—¿Y quién se supone que terminará de acondicionar el lugar? ¿Vosotros? Si no hacéis más que pavonearos como gallitos para ver quien cacarea con más fuerza.

Jymes soltó una carcajada, mientras tomaba el salero de manos de su hermana pequeña.

—No has cambiado nada, hermanita. Sigues siendo la niña que no se mordía la lengua ante nadie y que seguía a sus mayores como un pollito sediento de conocimientos.

Bridgit le golpeó cariñosamente la espalda, respondiéndole con fingido enfado:

—Serás tonto, si yo era un pollito tú eras un gallo con ganas de cacarear porque vamos que recuerdo bien las broncas que llevabas de nuestros padres al exponerte y no hacer caso—sonrió con emoción, ante los recuerdos del pasado, antes de regresar junto a la roca donde se sentó nuevamente, contemplando los últimos preparativos para el ritual.

Escuchando de fondo las voces de los que la estaban ayudando, miró al cielo estrellado, donde la luna se ocultaba entre nubes grisáceas iluminando levemente la zona proyectando fantasmagóricas sombras.

Muy pronto estaremos juntos, Gaerth. Posó una mano sobre su vientre donde crecía con fuerza su hijo, fruto de su amor. *Muy pronto.*

CAPÍTULO 37

Hugh Jacques abrió el baúl donde guardaba los pergaminos sagrados. Eran cinco los documentos antiguos que llevaban en el poder de los Forresters, desde la época del primer Hugh Forresters. A los márgenes de los pergaminos había pequeñas anotaciones con tinta negra que describían el modo que debían realizar para abrir el portal en la época y lugar deseado. De todos era sabido que había una posibilidad de equivocarse y lanzar a la joven a otro siglo, perdiéndola en el tiempo- espacio. No se sabía a ciencia cierta quien escribió aquellas anotaciones, pero ahora eso poco importaba, lo agradecía, no dispuesto a equivocarse al abrir el portal para la joven vanior.

Llevaba toda la vida estudiando los pergaminos, y demás libros de ocultismo de su biblioteca privada. Sus padres, le enseñaron todo lo que sabían acerca de la magia, mostrándole cómo dominar su poder mágico. No pertenecía a ningún clan vanior, ni sería capaz de entrar en uno al correr por sus venas sangre de humano. Pero el poder que poseía asombró a sus progenitores y a los tutores que pasaron por su vida. Era capaz de dominar el viento y el agua, proyectando sus sentimientos en la naturaleza, creando fieras tormentas los días en que su humor era nefasto. Su padre sonreía orgulloso cada vez que él mostraba su poder, y se aseguró que aprendiera a controlarlo a la perfección para que no influyera en su vida diaria.

Así lo hizo, aprendió, mejoró y siguió estudiando por su cuenta aún después de perder a sus padres en un lamentable accidente de tráfico. Lamentaba no tenerlos en su vida, que pudiesen ser testigos de los logros que alcanzó, de la mujer a la que estaba conociendo y que esperaba que aceptara su proposición de matrimonio en breve, y que fuesen testigos de lo que iba a acontecer esa noche.

Extendió los pergaminos en una pequeña mesa redonda que sacó del salón de su casa y la plantó a escasos centímetros del borde del círculo mágico. La mesita fue previamente lavada con agua bendita para retirar los fluidos mágicos que impregnaban la madera después de años de presenciar conjuros y hechizos de práctica durante las horas de tutoría del heredero Forresters.

Había dispuesto los instrumentos que utilizarían durante la apertura del portal, pero aún no comenzarían el ritual ya que hasta que no estuvieran dibujados los círculos protectores no podían empezar, pues sus vidas corrían peligro.

Echó un vistazo a la labor de los demás invocantes que estaban

finalizando el segundo círculo. Ya habían acabado el círculo central donde se situaría la joven vanior, era de un perímetro de dos metros de diámetro, con un grosor de cinco centímetros de sal aproximadamente. Alrededor del círculo principal se dibujarían otros cinco más pequeños orientados hacia los cuatro puntos cardinales y un quinto acompañando al círculo ubicado en el norte donde se posicionaría el hermano de la joven, al compartir sangre con ella y núcleo mágico. Él sería el encargado de hacer la ofrenda de sangre que abriría la brecha entre los mundos, y permitiría a su hermana regresar junto a su esposo.

No podían cerrar ninguno de los círculos. Aquel era un error que cometían los principiantes, y que podía acarrear fuertes problemas. Las circunferencias de sal no podían cerrarse porque debía permitir la entrada a los participantes en el ritual, que serían los encargados de cerrarlos, finalizando de esta manera la preparación del lugar mágico, y manteniendo en todo momento la seguridad para no sufrir un ataque repentino de magia al entrechocar las dos líneas temporales durante unos segundos.

El lugar elegido estaba dentro de la propiedad de Hugh Jacques Forrester. La mansión se alzaba donde estuvo la primera residencia del antepasado de Hugh Jacques, la del joven bastardo que recibió una misiva del Rey de Inglaterra indicándole que era el heredero de la fortuna Forrester al fallecer en extrañas circunstancias su padre y su hermano mayor. La mansión no era la original, ya que en el siglo diecinueve hubo un gran incendio que quemó hasta los cimientos la antigua estructura. Los dueños de la propiedad, quisieron reconstruirla siguiendo los planos de la primera mansión, adaptando la edificación a las modernidades del siglo XIX, pasando entonces de padres a hijos hasta que llegó a manos de Hugh Jacques.

La vida de Hugh Jacques no fue fácil, bien es cierto que dinero no le faltaba a su familia, pero si añoró la unidad familiar que veía en sus compañeros de internado. Cuando regresaba a casa durante las vacaciones se encontraba con la realidad de su vida, que sus padres apenas se trataban y que convivían en una gran y vacía casa como si fuesen completos extraños. No puede negar que los amó, y que los echaba de menos, pero le habría gustado que sus padres lucharan por lo que una vez tuvieron y ampliaran la familia, no convirtiéndole en hijo único que perdió a sus padres un fatídico día por culpa de un accidente de coche.

Pero la vida le enseñó que los sueños no eran más que esos, ilusiones que se evaporaban con el paso de los años y que le ayudaron a poner los pies en la tierra, y enfrentarse al día a día con orgullo y constancia.

Era un hombre nuevo, con una fortuna personal que duplicaba el

patrimonio de su familia, con un apellido con historia que le llenaba de orgullo y un proyecto de futuro en los brazos de una mujer, que conoció en su último año de universidad y había sido una constante en su vida.

Y esa noche, iba a ayudar a una mujer a regresar junto a su esposo, y cambiar el rumbo de la historia.

Al norte de la finca, sobre un montículo iluminado por las estrellas, donde se concentraban dos fuentes de energía natural, y que según las leyendas se decía que era la entrada al mundo de las Fae, era el lugar elegido para llevar a cabo el ritual. Dotado de un gran poder mágico aquel lugar, ayudaría a la invocación sin necesidad de trasladarse al norte del país buscando el lugar exacto desde donde Bridgit llegó al pasado por primera vez.

No podía permitirse un error si no querían enviar a la mujer a otra época.

Los viajes a través del túnel del tiempo siempre conllevaban riesgos y sólo los más poderosos de la raza vanior podían sobrevivir al umbral de intenso poder que atravesaban para saltar de una época a otra. El propio Jymes admitió a regañadientes cuando le preguntaron acerca del portal, cuando estaban en el salón de la mansión todos reunidos, que él tenía que descansar entre los viajes, pues se agotaba física y mentalmente hasta la extenuación. Era doloroso pasar el portal y su núcleo mágico se resentía por el viaje.

Era cierto que Bridgit era un caso especial al estar embarazada de su esposo y enlazada mágicamente con éste. Su vida estaba en peligro y podría llegar a morir si permanecía por más tiempo alejado de él, cuando pasase por el portal su magia buscaría la del highlander, anhelando reunirse con él.

Al ver que ya habían finalizado de dibujar los círculos más pequeños alrededor del principal, Hugh Jacques se alejó de la mesa, donde dejó los pergaminos y caminó hacia la joven vanior que esperaba para iniciar su viaje. Ésta lucía nerviosa mirando el cielo ensimismada, ajena al ajetreo y el bullicio que la rodeaban. Los participantes en el ritual discutían entre ellos ante la distribución en los puntos cardinales.

No notó su presencia hasta que estuvo delante de ella. Sólo entonces dejó de mirar el cielo y posó sus ojos en él.

—¿Y si algo sale mal?—preguntó Bridgit con voz trémula. El miedo de acabar en otra época, sin posibilidad de regresar a su hogar y estar alejada de su esposo la estaba matando por dentro. Quería que le dijeran que todo iba a ir bien, que la calmasen con palabras suaves aunque fuesen mentiras.

Hugh Jacques entendió su mensaje oculto en sus ojos, y le respondió:

—Te puedo asegurar que realizaremos el ritual correctamente. Esta noche estarás junto a tu esposo—le palmeó el brazo mostrando una sonrisa—. En cuanto llegues al pasado te encontrarás mejor, tu magia buscará la de él y se alimentará otorgándote energía y recuperándote del todo de tus heridas. Eso sí, cuando hayas calmado el fuego del rencuentro con tu esposo, recuerda ayudar a mi antepasado.

Bridgit correspondió su sonrisa, luciendo avergonzada ante sus últimas palabras.

—Lo recordaré, te lo prometo. No lo voy a olvidar—posó una mano encima de la del hombre, asombrándose del gran parecido que tenía con el Hugh que ella conocía—. Gracias por todo. Por ayudarme y…

—No necesitas agradecérmelo. Después de todo es un honor conocer a la leyenda en persona. Cuando era niño mi padre me contaba la historia de una hermosa guerrera que viajó al pasado para participar en una batalla, y que gracias a su intervención la guerra entre los clanes se terminó. Crecí escuchando tu historia, y mi padre me enseñó que algún día tendría que abrir el portal para permitir que el curso de la historia continuase.

Bridgit se mostró avergonzada. Ser objeto de la devoción que se veía en el tono de su voz y de su mirada la turbaba.

—Es extraño escuchar que me convertiré en una leyenda. No me siento como tal. Soy una mujer común y corriente.

Hugh Jacques soltó una carcajada.

—Si ya, una mujer normal y corriente. Que posee poderes mágicos, viajó en el tiempo y está embarazada de un hombre que nació hace más de ocho siglos.

Bridgit hizo una mueca.

—Si lo dices así…Me haces sentir como un bicho raro. Que soy algo…peculiar.

—No eres la única, hermanita. De ser así, todos somos bichos raros —la interrumpió Jymes parándose delante de ella acompañado de los demás que ya habían finalizado sus quehaceres y esperaban las órdenes de Hugh Jacques, quien sería el que llevase la voz cantante del ritual—. Somos muchos los que poseemos dones especiales, pero ahora eso no importa. Concéntrate en el ritual, Brie. Es lo único que debe importarte.

Bridgit asintió tomando la mano que le tendió su hermano, levantándose de la roca. Había llegado la hora. Todo estaba preparado y listo para conjurar las puertas del tiempo.

Cerró los ojos unos segundos, apenada y acongojada al darse cuenta que si cruzaba las puertas nunca más volvería a ver a su hermano, ni a su amiga, ni a su…padre. No pudo evitarlo, sintió deseos de llorar. Perdería tanto si viajaba al pasado, pero si se quedaba en su siglo, perdería algo más que la vida. Los años que viviese serían vacíos,

oscuros. Sin su esposo a su lado se sentiría sola, su vida sería pura desolación y dolor, y perdería al fruto del amor, su hijo o su hija, quien crecía en su vientre y la alentaba a regresar a los brazos de su esposo.

Su hermano vislumbró su dolor, abrazándola buscando reconfortándola con su presencia.

—No te preocupes por nosotros, pequeña. Busca tu felicidad, y nosotros estaremos contentos al saber que te ayudamos a cumplir tu sueño, tu destino—le susurró en el oído, besándole después en la mejilla, acariciándosela con cariño.

Cuando su hermano se separó de ella, Sylvia tomó su lugar abrazándola y llorando abiertamente.

—Brie, te echaré muchísimo de menos—apoyó su cabeza en el hueco del cuello de la vanior y sollozó. Su frío cuerpo temblaba. Bridgit cerró los ojos y respondió a su abrazo, sin poder contener las lágrimas—. ¿Quién me va a responder al teléfono diciéndome que me deje de tonterías que es tarde? ¿O con quien podré comentar el cotilleo de los famosos y de las perras de mi trabajo…? Bueno…ex trabajo, que me echaron, pero…¡Da igual! ¡Qué te voy a echar muchísimo de menos!

Bridgit rompió a reír, y la abrazó con más fuerza, queriendo grabar su presencia para recordarla siempre, puede que no compartiesen sangre pero para ella era su hermana, y era feliz al ver que había alcanzado lo que siempre soñó en brazos de su compañero, aunque este fuera un chupasangre.

—Que me hace muy feliz—le susurró Sylvia sonriéndole al ver cómo se mostraba sorprendida. Se había olvidado que su amiga ahora era capaz de leer la mente.

—Me alegro muchísimo, Sylvia, lo sabes, no me olvides—*Por favor*. No podía soportar la idea de que la olvidasen.

—Ven para aquí tonta que te voy a achuchar—la abrazó de nuevo. Después de unos segundos en los que los sollozos de ambas mujeres, entremezclados con carcajadas nerviosas se escucharon en el valle, incomodando a los hombres ante la muestra de esa clase de sentimientos, se separaron. Sylvia le dijo esbozando una débil sonrisa, con los ojos inyectados en sangre después de llorar—. Cuídate mucho, hermana. Sé muy feliz. Asegúrate que ese salvaje te haga dichosa.

Bridgit no pudo contestarle. Tenía la garganta cerrada, aprisionada por la angustia y el dolor al despedirse definitivamente de ellos.

Las siguientes despedidas fueron más llevaderas. Los hombres que faltaban por desearle suerte, lo hicieron de manera escueta y sin mirarla a los ojos, algo tensos al presenciar su dolor y no acostumbrados a aquellas demostraciones públicas de sentimientos.

Con los ojos anegados en lágrimas que se deslizaban silenciosas,

Bridgit obedeció a su hermano que le ordenó con voz ronca que se colocara dentro del círculo y que lo cerrara con el pie, arrastrando parte de la sal que dejaron en un pequeño montoncito intencionadamente para ese fin.

Bridgit lo hizo, y de esta manera dio comienzo al ritual.

Los otros participantes entraron al mismo tiempo que ella, dentro de las barreras protectoras que correspondían a los puntos cardinales elegidos, llevando en sus manos el pergamino que les tocaban leer y que repartió Hugh Jacques. La única que no iba a participar al ser incapaz de leer los textos escritos en lengua vanior era Sylvia, que optó por sentarse en la roca desde donde Bridgit esperó a que el lugar fuese acondicionado.

Cuando las voces de los hombres rompieron el silencio de la noche, la magia que había en el ambiente reaccionó a sus palabras, iluminando el lugar. Desde la tierra ascendió al cielo pequeñas luces de colores que danzaban alrededor de los círculos de sal, jugando entre ellos. Los seres de la tierra daban su permiso a la apertura de las puertas del tiempo, y las escasas nubes del cielo se alejaron, y las estrellas brillaron con inusual fuerza.

Bridgit cerró los ojos, recordando la primera vez que sintió el extraño cosquilleo por su cuerpo que estaba sintiendo en esos momentos, y fue cuando el temblor sacudió su cama y la llevó al pasado. Ahora, la magia era calmante, la relajaba con su poderosa sabiduría y su calidez, invitándola a seguirla, a dejarse llevar.

Y así lo hizo.

No presenció como su hermano se cortó la muñeca y vertió su sangre en el círculo donde estaba ella como ofrenda a la diosa del tiempo, mientras recitaba con voz alta y clara el párrafo del ritual donde pedía que se abriesen las puertas entre los mundos y la condujesen al pasado, junto al hombre que había unido su vida y su magia a la de ella.

Hugh Jacques fue el encargado de recitar la parte donde indicaba el siglo y el lugar donde la mujer tenía que ser conducida. El ritual que estaban llevando a cabo era diferente del que logró que la mujer fuese transportada al siglo XII, y la diferencia principal era que esta vez ella estaba dispuesta a cruzar las barreras del tiempo por iniciativa propia, aceptando los posibles contratiempos.

La tierra tembló cuando comenzó a formarse el túnel que iba a conducirla hasta el pasado. Bajo los pies de Bridgit se percibía una masa negruzca que fue invadiendo sus piernas lentamente.

Bridgit abrió los ojos, ahogando una expresión de sorpresa al notar como algo viscoso y frío subía por sus piernas. Al ver que era una masa de color negro gritó asustada e intentó moverse, pero la voz de Hugh Jacques la detuvo.

—¡No te muevas! El portal se está abriendo. Tranquila, confía en nosotros.

Eso es muy fácil decirlo. Pensó apretando la boca para no gritar, y cerrando las manos evitando por todos los medios moverse mientras esa masa sin forma seguía avanzando por su cuerpo.

Jymes contuvo el aliento cuando la vio rodeada por una masa azabache, en la que sólo se podía ver sus ojos cerrados con fuerza y se podía percibir los temblores que recorrían su cuerpo. Quiso gritar que dejaran de recitar las palabras del pergamino, pues él nunca pasó la experiencia que estaba viviendo su hermana y eso que viajó tres veces al pasado.

No hagas ninguna estupidez, mortal. Tú hermana está siendo protegida por la magia, por eso la está envolviendo esa masa. La diosa del tiempo escuchó vuestras plegarias y está protegiendo la vida de tu hermana y de su bebé, para que no sufran daño alguno en el salto temporal.

Jymes buscó al dueño de la voz que resonó en su mente, encontrándose la penetrante mirada del vampiro que lo dejó paralizado unos instantes.

Al saber que la criatura de la noche era capaz de leer sus pensamientos y para no dejar de recitar su parte del conjuro, le contestó en su mente.

¿Y tú cómo sabes eso? Que yo sepa los vampiros sois incapaces de realizar magia tiempo- espacial, tan sólo los vaniors pueden recitar la lengua de los dioses.

El vampiro rió utilizando la conexión mental que permitió el mortal.

No seas tan obtuso, humano. Si no fuera capaz de recitar la lengua de los dioses no podría estar leyendo en estos momentos este pergamino. Jymes rechinó los dientes al ver que el vampiro alzaba una ceja y lo miraba con evidente burla.

¿Cómo aprendiste nuestra lengua? Está prohibido enseñar nuestros secretos a quien no tenga sangre vanior en sus venas. Respondió con brusquedad, entrecerrando los ojos, sin apartar la mirada del vampiro.

Éste sin embargo no se sintió intimidado por el humano, al contrario se mostró sorprendido ante las agallas que mostró el mortal. Ante esa muestra de coraje se decidió confesar parte de la verdad.

Tuve una amante que me enseñó vuestra lengua.,

Jymes bufó en alto, consiguiendo una mirada de reproche de Hugh Jacques.

Ninguna mujer vanior enseñaría nuestros secretos a un ser como tú.

Piensa lo que quieras humano, pero así fue. Una mujer vanior me enseñó tu lengua. Al escuchar las protestas en la mente del vanior, finalizó utilizando un tono de voz cortante. *Y da gracias de que así sea o esta noche tu querida hermana no habría podido viajar al pasado, y*

habría muerto por la maldición o a manos del Consejo de tu raza al ser considerada una traidora.

Ante estas palabras Jymes se calló, desviando la mirada del vampiro hasta el cuerpo cubierto completamente de negro de su hermana.

Bridgit. Susurró en su mente, al ver como el portal se abrió y una luz intensa engulló el cuerpo de ella, desapareciendo en cuestión de segundos.

No quedó ni rastro de ella, como si nunca hubiera estado en su siglo.

Cerró los ojos con fuerza, dejando caer el pergamino al suelo, grabándose a fuego en su mente y en su corazón los dos párrafos que recitó una y otra vez durante el ritual.

—Hermana—susurró con dolor. Jeremy se acercó a él, saliendo de su círculo de sal para pasar un brazo alrededor de su amigo—. Perdóname por no buscarte, por darte por muerta—dijo permitiendo que su amigo de la infancia lo abrazase.

Jeremy se mantuvo a su lado, compartiendo su dolor. Él también recordaba cada día las pérdidas que sufrió la noche en que los vaniors del agua atacaron a traición las propiedades del clan Woods, masacrando a las mujeres, matándolas después de violarlas y acabando con los niños que se cruzaban en su camino, aprovechando que los hombres y los Guerreros estaban de viaje o de cacerías.

Él no fue tan afortunado como Jymes al que le sobrevivió su padre al encontrarse fuera de la mansión. Jeremy perdió a su familia aquella noche, su padre y su madre murieron al interponerse en medio de un ataque que iba dirigido a su hijo. Ambos murieron aquella noche para permitir que su hijo tuviese un futuro.

Jeremy fue incapaz de llorar esa noche, pero sostuvo en sus brazos a su amigo una vez que escaparon por los pasadizos secretos y se vieron a salvo en los límites de la propiedad contemplando como su hogar se consumía por las llamas.

Las lágrimas que vertió Jymes fueron las suyas también, su dolor ante la pérdida de sus padres quedó grabado en su corazón pero no lo manifestó hasta que se dio cuenta que estaba enamorado de él, que lo amaba con todo su corazón y que ese amor que lo consumía por dentro iba a acabar con él, pues nunca iba a ser correspondido. Al ver que Jymes salía con numerosas mujeres a las que rompía el corazón al rechazar el amor que ellas le profesaban.

Sólo le quedaba el consuelo de saber que Jymes siempre estaría a su lado al considerarlo su mejor amigo, el único que lo comprendía y lo aceptaba tal cual era.

Hugh Jacques recogió los pergaminos tirados por el suelo, levitándolos con su poder mental, y guardándolos en una caja de

madera, donde serían sellados al haber cumplido ya su propósito.

Sylvia era consolada por su esposo, enterrando su cara en el amplio pecho de Dimitri y llorando desconsoladamente al haber perdido a su única amiga. Pero aceptándolo en el fondo de su corazón al saber que Bridgit sería más feliz al lado de su esposo.

Muy lejos, en un oscuro y frío despacho, una copa de vino se estrelló contra el suelo. El hombre que la dejó caer, cerró los ojos con pesar al no haber podido despedirse de su hija.

El líder del clan Woods, se sentó con cansancio en el sillón de su despacho y sintió cada año que pesaba sobre sus hombros.

La vida no le sonrió desde el día en que enterró a su mujer y a su pequeño. Después de aquello, su vida sólo consistió en cazar, dejando de lado a su hijo Jymes. No era capaz de estar cerca de él, pues al mirarle recordaba los días en que una vez tuvo una familia, en que una vez fue inmensamente feliz. Por eso lo dejó de lado y lo envió a las academias para que fuese entrenado por extraños, convirtiéndole en el hombre frío y sin corazón que era. Un hombre que jugaba con los sentimientos de la gente y que no se atrevía a abrir su corazón.

Cometió muchos errores, pero no era el momento de arrepentirse, después de todo pedir perdón ya no servía de nada.

El destino de un guerrero era estar solo.

Y él se cavó su propia tumba, hacía tiempo.

CAPÍTULO 38

La caída fue dolorosa.

El golpe la aturdió unos segundos, tiempo suficiente para que la masa que la protegió durante el viaje se disolviera y regresara a la tierra.

Cuando pudo levantarse, tenía la ropa revuelta y arrugada, y los cabellos electrificados por la magia que la rodeó durante el trayecto. Se palpó la gran melena, sonriendo al notarla tirante y con mucho volumen. En algún momento había perdido la coleta, quedando sus cabellos sueltos.

De pie se estiró, levantando los brazos y girándose, crujiendo los huesos de su espalda. Se sorprendió al sentirse bien, un poco cansada y agarrotada pero no como la primera vez que viajó a través del tiempo.

Al menos esta vez iba bien vestida y abrigada, no con un fino camisón.

Miró a su alrededor y comprobó aliviada que estaba en el círculo de piedras por donde apareció la primera vez. Le alegraba ver que al menos habían acertado en el lugar, ahora sólo le quedaba averiguar, y espera que si, que también hubiesen acertado en el tiempo.

Caminó hasta el altar de piedra y pasó una mano por su lisa superficie cerrando los ojos recordando el rostro de su esposo. Aquella noche, cuando lo vio por primera vez ya se sintió cautivada por su salvaje belleza, pero luego fue su determinación, su carácter y su gran corazón lo que la enamoró hasta el extremo de entregarlo todo por él.

—¿Dónde estás Gaerth? ¿Me habrás olvidado?—susurró sin dejar de acariciar la lisa superficie, temiendo que el susurro de la duda tuviese razón, y su guerrero la hubiese olvidado, se hubiese alegrado por su desaparición, ya que le dejó claro que no iba a ayudarle a destruir al clan MacKenzies con su magia, por mucho que estuviese tentada a mandar a tomar viento las Leyes de su raza y quemar hasta los cimientos a los bastardos que la secuestraron.

El viento que soplaba aquella noche era fuerte, revolviéndole los cabellos que tenía sueltos al perder el coletero del pelo durante el viaje. Unos mechones le golpearon las mejillas con suavidad como una caricia, ocultándole los ojos durante unos segundos.

—¡Qué frío hace! Será mejor que regrese al castillo y compruebe si estoy en la época correcta—se calló angustiada con sólo pensar en que si habían equivocado estaba atrapada en un siglo que no era el suyo,

completamente sola—. No pudimos fallar. Fue el destino el que Gaerth y yo nos conociésemos. Nada acontece por nada. Debo tener fé.

Con esos pensamientos circulando por su mente, se giró y tomó rumbo al castillo intentando ubicarse. Decidió bajar hasta el valle y desde allí buscar el hogar de su esposo. No quería perder más tiempo. Deseaba abrazarle, y contarle que iban a tener un bebé.

Al llegar al valle sintió unos escalofríos que le recorrieron todo el cuerpo. El viento le llevó una ráfaga de magia elemental que reconoció al instante.

—¡Gaerth!—gritó buscando con la mirada el lugar donde se encontraba éste. Su magia la llamaba, acariciándola con suavidad.

Era pura delicia, un llamado mágico que conseguía que su fuego ardiera con fuerza en su interior.

Después de que su hermano saliera del cuarto, Gaerth recogió su espada olvidada en una esquina del dormitorio y se la colgó en la cintura. Las palabras de Hugh le sacaron de la oscuridad que le envolvió la marcha de su esposa. No iba a seguir lamentándose. Buscaría la manera de traerla de vuelta, aunque tuviese que luchar contra el propio destino. Ella era suya y no la iba a dejar marchar una vez que la tuviese a su lado de nuevo.

Dejó el dormitorio, seguido por su hermano, y bajó a la planta de abajo del castillo pasando por delante del salón donde se callaron todos al verle. Gaerth pasó de largo y caminó apurando el paso hacia la salida del castillo. Hugh entendió que necesitaba estar solo y se alejó de él, yendo hacia su cabaña, no sin antes volver a recriminarle su actitud.

Buscó la cabaña de Magnus para pedirle los pergaminos y revisarlos una vez más, pero no había nadie. Con un humor negro al ver que sus planes se estaban retrasando, decidió ir al pequeño lago que había cerca de la playa. Cuando se sentía angustiado o furioso iba al lago oculto detrás de una elevación rocosa y con vistas al mar donde se sumergía durante horas enfriando su cuerpo y su mente con las tranquilizantes aguas. Era su lugar de meditación. Su refugio. Y aquella noche lo necesitaba.

Necesitaba purgar la vergüenza por los días que perdió ahogándose en alcohol, por el vacío que sentía en su pecho desde que su pequeña guerrera ya no estaba a su lado, por la ira hacia el mundo y quien se la arrebató, por la culpa al no haberla protegido, si se hubiese asegurado que su alcoba estaba vigilada cuando llegaron los MacKenzies nada de esto hubiese pasado.

Dejó su vestimenta encima de una rama doblada del árbol cercano al agua y entró en el lago, siseando al sentir la gélida agua en contacto contra su piel. Caminó en círculos para evitar que sus miembros inferiores se congelaran por las bajas temperaturas del líquido. Era un ritual que realizaba cada vez que se sumergía en el lago.

Pasados unos minutos, se detuvo y se sentó en una roca plana en una esquina del lago. El agua le quedaba a la altura del pecho.

Echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos, vaciando la mente. Logrando alejar todos sus pesares y preocupaciones. Sólo se escuchaba el siseo del viento entre las hojas de los árboles y el croar de las ranas que se escondían debajo de las rocas. En el cielo las aves nocturnas sobrevolaban la zona buscando roedores con los que alimentar a sus crías, y las aguas que rodeaban las islas fluían con calma acariciando las playas de arena doradas.

No supo cuanto tiempo estuvo en ese estado de ensoñación, en el que su cuerpo se relajaba y su mente se vaciaba, y poco importó, pues salió bruscamente de él cuando escuchó su nombre en voz alta.

—¡Gaerth!

Nada más escucharlo, se levantó de golpe y se giró escudriñando el horizonte.

Cuando ya creía que aquel grito fue una alucinación de su mente, lo escuchó de nuevo, y esta vez más alto, como si la persona que lo llamaba a gritos estuviese cada vez más cerca de él.

—¡Gaerth!

No, no puede ser. Mi mente me engaña. Pensó al reconocer la voz.

Con las piernas entumecidas, salió del agua y tomó el kilt enrollándolo alrededor de la cintura, cubriendo parte de su torso hasta la altura de sus rodillas, pegándose la rugosa tela a su humedecida piel.

Caminó hacia donde provenía la voz, siguiendo sus instintos de cazador, potenciados gracias a las cacerías de grano y ganado a los clanes vecinos, y a las escaramuzas con el clan MacKenzie, que aumentaron sus sentidos y reflejos.

Entonces la vio. Su mujer, corriendo hacia él, con la respiración entrecortada y vistiendo unos pantalones de un color grisáceo a juego con una camisa apretada al cuerpo de una tonalidad oscura, y una prenda de abrigo negra que estaba abierta y que se movía como si fuesen alas de un murciélago.

Con el corazón palpitando a gran velocidad retumbando contra su pecho, y con los ojos abiertos como si estuviera viendo una deliciosa aparición, Gaerth acortó los metros que los separaban.

Bridgit quedó paralizada cuando lo vio. Su salvaje highlander la

miraba con pasión, vistiendo únicamente un kilt que se pegaba a su cuerpo humedecido, con los cabellos pegados a su frente y al cuello como seda suave que le acaricia su piel. Le miró embobado sin poder contenerse, devorándolos con los ojos, su cuerpo reaccionaba a él con una crudeza que la consumía por dentro. Él era salvajemente hermoso, con el pecho descubierto cruzado por las cicatrices del pasado y esculpido a fuego de la batalla, con los ojos fijos en ella mostrando la pasión que consumía a ambos por igual, con la espada en una mano, agarrándola con fuerza.

Era su guerrero, el que el destino quiso que se cruzara en su camino, a quien se entregó en cuerpo y alma, obteniendo como regalo el amor y la pasión que él le profesaba.

Y pensar que tenía dudas de que me hubiese olvidado. Pensó para sí misma, sonriendo abiertamente al verle temblar, al ver cómo le temblaba la mano que sujetaba con fuerza la espada.

Los metros que le separaban se acortaron, hasta que fue alzada del suelo y abrazada con intensidad. La garganta se le secó al ser tomada en sus brazos.

Gaerth la cogió de la cintura y la estrechó contra su pecho, girando con ella, sintiendo un nudo en el estómago de la alegría que sentía al tenerla nuevamente a su lado, al poder tocarla, al sentir su presencia, su magia, al ver de nuevo su sonrisa.

—Si eres un sueño que nadie me despierte—susurró con voz ronca Gaerth contra sus cabellos, apoyando el mentón en la coronilla de la joven, aspirando el dulce aroma que desprendía, deseando grabarlo en su mente.

Bridgit cerró los ojos y lloró contra su pecho.

—Gaerth. Gaerth—repitió una y otra vez restregando su cuerpo contra el de su esposo, queriendo fundirse con él, sin importarle que estuviera empapado.

¡Cómo lo había añorado!

La acalló con un beso. Ardiente, acariciándola mientras su lengua imprimía un ritmo salvaje y devastador que provocó que a ella le temblaran las piernas.

Casi sin aliento por el beso, Bridgit jadeó su nombre entreabriendo los ojos.

—Al fin estás en mis brazos, mi guerrera—Gaerth la tomó en brazos, sonriendo con orgullo al ver cómo su esposa temblaba en sus brazos de puro placer, y alzándola del suelo tomó rumbo a la playa que había detrás de la colina, el lugar desde donde espió a su madre cuando ésta asistía a clases de magia con su instructor kelpie cuando era pequeño—. Más tarde me explicarás cómo es posible que te encuentres aquí—le recarcomía por dentro la curiosidad, saber cómo consiguió ella regresar a él, pero al mismo tiempo se sentía orgulloso y

agradecido.

Pasó un brazo alrededor del cuello de Gaerth y preguntó en alto al ver que tomaba otra ruta contraria al castillo:

—Por si no te has dado de cuenta, el castillo queda para el otro lado, escocés, y me parece bien que la cháchara para luego, ahora lo único que quiero es a ti.

Gaerth soltó una carcajada. ¡Cómo la había echado de menos! Siempre dispuesta a contradecirle. Le besó la frente sin detenerse, subiendo la pequeña cuesta que les llevaría a la playa.

—Ya lo sé, pequeña. Pero antes de regresar al castillo, te voy a mostrar por qué no deberás abandonarme nunca más. Además—la miró a los ojos con lujuria, sonriéndole abiertamente con picardía—, no puedo esperar para volver a poseerte, para sentir como me esclavizas con tu cuerpo.

Bridgit se sonrojó y miró a su alrededor, desviando la mirada, posándola en el inmenso mar azul mientras descendía por la colina y él pisaba la fina arena de la playa con decisión, llegando a la orilla donde las saladas aguas acariciaban la costa de la isla.

Gaerth se detuvo en medio de la playa, ayudándola a ponerse de pie, posando sus manos sobre sus hombros, sin desviar su mirada de los hermosos ojos de ella.

Sin romper la conexión visual se tumbaron en la arena, y volvieron a besarse, devorándose el uno al otro, moviendo sus manos sobre el cuerpo del otro, encendiendo la pasión. Buscando recuperar el tiempo perdido.

Gaerth abandonó los labios de su esposa y los posó en su cuello, mordisqueando la sensible zona, dejando una tenue marca de saliva. Adoraba la fragancia que desprendía su mujer, y que quedó grabado a fuego en su mente, en su corazón.

Ella le ayudó a quitarle la cazadora y la camisa, quedando en sujetador, que no tardó en caer en el montoncito de ropa a un lado de ellos.

Gaerth abarcó con las manos los turgentes pechos de ella, endureciendo sus pezones, cuando se los acarició y haciéndola gemir en alto.

Quería devorarla, volver a descubrir su cuerpo como si fuese la primera vez, venerarla con sus manos, con sus labios, con todo su cuerpo.

Bridgit dejó que él la saborease, sintiendo su urgencia. Cerró los ojos y gimió en alto al sentir como la besaba y le lamía los pechos, tironeando con sus dientes sus pezones, descendiendo lentamente hacia su vientre, sin dejar de acariciarla.

En sus manos era arcilla, capaz de moldearse pero con espíritu propio. No pudo evitar gemir sin parar y arquearse buscando más

contacto, arañándole los brazos y la espalda. Le necesitaba. Ansiaba sentirle en su interior, llenándola, colmándola y haciéndola sentir plena.

Sin dejar de retorcerse, le suplicó con voz enronquecida, el corazón bombeando enloquecido contra su pecho, y el fuego lamiendo cada centímetro de su piel:

—Gaerth, no puedo aguantarlo más. Te necesito, ahora. Quiero que me llenes, que…—se lamió los labios, mirándole a los ojos. Podía ver la lucha interna de él, cómo reprimía la bestia que residía en su interior y que quería dejarse llevar. Alzó la cadera y la presionó contra el abultado kilt. Podía notar cómo estaba duro por ella, como sus músculos estaban tensos cuando ella le acariciaba y como sus ojos la devoraban por completo, haciéndola sentir orgullosa al ser la responsable de su pérdida de control—…Quiero que me folles.

—Por Dios, mujer, vas a acabar conmigo—gruñó Gaerth, arrancándole la ropa que aún vestía, dejándola desnuda, temblorosa y excitada.

Él tironeó del kilt quitándoselo y lanzándolo a un lado sin reparar donde quedó.

—Eres una hechicera, seductora y peligrosa.

—No lo olvides, mi guerrero, y ahora esta hechicera quiere que la tomes de una maldita vez, que me folles duro, más tarde en tu alcoba ya me…

Él la besó de nuevo, marcándola con su lengua, antes de susurrarle contra sus labios, mirándola divertido y agradecido contra el destino al ponerla en su camino:

—Nuestra alcoba, recuerda que todo lo mío es tuyo, hasta mi vida —expresó con voz tensa, pues él tampoco aguantaba mucho más. Desde el instante en que se tumbó encima de ella quería sumergirse en su interior, y perderse en la vorágine del deseo hasta explotar y alcanzar la cumbre junto a ella.

Sin dejar de besarla, se posicionó entre sus muslos, entreabriéndolos con una rodilla. La cabeza de su pene presionó la húmeda entrada, pero antes de embestirla, le susurró con dulzura que no se le ocurriese volver a desaparecer así, que si lo hacía moría.

Bridgit levantó la cadera al sentir la presión de la verga del hombre en su entrada, consiguiendo empalarse unos centímetros, sintiendo como las lágrimas se agolpaban en sus ojos ante sus palabras.

Ella quería responderle que también lo amaba, que lo había dejado todo para estar con él y que nunca se arrepentiría de su decisión, quería dejarle claro que su vida estaba ahora a su lado, hasta el día en que la muerte los separase, pero Gaerth la besó de nuevo y se perdió en el deseo.

Sin dejar sus labios la penetró hasta llenarla por completo,

enterrándose hasta la empuñadura.

Apoyando la cabeza sobre el hombro de ella, le susurró:

—Ahora sí, estoy completo—y sin más, comenzó a moverse, entrando y saliendo de ella con ímpetu, buscando una liberación para ambos, jadeando en alto acompañando a los gemidos de ella.

Era un baile tan antiguo como el tiempo, en que sentían que sus cuerpos eran uno sólo, en el que sus corazones latían por el otro, y el fuego de la magia de los dos se reconocía, y los lamía a ambos.

Bridgit alzaba la cadera en cada encuentro, buscando profundidad, sentirlo cada vez más adentro, llenándola por completo, acariciándole la espalda, arañándosela, y enterrando los pies en la arena buscando un apoyo. Cerró los ojos y se dejó llevar, sólo queriendo sentir, sentirle dentro de ella, a su alrededor, aplastándola con su cuerpo, intoxicándola con su esencia, con su magia.

Gaerth le agarró la cadera con las manos enterrándose profundamente dentro de ella, apretando los dientes para no gruñir de placer con cada embestida, verla perdida por el placer, con los ojos cerrados, las mejillas enrojecidas, los labios entreabiertos y humedecidos, enrojecidos por sus besos, su hermoso y curvilíneo cuerpo perlado de una fina capa de sudor…era una imagen que no se le borraría jamás de la mente.

Era suya, y lucharía contra el mundo si fuese necesario para mantenerla a salvo y a su lado.

Aceleró las embestidas, jadeando en alto sin poder contenerse. Estaba cerca, muy cerca…

Duraron apenas unos minutos, y cuando explotaron gritaron sus nombres, rompiendo la calma de la noche. A su alrededor, las olas impactaron contra la costa, el cielo estrellado se cubrió de nubes y unos relámpagos cruzaron el firmamento, iluminando la oscuridad.

Gaerth no pudo contener su poder y acabó influyendo en el clima al perder el control.

Sus cuerpos se unieron para alcanzar la cumbre del placer, pero sus almas quedaron enlazadas por toda la eternidad.

—Eso ha sido…impresionante—jadeó Bridgit, acariciándole el brazo, devolviéndole la sonrisa. Estaban tumbados en la arena, extasiados, agotados, pero felices de estar en brazos del otro.

—¿Sólo impresionante?—ella le miró con curiosidad ante sus palabras, sorprendiéndose al ver cómo su hombría crecía orgullosa ante sus ojos. Volvía a estar duro, listo para un nuevo asalto.

—No puede ser, si hace nada que…

De nuevo la acalló con un beso ardiente, mientras se colocaba sobre ella.

—Si sólo te ha parecido impresionante, voy a mostrarte de nuevo por qué no te alejarás de mi lado nunca más.

Las carcajadas de ella se acallaron en el momento en que él la besó con pasión, acariciándola sin miramientos, tocándola donde sabía que la volvería loca del deseo, ansiosa por sentirle dentro.

Se amaron durante el resto de la noche, perdiéndose en el cuerpo del otro, hasta quedar extenuados y adormilados, despertándose al amanecer abrazados y tapados por la rugosa tela del kilt.

Bridgit se estiró perezosamente, disfrutando de una molestia en partes de su cuerpo que hacía tiempo que no sentía. El poder regresar a la época de su esposo, encontrarlo antes de llegar al castillo, sentir su cuerpo sobre ella una vez más, fue un sueño del que no quería despertar. Y más cuando la noche había sobrepasado todo lo que había soñado.

Gaerth despertó cuando la joven se movió a su lado enterrando su cara en el hueco de su cuello, apoyando la mejilla sobre su pecho a la altura de la clavícula.

—Buenos días, mi guerrera. Es hora de regresar.

Bridgit abrió los ojos y frunció los labios. Se sentía tan a gusto entre sus brazos al calor del sol, con la suave brisa de la mañana acariciando sus piernas que no le apetecía levantarse, vestirse e ir al encuentro de los parientes y amigos de él. No quería ni pensar en cómo la recibirían esta vez, pues la primera vez que los vio en el gran salón la tacharon de bruja y de mal augurio.

—No…aún no quiero regresar. Quedémonos un poco más.

—Perezosa—murmuró Gaerth.

Bridgit sonrió de lado.

Con que perezosa, ¡eh! Serás tú el que me suplique quedarnos un rato más, escocés. Pensó sentándose encima, acariciando la cadera de Gaerth a la altura de su ombligo sin llegar a rozar en ningún momento su pelvis.

Cuando ella se contoneó sobre él, Gaerth cerró los ojos pensando en que estaba nadando en el océano de aguas frías. No quería perder más tiempo. Pero su virilidad no reaccionó como esperaba, despertando del letargo y alzándose orgullosa y necesitada, como si no hubiese pasado una noche salvaje de sexo lujurioso.

Sonrió cuando le tocó con la mano y vio que estaba erecto y todo por ella. Se sentía orgullosa del poder que tenía sobre él, que era capaz de alterar de esa manera a un guerrero como él.

Gaerth escuchó su mente y tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír ante la astucia de su esposa. Había conseguido con su cuerpo doblegarlo, dejarle al punto de suplicar por tenerla, pero

acostumbrado a obtener todo lo que deseaba, invirtió las posiciones, entrando en su interior de una sola estocada, sin previo aviso, sonriendo interiormente al sentirla húmeda y preparada para recibirlo.

Bridgit al tenerlo dentro se olvidó de su propósito de hacerle rogar, al fin y al cabo había logrado lo que pretendía. Quedarse un rato más en la playa y disfrutar de esos minutos a solas.

Aunque más tarde fue ella la que acabó suplicando que no se le ocurriese detenerse o…le cortaría los huevos.

CAPÍTULO 39

Hugh negó con la cabeza cuando Magnus le ofreció la bandeja de panecillos recién horneados. Desde que había hablado con su hermano la noche anterior estuvo pensando el modo de ayudarle.

Nada más abandonar la habitación de Gaerth, con ganas de romperle la cara a base de golpes para ver si dejaba de ahogarse en la culpa, fue directo a la cabaña de Magnus y golpeó su puerta unas cuantas veces sin obtener resultados. Pero no se iba a dejar vencer tan rápidamente, así que sacó una pequeña madera que tenía escondido en el cinturón de cuero y forzó la entrada de la cabaña. No era la primera vez que lo hacía ni sería lo única, aquella extraña habilidad era una de las cosas que podía considerar buenas que aprendió en las tierras del inglés.

En cuanto escuchó el crack que le indicaba que la puerta ya estaba abierta, la abrió de par en par, quedando estático y sin habla en la entrada, pues se encontró en una postura comprometedora al Guardián del Oeste.

Su amigo estaba de rodillas sobre la cama y sobre él se encontraba su pareja Elreic. Ante su interrupción, Elreic estuvo a punto de partirle su espada sobre su cabeza, mientras gritaba y le exigía que abandonara la cabaña.

No hizo falta que se lo repitiese dos veces, avergonzado como estaba de encontrar a su mejor amigo de esa guisa salió corriendo, cerrando la puerta a su espalda con fuerza.

Según le contó después Magnus cuando le fue a buscar, éste tuvo que recurrir a la fuerza para detener a su pareja, abrazándola e impidiéndole que saliera de la cabaña en su busca, y evitar que cometiera un asesinato.

Una vez calmados los tres, ignorando deliberadamente lo que había acontecido hacia apenas unos minutos, decidieron trabajar juntos para ayudar al heredero del Laird. Así que se repartieron los pergaminos y comenzaron a leerlos, por décima vez o tal vez más, pues perdieron la cuenta de las ocasiones en que los leyeron minuciosamente en los últimos días, buscando algo que les pudieran servir para traer de vuelta a la mujer de Gaerth.

Esta vez harían el ritual por Gaerth y no para buscar un arma, pues gracias al Laird McLeod, habían encontrado la manera de mantener la tregua entre los clanes.

Tan ensimismados estaban leyendo los pergaminos que no se

percataron de que el propio Gaerth golpeó la puerta de la cabaña, buscando lo mismo, una solución a sus problemas.

Pero gracias a eso, Gaerth salió del pueblo y fue al lago en busca de tranquilidad mental encontrándose con la causa de su preocupación.

Pero esto lo sabrían más tarde cuando los tortolitos le contaran el reencuentro que tuvieron, omitiendo los detalles más lujuriosos.

Después de salir de la cabaña, Hugh fue directo a la suya para descansar. Le dolía la cabeza después de leer todos los pergaminos y necesitaba dormir. Sólo esperaba que su hermano se levantara con otro talante, y estuviese dispuesto a hacer lo imposible para recuperarla, si no…no sabía muy bien qué hacer con él, pero no le permitiría que se consumiera en vida como lo estaba haciendo.

—Por eso no quiero enamorarme nunca. Me niego. —Murmuró en la oscuridad de su cabaña, tapándose hasta la mandíbula con la gruesa lana de oveja. —El amor vuelve loca a la gente, además de debilitarlos y darles una ventaja a tus enemigos.

Al día siguiente

¿Dónde te has metido Gaerth? Necesito contarte lo nuevo que descubrí anoche, que hay una pequeña posibilidad de traerla de vuelta si utilizamos el vínculo que mantienes con ella. Es arriesgado, pero podría funcionar. Pensó Hugh alejando el plato donde le sirvieron un trozo de carne humeante y una rodaja de queso de oveja. No tenía hambre, y estaba preocupado, pues no había encontrado a su hermano en su alcoba cuando llegó a primera hora del día al castillo.

Meagan, quien estaba sentada frente a él en la gran mesa del salón, le preguntó al ver que no comía:

—¿Te encuentras bien, Hugh? Estás blanco y ojeroso, y además no comes nada.

Hugh la miró, sonriendo.

—Gracias preciosa, con esos ánimos seguro que estaré mejor. Tú si que sabes elevar la moral a un hombre.

Meagan enrojeció.

—No pretendía burlarme de ti, Hugh. Sólo quería…

—Además, que te quede bien claro inglés, que la única moral que ha de subir MI mujer es la MÍA.

Hugh rompió a reír, e hizo un gesto con la mano, restándole importancia. Los conocía bien y los apreciaba como amigos y compañeros Guardianes, y sabía cuando estaban preocupados por él, algo que agradecía interiormente, pues sólo cuando llegó a esas tierras en las que la mayoría lo consideraban un extraño, un "inglés", conoció el verdadero significado del aprecio, tanto por parte de su hermano como de los amigos que le acompañaban en la vida.

—Atrás "escocés", no hace falta que marques territorio por ella, Meg puede defenderse de todos ella sola. Y no te preocupes por mi preciosa, sólo estoy agotado, y…preocupado por mi hermano.

—Todos estamos preocupados por la actitud de Gaerth, Hugh. Nunca antes le habíamos visto tan decaído, tan…hundido. No desde la muerte de su madre—Meagan apretó los puños debajo de la mesa, a su lado su marido la reconfortaba apoyando una mano en su regazo, acariciando con lentitud su pierna, mimándola—. ¡No es justo!—bajó la voz al percatarse que esto último lo había gritado y atraído la atención de todos sobre ellos—. Ahora que la paz entre nuestro clan y los MacKenzies es posible gracias a la intervención de nuestro Laird, Gaerth se quedó solo. Él...merece ser feliz.

Duncan tomó las manos de su esposa y las apretó con cariño, tirando de ella para acercarla a él, besándole la frente.

—Tranquila mi vida, no es bueno que te alteres en tu estado.

Meagan le fulminó con la mirada, cansada de ser tratada como un objeto de cristal que se podía quebrar con cualquier pequeño golpe.

—¡Basta Duncan! Estoy embarazada, no impedida.

Éste movió la cabeza a ambos lados, negando con aquel gesto:

—No me comprendiste amor. Se que eres fuerte, pero no deseo verte angustiada. Como le has dicho a él, todos nos preocupamos por nuestro futuro Laird. Es más que evidente a simple vista su deterioro físico y mental. Queremos ayudarle. Traer de vuelta a su esposa....Pero hay que ser realistas. Los pergaminos no indican la manera de traer un guerrero de vuelta una vez que éste ha regresado a su época. El ritual de invocación es para hacernos con la ayuda de un ser de otra época y cuando el pacto se ha roto, el vínculo entre su mundo y el nuestro se rompe, imposibilitándonos que podamos abrirlo con éxito de nuevo.

Hugh decidió intervenir, comentando su hallazgo. Una pequeña luz de esperanza en medio de la oscuridad.

—No es del todo cierto eso que has dicho, Duncan—al ver que éste le miraba con malos modos dispuesto a discutir con él, Hugh levantó una mano y lo silenció con aquel gesto—. Escúchame hasta el final, luego grita todo lo que quieras—Duncan entrecerró los ojos pero se mantuvo silencioso—. Encontré un párrafo en el pergamino oscuro

que habla de una posible manera de traer de regreso a la vanior.

Duncan mostró una mueca escéptica.

—¿Y cómo se nos pudo pasar ese párrafo si lo hemos leído más de una docena de veces?

Hugh se encogió de hombros. Ni lo sabía, ni le importaba. Así se lo hizo saber.

—El que se nos pasara esta información es irrelevante, Duncan, lo que debemos hacer es centrarnos en traerla de vuelta.

Duncan asintió con la cabeza. De nada les serviría discutir el porqué se les pasó por alto aquella valiosa información. Ahora solo debían concentrarse en conseguir traer de regreso a Bridgit.

El bullicio del salón se apagó como por arte de magia cuando las puertas principales del comedor se abrieron y dieron paso a una sonriente pareja que iban cogidos de la mano.

Todos y cada uno de los presentes jadearon de sorpresa al reconocer a la mujer que acompañaba al futuro Laird. Aquella joven era la comidilla del clan desde su llegada, y posteriormente desde su extraña desaparición.

Bridgit se mostraba feliz, sonriente, sin importarle que su ropa se mostrase arrugada y llena de arena, y sus cabellos revueltos y enredados, después de pasar la mejor noche de su vida.

Se sentía exultante, hermosa, recuperada físicamente y afortunada al poder estar al lado del hombre que le entregó el corazón y al que le entregó el suyo propio.

Aún no le había confesado a su esposo que estaba esperando su primer hijo, no había encontrado el momento adecuado. Cada vez que se lo iba a decir, su cuerpo respondía a las caricias de Gaerth abriéndose a él, gimiendo de puro placer. Entregándose por completo, sin restricciones, sin dudas, con el corazón sus manos, el deseo en su mirada y la pura felicidad en cada poro de su piel.

Pero de ese día no pasaba, se lo diría y esperaba de todo corazón que se alegrara por la nueva noticia.

Hugh fue el primero en reaccionar. Después de tragar saliva con dificultad, y aguantarse las ganas de gritar como un poseído, sobre todo después de estar días en vela buscando la solución al problema de Gaerth, y éste aparecía con una sonrisa de oreja a oreja como si no hubiese sucedido nada.

—Maldición, ¡cómo es posible que ella esté aquí!

Tanto Gaerth como Bridgit se rieron en alto de sus palabras, deteniéndose en medio del salón frente a la gran mesa en la que estaban sentados los Guardianes, sin importarles las miradas curiosas de los presentes.

—También me alegro de verte, Hugh—le contestó Bridgit sin dejar de sonreír.

Hugh rechinó los dientes, y fulminó con la mirada a su sonriente hermano:

—Gaerth, me debes una explicación. ¿Cómo conseguiste traerla de vuelta? ¿Cómo es posible que ella esté aquí?

Estaba enfadado, con su hermano por borrar de un plumazo la horrible semana que hizo pasar a todos, y por no saber qué era lo que ocurría ahí, cómo era posible que ella estuviese entre ellos.

Gaerth lo acalló con un gesto, cruzándose de brazos después, permaneciendo en todo momento al lado de su esposa.

—El mérito de su regreso no me corresponde. Fue ella quien retornó a mi lado, ella es la única quien venció al destino con sus propias manos. Mi guerrera fue capaz de regresar a mi lado, y le estaré eternamente agradecido por ello.

Bridgit se sintió crecer por dentro, llena de orgullo. De niña creció leyendo historias de princesas que en momentos de apuro debían esperar a que sus príncipes azules las rescataran, en la vida real, en su vida, fue ella quien tomó el toro por los cuernos y los salvó a los dos consiguiendo regresar al pasado.

Las princesas ya no necesitan ser salvadas…ni tener a su lado a un insulso príncipe azul, ella prefería luchar al lado de su salvaje guerrero, viviendo el resto de su vida con él, en lo bueno y en lo malo.

Hugh no pudo mantener el silencio y expresó en alto, apoyando las manos en la mesa, echándose hacia delante, después de levantarse, y tirar la silla al suelo:

—Muy bien cómo digas, hermano, entonces… ¿cómo pudiste traspasar el umbral de los tiempos?—le preguntó directamente a su cuñada, mirándola a los ojos.

—Fue mi hermano mayor el que me ayudó a regresar—le respondió, viendo que los demás Guardianes estaban atentos a la conversación, y que Gaerth también estaba en silencio. No habían tenido tiempo para hablar…bueno tiempo, sí, pero lo habían aprovechado para otros menesteres, así que también él se enteraría en esos momentos de cómo había conseguido regresar a su lado—. Comprendió que mi lugar está junto a mi esposo, y ni dudó ni un segundo en protegerme y buscar la manera de hacerme regresar al pasado, a esta época. Ayudó mucho que estuviese atada a este escocés mágicamente desde el día en que me invocasteis en el círculo de piedra, mi magia me protegió en el viaje por el tiempo y me ayudó a encontrar el camino de regreso aquí—esto último lo dijo desviando la atención de Hugh a Gaerth, quien sonrió ante sus palabras.

Gaerth se giró y la tomó entre sus brazos, besándola, olvidándose de donde se encontraban, y centrándose únicamente en saborear los carnosos labios de ella, hasta que tuvo que separarse ante la falta de oxígeno.

El sonido de un carraspeo separó a la pareja. Al mirar al lugar de donde provino el molesto ruido, Bridgit quedó boquiabierta al ver al padre de Gaerth al lado de una mujer que no aparentaba más de veinticinco años y que vestía un kilt con los colores del clan enemigo, los colores del hombre que la había secuestrado y la había llevado presa a los calabozos de sus tierras. Su porte era orgulloso, mirando directamente a los ojos, con un brillo que presagiaba peligro y determinación. Era una mujer hermosa y decidida, con carácter y un porte de Reina. Se mantenía al lado del Laird McLeod como si siempre hubiese sido aquel su lugar.

Su rostro debió reflejar el desconcierto que sentía porque Gaerth la tomó de la mano y le dijo:

—Más tarde te contaré todo lo que te perdiste, mi amor. Pero mi padre tiene razón—identificó así a quien carraspeó y los interrumpió —, este no es el lugar para expresarte el fuego que me consumo cada vez que te miro a los ojos.

—¿Pero…?

Gaerth negó con la cabeza.

—Ahora no, mi guerrera. Después de descansar, hablaremos.

Bridgit se contuvo de replicarle y asintió.

Hugh dejó la mesa, sin llegar haber probado la comida que le sirvieron. Para llegar junto a Gaerth tuvo que pasar cerca del Laird que miraba a su hijo legítimo con una creciente sensación de felicidad, al verlo sonriente de nuevo y con un semblante tranquilo. Él también estuvo preocupado por el cambio que experimentó su heredero cuando llegó solo de las tierras MacKenzies, acompañado únicamente por sus soldados, y ahora estaba aliviado al ver como aquella mujer era capaz de alejar la tristeza y el dolor del semblante de su hijo.

Cuando Hugh quedó frente a la pareja, sorprendió a todos al tomar entre sus brazos a la joven vanior, abrazándola con fuerza. Enterrando su rostro en sus cabellos, le dijo:

—Bienvenida a casa, hermana.

Bridgit ahogó un sollozo en lo más profundo de su ser, y cerró los ojos con fuerza para evitar que se deslizaran las traicioneras lágrimas por sus mejillas. Sentía un nudo en la boca del estómago ante lo que estaba sintiendo. Había temido encontrarse sola en aquellas tierras, que Gaerth le hubiese olvidado, o que sólo tuviese a su esposo a su lado, sin nadie más que la apoyase tras la primera impresión que tuvo con el clan.

A su lado, Gaerth se removía nervioso, luchando contra los celos que sentía al ver a su esposa abrazada a otro hombre, aunque ese hombre fuera de su propia sangre.

Cuando estaba a punto de separarlos Hugh la dejó libre,

empujándola con suavidad haciendo que la joven quedase recostada contra el pecho de Gaerth.

—Procura no perderla de nuevo, hermano. Y tú, si te vuelves a escapar seré capaz de ir al futuro a por ti.

Bridgit soltó una carcajada acompañando a la bulliciosa risa de su esposo.

—Quédate tranquilo, Hugh. Regresé para quedarme. Nada ni nadie me separará de mi esposo.

Gaerth sonrió de lado, mostrándose inmensamente feliz y orgulloso de su mujer.

Hugh paseó su mirada observando la interactuación de la pareja. Cuando un brillo extraño proveniente del vientre de la joven llamó su atención.

¿Y eso? Pensó, mirando fijamente la zona de la pelvis de la vanior. *¿Qué puede significar ese resplandor?*

Gaerth siguió la mirada de su hermano. Los celos resurgieron de nuevo al ver que Hugh, conocido conquistador, observaba con tal fijeza a su esposa.

—Desvía tus ojos, inglés.

Hugh se sobresaltó por las rudas palabras de Gaerth. Dando un respingo.

—No es lo que crees hermano, yo…

—Silencio—lo acalló—. Después hablaremos.

Hugh cruzó los brazos sobre su pecho. ¿Pero cómo podía sentir celos su hermano? Y todo porque él estaba mirando a la joven vanior. Pero es que ese resplandor le preocupaba. Miró a su alrededor con disimulo. ¿Es que era el único que percibía el brillo que desprendía la joven?

—Y… ¿ahora que buscas Hugh?

—No estoy buscando nada, Meagan sólo estoy confirmando algo que…—no pudo continuar pues acababa de ver que la Guardiana desprendía el mismo resplandor que la vanior. La luz tintineante de un color azulada sobre el vientre de las mujeres debía significar que…. Abrió los ojos sorprendido ante su descubrimiento. Desde el día de la invocación notaba que sus poderes estaban aumentando, que era capaz de realizar hechizos que antes no podía, que la fuerza de sus ataques era más lenta que antes de la invocación. Desconocía el motivo del cambio en su cuerpo, pero sospechaba que había despertado su poder oculto al participar en el ritual.

Al no recibir respuesta de Hugh, Meagan preguntó de nuevo:

—¿Hugh, te encuentras bien?

Hugh parpadeó y respondió afirmativamente con la cabeza, pero la sorpresa que se reflejaba en su cara era evidente, y el que quedase mudo de repente era preocupante.

El Laird golpeó la mesa que estaba a su derecha con la palma de su mano, atrayendo la atención de todos, menos la de Hugh que siguió sumergido en sus pensamientos. Aterrorizado ante la idea de convertirse en tío. ¿Y si el bebé que crecía en el vientre de la vanior resultaba ser una niña? No, no lo quería ni pensar. Porque cuando naciese tendría que comenzar a moderar sus actos para no dar un mal ejemplo a la pequeña, y de paso asegurarse que ningún hombre se le acercara a su pequeña princesa.

—Hijo, lleva a tu esposa a vuestra alcoba, se la ve agotada.

Si Bridgit esperó una contestación ácida por parte de su esposo al Laird se llevó una grata sorpresa, pues Gaerth asintió sonriente a su padre y la arrastró entre las mesas, saliendo así del salón por la puerta de la izquierda, evitando deliberadamente la puerta principal que quedaba más lejos.

Al ascender las escaleras que los conduciría a su alcoba, sólo se escuchaba sus pasos y sus respiraciones.

Bridgit fue la primera en romper el silencio:

—¿Qué fue aquello Gaerth?

—No se de que me hablas muchacha—éste detuvo sus pasos, quedando un peldaño por encima de ella.

Bridgit bufó. ¿Cómo no iba a saberlo? si nunca lo vio sonreír a su padre….

—No te hagas el tonto conmigo, escocés. ¿Qué se supone que sucedió en el comedor? O es que ahora resulta que te has vuelto de un día para otro amiguísimo de tu padre.

—¿Qué pregunta he de responderte antes?

—¡Gaerth! —le golpeó en el hombro—. ¡A todas! No te hagas el tonto conmigo.

—No sabes lo que me excitas cuando te pones mandona, mi guerrera—le respondió sorprendiéndola al ver el fuego de la pasión brillar con furia en sus ojos, unos ojos que la estaban devorando por completo—. Pero como estoy seguro que no cejarás en tu empeño hasta que te responda—movió la cabeza con sorna de un lado a otro como si negara, y continuó—. No soy amigo de mi padre, es mi Laird y juré seguirle y protegerle aún a costa de mi vida, pero en el salón tenía razón, no era ni el lugar ni el momento de mostrar al mundo lo que consigues hacerme, cuando estés recuperada del viaje te tomaré como esposa ante el cura y el clan. Segundo, fuimos al salón para poder encontrarnos con los Guardianes pues llevan días aguantando mi funesto carácter y buscando el modo de traerte de regreso, y tercero….¿Ahora sí ya podemos ir a nuestra alcoba y encerrarnos el resto del día para…como lo dices…follar como conejos hasta que se nos haga de noche?

Aquella revelación, desvió la atención de Bridgit, quien optó por

ignorar la insinuación de su esposo. Podía mostrar las mejillas enrojecidas por el pudor, y el corazón palpitando con furia contra el pecho deseoso de pasar una velada así, pero antes quería saber toda la verdad, lo que había sucedido cuando ella no estaba y de paso contarle que estaba embarazada de él.

No se dejó engatusar ni por sus ardientes miradas, ni por su sugerente sonrisa.

—¿Por qué iban a estar preocupados Hugh y los demás por ti?

Al ver como enrojecían las mejillas de su esposo, Bridgit se preocupó.

—¿Gaerth?—preguntó, temiéndose lo peor.

Él descendió un peldaño y la empujó contra la pared de piedra, atrapándola con su cuerpo, tomó su rostro entre sus manos y mirándola fijamente a los ojos, le dijo:

—Estaban preocupados porque enloquecí de dolor cuando te perdí —contestó con voz enronquecida, dejando ver todo el dolor y el miedo que sintió cuando ella estuvo en su tiempo.

El nudo que sentía Bridgit en la boca de su estómago explotó y comenzó a sollozar, temblando en sus brazos. Él la abrazó a su vez, hasta que se calmó lo suficiente como para pedirle que la besara, intentando borrar todo el dolor que le produjo su marcha.

Gaerth gustoso la obedeció, devorándola con pasión.

Cuando se separaron en busca de aire, Bridgit sonrió.

—¿No íbamos a descansar?

—Creo que tienes un problema de oído esposa, te dije que vamos a encerrarnos en nuestra alcoba para follar hasta que no podamos más.

Gaerth mostró una sonrisa seductora que provocó que Bridgit temblara de anticipación. Conocía aquella sonrisa, aquel brillo en sus ojos y por todos los dioses que esperaba que él la colmase de atenciones el resto del día.

—¿Te sientes cansada, muchacha?

—No—respondió con un hilo de voz, luchando contra las ganas de suplicarle que la tomara en aquel lugar, sin importar que fueran las escaleras que conducían a la segunda planta del castillo. Los gestos de su esposo eran sensuales, oscuros…atrayentes. Y ella estaba cayendo en la trampa.

Gaerth recorrió el expuesto cuello de la joven con sus manos, sonriendo internamente al comprobar que los latidos de su mujer eran frenéticos. Su cuerpo temblaba contra el suyo, el aire brotaba entrecortado de sus labios, mostrando su respiración agitada. Estaba excitada. Tal y como la quería. Dispuesta, derritiéndose entre sus brazos, deseándolo con la misma intensidad que la deseaba él.

—Mi guerrera, te agotaré hasta que me supliques que me detenga, hasta que me grites que no puedes soportar tanto placer.

Y Bridgit pudo jurar que Gaerth cumplió su promesa. La amó durante toda la tarde hasta que el sol se ocultó en el horizonte. Durante ese tiempo, perdió la noción del tiempo y por más que le preguntaran no podría decir el número exacto de veces que gritó el nombre de su esposo en medio del clímax.

La amó con sus manos, con su boca, con su cuerpo. Recorriendo como la noche anterior cada centímetro de su ser, grabándose en su corazón aquel momento.

CAPÍTULO 40

Gaerth y Bridgit cruzaron una vez más las puertas que daban al salón donde se servía las comidas en el castillo. Llegaban tarde a la cena, pero se sentían dichosos, incapaces de borrar la sonrisa que mostraban en sus labios. Hasta que entraron al salón.

Malcom McLeod después de la salida del salón de su hijo y la mujer de éste, recibió la visita de un mensajero del clan MacKenzie. Para no alertar a los demás, se levantó de la mesa y siguió al mensajero hasta su despacho en la planta baja del castillo. Una vez allí, escuchó las noticias que le traía el hombre.

Por desgracia, fueron malas noticias, pero no demostró la preocupación que sintió ante el mensajero. Su rostro permaneció impasible, pero por dentro estaba ardiendo de rabia.

La frágil tregua que había pactado con el Laird MacKenzie estaba a punto de quebrarse y todo por el orgullo malherido de un hombre que juró vengarse de su familia y había encontrado el modo de hacerlo.

Debía prepararse. Avisar a sus soldados que estuviesen alerta. Si el MacKenzie se atrevía a atacar no permanecerían con los brazos cruzados.

Durante toda la tarde estuvo a la espera de que llegaran los soldados MacKenzies, pero estos no se presentaron. No fue hasta la cena cuando aparecieron. Malcom ya dio órdenes de que no los detuviesen, y les dejaran pasar al castillo. Era preciso hablar con ellos. La hospitalidad de las Highlands se imponía cuando había unión de sangre entre ambos clanes.

Sus hombres aceptaron sus órdenes y permitieron que el grupo MacKenzie liderado por el hijo y heredero del Laird entraran al castillo. Pero no por ello no les siguieron, portando sus espadas, dispuestos a desenvainarlas de ser necesario. Sus pasos resonaron en el silencioso lugar, hasta que llegaron al salón.

Cuando entraron el bullicio no se hizo esperar. Todos y cada uno de los soldados McLeod se levantaron al ver como cerca de treinta hombres MacKenzies atravesaban el espacio que los separaban de la puerta a la mesa principal donde los esperaba el Laird McLeod de pie tras esta.

—¡Bienvenidos!—dijo en voz alta Malcom silenciando los

murmullos que caldeaban el ambiente, aunque el tono de su voz indicara que prefería enviarles al Infierno que darles la bienvenida a sus tierras—.¿A qué se debe esta inesperada visita?

Callum rechinó los dientes ante el tono de sarcasmo que detectó en la voz de Malcom.

—Bien sabe el motivo de mi visita. ¿Dónde está ella?

Malcom entrecerró los ojos, dejando a un lado la máscara de anfitrión y mostrándose cómo era realmente, un hombre curtido en la batalla dispuesto a destrozar con sus propias manos al primo de su hijo, al bastardo que secuestró a la mujer de su heredero y que según le confiaron los soldados mandó asesinar a su otro hijo, al que nunca reconocería pues al ver su rostro tan parecido al suyo le recordaría siempre el desliz que tuvo con una inglesa. Y por mucho que una parte de él le instara a reconocerlo no podría hacerlo, por su clan, por su heredero para no mostrarse débil ante los otros clanes, para no dar un motivo para ser atacado al mezclar su sangre con la de una inglesa.

—Está donde le corresponde. A mi lado—respondió únicamente, con voz autoritaria y apoyando las manos en la mesa, por no hacerlo en la empuñadura de su espada.

—¡No lo permitiré! Eireen debe regresar a casa.

Malcom explotó, golpeando la mesa con el puño derecho. Las copas tintinearon volcándose algunas de ellas, derramando su contenido sobre la mesa principal de madera.

—¡Ya está en casa! Eireen no saldrá de este castillo. ¡No lo permitiré!

—¡Maldito bastardo!—gritó Callum apoyando su mano en la empuñadura de su espada, en una clara señal de amenaza—. Si te has atrevido a tocarla te mataré.

Malcom soltó un gruñido que provocó que sus hombres sacaran sus espadas y se pusieran en formación de ataque. Los soldados MacKenzie reaccionaron de la misma manera, desenvainando sus armas.

Callum sonrió. *Si deseas luchar, que así sea, viejo. Te haré pagar por todo lo que tu maldito clan provocó a mi gente. No comprendo como mi padre decidió firmar una tregua. Los McLeod solo merecen la muerte.*

Retiró su espada de la vaina de metal forjado y apuntó con el filo al Laird McLeod.

Fue en ese momento cuando las puertas del salón se abrieron y entraron Gaerth McLeod y su mujer. Sus rostros mudaron de la sorpresa inicial al ver el salón lleno de soldados armados en actitud de ataque, a la cautela. Gaerth se situó junto a los demás McLeod rodeando a los MacKenzie por detrás, hasta que divisó a quien estaba en el centro de todo aquello, entonces se rompió por dentro, bullendo de rabia.

El maldito…quien secuestró a su mujer, quien ordenó asesinar a su hermano, quien…A quien iba a matar con sus propias manos.

La voz de su padre le sacó de sus pensamientos, y tuvo que hacer acopio de todo su fuerza para controlarse, para no saltar en ese momento sobre ese hijo de perra, y esperar a ver cómo actuaba su padre, en ese momento no podía ofender a su Laird por culpa de una venganza personal, era su deber esperar a que su padre diera el primer paso.

—Regresa a tus tierras Callum, estás en clara desventaja, no te lo voy a repetir—aconsejó finalmente Malcom saliendo de detrás de la mesa, rodeándola por el lado derecho, hasta pararse frente al MacKenzie quien permanecía a unos pasos de él.

Callum gritó, agarrando con fuerza la empuñadura de su espada, hasta que sus nudillos se le pusieron blanquecinos:

—No me iré sin mi hermana, McLeod. ¡Entrégamela! ¡O si no, es la guerra!

Pero antes de que Malcom respondiese al futuro Laird MacKenzie que era la guerra, dando paso a una batalla que ambos bandos esperaban, una aguda voz los sorprendió a todos.

—Tendrás que regresar a casa solo, hermano. Mi lugar está ahora en estas tierras, junto a Malcom.

Detrás de Gaerth y Bridgit, apareció una joven de hermoso rostro y curvas pronunciadas, que vestía un kilt negro con los colores del clan McLeod. Su mirada era decidida y en sus manos portaba un puñal, una pequeña arma que llevaba siempre encima desde niña.

Eireen MacKenzie, ahora conocida como Eireen McLeod había escuchado los gritos desde el dormitorio principal del castillo. Después de estirar su dolorido cuerpo después de una extenuante sesión de sexo, buscó con ansiedad el vestido que le regaló su esposo y por el cual habían tenido muchas disputas, pues ella seguía empeñada en vestir los colores de su clan.

Una vez vestida apropiadamente bajó corriendo a la planta baja y entró sin dudarlo en el salón, suspirando aliviada al comprobar que aún estaba a tiempo para detener toda esa locura.

A pesar de que estaban dispuestos a enfrentarse con sus espadas, los hombres seguían discutiendo verbalmente, concediéndole un tiempo que iba a aprovechar en beneficio de todos.

—¡Basta! Deteneos todos—su voz ocasionó que todos los hombres se giraran y miraran hacia donde estaba ella. Ahora sí le hacían caso.

Callum se volvió ligeramente sin perder de vista al Laird McLeod que estaba detrás de él.

—Eireen esta noche regresarás a casa conmigo. Y por Dios, quema ese horrendo vestido, cómo te has atrevido a ponértelo. ¡Es traición! Serás castigada adecuadamente cuando lleguemos a casa.

—¡No!—fue la única respuesta que masculló entre dientes Eireen, a pesar que por dentro quería gritarle a la cara todo lo que pensaba de él, de lo cobarde que era, de la absurda batalla que llevaba contra los McLeods y que se alargaba en el tiempo destrozando la vida de muchísima gente.

Callum ahogó una maldición y repitió de nuevo esta vez alzando la voz, casi gruñendo al ordenarle a su hermana:

—Obedecerás Eireen, tu deber es seguir las órdenes de tu señor—sus ojos le mostraban que lo iba a pagar muy caro, que el bochorno que estaba pasando esos minutos se los iba a hacer pagar en cuando llegaran a casa. Iba a ordenar que le dieran diez latigazos como castigo, por muy hija de su padre que fuese, pues no compartían la misma madre, no la reconocía como hermana, por mucho que tuviese que fingir cuando estaba el Laird presente. Aquella malcriada, caprichosa era el ojito derecho de padre, y siempre tuvo que callarse lo que pensaba realmente de ella, pero ahora…tenía testigos de su traición, sus soldados informarían a su padre que ella había dejado los colores del clan vistiendo uno vestido con los colores de los McLeods, y el Laird ya no podría oponerse al castigo. Ahora no.

Eireen mostró una mueca de desagrado. Obedecer. Aquella palabra se le atragantaba y le producía ardor de estómago. Cuando había aceptado la petición de matrimonio de Malcom le prometió intentaría obedecerle en todo aquello que ella considerase importante, pero que ella era libre para decidir qué obedecer y que no, el cura por suerte permaneció en silencio mientras los desposaba, más que dispuesto a que aquella ceremonia acabase cuanto antes y poder salir corriendo del encierro/secuestro que le hizo el Laird McLeod.

Estuvo a punto de sonreír al recordar como Malcom secuestró al hombre de Dios, lo plantó delante de ella y le gruñó que ahora no tenía motivos para negarse a ser su mujer, que iba a formalizar la locura que le producía su sola presencia ante Dios y ante los hombres, uniéndola a él para siempre.

No fue la más romántica declaración del mundo, pero para ella fue la mejor, le demostró que no era solo un alivio para su cuerpo, que no sólo fue por la pasión que sentían cuando estaban juntos, si no que deseaba tenerla en su vida, pese a los problemas que preveía en un futuro al ser él quien se desposase con ella, cuando se suponía que tenía que entregarla a su hijo cumpliendo así el pacto con el padre de ella.

Pero el amor y el deseo, les golpeó de sorpresa cuando él la secuestró. Algo que le echó en cara cuando le presentó al atemorizado cura, que los casó tartamudeante y mirando de reojo la gran espada de Malcom que hundió en el suelo a la altura de su mano derecho, en una clara muestra de que estaba dispuesto a emplearla si no los casaba.

La lucha interna que sufrió al ver que se estaba enamorando del hombre al que le enseñaron a odiar, se rompió en el momento en que la tomó en sus brazos y la besó, mirándola luego con lujuria, viéndola como una mujer, no como la hija del Laird.

No se arrepentía de su decisión, por mucho que echara de menos lo que dejó atrás.

En el clan MacKenzie había sido criada por las hechiceras, entrenada en mente y cuerpo para ser una guerrera, y todo a espaldas del conocimiento del Laird y de su hermano. Sus habilidades fueron cultivadas secretamente, aún siendo un riesgo para las hechiceras al ser considerada una traición el educar en el arte del combate a las mujeres.

Pero Malcom no era como su padre, admiraba su tenacidad, su fuerza, que no le dio tregua cuando la secuestró y la mantuvo cautiva en un barracón de cacería. La lucha verbal con ella no le enfureció como sucedía con los hombres de su familia, si no que lo ató a ella, le alteró y le hizo ver que la deseaba como mujer, pesara a quien le pesara su decisión.

Su hermano, por el contrario, creía que podía dominarla, que aún era la chiquilla que corría tras su caballo mirándolo con adoración. Habían pasado muchos años y estos la enseñaron que en esta vida si deseaba algo tenía que luchar por él, utilizando todas las armas que pudiesen, y que su adorado hermano era una víbora disfrazada de hombre, capaz de matar a su propio padre si estuviese seguro de que los soldados del clan no buscaran revancha contra él.

—Ya la has oído. No se moverá de aquí. Eireen es mi mujer.

La voz de Malcom resonó con fuerza en el salón, alterando más a Callum, y provocando que Eireen sintiese como el corazón galopara con fuerza. Si fuera otro hombre le habría lanzado algo a la cabeza, o simplemente le habría ignorado, rechazando aquel pensamiento tan arcaico, pero con Malcom era diferente, a pesar de su rudeza sentía que no sería feliz si no estaba a su lado, compartiendo los buenos y los malos momentos. Aquel hombre que la secuestró y la mantuvo cautiva en una cabaña perdida en el bosque de las tierras de los McInners, había logrado conquistarla, atravesar la coraza que recubría su corazón.

Por él, dejó atrás todo lo que conocía, todo lo que quería, y todo por amor.

Eireen sonrió. Amor. Amaba a ese obstinado hombre, y no le importaba sus cabellos encanecidos, sus arruguitas alrededor de los ojos, ella veía la sabiduría y el dolor que había en su mirada, la delicadeza en sus encallecidas manos, la preocupación en sus gestos.

No iba a regresar. Ahora su hogar estaba al lado de su esposo.

Callum gritó al tiempo en que se giraba y se encaraba a Malcom

elevando la espada hasta acercarla peligrosamente a la garganta del Laird McLeod. Los soldados del Laird al ver esto atacaron a los MacKenzie.

Gaerth empujó a Bridgit, protegiéndola con su cuerpo, y se dispuso a atacar, dispuesto a cobrarse venganza contra aquellos bastardos, por todo el daño que habían hecho al clan, a su familia, a su mujer.

Bridgit quedó al lado de la mujer MacKenzie, o la nueva esposa del Laird según había entendido por la conversación que allí se gritó. Ambas se miraron unos instantes antes de seguir la lucha que se estaba llevando a cabo en el salón del castillo. Las doncellas que portaban las bandejas con comida habían huido por las puertas laterales que conducían a la cocina, soltando lo que llevaban. El ruido de las bandejas al golpear contra el suelo, no produjo alteración alguna, pues los gritos de los soldados resonaban con fuerza por todo el salón.

—¡Maldito hijo de perra! ¡La has puesto en nuestra contra! Esa perra le ha dado la espalda a su clan—bramó Callum golpeando con su espada a Malcom quien detuvo la estocada con pericia—. Esto es todo por tu culpa. Todos los McLeods deberían morir.

—¿Y serás tú quien lo intente joven?—se burló Malcom respondiendo a los golpes del MacKenzie, logrando que éste retrocediese un paso, chocando con la espalda de otros combatientes.

Callum rechinó los dientes y avanzó, tomando ventaja de la contienda.

El entrechocar de las espadas se escuchaba por todo el lugar, entremezclado con los gritos y las maldiciones de los soldados.

Eireen lo observaba todo con aprensión. Ella había ido al salón, quebrando la promesa que le sonsacó Malcom, haciéndole jurar por la mañana que no iba a bajar al salón, que no intentaría detener a su hermano, y así él, le juró no tomaría la justicia por su mano, permitiéndole la entrada a sus tierras al MacKenzies y la salida de la isla sin daños. Pero su presencia pareció que fue el detonante de todo aquello. Los hombres no la escucharían, no cuando estaban en medio de una batalla en la que exponían el odio acérrimo que vivía en sus corazones.

Bridgit fue consciente del temor y del dolor que exudaba la joven que estaba a su lado. Ella no entendía nada. ¿Es que acaso el padre de Gaerth había contraído matrimonio con aquella mujer? ¿Era a través de esa unión el que los dos clanes habían sellado una tregua? Si era así, la tregua apenas había durado porque en esos momentos los hombres luchaban a muerte en medio del salón, procurando no herir a los pocos espectadores que quedaban.

Tenía tantas preguntas y no había tiempo para encontrar las respuestas. Pero lo que tenía claro era que no quería presenciar

aquello. Por mucho que ella misma deseaba achicharrar al hombre que la secuestró, dejarle reducido en un montoncito de ceniza y bailar sobre ella, pero la preocupación que sentía hacia Gaerth hacía que pudiese controlar su sed de venganza. Si Gaerth salía herido de aquella estúpida pelea, no podría soportarlo. Había regresado al pasado para vivir una larga vida al lado de aquel orgulloso hombre, y por los dioses que lo iba a conseguir. Por las buenas…o por las malas.

—¡Ya basta! Dejad de pelear—soltó una llamarada que pasó por encima de las cabezas de los combatientes. Estos se detuvieron al instante, impresionados por la demostración de poder—. Parecéis gallos de pelea, ¡estúpidos!—paseó la mirada por todos, deteniéndose unos segundos en el hermano de Gaerth y sus amigos—. Y tú…—ahora le tocaba a su esposo—… No regresé al pasado para convertirme en viuda. ¡Joder! No quiero ser madre soltera.

Bridgit calló de golpe. Lo había dicho. No pensaba decírselo de esa manera, pero con los nervios, lo alterada que estaba hormonal y sentimentalmente, lo acabó gritando delante de todos.

Gaerth tardó unos segundos en reaccionar. ¿Era cierto que su esposa había gritado que iban a ser padres?

—¡Lo sabía! Esa luz que desprende su estómago es parecida a la de Meagan. Así que esa presencia es el bebé.

Gaerth buscó a su hermano entre los soldados. Todos habían bajado las espadas, impresionados ante la muestra de poder de la vanior, quien mostraba un aura de poder que atemorizaba y sus ojos se habían vuelto del color de la sangre.

Hugh estaba al fondo del salón rodeado de soldados MacKenzie.

—¿Tú lo sabías? ¿Cómo es posible?—gritó Gaerth mirando alternativamente a su esposa y a su hermano. El motivo de la lucha se esfumó de su mente. Además, ¿cómo era posible que no se hubiese percatado? Si notó que Meagan estaba embarazada, ¿cómo era posible que con su esposa, por más que la miraba no veía la magia del bebé como le pasaba cuando observaba a la Guardiana?

Pero en esos momentos al mirar a la cara a su esposa, poco importaba cómo no fue capaz de percatarse.

¡Iba a ser padre!

—Tenía mis dudas pero ahora… ¡Enhorabuena Gaerth!

Soltando un grito de alegría, éste estuvo al lado de su mujer en tres zancadas y la alzó, sujetándola por la cadera, mirándola con absoluta adoración. Se sentía exultante, inmensamente dichoso. Una familia. Iba a formar su propia familia. Con un pequeño o una pequeña guerrera correteando tras de él, a quien le enseñaría cabalgar y blandir la espada con soltura. Sin dejar de sonreír, la besó. Delicadamente. Recorriendo su rostro con sus manos, atrapando su cuerpo contra el suyo.

—Un hijo... —susurró.

—O una hija.

Gaerth soltó una carcajada.

—No me importará tener una docena de hijas, mi guerrera si todas se parecen a ti.

Bridgit lo miró con un brillo de felicidad en sus ojos.

—¿Así que te alegras de que esté embarazada?

Gaerth alzó una ceja, sorprendido por su pregunta. ¿Cómo no iba a estarlo? Si ella le había concedido cada uno de sus sueños. Había logrado borrar el rencor de su corazón, liberarlo de la locura de la venganza.

—Me ofende que hayas dudado de esa manera, mi amor, por supuesto que estoy dichoso de la llegada de un niño, o una niña, es el mayor regalo que puedes darme.

Bridgit lo abrazó, apoyando la cabeza en su pecho. Aquello era lo que estaba buscando, un lugar al que pertenecer, un hombre al que entregarle el corazón sin temer que lo quebrase.

El silencio que reinó después de aquello fue roto cuando los demás gritaron las

felicitaciones ante la nueva noticia. Hugh salió de detrás de la mesa y alcanzó a la pareja. Separó a Bridgit, e ignorando el gruñido de Gaerth la abrazó, besándole en la frente.

—Mis felicitaciones, hermana. Seréis grandes padres.

Bridgit sonrió con alegría y recordó varios fragmentos del diario que le regaló el descendiente de Hugh donde el propio Guardián con treinta años más encima narró su experiencia como padre.

—Gracias, Hugh—le contestó, separándose del hermano de su marido.

Los demás Guardianes no tardaron en acercarse hasta ella para darle la enhorabuena.

Mientras el hijo de Malcom y su esposa eran rodeados por entusiastas soldados, Eireen pasó entre ellos. Necesitaba estar cerca de su esposo. Sentir sus brazos alrededor de ella, disipar las dudas que abrigaba en su corazón con su calor.

Pero antes de llegar junto a Malcom quedó frente a su hermano, quien estaba rodeado por soldados McLeods. Callum la miró de arriba abajo, mostrando una mueca de desagrado.

Eireen intentó que no le afectase la conducta de su hermano después de todo el aprecio infantil que sintió por él se evaporó, pero fue en vano, le dolió ver su rabia entremezclando con la traición, pues ella no se sentía una traidora a su clan. Se había enamorado y se había desposado con el hombre que eligió ella, no el que le eligieron para formar una tregua que a ninguno de los dos clanes iba a satisfacer.

—Aléjate de mí, maldita traidora. Traicionaste a tu sangre, a tus raíces. No eres más que una zorra que….

Callum no pudo continuar. Malcom le asestó un puñetazo en la barbilla, que lo tumbó al suelo atrayendo la atención de todos que se giraron, y se les quedó mirando.

—¡Fuera! Esta misma noche regresarás a tus tierras, no te permito que insultes a mi esposa en mi presencia—desde el suelo Callum se tocó el labio, notando el sabor metálico de su sangre. La vergüenza que sentía al ser vapuleado como si fuera un muchacho imberbe sólo era opacada por el odio que sentía por los McLeods.

—Maldito McLeod. Esto no quedará así.

Ante el gesto de levantarse y buscar su espada, Malcom tomó la decisión de arrestar al joven. Con un gesto indicó a sus hombres que rodeaban a los MacKenzies que los desarmaran y los condujeran a los calabozos. Así lo hicieron, en apenas unos minutos las espadas de los MacKenzies cayeron al suelo ante la disparidad numérica y la promesa de sangre del Laird que miraba con odio a cada uno de ellos.

—Llevadlos a las mazmorras. Que una noche en esas húmedas cavernas les despejen la mente.

Los McLeods arrastraron a los MacKenzie fuera del salón. Los gritos de los prisioneros sonsacaron sonrisas de los soldados de Malcom. Era una delicia escuchar sus gritos jurando derramamiento de sangre, cuando eran ellos los que iban a dormir en la oscuridad de las húmedas mazmorras, un castigo demasiado pequeño para aquellas víboras pero que no podían permitirse romper una tregua pactada con el Laird MacKenzies, ellos no iban a permitirle al viejo tener una excusa para atacarles con todo el arsenal, iniciando una guerra entre clanes en la que los clanes vecinos se verían inmersos por las antiguas alianzas.

Eireen desvió la mirada cuando su hermano gritó obscenidades contra ella. No quiso ver como se lo llevaban a rastras del salón rumbo a los calabozos que había cerca de la muralla que rodeaba el castillo. Unos surcos cavados en la tierra que fueron tomando la forma de unos calabozos en los que se encerraba a los prisioneros o a los hombres que causaban estragos en el clan para que enfriaran sus mentes y recapacitaran sus acciones. Y ciertamente muchos de ellos cambiaban de actitud, después de pasar una noche a la intemperie rodeados de la humedad de las paredes naturales de tierra, y los charcos de agua salada que se formaban y quedaban encharcados en el suelo de los calabozos.

No iba a hablar a favor de su hermano. El castigo que iba a recibir no era nada en comparación con las decisiones que tomaban otros Lairds de las tierras altas que no dudaban en silenciar a los hombres que se interponían en su camino.

Malcom la tomó entre sus brazos y la besó hasta que sus piernas temblaron de la excitación. Una vez que cortó el beso y sin decir nada la llevó a su lado para presentarla a la esposa de su hijo.

Aquella noche celebraron una cena en honor a la fortuna de Gaerth y Bridgit, y todos brindaron en honor de las nuevas parejas que se formó en el último mes en el clan, como si nada de lo que aconteció minutos antes hubiese pasado, no iban a permitir que la llegada de los MacKenzies se interpusiese en la felicidad de los futuros padres, del hijo del Laird.

La felicidad para muchos era plena,….para otros en cambio…maldijeron a los McLeods y a sus generaciones, mientras el viento aullaba a su alrededor y la humedad se calaba en sus huesos mientras golpeaban las paredes de tierra de sus prisiones.

CAPÍTULO 41

—Dios, estoy agotada.

Bridgit saltó cuando sintió como su esposo le besaba la nuca, mordisqueándole el lóbulo derecho, abrazándole desde atrás, abarcándola con su cuerpo.

—¿Estás segura, mi amor?—dijo con voz grave Gaerth presionando sus caderas contra el trasero de su mujer, evidenciando su creciente excitación.

Bridgit jadeó. Gaerth le estaba masajeando los pechos, y sus caricias le quemaban la piel.

—No…, creo que no—se mordió el labio cuando él pasó una de sus manos por debajo de su pantalón rozando sus partes íntimas por encima de la tela que la cubría—…Aún no estoy cansada. Tal vez si tú….

No pudo decirle nada más, él tomó posesión de su boca y la arrastró hacia la cama, desnudándola por el camino. Cuando llegó al turno del sujetador, gruñó al no poder sacárselo.

—Por todo lo sagrado, mujer. ¿Cómo se retira esta prenda?

Bridgit rió al ver como Gaerth forcejeaba con el cierre del sujetador. La ropa moderna no era para hombres impacientes como él, en aquella época las mujeres portaban sólo una fina camisa de lino bajo las dos capas de vestidos, y los pololos que vestían les llegaban hasta las pantorrillas.

—¡Oh, por Dios, pequeña! Me trastornas—gruñó con voz enronquecida cuando vio como ella se quitaba aquella opresora prenda y dejaba expuestos sus turgentes y hermosos pechos.

Bridgit sonrió, acercando sus labios a los de su esposo, iniciando una lucha de poder que terminó con la claudicación de ambos. Gaerth finalizó el beso y se apoyó con las palmas de las manos en la cama, para no aplastarla con su peso. Su cuerpo desnudo cubría al de ella. Las mantas que cubrían la cama quedaron olvidadas en el suelo.

Gaerth le separó los muslos, acariciándolos con suavidad, admirando la suavidad y la blancura de la piel. Después de acomodarse entre ellos, presionó la entrada con la punta de su verga, esperando a que ella diera el primer paso antes de penetrarla por completo e iniciar una danza que los llevaría a ambos al cielo.

Bridgit se arqueó, elevando las caderas para permitirle un mejor acceso, y jadeante esperó a que la penetrara.

Aquel era el gesto que esperaba, que ella ansiara sentirle dentro,

que le acariciara con sus húmedos pliegues la punta de su verga y le rodeara con sus esbeltas piernas la cintura.

Bridgit gimió en alto, cerrando los ojos de puro placer, cuando sintió como la invadía lentamente, penetrándola centímetro a centímetro, hasta llenar por completo. Cada vez que la hacía suya, se sentía dichosa. No sólo unía su cuerpo con aquel hombre sino también su alma.

Gaerth presionó con fuerza, gruñendo de placer al sentir como la cavidad de su esposa le envolvía con una suavidad ardiente. Aguardó unos segundos, disfrutando de la agradable sensación y comenzó a moverse, siguiendo el ritmo que le imponía ella con sus movimientos.

Los segundos se hicieron minutos. El placer se arremolinó en sus vientres, amenazando con explotar y hacerles gritar.

La culminación no tardó en llegar y ambos aguardaban ese momento, acariciándose y jadeando el nombre del otro, sin dejar de moverse. Cuando el clímax les invadió, Gaerth se tensó y levantó la cabeza gruñendo en alto. Bridgit se dejó mecer por el placer que le recorrió cada centímetro de su sudoroso cuerpo y gritó el nombre de su esposo.

Minutos después, cuando sus respiraciones se normalizaron, Gaerth se apartó de encima de ella y la abrazó colocándola a su derecha. Después de buscar la manta que estaba tirada en el suelo y cubrir sus cuerpos, la besó en la frente y dijo en la oscuridad del dormitorio:

—Eres como una buena batalla, Bridgit. Me agotas y me trastornas con tu cuerpo. Nunca estoy saciado de ti.

Bridgit sonrió con satisfacción femenina. Escuchar que lo volvía loco con su cuerpo provocaba que su ego de mujer subiera hasta las nubes. Se sentía capaz de salir a la ventana y gritar a los vientos lo feliz que era.

—Me alegro que te complazca, Gaerth. Tú tampoco estuviste tan mal.

El silencio que siguió a su declaración, hizo que ella buscara su rostro para ver su expresión. Gaerth tenía los ojos abiertos y contemplaba con aire pensativo el techo.

Tal vez espera que le confiese que me provoca las mismas sensaciones que le provoco a él. Pero debería de saberlo….he dejado mi siglo por él, lo abandoné todo para estar a su lado.

Pero por si acaso, dijo volcando todo el amor que sentía por él en sus palabras:

—Gaerth…—éste dejó de mirar el techo y la observó con sus brillantes ojos rojos, un cambio de color que fue producto de la invocación y del que se llegó a acostumbrar, además sus ojos también cambiaban de color cuando se enfadaba al extremo y atacaba con su fuego interior, por suerte el cambio en sus ojos apenas duraba unos

segundos, antes de regresar a su color habitual —…Te amo.

Por un instante, él se quedó sin respiración, y un calor se arremolinó en su pecho. Esbozando una sonrisa, agachó su rostro y la besó, largo y tendido, saboreándola, antes de susurrarle a su vez:

—Mi guerrera, mi esposa…mi amor.

Con cuidado, Gaerth se posicionó sobre ella, besándole cada centímetro de su cuerpo. Lamiéndola y mordisqueándola, descendiendo desde el cuello a su vientre, deteniéndose unos segundos en el ombligo donde besó y reverenció el lugar donde crecía el fruto de su amor.

—Nunca dejaré que te vayas de mi lado, mi guerrera—besó el espacio de alrededor del ombligo—. Criaremos a nuestros hijos, juntos les enseñaremos a utilizar su magia, gozaré de tu cuerpo cada noche….

—Y no te olvides que durante el día también—Gaerth alzó la cabeza y le sonrió. Su pequeña guerrera, la mujer que había cambiado su vida y la de su clan. Atrás quedó la oscuridad del pasado. Con ella, el futuro se abría ante él, esperanzador.

—Disfrutaré de tu cuerpo, saciaré la sed que nos consume, besaré cada rincón tuyo.

Bridgit movió las caderas y sonrió.

—¿Aún cuando esté tan gorda que no pueda mirarme los pies?

Gaerth subió para besarle la boca.

—Nunca serás desagradable para mí, mi guerrera. En tu vientre crecerá nuestro primer hijo…—antes de que ella le interrumpiera, matizó— o nuestra primera hija. Estoy orgulloso de ti, esposa. Y juro protegerte con mi vida y amarte hasta el día en que la muerte me reclame.

Y con un beso, sentenció su promesa de amor, para luego continuar lamiendo su cuerpo, haciéndola llegar a la cumbre con su lengua.

Por fin estoy en casa. Fue lo último que pensó Bridgit antes de caer dormida, suspirando contra el pecho de Gaerth.

Y descansaron hasta el día siguiente, abrazados el uno al otro, durmiendo plenamente sintiendo el calor que desprendía su pareja.

CAPÍTULO 42

Bridgit contemplaba a Gaerth pasearse por el patio de entrenamiento sonriendo embobado mientras mostraba la espada que utilizaba de niño para entrenar y llegar a ser un gran guerrero. La había sacado esa mañana del baúl para tenerla a mano cuando el bebé llegara. Sería su primer regalo.

—Cuando saben que van a ser padres se vuelven más tontos de lo que son.

Bridgit miró hacia un lado, Meagan se sentó a su lado, extendiendo una manta de lana en el suelo para no tener frío. Su vientre comenzaba a mostrar una pequeña redondez, que no dejaba de acariciar Duncan cada vez que se la cruzaba por el castillo. Meagan tuvo que abandonar sus quehaceres como Guardiana, prometiéndole a su esposo que no levantaría peso hasta después del parto.

Bridgit se abrazó las piernas y apoyó el mentón sobre sus rodillas. Aún seguía utilizando los pantalones que había traído de su siglo. No se acostumbraba a utilizar vestidos que quedaban holgados al cuerpo, y Gaerth tuvo que admitir después de protestar cuando vio como los demás hombres del clan la observaban al pasar, que adoraba cómo le quedaba la apretada prenda.

—Conozco a Gaerth desde niño y se pondrá insoportable cuando comiences a mostrar barriguita.

Bridgit sonrió, posando una mano sobre su plano vientre. Hacía escasamente unos días que se había enterado que estaba en estado. Había ocasiones que todo lo que le estaba pasando parecía un sueño. Un dulce sueño del que no quería despertar.

—Seremos tres entonces las que suframos sus órdenes absurdas.

Tanto Bridgit como Meagan miraron hacia atrás. Eireen se paró al lado de ellas y se sentó, agradeciendo el espacio que le dejó Meagan en la manta. Las tres miraron al frente y sonrieron al ver a sus hombres hablar entre ellos.

—¿Estás embarazada, Eireen?—preguntó Meagan, observándola de reojo.

Eireen rió, negando con la cabeza.

—Aún no. Pero con lo que nos ejercitamos, seguro que muy pronto podré decirle a Malcom que estoy esperando un hijo.

Las carcajadas de las mujeres atrajo la atención de los soldados que estaban en el patio.

—No la dejes ir, Gaerth. Una mujer como ella nunca la encontrarás

dos veces.

Gaerth asintió, dándole la razón a su padre.

—Este año ha sido afortunado para todos. Solo lamento…

—No haber acabado con Callum—finalizó Malcom. Conocía bien a su hijo a pesar de que éste no le hubiera permitido estar a su lado, odiándolo desde la muerte de su madre.

—Sí. Se atrevió a tocar a mi mujer. Se la llevó de mi lado. Merece morir bajo el filo de mi espada.

Malcom no pudo ocultar su opinión. Su rostro mostró durante unos segundos que estaba de acuerdo con su hijo, las costumbres de las Highlands eran muy claras, si un hombre maltrataba a una mujer éste merecía la muerte. Que un hombre levantara la mano a una mujer o a un niño era un deshonor, y el hombre que se traicionase a si mismo con aquel acto tan vil sería condenado a muerte por el padre o el marido del inocente maltratado.

Pero por más que estuviera de acuerdo con su hijo no podía permitirle que saciara la sed de venganza de su espada. La unión de sangre que estableció al casarse con Eireen, hija pequeña del laird MacKenzie le impedía matar a Callum. Por más que estuviera tentado.

—¿Qué harás con el MacKenzie? ¿Cuánto tiempo más estará en los calabozos?—preguntó Gaerth, cruzándose de brazos y mirando fijamente a su esposa que reía feliz con Meagan y Eireen.

Malcom siguió la mirada de su hijo y sonrió al ver a su joven esposa. Eireen había provocado que volviese a creer en el amor. La joven luchó con uñas y dientes para liberarse, pero al final fue atrapada por el amor que los unió y consiguió lo imposible, unir ambos clanes con un matrimonio.

—Sí todo sale como lo he previsto, mañana a la noche Callum dormirá en las tierras MacKenzie.

—¿Y saldrá de nuestras tierras sin castigo?—gruñó Duncan interrumpiendo la conversación de los señores de la isla.

Gaerth se abstuvo de intervenir, su amigo había expresado lo que pensaba del asunto.

—No, no quedará sin castigo, pero no me corresponde a mí imponérselo.

—¿Y a quién entonces?—preguntó Gaerth, descruzándose de brazos.

—Por desgracia, al Laird MacKenzie.

Cuando Gaerth fue a buscarla después de discutir en el patio con su padre, Bridgit lo notó tenso, a punto de estallar. Por más que le preguntó, su esposo no dejó de contestarle que no le ocurría nada, que

todo iba bien. Por supuesto, no le creyó. Había pasado algo, si no él no estaría en ese estado de tensión.

La hora de la comida pasó muy lentamente para Bridgit, y si no fuera por la conversación que le dieron las mujeres de Duncan y Malcom se le habría echo eterna. Los hombres se mantenían en silencio, comiendo lentamente la carne humeante cazada en los bosques del clan McInners que permitían que los McLeods cazasen tres veces al mes en sus tierras a cambio de la pesca que equivaldría a los kilos cazados durante esos días.

Durante la comida, respondió a las preguntas que le hicieron acerca de su tiempo y de su mundo, sin inmiscuirse en aspectos históricos que pudieran interferir en el curso de la historia. Le pareció gracioso que consideraran imposible que las mujeres en el siglo veintiuno desempeñaran los mismos empleos que los hombres. Para Eireen y Meagan, el que las mujeres quisiesen pescar y cazar les parecía absurdo.

Entre bocado y bocado conoció a la joven Eireen y le agradó su fuerte personalidad. Era una mujer decidida y que aceptaba que Malcom había tenido un pasado que lo marcaría para el resto de su vida, y en lugar de desear que desapareciera el recuerdo de la anterior esposa, lo único que quería era conseguir un hueco propio dentro de su corazón.

Eireen luchó por su libertad cuando estuvo cautiva por el Laird, y cuando la obtuvo, le gritó a Malcom que su lugar era a su lado.

Nada más acabar de comer, Gaerth se levantó junto con Duncan y después de besar a su esposa, se marcharon a entrenar. Bridgit quedó un poco sorprendida ante la frialdad que mostró, sobre todo después de la noche que pasaron juntos.

Meagan notó su desconcierto y la acompañó hasta la salita, señalándole una silla ante el fuego de la chimenea.

Bridgit se sentó, y Meagan le pasó una cesta con agujas largas de metal y unos ovillos de lana virgen de un color parduzco.

—No te preocupes por Gaerth. Según me contó Duncan, está enfadado con el Laird porque éste le prohibió matar a Callum.

Bridgit observó las madejas de lana sin saber muy bien qué hacer con ellas, después de unos segundos de indecisión las dejó a un lado de la silla en el suelo.

—¿Por qué iba a matarlos?—preguntó Bridgit.

La que respondió no fue otra que la hermana pequeña de Callum.

—Por que te secuestró y te dañó.

—¿Sólo por eso?

—¿Sólo?—repuso Meagan con un tono de sorpresa en la voz. La mentalidad de la joven del futuro era completamente diferente de la de su época—. ¿Te parecen pocos motivos para desear su muerte? Por

menos han muerto muchos hombres.

—Es incomprensible que por esos motivos sean capaces de acabar con la vida de una persona. Y si no tendría que ser yo quien quisiese matarlo por todo lo que me hizo pasar, pero puedo ver que su muerte traería más problemas que la satisfacción personal de verle criando malvas, por tanto que quede vivo es más que necesario y aconsejable para todos, por mucho que pueda jodernos.

Eireen se mantuvo silenciosa durante la conversación, pero al escuchar como la mujer de Gaerth opinaba que su hermano no merecía morir, se sorprendió de tal manera que acabó diciendo en alto.

—¿Todos en tu siglo piensan igual que tú? ¿Acaso los hombres perdieron la braveza que los caracteriza?

Bridgit pensó durante un instante la respuesta que le iba a dar. No podía mentirle. En el siglo veintiuno seguía habiendo guerras, matanzas, robos, asesinatos. La crueldad de la que eran capaces los seres humanos seguía habitando en sus corazones.

—Siguen luchando, pero en mi siglo existen también unas leyes que todo hombre y mujer del mundo deben cumplir. No hay excepciones, da igual que sea un rey o un pescador.

—Tu siglo es extraño—le respondió Eireen aliviada al ver que la vanior no iba a exigir represalias contra su hermano.

Bridgit rió.

—Ahora ya no será más mi siglo. Lo dejé todo atrás para estar con Gaerth. Espero de corazón que este sea mi hogar.

Meagan le palmeó en el brazo, estaba sentada a su derecha, y Eireen a su izquierda. Ambas mujeres la animaron con sus palabras, y junto a ellas sentía que ya no era considerada un peligro para el clan. A su regreso había pasado de ser un arma para destruir al clan enemigo, a la mujer de Gaerth, la madre del futuro heredero.

—Gracias. A las dos.

—No hay nada que agradecer, Bridgit. Al fin y al cabo ahora seremos familia—ésta correspondió a la sonrisa de Eireen y se dispuso a aprender a tejer, una actividad que según le comentó Meagan era permitida por los hombres a sus mujeres embarazadas porque según ellos no suponía ningún peligro para la vida del bebé ni para la madre.

Para ella….no era más que un modo de tortura medieval que consistía en entrelazar las hebras de lana con la ayuda de las agujas de madera, pero se dispuso a aprender animada por sus nuevas amigas.

Gaerth estuvo de un humor insoportable durante todo el día. Después de discutir con su padre a causa de su decisión de no

permitirle llevar a cabo su venganza personal con Callum, se dedicó a entrenar durante la tarde. Lo acompañaron sus hombres, Duncan y Hugh. Magnus se había lesionado el día anterior y estaba descansando a regañadientes en su cabaña, recibiendo las visitas de Elreic que estaba dispuesto a seguir manteniendo la tranquilidad que había entre los dos por todo el tiempo que fuera capaz. Después de haber pasado cerca de una semana durmiendo a la intemperie, con el único compañero del cielo estrellado y el siseante viento, Elreic se percató de la intensidad de sus sentimientos por Magnus. El joven Guardián era su compañero de por vida, y poco importaba que fuera un hombre. Cuando consiguió que le diera una segunda oportunidad se sintió el hombre más afortunado del mundo y le juró que nunca más le iba a traicionar.

Mientras Gaerth entrenaba en el patio, Malcom dejó la isla después de comer y se dirigió en barca al puerto de las tierras McInners, allí se encontró en la posada con un invitado muy especial y el cual sería el encargado de poner fin a todo. Ya iba siendo hora que el clan McLeod tuviera una época de tranquilidad con las habituales disputas de robos de grano y ganado, pero sin tener que ver con las matanzas a traición acontecidas en los últimos años.

Cuando llegó a la posada y entró en ella, reinó un silencio. Los soldados que se encontraban en aquel lugar tomando una copa de vino caliente se callaron al verle. Los McInners saborearon sus copas de alcohol al ver que después de décadas, los dos Lairds estaban nuevamente uno frente al otro, y ellos iban a ser testigos de ello.

CAPÍTULO 43

Malcom McLeod caminó con pasos orgullosos sin despegar sus ojos del hermano de su primera mujer. Aquel hombre juró matarlo con sus propias manos después de enterarse de la muerte de su hermana pequeña, y por el odio que se leía en sus ojos el sentimiento de rabia aún perduraba en su corazón. Ni la muerte de su esposa, la desaparición de su hija y de su hijo había ablandado al obstinado Laird.

Malcom se detuvo frente al Laird MacKenzie, se cruzó de brazos y dijo:

—Tardaste en llegar, MacKenzie.

El soldado apostado detrás del Laird se descruzó de brazos e hizo el gesto de desenvainar la espada.

—Para ti, Laird MacKenzie.

Malcom ignoró al soldado y siguió con la mirada fija en su ahora suegro, aunque éste no lo supiese.

—Habla rápido, McLeod, o conocerás el sabor del filo de mi espada. Recuerda que un MacKenzie nunca olvida ni perdona, sólo espera la oportunidad para devolver la afrenta recibida.

Malcom no se llegó a sentar, permaneció de pie, con la espalda bien cubierta gracias a su amigo, Jason McLeod.

—Tengo a tus hijos en mis tierras.

Douglas Alardeirz MacKenzie se levantó de la silla tirándola al suelo y le asestó un puñetazo a Malcom.

Malcom respondió al golpe, iniciándose una pelea a puñetazos.

—Maldito bastardo, devuélveme a mis hijos.

—Pagaría por que te llevaras a Callum de regreso a casa—se burló Malcom sonriendo, moviendo la barbilla dolorido.

Douglas estalló los nudillos de ambas manos.

—Esto es una declaración de guerra, McLeod.

—Lo será si no se lleva a su hijo a sus tierras.

—Mencionas sólo a mi hijo, pero ¿y mi hija? ¿Le ha sucedido algo? —a pesar de que intentó ocultarlo se escuchó una nota de preocupación en su voz.

Malcom se cruzó de brazos. ¿Cómo podía decirle a Douglas que Eireen no regresaría jamás a las tierras de los MacKenzie? No se lo pensó mucho.

—Ahora que la mencionas, tengo una buena noticia que comunicarte—Douglas alzó una ceja, mirándolo con escepticismo.

—La única buena noticia referida a tu persona es tu muerte. Aquel día bailaré toda la noche celebrando que se ha hecho justicia. Bastante acepté un acuerdo a través de los esponsales de nuestros hijos por el bien de nuestros clanes, pero no olvides que tu muerte será lo que consiga liberarme del pasado.

Malcom no comentó nada. El odio que le tenía Douglas nunca se disolvería, había apreciado a su hermana pequeña y fue el único que se opuso firmemente a la alianza entre los clanes que firmaron los padres de ambos jóvenes, hace ya tanto tiempo.

—¿Dónde está mi hija? Si le has hecho algo, juro que te mataré.

—Tú hija está en mi castillo. Si deseas verla acudirás a mi isla —*Y de paso te llevarás a tu hijo, aunque sea a la fuerza.*

—¿Acaso te atreves a darme órdenes?—bramó frunciendo el ceño.

—Sí—contestó Malcom sin inmutarse. Se dio media vuelta pasando al lado de Jason que no perdió de vista al guerrero que estaba tras el Laird MacKenzie—. Si deseas verlos, las puertas de mi castillo estarán abiertas esta noche—antes de salir de la posada, Malcom se giró y dijo —. Si no apareces, permitiré que mi hijo cumpla su venganza con tu hijo, al atreverse a tocar a su esposa.

Y con esa promesa, salió de la taberna seguido de sus soldados que le acercaron su caballo. A medio galope, Jason acercó su caballo al de su señor y se atrevió a preguntarle.

—¿Es seguro dejarle atrás, mi Laird? ¿Y si avisa a los clanes de que están en guerra con el nuestro?

Malcom miró a Jason a los ojos.

—Sí, que vendrá. Lo conozco muy bien. Vendrá, no avisará a los otros clanes porque sería admitir que su heredero es débil, que se dejó capturar por el enemigo. Y cuando llegue—miró al frente, buscando el bote con el que llegaron a tierra—, estaremos preparados para recibirle.

Eireen lo esperaba en el puerto, con una mantilla de lana cubriéndole los hombros. Estaba tan hermosa que Malcom al verla sintió que lo que se avecinaba valía la pena.

Nada más abandonar con su caballo la barca, Eireen se acercó hasta él.

—¿Dónde estabas?

Malcom sonrió.

—Preparando una reunión.

Eireen lo miró con suspicacia, aceptando la mano de él que la subió al caballo para luego sentarse tras ella, el trayecto era corto hasta el castillo pero era aconsejable ejercitar los caballos antes de conducirlos

a las cuadras, tras una travesía que los ponía tensos.

—¿Así que finalmente fuiste a hablar con mi padre?

Malcom se mostró sorprendido.

—No te puedo ocultar nada, mi amor. Tienes razón, sí que fui a hablar con tu padre. Esta noche vendrá a por tu hermano.

Eireen tembló entre sus brazos. Estaba muy preocupada. ¿Cómo iba reaccionar su padre cuando supiera que se había casado con el enemigo? O más bien, ¿con el McLeod equivocado? ¿Con el hombre que juró odiar como el resto de la familia por haber deshonrado a los MacKenzie al haber traicionado a su mujer y conducirla a la muerte?

Malcom notó su nerviosismo. Atrayéndola más hacia su cuerpo, le susurró para que sólo ella lo escuchase:

—No te preocupes, mi vida. Nadie te hará daño.

No temo que me golpee por desobedecerle. Ya sabía en lo que me metía al cabalgar hasta las tierras de los McInners con el propósito de matar a mi prometido la noche de bodas. Pero todo se estropeó cuando me enamoré de mi captor. No pude concluir la misión que me encomendaron. Y ahora seré considerada una traidora. Eireen miró hacia atrás. Malcom olía a cuero y a caballo. Su cuerpo exudaba un calor que penetraba en su piel. Cerró los ojos y se apoyó contra el pecho, escuchando sus acompasados latidos de corazón. Un órgano sano y fuerte aún a pesar de tener cerca de la edad de su padre. No le había contado nunca que la enviaron para matar a su hijo, al futuro Laird, y nunca lo haría, aquel sería un secreto que se llevaría a la tumba. No quería enfrentarse ante el odio de Malcom, pues no esperaba otra cosa que su odio y que la repudiese cuando se enterase.

—Eireen, ya hemos llegado.

Eireen abrió los ojos. Cuando Malcom la ayudó a bajar del caballo, pensó. *Sí, dejar mi clan por él valió la pena. A su lado me siento por primera vez libre. Junto a él he llegado a conocer sensaciones que nunca soñé siquiera experimentar. Si él se enfrentó al clan por mi, yo podré retribuirle hablando con mi padre.*

—Ve a descansar. Iré junto a mis hombres. Te veré a la noche —la besó y antes de llevar a su caballo a las cuadras a que el mozo que se encargaba de los mismos lo atendiese, le dijo—. Viste con mi color, Eireen.

Ella lo miró. ¿Acaso ese brillo que percibía en los ojos de su esposo era la incertidumbre que sentía?

¿Creía que lo iba a rechazar públicamente cuando llegase su padre? Quiso dejarle claro que su vida estaba ahora a su lado.

—Vestiré con orgullo los colores de mi clan, mi Laid—los soldados que escucharon su respuesta gruñeron con aprobación. Cada día que pasaba olvidaban convenientemente que ella había sido una MacKenzie.

Malcom depositó un rápido beso en sus labios, antes de tirar de las bridas de su caballo hasta los establos. Eireen se le quedó mirando hasta que desapareció de su vista.

Tenía miedo. Por más que se jurase que no lo tendría, no podía ir contra sus sentimientos.

Los MacKenzie aparecieron antes de la hora de la cena.

Los soldados McLeod estaban a punto de entrar en el castillo después de haber acabado sus quehaceres cuando los vigilantes del único puerto de la isla llegaron corriendo. Entre jadeos por el esfuerzo de la caminata hasta el castillo, avisaron a su señor que habían avistado las barcas de los MacKenzies. Los colores de sus kilts eran inconfundibles y se vieron con claridad desde la lejanía.

Malcom miró el cielo. Tal y como lo había planeado, el MacKenzie acudía en busca de sus hijos.

—¿Qué hacemos, mi señor?—preguntó uno de los vigilantes, retorciendo entre sus manos el gorro que siempre vestía.

Malcom respondió a sus hombres:

—¡Dejadles pasar! Esta noche el Laird MacKenzie será recibido en nuestras tierras.

Las palabras de Malcom produjeron un revuelo entre los presentes. ¿Qué el Laird MacKenzie estaba invitado al castillo? ¿Es que el mundo se había vuelto loco?

Las posibles réplicas, de haberlas, se quedaron en el olvido, cuando la escolta del Laird MacKenzie hizo su aparición. Sus pasos se escucharon en el patio del castillo alertando a los que no habían escuchado las palabras del Laird McLeod, y que se quedaron de piedra al ver aparecer a más miembros del clan de sus enemigos.

—Buscad a los prisioneros. Sacadlos de los calabozos.

Un grupo de soldados McLeod salieron del patio dirección a los calabozos, siguiendo las órdenes de su señor.

Malcom se cruzó de brazos y se plantó frente a la puerta del castillo. Dentro del mismo se escuchaba un gran revuelo, la llegada de los MacKenzie provocó que los ánimos se inflamasen. En menos de un mes habían sido visitados por sus enemigos en tres ocasiones, recordando en cada una de ellas los motivos por el que los dos clanes se atacaban mutuamente desde hacía más de quince años.

Douglas A. MacKenzie alzó una mano, gritando a sus hombres que se apartaran, atravesó el pasillo que le dejaron, y quedó a unos metros del Laird de la isla.

Las ganas de desenvainar la espada y clavársela al McLeod crecían en su interior, pero se contuvo. Estaba en clara desventaja y a pesar de

confiar en las habilidades combativas de sus hombres, no los iba a poner en peligro. Una de las obligaciones del Laird era la protección de cada uno de los miembros de su clan.

—¿Dónde están mis hijos?

Malcom frunció el ceño.

—Tu hijo llegará en unos instantes.

Douglas explotó. El maldito McLeod solo le hablaba de su hijo. Temía que su hija hubiese sido descubierta de plan inicial, matar al heredero la noche de bodas, pues la muerte sería el castigo a su infracción.

—¿Dónde está mi hija? Si la has maltratado te…

—Aquí estoy, padre.

Malcom masculló interiormente un improperio. No esperaba que su mujer saliera del castillo. Su intención era que el MacKenzie se calmara al recuperar a su heredero antes de enfrentarlo con la verdad que rodeaba a su hija. Por él, le habría soltado todo en el mismo instante en que lo vio en las tierras de los McInners, pero debía aceptar que aquel viejo era el padre de su esposa y si lo atacaba, la dañaría. Y por dios que no iba a comenzar un matrimonio con una distancia a causa de un enfrentamiento entre los dos hombres que más impresión causaron en la joven.

—¡Eireen MacKenzie!... ¡Qué significa ese kilt que llevas!—bramó Douglas. En su interior la rabia bullía con intensidad. Ver a su hija vestida de negro, con el color del clan que destruyó a su familia le provocó deseos de golpearla, para hacerla reaccionar.

Eireen tragó saliva, visiblemente nerviosa. Entrelazó las manos detrás de su espalda e irguió los hombros, mirando de frente a su padre. Su rostro mostraba el nerviosismo que estaba sintiendo. Estaba pálida y sus ojos perdieron el brillo que los caracterizaba.

—¡¡Contesta!!

Malcom no lo soportó más.

—No vuelvas a gritar a mi mujer—dio un paso hacia delante, cubriendo con su cuerpo la visión de Eireen, que estaba paralizada. Ante el grito del Laird McLeod varios soldados rodearon a su nueva señora, empujándola hacia la entrada del castillo.

—¿Tú mujer?—Douglas quedó mudo al ver como los soldados McLeod protegían a su hija—. ¿Te has casado con el McLeod? ¿No te habrás atrevido a contradecir mis órdenes? ¡Dime que no es cierto!

Malcom contestó por ella.

—Ella ahora es una McLeod, no te atrevas a insultarla en mi presencia.

Aquella respuesta confirmó las dudas que aún le quedaban a Douglas.

—¡Maldita traidora!—su gritó resonó en todo el patio. Eireen sintió

una opresión en el pecho, como si le hubieran clavado una daga.

—Padre, déjame explicarte.

—¿Qué tienes que explicarme? Te has unido en matrimonio con el enemigo. Y nada menos con el hombre que llevó a la muerte a su anterior mujer. Mi hermana. Tú tía.

Eireen le contestó desde cerca de la puerta, rodeada de soldados, pero haciendo lo imposible para ver a su padre.

—Lo recuerdo padre.

—No, no lo recuerdas. ¿Cómo has podido traicionar la memoria de tu tía? Ese hombre— señaló a Malcom que fruncía el ceño y apretaba los puños luchando contra las ganas de obligarle callar. Pero por su esposa, dejaría que el hombre contestara a su hija—, mató a Gabrielle.

—No es verdad. Él no la mató—gritó Eireen defendiendo a su esposo. Ella también había creído que Malcom había asesinado a su anterior esposa, pero después de hablar con él esa creencia perdió fundamento. Al ver el dolor en los ojos de Malcom al hablar de su fallecida esposa comprendió que no todo lo que le había contado su padre era cierto. La duda se instaló en su corazón y acabó creyendo a Malcom.

Douglas rechinó los dientes antes de gritar, con furia:

—¡Ahora lo defiendes! Ese maldito mandó a la muerte a Gabrielle. Mi hermana se lanzó de lo alto de la torre por su culpa.

—¿Cómo puedes saberlo si no estabas aquí?—preguntó Eireen, haciéndose un hueco entre los soldados, caminando hacia Malcom que la acogió a su lado.

—En aquellos días la nodriza que nos crió a mi hermana y a mi se quedó junto a Gabrielle. Ella regresó a mis tierras después de que su señora fuera sepultada. Ella presenció como su joven protegida escuchó al mensajero que vino de Inglaterra trayendo la noticia de que Malcom había sido padre de un niño con Lady Forrester. Maggie me contó cómo quedó destrozada Gabrielle después de sufrir un aborto y que cuando quedó embarazada de nuevo estaba dichosa, pero aquella tarde cuando se enteró que su esposo le había sido infiel corrió con desesperación y llorando hacia el piso superior.

Malcom sintió que le faltaba aire.

—¿Gabrielle estaba embarazada?

Douglas se giró y le observó.

—Sí, estaba embarazada cuando falleció. No se qué se le pasó por la mente a mi hermana para quitarse la vida, pero le destrozaste el corazón. Ella te amaba. Nuestra nodriza Maggie me aseguró que era feliz a tu lado por eso le permití quedarse en estas tierras, pero ese día en que iba a contarte acerca del nuevo embarazo le destrozaste el corazón. Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión. ¡Tú mataste a mi hermana! La condujiste a la locura, con tu lujuria y tu

traición.

Malcom se sintió destrozado. Su querida esposa esperaba un hijo suyo antes de su muerte. Recordó aquel oscuro día, y la imagen de una sonriente Gabrielle acudió a su mente. Así era como la recordaba. Sonriente. Tal y como la vio la última vez. No el cuerpo desmadejado que recogieron en los acantilados cuando acudieron tras escucharun grito de terror.

Gaerth estaba en estado de shock. Él había seguido a su madre cuando la vio subir corriendo al piso superior. Gabrielle había corrido hacia su dormitorio y guardó algo en el baúl que había a los pies de su cama. Era un niño pequeño, nunca se preguntó que era lo que había ocultado su madre en aquel lugar.

Pero quizás fue algo que quiso mostrarle a Malcom, pues cuando se le acercó su madre antes de la llegada del mensajero le besó sonriente en la frente y le dijo que le tenía una sorpresa.

Así que esa era la sorpresa. Madre,…estabas esperando un hijo.

—No me importa lo que digas, padre. Me he casado con Malcom, por amor.

Malcom agradeció las palabras de su esposa y que ésta se colocara a su lado, buscando su compañía, su protección.

Douglas dejó de mirarla.

—Desde esta noche no tengo hija. Mi único vástago es Callum MacKenzie, heredero del cargo de Laird.

Eireen luchó contra las lágrimas, pero éstas ganaron la batalla, y agradeció que Malcom la cubriese con un brazo. Éste quiso susurrarle palabras de cariño a su esposa, pero no iba a mostrarse débil ante el MacKenzie.

—¡Soltadme bastardos McLeod!

Los gritos de Callum sonaron con fuerza. Tanto él como sus hombres estaban siendo arrastrados por los soldados McLeod. La apariencia que mostraban era demacrada, sus ropas llenas de tierra y los surcos oscuros bajo sus ojos demostraban que no habían pasado una buena noche.

—¡Soltadle!—ordenó Malcom a sus hombres.

Al verse libre, Callum buscó al dueño de aquella voz y cuando lo encontró corrió junto a él.

Malcom apartó a su mujer y se colocó en una postura defensiva esperando el ataque del joven MacKenzie. Un ataque que nunca llegó, porque Douglas se interpuso y le lanzó un puñetazo a su hijo que le dobló en dos.

Después del golpe, Douglas hizo un gesto a sus hombres que se separaron del gentío y tomaron rumbo al puerto para regresar a las tierras MacKenzie.

—Es hora de regresar. Esta será la última vez que un MacKenzie

pise estas tierras malditas.

Aquellas fueron las últimas palabras que dijo Douglas A. Mackenzie antes de irse junto a sus hombres y su heredero de las tierras de los McLeod. Atrás quedó su hija a la que desheredó públicamente después del desaire que le hizo al casarse con el hombre que consideraba su peor enemigo dentro de las highlands.

Y la promesa de la guerra se ocultó bajo capas de odio y rencor, pero no podían declararla, no cuando el heredero del clan le había deshonrado al secuestrar y maltratar a la mujer de su enemigo. No cuando su propia hija había traicionado a su clan para unirse con el maldito McLeod. Si lo hacía, si iban a la guerra podían quedarse solos, que los demás clanes no le apoyaran en esta batalla, sobre todo cuando se enteraran de todo, después de todo un highlander no golpeaba a una mujer, ni atacaba a inocentes, y la guerra se libraba en la campo de batalla, no secuestrando furtivamente a una mujer como si fuera una res y preparando una hoguera en la que quemarla públicamente por bruja, bajo la mirada atenta del clan.

Callum tendría que explicarle muchas cosas, tanto por lo que él hizo como por el motivo que su hermana acabó atrapada en matrimonio con su mayor enemigo cuando la había enviado a matar al hijo del Laird McLeod.

Se ausentaba unas semanas del clan y a su regreso había perdido el honor del clan y a su amada hija pequeña.

Una hora y media más tarde

Varias parejas no se presentaron a la cena. Gaerth necesitaba estar a solas en su dormitorio asimilando el hecho de que su madre estaba embarazada. Le dolía saberlo. Gabrielle McLeod había sido excomulgada al ser una suicida, y el saber que en su interior crecía un bebé lo atormentaba. Si había un Dios esperaba que los hubiese perdona y los acogiese en su Reino, no que estuviesen en el Infierno como decían los curas cuando daban misa. No podía concebir la idea de que su querida madre sufriera un tormento eterno por culpa del desamor, de una mala decisión.

Hugh también se había retirado a su cabaña, después de escuchar desde una esquina del patio las palabras del Laird MacKenzie, recibió las miradas heladas de los McLeods que se cruzaron en su camino. Lo sentía. Le culpaban por la muerte de la anterior mujer del Laird. Él era la personificación del pecado de Malcom, su rostro mostraba sin lugar

a dudas su infidelidad con una mujer inglesa que conoció durante una reunión de Lairds en las Lowlands, cerca de las tierras de los Forresters.

Malcom fue el único que asistió a la cena presidiendo la mesa. La silla a su derecha estaba vacía, su esposa le pidió permiso para retirarse a su alcoba a descansar, algo que hizo sin esperar siquiera a su respuesta.

A Eireen le dolía la cabeza, pero sobre todo el corazón. Ser repudiada por su padre, descubrir que su tía iba a ser madre de nuevo, y ver la conmoción en los ojos de su marido fue lo máximo que pudo soportar antes de huir a su cuarto a llorar.

Cuando pensaba que iba a ser dichosa al lado de hombre al que amaba, la vida la devolvía a la realidad, lanzándola al suelo sin piedad, hiriéndola donde más le dolía, en el corazón.

A su vez Malcom bebió en silencio, atormentado una vez más por el pasado, su amada Gabrielle susurrándole desde las sombras, señalándole con su helado dedo que era culpable…

Apretó con fuerza la jarra de vino tibio y lo apartó a un lado, golpeando la mesa al dejarlo sobre la lisa superficie.

¡No! No iba a permitirlo. Ya había pagado años por su desliz, soportó el odio de su hijo, la presencia de su bastardo y aceptaba que la presencia de su fallecida esposa le atormentara hasta el día de su muerte, pero ahora tenía en sus manos volver a ser feliz, y todo gracias a su pequeña duendecillo, a la mujer que consiguió sacarlo de la prisión que se convirtió su vida.

La amaba, no con la locura que caracterizó a su primer matrimonio, con la lujuria que sintió por Gabrielle desde que la conoció, ahora era un amor maduro, con ternura, con un deseo que fluía como el agua, curándole cada herida, sanándole el corazón, su alma.

La amaba y lucharía por ella, por recuperar su confianza, por agradecerle cada día el gran sacrificio que hizo por él. Le mostraría lo afortunado que era al tenerla como esposa, y que ella, solo ella era la dueña de su corazón, de sus pensamientos, de su futuro.

Y el día que muriese, esperaba que Gabrielle le perdonara allá donde se encuentrara, pero ahora…su vida estaba junto a una pequeña que le esperaba en su alcoba, y a la que demostraría cuanto la amaba, cuando le perdonara.

Con decisión abandonó el salón y puso rumbo a su dormitorio. El amor podía ser un arma de doble filo, o te volvía el ser más fuerte del mundo o el más débil, o te curaba o te destruía,…él amó y sufrió, y por Dios que volvería a amar con todo su corazón, sin temer las consecuencias.

Ya no. La vida era corta y él no iba a lamentar no haber vivido cada minuto como si fuese el último.

En la alcoba del Heredero

Bridgit entró al dormitorio llevando bajo el brazo un paño con unas rodajas de carne de pescado desecada y una jarra de vino tibio, calentado en una tinaja sobre las ascuas de una de las cocinas de madera. La mujer del cocinero se lo dio gustosa, preocupada por la ausencia del heredero.

El castillo estaba silencioso, a pesar de ser de noche no se escuchaba nada más que las pisadas de los soldados que hacían guardia en las alacenas del castillo, evitando la zona donde se lanzó Gabrielle McLeod. Aquella noche la torre desde donde se suicidó producía escalofríos, como si el fantasma de la fallecida se hubiera levantado de su tumba no consagrada para pasearse entre los vivos.

Encontró a Gaerth sentado sobre el alfeizar de la ventana contemplando el horizonte, más allá de las murallas del castillo. Hacia el mar.

Algo cohibida, se acercó hasta él y le tendió la bolsa apoyando la jarra de vino tibio en el suelo a los pies de él.

—Debes comer algo, Gaerth.

Antes de que pudiera reaccionar, Gaerth se levantó del alfeizar tirando la jarra al suelo derramando el vino, y la abrazó, ocultando el rostro entre sus enmarañados cabellos.

—¿Gaerth, estás bien? ¿Te encuentras bien? Después de lo que has escuchado esta noche, tú…

—Ahora sí, pequeña. Tardaré en asimilar lo que he escuchado esta noche, pero ahora estoy bien, necesitaba abrazarte—se dio la vuelta llevándola consigo, se sentó primero en el espacio de piedra de la ventana y depositó a su esposa sobre él. *Nunca creí en el Dios cristiano, pero si es cierto que existe, sólo deseo que mi madre haya encontrado la paz y el perdón que merece.* Miró al tesoro que descansaba entre sus brazos. Su pequeña mujer, la valerosa Bridgit McLeod que atravesó por propia voluntad los portales del tiempo para vivir una vida a su lado—. Te amo, mi guerrera. Siempre te amaré, conseguiste liberarme de mis demonios, atarme a ti con tu coraje, con tu fuerza, te juro que te querré cada día, que serás mi último pensamiento cuando la muerte venga a por mí, que tu rostro me acompañará cuando tenga que acudir a las reuniones de los clanes o a una batalla, eres mi esposa, la mujer que tiene mi corazón, quien posee el poder sobre mi felicidad.

Bridgit rió complacida con sus palabras. Se giró y depositó un suave

beso en sus labios, antes de sentarse de nuevo mirando cara al océano.

—Yo también te amo Gaerth, siempre agradeceré el día en que me secuestraste a este mundo, el día en que…

—Te invoqué, mi amor, te invoqué, un highlander no secuestra él…

Riendo, Bridgit se lanzó en sus brazos y le besó, acariciándole con las manos y deseando que percibiera todo el amor que sentía por él.

—Te amo, te amo, te amo, mi belicoso guerrero, mi esposo, te amo, no lo olvides nunca.

—No lo haré.

Bridgit le besó los labios con cariño, antes de preguntarle:

—¿Ni aunque te saque de tus casillas porque no esté de acuerdo con tus acciones?

—Ni aunque te pasees con ese culito tuyo con esa prenda tan apretada, que me vuelve loco… y a mis hombres, te amaré por el resto de mi vida, y más allá.

—Más te vale, escocés, ya que estaré a tu lado por siempre recordándote que soy la guerrera de tu destino—le besó con todo el amor de su corazón.

Había alcanzado lo que siempre anheló en el pasado, en brazos de un salvaje escocés, viviendo la mayor de sus aventuras.

El destino era caprichoso, pero esta vez…le estaría eternamente agradecida.

EPÍLOGO

Cinco años después, Tierras McLeod

Hugh Forrester entró al patio del castillo a caballo. El semental se encabritó cuando el mozo de cuadras se acercó. Saltó de la montura y le lanzó las correas al joven para que lo sujetara. Llevaba años montando al estilo highlander, sin nada más que una manta para proteger la espalda del animal y unas correas que le rodeaban la zona de la nariz para doblegar al caballo cuando se encabritase.

—Atendedlo, lleva días cabalgando—le explicó al mozo de cuadras, dejándolos atrás, sin esperar su respuesta pues tenía prisa.

Las noticias que recibió de un mensajero inglés que lo citó a las tierras de los MacDunn cerca de la frontera que separaba las Lowlands de Inglaterra, eran inesperadas y francamente llegaban en un mal momento.

Si existía el destino, ahora se estaba burlando de él.

Aún no creía del todo lo que el mensajero le comunicó. De ser verdad, estaba tentado a negarse. Pero antes de cometer una locura como mandar a la mierda a un Rey, necesitaba hablarlo con su hermano mayor y su cuñada.

Al entrar en el castillo, fue interceptado por sus tres sobrinos. Unos niños revoltosos que provocaban que el Laird les prohibiese la entrada a las cocinas del castillo después de haber provocado un incendio al intentar preparar una pócima en la cacerola que la cocinera empleaba para guisar la carne. La excusa que pusieron fue muy simple, e hizo reír a Hugh, querían hacer una poción de amor para que su madre y su padre les trajesen una hermanita.

Hugh se burló de su hermano y de su cuñada durante días, recordándoles las palabras de sus sobrinos.

Pero no fue el único lugar al que tenían prohibida la entrada los tres pequeños McLeods. El Laird también les prohibió entrar en las cuadras después de haber provocado una estampida al gritar durante la madrugada, asustando a los caballos. O en las alacenas después de tirar vasos con agua a los que pasaban bajo ellas, por el patio de armas, o en el propio patio de armas, después de llenarlo de agujeros una tarde, según ellos que buscaban un tesoro pirata, una ilusión fruto de uno de los muchos cuentos que su madre les contaba.

Los niños tenían prohibido entrar en esas zonas del castillo, para

alivio de los soldados y criados que temblaban ante la llegada de los trillizos.

—¡¡Tío!!—el grito de los tres sonó al mismo tiempo. Hugh fue incapaz de identificar sus voces—. ¡Has llegado!

Hugh se agachó y posó una mano sobre el hombro del pequeño Cameron. Ese muchacho era el hijo pequeño, nacido con una diferencia de cinco minutos de sus hermanos mayores. Era el más alegre de los tres, sus ojos azules chispeaban de alegría todo el día, y de los tres era el que mayor afinidad con los animales poseía. A veces, incluso parecía que el joven era capaz de entenderlos. Un don extraordinario, que bien valía la pena explotarlo.

—¿Por qué tardaste tanto, tío?

Hugh miró a William, el hijo mayor de la pareja. Espigado y dueño de unos ojos grisáceos como los que tenía antes su padre. Era el más parecido a Gaerth y el que llevaba la voz cantante en todas las travesuras. Con un carácter abierto y decidido.

—Me entretuvo un inglés.

—Broideck dijo que tú también eras inglés. ¿Es cierto?

Hugh se quedó estático un instante antes de contestarle a su sobrino Jymes.

—Mi madre es inglesa, pequeño.

Hugh contempló el rostro de Jymes. Era un muchacho silencioso a comparación de sus otros hermanos. Él siempre pensaba las cosas antes de preguntar. Siempre observador. Con una mente abierta y capaz de absorber cada información nueva que adquiría.

—Está bien, no es tu culpa quien sea tus padres, te queremos igual —Jymes alzó los hombros y los dejó caer—. ¿Nos trajiste algo?

—Sí, eso, tío. ¿Nos traes algún regalo?—preguntó a su vez William.

—Sí, si, regalos—repitió feliz Cameron, revolviéndose nervioso en el sitio.

Hugh rió, levantándose. Los pequeños diablillos estaban consentidos por todos. Junto a la hija de Duncan y Meagan, formaban una cuadrilla que deleitaba al anterior Laird que no pudo ver cumplido su sueño de ser padre de nuevo, pero que vivía feliz al lado de su hermosa esposa, Eireen. Se los veía felices y les gustaban mucho hacer de abuelos, cuidando de los pequeños como si fuesen suyos.

El actual Laird estaba encerrado en su despacho junto a su esposa. La puerta había sido atrancada con una madera y estaban intentando recuperar el tiempo que estuvieron alejados cuando Gaerth tuvo que asistir a la reunión anual entre los Lairds, esta vez ocurrida en las tierras de los MacPherson. Una reunión de la que no sacaron nada en claro y que avivó las disputas entre varios clanes enemigos.

—Gaerth espera, es de día los niños están despiertos, ¿y si nos descubren?

Gaerth le besó en el cuello deslizando el vestido que llevaba puesto su mujer. Desde que el embarazado se hizo más evidente, Bridgit optó por dejar de lado los pantalones, aceptando a regañadientes los holgados vestidos que le daba su esposo. Ahora sólo los volvía a usar en la intimidad de su cuarto para deleite exclusivo de él.

—No dijiste lo mismo cuando retozamos en la despensa de las cocinas, o en el descansillo de las escaleras o…

Bridgit rió, ladeando la cabeza ayudándole en la tarea.

—Si que sabes convencerme, escocés.

—Esa es mi guerrera, siempre dispuesta a la aventura—bromeó, atrapando los labios de su esposa, succionándolos con pasión, mientras le levantaba el vestido hasta la altura de la cadera dejando al descubierto sus blancos muslos.

Cuando estaba a punto de tomarla, los golpes en la puerta los interrumpieron apagando la pasión.

—¿Qué sucede?—gritó con rabia, ayudando a su mujer a vestirse.

Hugh escuchó el tono de la voz de su hermano y sonrió. Tal y como se lo había imaginado había llegado en mal momento. Sus sobrinos le dijeron dónde podía encontrar a sus padres, después de haber aceptado gustosos los dulces que le trajeron de regalo.

No iba a perder tiempo, lo hecho hecho estaba, y ya les había interrumpido, así que carraspeó y dijo:

—Es urgente Gaerth, tengo un mensaje del Rey de Inglaterra.

Bridgit se quedó mirando a su marido con la boca abierta. Sabía que llegaría el día en que le tendría que decir adiós a Hugh, pero no había esperado que fuera tan pronto. Sus hijos habían tomado mucho cariño a su alocado tío, y ahora se tendrían que enfrentar a su ausencia.

¿Será la noticia que esperábamos? ¿Que el viejo Forrester ha muerto y le lega toda su fortuna? Preguntó mentalmente Gaerth a su esposa. Ella le había mostrado el diario unos meses después de su regreso del futuro. Y, a pesar de la desconfianza inicial acabó aceptando como verdadero las palabras allí escritas.

La conexión mental que compartían ambos se había echo más fuerte con cada año que pasaban juntos, hasta el punto que ya no tenían casi secretos el uno con el otro. En pocas ocasiones cerraban sus mentes para ocultar lo que pensaban o sentían.

Sí, Gaerth. Llegó la hora de decirle adiós a Hugh. Según el diario, él no lo tomó muy bien el trasladarse a vivir a las tierras de los Forrester, pero el Rey inglés lo amenazó con encarcelarlo si no seguía sus órdenes.

Gaerth sonrió con orgullo.

Sí, es propio de Hugh el preferir ir al calabozo que seguir las órdenes de su superior.

Bridgit asintió, anudándose el plaid que le cubría la camisa de lino

blanca.

Lo pasará mal en las tierras inglesas, pero conseguirá encontrar lo que nosotros tenemos.

Gaerth bromeó ignorando los golpes en la puerta.

¿Una mujer que le replique cada palabra que pronuncie?

Bridgit le golpeó en broma en el brazo, colocando después las cosas que lanzaron al suelo en un arrebato de pasión.

Deja de bromear, Gaerth. Debemos convencer a Hugh que acepte las órdenes del Rey y que no lo mande a la mierda tal y como está pensando en hacer.

Gaerth quedó en silencio unos segundos. Pensativo. Si él estuviese en la situación de su hermano, optaría por la satisfacción de ver el rostro del Soberano cuando le dijera que se metiera respetuosamente sus órdenes por el agujero que nunca veía la luz.

Al ver la sonrisa que mostraba Gaerth, Bridgit supuso lo que estaba pensando.

No seas tonto, sabes bien que si Hugh se niega acabará muerto. ¡Y por toda la magia del mundo, que no pienso permitirlo!

Después de compartir un caluroso beso, abrieron la puerta y dejaron que Hugh entrase.

Éste miró a su alrededor alzando una ceja. El escritorio donde Gaerth llevaba las cuentas de gastos y ventas del clan siguiendo uno de los consejos de su esposa, estaba desordenado, se veía claramente manchas de tinta sobre la madera y los pergaminos desperdigados por el lugar.

—¿Interrumpí algo?—se mofó, sentándose sobre el escritorio.

—No sigas hablando Hugh, que lograrás que me arrepienta de atenderte, como puedes ver estaba más que ocupado—le dijo Gaerth, cerrando la puerta para tener privacidad. Al final del pasillo vislumbró las cabecitas de sus hijos y de su ahijada Nicole, hija de Duncan y Meagan espiando desde la esquina.

Bridgit se puso delante de Hugh.

—¿Qué noticias traes del Rey Inglés?

—¿Por qué parece que ya sabes lo que os voy a comunicar? ¿Qué poderes ocultas hermana?

Un diario escrito por tu puño y letra en el que explicas cada detalle íntimo de tu vida. Respondió mentalmente Bridgit, sin dejar de sonreír enigmáticamente.

—¡Suéltalo Hugh!

—Está bien, hermano, si que te pone tenso no pulir tu espada— se dio por vencido levantando las manos y bromeando con Gaerth quien optó por ignorarle, para luego sacar de un bolsillo oculto en el interior del chaleco de cuero un rollo con unas cartas enviadas por el Rey. Se las tendió a su hermano, y le dijo—. Léelas, y luego ya me dirás.

Gaerth las tomó y las leyó, las dos cartas, al acabar farfulló en alto:

—Los ingleses están locos. ¡Te han nombrado nuevo Duque de Forrts al haber muerto el hombre que te dio los apellidos aún sabiendo que eras hijo bastardo! Es de locos. Si quisieras el dinero y las tierras habrías ido a reclamarlas venciendo al débil heredero que tenía el viejo Duque.

Hugh asintió. Su hermano tenía razón. Él no quería ser Duque y menos en una tierra donde el único recuerdo feliz que tenía era el día en que Gaerth le sacudió y lo levantó del suelo para lanzarlo sobre el lomo de su caballo, al negarse a acompañarlo.

—Si cree que le voy a obedecer, el Rey es más estúpido de lo que pensaba.

Gaerth se preocupó. Estaba sucediendo tal y como predijo el diario. Hugh aparecería en la corte inglesa e insultaría al Rey, y lo único que conseguiría sería tres meses de calabozo y veinte latigazos para luego tomar el cargo que le ofreció, a la fuerza, pues el Rey no podía permitirse una batalla por el Ducado entre sus nobles.

Para evitar las penurias que su hermano conoció estando preso en la Torre, Gaerth le gritó:

—No seas imbécil, hermano. Irás a Inglaterra y te harás cargo de las tierras de los Forresters, ya que ahora son tus tierras. Piensa en que al hacerte cargo de ellas te estás vengando de todos aquellos que te humillaron por ser bastardo. Los criados que te golpearon estarán ahora bajo tu mando. ¿Que mejor venganza que ser su nuevo señor?

Hugh pensó en lo que le dijo su hermano. Si lo veía desde esa perspectiva, el convertirse en el nuevo Duque de Forrts no estaba tan mal. Quizás…seguiría el consejo de su hermano y aceptaría el cargo.

Sonriendo fue hacia la puerta y la abrió. Detrás de la puerta encontró a Duncan y a Magnus. Por los ojos llorosos de Magnus, se percató que ambos habían escuchado la conversación.

Al pasar al lado de Magnus éste no le miró, mantuvo la vista clavada en el suelo. Duncan lucía una expresión mezcla de sorpresa y estupor.

—¿A dónde vas?—preguntó Gaerth saliendo del despacho seguido de su esposa, preocupado al verle tan silencioso.

Hugh se volvió.

—A empacar mis pertenencias, dentro de una semana seré el nuevo Duque de Forrts, y que tiemblen los ingleses ante mi llegada.

—O sus mujeres—bromeó en voz baja Magnus, esbozando una triste sonrisa.

Su amigo se iba a Inglaterra. Lo echaría de menos. Tenía a su lado a su pareja y la compañía de Duncan y los demás, pero no sentía la misma unión que tenía con Hugh. Sería duro verle partir, pero le deseaba lo mejor.

Además, siempre podría regresar a la isla a visitarles, aunque sólo fuera una vez al año.

Hugh le lanzó un pícaro guiño.

—Tienes razón Magnus. O sus mujeres—y riendo subió a su dormitorio. Ocultando con la sonrisa la incertidumbre que sentía ante el futuro que le deparaba.

Gaerth abrazó a su esposa mientras veía partir a su hermano, al menos habían cambiado el futuro de éste, ya no sería encarcelado en la Torre, y esperaban que la mujer que le deparaba el futuro apareciese cuanto antes, convirtiéndole en el hombre que escribió su diario que legó a su familia junto a la leyenda de La guerrera del destino, quien salvaría al Laird Gaerth McLeod y a su clan.

Será feliz, ya lo verás.

Lo sé, mi amor, lo sé. El futuro ya está escrito, y según el diario será inmensamente feliz, y acudirá cada año a nuestras tierras a visitar a sus seis sobrinos y su sobrina.

¿Qué te parece que vayamos a por los niños ahora? No podemos cambiar el futuro, mi escocés.

Gaerth sorprendió a todos a romper a reír y palmear el trasero de su esposa ante todos.

—Espérame en el despacho, amor, voy cuando termine de hablar con Hugh, quiero ayudarle a empacar sus cosas.

Bridgit se giró y le guiñó un ojo antes de hacer lo que le dijo, grabándose a fuego la imagen de su familia.

—No tardes mucho, Gaerth, o empezaré sin ti.

—Maldita hechicera—le escuchó mascullar antes de cerrar la puerta y acercarse hasta la mesa del despacho donde tantas veces la amó.

Con una sonrisa acarició la sueva superficie con las yemas de los dedos, al lado de Gaerth era dichosa, tanto en los buenos como en los malos días, tanto en los días en los que la pasión los consumía pese a que pasó cinco años desde la unión ante un cura y delante del clan, o en los que deseaba partirle la cabeza con una jarra de vino tibio por ser tan obtuso. A su lado había alcanzado lo que siempre deseó y no se arrepentía para nada, era cierto que muchas veces recordaba lo que perdió, echando terriblemente de menos a su hermano y a Sylvia, pero sabía que estarían bien, que lucharían por sus sueños y serían felices.

No supo cuanto tiempo estuvo mirando hacia la mesa, rememorando el pasado, los buenos momentos en su época de nacimiento, y los malos, cuando un ruido la alertó.

Escuchó como se abrió la puerta y antes de que él le dijera algo supo que era su esposo, sonrió abiertamente y sintió como el corazón bombeaba con fuerza contra el pecho. Le amaba con locura, con todo su corazón, con toda su alma y era afortunada por que él le amaba de igual manera.

La vida en la isla podía ser dura, pero valía la pena.
Oh, sí, sí que lo valía.